

*Carl von
Clausewitz*



DE LA GUERRA

1832

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

CARL VON CLAUSEWITZ

DE LA GUERRA

VERSIÓN ÍNTEGRA



De la guerra

Carl von Clausewitz

Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original
en alemán.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

Este trabajo de conversión a libro digital
se ha realizado para el estudio e investigación
del pensamiento marxista.
(EHK)

<http://www.abertzalekomunista.net>

ii

Notas sobre esta edición

La presente versión del texto se ha adaptado a partir del texto de la primera edición de 1832-34, utilizando los datos del texto de la edición disponible en la *bibliotheca Augustana* (<http://www.hs-augsburg.de/%7Eharsch/augustana.html>) publicado en Internet http://www.hsaugsburg.de/%7Eharsch/germanica/Chronologie/19Jh/Clausewitz/cla_intr.html

Se ha recreado el formato, pero se ha abandonado el aspecto original de los títulos de los capítulos en favor de un esquema numerado, y se ha creado a partir de él un índice interactivo; haciendo clic en el índice se puede saltar directamente al texto correspondiente. El único gráfico del texto se ha redibujado y no se ha tomado de la plantilla.

El editor quiere aprovechar esta oportunidad para agradecer al Prof. Harsch su amable permiso para retomar y utilizar el material del texto y para llamar la atención sobre la muy legible y variada bibliografía disponible en la *bibliotheca Augustana*. <http://www.hs-augsburg.de/%7Eharsch/augustana.html>.

O. Corff, Berlín, 16 de agosto de 2010

ÍNDICE

iii.....Índice

vii.....Observaciones preliminares

I Primera parte 1

1 Libro Primero: Sobre la naturaleza de la guerra

- 3.....1.1 ¿Qué es la guerra?
- 18.....1.2 Fines y medios en la guerra
- 28.....1.3 El genio guerrero
- 42.....1.4 Del peligro en la guerra
- 43.....1.5 De esfuerzo físico en la guerra
- 44.....1.6 Noticias en la guerra
- 45.....1.7 Fricción en la guerra
- 47.....1.8 Conclusiones sobre el primer libro

2 Libro Segundo: Sobre la teoría de la guerra

- 49.....2.1 Clasificación del arte de la guerra
- 55.....2.2 Sobre la teoría de la guerra
- 69.....2.3 Arte de la guerra o ciencia de la guerra
- 71.....2.4 Metodismo
- 75.....2.5 Crítica
- 89.....2.6 Acerca de los ejemplos

3 Libro tercero: De la estrategia en general

- 95.....3.1 Estrategia
- 101.....3.2 Elementos de la estrategia
- 101.....3.3 Dimensiones morales
- 103.....3.4 Las principales potencias morales
- 103.....3.5 Virtud guerrera del ejército
- 106.....3.6 La audacia
- 109.....3.7 Perseverancia
- 110.....3.8 Superioridad del número
- 113.....3.9 La sorpresa
- 117.....3.10 La lista
- 118.....3.11 Reunión de fuerzas en el espacio
- 119.....3.12 Unificación de fuerzas en el tiempo
- 123.....3.13 Reserva estratégica
- 125.....3.14 Economía de las fuerzas
- 126.....3.15 Elemento geométrico
- 127.....3.16 Sobre la paralización en el acto bélico
- 130.....3.17 Sobre el carácter de las guerras actuales
- 131.....3.18 Tensión y descanso

4 Libro Cuarto: La Batalla

- 135.....4.1 Panorama general
- 135.....4.2 Carácter de la batalla actual
- 136.....4.3 La batalla en general
- 139.....4.4 continuación
- 145.....4.5 Sobre la importancia del combate
- 146.....4.6 Duración de la batalla
- 147.....4.7 Decisión de la Battle

152.....	4.8	Acuerdo de ambas partes para luchar
154.....	4.9	La batalla principal
158.....	4.10	continuación
162.....	4.11	continuación
166.....	4.12	Medios estratégicos para utilizar victory
173.....	4.13	Retirada tras batalla perdida
175.....	4.14	La batalla nocturna

179 II Segunda parte

5 Libro Quinto: Las Fuerzas Armadas

181.....	5.1	Acerca de view
181.....	5.2	Ejército, teatro de guerra, campaña
183.....	5.3	Ratio de potencia
185.....	5.4	Relación de armas
192.....	5.5	Orden de batalla del ejército
196.....	5.6	Configuración general del ejército
201.....	5.7	Vanguardia y avanzadilla
206.....	5.8	Modo de acción del cuerpo delantero
209.....	5.9	Campamento
211.....	5.10	Marchas
216.....	5.11	continuación
218.....	5.12	continuación
220.....	5.13	Cuartos
225.....	5.14	Mantenimiento
235.....	5.15	Base operativa
238.....	5.16	Conexión de líneas
241.....	5.17	Superficie y suelo
244.....	5.18	Por encima de las alturas

6 Libro Sexto: Defensa

247.....	6.1	Ataque y defensa
249.....	6.2	¿Cómo se comportan el ataque y la defensa? en tácticas entre sí
252.....	6.3	¿Cómo se comportan el ataque y la defensa? en la estrategia entre sí
255.....	6.4	Concentricidad de ataque y excentricidad de Defensa
257.....	6.5	Carácter de la defensa estratégica
259.....	6.6	Ámbito de la defensa
263.....	6.7	Interacción entre ataque y defensa
265.....	6.8	Tipos de resistencia
275.....	6.9	La batalla defensiva
278.....	6.10	Fortalezas
286.....	6.11	Continuación del capítulo anterior
290.....	6.12	Posición defensiva
294.....	6.13	Posiciones fijas y campamentos atrincherados
299.....	6.14	Posiciones de borde
301.....	6.15	Defensa de la montaña
306.....	6.16	continuación
312.....	6.17	continuación
315.....	6.18	Defensa de arroyos y ríos
327.....	6.19	continuación
328.....	6.20	Defensa de las ciénagas, desbordamiento
333.....	6.21	Defensa de los bosques
334.....	6.22	El cordón
337.....	6.23	Clave del país
340.....	6.24	Efecto flanco
348.....	6.25	Retirada al interior del país
357.....	6.26	Armar al pueblo

362.....	6.27	Defensa de un teatro de guerra
365.....	6,28	continuado
376.....	6.29	Continuación. Resistencia sucesiva
378.....	6.30	Continuación. Defensa de un teatro de guerra, cuando no se busca una decisión
399.....	6.31	Prefacio del editor a la tercera parte

397 **III Tercera parte**

7 Bocetos para el séptimo libro: El ataque

401.....	7.1	El ataque en relación con la defensa
402.....	7.2	Naturaleza del ataque estratégico
404.....	7.3	De los objetos de ataque estratégico
404.....	7.4	Poder decreciente del ataque
405.....	7.5	Punto culminante del ataque
406.....	7.6	Destruir las fuerzas enemigas, Ejecución.
406.....	7.7	La batalla ofensiva
407.....	7.8	Cruces de ríos
410.....	7.9	Atacar posiciones defensivas
410.....	7.10	Atacar campamentos atrincherados
411.....	7.11	Ataque de una montaña
414.....	7.12	Atacar cordones de línea
414.....	7.13	Maniobras
416.....	7.14	Ataque de morrena, inundación, Bosques
417.....	7.15	Ataque de un teatro de guerra con decisión
420.....	7.16	Ataque de un teatro de guerra sin decisión
422.....	7.17	Atacar fortalezas
425.....	7.18	Ataque de transportes
427.....	7.19	Ataque de un ejército enemigo en cuartos
431.....	7,20	Desvío
433.....	7.21	Invasión

8 Libro Octavo: Plan de Guerra

443.....	8.1	Introducción
444.....	8.2	Guerra absoluta y real
447.....	8.3	Contexto interno de la guerra
449.....	8.4	De la grandeza del propósito bélico y el esfuerzo
458.....	8.5	Disposiciones más detalladas del objetivo beligerante. Derrota del enemigo
464.....	8.6	Continuación. Objetivo restringido
465.....	8.7	Influencia del objetivo político en el objetivo bélico
467.....	8.8	La guerra es un instrumento de la política
472.....	8.9	Objetivo limitado. Guerra de agresión
474.....	8.10	Objetivo limitado. Defensa
477.....	8.11	Plan de guerra, en caso de el objetivo es la derrota del enemigo

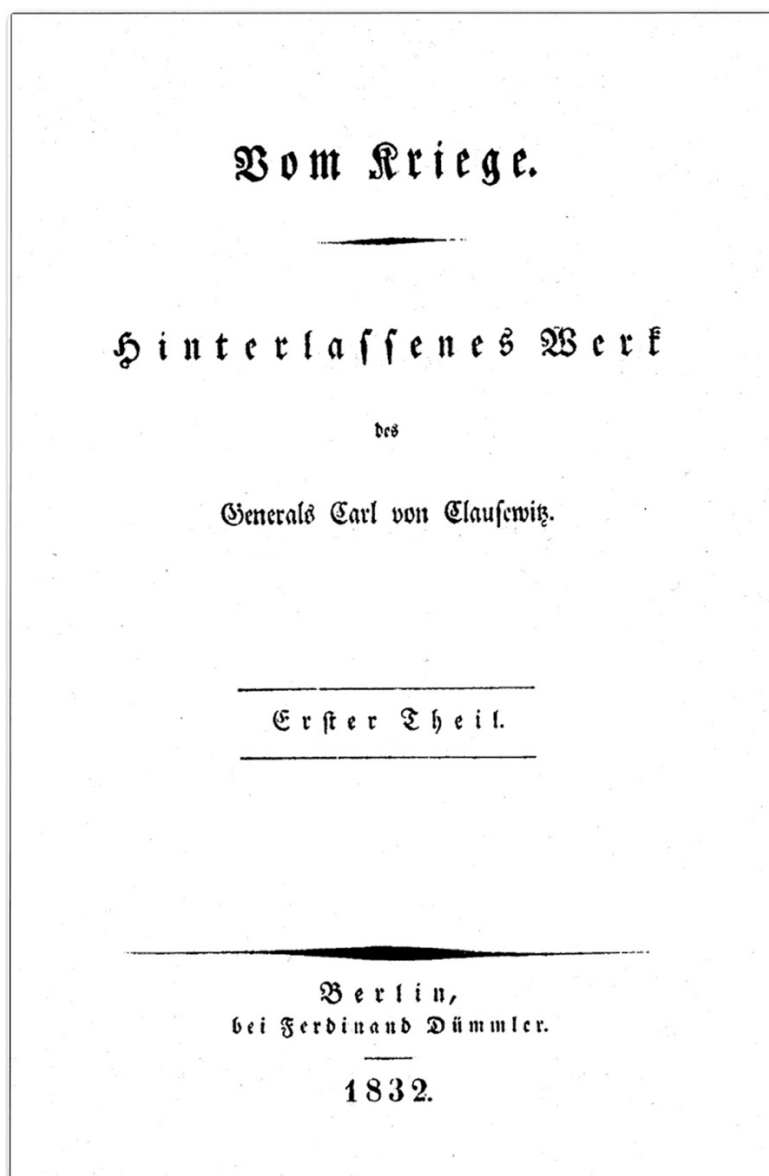
Cronología

Principales batallas citadas en este libro

Mapas de Europa



Marie von Brühl, esposa de CLAUSEWITZ





Observaciones preliminares

Prefacio [a la primera edición]

Resultará justificadamente desconcertante que una mano femenina se atreva a acompañar con un prefacio una obra de tal contenido como la presente. Mis amigos no necesitan explicación al respecto, pero incluso a los ojos de quienes no me conocen, espero eliminar cualquier apariencia de presunción por mi parte relatando simplemente lo que me impulsó a hacerlo.

La obra que estas líneas van a preceder ocupó a mi indeciblemente amado esposo, tristemente arrebatado de mí y de la patria demasiado pronto, casi exclusivamente durante los últimos doce años de su vida. Era su más ardiente deseo completarla, pero no su intención comunicarla al mundo en vida; y cuando yo me esforzaba por disuadirle de esta resolución, me respondía a menudo, medio en broma, pero medio probablemente en previsión de una

muerte temprana: "La publicarás." Estas palabras (que en aquellos días felices a menudo me arrancaron lágrimas, aunque entonces no me sentía inclinada a atribuirles ningún significado serio) hacen que sea mi deber, en opinión de mis amigos, prologar las obras dejadas por mi amado esposo con unas pocas líneas; y aunque se pueda diferir en la opinión sobre esto, ciertamente no se malinterpretará el sentimiento que me indujo a vencer la timidez que hace que cualquier aparición de este tipo, por subordinada que sea, sea tan difícil para una mujer.

Huelga decir que no puedo tener la más remota intención de considerarme el editor real de una obra que se encuentra mucho más allá de mi horizonte. Sólo quiero estar a su lado cuando se adentra en el mundo como compañero participante. Puedo reivindicar esta posición, ya que también se me concedió una similar en su creación y formación. Quien haya conocido nuestro dichoso matrimonio y cómo compartíamos *todo el* uno con el otro, no sólo alegrías y penas, sino también cada ocupación, cada interés de la vida cotidiana: comprenderá que una obra de este tipo no podía ocupar a mi amado esposo sin ser también precisamente conocida por mí. Nadie, pues, puede atestiguar como yo el celo, el amor con que se dedicó a ella, las esperanzas que le tenía y la manera y el tiempo de su origen. Su mente, tan ricamente dotada, había sentido desde su temprana juventud la necesidad de la luz y la verdad, y, versátil como fue educado, sus pensamientos se habían dirigido principalmente a las ciencias de la guerra, a las que su profesión le dedicó, y que son de tan gran importancia para el bienestar de los estados. Scharnhorst le había puesto por primera vez en el buen camino, y su nombramiento como profesor de la Escuela General de Guerra en 1810, así como el honor que tuvo al mismo tiempo de dar las primeras lecciones militares a Su Alteza Real el Príncipe Heredero, fueron para él nuevas razones para dar esta dirección a sus investigaciones y esfuerzos, así como para poner por escrito lo que él mismo había llegado a comprender. Un ensayo con el que concluyó la instrucción de Su Alteza Real el Príncipe Heredero en 1812 contiene ya los gérmenes de sus obras posteriores. Pero no fue hasta 1816, en Coblenza, cuando comenzó de nuevo a ocuparse del trabajo científico y a recoger los frutos que las ricas experiencias de cuatro años de guerra de tanto peso habían hecho madurar en él. Primero escribió sus opiniones en breves ensayos que sólo estaban vagamente relacionados entre sí. El siguiente, que se encontró entre sus papeles sin fecha, también parece proceder de esa época anterior:

viii

"En mi opinión, las frases aquí escritas tocan lo principal que constituye la llamada estrategia. Todavía las veía como meros materiales y había llegado más o menos al punto de fusionarlas en un todo.

Estos materiales surgieron sin un plan previamente elaborado. Mi intención al principio era escribir en frases muy cortas, precisas y compactas lo que había acordado conmigo mismo sobre los puntos más importantes de este tema, sin tener en cuenta el sistema ni la coherencia estricta. Me vino a la mente la forma en que Montesquieu trataba su materia. Pensé que esos capítulos breves, ricos en significado, y que al principio sólo quería llamar granos, atraerían a una persona intelectual tanto por lo que se podría desarrollar a partir de ellos como por lo que ellos mismos establecían; así que tenía en mente a un lector intelectual que ya estuviera familiarizado con la materia. Pero mi naturaleza, que siempre me impulsa a desarrollar y sistematizar, volvió a funcionar aquí al final. Durante un tiempo, pude extraer sólo los resultados más importantes de los tratados que escribía sobre temas individuales, porque así me resultaban claros y seguros, y concentrar así mi mente en un volumen más pequeño; más tarde, sin embargo, mi idiosincrasia me venció por completo, desarrollé lo que pude y entonces, por supuesto, pensé en un lector que aún no estuviera familiarizado con el tema.

Cuanto más seguía trabajando, cuanto más me entregaba al espíritu de investigación, más me llevaba de nuevo al sistema, y así, poco a poco, se fueron encendiendo capítulos.

Mi última intención era repasar todo de nuevo, motivar más algunas cosas en los ensayos anteriores, y en los posteriores quizá reunir algunos análisis en un solo resultado y hacer así un todo tolerable, que formaría un pequeño volumen octavo. Pero incluso al hacerlo, quise evitar todo lo que es un lugar común, lo que no hace falta decir, lo que se ha dicho cien veces, lo que está generalmente aceptado; porque mi ambición era escribir un libro que no se olvidara al cabo de dos o tres años, y que quienes se interesaran por el tema pudieran coger más de una vez."

ix

En Coblenza, donde tenía muchas obligaciones oficiales, sólo podía dedicar horas interrumpidas a su trabajo privado; sólo gracias a su nombramiento como director de la Escuela General de Guerra de Berlín en 1818 obtuvo el tiempo libre para ampliar aún más su trabajo y también para enriquecerlo con la historia de las guerras más recientes. Este ocio también le reconcilió con su nuevo propósito, que en otros aspectos probablemente no le resultaba del todo satisfactorio, ya que, según la configuración que en su día tuvo la Kriegsschule, la parte científica de la institución no depende del director, sino que es gestionada por una comisión especial de estudio. Libre como estaba de toda mezquina vanidad, de toda inquieta ambición egoísta, sentía sin embargo la necesidad de ser verdaderamente útil y de no dejar que se desaprovechasen las capacidades con las que Dios le había dotado. En su vida activa no se encontraba en un lugar donde esta necesidad pudiera hallar satisfacción, y abrigaba pocas esperanzas de alcanzarla alguna vez; todo su esfuerzo se dirigió, por tanto, hacia el reino de la ciencia, y el beneficio que esperaba obtener mediante su trabajo se convirtió en el propósito de su vida. Si, a pesar de ello, la decisión de no publicar esta obra hasta después de su muerte se hizo cada vez más firme en él, ésta es probablemente la mejor prueba de que ningún vano deseo de alabanza y reconocimiento, ningún rastro de consideración egoísta se mezclaba con este noble impulso de una eficacia grande y duradera.

Continuó trabajando diligentemente hasta que fue trasladado a la artillería en la primavera de 1830 y sus actividades se vieron ahora ocupadas de una manera completamente diferente, hasta tal punto que tuvo que renunciar a todo trabajo literario, al menos por el momento. Puso en orden sus papeles, selló los paquetes individuales, les puso inscripciones y se despidió con nostalgia de esta ocupación que le había llegado a ser tan querida. En agosto de ese mismo año fue trasladado a Breslau, donde recibió la segunda inspección de artillería, pero ya en diciembre fue llamado de nuevo a Berlín y empleado como Jefe del Estado Mayor con el Mariscal de Campo Conde von Gneisenau (mientras durara el mando supremo que se le había otorgado). En marzo de 1831 acompañó a su venerado comandante a Posen. Cuando regresó de allí a Breslau en noviembre, tras la pérdida más dolorosa, le animó la esperanza de poder reanudar su trabajo y tal vez completarlo en el transcurso del invierno. Dios quiso otra cosa: el 7 de noviembre regresó a Breslau, el 16 ya no estaba y los paquetes sellados por su mano no se abrieron hasta después de su muerte. -

Es este legado el que se comunicará en los siguientes volúmenes, exactamente como se encontró, sin añadir ni suprimir una sola palabra. Sin embargo, hubo mucho que hacer, arreglar y consultar en la publicación del mismo, y estoy en deuda con varios amigos leales por su ayuda. En particular, al comandante O'Etzel, que ha tenido la gentileza de encargarse de la corrección de la impresión, así como de la preparación de los mapas que han de acompañar la parte histórica de la obra. También puedo mencionar aquí a mi querido hermano, que fue mi apoyo en la hora de la desgracia, y que también ha prestado destacados servicios a este legado en tantos aspectos. Entre otras cosas, al leerlo detenidamente y ordenarlo, encontró la reelaboración que había comenzado mi amado esposo, que menciona como obra prevista en el *mensaje* escrito en 1827 y *que sigue a continuación*, y la insertó en los lugares del primer libro a los que estaba destinada (pues no se extendió más).

x

Me gustaría dar las gracias a muchos otros amigos por los consejos que me han dado, por la participación y la amistad que me han demostrado, pero aunque no pueda nombrarlos a todos, seguro que no dudarán de mi más profunda gratitud. Tanto mayor cuanto más firmemente convencido estoy de que todo lo que hicieron por mí no fue sólo por mí, sino por el amigo que Dios les arrebató tan pronto.

Si durante veintiún años estuve encantado de estar de la mano de *un* hombre *así*, sigo encantado, a pesar de mi irreemplazable pérdida, por el tesoro de mis recuerdos y mis esperanzas, por el rico legado de participación y amistad que debo al querido difunto, y por el sentimiento edificante de ver su rara valía tan universal y tan honrosamente reconocida.

La confianza con que una noble pareja principesca me ha llamado es una nueva bendición por la que tengo que dar gracias a Dios, ya que me abre una honrosa profesión, a la que me dedico con alegría. Que esta profesión sea bendecida, y que el querido principito, que en este momento está confiado a mis cuidados, lea un día este libro y se inspire en él para acciones semejantes a las de sus gloriosos antepasados.

Escrito en el Palacio de Mármol, cerca de Potsdam, el 30 de junio de 1832.

Marie von Clausewitz,
de soltera Condesa Brühl,
Lord Chambelán de Su Alteza Real el
Princesa William.

Mensaje

[Dos notas de Clausewitz
sobre su obra, véase el prefacio
S. xiv]

"Considero los seis primeros libros, que ya han sido escritos en forma pura, sólo como una masa todavía algo informe, que sin duda será reelaborada una vez más. En esta reelaboración, la doble naturaleza de la guerra se mantendrá en todas partes más nítidamente a la vista, y por lo tanto todas las ideas adquirirán un significado más nítido, una dirección definida, una aplicación más cercana. Porque esta doble clase de guerra es aquella en la que el propósito es la *derrota del enemigo*, ya sea para destruirlo políticamente o simplemente para dejarlo indefenso, y así forzarlo a hacer cualquier paz, y aquella en la que el propósito es *simplemente hacer algunas conquistas en las fronteras del propio imperio*, ya sea para retenerlas o para usarlas como un medio útil de intercambio en la paz. Las transiciones de un tipo a otro deben, por supuesto, permanecer, pero la naturaleza completamente diferente de los dos esfuerzos debe prevalecer en todas partes, y los incompatibles deben mantenerse separados.

xi

Aparte de esta diferencia de hecho en las guerras, debe exponerse de forma explícita y precisa el punto de vista, igualmente necesario en la práctica, de que la guerra *no es más que la continuación de la política estatal por otros medios*. Este punto de vista, sostenido en todas partes, más bien aportará unidad a la consideración, y todo se volverá más fácilmente confuso. Aunque este punto de vista sólo tendrá su efecto principalmente en el octavo libro, debe, sin embargo, desarrollarse plenamente ya en el primero y contribuir también a la reelaboración de los seis primeros libros. Gracias a esa reelaboración, los seis primeros libros se librarán de parte de la escoria, se reducirán algunas de las hendiduras y lagunas, y algunas de las generalidades podrán pasar a pensamientos y formas más definidos.

El séptimo libro, Sobre el ataque, del que ya se han esbozado las líneas generales de los distintos capítulos, debe considerarse un reflejo del sexto libro y editarse inmediatamente según los puntos de vista más definidos que acaban de indicarse, de modo que no requiera

una nueva reelaboración, sino que pueda servir de norma en la reelaboración de los seis primeros libros.

Para el octavo libro, *Sobre el plan de guerra, es decir*, en general sobre la organización de toda una guerra, se han redactado varios capítulos que, sin embargo, ni siquiera pueden considerarse como verdaderos materiales, sino que no son más que un trabajo en bruto a través de las masas, con el fin de tomar mayor conciencia de lo que es importante en la obra misma. Han cumplido este propósito, y tras la finalización del séptimo libro tengo la intención de proceder inmediatamente a la elaboración del octavo, en el que se aplicarán principalmente los dos puntos de vista antes mencionados y todo se simplificará, pero también se espiritualizará al mismo tiempo. En este libro espero limar muchas arrugas en las cabezas de estrategias y estadistas, y al menos mostrar en todas partes lo que está en juego y lo que realmente hay que considerar en una guerra.

Una vez que haya llegado a una clara comprensión de mis ideas mediante la elaboración de este octavo libro, y que los grandes lineamientos de la guerra hayan quedado debidamente establecidos, me resultará tanto más fácil transferir este espíritu a los seis primeros libros y dejar que esos lineamientos brillen también aquí en todas partes. Sólo entonces emprenderé la reelaboración de los seis primeros libros.

Si una muerte prematura me interrumpiera en este trabajo, lo que se encontrara sólo podría llamarse una masa informe de pensamientos, que, expuesta a incesantes malentendidos, daría lugar a una gran cantidad de críticas inmaduras; porque en estos asuntos todo el mundo cree que lo que se le ocurre al tomar la pluma es lo suficientemente bueno como para ser dicho e impreso, y lo considera tan incuestionable como que dos por dos son cuatro. Si quisiera tomarse la molestia, como yo, de reflexionar sobre el tema durante años y compararlo siempre con la historia de la guerra, sería, por supuesto, más prudente en sus críticas.

xii

Pero a pesar de esta forma inacabada, creo que un lector desprejuiciado, sediento de verdad y convicción

no dejará de reconocer en los seis primeros libros los frutos de varios años de reflexión y asiduo estudio de la guerra, y quizá encuentre en ellos las ideas principales de las que podría partir una revolución en esta teoría.

Berlín, 10 de julio de 1827".

xiii

Aparte de este mensaje, se encontró en la finca el siguiente ensayo inacabado que, según parece, es de fecha muy reciente.

"El manuscrito sobre la conducción de la gran guerra, que se encontrará después de mi muerte, puede considerarse tal como es, sólo como una colección de piezas a partir de las cuales debía construirse una teoría de la gran guerra. La mayor parte no me ha satisfecho todavía, y el sexto libro debe considerarse como un mero intento; yo lo habría reelaborado completamente y habría buscado la salida de otro modo.

Pero las líneas maestras que uno ve prevalecer en estos materiales las considero correctas desde el punto de vista de la guerra; son el fruto de una reflexión polifacética con una dirección constante hacia la vida práctica, en constante recuerdo de lo que la experiencia y el contacto con excelentes soldados me habían enseñado.

El séptimo libro debería contener el ataque, del que se arrojan fugazmente los objetos; el octavo, el plan de guerra, en el que aún habría captado especialmente el lado político y humano de la guerra.

El primer capítulo del primer libro es el único que considero terminado; al menos hará al conjunto el servicio de indicar la dirección que quería mantener a lo largo de todo el libro.

La teoría de la gran guerra, o llamada estrategia, tiene dificultades extraordinarias, y bien puede decirse que muy pocos tienen ideas claras de los objetos individuales, es decir, ideas que se reduzcan a lo necesario en conexiones coherentes. En la acción, la mayoría sigue un mero tacto de juicio, más o menos acertado, según haya más o menos genio en ellos.

Así es como han actuado todos los grandes generales, y en esto radica en parte su grandeza y su genio, en que siempre dan en el blanco correcto con este tacto. Siempre será así para la acción; y este tacto es perfectamente suficiente para ella. Pero cuando no se trata de actuar uno mismo, sino de convencer a los demás en una consulta, entonces depende de tener las ideas claras, de demostrar la coherencia interior; y como la educación en esta materia está todavía tan poco avanzada, la mayoría de las consultas son un ir y venir sin fundamento, en el que o bien cada uno mantiene su opinión, o bien un mero acuerdo por consideración mutua conduce a un término medio, que en realidad carece de todo valor.

Así que las ideas claras en estas cosas no son inútiles, además, la mente humana tiene ahora sólo en general la dirección de la claridad y la necesidad de estar en todas partes en una conexión necesaria.

xiv

Las grandes dificultades que presenta tal construcción filosófica del arte de la guerra, y los muchos y muy malos intentos que se han hecho de ella, han llevado a la mayoría de la gente a decir: tal teoría no es posible, porque habla de cosas que ninguna ley permanente puede abarcar. Estaríamos de acuerdo con esta opinión, y renunciaríamos a todo intento de teoría, si toda una serie de proposiciones no pudieran hacerse evidentes sin dificultad: Que la defensa es la forma más fuerte con el propósito negativo, el ataque la más débil con el propósito positivo; que los grandes éxitos co-determinan los pequeños; que, por lo tanto, los efectos estratégicos pueden ser rastreados a ciertos centros de gravedad; que una demostración es un uso más débil de la fuerza que un ataque real, que por lo tanto debe ser especialmente condicionado; que la victoria no consiste meramente en la conquista del campo de batalla, sino en la destrucción de la fuerza física y moral, y que esto generalmente sólo se logra en la prosecución de la batalla ganada; que el éxito es siempre mayor allí donde se ha ganado la victoria, que, por tanto, saltar de una línea y dirección a otra sólo puede considerarse un mal necesario; que la justificación para dar la vuelta sólo puede surgir de la superioridad en general, o de la superioridad de la propia línea de comunicación y retirada sobre la del enemigo; que, por tanto, las posiciones de flanco también están condicionadas por las mismas relaciones; que todo ataque se debilita a sí mismo en la aproximación."

Prefacio del autor

Que el concepto de lo científico no consiste única o principalmente en el sistema y su edificio doctrinal acabado no necesita ser discutido hoy. - En esta representación, el sistema no se encuentra en absoluto en la superficie, y en lugar de un edificio doctrinal acabado, no hay más que piezas de trabajo.

La forma científica reside en el esfuerzo por explorar la esencia de los fenómenos marciales, por mostrar su conexión con la naturaleza de las cosas que los componen. En ninguna parte se ha eludido la consecuencia filosófica, sino que, allí donde se escurre en un hilo demasiado delgado, el autor ha preferido arrancarlo y atarlo de nuevo a los fenómenos correspondientes de la experiencia; pues así como algunas plantas sólo dan fruto si no brotan demasiado alto en el tallo, en las artes prácticas las hojas y flores teóricas no deben ser empujadas demasiado alto, sino mantenidas cerca de la experiencia, su suelo apropiado.

Sería sin duda un error tratar de averiguar, a partir de los componentes químicos del grano de trigo, la forma de la espiga de maíz que produce, ya que basta con ir al campo para ver las espigas listas. La investigación y la observación, la filosofía y la experiencia nunca deben despreciarse ni excluirse mutuamente, sino que se avalan la una a la otra. Las proposiciones de este libro se basan, pues, con la corta bóveda de su necesidad interna, bien en la experiencia, bien en el concepto mismo de la guerra como punto externo, y no están por ello exentas de contradicciones.¹

xv

Quizá no sea imposible escribir una teoría sistemática de la guerra llena de espíritu y contenido, pero las anteriores distan mucho de serlo. Por no hablar de su espíritu acientífico, rebosan de todo tipo de lugares comunes, dichos comunes y ostentación en su afán por la coherencia y completitud del sistema. Si se quiere una imagen adecuada de esto, léase el extracto de Lichtenberg de una ordenanza contra incendios: "Cuando se incendia una casa, hay que intentar cubrir sobre todo la pared derecha de la casa de la izquierda y la pared izquierda de la casa de la derecha; Porque si, por ejemplo, se quisiera cubrir la pared izquierda de la casa que está a la izquierda, la pared derecha de la casa está a la derecha de la pared izquierda, y en consecuencia, como el fuego está también a la derecha de esta pared y de la pared derecha (pues hemos supuesto que la casa está a la izquierda del fuego), la pared derecha está más cerca del fuego que la izquierda, y la pared derecha de la casa podría quemarse si no se cubriera antes de que el fuego llegara a la izquierda, que está cubierta; En consecuencia, algo que no está cubierto podría arder antes de lo que ardería otra cosa, aunque no estuviera cubierta; en consecuencia, hay que dejar esto y cubrir aquello. Para entender el asunto, sólo hay que recordar: si la casa está a la derecha del fuego, es la pared izquierda, y si la casa está a la izquierda, es la pared derecha.

Para no asustar al lector con tales pretensiones de genio y hacer desagradables las pocas cosas buenas a través de la infusión acuosa, el autor ha preferido dar en pequeños granos de metal sólido lo que muchos años de reflexión sobre la guerra, el contacto con personas inteligentes que la conocieron y muchas experiencias propias evocaron y establecieron en él. Así surgieron los capítulos de este libro, exteriormente sólo débilmente conectados entre sí, que esperemos no carezcan de coherencia interior. Tal vez pronto aparezca una cabeza más grande, que en lugar de estos granos individuales dará el todo en un molde de metal sólido sin escoria.

¹ Que éste no es el caso de muchos escritores militares, sobre todo de los que querían tratar la guerra en sí científicamente, lo prueban los numerosos ejemplos en los que en su retórica el pro y el contra se entrecruzan de tal manera que no quedan ni las colas, como en el caso de los dos leones.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

PRIMER LIBRO: SOBRE LA NATURALEZA DE LA GUERRA

1.1 PRIMER CAPÍTULO: ¿QUÉ ES LA GUERRA?

1. introducción

Pensamos en los *elementos* individuales de nuestro tema en primer lugar, luego en las *partes individuales* o *miembros* del mismo, y finalmente consideramos el *todo* en sus conexiones internas, procediendo así de lo simple a lo compuesto. Pero aquí, más que en ninguna otra parte, es necesario comenzar con una visión de la esencia del todo, porque aquí, más que en ninguna otra parte, el todo debe pensarse siempre al mismo tiempo que las partes.

2. definición

No queremos entrar aquí en una engorrosa definición periodística de la guerra, sino ceñirnos a su elemento, el duelo. La guerra no es más que un duelo prolongado. Si queremos pensar en la miríada de duelos individuales de los que se compone como una unidad, sería mejor imaginar a dos luchadores. Cada uno intenta obligar al otro a cumplir su voluntad mediante la fuerza física: su *siguiente propósito es derribar al adversario* y, de este modo, incapacitarlo para toda resistencia ulterior.

La guerra es, por tanto, un acto de violencia para obligar al adversario a cumplir nuestra voluntad.

La violencia se dota de los inventos de las artes y las ciencias para contrarrestarla. Restricciones imperceptibles, apenas notables, que se impone a sí misma bajo el nombre de costumbre internacional, la acompañan sin debilitar sustancialmente su poder. La violencia, es decir, la violencia física (pues no hay violencia moral fuera del concepto de Estado y de derecho), es, pues, el *medio para imponer nuestra voluntad al enemigo, el fin*. Para alcanzar este fin con seguridad, debemos dejar indefenso al enemigo, y éste es, según el concepto, el objetivo real de la violencia bélica.

4

Acción. Representa el propósito y hasta cierto punto lo desplaza como algo que no pertenece a la propia guerra.

3. uso extremo de la fuerza

Ahora bien, las almas filantrópicas podrían pensar fácilmente que existe una manera artificial de desarmar o derribar al enemigo sin causarle demasiadas heridas, y que ésta es la verdadera tendencia del arte de la guerra. Por bueno que esto pueda parecer, este error debe ser destruido, pues en asuntos tan peligrosos como la guerra, *los errores* que surgen de la

bondad son precisamente los peores. Puesto que el empleo de la fuerza física en todo su alcance no excluye en modo alguno la participación de la inteligencia, el que emplea esta fuerza despiadadamente, sin escatimar sangre, debe ganar la partida si su adversario no lo hace. De este modo da la ley al otro, y así ambos se acrecientan al máximo, sin más límites que los de los contrapesos inherentes.

Así es como hay que ver el asunto, y es un esfuerzo inútil, incluso erróneo, ignorar la naturaleza del elemento bruto por aversión a él.

Si las guerras de los pueblos cultos son mucho menos crueles y destructivas que las de los incultos, ello se debe a la condición social, tanto de los estados en sí mismos como entre sí. De este estado y de sus condiciones surge la guerra, a través de ella es condicionada, constreñida, reducida: pero estas cosas no le pertenecen a ella misma, sólo le son dadas, y nunca puede introducirse un principio de reducción en la filosofía de la guerra misma sin cometer un absurdo.

La lucha entre personas consta en realidad de dos elementos diferentes, el *sentimiento hostil* y la *intención hostil*. Hemos elegido el último de estos dos elementos como característica de nuestra definición porque es el general. Incluso la más cruda pasión de odio, rayana en el instinto, no puede concebirse sin intención hostil; por otra parte, hay muchas intenciones hostiles que no van acompañadas de ninguna hostilidad de sentimiento en absoluto, o al menos de ninguna hostilidad predominante. En los pueblos rudos predominan las intenciones de la mente, en los pueblos cultos las del intelecto; pero esta diferencia no reside en la naturaleza misma de la rudeza y de la educación, sino en las circunstancias, instituciones, etc., que la acompañan: no es, pues, necesaria en todos los casos individuales, sino que sólo rige en la mayoría de los casos; en una palabra: hasta los pueblos más cultos pueden inflamarse apasionadamente unos contra otros.

De ello se desprende cuán falso sería querer reducir la guerra de los ilustrados a un mero acto de intelecto por parte de los gobiernos y pensarla cada vez más desligada de toda pasión, de modo que al final ya no necesitara realmente las masas físicas de las fuerzas armadas, sino sólo sus relaciones, una especie de álgebra de la acción.

La teoría ya empezaba a moverse en esta dirección cuando los fenómenos de las últimas guerras le enseñaron lo contrario. Si la guerra es un acto de violencia, pertenece necesariamente a la mente. Si no procede de ella, sin embargo conduce más o menos a ella, y esto más o menos no depende del grado de educación, sino de la importancia y duración de los intereses hostiles.

5

Si, entonces, encontramos que los pueblos educados no dan muerte a los cautivos, no destruyen la ciudad y el campo, es porque la inteligencia interfiere más en su guerra y les ha enseñado medios más efectivos de usar la fuerza que estas crudas expresiones del instinto.

La invención de la pólvora, el entrenamiento cada vez más avanzado del arma de fuego demuestran ya suficientemente que la tendencia a destruir al enemigo inherente al concepto de guerra no ha sido en absoluto perturbada o desviada por la creciente educación.

Así que repetimos nuestra proposición: la guerra es un acto de violencia, y no hay límites para el uso de la misma; así, cada uno da la ley al otro, surge una interacción que, según el concepto, debe llevar al extremo. Esta es la *primera interacción* y el *primer extremo* que encontramos.

(Primera interacción.)

4. el objetivo es dejar indefenso al enemigo

Hemos dicho que *dejar indefenso* al enemigo es el objetivo del acto de guerra, y ahora queremos demostrar que esto es necesario, al menos en la concepción teórica.

Para que el enemigo cumpla nuestras órdenes, debemos colocarlo en una posición más desventajosa que el sacrificio que le exigimos; pero las desventajas de esta posición no deben ser, por supuesto, temporales, al menos en apariencia, pues de lo contrario el enemigo esperaría el mejor momento y no cedería. Cada cambio en esta situación provocado por una actividad bélica continuada debe, por tanto, conducir a una *aún más desventajosa, al menos en la imaginación*. La peor situación en la que puede encontrarse un beligerante es la completa indefensión. Por lo tanto, si se quiere obligar al enemigo a cumplir nuestra voluntad mediante el acto de guerra, debemos dejarle indefenso de facto o ponerle en una condición en la que sea probable que se le amenace con ello. De ello se deduce que el desarme o la derrota del enemigo, como se quiera llamar, debe ser siempre el objetivo del acto de guerra.

Ahora bien, la guerra no es la acción de una fuerza viva sobre una masa muerta, sino que, porque el sufrimiento absoluto no sería guerra, es siempre el empuje de dos fuerzas vivas la una contra la otra, y lo que hemos dicho del fin último de la acción bélica debe pensarse en ambas partes. He aquí, pues, de nuevo la interacción. Mientras no haya derribado al adversario, debo temer que él me derribe a mí; por lo tanto, ya no soy dueño de mí mismo, sino que él me da la ley como yo se la doy a él. Esta es *la segunda interacción, que conduce al segundo extremo*.

(Segunda interacción.)

5. máximo esfuerzo de las fuerzas

Si queremos derrotar al enemigo, debemos medir nuestro esfuerzo en función de su poder de resistencia; éste se expresa mediante un producto cuyos factores no pueden separarse, a saber: *la magnitud de los medios disponibles* y *la fuerza de la voluntad*.

6

La magnitud de los medios disponibles podría determinarse, ya que se basa (aunque no totalmente) en los números, pero la fuerza de la voluntad puede determinarse mucho menos y sólo puede estimarse aproximadamente en función de la fuerza del motivo. Suponiendo que de este modo obtenemos una probabilidad tolerable del poder de resistencia del adversario, podemos entonces medir nuestros esfuerzos y hacerlos tan grandes que los superen o, en caso de que nuestra capacidad no sea suficiente para ello, tan grandes como sea posible. Pero el adversario hace lo mismo; de ahí un nuevo incremento mutuo, que en mera concepción debe volver a esforzarse al máximo. Esta es *la tercera interacción* y un *tercer extremo* que encontramos.

(Tercera interacción.)

6. modificaciones de la realidad

Así, en el dominio abstracto del mero concepto, el intelecto superior no encuentra descanso en ninguna parte hasta que ha llegado al extremo, porque tiene que ver con un extremo, con un conflicto de fuerzas que se dejan a sí mismas y que no siguen otras leyes que las de su interior; Si, pues, quisiéramos deducir del mero concepto de guerra un punto absoluto para el fin que hemos de fijar y para los medios que hemos de emplear, llegaríamos a extremos en las interacciones constantes, que no serían más que un juego de ideas, provocado por un hilo apenas visible de sofismas lógicos. Si, aferrándonos firmemente a lo Absoluto, sorteáramos de un plumazo todas las dificultades e insistiéramos con rigor lógico en que siempre debemos estar preparados para lo máximo y esforzarnos al máximo para lograrlo, tal plumazo sería una mera ley de libro y no una ley para el mundo real.

Aunque ese máximo de esfuerzos fuera un absoluto, que podría encontrarse fácilmente, hay que confesar que el espíritu humano difícilmente se sometería a esta ensoñación lógica. En algunos casos se produciría un gasto inútil de energía que tendría que encontrar contrapeso en otros principios del arte de gobernar; se requeriría un esfuerzo de la voluntad que no estaría en equilibrio con el fin perseguido y que, por tanto, no podría llevarse a cabo, pues la voluntad humana nunca obtiene su fuerza mediante sutilezas lógicas.

Pero todo es diferente cuando pasamos de la abstracción a la realidad. Allí, todo debía permanecer sujeto al optimismo, y teníamos que pensar en uno como en otro, no sólo esforzándonos por alcanzar la perfección, sino también lográndola. ¿Será así en la realidad? Lo sería si:

1. la guerra sería un acto completamente aislado, surgido de repente y no relacionado con la vida anterior del estado,
2. si consistió en una única decisión o en una serie de decisiones simultáneas,
3. si contenía una decisión completa en sí misma y si la condición política que la seguiría no tenía ya un efecto sobre ella a través del cálculo.

7. la guerra nunca es un acto aislado

En cuanto al primer punto, cada uno de los dos oponentes no es una persona abstracta para el otro, ni siquiera para aquel factor del producto de la resistencia que no se basa en cosas externas, a saber, la voluntad. Esta voluntad no es algo enteramente desconocido; se da a conocer por lo que será mañana, en lo que fue hoy. La guerra no surge de repente; su propagación no es obra de un momento; así, cada uno de los dos adversarios puede ya juzgar al otro en gran parte por lo que es, por lo que hace, no según lo que, estrictamente hablando, debería ser y hacer. Pero el hombre, con su organización imperfecta, siempre está por debajo de la línea de lo absolutamente mejor, y así estas deficiencias, que surten efecto en ambos bandos, se convierten en un principio moderador.

8. no consiste en un solo golpe sin duración

El segundo punto da pie a las siguientes consideraciones.

Si la decisión en la guerra fuera una sola o una serie de ellas simultáneas, entonces todos los preparativos para ella tendrían que adquirir naturalmente la tendencia al extremo, pues una omisión no podría retrotraerse de ninguna manera; así, del mundo real, a lo sumo los preparativos del adversario, en la medida en que nos son conocidos, podrían darnos una norma, y todo el resto caería de nuevo en la abstracción. Si, por el contrario, la decisión se compone de varios actos sucesivos, entonces el precedente, con todas sus apariencias, puede convertirse naturalmente en una medida para el siguiente, y de este modo el mundo real ocupa también el lugar de lo abstracto y reduce así el esfuerzo por el extremo.

Ahora bien, toda guerra tendría necesariamente que estar contenida en una sola decisión o en una serie de decisiones simultáneas, si los medios destinados a la batalla fuesen todos convocados al mismo tiempo o pudiesen ser convocados; pues como una decisión *desventajosa* disminuye necesariamente los medios, cuando *todos* ellos han sido utilizados en la primera, ya no puede pensarse realmente en una segunda. Todos los actos de guerra que pudieran seguir pertenecerían esencialmente a la primera y en realidad sólo formarían su duración.

Pero hemos visto que ya en los preparativos para la guerra el mundo real ocupa el lugar del mero concepto, una medida real ocupa el lugar de una presuposición exterior; por lo tanto

ya por esta razón ambos oponentes en su interacción se quedarán cortos en la línea de un esfuerzo exterior y por lo tanto no se reunirán todas las fuerzas a la vez.

Pero también está en la naturaleza de estas fuerzas y de su aplicación el que *no puedan* hacerse efectivas todas al mismo tiempo. Estas fuerzas son: *las fuerzas armadas propiamente dichas, la tierra* con su superficie y su población, y los *confederados*.

Pues el país, con su superficie y su población, además de ser la fuente de todas las fuerzas armadas reales, constituye para sí mismo una parte integrante de las variables efectivas en la guerra, y sólo con aquella parte que pertenece al teatro de la guerra o tiene una influencia perceptible en él.

8

Ahora bien, es posible tener todas las fuerzas móviles actuando al mismo tiempo, pero no todas las fortalezas, ríos, montañas, habitantes, etc., en resumen, no todo el país, a menos que sea tan pequeño que quede completamente abarcado por el primer acto de guerra. Además, la participación de la alianza no depende de la voluntad de los beligerantes, y está en la naturaleza de las relaciones de los Estados que a menudo se produzca más tarde o se intensifique para establecer el equilibrio perdido.

Que esta parte de las fuerzas de resistencia, que no puede ponerse inmediatamente en acción, constituye en algunos casos una parte mucho mayor del conjunto de lo que se podría pensar a primera vista, y que a través de ella, incluso cuando la primera decisión se ha dado con gran violencia y, por tanto, el equilibrio de fuerzas se ha visto muy perturbado, éste puede, sin embargo, restablecerse, se desarrollará más detalladamente a continuación. Aquí nos basta con mostrar que la naturaleza de la guerra se opone a una *perfecta unificación de las fuerzas en el tiempo*. Ahora bien, esto no podría ser en sí mismo una razón para disminuir el aumento del esfuerzo para la primera decisión, porque una decisión desfavorable es siempre una desventaja a la que uno no se expondrá deliberadamente, y porque la primera decisión, aunque no siga siendo la única, tendrá sin embargo tanto más influencia sobre las siguientes cuanto mayor haya sido; sólo la posibilidad de una decisión posterior hace que el espíritu humano, en su timidez ante un esfuerzo demasiado grande, se refugie en ella, no reuniendo y ejerciendo así sus fuerzas en la primera decisión en la medida en que de otro modo habría sucedido. Lo que cada uno de los dos contrincantes se abstiene de hacer por debilidad se convierte para el otro en una verdadera razón *objetiva* de reducción, y así, a través de esta interacción, la lucha por lo máximo vuelve a ser reconducida a una cierta medida de esfuerzo.

9 La guerra, con su resultado, nunca es algo absoluto.

Por último, incluso la decisión total de toda una guerra no siempre debe considerarse absoluta, sino que el Estado conquistado a menudo sólo ve en ella un mal temporal, para el que aún puede encontrarse un remedio en las circunstancias políticas de tiempos posteriores. Es evidente hasta qué punto *esto* debe moderar la violencia de la tensión y la vehemencia del ejercicio de la fuerza.

10. las probabilidades de la vida real sustituyen al máximo y absoluto de los conceptos

De este modo, todo el acto bélico se ve privado de la estricta ley de las fuerzas llevadas al extremo. Si ya no se teme ni se busca lo máximo, en su lugar se deja al juicio determinar los límites del esfuerzo, y esto sólo puede hacerse a partir de los datos que presentan los fenómenos del mundo real, según *las leyes de la probabilidad*. Si los dos adversarios ya no son meros conceptos, sino Estados y gobiernos individuales, si la guerra ya no es un ideal, sino un curso de acción que se desarrolla de forma peculiar, entonces lo que hay realmente

proporcionará los datos de lo desconocido, de lo que cabe esperar, de lo que hay que encontrar.

9

Del carácter, las facilidades, la condición, las circunstancias del adversario, cada una de las dos partes deducirá la acción de la otra según las leyes de la probabilidad y determinará la suya en consecuencia.

11. ahora surge de nuevo el propósito político

Aquí, por sí mismo, un objeto que habíamos alejado de él (ver núm. 2) se impone de nuevo: es el *propósito político de la guerra*. La ley del más fuerte, la intención de dejar indefenso al enemigo, de derribarlo, había engullido hasta cierto punto este propósito. Tan pronto como esta ley pierde su poder, tan pronto como esta intención se aleja de su objetivo, el propósito político de la guerra debe resurgir. Si toda la consideración es un cálculo de probabilidades, que surge de ciertas personas y circunstancias, el *propósito político*, como *motivo original*, debe convertirse en un factor muy esencial en este producto. Cuanto más pequeño sea el sacrificio que exigimos a nuestro adversario, menos podemos esperar que sus esfuerzos sean para negárnoslo. Pero cuanto menores sean éstos, menores serán los nuestros. Además, cuanto más pequeño sea nuestro fin político, cuanto menos valor le concedamos, más fácilmente nos permitiremos renunciar a él: por *esta razón, también, nuestros esfuerzos serán tanto más pequeños*. Así, entonces, el *fin político*, como *motivo original de la guerra*, será la medida, tanto del fin que debe ser alcanzado por el acto bélico, como de los esfuerzos que son necesarios. Pero no podrá serlo por sí mismo, sino que, por tratarse de cosas reales y no de meros conceptos, lo será en *relación con los estados mutuos*. Un mismo propósito político puede producir efectos muy *diferentes* entre pueblos diferentes, o incluso entre un mismo pueblo, en momentos diferentes. Por lo tanto, sólo podemos tomar el propósito político como medida *pensando en él en términos de sus efectos sobre las masas que pretende mover, de modo* que la naturaleza de estas masas entre en consideración. Es fácil ver que el resultado puede ser así muy diferente, según se encuentren en las masas principios de fortalecimiento o de debilitamiento para la acción. En dos pueblos y Estados puede haber tales tensiones, tal suma de elementos hostiles, que un motivo político de guerra, en sí mismo muy leve, puede producir un efecto muy superior a su naturaleza, una verdadera explosión.

Esto es válido para los esfuerzos que el propósito político provocará en ambos estados, y para el objetivo que dará a la acción bélica. A veces puede ser en sí mismo este fin, por ejemplo, la conquista de una determinada provincia. A veces el fin político en sí mismo no será adecuado para servir como fin de la acción bélica; entonces debe tomarse uno que pueda considerarse equivalente y que pueda sustituirlo en la paz. Pero también aquí se presupone siempre la consideración de la peculiaridad de los estados actuantes. Hay circunstancias en las que el equivalente debe ser mucho mayor que el fin político, si éste ha de ser alcanzado por aquél. Cuanto más indiferentes se comporten las masas, cuanto menores sean las tensiones, que también las hay en ambos estados y en sus relaciones, tanto más prevalecerá el fin político como medida y decidirá por sí mismo, y así hay casos en los que decide casi solo.

10

Ahora bien, si la finalidad del acto bélico es un equivalente de la finalidad política, generalmente descenderá con esta última, y tanto más cuanto más predomine esta finalidad; y así se explica cómo, sin contradicción interna, puede haber guerras de todos los grados de importancia y energía, desde la guerra de aniquilación hasta la mera observación armada. Pero esto nos lleva a una cuestión de otro tipo, que todavía tenemos que desarrollar y responder.

12. la paralización de un acto bélico aún no se explica por este

Por insignificantes que sean las exigencias políticas de ambos contrincantes, por débiles que sean los medios desplegados, por pequeño que sea el objetivo que fijen para el acto bélico, ¿podrá este acto detenerse por un momento? Esta es una pregunta que penetra profundamente en la esencia de la cuestión.

Toda acción necesita un cierto tiempo para completarse, que llamamos su duración. Ésta puede ser mayor o menor, dependiendo de si el actor tiene prisa o no.

Aquí no queremos preocuparnos por esto de más o menos. Cada uno hace la cosa a su manera; pero el lento lo hace más despacio no porque quiera dedicarle más tiempo, sino porque por su naturaleza necesita más tiempo y lo haría peor si tuviera más prisa. Este tiempo, por tanto, depende de razones internas y pertenece a la *duración real* de la acción.

Si, pues, en la guerra, permitimos a cada acción su duración, debemos, al menos a primera vista, sostener que todo gasto de tiempo fuera de esta duración, es decir, toda paralización del acto bélico, parece absurdo. Debemos recordar siempre que no estamos hablando del progreso de uno u otro de los dos adversarios, sino del progreso de todo el acto bélico.

Sólo hay una razón que pueda detener la acción, y siempre parece estar en un solo lado.

Si ambas partes se han armado para la batalla, un principio hostil debe haberles permitido hacerlo; mientras permanezcan armadas, es decir, no hagan la paz, este principio debe estar presente, y sólo puede descansar en cada uno de los dos adversarios bajo una única condición, a saber: querer *esperar un momento más favorable para la acción*. Ahora bien, a primera vista parece que esta condición sólo puede estar siempre presente en una de las partes, porque se convierte eo ipso en la contraria en la otra. Si uno tiene interés en actuar, el otro debe tener interés en esperar.

Un equilibrio completo de fuerzas no puede producir un estancamiento, pues en tal caso el que tiene el propósito positivo (el atacante) tendría que seguir siendo el que avanza.

11

Pero si concibiéramos el equilibrio de tal manera que el que tiene el propósito positivo, es decir, el motivo más fuerte, al mismo tiempo manda sobre las fuerzas menores, de modo que la ecuación surgiera del producto de motivo y fuerzas, todavía tendríamos que decir: si no se puede ver de antemano ningún cambio para este estado de equilibrio, entonces ambas partes deben hacer las paces; pero si se puede ver de antemano, entonces sólo será favorable para una y, por lo tanto, la otra debe ser inducida a actuar. Vemos que el concepto de equilibrio no puede explicar el estancamiento, sino que de nuevo equivale a esperar un momento más favorable. Supongamos, entonces, que uno de los dos estados tiene un propósito positivo: quiere conquistar una provincia del adversario para reclamarla en paz. Tras esta conquista, su propósito político se cumple, cesa la necesidad de actuar, le llega la paz. Si el adversario quiere calmarse incluso con este éxito, debe hacer las paces; si no quiere hacerlo, debe actuar: ahora cabe pensar que dentro de cuatro semanas estará más organizado para hacerlo, por lo que tiene motivos suficientes para aplazar la acción.

Pero a partir de ese momento, al *parecer*, la obligación lógica de actuar recae en el adversario, de modo que al vencido no le da tiempo a equiparse para la acción. Huelga decir que esto presupone una comprensión completa del caso por ambas partes.

14. esto daría una continuidad a la acción bélica que volvería a aumentar todo

Si esta continuidad del acto bélico se diera realmente, llevaría de nuevo todo al extremo, pues aparte de que tal actividad inquieta inflamaría más las fuerzas comunitarias y daría al conjunto un mayor grado de pasión, una mayor fuerza elemental, la continuidad de la acción

produciría también una secuencia más estricta, una conexión causal más imperturbable, y así haría cada acto individual más significativo y, por tanto, más peligroso.

Pero sabemos que el acto bélico rara vez o nunca tiene esta continuidad, y que hay un gran número de guerras en las que la acción ocupa con mucho la menor parte del tiempo empleado y la paralización todo el resto. Esto no puede ser siempre una anomalía, y el estancamiento en el acto bélico debe ser posible, es decir, no una contradicción en los términos. A continuación mostraremos que esto es así y cómo.

15 Aquí, pues, se invoca un principio de polaridad

Al pensar siempre en el interés de un comandante en la magnitud opuesta en el otro, hemos asumido una verdadera *polaridad*. Nos reservamos el derecho de dedicar un capítulo aparte a este principio en la secuela, pero debemos decir lo siguiente sobre él aquí.

El principio de polaridad sólo es válido cuando se piensa en un mismo objeto, donde la magnitud positiva y su opuesta, la negativa, se aniquilan exactamente la una a la otra. En una batalla, cada una de las dos partes quiere ganar; ésta es la verdadera polaridad, porque la victoria de una destruye la de la otra. Pero cuando hablamos de dos cosas diferentes que tienen una relación común aparte de ellas mismas, no son *estas cosas* sino sus relaciones las que tienen polaridad.

12

16. el ataque y la defensa son cosas de distinto tipo y de fuerza desigual, por lo que no se les puede aplicar la polaridad

Si sólo hubiera una forma de guerra, a saber, el ataque del adversario, es decir, ninguna defensa, o en otras palabras, si el ataque se diferenciara de la defensa meramente por el motivo positivo que tiene el primero y del que carece la segunda, pero la lucha fuera siempre una y la misma: entonces en esta lucha toda ventaja del uno sería siempre una desventaja igual de grande para el otro, y habría polaridad.

Pero la actividad bélica se divide en dos formas, ataque y defensa, que, como demostraremos posteriormente, son muy diferentes y de fuerza desigual. La polaridad, por tanto, reside en aquello a lo que ambas se refieren, en la decisión, pero no en el ataque y la defensa en sí. Si un comandante quiere la decisión más tarde, el otro debe quererla antes, pero hay que admitir que sólo en la misma forma de batalla. Si A tiene interés en atacar a su oponente no ahora, sino cuatro semanas después, B tiene interés en ser atacado por él no cuatro semanas después, sino ahora. Esto es directamente lo contrario; pero de ello no se sigue que B tenga interés en atacar a A ahora mismo, lo cual es obviamente algo muy diferente.

17. el efecto de la polaridad es a menudo aniquilado por la superioridad de la defensa sobre el ataque, y así se explica el estancamiento del acto bélico

Si la forma de defensa es más fuerte que la de ataque, como mostraremos a continuación, la cuestión es si la ventaja de la *decisión posterior en el caso* de una es tan grande como la ventaja de la *defensa en el caso de la otra*; cuando no es así, no puede, mediante su contraste, superarla y tener así un efecto sobre el progreso del acto de guerra. Vemos, pues, que el poder estimulante que tiene la polaridad de los intereses puede perderse en la diferencia entre la fuerza del ataque y la de la defensa y volverse así ineficaz.

Si, por tanto, aquel para quien el presente es favorable es demasiado débil para poder prescindir de la ventaja de la defensa, debe permitirse afrontar el futuro menos favorable; pues aún puede ser mejor luchar en defensa en este futuro desfavorable que atacar ahora o

hacer la paz. Como estamos convencidos de que la superioridad de la defensa (bien entendida) es muy grande y mucho mayor de lo que se podría pensar a primera vista, esto explica una proporción muy grande de los períodos de estancamiento que se producen en la guerra, sin que sea necesario concluir que existe una contradicción interna. Cuanto más débiles sean los motivos de la acción, más se verán engullidos y neutralizados por esta diferencia entre ataque y defensa, y más frecuentemente, por tanto, se detendrá el acto bélico, como también enseña la experiencia.

13

18. una segunda razón radica en la comprensión imperfecta del caso

Pero hay otra razón que puede paralizar el acto de guerra, a saber, la comprensión imperfecta del caso. Todo comandante tiene una visión exacta sólo de su propia situación, y de la del enemigo sólo según noticias inciertas; puede, por tanto, equivocarse en su juicio de la misma, y como resultado de este error creer que la acción está sobre el enemigo, cuando en realidad está sobre él. Ahora bien, esta falta de perspicacia podría causar tan a menudo una acción inoportuna como una pausa inoportuna, y por tanto no contribuiría en sí misma más al retraso que a la aceleración del acto de guerra; pero siempre habrá que considerarla como una de las causas naturales que *pueden paralizar* el acto de guerra *sin contradicción interna*. Sin embargo, si se considera que uno está siempre más inclinado e inducido a estimar demasiado alta la fuerza del adversario que a estimarla demasiado baja, porque así está en la naturaleza humana, se admitirá también que la comprensión imperfecta del caso debe, en general, contribuir mucho a retardar el acto bélico y a disminuir su principio.

La posibilidad de un estancamiento introduce una nueva disminución en el acto bélico, diluyéndolo, por así decirlo, con el tiempo, retardando el peligro en su progreso y aumentando los medios de establecer un equilibrio perdido. Cuanto mayores sean las tensiones de las que ha surgido la guerra, cuanto mayor sea por tanto su energía, más breves serán estos períodos de estancamiento; cuanto más débil sea el principio bélico, más largos; porque los motivos más fuertes aumentan la fuerza de voluntad, y ésta, como sabemos, es cada vez un factor, un producto de las fuerzas.

19. la frecuente paralización del acto bélico aleja aún más la guerra de lo absoluto, la convierte en un cálculo de probabilidades

Sin embargo, cuanto más lento se desarrolla el acto de guerra, cuanto más a menudo y durante más tiempo se detiene, cuanto antes es posible enmendar un error, cuanto más audaz, por tanto, se vuelve el actor en sus presuposiciones, tanto antes se saldrá de la línea del extremo y construirá todo sobre probabilidades y suposiciones. Lo que la naturaleza del caso concreto requiere en sí, un *cálculo de probabilidades* según las circunstancias dadas, el curso más o menos lento del acto de guerra deja más o menos tiempo para ello.

20 Lo único que falta, pues, para que sea un juego es el azar, y es lo que menos le falta.

Vemos así hasta qué punto la naturaleza objetiva de la guerra la convierte en un cálculo de probabilidades; ahora bien, sólo hace falta un elemento para que sea un *juego*, y ciertamente no carece de este elemento: es el *azar*. No hay actividad humana que esté tan constantemente y tan generalmente en contacto con el azar como la guerra. Con el azar, sin embargo, el azar y con él la suerte ocupan un lugar importante en ella.

14

21. al igual que por su naturaleza objetiva, la guerra también se convierte en un juego por su naturaleza subjetiva.

Si ahora echamos un vistazo a la *naturaleza subjetiva de la guerra*, es decir, a las fuerzas con las que debe librarse, nos parecerá aún más un juego. El elemento en el que se mueve la actividad bélica es el peligro; pero en el peligro, ¿cuál es la más noble de todas las fuerzas navales? *El valor*. Ahora bien, la valentía bien puede ser compatible con el cálculo prudente, pero no dejan de ser cosas de distinto género, pertenecientes a potencias diferentes del alma; por otra parte, la osadía, *la confianza en la fortuna, el atrevimiento, la audacia* no son más que expresiones de la valentía, y todas estas direcciones del alma buscan el peligro porque es su elemento.

Vemos, pues, cómo lo absoluto, lo llamado matemático, no encuentra terreno firme en ninguna parte de los cálculos del arte de la guerra, y que desde el principio entra en él un juego de posibilidades, probabilidades, suerte y desgracia, que se extiende en todos los hilos grandes y pequeños de su tejido, y de todas las ramas de la actividad humana pone a la guerra más cerca del juego de naipes.

22. ya que esto suele ser lo más agradable para el espíritu humano

Aunque nuestro intelecto se siente siempre urgido hacia la claridad y la certeza, nuestro espíritu se siente a menudo atraído por la incertidumbre. En lugar de serpentear con el intelecto por la estrecha senda de la investigación filosófica y de las conclusiones lógicas, para llegar, apenas consciente de sí mismo, a espacios donde se siente ajeno y donde todos los objetos conocidos parecen abandonarle, prefiere habitar con el poder de la imaginación en el reino de las coincidencias y de la felicidad. En lugar de esa exigua necesidad, se deleita aquí en la riqueza de las posibilidades; excitado por ellas, su valor se inspira, y así el riesgo y el peligro se convierten en el elemento al que se lanza como el nadador valiente a la corriente.

¿Debería la teoría dejarlo aquí, seguir adelante complacientemente en conclusiones y reglas absolutas? Entonces es inútil para la vida. La teoría también debe tener en cuenta el aspecto humano; también debe permitir que tengan cabida el valor, la audacia e incluso la osadía. El arte de la guerra tiene que ver con fuerzas vivas y morales; de ello se deduce que no puede alcanzar en ninguna parte lo absoluto y seguro; así pues, queda en todas partes un margen para lo aproximado, y tan grande para lo más grande como para lo más pequeño. Como esta aproximación se encuentra en un lado, el valor y la confianza en sí mismo deben entrar en el otro y llenar el vacío. Tan grande como estos son, tan grande puede llegar a ser el margen para ello. El valor y la confianza en sí mismo son, pues, principios esenciales para la guerra; en consecuencia, la teoría debe establecer sólo aquellas leyes en las que esas necesarias y más nobles virtudes marciales puedan moverse libremente en todos sus grados y modificaciones. En el carro, también, hay una prudencia e igualmente una cautela, sólo que están calculadas según una acuñación diferente.

15

Pero la guerra sigue siendo siempre un medio serio para un fin serio. Disposiciones más detalladas del mismo

Así es la guerra, así es el comandante que la libra, así es la teoría que la rige. Pero la guerra no es un pasatiempo, no es un mero placer de atreverse y triunfar, no es una obra de libre entusiasmo; es un medio serio para un fin serio. Todo lo que lleva de ese juego de colores de la felicidad, todo lo que absorbe de las vibraciones de las pasiones, del valor, de la imaginación, del entusiasmo, son sólo peculiaridades de este medio.

La guerra de una comunidad -de pueblos enteros- y especialmente de pueblos *cultos* parte siempre de un estado político y sólo es causada por un motivo político. Es, por tanto, un acto político. Si fuera ahora una expresión perfecta, imperturbable y absoluta de la fuerza, tal como hemos de deducirla de su mero concepto, desde el momento en que fuera producida por la

política, ocuparía su lugar como algo totalmente independiente de ella, la desplazaría y seguiría únicamente sus propias leyes, del mismo modo que una mina que se descarga ya no es capaz de otra dirección y guía que la que le dan las instituciones preparatorias. Así es como hasta ahora se ha concebido realmente el asunto, tantas veces como la falta de armonía entre la política y la guerra ha conducido a distinciones teóricas de este tipo. Pero no es así, y esta concepción es fundamentalmente falsa. La guerra en el mundo real, como hemos visto, no es un extremo tal que libera su tensión en una sola descarga, sino que es la acción de fuerzas que no se desarrollan de una manera perfectamente uniforme y pareja, sino que en un momento se hinchan lo suficiente para vencer la resistencia que la inercia y la fricción le oponen, y en otro momento son demasiado débiles para producir efecto alguno; se trata, por así decirlo, de una pulsación de violencia, más o menos violenta, por consiguiente más o menos rápida en aliviar las tensiones y agotar las fuerzas; en otras palabras: que conduce más o menos rápidamente a la meta, pero que dura siempre lo suficiente como para permitir influir sobre ella incluso en su curso, de modo que pueda dársele tal o cual dirección, en resumen, para permanecer sujeta a la voluntad de una inteligencia que la guía. Si consideramos ahora que la guerra procede de un fin político, es natural que este primer motivo, que le dio origen, siga siendo también la primera y más alta consideración en su ejecución. Pero el fin político no es, pues, un legislador despótico; debe someterse a la naturaleza de los medios, y a menudo se ve bastante modificado por ella, pero siempre es lo que debe considerarse en primer lugar. La política, por lo tanto, impregnará todo el acto de la guerra y ejercerá una influencia perpetua sobre él, en la medida en que la naturaleza de las fuerzas que estallan en ella lo permita.

24. la guerra es una mera continuación de la política por otros medios

Vemos así que la guerra no es un mero acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una realización de éstas por otros medios. Lo que sigue siendo peculiar de la guerra se refiere ahora sólo a la naturaleza peculiar de sus medios. Que las direcciones e intenciones de la política no entren en conflicto con estos medios es algo que el arte de la guerra en general y el general en cada caso individual pueden exigir, y esta exigencia no es verdaderamente pequeña; pero por mucho que en casos individuales pueda tener un efecto sobre las intenciones políticas, esto debe siempre pensarse sólo como una modificación de las mismas, porque la intención política es el fin, la guerra es el medio, y los medios nunca pueden pensarse sin un fin.

16

25. diversidad de guerras

Cuanto mayores y más fuertes sean los motivos de la guerra, cuanto más abarquen toda la existencia de los pueblos, cuanto más violenta sea la tensión que precede a la guerra, más se acercará la guerra a su forma abstracta, más se tratará de derrotar al enemigo, más coincidirán el objetivo bélico y el propósito político, cuanto más puramente bélica, menos política parecerá la guerra. Pero cuanto más débiles sean los motivos y las tensiones, tanto menos caerá la dirección natural del elemento bélico, a saber, la violencia, en la línea que da la política, tanto más, por tanto, deberá desviarse la guerra de su dirección natural, cuanto más diferente sea la finalidad política de la finalidad de una guerra ideal, tanto más parecerá que la guerra es *política*.

Debemos, sin embargo, observar aquí, para que el lector no se llame a engaño, que por esta *tendencia natural de la guerra* se entiende sólo la filosófica, la realmente *lógica*, y de ningún modo la tendencia de las fuerzas realmente comprometidas en el conflicto, de modo que, por ejemplo, todas las fuerzas emocionales y pasiones de los combatientes deban ser consideradas bajo ella. Es cierto que en algunos casos éstas también pueden excitarse hasta

tal punto que con dificultad podrían contenerse en el camino político; pero en la mayoría de los casos no se producirá tal contradicción, porque la existencia de aspiraciones tan fuertes condicionará también un gran plan que armonice con ellas. Cuando este plan se dirija sólo a cosas pequeñas, el esfuerzo de las fuerzas de la mente en la masa será también tan pequeño que esta masa estará siempre más necesitada de un impulso que de un freno.

26. todos ellos pueden considerarse actos políticos

Si, pues, volviendo al punto principal, es cierto que en un tipo de guerra la política parece desaparecer por completo, mientras que en el otro emerge de manera muy definida, puede sostenerse, no obstante, que la una es tan política como la otra; pues si la política se considera como la inteligencia del Estado personificado, entonces entre todas las constelaciones que su cálculo tiene que comprender, debe ser posible comprender también aquella en la que la naturaleza de todas las relaciones hace necesaria una guerra del primer tipo. Sólo en la medida en que la política se entienda no como una visión general, sino como el concepto convencional de una prudencia cautelosa, taimada, incluso deshonesta, que se aparta de la violencia, podría pertenecerle este último tipo de guerra más que el primero.

17

27. consecuencias de este punto de vista para la comprensión de la historia de la guerra y para los fundamentos de la teoría

Así vemos, en *primer lugar*, que en cualquier circunstancia debemos pensar en la guerra no *como algo independiente*, sino como un instrumento político; y sólo con este tipo de concepción es posible no entrar en contradicción con toda la historia de la guerra. Sólo ella abre el gran libro a una visión comprensible. - En *segundo lugar*, este mismo punto de vista nos muestra cuán diferentes deben ser las guerras según la naturaleza de sus motivos y las circunstancias de las que surgen.

El primero, el más grande, el más decisivo acto de juicio, que el estadista y el comandante ejercen, es que deben reconocer correctamente la guerra que emprenden en este aspecto, y no tomarla por algo o querer convertirla en algo que, según la naturaleza de las circunstancias, no puede ser. Esta es, pues, la primera y más amplia de todas las cuestiones estratégicas; la examinaremos más detenidamente en el plan de guerra.

Aquí nos contentamos con haber llevado el tema hasta este punto y haber establecido así el punto de vista principal desde el que hay que considerar la guerra y su teoría.

28. resultado para la teoría

La guerra, pues, no sólo es un verdadero camaleón, porque cambia un poco de naturaleza en cada caso concreto, sino que es también, según sus apariencias generales, en relación con las tendencias que prevalecen en ella, una trinidad caprichosa, compuesta por la violencia original de su elemento, el odio y la enemistad, que deben considerarse como un *instinto natural ciego*, el juego de las probabilidades y el azar, que lo convierten en una *actividad libre del alma*, y el carácter subordinado de instrumento político, por el que recae en *el mero intelecto*.

El primero de estos tres lados se dirige más hacia el pueblo, el segundo más hacia el comandante y su ejército, el tercero más hacia el gobierno. Las pasiones que han de despertarse en la guerra deben existir ya en los pueblos; la medida en que el juego del valor y del talento se dará en el terreno de las probabilidades del azar depende de la peculiaridad del comandante y del ejército, pero los fines políticos pertenecen sólo al gobierno.

Estas tres tendencias, que parecen ser otras tantas leyes diferentes, están profundamente arraigadas en la naturaleza del sujeto y son al mismo tiempo de magnitud variable. Una teoría que dejara de lado una de ellas, o que estableciera una relación arbitraria entre ellas, entraría inmediatamente en tal contradicción con la realidad que habría que considerarla destruida por este solo hecho.

La tarea, pues, consiste en mantener la teoría suspendida entre estas tres tendencias como entre tres puntos de atracción.

En el libro sobre la teoría de la guerra examinaremos la mejor manera de cumplir esta difícil tarea. En todo caso, la determinación del concepto de guerra que aquí se haga será el primer rayo de luz que caiga para nosotros en la estructura fundamental de la teoría, que distinguirá ante todo a las grandes masas y nos permitirá distinguirlas.

18

1.2 SEGUNDO CAPÍTULO: FINES Y MEDIOS DE LA GUERRA

Habiendo aprendido en el capítulo anterior sobre la naturaleza compuesta y variable de la guerra, volvamos nuestra atención a examinar qué influencia tiene esto sobre los fines y los medios en la guerra.

Si primero indagamos sobre el fin hacia el que debe dirigirse toda la guerra para que sea el medio adecuado para el fin político, lo encontraremos tan variable como lo son el fin político y las condiciones peculiares de la guerra.

Si nos atenemos en primer lugar de nuevo al concepto puro de guerra, debemos decir que la finalidad política de la misma se encuentra en realidad fuera de su ámbito; pues si la guerra es un acto de fuerza para obligar al enemigo a cumplir nuestra voluntad, entonces debería depender *siempre y absolutamente sólo* de derribar al enemigo, es decir, de dejarlo indefenso. Consideremos en primer lugar *este propósito*, desarrollado a partir del concepto, que sin embargo en la realidad se aproxima mucho a un gran número de casos, en esta realidad.

En el plan de guerra examinaremos posteriormente con más detalle lo que significa *dejar indefenso a un Estado*, pero aquí debemos distinguir entre tres cosas que, como tres objetos generales, engloban todo lo demás. Se trata de las *fuerzas armadas*, el *país* y la *voluntad del enemigo*.

La fuerza armada debe ser *destruida, es decir, puesta en tal condición que ya no pueda continuar la lucha*. Por la presente declaramos que la expresión "destrucción de la fuerza armada del enemigo" se entenderá en lo sucesivo únicamente en este sentido.

El país debe ser conquistado, ya que una nueva fuerza armada podría formarse a partir de la tierra.

Pero si ambas cosas han sucedido, la guerra, es decir, la tensión hostil y el efecto de las fuerzas hostiles, no puede considerarse terminada hasta que el poder del enemigo haya sido derrotado, es decir, que su gobierno y sus confederados hayan podido firmar la paz o el pueblo haya podido someterse; pues mientras estemos en plena posesión del país, la lucha puede reavivarse dentro de él o por la ayuda de sus confederados. Es cierto que esto puede suceder también *después de la paz*, pero esto no prueba más que no toda guerra lleva consigo una decisión y un arreglo perfectos. Pero incluso si este es el caso, un gran número de chispas que habrían seguido brillando en silencio se apagan en la conclusión de la paz misma, y las tensiones disminuyen, porque todas las personas de mentalidad pacífica, de las que siempre hay un gran número en todas las naciones y en todas las circunstancias, se apartan por completo de la dirección de la resistencia. Sea como fuere, siempre debe considerarse que la paz ha logrado su propósito y que el asunto de la guerra ha terminado.

Dado que, de estos tres objetos, la fuerza armada está destinada a la protección del país, el orden natural es que primero debe ser destruida, luego conquistado el país, y por estos dos éxitos, así como por la condición en la que todavía nos encontramos, el enemigo debe ser capaz de hacer la paz. Por lo general, la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo se produce gradualmente y, en la misma medida, la conquista del país le sigue de cerca. Ambas tienden a interactuar, en el sentido de que la pérdida de las provincias tiene un efecto retroactivo en el debilitamiento de las fuerzas armadas. Sin embargo, este orden no es en absoluto necesario, y por eso no siempre tiene lugar. La fuerza enemiga puede retirarse a las fronteras opuestas del país, incluso al extranjero, antes de haber sido notablemente debilitada. En este caso, se conquista la mayor parte o la totalidad del país.

19

Pero este fin de la *guerra abstracta*, este último medio de alcanzar el fin político en el que deben unirse todos los demás, la indefensión *del adversario*, no se da en absoluto en la realidad, no es la condición necesaria para la paz y, por lo tanto, no puede establecerse teóricamente como una ley. Son innumerables los acuerdos de paz que se han concluido antes de que una de las dos partes pudiera considerarse indefensa, es más, antes incluso de que el equilibrio se viera notablemente alterado. Más aún, si nos fijamos en casos concretos, debemos decirnos que en toda una clase de ellos la *derrota del adversario* sería un inútil juego de la imaginación, si, a saber, el adversario es considerablemente más poderoso.

La razón por la que el propósito desarrollado a partir del concepto de guerra no se ajusta generalmente a la guerra real reside en la diferencia entre ambas, de la que nos ocupamos en el capítulo anterior. Si fuera como el mero concepto lo da, una guerra entre estados de fuerzas marcadamente desiguales parecería un absurdo, es decir, imposible; la desigualdad de fuerzas físicas sería a lo sumo tan grande que podría compensarse con las morales opuestas, y eso no iría muy lejos en Europa en nuestro estado actual de sociedad. Si, pues, hemos visto guerras entre Estados de *poder muy desigual*, es porque la *guerra en la realidad se aparta a menudo mucho de su concepto original*.

Hay dos cosas que, en realidad, pueden sustituir a la incapacidad de resistir en un futuro lejano como motivo para la paz. La primera es la improbabilidad, la segunda es un precio demasiado alto a pagar por el éxito.

Puesto que, como hemos visto en el capítulo precedente, toda la guerra debe desprenderse de la estricta ley de la necesidad interior y entregarse al cálculo de probabilidades, y puesto que éste es siempre tanto más el caso cuanto más le convienen según las circunstancias de las que ha surgido, cuanto menores son los motivos y las tensiones, se comprende también cómo el motivo mismo de la paz puede surgir de este cálculo de probabilidades. La guerra, por tanto, no tiene por qué librarse siempre con la derrota de una de las partes, y puede pensarse que en el caso de motivos y tensiones muy débiles una ligera probabilidad, apenas sugerida, es ya suficiente para inducir a ceder a aquel contra quien se dirige. Si el otro estuviera convencido de esto de antemano, es natural que se esforzara sólo por *esta probabilidad*, y no buscara y tomara las diversiones de una derrota completa del enemigo.

De manera aún más general, la consideración del esfuerzo que ya se ha requerido y que se seguirá requiriendo influye en la decisión de hacer la paz. Dado que la guerra no es un acto de pasión ciega, sino que se rige por un propósito político, su valor debe determinar el alcance de los sacrificios con los que deseamos comprarla. Esto no sólo ocurrirá con su *extensión*, sino también con su *duración*. Por lo tanto, tan pronto como el gasto de fuerza sea tan grande que el valor del propósito político ya no pueda mantenerlo en equilibrio, este último deberá ser abandonado y la paz deberá ser la consecuencia.

20

Vemos, pues, que en las guerras en las que una no puede dejar a la otra completamente indefensa, los motivos para la paz en ambas partes aumentarán y disminuirán según la probabilidad de éxito distante y el gasto de fuerza requerido. Si estos motivos fuesen

igualmente fuertes en ambas partes, se encontrarían en medio de su diferencia política; lo que aumentan en fuerza en una, pueden ser más débiles en la otra; si su suma es sólo suficiente, la paz se producirá, pero naturalmente más en beneficio de aquel que tenía los motivos más débiles para ello.

Pasaremos aquí deliberadamente por alto la diferencia que la naturaleza *positiva y negativa* del propósito político debe necesariamente producir en la acción; porque aunque esto, como mostraremos en la secuela, es de la mayor importancia, debemos mantenernos aquí en un punto de vista aún más general, porque las intenciones políticas originales pueden cambiar mucho en el curso de la guerra, y pueden al final volverse muy diferentes, *precisamente porque están parcialmente determinadas por los éxitos y por los resultados probables*.

Se plantea ahora la cuestión de cómo influir en la probabilidad de éxito. En primer lugar, por supuesto, mediante los mismos objetivos que conducen a la derrota del enemigo: *la destrucción de sus fuerzas y la conquista de sus provincias*. Cuando atacamos las fuerzas del enemigo, otra cosa es que queramos seguir el primer golpe con una serie de otros, hasta que al fin todo esté destrozado, o que queramos contentarnos con una sola victoria, para romper el sentimiento de seguridad del enemigo, darle la sensación de nuestra superioridad, y así infundirle aprensiones para el futuro. Si queremos lograrlo, nos fijaremos como objetivo la destrucción de sus fuerzas sólo en la medida en que sea suficiente para ello. Del mismo modo, la conquista de provincias es una medida diferente si no tiene como objetivo la derrota del enemigo. En este último caso, la destrucción de sus fuerzas sería la acción efectiva real, y la captura de las provincias sólo la consecuencia de la misma; tomarlas antes de que las fuerzas se hayan reunido tendría que considerarse siempre sólo como un mal necesario. Por otra parte, si no tenemos como objetivo la derrota de la fuerza enemiga, y si estamos convencidos de que el enemigo no busca por sí mismo el camino de la decisión sangrienta, sino que lo *teme*, la captura de una provincia débilmente defendida o incluso indefensa es en *sí misma una ventaja*; y si esta ventaja es lo suficientemente grande como para hacer que el enemigo se inquiete por el éxito general, también debe considerarse como un camino cercano a la paz.

Pero ahora llegamos a otro medio peculiar de influir en la probabilidad de éxito sin derribar la fuerza armada del enemigo, a saber, las empresas que tienen una *conexión política directa*. Si hay empresas que son preferiblemente adecuadas para romper las alianzas de nuestro adversario o hacerlas ineficaces, para adquirir nuevos aliados, para agitar las funciones políticas en nuestro favor, etc., es fácil comprender cómo esto puede aumentar enormemente la probabilidad de éxito y convertirse en un camino mucho más corto hacia la meta que la derrota de las fuerzas armadas del enemigo.

21

La segunda pregunta es cuáles son los medios para actuar sobre el esfuerzo hostil, es decir, el aumento de precios.

El gasto de fuerza del enemigo reside en el *consumo de sus fuerzas, es decir*, en la *destrucción* de las mismas por nuestra parte; en la *pérdida de provincias*, es decir, en la *conquista* de las mismas por nuestra parte.

Que estos dos objetos, debido a sus diferentes significados, no siempre coinciden con el del mismo nombre para un fin distinto, resultará obvio al examinarlos más detenidamente. El hecho de que las diferencias sean por lo general escasas no debe inducirnos a error, pues en realidad los matices más sutiles deciden a menudo a favor de una u otra modalidad de aplicación de la fuerza en el caso de motivos débiles. Lo único que nos importa aquí es demostrar que en determinadas condiciones son *posibles* otros caminos hacia el objetivo, *que no hay contradicción interna, ni absurdo, ni siquiera error*.

Aparte de estos dos objetivos, hay ahora *tres* formas peculiares que están directamente calculadas para aumentar el gasto de fuerza del enemigo. La primera es la *invasión, es decir, la captura de provincias enemigas, no con la intención de retenerlas, sino para recaudar*

impuestos de guerra sobre ellas, o incluso para arrasirlas. En este caso, el objetivo inmediato no es ni la conquista del país enemigo ni la derrota de sus fuerzas, sino simplemente el *daño al enemigo en general*. La segunda vía consiste en orientar nuestras acciones *preferentemente hacia* objetos que aumenten el daño al enemigo. Nada más fácil que concebir dos direcciones diferentes de nuestra fuerza, una de las cuales merece con mucho la preferencia cuando se trata de derribar al enemigo, la otra, sin embargo, cuando no se trata de derribar y no se puede, es más provechosa. Como se acostumbra a decir, se consideraría que la primera es más militar, la otra más política. Pero si se adopta la posición más elevada, una es tan militar como la otra, y cada una sólo es conveniente si se adapta a las condiciones dadas. La tercera vía, con mucho la más importante por el número de casos que le pertenecen, es *cansar al enemigo*. Elegimos esta expresión no sólo para designar el objeto con una palabra, sino porque expresa plenamente el asunto y no es tan figurada como parece a primera vista. En el concepto de fatiga en un combate subyace un *agotamiento de las fuerzas físicas y de la voluntad provocado gradualmente por la duración de la acción*.

Si queremos superar a nuestro adversario en la duración de la lucha, debemos contentarnos con un fin lo más pequeño posible, pues está en la naturaleza de las cosas que un fin grande requiere más esfuerzo que uno pequeño; pero el fin más pequeño que podemos proponernos es la *pura resistencia*, es decir, la lucha sin una intención positiva. En esto, por lo tanto, nuestros medios serán proporcionalmente mayores, y por lo tanto el resultado más seguro. ¿Hasta dónde puede llegar esta negatividad? Evidentemente no hasta la pasividad absoluta, pues el mero sufrimiento ya no sería una lucha; la resistencia, sin embargo, es una actividad, y a través de ella se destruirán tantas fuerzas del enemigo que éste deberá renunciar a su intención. Eso es todo lo que queremos en cada acto, y ahí reside la naturaleza negativa de nuestra intención.

22

Es indiscutible que esta intención negativa no es tan eficaz en su acto único como lo sería una intención positiva en el mismo sentido, siempre que tenga éxito; pero ahí radica la diferencia, en que esta última tiene éxito más pronto y, por tanto, da más seguridad. Lo que le falta de eficacia en el acto individual, debe recuperarlo con el tiempo, es decir, con la duración de la lucha; y así esta intención negativa, que constituye el principio de la resistencia pura, es también el medio natural de superar al adversario en la duración de la lucha, es decir, de cansarlo.

Aquí se encuentra el origen de la diferencia entre *ataque* y *defensa* que domina todo el campo de la guerra. Sin embargo, no podemos proseguir aquí este camino, sino contentarnos con decir que de esta intención negativa en sí pueden derivarse todas las ventajas y, por tanto, todas las formas de lucha más fuertes que la acompañan, y en las que se realiza así esta ley filosófico-dinámica que existe entre la grandeza y la certeza del éxito. Consideraremos todo esto a continuación.

Si, por tanto, la intención negativa, es decir, la unión de todos los medios en la mera resistencia, da una superioridad en la lucha, entonces, si ésta es tan grande como para *compensar* cualquier preponderancia del adversario, bastará la mera *duración de la lucha* para que el gasto de fuerzas en el adversario llegue gradualmente al punto de que el propósito político de la misma no pueda ya mantenerle en equilibrio, y deba, por tanto, abandonarla. Vemos, pues, que esta vía, la fatiga del adversario, comprende entre sí el gran número de casos en que el débil quiere resistir al poderoso.

Federico el Grande, en la Guerra de los Siete Años, nunca habría podido derribar la monarquía austriaca, y si hubiera querido intentarlo en el espíritu de Carlos XII, habría perecido infaliblemente. Pero después de que la talentosa aplicación de una sabia economía de fuerzas demostrara a las potencias aliadas contra él durante siete años que el gasto de

fuerza sería mucho mayor de lo que habían imaginado en un principio, se decidieron por la paz.

Vemos, pues, que en la guerra hay muchos caminos hacia la meta, que no todos los casos están ligados a la derrota del enemigo, que la *destrucción de la fuerza enemiga, la conquista de las provincias enemigas, la mera ocupación de ellas, la mera invasión de las mismas, las empresas directamente dirigidas a las relaciones políticas, finalmente una espera pasiva de los empujes del enemigo* - son todos medios que, cada uno en sí mismo, pueden ser utilizados para vencer la voluntad del enemigo, que se dirigen directamente a las relaciones políticas, finalmente una espera pasiva de los empujes del enemigo - son todos medios que, cada uno en sí mismo, pueden ser utilizados para superar la voluntad del enemigo, dependiendo de si la peculiaridad del caso nos lleva a esperar más de uno o de otro. Podemos añadir toda una clase de fines como caminos más cortos hacia la meta, que podríamos llamar argumentos ad hominem. En qué campo de las relaciones humanas no se darían estos chispazos de relaciones personales, que trascienden todas las relaciones materiales, y en la guerra, donde la personalidad de los combatientes, en el gabinete y en el campo, desempeña un papel tan importante, menos pueden faltar. Nos contentamos con señalarlo, porque sería una pedantería tratar de clasificarlos. Con ellos, se puede decir, el número de caminos posibles hacia la meta crece ad infinitum.

Para no subestimar el valor de estos diversos caminos más cortos hacia la meta, ni considerarlos como raras excepciones, ni considerar insignificante la diferencia que marcan en la conducción de la guerra, sólo es necesario tomar conciencia de la diversidad de propósitos políticos que pueden impulsar una guerra, o medir con una mirada la distancia que media entre una guerra de aniquilación por la existencia política y una guerra que una alianza forzada o caduca convierte en un deber desagradable. Entre ambas hay innumerables gradaciones que se dan en la realidad. Con el mismo derecho con el que se rechazaría una de estas gradaciones en teoría, se podrían rechazar todas, es decir, poner el mundo real totalmente fuera de la vista.

23

Tal es la naturaleza general del objetivo que se persigue en la guerra; pasemos ahora a los medios.

Sólo hay uno de estos medios, y es *el combate*. Por muy múltiple que éste sea, por mucho que se aleje de la cruda solución del odio y la enemistad en una pelea a puñetazos, por muchas cosas que se interpongan que no sean en sí mismas combate, siempre está en el concepto de guerra que todos los efectos que aparecen en ella deben proceder *originalmente* del *combate*.

He aquí una prueba muy sencilla de que esto es siempre así, incluso en la mayor diversidad y composición de la realidad. Todo lo que ocurre en la guerra ocurre a través de fuerzas armadas; *pero donde se utilizan fuerzas armadas*, es decir, *hombres armados*, tiene que haber necesariamente en el fondo la idea de batalla.

Por lo tanto, forma parte de la actividad bélica todo lo relacionado con las fuerzas armadas, es decir, todo lo que pertenece a su producción, mantenimiento y utilización.

La producción y la conservación son, obviamente, sólo los medios, pero la aplicación es el fin.

La lucha en la guerra no es una lucha del individuo contra el individuo, sino un todo múltiplemente dividido. En este gran todo podemos distinguir unidades de dos clases: una determinada por el sujeto, la otra por el objeto. En un ejército, el número de combatientes se encadena siempre en nuevas unidades que forman miembros de un orden superior. Así, la lucha de cada uno de estos miembros forma también una unidad más o menos destacada. Además, la finalidad de la lucha, es decir, su *objeto*, *forma una unidad* de la misma.

Cada una de estas unidades, que se diferencian en la batalla, recibe el nombre de *una batalla*.

Si todo uso de las fuerzas armadas se basa en la idea de combate, entonces el uso de las fuerzas armadas en general no es más que la determinación y ordenación de un cierto número de batallas.

Por tanto, toda actividad bélica está necesariamente relacionada con la batalla, ya sea directa o indirectamente. El soldado se entrena, se viste, se arma, se ejercita, duerme, come, bebe y marcha, *todo ello con el fin de combatir en el lugar y el momento adecuados*.

Si, pues, todos los hilos de la actividad bélica terminan en la batalla, también los comprenderemos todos determinando el orden de la batalla; sólo de este orden y de su ejecución proceden los efectos, nunca directamente de las condiciones que los preceden. Ahora bien, en la batalla toda la actividad se dirige a la destrucción del enemigo, o mejor dicho, de *sus fuerzas*, pues está en su concepto; la destrucción de la fuerza enemiga es, pues, siempre el medio de alcanzar el fin de la batalla.

24

Este fin puede ser también la mera destrucción de las fuerzas enemigas, pero esto no es en absoluto necesario; puede ser también algo muy distinto. Pues en cuanto, como hemos demostrado, la derrota del enemigo no es el único medio de alcanzar el fin político, en cuanto existen otros objetos que pueden perseguirse como fin en la guerra, se deduce de por sí que estos objetos pueden convertirse en el fin de los actos individuales de guerra y, por tanto, también en el fin de las batallas.

Pero incluso aquellas batallas que están realmente dedicadas a la derrota de la fuerza enemiga como miembros subordinados no necesitan tener la destrucción de esta última como su próximo propósito.

Cuando se piensa en la estructura múltiple de una gran fuerza, en la multitud de circunstancias que entran en juego en su empleo, es comprensible que la lucha de tal fuerza deba tener también una estructura, subordinación y composición múltiples. Naturalmente, pueden y deben darse una serie de propósitos para los miembros individuales que no son en sí mismos la destrucción de la fuerza armada del enemigo y que, si bien pueden tener un mayor efecto sobre ella, lo hacen sólo indirectamente. Si un batallón recibe la orden de expulsar al enemigo de una montaña, un puente, etc., entonces por regla general la posesión de estos objetos es el propósito real, la destrucción de las fuerzas enemigas allí es un mero medio o asunto secundario. Si se puede expulsar al enemigo con una simple demostración, también se logra el fin; pero esta montaña, este puente, por regla general sólo se toman para efectuar con ello una mayor destrucción de las fuerzas enemigas. Si ya es así en el campo de batalla, lo será mucho más en todo el escenario de la guerra, donde no sólo un ejército se enfrenta a otro, sino que un Estado, un pueblo, un país se enfrenta a otro. Aquí el número de relaciones posibles y, en consecuencia, de combinaciones, debe aumentar enormemente, la variedad de disposiciones debe incrementarse, y por la gradación subordinada de los fines, los primeros medios deben alejarse aún más del último fin.

Por lo tanto, es posible, por muchas razones, que el objetivo de una batalla no sea la destrucción de la fuerza enemiga, es decir, la que se enfrenta a nosotros, sino que aparezca simplemente como un medio. En todos estos casos, sin embargo, la ejecución de esta destrucción ya no es importante; pues la batalla no es aquí más que una *medida de fuerzas*, no tiene valor en sí misma, sino sólo el del resultado, es decir, su decisión.

Sin embargo, en los casos en que las fuerzas son muy desiguales, pueden medirse por mera estimación. En tales casos, la batalla no tendrá lugar, sino que el más débil cederá inmediatamente.

Si la finalidad de los enfrentamientos no es siempre la destrucción de las fuerzas que participan en ellos, y si su finalidad puede incluso alcanzarse a menudo sin que el enfrentamiento tenga lugar realmente, por su mero establecimiento y las relaciones que de él se derivan, resulta explicable cómo pueden llevarse a cabo campañas enteras con gran actividad sin que el enfrentamiento de hecho desempeñe un papel notable en ellas.

Que esto puede ser así lo demuestra la historia de la guerra en cien ejemplos. Cuántos de estos casos se decidieron correctamente sin derramamiento de sangre, es decir, *sin contradicción interna*, y si algunas de las personas famosas que salieron de ellos resistirían la crítica, lo dejaremos abierto, ya que sólo nos preocupa mostrar la *posibilidad* de tal curso bélico.

25

En la guerra sólo tenemos *un* medio, *el combate*, que, sin embargo, con la diversidad de su aplicación, nos lleva a todos los diferentes caminos que la diversidad de fines permite, de modo que parece que no hemos ganado nada; pero no es así, pues de esta unidad de los medios procede un hilo que, por la observación, serpentea por todo el tejido de la actividad bélica y lo mantiene unido.

Sin embargo, hemos considerado la destrucción de las fuerzas enemigas como uno de los fines que pueden perseguirse en la guerra, y hemos dejado sin decidir qué importancia debe concedérsele entre los demás fines. En el caso individual dependerá de las circunstancias, y para el general hemos dejado su valor indeterminado; ahora volveremos a él una vez más, y aprenderemos a ver qué valor debe necesariamente concedérsele.

El combate es la única eficacia en la guerra; en el combate, la destrucción de la fuerza armada que se nos enfrenta es el medio para alcanzar el fin, incluso allí donde el combate no se produce realmente, porque en cualquier caso la decisión se basa en la presuposición de que esta destrucción debe considerarse indudable. Así, la destrucción de la fuerza armada del enemigo es la base de todas las acciones bélicas, el soporte final de todas las combinaciones, que se apoyan en ella como el arco en sus apoyos. Toda acción, por lo tanto, tiene lugar sobre la suposición de que, si la decisión de las armas en la que se basa se produce realmente, será *favorable*. La decisión de las armas es para todas las grandes y pequeñas operaciones de guerra lo que el pago en efectivo es para el intercambio; por remotas que sean estas relaciones, por raras que sean las realizaciones, nunca pueden estar totalmente ausentes.

Si la decisión de armas es la base de todas las combinaciones, se deduce que el enemigo *puede hacer ineficaz* cualquiera de ellas por *una decisión de armas afortunada*, no sólo si es aquella en la que se basa directamente nuestra combinación, sino también por cualquier otra, si sólo es lo suficientemente significativa; pues cada decisión de armas significativa, es decir, la destrucción de las fuerzas enemigas, tiene un efecto retroactivo sobre todas las demás, porque se sitúan en un nivel como un elemento fluido.

Así, la destrucción de la fuerza armada del enemigo aparece siempre como el medio superior y más eficaz al que deben ceder todos los demás.

Pero, por supuesto, sólo podemos atribuir una mayor eficacia a la destrucción de las fuerzas enemigas si todas las demás condiciones son las mismas. Por lo tanto, sería un gran malentendido sacar la conclusión de que un ataque a ciegas siempre debe ganar la partida a la habilidad cautelosa. Una aproximación torpe conduciría a la destrucción de la fuerza propia, no de la enemiga, y no puede por tanto ser lo que queremos decir. La mayor eficacia no pertenece al *camino* sino a la *meta*, y sólo comparamos el efecto de una meta alcanzada con la otra.

Cuando hablamos de la destrucción de la fuerza armada del enemigo, debemos señalar aquí expresamente que nada nos obliga a limitar este concepto a la mera fuerza física, sino que necesariamente debe entenderse también el elemento moral, porque ambos se

compenetran en lo más mínimo y, por tanto, no pueden separarse en absoluto el uno del otro. Pero es precisamente aquí donde nos referimos a la inevitable influencia que un gran acto de destrucción (una gran victoria) tiene sobre todas las demás decisiones de las armas: el elemento moral, el más fluido, si se nos permite expresarlo así, y, por tanto, el más fácilmente distribuible sobre todos los miembros. El valor predominante que la destrucción de las fuerzas enemigas tiene sobre todos los demás medios se contrasta con el coste y el peligro de este medio, y sólo para evitarlos se adoptan otros caminos.

26

Que los medios deban ser preciosos es en sí mismo comprensible, pues el gasto de nuestras propias fuerzas es, en igualdad de condiciones, siempre mayor cuanto más se dirija nuestra intención a la destrucción de las del enemigo.

Sin embargo, el peligro de este medio reside en que la mayor eficacia que buscamos recae sobre nosotros en caso de fracaso, lo que se traduce en mayores desventajas.

Los otros caminos, pues, son menos preciosos cuando tienen éxito y menos peligrosos cuando fracasan; pero en esto radica necesariamente la condición de que sólo tengan que ver con sus iguales, a saber, que el enemigo siga los mismos caminos; porque, si el enemigo eligiera el camino de la gran decisión en las armas, el nuestro *se convertiría también, contra nuestra voluntad, en tal camino*. Depende, pues, del resultado del acto de destrucción; pero ahora está claro que, tomadas todas las demás circunstancias por igual, debemos estar en desventaja de todas las circunstancias en este acto, porque habíamos dirigido nuestras intenciones y nuestros medios en parte a otras cosas, cosa que el enemigo no hizo. Dos fines diferentes, de los cuales uno no forma parte del otro, se excluyen mutuamente, y por lo tanto una fuerza empleada para uno no puede servir al mismo tiempo para el otro. Por lo tanto, si uno de los dos beligerantes está decidido a seguir el camino de las grandes decisiones de las armas, tiene ya una alta probabilidad de éxito para sí mismo, tan pronto como esté seguro de que el otro no quiere seguirlo, sino que quiere perseguir otro fin; y cualquiera que se proponga ese otro fin sólo puede razonablemente hacerlo en la medida en que presuponga de su adversario que él tampoco busca las grandes decisiones de las armas.

Pero lo que hemos dicho aquí sobre una dirección diferente de las intenciones y de las fuerzas se refiere únicamente a los *fines positivos* que, aparte de la destrucción de las fuerzas enemigas, uno puede proponerse en la guerra, en absoluto *a la pura resistencia*, que se elige con la intención de agotar la fuerza del enemigo. La mera resistencia carece de la intención *positiva* y, en consecuencia, nuestras fuerzas no pueden ser dirigidas por ella hacia otros objetos, sino que sólo pueden destinarse a destruir las intenciones del enemigo.

Aquí es donde, a partir de la destrucción de la fuerza enemiga, tenemos que considerar el lado negativo, es decir, la preservación de la nuestra. Estos dos esfuerzos siempre van juntos porque interactúan; son partes integrantes de una misma intención, y sólo tenemos que examinar qué efecto resulta cuando uno u otro tiene la preponderancia. El empeño por destruir las fuerzas del enemigo tiene la finalidad positiva y conduce a éxitos positivos, cuyo fin último era la derrota del enemigo. La preservación de las propias fuerzas tiene el propósito negativo, y por lo tanto conduce a la destrucción de la intención del enemigo, es decir, a la pura resistencia, cuyo fin último no puede ser otro que prolongar la duración de la acción de tal manera que el enemigo se agote en ella.

27

El esfuerzo con un propósito positivo llama al acto de destrucción a la existencia, el esfuerzo con un propósito negativo lo espera.

Hasta dónde debe y puede llegar esta espera, lo indicaremos con más detalle en la doctrina del ataque y la defensa, en cuyo origen nos encontramos de nuevo. Aquí debemos contentarnos con decir que la espera no debe convertirse en un sufrimiento absoluto, y que en la acción ligada a ella la destrucción de la fuerza enemiga comprometida en el conflicto de esta acción puede ser tan bien el objetivo como cualquier otro objeto. Por lo tanto, sería un

gran error en las ideas fundamentales creer que la aspiración negativa debe llevar a elegir como fin no la destrucción de las fuerzas enemigas, sino preferir una decisión incruenta. La preponderancia de la aspiración negativa puede, sin embargo, ser la causa de ello, pero entonces siempre se corre el riesgo de que esta vía sea la adecuada, lo que depende de condiciones muy diferentes que no residen en nosotros sino en el enemigo. Por lo tanto, esta otra vía incruenta no puede considerarse en modo alguno como el medio natural de hacer lo suficiente por la preocupación predominante de la conservación de nuestras fuerzas armadas; al contrario, en los casos en que tal vía no correspondiera a las circunstancias, con ello las arruinaríamos por completo. Muchos comandantes han caído en este error y han perecido por ello. El único efecto necesario que tiene la preponderancia del esfuerzo negativo es retrasar la decisión, de modo que el agente se refugia, por así decirlo, en la espera de los momentos decisivos. La consecuencia de esto tiende a ser: el *aplazamiento de la acción* en el tiempo y, en la medida en que el espacio esté relacionado con ella, también en el espacio, en la medida en que las circunstancias lo permitan. Si ha llegado el momento en que esto ya no puede hacerse sin desventaja preponderante, la ventaja de la negativa debe considerarse agotada, y ahora surge sin cambios el empeño de destruir la fuerza enemiga, que sólo había sido sostenida por un contrapeso, pero no desplazada.

Hemos visto, pues, en nuestras consideraciones anteriores que en la guerra hay muchos caminos hacia la meta, es decir, hacia la consecución del fin político. a la consecución del fin político, pero que la batalla es el único medio, y que por tanto todo está bajo una ley suprema: bajo la *decisión de las armas*; que, cuando de hecho se le reclama al enemigo, este recurso nunca puede ser negado, que por lo tanto el beligerante que quiere tomar un camino diferente debe estar seguro de que el enemigo no tomará este recurso o perderá su caso en este tribunal supremo; que por lo tanto, en una palabra, la destrucción de la fuerza armada del enemigo siempre aparece, entre todos los fines que se pueden perseguir en la guerra, como el que manda por encima de todos.

Lo que las combinaciones de otro tipo pueden conseguir en la guerra, sólo llegaremos a saberlo posteriormente y, por supuesto, sólo poco a poco. Nos contentamos con reconocer aquí en general *su posibilidad* como algo dirigido a la desviación de la realidad con respecto al concepto, a las circunstancias individuales. Pero no debemos omitir afirmar ya aquí la *descarga sangrienta de la crisis*, el empeño en destruir la fuerza enemiga, como hijo primogénito de la guerra. Que un general cauteloso, con pequeños propósitos políticos, con débiles motivos, con poca tensión de fuerzas, ensaye hábilmente todos los caminos por los que, sin grandes crisis ni resoluciones sangrientas, pueda enroscarse hacia la paz a través de las debilidades peculiares de su adversario, en el campo y en el gabinete; No tenemos derecho a reprochárselo, si sus condiciones previas están debidamente motivadas y le dan derecho al éxito; pero, no obstante, debemos exigirle siempre que sea consciente de no caminar más que por senderos molientes en los que el dios de la guerra pueda atraparlo, que vigile siempre a su adversario, no sea que, cuando eche mano a la espada afilada, se encuentre con una espada de galantería.

28

Estos resultados, de lo que es la guerra, de cómo actúan en ella los fines y los medios, de cómo va y viene de su concepto originalmente estricto en las desviaciones de la realidad pronto más, pronto menos, pero siempre se mantiene bajo ese concepto estricto como bajo una ley suprema - todo esto debemos retenerlo en nuestra imaginación y debemos volver a ser conscientes de ello con cada uno de los objetos siguientes si queremos comprender correctamente sus verdaderas relaciones, su significado peculiar y no caer incesantemente en las contradicciones más clamorosas con la realidad y finalmente con nosotros mismos.

1.3 CAPÍTULO TERCERO: EL GENIO MARCIAL

Toda actividad peculiar, si ha de ejercerse con cierto virtuosismo, requiere disposiciones peculiares de mente y espíritu. Cuando éstas se distinguen en alto grado y se manifiestan por realizaciones extraordinarias, el espíritu al que pertenecen se designa con el nombre de genio.

Sabemos muy bien que esta palabra se presenta en acepciones muy diferentes según la extensión y la dirección, y que en algunas de estas acepciones es una tarea muy difícil designar la esencia del genio; pero como no pretendemos ser ni filósofos ni gramáticos, se nos permitirá atenernos a una acepción común en el lenguaje corriente y entender por genio el poder de la mente muy acrecentado para ciertas actividades.

Queremos detenernos unos instantes en esta facultad y dignidad del espíritu para demostrar más de cerca su justificación y familiarizarnos con el contenido del concepto. Pero no podemos detenernos en el genio graduado por un talento muy aumentado, en el *genio propiamente dicho*, pues este concepto no tiene límites medidos, sino que debemos considerar en general toda dirección común de las fuerzas del alma hacia la actividad guerrera, que podemos considerar entonces *como la esencia del genio guerrero*. Decimos las *comunes*, pues el genio guerrero consiste precisamente en esto, en *que* no es una sola fuerza dirigida a ese fin, por ejemplo el valor, mientras que otras fuerzas del intelecto y de la mente carecen o tienen una dirección inútil para la guerra, sino *que es una unión armoniosa de fuerzas, en la que puede predominar una u otra, pero ninguna puede resistir*.

29

Si todos los combatientes estuvieran más o menos animados por el genio guerrero, nuestros ejércitos serían probablemente muy débiles; pues precisamente porque esto se entiende como una dirección peculiar de las potencias del alma, sólo puede ocurrir raramente donde en un pueblo las potencias del alma son llamadas y desarrolladas de tantas maneras. Cuantas menos clases diferentes de actividad tiene un pueblo, más predomina entre ellos la guerrera, más debe extenderse entre ellos el genio guerrero. Pero esto sólo determina su extensión, de ninguna manera su altura, pues ésta depende del *desarrollo espiritual general* del pueblo. Si consideramos un pueblo bruto y guerrero, el espíritu guerrero es mucho más común entre los individuos que entre los pueblos cultos, pues entre estos últimos casi todos los guerreros individuales lo poseen, mientras que entre los cultos toda una masa se deja llevar sólo por la necesidad y en modo alguno por el impulso interior. Pero entre los pueblos brutos nunca se encuentra un comandante realmente grande, y extremadamente rara vez lo que se puede llamar un genio guerrero, porque para ello es necesario un desarrollo de las facultades del intelecto que un pueblo bruto no puede tener. Que incluso los pueblos cultos pueden tener una tendencia y un desarrollo más o menos belicosos es evidente, y cuanto más sea éste el caso, más frecuentemente se encontrará el espíritu belicoso en sus ejércitos, incluso en el individuo. Como esto coincide con el grado más alto de espíritu guerrero, los fenómenos bélicos más brillantes emanan siempre de tales pueblos, como lo han demostrado los romanos y los franceses. Sin embargo, los más grandes nombres de estos y de todos los demás pueblos que en otro tiempo fueron famosos en la guerra, caen siempre sólo en los tiempos de la educación superior.

Esto ya nos permite adivinar el gran papel que desempeñan los poderes de la mente en el genio marcial superior. Veámoslo ahora más de cerca.

La guerra es el campo del peligro, por lo que el valor por encima de todo es la primera cualidad del guerrero.

La valentía es de dos clases: en primer lugar, la valentía frente al peligro personal, y en segundo lugar, la valentía frente a la responsabilidad, ya sea ante el tribunal de algún poder externo o ante el interior, es decir, la conciencia. Aquí sólo se habla del primero.

El coraje contra el peligro personal es, de nuevo, de dos clases: en primer lugar, puede ser indiferencia al peligro, tanto si surge del organismo del individuo como de la despreocupación por la vida o del hábito, pero en cualquier caso debe considerarse una *condición* permanente.

En segundo lugar, el valor puede surgir de motivos positivos como la ambición, el amor a la patria, el entusiasmo de cualquier tipo. En este caso, el valor no es tanto un estado como un movimiento de la mente, un sentimiento.

Es comprensible que los dos tipos tengan efectos diferentes. El primer tipo es más seguro porque, habiéndose convertido en segunda naturaleza, nunca abandona al hombre, el segundo a menudo lleva más lejos; al primero pertenece más firmeza, al segundo más audacia; el primero deja la mente más sobria, el segundo a veces la aumenta, pero también a menudo la ciega. *Ambas unidas* dan el tipo *más perfecto* de valor.

La guerra es el campo del esfuerzo físico y del sufrimiento; para no arruinarse con ella, se requiere cierta fortaleza de cuerpo y alma que, innata o entrenada, hace que uno sea indiferente a ella. Con estas cualidades, bajo la mera guía de la mente sana, el hombre es ya un instrumento eficaz para la guerra, y son estas cualidades las que encontramos tan universalmente predominantes entre los pueblos brutos y semicultos. Si vamos más lejos en las exigencias que la guerra plantea a sus camaradas, nos encontramos con *predominantes poderes del intelecto*. La guerra es el campo de la incertidumbre; tres cuartas partes de las cosas sobre las que se construye la acción en la guerra yacen en la bruma de una incertidumbre más o menos grande. He aquí, pues, el primer lugar donde un intelecto fino y penetrante está llamado a sacar a la luz la verdad con el golpe de su juicio.

30

Una mente ordinaria puede dar con esta verdad una vez por casualidad, un coraje inusual puede compensar el haberla pasado por alto en otra ocasión, pero la mayoría de los casos, el éxito medio, siempre sacará a la luz la mente que falta.

La guerra es el campo del azar. En ninguna actividad humana debe permitirse a este extraño tanta latitud, porque nadie está tan en contacto constante con él por todos lados. Aumenta la incertidumbre de todas las circunstancias y perturba el curso de los acontecimientos.

La incertidumbre de todas las noticias y condiciones previas, estas constantes interferencias del azar, hacen que el agente en la guerra encuentre constantemente cosas diferentes de las que había esperado, y no puede dejar de influir en su plan o, al menos, en las ideas pertenecientes a este plan. Si esta influencia es tan grande como para anular las resoluciones decididas, otras nuevas deben, por regla general, ocupar su lugar, para lo cual suelen faltar datos en el momento, porque en el curso de la acción las circunstancias suelen presionar la resolución y no dejan tiempo para volver a mirar, a menudo ni siquiera para hacer deliberaciones maduras. Pero es mucho más usual que la corrección de nuestras concepciones y el conocimiento de los hechos acaecidos no basten para derribar del todo nuestra resolución, sino sólo para hacerla vacilar. El conocimiento de las circunstancias ha aumentado en nosotros, pero la incertidumbre no disminuye por ello, sino que aumenta. La razón es que estas experiencias no se hacen de una vez, sino poco a poco, porque nuestras resoluciones no cesan de ser asaltadas por ellas, y el espíritu, si podemos decirlo así, debe estar siempre en armas.

Ahora bien, si ha de soportar felizmente este constante conflicto con lo inesperado, dos cualidades le son indispensables: *primero, una mente que no carezca de algunos rastros de luz interior que la guíen hacia la verdad, incluso en esta exacerbada oscuridad, y luego valor para seguir esta tenue luz. La primera se ha descrito figurativamente con la expresión francesa coup d'oeil, la otra es la determinación.*

Dado que las batallas en la guerra son lo que primero y más llamó la atención, dado que el tiempo y el espacio son elementos importantes en las batallas, y lo eran aún más en aquel período en que la caballería con sus decisiones rápidas era lo principal, el concepto de *una decisión rápida y precisa* surgió primero de la estimación de estas dos cosas y por ello se le ha dado una expresión que sólo se refiere a la medida correcta de la vista. Por ello, muchos

maestros del arte de la guerra lo han definido con este significado limitado. Pero no se puede negar que pronto pasó a significar todas las decisiones tomadas en el momento de la ejecución, por ejemplo, el reconocimiento del verdadero punto de ataque, etc. Por lo tanto, no es sólo lo físico, sino también lo físico y lo mental. Así pues, no es sólo el ojo físico, sino más a menudo el ojo mental lo que se entiende en el golpe de efecto. Por supuesto, la expresión como la cosa siempre ha sido más propia del campo de la táctica, pero tampoco puede estar ausente de la estrategia, en la medida en que las decisiones rápidas también suelen ser necesarias en ella. Si se despoja a este concepto de lo que la expresión le ha dado de demasiado figurativo y limitado, no es más que el golpe rápido de una verdad que no es en absoluto visible a la mirada ordinaria de la mente o que sólo llega a serlo tras una larga contemplación y reflexión.

31

La determinación es un acto de valor en el caso individual, y cuando se convierte en un rasgo, en un hábito del alma. Pero lo que aquí se quiere decir no es coraje contra el peligro físico, sino contra la responsabilidad, es decir, hasta cierto punto, contra el peligro para el alma. A menudo se le ha llamado coraje de espíritu, porque surge del intelecto, pero no es un acto del intelecto, sino de la mente. El mero entendimiento no es todavía coraje, pues a menudo vemos a las personas más inteligentes sin decisión. El intelecto debe, pues, despertar primero el sentimiento del valor para ser sostenido y llevado por él, porque en el apremio del momento los sentimientos dominan al hombre con más fuerza que los pensamientos.

Hemos asignado aquí a la determinación el lugar en el que, en caso de motivos insuficientes, ha de levantar los tormentos de la duda, los peligros de la dilación. El uso poco concienzudo del lenguaje, por supuesto, asigna también este nombre a la mera inclinación a aventurarse, audacia, osadía, audacia. Pero cuando hay motivos suficientes en un hombre, pueden ser subjetivos u objetivos, válidos o falsos, no hay razón para hablar de su determinación, pues, al hacerlo, nos ponemos en su lugar y ponemos en la balanza dudas que él no tenía en absoluto.

Aquí sólo se puede hablar de fuerza o debilidad. No somos tan pedantes como para acertar en el uso del lenguaje sobre este pequeño desatino, pero nuestra observación sólo pretende eliminar las falsas interjecciones.

Ahora bien, esta determinación, que vence un estado dudoso, sólo puede ser producida por el entendimiento, y ello mediante una dirección muy peculiar del mismo. Sostenemos que la mera coexistencia de visiones superiores y sentimientos necesarios aún no hace la determinación. Hay personas que poseen la visión más hermosa de la mente para la tarea más difícil, que no carecen de valor para asumir mucho, y sin embargo no pueden llegar a una decisión en casos difíciles. Su coraje y su perspicacia se mantienen cada uno por su lado, no se echan una mano el uno al otro y, por lo tanto, no producen determinación como una tercera cosa. Ésta sólo surge a través del *acto de la comprensión*, que trae a la conciencia la necesidad de atreverse y a través de ella determina la voluntad. Esta dirección tan peculiar del intelecto, que combate cualquier otra timidez en el hombre con la timidez de *vacilar y dudar, es lo que* forma la determinación en las mentes fuertes; por eso los hombres con poco intelecto no pueden ser determinados en nuestro sentido. En casos difíciles pueden actuar sin vacilar, pero entonces lo hacen *sin deliberar*, y desde luego ninguna duda puede dividir a quien actúa precipitadamente consigo mismo. Tal acción puede también de vez en cuando golpear la derecha, pero decimos aquí como arriba: es el *éxito medio* que señala la existencia del genio guerrero. A quien, sin embargo, le parezca extraña nuestra afirmación, porque conoce a muchos oficiales de húsares decididos que no son pensadores profundos, debemos recordarle que aquí hablamos de una dirección peculiar de la mente, no de un gran poder de meditación.

32

Creemos, pues, que la determinación debe su existencia a una dirección peculiar de la mente, y que pertenece más a las mentes vigorosas que a las brillantes; podemos probar

además esta genealogía de la determinación por el hecho de que existe un gran número de ejemplos en los que hombres que habían mostrado la mayor determinación en regiones inferiores la perdieron en las superiores. Aunque tienen la necesidad de decidirse, ven los peligros que encierra una *falsa* resolución, y al no estar familiarizados con las cosas que tienen ante sí, sus mentes pierden su poder original, y sólo se vuelven tanto más tímidos cuanto más conocen el peligro de la indecisión en la que están desterrados, y cuanto más se han acostumbrado a actuar recién salidos del puño.

En el caso del golpe de efecto y la determinación, es muy natural que hablemos de la *presencia de ánimo relacionada*, que debe desempeñar un gran papel en un ámbito de lo inesperado, como es la guerra, pues no es más que una derrota acrecentada de lo inesperado. Se admira la presencia de ánimo en una respuesta acertada a un discurso inesperado, del mismo modo que se admira en la ayuda rápidamente encontrada en un peligro repentino. Ambos, esta respuesta y esta ayuda, no necesitan ser inusuales si sólo se encuentran; porque lo que, después de una consideración madura y tranquila, no sería nada inusual, es decir, algo indiferente en su impresión sobre nosotros, puede dar placer como un acto rápido de la mente. La expresión *presencia de ánimo* describe ciertamente de manera muy apropiada la cercanía y la rapidez de la ayuda ofrecida por la mente.

Si esta espléndida cualidad de un hombre debe atribuirse más a la peculiaridad de su mente o más al equilibrio de su disposición, depende de la naturaleza del caso, aunque ninguna de las dos puede faltar nunca por completo. Una respuesta acertada es más bien obra de una cabeza ingeniosa; un remedio acertado en un peligro repentino presupone sobre todo un equilibrio mental.

Si tomamos ahora una visión general de los cuatro constituyentes de que se compone la atmósfera en que se mueve la guerra, *peligro, esfuerzo físico, incertidumbre y azar*, es fácil comprender que se requiere una gran fuerza de mente e intelecto, para avanzar con seguridad y éxito en este elemento agravante, fuerza que, según las diversas modificaciones que asume de las circunstancias, encontramos como *energía, firmeza, constancia, fortaleza de ánimo y de carácter* en boca de los narradores y relatores de los acontecimientos bélicos. Podríamos considerar todas estas expresiones de la naturaleza heroica como una y la misma fuerza de la voluntad, modificada según las circunstancias; pero por estrechamente que estas cosas estén relacionadas, no son una y la misma, y nos interesa distinguir el juego de las fuerzas del alma en esto al menos por algo más preciso.

En primer lugar, es esencial para la claridad de las ideas decir que el peso, la carga, la resistencia, como quiera llamársele, que desafía ese poder del alma en el agente, es sólo en la menor parte *directamente* la *actividad hostil*, la *resistencia hostil*, la *acción hostil*. Directamente la actividad del enemigo tiene un efecto en el agente al principio sólo para su propia persona, sin tocar su actividad como líder. Si el enemigo resiste durante cuatro horas en lugar de dos, el líder está en peligro durante cuatro horas en lugar de dos; esto es obviamente una cantidad cuya importancia disminuye cuanto más alto es el líder; ¿qué significa esto en el papel del comandante - ¡no es nada!

33

En segundo lugar, la resistencia enemiga afecta *directamente al líder* por la pérdida de recursos en que incurre si resiste durante un periodo prolongado, y por la responsabilidad que conlleva. Aquí, a través de estas angustiosas consideraciones, su fuerza de voluntad es puesta a prueba y desafiada por primera vez. Pero sostenemos que ésta no es ni mucho menos la carga más pesada que tiene que soportar, pues sólo tiene que enfrentarse a sí mismo. Todos los demás efectos de la resistencia del enemigo, sin embargo, se dirigen a los combatientes que él dirige, y *a través de ellos* actúan *contra él*.

Mientras una tropa de buen valor lucha con placer y facilidad, rara vez hay motivo para mostrar una gran fuerza de voluntad en la persecución de sus fines; pero tan pronto como las

circunstancias se vuelven difíciles, y esto nunca puede dejar de suceder cuando hay que lograr cosas extraordinarias, la cosa ya no va por sí misma como con una máquina bien engrasada, sino que la propia máquina comienza a ofrecer resistencia, y para vencerla se requiere la gran fuerza de voluntad del líder. Por esta *resistencia* no se pensará exactamente en desobediencia y oposición, aunque éstas también se dan con bastante frecuencia en individuos aislados, sino que es la impresión general de todas las fuerzas físicas y morales moribundas, es el espectáculo desgarrador de las víctimas sangrientas que el líder tiene que combatir en sí mismo y luego en todos los demás que directa o indirectamente dejan pasar a él sus impresiones, sus sentimientos, preocupaciones y aspiraciones. Tan pronto como las fuerzas en el individuo mueren, tan pronto como ya no son estimuladas y sostenidas por su propia voluntad, toda la inercia de las masas se apoya gradualmente en la voluntad del comandante; el resplandor de su pecho, la luz de su espíritu, debe encender de nuevo el resplandor de la resolución, la luz de la esperanza de todos los demás; Sólo en la medida en que es capaz de hacer esto, en la medida en que domina a las masas y permanece dueño de ellas; tan pronto como esto cesa, tan pronto como su propio coraje ya no es lo suficientemente fuerte como para reavivar el coraje de todos los demás, entonces las masas lo arrastran hacia sí mismas a la región inferior de la naturaleza animal, que retrocede ante el peligro y no conoce la vergüenza. Estos son los pesos que el coraje y la fuerza del alma del líder deben superar en la batalla si quiere alcanzar la excelencia. Crecen con las masas, por lo que las fuerzas también deben aumentar con la altura de las posiciones si quieren permanecer adecuadas a las cargas.

La *energía de la acción* expresa la fuerza del motivo que la provoca; ahora bien, el motivo puede tener su base en una convicción intelectual o en una emoción. Esta última, sin embargo, difícilmente puede faltar cuando se quiere demostrar una gran fuerza.

De todos los grandes sentimientos que llenan el pecho humano en el acalorado fragor de la batalla, ninguno, sólo confesaremos, es tan poderoso y constante como la sed de gloria y honor del alma, que la lengua alemana trata tan injustamente al esforzarse en rebajarla en *ambición y búsqueda de gloria*, por dos ideas secundarias indignas. Es cierto que el abuso de este orgulloso anhelo ha provocado, especialmente en la guerra, las más indignantes injusticias contra el género humano; pero en su origen estos sentimientos deben contarse ciertamente entre los más nobles de la naturaleza humana, y en la guerra son el aliento mismo de vida que da alma al monstruoso cuerpo. Todos los demás sentimientos, por más generales que sean, o por más elevados que parezcan algunos, el amor a la patria, el fanatismo de las ideas, la venganza, los entusiasmos de todo género, no hacen prescindibles la ambición y el deseo de gloria. Estos sentimientos pueden excitar a toda la tropa en general y levantar sus ánimos, pero no dan al jefe el deseo de querer más que sus compañeros, necesidad esencial de su cargo si quiere sobresalir en él; no hacen, como la ambición, que el acto individual de la guerra sea propiedad del jefe, que luego se esfuerza por emplear de la mejor manera, donde ara con esfuerzo, siembra con esmero, para cosechar abundantemente. Pero estos esfuerzos de todos los líderes, desde el más alto hasta el más bajo, este tipo de industria, esta competencia, este acicate, son especialmente los que avivan la eficacia de un ejército y lo hacen triunfar. Y en cuanto a los más altos en particular, preguntamos: ¿ha existido alguna vez un gran comandante sin ambición, o es siquiera concebible tal fenómeno?

34

La *firmeza* denota la resistencia de la voluntad en relación con la fuerza de un solo golpe, la *constancia en relación con la duración*.

Por muy próximas que estén una de otra, y por mucho que una expresión se emplee para referirse a la otra, existe, sin embargo, una notable diferencia en su naturaleza, en la medida en que la firmeza frente a una sola impresión violenta puede tener su fundamento en la mera fuerza de un sentimiento, pero la constancia quiere apoyarse más en el intelecto; pues con la duración de una actividad aumenta la regularidad de la misma, y de ahí extrae en parte su fuerza la constancia.

Si pasamos a la *fuerza de la mente o del alma*, la primera pregunta es: ¿qué debemos entender por ella?

Evidentemente, no la vehemencia de las emociones, la pasión, pues eso iría contra todo uso del lenguaje, sino la capacidad de seguir obedeciendo al intelecto incluso en los estímulos más fuertes, en la tormenta de la pasión más violenta. ¿Debe esta facultad derivar meramente del poder del intelecto? Lo dudamos. Es cierto que el hecho de que haya hombres de excelente intelecto que no tengan control sobre sí mismos no probaría nada en contra, pues podría decirse que requeriría una naturaleza peculiar del intelecto, tal vez más poderosa que la general. Pero creemos estar más cerca de la verdad si suponemos que el poder de someterse a la mente incluso en los momentos de emoción más violenta, que llamamos *autocontrol*, tiene su asiento en la mente misma. Pues es otro sentimiento el que, en las mentes fuertes, mantiene el equilibrio de la pasión excitada sin destruirla, y es por este equilibrio que el dominio de la mente se asegura primero. Este contrapeso no es otra cosa que el sentimiento de la dignidad humana, este nobilísimo orgullo, esta necesidad más íntima del alma de *actuar en todas partes como un ser dotado de perspicacia y entendimiento*. Diríamos, pues, que una mente fuerte es aquella que *no pierde el equilibrio ni siquiera bajo los impulsos más violentos*.

Si echamos un vistazo a la diversidad de las personas en relación con la mente, encontramos, en primer lugar, a las que tienen muy poca agitación y a las que llamamos flemáticas o indolentes.

En segundo lugar, personas muy vivas cuyos sentimientos nunca superan cierta fuerza y que conocemos como personas emocionales pero tranquilas.

35

En tercer lugar, los que son muy irritables, cuyos sentimientos se encienden rápida y violentamente como la pólvora, pero no son permanentes; por último, en cuarto lugar, los que no pueden ponerse en movimiento por pequeños alicientes y que no se ponen en movimiento rápidamente en absoluto, sino gradualmente, pero cuyos sentimientos adquieren gran violencia y son mucho más permanentes. Son las personas con pasiones enérgicas, profundas y ocultas.

Esta diferencia en la constitución de la mente se encuentra probablemente cerca del límite de *las fuerzas corporales* que se agitan en el organismo humano y pertenece a esa naturaleza anfibia que llamamos sistema nervioso, que parece tener un lado vuelto hacia la materia y el otro hacia el espíritu. Nosotros, con nuestra débil filosofía, no tenemos más que hacer en este oscuro campo. Pero es importante que nos detengamos un momento en el efecto que estas diferentes naturalezas tienen en la actividad guerrera, y hasta qué punto puede esperarse de ellas una gran fuerza del alma.

Las personas indolentes no pueden desequilibrarse fácilmente, pero, por supuesto, no se puede llamar fuerza de alma a lo que carece de toda expresión de fuerza. No se puede negar, sin embargo, que tales personas son de una cierta eficacia unilateral precisamente a causa de su constante equilibrio en la guerra. A menudo les falta el motivo positivo para la acción, el impulso, y como consecuencia de ello, la actividad, pero no estropean nada fácilmente.

La peculiaridad de la segunda clase es que es fácilmente estimulada a la acción por objetos pequeños, pero fácilmente aplastada por los grandes. Las personas de esta clase mostrarán una viva actividad para ayudar a un solo desgraciado, pero sólo se entristecerán por la infelicidad de toda una nación, sin inspirarse a la acción.

En la guerra, a tales hombres no les faltará ni actividad ni equilibrio, pero no lograrán nada grande a menos que los motivos para ello estuvieran presentes en una *mente muy fuerte*. Pero es raro que tales mentes estén unidas a un intelecto muy fuerte e independiente.

Las emociones encendidas y llameantes no son en sí mismas muy adecuadas para la vida práctica y, por tanto, tampoco para la guerra. Tienen el mérito de fuertes impulsos, pero éstos

no duran. Sin embargo, si en tales hombres los impulsos son dirigidos por el coraje y la ambición, a menudo son muy útiles en la guerra a niveles inferiores por la mera razón de que el acto de guerra, sobre el que un líder de los niveles inferiores tiene que ejercer el mando, es de duración mucho más corta. Aquí, una sola decisión valiente, una oleada de las fuerzas del alma, es a menudo suficiente. Un ataque audaz, un grito poderoso es obra de unos minutos, una batalla audaz es obra de un día entero y una campaña es obra de un año.

Con la rapidez de sus emociones, es doblemente difícil para tales personas mantener el equilibrio de la mente, por lo que a menudo pierden la cabeza, y éste es el peor de sus flancos para la guerra. Pero sería contrario a la experiencia afirmar que los temperamentos muy irritables nunca *pueden* ser fuertes, es decir, estar en equilibrio incluso en sus impulsos más fuertes. ¡Por qué no habría de estar presente en ellos el sentimiento de la propia dignidad, puesto que por regla general pertenecen a las naturalezas más nobles! Este sentimiento rara vez falta en ellos, pero no tiene tiempo de hacerse efectivo. Después, suelen verse frustrados por la vergüenza de sí mismos. Si la educación, la introspección y la experiencia de la vida les han enseñado temprana o tardíamente los medios de estar en guardia contra sí mismos, a fin de tomar conciencia a veces, en momentos de viva estimulación, del contrapeso que descansa en su propio pecho, entonces también ellos pueden ser capaces de una gran fortaleza de alma.

36

Por último, las personas menos móviles, pero por ello profundamente conmovidas, que se relacionan con las anteriores como brasas con una llama, son las más adecuadas para arrollar con su poder titánico a las inmensas masas, entre las que podemos imaginar figuradamente las dificultades de la acción bélica. El efecto de sus sentimientos se asemeja al movimiento de las grandes masas, que, aunque más lento, es sin embargo más arrollador.

Aunque tales hombres no son tan vencidos por sus sentimientos y llevados a su propia vergüenza como los anteriores, sería de nuevo contrario a la experiencia creer que no pueden perder su equilibrio y volverse sumisos a la pasión ciega; esto sucederá más bien siempre tan pronto como carezcan del noble orgullo del autocontrol o tan a menudo como éste no sea lo suficientemente fuerte. Vemos esta experiencia con mayor frecuencia entre los grandes hombres de las naciones brutas, donde la baja educación del intelecto favorece siempre el predominio de la pasión. Pero incluso entre los pueblos cultos y en las clases más instruidas de ellos, la vida está llena de fenómenos semejantes, en los que las personas se dejan llevar por pasiones violentas como los cazadores furtivos forjados sobre ciervos a través de los bosques en la Edad Media.

Así que repitámoslo: una mente fuerte no es aquella que es capaz de impulsos meramente fuertes, sino aquella que permanece en equilibrio durante los impulsos más fuertes, de modo que a pesar de las tormentas en el seno de la perspicacia y la convicción, como la aguja de la brújula en el barco tormentoso, se permite el juego más fino.

El nombre fortaleza de carácter, o de carácter en general, denota una firme adhesión a las propias convicciones, ya sean resultado de la propia perspicacia o de la de otros, y ya pertenezcan a principios, opiniones, intuiciones momentáneas o cualesquiera que sean los resultados de la mente. Pero *esta firmeza* no puede, por supuesto, manifestarse si las propias intuiciones están sujetas a cambios frecuentes. Este cambio frecuente no tiene por qué ser el resultado de una influencia extraña, sino que puede surgir de la propia actividad continua de la mente, pero entonces ciertamente apunta a una incertidumbre peculiar por su parte. Obviamente no se dirá de un hombre que cambia de opinión a cada momento, por mucho que esto surja de él mismo, que *tiene carácter*. Por lo tanto, esta cualidad sólo se da en personas cuyas convicciones son *muy constantes*, bien porque están profundamente fundadas y claras, y son en sí mismas poco aptas para el cambio, bien porque, como en el caso de las personas indolentes, carecen de actividad intelectual y, por lo tanto, de razón para el cambio,

o bien, finalmente, porque un acto expreso de la voluntad, que brota de un principio legislador del intelecto, rechaza hasta cierto punto el cambio de opiniones.

En la guerra, en las numerosas y fuertes impresiones que recibe la mente, y en la incertidumbre de todo conocimiento y toda perspicacia, hay más ocasiones de apartar al hombre del curso que ha iniciado, de engañarlo en sí mismo y en los demás, que las que se dan en cualquier otra actividad humana.

37

La visión desgarradora de peligros y sufrimientos hace que el sentimiento prevalezca fácilmente sobre la razón, y en la penumbra de todas las apariencias es tan difícil una visión profunda y clara que el cambio de ellas se hace más comprensible y más perdonable. Siempre se trata sólo de adivinar y presentir la verdad según la cual hay que actuar. Por eso en ninguna parte es tan grande la diferencia de opiniones como en la guerra, y nunca cesa el torrente de impresiones contra la propia convicción. Incluso la mayor flema de la mente apenas puede proteger contra ello, porque las impresiones son demasiado fuertes y vívidas y siempre dirigidas contra la mente al mismo tiempo.

Sólo los principios generales y los puntos de vista que guían la acción desde un punto de vista *más elevado* pueden ser el fruto de una visión clara y profunda, y es en ellos en los que la opinión sobre el caso individual que nos ocupa queda, por así decirlo, anclada. Pero la dificultad reside en mantener estos resultados de la reflexión anterior contra la corriente de opiniones y fenómenos que trae el presente. Entre el caso individual y el principio hay a menudo un amplio espacio que no siempre puede ser atravesado por una cadena visible de conclusiones, y donde es necesaria cierta fe en uno mismo y beneficioso cierto escepticismo. Aquí, a menudo, nada ayuda sino un principio legislador que, colocado aparte del pensamiento mismo, lo gobierna; es el principio de *persistir en la primera opinión* en todos los casos dudosos, *y no ceder hasta que una clara convicción nos obligue a hacerlo*. Debemos ser fuertes en la creencia de la mejor verdad de los principios bien probados, y no olvidar, en *la vivacidad de las* apariencias momentáneas, que su verdad es de carácter menor. Por este privilegio, que en casos dudosos concedemos a nuestra convicción anterior, por esta persistencia en ella, la acción adquiere esa actividad y consecuencia que se llama carácter.

Es fácil ver hasta qué punto el equilibrio de la mente fomenta la fuerza de carácter, por lo que las personas de gran fuerza mental suelen tener mucho carácter.

La fuerza de carácter nos lleva a una variedad de ella, la *obstinación*.

A menudo es muy difícil decir en un caso concreto dónde acaba uno y empieza el otro, pero no parece difícil determinar la diferencia de concepto.

La terquedad *no es un defecto de la mente*; la utilizamos para denotar una resistencia a una mejor percepción, y esto no puede situarse sin contradicción en la mente como facultad de percepción. La obstinación es *un defecto de la mente*. La inflexibilidad de la voluntad, esta irritabilidad contra objeciones extrañas, sólo tienen su razón de ser en un tipo especial de *egoísmo*, que *pone* por encima de todo lo demás el *placer de mandarse a sí mismo y a los demás sólo mediante la propia actividad mental*. Lo llamaríamos una especie de vanidad, si no fuera algo mejor; la vanidad se contenta con las apariencias, pero la obstinación se basa en el placer de la cosa.

Decimos, pues, que la fuerza de carácter se convierte en obstinación tan pronto como la resistencia a la perspicacia extraña no surge de una mejor convicción, no de la confianza en un principio superior, sino de un *sentimiento que se resiste*. Aunque esta definición, como ya hemos admitido, nos sirva de poco en la práctica, nos impedirá, sin embargo, considerar la obstinación como un *mero aumento de la fuerza de carácter*, siendo así que se trata de algo esencialmente distinto de ella, que, aunque está a su lado y linda con ella, es tan poco su

aumento que incluso hay personas muy obstinadas que tienen poca fuerza de carácter por falta de entendimiento.

38

Habiéndonos familiarizado en estas virtudes de un excelente líder en la guerra con aquellas cualidades en las que la mente y el intelecto trabajan juntos, llegamos ahora a una peculiaridad de la actividad bélica que quizás pueda ser considerada como la más fuerte, aunque no es la más importante, y que, sin referencia a los poderes de la mente, compromete sólo a la facultad mental. Es la relación de la guerra con el territorio y el suelo.

En primer lugar, esta relación está *siempre presente*, de modo que no puede pensarse que un acto de guerra de nuestros ejércitos educados proceda de otro modo que en un espacio determinado; en segundo lugar, es de la *importancia más decisiva*, porque modifica, a veces altera totalmente, los efectos de todas las fuerzas; en tercer lugar, a menudo conduce, por una parte, a los *más pequeños rasgos de localidad*, mientras que, por otra, *abarca los más amplios espacios*.

Es así como la relación que la guerra tiene con el territorio y el suelo confiere a su actividad una gran peculiaridad. Si pensamos en las demás actividades humanas que tienen relación con este objeto, en la horticultura y la agricultura, en la construcción de casas y vías fluviales, en la minería, en la caza y la silvicultura, todas ellas están confinadas a espacios muy moderados, que pronto pueden explorar con suficiente precisión. El líder en la guerra, sin embargo, debe entregar el trabajo de su actividad a un área cooperante que sus ojos no pueden inspeccionar, que el celo más vivo no siempre puede explorar, y con la que, en vista del cambio constante, rara vez entra en conocimiento real. Es cierto que el adversario se encuentra generalmente en el mismo caso; pero, en primer lugar, la dificultad común es siempre tal, y el que la domine por el talento y la práctica tendrá una gran ventaja de su lado; en segundo lugar, esta igualdad de dificultad sólo tiene lugar en general, en absoluto en el caso individual, donde generalmente uno de los dos combatientes (el defensor) conoce mucho más la localidad que el otro.

Esta dificultad tan peculiar debe ser vencida por una peculiar facultad mental que se denomina, con una expresión demasiado limitada, *sentido del lugar*. Se trata de la capacidad de *formarse rápidamente una idea geométrica correcta de cualquier zona* y, como resultado, orientarse siempre con facilidad. Se trata, obviamente, de un acto de la imaginación. Es cierto que la percepción tiene lugar en parte a través del ojo físico, en parte a través del intelecto, que, con sus percepciones extraídas de la ciencia y la experiencia, completa lo que falta y hace un todo de los fragmentos de la mirada física; pero que este todo se presente ahora vívidamente ante el alma, se convierta en una imagen, en un mapa dibujado interiormente, que esta imagen sea permanente, que los rasgos individuales no se deshagan una y otra vez, *esto sólo puede producirlo el poder mental que llamamos imaginación*. Si un poeta o pintor ingenioso se siente herido porque esperemos que su diosa sea tan eficaz, si se encoge de hombros porque un ingenioso muchacho de cazador deba por ello tener una imaginación excelente, concederemos de buen grado que sólo estamos hablando de un uso muy limitado de ella, de un verdadero servicio de esclavo. Pero por poco que sea, debe tomarse de todos modos de este poder natural, pues si está totalmente ausente, será difícil imaginar las cosas claramente en su coherencia de forma hasta el punto de visualizarlas. Admitimos fácilmente que una buena memoria es de gran ayuda en esto; pero si la memoria debe entonces suponerse como una fuerza del alma separada, o si reside en esa misma facultad de la imaginación el fijar mejor la memoria para estas cosas, debemos dejarlo tanto más indeciso, cuanto que parece difícil en general pensar en estas dos fuerzas del alma como separadas en algunas relaciones.

39

Que la práctica y la perspicacia hacen mucho en esto es innegable. Puységur, el célebre intendente general del famoso Luxemburgo, dice que al principio tenía poca confianza en este

punto, porque se daba cuenta de que cuando había tenido que ir a buscar la condicional lejos, siempre había errado el camino.

Es natural que las aplicaciones de este talento se extiendan también hacia arriba. Mientras que el húsar y el cazador, al frente de una patrulla, deben orientarse con facilidad, y para ello no necesitan más que algunos indicios de un entendimiento y una imaginación limitados, el comandante debe elevarse a los objetos geográficos generales de una provincia y de un país, debe tener siempre ante los ojos vívidamente el curso de los caminos, de los ríos y de las montañas, sin que por ello pueda prescindir del sentido limitado del lugar. Es cierto que para las cuestiones generales le ayudan mucho toda clase de noticias, mapas, libros, memorias, y para los detalles la ayuda de su entorno, pero no es menos cierto que un gran talento para la comprensión rápida y clara de la región da a toda su acción un paso más fácil y firme, le protege de una cierta inutilidad interior y le hace menos dependiente de los demás.

Si esta capacidad debe atribuirse a la imaginación, es también casi el único servicio que la actividad guerrera exige de esta diosa bulliciosa, que, por cierto, le resulta más perniciosa que útil. -

Creemos haber considerado aquí aquellas expresiones de las potencias de la mente y del alma que la actividad guerrera exige de la naturaleza humana. Ante todo, el intelecto aparece como una fuerza esencialmente contribuyente, y así se comprende cómo la actividad guerrera, tan simple en sus manifestaciones y tan poco compuesta, no puede ser realizada de manera excelente por personas sin excelentes facultades del intelecto.

Cuando uno ha adquirido este punto de vista, ya no se ve obligado a considerar la elusión de una posición enemiga, cosa tan natural en sí misma, tan natural mil veces y cien similares, como obra de un gran esfuerzo espiritual.

Es cierto que estamos acostumbrados a pensar en el simple soldado eficiente como contraste con las mentes meditabundas o inventivas o imaginativas y los espíritus que brillan en ornamentos educativos de todo tipo; ni este contraste carece en absoluto de realidad, pero sólo no prueba que la eficiencia del soldado consista meramente en su valor, y que no se requiera también cierta actividad y eficiencia peculiares de la cabeza para ser meramente lo que se llama un buen espadachín. Siempre debemos volver al hecho de que nada es más común que los ejemplos de hombres que pierden su actividad tan pronto como alcanzan lugares más altos a los que sus perspicacias ya no se adaptan; pero también debemos recordar siempre que estamos hablando de excelencia, de aquellos que dan reputación en el tipo de actividad al que pertenecen. Cada nivel de mando en la guerra, por tanto, forma su propio estrato de facultades mentales requeridas, de gloria y honor.

40

Hay un abismo muy grande entre un comandante, es decir, un general que está a la cabeza de toda una guerra o de un teatro de guerra, y el siguiente nivel de mando por debajo de él, por la sencilla razón de que este último está sujeto a una dirección y supervisión mucho más estrechas y, en consecuencia, deja un círculo mucho más pequeño para su propia actividad intelectual. Esto ha hecho que la opinión común sólo vea una excelente actividad intelectual en esta posición más elevada y crea que hasta ese punto el intelecto común es suficiente; de hecho, uno no deja de ver cierto embrutecimiento en un comandante subordinado que ha encanecido bajo las armas y cuya actividad unilateral le ha llevado a una inequívoca pobreza de espíritu, y a sonreír ante su simpleza con toda la admiración por su valor. No es nuestra intención luchar por una suerte mejor para esta buena gente; esto no contribuiría en nada a su eficacia y poco a su felicidad, sino que sólo queremos mostrar las cosas como son y advertir contra el error de que en la guerra un mero bravo sin intelecto puede alcanzar la excelencia.

Si, incluso en las posiciones más bajas de liderazgo, exigimos excelentes facultades mentales para aquellos que han de ser distinguidos, y las aumentamos a cada paso, se deduce por sí mismo que tenemos una visión muy diferente de las personas que ocupan las segundas

posiciones en un ejército con *fama*, y su aparente insignificancia al lado del polihistoriador, el hombre de negocios elástico, el estadista conferenciante, no debe engañarnos en cuanto a la naturaleza excelente de su laborioso intelecto. Es cierto que a veces ocurre que los hombres se llevan la fama que han adquirido en puestos inferiores a otros superiores sin realmente habérsela ganado allí; si no son muy necesarios en éstos, si no corren el riesgo de exponerse, el juicio no distingue con tanta precisión qué clase de reputación tienen, y así tales hombres contribuyen a menudo a darnos una pobre idea de la personalidad que aún es capaz de brillar en determinados puestos.

Así, de abajo arriba, un genio peculiar pertenece a los logros sobresalientes en la guerra. La historia y el juicio de la posteridad, sin embargo, acostumbran a dar el nombre de genio sólo a aquellos espíritus que han brillado en los primeros, es decir, en los puestos de generales. La razón de ello es que aquí, de golpe, las exigencias al intelecto y al espíritu aumentan enormemente.

Para conducir toda una guerra o sus actos más grandes, que llamamos campañas, a una meta brillante, se requiere una gran perspicacia en las relaciones superiores del Estado. La guerra y la política coinciden aquí, y el comandante se convierte al mismo tiempo en estadista.

No se da a Carlos XII el nombre de gran genio porque no supo someter la eficacia de sus armas a una perspicacia y una sabiduría superiores, no supo alcanzar con ellas una meta brillante; no se da a Enrique IV porque no vivió lo suficiente para conmover con su eficacia guerrera las relaciones de varios Estados y probarse en esta región superior, donde un sentimiento noble y una naturaleza caballeresca no pueden tanto sobre el adversario como en la derrota de un espíritu interior.

41

Para dar una idea de todo lo que aquí se engloba en una sola mirada y que debe cumplirse adecuadamente, nos remitimos a nuestro primer capítulo. Decimos: el general se convierte en estadista, pero no debe dejar de ser lo primero; abarca con su mirada por una parte todas las relaciones de Estado, por otra es consciente precisamente de lo que puede realizar con los medios que están en su mano.

Puesto que la multiplicidad y los límites indeterminados de todas las relaciones ponen en consideración un gran número de cantidades, puesto que la mayoría de estas cantidades sólo pueden estimarse según las leyes de la probabilidad, si la persona que actúa no hiciera todo esto con la mirada de una mente que en todas partes sospecha la verdad, se produciría un enredo de consideraciones y consideraciones del que el juicio ya no podría encontrar la salida. En este sentido, Bonaparte decía con razón que muchas decisiones ante el comandante constituirían una tarea de cálculo matemático, no indigna de los poderes de *Newton* y *Euler*.

Lo que aquí se exige de las potencias espirituales superiores es unidad y juicio, elevadas a una maravillosa visión espiritual, que en su vuelo toca y elimina mil concepciones medio oscuras, que una mente ordinaria sólo sacaría a la luz con dificultad y en las que se agotaría. Pero esta actividad mental superior, esta mirada del genio, no se convertiría en un fenómeno histórico si no se apoyara en las cualidades de la mente y del carácter de las que venimos hablando.

El mero motivo de la verdad sólo es extremadamente débil en el hombre, y por eso hay siempre una gran diferencia entre saber y querer, entre saber y poder. El hombre recibe siempre el impulso más fuerte para actuar a través de los sentimientos, y la persistencia más poderosa, si se nos permite la expresión, a través de esa aleación de mente e intelecto que hemos conocido en la determinación, la firmeza, la constancia y la fuerza de carácter.

Si, por cierto, esta mayor actividad espiritual y mental del comandante no se manifestara en el éxito total de su obra y sólo fuera aceptada sobre la base de la lealtad y la fe, sólo en contadas ocasiones se convertiría en un fenómeno histórico.

Lo que se conoce del curso de los acontecimientos bélicos suele ser muy simple, se parece mucho, y nadie que se limite a la mera narración ve nada de las dificultades que se superaron en el proceso. Sólo de vez en cuando, en las memorias de los comandantes o de sus confidentes, o con ocasión de una investigación histórica especial que ha puesto sus dientes en un acontecimiento, sale a la luz una parte de los muchos hilos que forman todo el entramado. La mayoría de las deliberaciones y luchas intelectuales que preceden a una gran ejecución se ocultan deliberadamente porque afectan a intereses políticos, o se olvidan accidentalmente porque se consideran meros andamios que deben retirarse cuando la construcción está terminada.

Si, por último, sin aventurarnos a definir con más precisión las potencias superiores del alma, permitimos todavía que se haga una distinción en el poder de comprender por sí mismo según las ideas acostumbradas tal como han quedado fijadas en el lenguaje, y nos preguntamos entonces qué clase de mente pertenece más al genio guerrero, entonces tanto una mirada al objeto como la experiencia nos dirán que es más el que examina que el que crea, más el que abarca que el que persigue unilateralmente, más el de cabeza fría que el de cabeza caliente Bind, a quien quisiéramos confiar la salvación de nuestros hermanos e hijos, el honor y la seguridad de nuestra patria en la guerra.

1.4 CAPÍTULO CUARTO: EL PELIGRO DE LA GUERRA

Por lo general, antes de conocerlos, uno se hace una idea de ellos que resulta más atractiva que aterradora. Cargar contra el enemigo en el arrebató del entusiasmo -quién puede contar las balas y las caídas, los ojos cerrados durante unos instantes, lanzarse hacia la muerte fría, sin saber si nosotros u otros escaparemos de ella- y todo ello cerca de la meta dorada de la victoria -cerca del fruto refrescante del que está sedienta la ambición- ¿puede ser duro? No será duro, y menos aún lo parecerá. Pero tales momentos, que sin embargo no son obra de un solo pulso, como se cree que son, sino que deben disfrutarse como mezclas medicinales diluidas con el tiempo y corrompidas - tales momentos, digámoslo así, son pocos y distantes entre sí.

Acompañemos al recién llegado al campo de batalla. A medida que nos acercamos, el trueno cada vez más claro del cañón se alterna finalmente con el aullido de las balas, que ahora atrae la atención de los inexpertos. Las balas comienzan a impactar cerca, delante y detrás de nosotros. Nos apresuramos hacia la colina en la que se encuentra el general en jefe con su numeroso séquito. Aquí el impacto cercano de las balas de cañón, el estallido de los proyectiles se hace tan frecuente que la seriedad de la vida se abre paso a través de la fantasía juvenil. De repente cae un conocido, un proyectil golpea el montón y provoca algunos movimientos involuntarios, uno empieza a sentir que ya no está completamente tranquilo y sereno; incluso el más bien educado se distrae al menos un poco. - Ahora un paso a la batalla que se desencadena ante nosotros, casi como un espectáculo, al siguiente general visionario; aquí bala tras bala, y el ruido de la propia arma aumenta la distracción. - Del general de división al general de brigada - éste, de reconocida valentía, se detiene cautelosamente detrás de una colina, una casa o detrás de los árboles: - un exponente seguro del creciente peligro - los cartuchos traquetean en tejados y campos, las balas de cañón silban hacia y sobre nosotros en todas direcciones, y ya se oye un silbido frecuente de cartuchos de escopeta; - un paso más hacia las tropas, hacia la infantería que resiste en el tiroteo de una hora de duración con una firmeza indescriptible: - aquí el aire se llena de balas siseantes, que pronto anuncian su proximidad por el corto y agudo sonido con que vuelan a centímetros del oído, la cabeza y el

alma. En exceso, la piedad ante la visión de los mutilados y caídos late con lamento contra nuestro corazón palpitante.

Un novicio no tocará ninguna de estas diferentes capas de la densidad del peligro sin sentir que la luz del pensamiento se mueve aquí por otros medios y se refracta en otros rayos que en la actividad especulativa; en efecto, tendría que ser un hombre muy extraordinario que no perdiera la capacidad de una decisión instantánea ante estas primeras impresiones. Es cierto que el hábito embota muy pronto estas impresiones; al cabo de media hora empezamos a volvernos más indiferentes a todo lo que nos rodea, los unos más, los otros menos; pero un hombre ordinario no alcanza nunca la completa imparcialidad y la elasticidad natural del alma - y así puede reconocerse que tampoco aquí basta lo ordinario, lo cual es tanto más cierto cuanto mayor es la esfera de acción que se trata de llenar. Entusiasta, estoico, bravura innata, ambición imperiosa o incluso largo conocimiento del peligro, mucho de todo esto debe haber para que todo el efecto en este medio agravante no quede por debajo de la medida que puede aparecer como ordinaria en la sala.

El peligro en la guerra pertenece a la fricción de la misma, una concepción correcta de la misma es necesaria para la verdad del conocimiento, y por eso se ha mencionado aquí.

43

1.5 CAPÍTULO 5: EL ESFUERZO FÍSICO EN LA GUERRA

Si a nadie se le permitiera emitir un juicio sobre los acontecimientos bélicos más que en el momento en que está helado por la escarcha o sofocado por el calor y la sed, oprimido por la necesidad y la fatiga, tendríamos aún menos juicios que fueran objetivamente correctos, pero al menos serían subjetivos, es decir, contendrían la relación exacta del juez con el objeto. Esto ya se ve cuando se comprueba lo poco depreciador, incluso fofo y pequeño, que es el juicio de quienes fueron testigos presenciales de los resultados de los casos malos, sobre todo mientras estaban en medio de ellos. Sea ésta nuestra opinión, una medida de la influencia que ejerce el esfuerzo físico y de la consideración que merece en el juicio.

Entre las muchas cosas en la guerra para cuyo uso ningún impuesto policial puede establecer una medida, el esfuerzo físico es la principal. Siempre que no se desperdicie, es un coeficiente de todas las fuerzas, y nadie puede decir con exactitud hasta dónde puede llevarse. Pero lo extraño es que, al igual que sólo un brazo fuerte del arquero puede hacer más afilada la cuerda del arco, sólo de un espíritu fuerte puede esperarse que las fuerzas de su ejército sean más fuertes en la guerra. Porque otra cosa es cuando, a consecuencia de grandes desgracias, un ejército, rodeado de peligros, se disuelve en ruinas como mampostería que se cae, y sólo puede encontrar su salvación en el máximo esfuerzo de sus fuerzas físicas; otra cosa es cuando un ejército victorioso, arrastrado únicamente por sentimientos orgullosos, es dirigido por su comandante a su libre albedrío. El mismo esfuerzo que allí podía a lo sumo suscitar lástima, aquí debía inspirar admiración, porque era mucho más difícil de conseguir.

Así, para el ojo no nublado, sale a la luz uno de los objetos que, por decirlo así, encadena los movimientos del espíritu en la oscuridad y consume secretamente las potencias del alma.

Aunque aquí en realidad sólo se habla del esfuerzo que el comandante exige al ejército, el líder a sus subordinados, es decir, del valor para desear el sic, del arte para obtenerlo, no debe pasarse por alto el esfuerzo físico del líder y del propio comandante; debemos, habiendo llevado honestamente el análisis de la guerra hasta este punto, tener en cuenta también el peso de estas escorias residuales.

44

El esfuerzo físico se menciona aquí principalmente porque, al igual que el peligro, es una de las causas más importantes de rozamiento, y porque su grado indeterminado lo asemeja a

la naturaleza de los cuerpos elásticos, cuyo rozamiento, como es bien sabido, es difícil de calcular.

Que no se abuse de estas consideraciones, de esta discreción de las condiciones agravantes de la guerra, pues esta naturaleza ha dado a nuestro juicio una guía orientadora de nuestra sensibilidad. Así como un individuo no alegrará con ventaja su imperfección personal cuando es insultado y maltratado, sino que lo hará si repelió felizmente el insulto o lo vengó brillantemente, así ningún comandante ni ningún ejército mejorarán la impresión de una derrota vergonzosa mostrando el mismo peligro, penuria y esfuerzo que aumentarían infinitamente el lustre de una victoria. Así, una aparente equidad, a la que se inclinaría nuestro juicio, prohíbe *nuestro sentimiento*, que, sin embargo, no es más que un juicio superior.

1.6 CAPÍTULO SEXTO: NOTICIAS DE GUERRA

Con la palabra inteligencia nos referimos a todo el conocimiento que se tiene del enemigo y del propio país, es decir, la base de todas las ideas y acciones propias. Basta con considerar la naturaleza de esta base, su falta de fiabilidad y su carácter cambiante, y pronto se tendrá la sensación de lo peligroso que es el edificio de la guerra, con qué facilidad puede derrumbarse y sepultarnos bajo sus ruinas. - Que sólo hay que fiarse de las noticias fiables, que nunca hay que dejar de desconfiar, está escrito en todos los libros, pero es un mísero consuelo de libro y pertenece a la sabiduría a la que recurren los escritores de sistemas y compendios a falta de algo mejor.

Una gran parte de las noticias que se reciben en la guerra son contradictorias, una parte aún mayor es falsa y, con mucho, la mayor parte está sujeta a una gran incertidumbre. Lo que se puede exigir al oficial aquí es un cierto discernimiento, que sólo el conocimiento de los hechos y las personas y el juicio pueden dar. La ley de la probabilidad debe guiarle. Esta dificultad no es insignificante en el caso de los primeros borradores hechos en la sala y aún fuera de la esfera real de la guerra, pero es infinitamente mayor cuando, en el tumulto de la guerra misma, una noticia presiona sobre otra; afortunada aún si, contradiciéndose entre sí, producen un cierto equilibrio y desafían a la crítica misma. Mucho peor para el que no ha probado, cuando el azar no le presta este servicio, sino que una noticia apoya a la otra, la confirma, la agranda, pinta el cuadro con colores siempre nuevos, hasta que la necesidad nos ha forzado en volandas a tomar la decisión que -pronto se reconoce como locura, al igual que todas esas noticias, como mentiras, exageraciones, errores, etc. En resumen, la mayoría de las noticias son falsas, y el miedo de los hombres se convierte en el nuevo poder de la mentira y la falsedad. Por regla general, todo el mundo se inclina a creer lo malo más que lo bueno; todo el mundo se inclina a magnificar un poco lo malo, y los peligros que así se denuncian, si se hunden en sí mismos como las olas del mar, sin embargo, como aquellas, vuelven siempre de nuevo sin causa visible. Confiando firmemente en su mejor conocimiento interior, el líder debe permanecer como la roca sobre la que rompe la ola. El papel no es fácil; quien no está naturalmente dotado de sangre ligera o entrenado por la experiencia marcial y fortalecido en el juicio puede tener por norma inclinarse forzosamente, es decir, contra el nivel interior de su propia convicción, del lado de los temores al de las esperanzas; sólo así podrá mantener el verdadero equilibrio. Esta dificultad para *ver correctamente*, que constituye una de las mayores fricciones de la guerra, hace que las cosas parezcan muy distintas de lo que uno había pensado. La impresión de los sentidos es más fuerte que las concepciones del cálculo superior, y esto llega hasta tal punto que nunca se ha llevado a cabo una empresa razonablemente importante en la que el comandante no haya tenido que conquistar en sí mismo nuevas dudas en los primeros momentos de la ejecución. Los hombres ordinarios, por lo tanto, que siguen intuiciones extrañas, suelen volverse indecisos en el acto; creen haber encontrado las circunstancias diferentes de lo que habían supuesto que eran, y tanto más cuanto que aquí

también se abandonan a intuiciones extrañas. Pero incluso el que ha diseñado y ahora ve con sus propios ojos se deja engañar fácilmente por su opinión anterior. Una firme confianza en sí mismo debe armarle contra el aparente apremio del momento; su antigua convicción se demostrará en el desarrollo, cuando el decorado frontal que el destino inserta en las escenas bélicas, con sus espesas figuras de peligro, se aleje y el horizonte se ensanche. - Esta es una de las grandes lagunas entre el *diseño* y la *exportación*.

45

1.7 CAPÍTULO SIETE: FRICCIÓN EN LA GUERRA

Mientras no se conoce la guerra, no se comprende dónde residen las dificultades del asunto, de las que siempre se habla, y lo que realmente tienen que hacer el genio y las extraordinarias facultades mentales exigidas al comandante. Todo parece tan sencillo, todos los conocimientos requeridos parecen tan superficiales, todas las combinaciones tan insignificantes, que en comparación con ello la tarea más simple de las matemáticas superiores nos impresiona con cierta dignidad científica. Pero cuando uno ha visto la guerra, todo se vuelve comprensible, y sin embargo es extremadamente difícil describir lo que provoca este cambio, nombrar este factor invisible y eficaz en todas partes.

En la guerra todo es muy sencillo, pero las cosas más sencillas son difíciles. Estas dificultades se acumulan y producen una fricción que nadie puede imaginar realmente que no haya visto la guerra. Pensemos en un viajero que piensa hacer dos paradas al final de su jornada todavía hacia el atardecer, cuatro o cinco horas con los caballos del correo en el Chaussee; no es nada. Ahora llega a la penúltima estación, no encuentra caballos o los encuentra malos, luego una región montañosa, caminos estropeados, se hace noche cerrada, y se alegra de haber llegado a la siguiente estación después de muchas penalidades y de encontrar allí un alojamiento mísero. Así, en la guerra, por la influencia de innumerables pequeñas circunstancias, que nunca pueden ser debidamente consideradas sobre el papel, todo queda en nada, y uno se queda muy lejos de su objetivo. Una poderosa voluntad de hierro supera esta fricción, aplasta los obstáculos, pero por supuesto la máquina con ella. Volveremos muchas veces sobre el resultado. Como un obelisco al que se dirigen los caminos principales de un lugar, la firme voluntad de un espíritu orgulloso se alza imperiosamente destacada en el centro del arte de la guerra.

46

Fricción es el único término que corresponde de forma bastante general a lo que distingue la guerra real de la guerra sobre el papel. La máquina militar, el ejército y todo lo que le pertenece, es en el fondo muy simple y por ello parece fácil de manejar. Pero hay que recordar que ninguna de sus partes es de una sola pieza, que todo se compone de individuos, cada uno de los cuales conserva su propia fricción en todos los bandos. Teóricamente suena todo bien: el jefe del batallón es responsable de cumplir la orden dada, y como el batallón está pegado en una sola pieza por la disciplina, pero el jefe debe ser un hombre de reconocido celo, la viga gira sobre un pasador de hierro con poca fricción. Pero no es así en la realidad, y todo lo que la imaginación ha exagerado y falseado se muestra sobre el terreno en la guerra. El batallón permanece siempre compuesto por un número de hombres, de los cuales, si el azar lo quiere, el más insignificante es capaz de provocar un alto o de otro modo una irregularidad. Los peligros que trae consigo la guerra, los esfuerzos físicos que exige, aumentan tanto el mal que deben considerarse como sus causas más considerables.

Esta terrible fricción, que no puede concentrarse en unos pocos puntos como en la mecánica, está por tanto en todas partes en contacto con el azar y produce entonces fenómenos que no pueden calcularse en absoluto, precisamente porque pertenecen en gran parte al azar. Tal casualidad es, por ejemplo, el tiempo atmosférico. Aquí la niebla impide descubrir al enemigo en el momento oportuno, que un cañón dispare en el momento

oportuno, que un informe llegue al oficial al mando; allí la lluvia impide que un batallón llegue, que otro llegue en el momento oportuno porque ha tenido que marchar durante ocho horas en lugar de tres, que la caballería pueda atacar eficazmente porque se atasca en terreno profundo, etc.

Estos pocos detalles son sólo en aras de la claridad, y para que el autor y el lector permanezcan juntos en el asunto, pues de otro modo podrían escribirse volúmenes enteros llenos de tales dificultades. Para evitar esto y, sin embargo, dar una idea clara del ejército de pequeñas dificultades con las que se lucha en la guerra, nos gustaría agotarnos en imágenes si no temiéramos cansarnos. Pero incluso aquellos que hace tiempo que nos comprenden nos reconocerán todavía el mérito de unas pocas.

La acción en la guerra es un movimiento en los medios agravantes. Tan poco como uno es capaz de hacer el movimiento más natural y simple en el agua, el mero caminar, con facilidad y precisión, tan poco puede mantener la línea de los mediocres en la guerra con fuerzas ordinarias. De ahí que el teórico correcto aparezca como un maestro de natación que tiene movimientos necesarios para el agua practicados en tierra firme, que parecen grotescos y exagerados a los que no piensan en el agua; de ahí también que los teóricos que nunca se han sumergido o que no saben nada general para abstraerse de sus experiencias sean poco prácticos e incluso insípidos, porque sólo enseñan lo que todo el mundo puede hacer: caminar.

47

Además, cada guerra es rica en fenómenos individuales, y por lo tanto cada guerra es un mar inexplorado lleno de acantilados que la mente del comandante puede prever, pero que su ojo nunca ha visto, y que ahora debe rodear navegando en la noche oscura. Si todavía se levanta un viento adverso, es decir, si alguna gran coincidencia todavía se declara en su contra, entonces son necesarios el arte más elevado, la presencia de ánimo y el esfuerzo allí donde todo parece ir por sí mismo para el hombre distante. El conocimiento de esta fricción es una parte principal de la a menudo cacareada experiencia de la guerra, que se requiere de un buen general. Por supuesto, no es el mejor el que más idea tiene de ella, el que más se deja impresionar por ella (de ahí esa clase de generales tímidos que tan a menudo se encuentran entre los experimentados), pero el general debe conocerla para superarla allí donde esto es posible, y para no esperar una precisión en los efectos que no es posible precisamente a causa de esta fricción. - Por lo demás, nunca se llegará a conocerlas teóricamente del todo, y si se pudiera, seguiría faltando ese ejercicio de juicio que se llama tacto, y que siempre es más necesario en un campo lleno de objetos infinitamente pequeños y múltiples que en los grandes casos decisivos en los que uno celebra consejos consigo mismo y con los demás. Del mismo modo que el hombre de mundo sólo puede hablar, actuar y moverse siempre adecuadamente mediante el tacto de su juicio, que casi se ha convertido en un hábito, sólo el oficial experimentado en la guerra decidirá y determinará siempre adecuadamente en los incidentes grandes y pequeños, se podría decir en cada latido del pulso de la guerra. A través de esta experiencia y práctica, el pensamiento le viene por sí solo: una cosa va, otra no. Por lo tanto, no caerá fácilmente en el caso de ponerse nervioso, lo que en la guerra, si ocurre con frecuencia, sacude los cimientos de la confianza y es extremadamente peligroso.

La fricción, o lo que aquí se llama rozamiento, es lo que hace difícil lo aparentemente fácil. Volveremos sobre este tema muchas veces en el futuro, y entonces quedará claro que, aparte de la experiencia y una voluntad fuerte, se requieren muchas otras raras cualidades de la mente para ser un excelente comandante.

1.8 CAPÍTULO OCTAVO: CONCLUSIONES SOBRE EL PRIMER LIBRO

Con peligro, esfuerzo físico, noticias y fricción, hemos nombrado aquellos objetos que se reúnen como elementos en la atmósfera de la guerra y la convierten en un medio agravante

para toda actividad. En sus efectos obstaculizadores, pueden así subsumirse en el concepto global de una fricción general. - ¿No existe ahora ningún aceite atenuante para esta fricción? - Sólo uno, y éste no está a disposición del comandante y del ejército a voluntad: es el hábito de guerra del ejército.

El hábito fortalece el cuerpo en los grandes esfuerzos, el alma en los grandes peligros, el juicio contra la primera impresión. Por encima de todo, a través de él se adquiere una preciosa prudencia, que llega desde el húsar y el fusilero hasta el general de división y facilita la actuación del comandante.

48

Al igual que el ojo humano dilata su pupila en una habitación oscura, aspira la poca luz disponible, distingue poco a poco las cosas de forma improvisada y finalmente las conoce bastante bien, lo mismo hace el soldado experimentado en la guerra, mientras que el recién llegado sólo se enfrenta a la noche más negra.

Ningún comandante puede dar a su ejército el hábito de la guerra, y el sustituto que ofrecen los ejercicios de paz es débil; débil en comparación con la experiencia real de la guerra, pero no en comparación con un ejército en el que incluso estos ejercicios se dirigen sólo a la habilidad mecánica. Arreglar los ejercicios de paz de tal manera que una parte de esos objetos de fricción se produzcan en ellos, ejercitar el juicio, la prudencia, incluso la determinación de los jefes individuales, es de mucho mayor valor de lo que creen los que no conocen el tema por experiencia. Es infinitamente importante que el soldado, alto o bajo, cualquiera que sea su rango, no vea por primera vez en la guerra aquellos fenómenos bélicos que le asombran y avergüenzan al principio; si le han ocurrido una sola vez antes, ya está medio familiarizado con ellos. Esto se aplica incluso a los esfuerzos físicos. Deben ser practicados, no tanto para que la naturaleza se acostumbre a ellos como para que la mente se acostumbre a ellos. En la guerra, el nuevo soldado es muy propenso a realizar esfuerzos inusuales por las consecuencias de grandes equivocaciones, errores y vergüenzas en la conducción del conjunto, y así deprimirse doblemente. Esto no sucederá si se le prepara para ello en los ejercicios de paz.

Otro medio, menos completo, pero de gran importancia para adquirir el hábito de la guerra en la paz es traer oficiales de otros ejércitos que tengan experiencia de guerra. Rara vez hay paz en toda Europa, y la guerra nunca se apaga en las demás partes del mundo. Por lo tanto, un Estado que ha estado en paz durante mucho tiempo siempre debe tratar de conseguir oficiales individuales de estos teatros de guerra, pero, por supuesto, sólo aquellos que han servido bien, o enviar a algunos de los suyos allí para que puedan familiarizarse con la guerra.

Por pequeño que pueda parecer el número de estos oficiales para la masa de un ejército, su influencia es muy perceptible. Su experiencia, la dirección de su espíritu, la formación de su carácter tienen un efecto sobre sus subordinados y camaradas, y además, aunque no puedan ser colocados a la cabeza de un área de actividad, deben ser considerados como hombres que conocen la zona y pueden ser consultados en muchos casos individuales.

CAPÍTULO 2

SEGUNDO LIBRO: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

2.1 PRIMER CAPÍTULO: CLASIFICACIÓN DEL ARTE DE LA GUERRA

La guerra en su verdadero significado es lucha, pues sólo la lucha es el principio efectivo en la múltiple actividad que se denomina guerra en su sentido más amplio. El combate, sin embargo, es una medición de las fuerzas mentales y físicas por medio de estas últimas. Huelga decir que no hay que excluir las fuerzas espirituales, pues el estado del alma ejerce la influencia más decisiva sobre las fuerzas físicas.

La necesidad de la batalla ha llevado pronto al hombre a inventar la suya propia, con el fin de convertir en suyas las ventajas de la misma; por esto la batalla ha cambiado mucho; pero por más que se constituya, su concepto no se altera por ello, y es él quien constituye la guerra.

Las invenciones fueron primero las armas y el equipo de los combatientes individuales. Éstos deben crearse y practicarse antes de que comience el combate; se establecen de acuerdo con la naturaleza de la lucha y reciben así de ella la ley; pero, evidentemente, la actividad que se ocupa de ellos es distinta de la lucha misma; es sólo la preparación para la lucha, no la realización de ésta. Que el armamento y el equipo no pertenecen esencialmente al concepto de combate es evidente, pues la mera lucha también es combate.

El combate ha determinado la configuración de las armas y el equipamiento, y éstos modifican el combate; por tanto, se trata de una interacción entre ambos.

Pero la lucha en sí sigue siendo una actividad muy peculiar, y más aún porque se mueve en un elemento muy peculiar, a saber, en el elemento del peligro.

Si, pues, en alguna parte es necesaria una separación de las distintas actividades, es aquí; y, para hacer perceptible la importancia práctica de esta idea, basta recordar suavemente cuántas veces la personalidad más capaz en un campo ha aparecido como la pedantería más inútil en el otro.

Tampoco es en absoluto difícil separar una actividad de la otra en la contemplación, si se considera la fuerza armada y equipada como medios *dados* de los que, para utilizarlos convenientemente, no es necesario saber nada más que sus resultados principales.

50

El arte de la guerra en sentido propio será, por tanto, el arte de utilizar los medios dados en la batalla, y no podemos describirlo mejor que con el nombre de *guerra*. Por otra parte, el arte de la guerra en sentido amplio incluirá también todas las actividades que existen por su causa, es decir, toda la creación, es decir, el levantamiento, el armamento, el equipamiento y el adiestramiento de las fuerzas armadas.

Es esencial para la realidad de una teoría separar estas dos actividades, pues es fácil ver que si todo arte de la guerra comenzara por el establecimiento de las fuerzas armadas y las condicionara para la conducción de la guerra como ellas indican, sólo podría ser aplicable a los pocos casos en que las fuerzas armadas existentes le correspondieran justamente. Si, por el contrario, se quiere tener una teoría que sea adecuada para la gran mayoría de los casos,

pero no del todo inútil para ninguno, debe construirse sobre la gran mayoría de los medios ordinarios de la guerra, y en éstos también sobre los resultados más esenciales.

La guerra, pues, es la organización y conducción de la batalla. Si esta batalla fuera un acto único, no habría razón para más divisiones; pero la batalla consiste en un número más o menos grande de *actos individuales y autónomos*, que llamamos batallas, como hemos mostrado en el primer capítulo del primer libro, y que forman nuevas unidades. De aquí surge ahora la actividad muy diferente de *ordenar y alimentar estas batallas en sí mismas y de combinarlas* entre sí con fines bélicos. A una se la ha llamado *táctica*, a la otra *estrategia*.

La división entre táctica y estrategia es ya de uso casi universal, y todo el mundo sabe con bastante seguridad dónde situar un mismo hecho sin ser claramente consciente de la razón de la división. Pero cuando tales divisiones son oscuramente seguidas por el uso, deben tener una razón profunda en sí mismas. Nosotros hemos buscado esta razón, y podemos decir que es precisamente el uso de la mayoría el que nos ha llevado a ella. Por otra parte, debemos considerar que las determinaciones arbitrarias del término intentadas por escritores individuales, no tomadas de la naturaleza de la cosa, no han sido captadas por esa misma razón, también como no existentes en el uso.

En nuestra clasificación, pues, la táctica es *la doctrina del empleo de las fuerzas en la batalla*, y la estrategia es *la doctrina del empleo de la batalla con fines bélicos*.

Cómo se define más estrechamente el concepto de compromiso individual o independiente, a qué condiciones está ligada esta unidad, sólo podremos aclararlo bastante cuando consideremos el compromiso más de cerca; ahora debemos contentarnos con decir que en relación con el espacio, es decir, entre compromisos simultáneos, la unidad se extiende hasta el *mando personal*, pero en relación con el tiempo, es decir, entre compromisos que se suceden estrechamente, se extiende hasta que la crisis que tiene cada compromiso haya pasado completamente.

El hecho de que puedan darse aquí casos dudosos, a saber, aquellos en los que varias batallas pueden considerarse en el mejor de los casos como una sola, no será un reproche para nuestra razón de clasificación, pues tiene esto en común con todas las razones de clasificación de las cosas reales, cuyas diferencias están siempre mediadas por transiciones graduales. Sin embargo, puede haber actos individuales de actividad que pueden contarse igual de bien como estrategia que como táctica, sin ningún cambio en el punto de vista, por ejemplo, posiciones muy extensas que se asemejan a posicionamientos, la disposición de ciertos cruces de ríos, etc.

51

Nuestra clasificación *sólo* abarca y agota el empleo *de las fuerzas armadas*. Pero en la guerra hay muchas actividades que la sirven, pero que sin embargo son diferentes de ella, a veces más estrechamente relacionadas con ella, a veces más ajenas a ella. Todas estas actividades están relacionadas con el *mantenimiento de las fuerzas armadas*. Del mismo modo que su creación y su formación preceden a su utilización, su conservación está a su lado y es una condición necesaria. Pero en sentido estricto, todas las actividades que se refieren a esto deben considerarse siempre como preparativos para la batalla, sólo que, por supuesto, como aquellas que están muy próximas a la acción, de modo que discurren a lo largo del acto bélico y se producen alternativamente con el *empleo*. Por lo tanto, uno tiene derecho a excluirlas, al igual que las demás actividades preparatorias, del arte de la guerra en sentido estricto, de la conducción real de la guerra, y uno está obligado a hacerlo si desea cumplir la tarea principal de toda teoría, *la separación de lo disímil*. Quién querría incluir toda la letanía del avituallamiento y la administración en la conducción real *de la guerra*, puesto que está en constante interacción con el empleo de las tropas, ¡pero es algo esencialmente distinto de él!

Hemos dicho en nuestro segundo capítulo del primer libro que, al *determinar la* lucha o batalla como la única actividad directamente efectiva, se incluyen los hilos de todas las demás,

porque terminan en ella. Con esto hemos querido decir que a todas las demás se les da así el fin que ahora tratan de alcanzar según sus propias leyes peculiares. Aquí debemos entrar en más detalles sobre este tema.

Los objetos de las actividades que siguen existiendo fuera de la batalla son de naturaleza muy diferente.

Una parte sigue perteneciendo a la lucha misma en un aspecto, es idéntica a ella, mientras que en otro sirve a la preservación de las fuerzas armadas. La otra parte pertenece meramente a la preservación y tiene una influencia condicional en la lucha sólo debido a la interacción con sus resultados.

Los objetos que, en cierto sentido, siguen perteneciendo a la batalla propiamente dicha son las *marchas*, *los campamentos* y los *cuarteles*, pues comprenden otros tantos estados diferentes de las tropas, y donde se piensa en tropas, la idea de batalla debe estar siempre presente.

Las otras, que sólo pertenecen al mantenimiento, son la *alimentación*, *el cuidado de los enfermos*, *la reposición de armas y equipos*.

Las marchas son totalmente idénticas al empleo de las tropas. La *aiarsch en la batalla*, llamada habitualmente evolución, no es todavía el uso real de las armas, pero está tan íntima y necesariamente relacionada con él que forma parte integrante de lo que llamamos batalla. La marcha al margen de la batalla, sin embargo, no es más que la ejecución del *propósito estratégico*. Con ello se dice *cuándo*, *dónde* y *con qué fuerza* se ha de librar una batalla, y para llevar esto a cabo, la marcha es el único medio.

La marcha fuera de la batalla es, por tanto, un instrumento estratégico, pero no es meramente un objeto de estrategia; dado que la fuerza que la ejecuta constituye una posible batalla en cualquier momento, su ejecución también está sujeta a leyes tácticas y estratégicas. Si prescribimos a una columna la ruta por este lado del río o por el brazo de la montaña, se trata de una determinación estratégica, pues la intención es ofrecer al enemigo, en caso de que fuera necesario librar una batalla durante la marcha, la misma por este lado y no por el otro.

52

Sin embargo, si una columna, en lugar de seguir la carretera en el valle, se mueve a lo largo de la cresta que la acompaña o se divide en varias columnas pequeñas en aras de un despliegue conveniente, se trata de disposiciones tácticas, ya que se refieren a la *forma en que* queremos utilizar nuestras fuerzas en la batalla que se avecina.

El orden interior de la marcha tiene una relación constante con la disposición para la batalla, y es por tanto de naturaleza táctica, pues no es otra cosa que la primera disposición preliminar a la batalla que pueda producirse.

La marcha es el instrumento a través del cual la estrategia distribuye sus principios efectivos, las batallas, pero éstas a menudo se presentan sólo con su resultado y no con su curso fáctico, por lo que no ha faltado la posibilidad de que el instrumento haya sido sustituido a menudo por el principio efectivo en la observación. Así se habla de marchas decisivas, de marchas aprendidas, y se significa aquellas combinaciones de batallas a las que han conducido. Esta sustitución de ideas es demasiado natural y la brevedad de la expresión demasiado deseable para suprimirla, pero siempre se trata sólo de una serie de ideas empujadas unas contra otras, en las que no hay que dejar de pensar en lo que pertenece, si no se quiere ir por mal camino.

Es una aberración atribuir a las combinaciones estratégicas un poder independiente del éxito táctico. Uno combina marchas y maniobras, logra su propósito, y no se menciona el combate, de lo que se concluye que hay medios de vencer al enemigo incluso sin combate. Sólo más adelante podremos mostrar en toda su magnitud las consecuencias de este error.

Pero aunque la marcha pueda considerarse parte integrante de la batalla, hay en ella ciertas relaciones que no pertenecen a ella, es decir, que no son ni tácticas ni estratégicas. Esto incluye todas las instalaciones que sirven meramente a la comodidad de las tropas, la construcción de puentes y carreteras, etc. Son meras condiciones; pueden considerarse parte de la batalla. Son meras condiciones; en algunas circunstancias pueden acercarse mucho a la utilización de las tropas y casi identificarse con ella, como la construcción de un puente ante los ojos del enemigo; pero en sí mismas son siempre actividades ajenas cuya teoría no pertenece a la teoría de la guerra.

Los campamentos, por los que entendemos toda formación de tropas reunidas, es decir, listas para la batalla, a diferencia de los cuarteles, son un estado de reposo, es decir, de recuperación, pero también son al mismo tiempo el establecimiento estratégico de una batalla en el lugar donde se toman: por la forma en que se toman, sin embargo, ya contienen la línea básica de la batalla, una condición de la que procede toda batalla defensiva; por lo tanto, son partes esenciales de la estrategia y la táctica.

Los cuarteles ocupan el lugar de los campamentos para el mejor avituallamiento de las tropas; son, por tanto, al igual que los campamentos, estratégicos en cuanto a su ubicación y extensión, y tácticos en cuanto a su disposición interna, orientada a la preparación para el combate.

53

La finalidad de los campamentos y cuarteles suele ser, por supuesto, otra además de la recreación de las tropas, por ejemplo, la cobertura de una zona, la afirmación de una posición; pero puede muy bien ser meramente la primera. Recordemos que los fines que persigue la estrategia pueden ser muy variados, ya que todo lo que parece ser una ventaja puede ser el objetivo de una batalla, y la conservación del instrumento con el que se libra la guerra debe convertirse muy a menudo en el objetivo de su combinación individual.

Por lo tanto, si en tal caso la estrategia sirve al mero mantenimiento de las tropas, no estamos por ello en un campo ajeno, sino que estamos siempre en el uso de la fuerza armada, porque todo despliegue de ésta en cualquier punto del teatro de guerra es tal uso. Sin embargo, si el mantenimiento de las tropas en campamentos y cuarteles da lugar a actividades que no son un uso de las fuerzas armadas, como la construcción de barracas, el montaje de tiendas, el aprovisionamiento y la limpieza de campamentos y cuarteles, esto no pertenece ni a la estrategia ni a la táctica.

Incluso los atrincheramientos, cuya posición y equipamiento forman parte evidentemente de la disposición de la batalla, es decir, de los objetos tácticos, no pertenecen a la teoría de la guerra para la *ejecución de su construcción*, sino que los conocimientos y habilidades pertenecientes a ella deben ser ya inherentes a la fuerza armada adiestrada; la doctrina de la batalla los presupone.

De los objetos que pertenecen al mero mantenimiento de la fuerza armada, porque ninguna de sus partes se identifica con la batalla, la alimentación de las tropas es la más cercana a ella, porque debe estar activa casi a diario y para cada individuo. Así ocurre que impregna completamente el acto de la guerra en sus componentes estratégicos. Decimos: en sus componentes estratégicos, porque dentro de la batalla individual la alimentación de las tropas muy raramente tendrá una influencia que modifique el plan, aunque el caso siga siendo bastante concebible. La mayor parte de la interacción, entonces, ocurrirá entre la estrategia y el cuidado por el mantenimiento de las fuerzas, y nada es más común que la consideración de este mantenimiento ayude a determinar los principales lineamientos estratégicos de una campaña y de una guerra.

Por decisivas y frecuentes que sean estas consideraciones, el mantenimiento de las tropas sigue siendo siempre una actividad esencialmente distinta del empleo de las mismas, que sólo influye en él con sus resultados.

Mucho más alejados del empleo de las tropas están los demás objetos de la actividad administrativa que hemos mencionado. El cuidado de los enfermos, por importante que sea para el bienestar de un ejército, sólo afecta a una pequeña parte de sus individuos y, por lo tanto, sólo tiene una influencia muy débil e indirecta en el empleo del resto; el suplemento del equipo, en la medida en que no tiene ya una actividad continua inherente a través del organismo de las fuerzas armadas, sólo se produce periódicamente y, por lo tanto, sólo raramente aparecerá en los diseños estratégicos.

Sin embargo, debemos evitar un malentendido. En casos concretos, estos elementos pueden tener una importancia decisiva. La retirada de hospitales y suministros de municiones puede muy fácilmente considerarse la única razón de decisiones estratégicas muy importantes; no queríamos negarlo ni eclipsarlo. Pero no hablamos de la relación fáctica del caso individual, sino de lo abstracto de la teoría, y nuestro argumento es el siguiente: que tal influencia es demasiado rara para que la teoría de la enfermería y de la reposición de municiones y armas tenga alguna importancia para la teoría de la guerra, y para que, por lo tanto, merezca la pena incluir los diversos modos y sistemas que esas teorías quisieran indicar, con sus resultados, en la teoría de la guerra, como ocurre efectivamente con la alimentación de las tropas.

54

Si ahora volvemos a ser claramente conscientes del resultado de nuestras consideraciones, las actividades propias de la guerra se dividen en dos grandes apartados: las que son *sólo preparativos de la guerra y la guerra propiamente dicha*. Esta división debe hacerse también en teoría.

Los conocimientos y técnicas de los preparativos se ocuparán de la creación, adiestramiento y mantenimiento de todas las fuerzas armadas. Dejamos sin decidir qué nombre general se les dará, pero puede verse que la artillería, la fortificación, las llamadas tácticas elementales, toda la organización y administración de las fuerzas armadas y todas las cosas similares les pertenecen. La teoría de la guerra propiamente dicha, sin embargo, se ocupa del empleo de estos medios adiestrados con fines bélicos. De la primera sólo exige los resultados: a saber, el conocimiento de los medios adoptados por ella según sus características principales.

Llamamos a esto el arte de la guerra en sentido estricto, o la teoría de la guerra, o la teoría del uso de las fuerzas armadas, todo lo cual para nosotros denota lo mismo.

Esta teoría tratará, pues, la batalla como el combate propiamente dicho, las marchas, los campamentos y los acuartelamientos como condiciones más o menos idénticas a ella. El mantenimiento de las tropas, sin embargo, no será considerado como una actividad perteneciente a ella, sino en función de sus resultados como *otras circunstancias dadas*.

Este arte de la guerra en sentido estricto se divide a su vez en táctica y estrategia. La primera se ocupa de la forma de la batalla individual, la segunda de su uso. Ambos tocan las condiciones de marchas, campamentos y cuarteles sólo a través de la batalla, y estos objetos se convierten así en tácticos o estratégicos, dependiendo de si se relacionan con la forma o con el significado de la batalla.

Sin duda, habrá muchos lectores que consideren muy superflua esta cuidadosa distinción entre dos cosas tan próximas como la táctica y la estrategia, porque no tiene ninguna influencia directa en la guerra en sí. Hay que reconocer que habría que ser muy pedante para buscar los efectos inmediatos en el campo de batalla de una división teórica.

La primera tarea de cualquier teoría es aclarar los conceptos e ideas confusos y, bien puede decirse, muy entrelazados; y sólo cuando se ha llegado a un entendimiento sobre nombres y conceptos se puede esperar proceder en la consideración de las cosas con claridad y facilidad, se puede estar seguro de encontrarse siempre en el mismo punto de vista con el lector. La

CAPÍTULO 2. LIBRO SEGUNDO: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

2.1 Clasificación del Arte de la Guerra

táctica y la estrategia son dos actividades que se interpenetran en el espacio y en el tiempo, pero que sin embargo son esencialmente diferentes, y cuyas leyes internas y su relación mutua no pueden concebirse claramente sin definir con precisión su concepto.

55

Para quien todo esto no es nada, no debe permitirse ninguna consideración teórica en absoluto, o su mente aún no debe haber sido herida por las ideas confusas y confusas, no basadas en ningún punto firme, sin llegar a ningún resultado tranquilo, a veces planas, a veces fantásticas, a veces nadando en generalidades vacías, que tan a menudo tenemos que oír y leer sobre la guerra real porque un espíritu de investigación científica rara vez ha descansado sobre este tema.

2.2 CAPÍTULO SEGUNDO: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

Al principio, el arte de la guerra sólo se entendía como la preparación de las fuerzas armadas.

Antiguamente, por "arte de la guerra" o "ciencia de la guerra" se entendía únicamente el conjunto de conocimientos y técnicas relacionados con lo material. La instalación, preparación y uso de armas, la construcción de fuertes y atrincheramientos, el organismo del ejército y el mecanismo de sus movimientos eran los objetos de estos conocimientos y habilidades, y todos ellos conducían a la creación de una fuerza que podía utilizarse en la guerra. Aquí se trataba de una sustancia material, de una actividad unilateral; en el fondo no era más que una actividad que se elevaba gradualmente de artesanía a arte mecánico refinado. Todo esto no se diferenciaba mucho de la lucha en sí de lo que el arte del barrendero de espadas se diferenciaba del arte de la esgrima. No se hablaba del uso de la espada en el momento de peligro y en constante interacción, de los movimientos reales del espíritu y el valor en la dirección que se pretendía.

En el arte del asedio, la guerra es lo primero

En el arte del asedio, al principio, algo de la conducción de la batalla misma, del movimiento del espíritu al que se dan estas materias, era visible, pero sobre todo sólo en la medida en que se encarnaba rápidamente en nuevos objetos materiales, tales como aproximaciones, trances, contratiempos, baterías, etc., y significaba cada uno de sus pasos por tal producto; no era más que el hilo que se necesitaba para ensartar con él estas creaciones materiales. Como, en este tipo de guerra, el espíritu se expresa casi exclusivamente en tales cosas, el asunto quedaba así bastante satisfecho.

Entonces las tácticas hasta ese punto

Más tarde, la táctica intentó imprimir al mecanismo de sus asambleas el carácter de una disposición general construida sobre las peculiaridades del instrumento, lo que, ciertamente, ya conducía al campo de batalla, pero no a una actividad mental libre, sino con un ejército descreado por la formación y el orden de batalla en un autómata que, impulsado por la mera palabra de mando, debía llevar a cabo su actividad como un mecanismo de relojería.

La guerra real sólo se libraba ocasionalmente de incógnito.

56

Se creía que la práctica de la guerra, el uso libre de los medios preparados, es decir, adaptados a las necesidades más individuales, no era objeto de teoría, sino que debía dejarse exclusivamente en manos de las disposiciones naturales. Poco a poco, a medida que la guerra se transformaba de la lucha a puñetazos de la Edad Media a una forma más regular y compuesta, las reflexiones individuales sobre este tema también se impusieron en la mente humana, pero por lo general sólo se producían de pasada y, por así decirlo, de incógnito en memorias y relatos.

Las reflexiones sobre los acontecimientos bélicos condujeron a la necesidad de una teoría.

Cuando estas reflexiones se hicieron cada vez más frecuentes, cuando la historia adquirió un carácter cada vez más crítico, surgió la viva necesidad de un conjunto de principios y reglas,

para que en la controversia tan natural a la historia de la guerra, la lucha de opiniones pudiera ser llevada a alguna meta. Este torbellino de opiniones, que giraba en torno a ningún punto fijo y según ninguna ley tangible, debió de ser un fenómeno repugnante para el espíritu humano.

Esfuerzo por establecer una doctrina positiva

Así surgió el empeño de dar principios, reglas o incluso sistemas para la guerra. Esto se hizo con un propósito positivo, sin haber considerado debidamente las infinitas dificultades que tiene la guerra a este respecto. La guerra, como hemos demostrado, discurre casi en todas direcciones dentro de límites indefinidos; pero todo sistema, todo edificio doctrinal tiene el carácter limitador de una síntesis, y por ello existe una contradicción entre tal teoría y la práctica que nunca puede equilibrarse.

Restricción a objetos tangibles

Los teóricos, sin embargo, sintieron muy pronto la dificultad del tema y creyeron justificado eludirlo dirigiendo de nuevo sus principios y sistemas sólo hacia las cosas materiales y hacia una actividad unilateral. Como en las ciencias de la *preparación para la guerra*, sólo querían llegar a resultados ciertos y positivos y, por tanto, sólo tomaban en consideración lo que podía ser objeto de cálculo.

Superioridad numérica

La superioridad del número era un objeto material; entre todos los factores del producto de una victoria, se elegía éste porque podía ser llevado a una ley matemática combinando tiempo y espacio. Uno creía que podía abstraerse de todas las demás circunstancias pensando en ellas como iguales en ambos lados y, por tanto, neutralizadas. Esto habría estado bien si uno hubiera querido hacerlo por el momento para llegar a conocer este único factor en sus proporciones; pero hacerlo para siempre, sostener que la superioridad de los números era la única ley y ver todo el secreto del arte de la guerra en la fórmula: *lograr una superioridad en ciertos puntos en el tiempo*, era una limitación bastante insostenible contra el poder de la vida real.

57

Mantenimiento de las tropas

Otro elemento material se intentó sistematizar en un tratamiento teórico haciendo del mantenimiento de las tropas, basado en un cierto organismo presupuesto del ejército, el principal legislador de la gran guerra. De este modo, por supuesto, se llegó a ciertas cifras, pero cifras que se basaban en una serie de suposiciones bastante arbitrarias y que, por lo tanto, no podían resistir la prueba de la experiencia.

Base

Una cabeza ingeniosa trató de combinar todo un conjunto de circunstancias, entre las cuales estaban implicadas incluso algunas relaciones espirituales: *la alimentación del ejército, su suplementación y sus medios de equipo, la seguridad de su comunicación con la patria, finalmente la seguridad de su retirada, si fuera necesario*, en un solo concepto, el de *la base*, y sustituir primero este concepto por todas esas relaciones individuales, luego otra vez el tamaño (extensión) de la base por sí mismo, y finalmente el ángulo que la fuerza hace con esta base, por el tamaño de la base; y todo esto meramente para llegar a un resultado puramente geométrico, que carece totalmente de valor. Esto último, en efecto, no es de extrañar, cuando se considera que ninguna de esas sustituciones podría hacerse sin dañar la

verdad, y omitiendo una parte de las cosas que todavía estaban contenidas en la noción anterior. El concepto de base es una necesidad real de la estrategia, y es un mérito haber llegado a él; pero un uso de él como el que acabamos de designar es totalmente inadmisibile, y debe haber conducido a resultados bastante unilaterales, que incluso han impulsado a este teórico en una dirección bastante perversa, a saber, hacia el efecto superior de la forma comprensiva.

Líneas interiores

Como reacción contra esta dirección errónea, se elevó entonces al trono otro principio geométrico, a saber, el de las llamadas líneas interiores. Aunque este principio se basa en una buena razón, en la verdad de que la batalla es el único medio eficaz en la guerra, no es sin embargo, precisamente por su naturaleza puramente geométrica, más que una nueva unilateralidad, que nunca podría llegar a dominar la vida real.

Todos estos intentos son censurables

Todos estos intentos de teoría deben considerarse un progreso en el campo de la verdad sólo en su parte analítica, pero en la parte sintética, en sus reglas y regulaciones, son bastante inútiles.

58

Se esfuerzan por conseguir cantidades definidas, mientras que en la guerra todo es indefinido y el cálculo tuvo que hacerse sólo con cantidades variables.

Dirigen su consideración sólo a las cantidades materiales, mientras que todo el acto de la guerra está impregnado de fuerzas y efectos espirituales.

Sólo consideran la actividad unilateral, mientras que la guerra es una interacción constante de lo mutuo.

Excluyen al genio de la regla

Todo lo que no podía ser alcanzado por tan escasa sabiduría de una contemplación unilateral quedaba fuera del recinto científico, era el campo del genio *que se elevaba por encima de la regla*.

¡Ay del guerrero que se arrastre entre esta mendicidad de reglas, que son demasiado malas para el genio, que puede despreciar noblemente, de las que también puede, en el mejor de los casos, burlarse! Lo que hace el genio debe ser sólo la regla más bella, y la teoría no puede hacer nada mejor que mostrar cómo y por qué es así.

Ay de la teoría que se opone al espíritu; no puede suplir esta contradicción con ninguna humildad, y cuanto más humilde sea, más el ridículo y el desprecio la expulsarán de la vida real.

Dificultad de la teoría en cuanto se tienen en cuenta las cantidades mentales

Toda teoría se vuelve infinitamente más difícil desde el momento en que toca el reino de las magnitudes espirituales. La arquitectura y la pintura saben exactamente a qué atenerse mientras tengan que ver con la materia; no hay discusión sobre las construcciones mecánicas y ópticas. Pero tan pronto como comienzan los efectos espirituales de sus creaciones, tan pronto como han de producirse impresiones o sentimientos espirituales, toda la legislación se difumina en ideas indefinidas. El arte de la medicina no suele ocuparse más que de los fenómenos físicos; tiene que ver con el organismo animal, que, sujeto a eternos cambios, nunca es exactamente el mismo en dos momentos; esto dificulta mucho su tarea y coloca ya

el juicio del médico por encima de sus conocimientos; pero ¡cuánto más difícil es el caso cuando se añade un efecto espiritual, y cuánto más alto se coloca el médico del alma!

Los grandes espirituales no pueden ser excluidos en la guerra

Pero la actividad bélica nunca se dirige contra la mera materia, sino siempre al mismo tiempo contra la fuerza espiritual que anima esta materia, y separar ambas cosas es del todo imposible.

Las magnitudes espirituales, sin embargo, sólo pueden verse con el ojo interior, y éste es diferente en cada persona y a menudo diferente en los distintos momentos. Puesto que el peligro es el elemento general en el que todo se mueve en la guerra, también es especialmente el valor, el sentimiento de la propia fuerza, por el que se determina de forma diferente el juicio. Es, por así decirlo, la lente de cristal a través de la cual pasan las ideas antes de golpear la mente. Y, sin embargo, no se puede dudar de que estas cosas deben adquirir un cierto valor objetivo a través de la mera experiencia. Todo el mundo conoce los efectos morales del derrocamiento, del ataque lateral y de retaguardia, todo el mundo valora menos el valor del enemigo en cuanto le ha dado la espalda, y se atreve de forma muy distinta cuando persigue que cuando es perseguido. Cada uno juzga al adversario por la reputación de sus talentos, por sus años y su experiencia, y actúa en consecuencia. Cada uno echa una mirada escrutadora al espíritu y al estado de ánimo de sus tropas y de las del enemigo. Todos estos efectos y otros similares en el campo de la naturaleza espiritual se han demostrado en la experiencia, se han repetido una y otra vez, y por lo tanto nos dan derecho a considerarlos como cantidades reales a su manera. ¿Y qué sería de una teoría en la que no se tuvieran en cuenta?

59

Pero, por supuesto, la experiencia es una raíz necesaria de estas verdades. Ninguna teoría debería ocuparse de artimañas psicológicas y filosóficas, y ningún comandante debería incursionar en ellas.

Principales dificultades de la teoría de la guerra

Para percibir claramente la dificultad de la tarea que encierra una teoría de la guerra y poder deducir de ella el carácter que debe tener dicha teoría, debemos examinar más detenidamente las principales peculiaridades que constituyen la naturaleza de la actividad bélica.

Primera peculiaridad: fuerzas y efectos espirituales (el sentimiento hostil)

La primera de estas peculiaridades consiste en las fuerzas y efectos espirituales.

La lucha es originalmente la expresión de *sentimientos hostiles*; pero en nuestras grandes batallas, que llamamos guerra, su sentimiento hostil a menudo se convierte sólo en una *intención* hostil, y el individuo al menos no tiende a sentirse hostil hacia el individuo. Sin embargo, nunca se va sin tal actividad mental. El odio nacional, que rara vez falta incluso en nuestras guerras, representa en el individuo contra el individuo más o menos fuertemente la enemistad individual. Pero donde incluso esto falta y no había rencor al principio, el sentimiento hostil es inflamado por la lucha misma, porque una violencia que alguien perpetra sobre nosotros por orden superior nos inflamará a la represalia y a la venganza contra él, antes incluso de lo que estaremos contra el poder superior que le ordena actuar de esta manera. Esto es humano, o animal si se quiere, pero es así. - En las teorías se está muy acostumbrado a considerar la lucha como una medida abstracta de fuerzas sin ninguna participación de la mente, y éste es uno de los mil errores que las teorías cometen deliberadamente, porque no ven sus consecuencias.

Además de esta estimulación de las emociones, que hunde sus raíces en la naturaleza misma de la lucha, hay otras que no pertenecen esencialmente a ella, pero que se asocian fácilmente a ella por su afinidad, como la ambición, la imperiosidad, los entusiasmos de todo tipo, etc.

Las impresiones del peligro (El valor)

Por último, la batalla da origen al elemento del peligro, en el que todas las actividades guerreras, como el pájaro en el aire y el pez en el agua, deben mantenerse y moverse. Los efectos del peligro, sin embargo, se dirigen todos a la mente, bien directamente, es decir, instintivamente, bien a través del intelecto. El primero sería el esfuerzo por evitarlo y, en la medida en que esto no pueda suceder, el miedo y la ansiedad. Si no se produce este efecto, es el *coraje el que* mantiene el equilibrio de ese instinto. El valor, sin embargo, no es en absoluto un acto del intelecto, sino también un sentimiento como el miedo; este último está dirigido a la conservación física, el valor a la moral. El valor es un instinto más noble. Pero porque es así, no puede ser utilizado como un instrumento sin vida, que produce sus efectos en la medida precisamente prescrita. El valor, pues, no es un mero contrapeso al peligro para neutralizar sus efectos, sino una cantidad peculiar.

60

Alcance de la influencia ejercida por la amenaza

Pero para apreciar correctamente la influencia del peligro sobre los que actúan en la guerra, no hay que limitar su esfera al peligro físico del momento. Domina al agente no sólo amenazándole, sino también amenazando a todos los que están confiados a su cuidado; no sólo en el momento en que está realmente presente, sino también a través de la imaginación en todos los demás que tienen relación con ese momento; finalmente, no sólo directamente a través de sí mismo, sino también indirectamente a través de la responsabilidad que hace pesar diez veces sobre la mente del agente. ¿Quién podría aconsejar o decidir una gran batalla sin que el espíritu se sintiera más o menos tenso y afectado por el peligro y la responsabilidad que un acto de decisión tan grande lleva consigo? Puede decirse que la acción en la guerra, en la medida en que es acción real y no mera existencia, nunca abandona del todo el ámbito del peligro.

Otras fuerzas de la mente

Si consideramos estas fuerzas de la mente, excitadas por la enemistad y el peligro, como peculiares de la guerra, no excluimos de ella todas las demás fuerzas que acompañan al hombre en su viaje por la vida; a menudo encontrarán espacio suficiente aquí también. Puede decirse que muchos mezquinos juegos de las pasiones se acallan en este serio servicio de la vida, pero esto sólo es cierto de los agentes de las regiones inferiores, que, llevados de un peligro y esfuerzo a otro, pierden de vista las otras cosas de la vida, se destetan de la falsedad porque la muerte no los admite, y llegan así a esa sencillez de carácter de soldado que ha sido siempre el mejor representante del estado guerrero. - En las regiones superiores es diferente, porque cuanto más alto se está, más se debe mirar a su alrededor; entonces surgen intereses por todas partes y un juego múltiple de pasiones, buenas y malas. La envidia y la nobleza, la arrogancia y la modestia, la cólera y la emoción, todas pueden aparecer como fuerzas eficaces en el gran drama.

peculiaridad de la mente

Las peculiaridades del espíritu en el agente son igualmente influyentes con las de la mente. Pueden esperarse otras cosas de una cabeza fantástica, sobreexcitada e inmadura que de una mente fría y fuerte.

61

Pero de la diversidad de la individualidad espiritual surge la diversidad de caminos que conducen a la meta.

Esta gran variedad en la individualidad espiritual, cuya influencia debe pensarse especialmente en los lugares superiores, porque aumenta hacia la cima, es especialmente lo que produce la variedad de caminos hacia la meta ya expresada por nosotros en el primer libro, y asigna al juego de la probabilidad y de la suerte una participación tan desigual en los acontecimientos.

Segunda peculiaridad: reacción viva

La segunda peculiaridad de la acción guerrera es la reacción viva y la interacción que surge de ella. No hablamos aquí de la dificultad de calcular tal reacción, pues esto ya radica en la ya mencionada dificultad de tratar las fuerzas mentales como cantidades, sino porque la interacción se esfuerza hacia su naturaleza según una antigua regularidad. El efecto que cualquier medida produce sobre el adversario es lo más individual que hay entre todos los datis de la acción; pero toda teoría debe atenerse a clases de fenómenos, y nunca puede incluir el caso individual real en sí mismo; éste queda en todas partes a merced del juicio y del talento. Es, pues, natural que una acción como la guerra, que tan a menudo se ve perturbada en su plan basado en circunstancias generales por fenómenos individuales inesperados, deba en general dejarse más al talento y pueda servirse menos que ninguna otra de una *instrucción* teórica.

Tercera peculiaridad: la incertidumbre de todas las fechas

Por último, la gran incertidumbre de todos los datos en la guerra es una dificultad peculiar, porque toda acción se lleva a cabo, por así decirlo, en una mera penumbra, que, además, no pocas veces da a las cosas un alcance exagerado, una apariencia grotesca, como una iluminación de niebla o de luna. Lo que esta tenue iluminación deja falto de perfecta perspicacia debe ser adivinado por el talento, o dejado a la suerte. Así pues, es de nuevo el talento o incluso el favor del azar en lo que hay que confiar a falta de sabiduría objetiva.

La enseñanza positiva es imposible

En vista de esta naturaleza del tema, debemos decirnos que sería puramente imposible querer dotar al arte de la guerra de un edificio doctrinal positivo, como de un andamiaje, que pudiera ofrecer en todas partes una guía externa al agente. En todos los casos en que se le remite a su talento, el agente se encontraría fuera de este edificio doctrinal y en contradicción con él, y por muy diversamente que se concibiera el edificio, se produciría siempre el mismo resultado del que ya hemos hablado: *que el talento y el genio actúan al margen de la ley, y la teoría se convierte en una contradicción de la realidad.*

Caminos hacia la posibilidad de una teoría (Las dificultades no son las mismas en todas partes)

62

Hay dos maneras de salir de esta dificultad.

En primer lugar, lo que hemos dicho de la naturaleza de la actividad bélica en general no debe entenderse de la misma manera de la actividad de cualquier cuerpo. Hacia abajo se exige más el valor del sacrificio personal, pero para el intelecto y el juicio las dificultades son infinitamente menores. El campo de los fenómenos es mucho más cerrado, los fines y los medios son más limitados en número, los datos más definidos, la mayoría incluso contenidos en vistas reales. Pero cuanto más ascendemos, más aumentan las dificultades, hasta que alcanzan su grado más alto en el comandante supremo, de modo que con él casi todo debe dejarse al genio.

Pero incluso después de una división *material* del objeto, las dificultades no son las mismas en todas partes, sino que disminuyen cuanto más se expresan los efectos en el mundo material, y aumentan cuanto más pasan al espiritual y se convierten en motivos que determinan la voluntad. Por eso es más fácil determinar el orden interior, la disposición y la conducción de una batalla por la legislación teórica que por el empleo de la misma. Allí las armas físicas contienden entre sí, y aunque el espíritu no pueda estar ausente de ella, la materia debe sin embargo quedar a su derecho. Pero en el *efecto de las batallas*, donde los éxitos materiales se convierten en motivos, uno tiene que ver sólo con la naturaleza espiritual. En una palabra: la *táctica* tendrá muchas menos dificultades de teoría que *la estrategia*.

La teoría pretende ser una contemplación y no una enseñanza

La segunda salida para la posibilidad de una teoría es el punto de vista de que no tiene por qué ser necesariamente una enseñanza positiva, es decir, *una instrucción para la acción*. Siempre que una actividad tenga que ver con las mismas cosas una y otra vez, con los mismos fines y medios, aunque sea con ligeros cambios y aunque sea en una gran variedad de combinaciones, estas cosas deben poder convertirse en objeto de una consideración racional. Tal consideración, sin embargo, es precisamente la parte más esencial de toda *teoría* y con toda propiedad tiene derecho a este nombre. Es una investigación analítica del objeto, conduce a un *conocimiento* exacto y, cuando se aplica a la experiencia, es decir, en nuestro caso a la historia de la guerra, a la *familiaridad* con ella. Cuanto más logre este fin último, más pasará de la forma objetiva de un conocimiento a la subjetiva de una habilidad, y más se mostrará así también eficaz allí donde la naturaleza del asunto no admita otra decisión que la del talento; se volverá eficaz en sí misma.

Si la teoría examina los objetos que constituyen la guerra, si distingue más nítidamente lo que a primera vista parece confluír, si indica cabalmente las propiedades de los medios, si muestra los efectos probables de los mismos, si determina claramente la naturaleza de los fines, si lleva por doquier al campo de la guerra la luz de una observación crítica persistente, entonces ha cumplido el objeto principal de su tarea. Se convierte entonces en una guía para quienes quieren familiarizarse con la guerra a partir de los libros: ilumina su camino por todas partes, facilita sus pasos, educa su juicio e impide que se extravíen.

63

Si un experto se pasa media vida aclarando un tema oscuro por todas partes, probablemente llegará más lejos que quien quiera familiarizarse con él en poco tiempo. Para que cada cual no tenga que poner orden y abrirse camino de nuevo, sino que encuentre el asunto ordenado y aclarado, para eso está la teoría. Debe educar el espíritu del futuro líder en la guerra, o más bien guiarle en su autoeducación, pero no acompañarle al campo de batalla; igual que un sabio educador guía y facilita el desarrollo del espíritu de un joven, sin llevarle de la mano durante toda su vida.

Si los principios y las reglas se forman por sí mismos a partir de las consideraciones que hace la teoría, si la verdad se disipa a sí misma en esta forma cristalina, entonces la teoría no se resistirá a esta ley natural del espíritu; por el contrario, donde el arco termina en tal clave, aún la enfatizará. Pero sólo lo hace para satisfacer la ley filosófica del pensamiento, para

poner en claro el punto hacia el que todas las líneas se dirigen, no para formar a partir de ellas una fórmula algebraica para el campo de batalla; pues también estos principios y reglas están destinados más a determinar en la mente pensante los lineamientos principales de sus movimientos habituales que a indicarle en la ejecución el camino como varas de medir.

Con este punto de vista, la teoría se hace posible y cesa su contradicción con la práctica

Con este punto de vista, se da la posibilidad de una teoría de la guerra satisfactoria, es decir, útil, que nunca entre en contradicción con la realidad. Con este punto de vista, se da la posibilidad de una teoría de la guerra satisfactoria, es decir, útil, que nunca entre en contradicción con la realidad, y sólo dependerá de un tratamiento inteligente hacerla tan compatible con la acción que desaparezca por completo la absurda diferencia entre teoría y práctica, que una teoría irrazonable ha invocado a menudo, y por la que ha renunciado al sentido común, pero que con la misma frecuencia la estrechez de miras y la ignorancia han utilizado como pretexto para dejarse llevar por su torpeza innata.

Así pues, la teoría considera la naturaleza de los fines y los medios. Fines y medios en la táctica

Por lo tanto, la teoría tiene que considerar la naturaleza de los medios y los fines.

En táctica, los medios son las fuerzas entrenadas que deben dirigir la lucha. El fin es la victoria. Cómo definir este concepto con más detalle se explicará mejor más adelante, cuando consideremos la batalla. Nos contentamos aquí con afirmar que la retirada del enemigo del campo de batalla es el signo de la victoria. Mediante esta victoria, la estrategia alcanza la finalidad que ha dado a la batalla y que constituye su verdadero *significado*. Este significado, sin embargo, tiene cierta influencia en la naturaleza de la victoria. Una victoria cuyo objetivo es debilitar las fuerzas enemigas es algo diferente de una victoria cuyo único objetivo es tomar posesión de una posición. Así pues, el significado de un combate puede influir notablemente en su organización y desarrollo. Por lo tanto, estos significados también serán objeto de consideración para la táctica.

64

Circunstancias que siempre acompañan al uso de los remedios

Dado que hay ciertas circunstancias que siempre acompañan a la batalla y que influyen más o menos en ella, hay que tenerlas en cuenta en la aplicación de las fuerzas.

Estas circunstancias son el lugar (el terreno), la hora del día y el tiempo.

Ubicación

La localidad, que preferimos resolver en la idea de superficie y terreno, podría, en sentido estricto, carecer de influencia si la batalla se librara en una llanura completamente sin urbanizar.

En las regiones esteparias, el caso se da realmente; en las regiones de la Europa culta, es casi sólo una concepción imaginaria. Apenas es posible imaginar una batalla entre pueblos cultos sin la influencia de la región y el suelo.

Hora del día

La hora del día afecta a la batalla por la diferencia entre el día y la noche, pero las relaciones se extienden naturalmente más allá del límite de ambos, porque toda batalla tiene una cierta duración, y las grandes incluso una duración de muchas horas. Para la organización de una

gran batalla, el hecho de que comience por la mañana o por la tarde supone una diferencia considerable. Habrá, sin embargo, muchas batallas en las que la hora del día es bastante indiferente, y en la mayoría de los casos la influencia de la hora del día es sólo ligera.

Tiempo

Es aún más raro que el tiempo sea una influencia determinante y, por lo general, sólo influye la niebla.

Objetivos y medios de la estrategia

En su origen, la estrategia sólo tiene como medio la victoria, es decir, el éxito táctico, y como fin, en última instancia, los objetivos que han de conducir directamente a la paz. La aplicación de sus medios a estos fines va acompañada asimismo de circunstancias que influyen más o menos en ella.

Circunstancias que acompañan al uso de los remedios

Estas circunstancias son la región y el suelo, pero las primeras se extienden al mismo tiempo al país y a las gentes de todo el teatro de la guerra; la hora del día, pero también al mismo tiempo la estación; por último el tiempo atmosférico, y ello por manifestaciones inusuales del mismo, grandes heladas, etc.

Forman nuevos medios

65

Al asociar estas cosas con el éxito de una batalla, la estrategia da a este éxito, y por tanto a la batalla, un significado especial, *le fija un fin especial*. Pero en la medida en que este fin no es el que ha de conducir directamente a la paz, es decir, sólo uno subordinado, debe considerarse también como un medio, y así podemos considerar los medios en la estrategia como los éxitos o victorias de batalla en todos sus diversos significados. La toma de una posición es un éxito de batalla aplicado al terreno. Pero no sólo los combates individuales con fines particulares deben considerarse medios, sino también toda unidad superior, que en la combinación de combates busca formarse a través de la dirección de un fin común, debe considerarse *un medio*. Una campaña de invierno es una combinación de este tipo aplicada a la estación.

Así pues, los únicos fines que quedan son aquellos objetos que se concibe que conducen *directamente* a la paz. La teoría examina todos estos fines y medios según la naturaleza de sus efectos y sus relaciones mutuas.

La estrategia toma los medios y los fines para examinarlos sólo desde la experiencia

La primera cuestión es cómo llega a una enumeración exhaustiva de estos objetos. Si una investigación filosófica condujera a un resultado necesario, se enredaría en todas las dificultades que la necesidad lógica excluye de la guerra y de su teoría. Por lo tanto, se vuelve a la experiencia y dirige su consideración a aquellas combinaciones que la historia de la guerra ya tiene que mostrar. De este modo, por supuesto, será una teoría limitada, que sólo se ajusta a las condiciones que presenta la historia de la guerra. Pero esta limitación es ya inevitable, porque la teoría debe haber abstraído en todos los casos lo que dice sobre las cosas de la historia de la guerra o, al menos, haberlo comparado con ella. Por cierto, tal limitación es en cualquier caso más de concepto que de sustancia.

La gran ventaja de este camino será que la teoría no puede perderse en elucubraciones, argucias y fantasías, sino que debe seguir siendo práctica.

Hasta dónde debe llegar el análisis de los medios

Otra cuestión es hasta dónde debe llegar la teoría en su análisis de los medios. Evidentemente, sólo hasta donde se consideren las propiedades separadas en uso. El alcance y el efecto de las diversas armas es de la mayor importancia para la táctica; su construcción, aunque de ella se deriven esos efectos, es de la mayor indiferencia; pues a la guerra no se le dan carbones, azufre y salitre, cobre y estaño, para que haga con ellos pólvora y cañones, sino que lo que se le da es el arma acabada con su efecto. La estrategia hace uso de los mapas sin preocuparse por las medidas trigonométricas; no examina cómo debe establecerse un país, educar y gobernar a un pueblo, para que ofrezca los mejores éxitos bélicos, sino que toma estas cosas tal como se encuentran en la sociedad europea de estados y llama la atención sobre dónde condiciones muy diferentes tienen una influencia notable en la guerra.

66

Gran simplificación de conocimientos

Es fácil ver que de este modo el número de objetos para la teoría se simplifica enormemente y los conocimientos necesarios para la guerra son muy limitados. La gran masa de conocimientos y habilidades que sirven a la actividad bélica en general, y que son necesarios antes incluso de que un ejército equipado pueda moverse en el campo de batalla, se amontonan en unos pocos grandes resultados antes de que lleguen a alcanzar en la guerra el propósito final de su actividad: igual que las aguas de la tierra se unen en corrientes antes de llegar al mar. Sólo estas actividades, que se vierten directamente en el mar de la guerra, han de ser conocidas por quien quiera dirigir las.

Explica la rápida salida de los grandes comandantes, y por qué un general no es un erudito

En efecto, este resultado de nuestra consideración es tan necesario que cualquier otro nos haría sospechar de su exactitud. Sólo de esta manera podemos explicar cómo tan a menudo han aparecido con gran éxito en la guerra, incluso en altos puestos, incluso como comandantes, hombres que anteriormente tenían una dirección completamente diferente en su actividad; de hecho, cómo en general los excelentes comandantes nunca han surgido de la clase de oficiales muy conocedores o incluso eruditos, sino que en su mayoría, de acuerdo con toda su situación, no podían estar equipados para ninguna gran suma de conocimientos. Por eso, aquellos que pensaban que era necesario o incluso útil para la educación de un futuro comandante comenzar con el conocimiento de detalles antiguos siempre han sido ridiculizados con razón como ridículos pedantes. Se puede demostrar sin mucha dificultad que eso le perjudicará, porque la mente humana se *educa* por el conocimiento y la dirección de las ideas que se le comunican. Sólo lo grande puede hacerlo grande, lo pequeño sólo mezquino, si no lo rechaza por completo como algo ajeno a él.

Contradicción anterior

Como no se tenía en cuenta esta simplicidad de los conocimientos necesarios en la guerra, sino que estos conocimientos se arrojaban siempre junto con toda la tropa de conocimientos y habilidades en servicio, no era posible resolver la evidente contradicción en la que se entraba con los fenómenos del mundo real de otra manera que atribuyendo todo al genio, que no necesita teoría y para el que no se debe escribir teoría.

Se negaba, pues, la utilidad de todo conocimiento y se atribuía todo a la disposición natural

Las gentes en las que dominaba el ingenio materno sentían bien qué inmensa distancia quedaba aún por llenar entre un genio del más alto vuelo y un docto pedante, y éstas llegaron a una especie de librepensamiento, rechazando toda creencia en la teoría, y considerando la guerra como una función natural del hombre, que hacía más o menos bien, sólo después de haber sido más o menos dotado de ella en el mundo. No se puede negar que éstos estaban más cerca de la verdad que los que ponían el acento en un falso conocimiento: sin embargo, pronto se ve desde tal punto de vista que no es más que una expresión exagerada. Ninguna actividad del intelecto humano es posible sin un cierto caudal de ideas, pero éstas, al menos en su mayor parte, no le son innatas, sino adquiridas, y constituyen su conocimiento. La única cuestión, entonces, es de qué tipo deben ser estas concepciones, y creemos haberlo determinado cuando decimos que para el guerrero deben dirigirse hacia las cosas con las que tiene que ver directamente en la guerra.

67

El conocimiento debe ser acorde con el lugar

Dentro del propio campo de la actividad marcial tendrán que ser diferentes según el rango que se ocupe; dirigidas a objetos menores y más limitados cuando se está más abajo, a otros mayores y más amplios cuando se está más arriba. Hay comandantes que no habrían brillado al frente de un regimiento de jinetes, y viceversa.

El conocimiento en la guerra es muy simple, pero no al mismo tiempo muy fácil

Pero el hecho de que el conocimiento en la guerra *sea tan simple*, es decir, que se dirija a tan pocos objetos, y que siempre los capte sólo en sus resultados finales, no hace al mismo tiempo que la habilidad sea muy fácil. Ya hemos hablado en el primer libro de las dificultades a que generalmente está sujeta la acción en la guerra; pasamos aquí por alto las que sólo pueden ser superadas por el valor, y afirmamos que incluso la actividad real del intelecto es simple y fácil sólo en los lugares inferiores, pero aumenta en dificultad con los lugares, y en el lugar más alto, el del comandante, pertenece a los más difíciles que hay para la mente humana.

Cómo deben ser los conocimientos

El comandante no necesita ser un erudito del Estado, ni de la historia, ni un publicista, pero debe estar familiarizado con la vida superior del Estado, conocer y ver correctamente las direcciones acostumbradas, los intereses agitados, las cuestiones en cuestión, las personas que actúan; no necesita ser un fino observador de la naturaleza humana, un diseccionador de pelos y señales del carácter humano, pero debe conocer el carácter, la forma de pensar y las costumbres, los defectos y méritos peculiares de aquellos a quienes va a mandar. No necesita saber nada sobre la disposición de un carruaje o el tensado de un cañón, pero debe saber calcular correctamente la duración de la marcha de una columna en las diversas circunstancias.

Todo este conocimiento no puede forzarse mediante el aparato de fórmulas y maquinarias científicas, sino que sólo se adquiere cuando en la contemplación de las cosas y en la vida actúa un juicio certero, un talento ejecutado según esta visión.

Los conocimientos necesarios para una actividad marcial de alto rango se distinguen así por el hecho de que sólo pueden adquirirse en la contemplación, es decir, en el estudio y la

reflexión, mediante un talento peculiar, que, como la abeja la miel de la flor, como instinto espiritual sólo sabe extraer el espíritu de las experiencias de la vida; y que han de adquirirse no sólo mediante la contemplación y el estudio, sino también mediante la vida. La vida, con su rica instrucción, nunca producirá un *Newton* o un *Euler*, pero sí el cálculo superior de un *Condé* o un *Friedrich*.

68

No es, pues, necesario, para salvar la dignidad espiritual de la actividad guerrera, recurrir a la falsedad y a la pedantería simplona. Nunca ha existido un excelente comandante de mente limitada, y muy numerosos son los casos en que hombres que habían servido en puestos menores con la más alta distinción quedaron en los más altos por debajo de los mediocres, porque las facultades de su mente no eran suficientes. Es evidente que incluso entre los comandantes se puede hacer una distinción según el grado de su poder.

El conocimiento debe convertirse en una habilidad

Tenemos que considerar ahora otra condición que es más urgente para el conocimiento de la guerra que para cualquier otro: a saber, que debe pasar enteramente al espíritu y dejar casi enteramente de ser algo objetivo. En casi todas las demás artes y actividades de la vida, el hacedor puede servirse de verdades que sólo ha conocido una vez, en cuyo espíritu y sentido ya no vive, y que vuelve a sacar de libros polvorientos. Incluso las verdades que tiene bajo sus manos y utiliza todos los días pueden seguir siendo algo totalmente ajeno a él. Cuando el constructor toma la pluma para determinar la resistencia de un pilar mediante un intrincado cálculo, la verdad que encuentra como resultado no es una expresión de su propia mente. Ha tenido que buscar los datos con dificultad y luego dejarlos a una operación del intelecto cuyas leyes no ha inventado, y de cuya necesidad en parte ni siquiera es consciente en el momento, pero que en su mayor parte aplica como movimientos mecánicos de la mano. Pero en la guerra nunca es así. La reacción mental, la forma eternamente cambiante de las cosas, hace que el agente lleve todo el aparato mental de su conocimiento dentro de sí mismo, que debe ser capaz de dar la decisión necesaria de sí mismo en todas partes y con cada latido del pulso. El conocimiento debe, pues, transformarse en verdadera capacidad mediante esta perfecta asimilación con el propio espíritu y la propia vida. Esta es la razón por la que ocurre tan fácilmente con los hombres distinguidos en la guerra, y todo se atribuye al talento natural; decimos: *talento natural*, para distinguirlo así del que ha sido educado y entrenado por la contemplación y el estudio.

Con esta consideración creemos haber aclarado la tarea de una teoría de la guerra e indicado la naturaleza de su solución.

De los dos campos en que hemos dividido la guerra, la táctica y la estrategia, la teoría de esta última, como ya hemos señalado, tiene sin duda las mayores dificultades, porque la primera tiene casi un campo cerrado de objetos, mientras que la segunda se abre a un campo indefinido de posibilidades por el lado de los fines que conducen directamente a la paz. Pero como es principalmente el *comandante quien* tiene que prever estos fines, la parte de la estrategia en la que se mueve también está sujeta preferentemente a esta dificultad. En la estrategia, por tanto, y especialmente allí donde abarca las más altas determinaciones, la teoría se quedará mucho más que en la táctica con la mera contemplación e investigación de las cosas, y se contentará con ayudar al agente a esa visión de las cosas que, fundida en todo su pensamiento, hace más fácil y seguro su curso, sin obligarle nunca a separarse de sí mismo para ser obediente a una verdad objetiva.

2.3 CAPÍTULO TERCERO: EL ARTE O LA CIENCIA DE LA GUERRA

El uso del lenguaje sigue dividido (habilidad y conocimiento. La ciencia, donde el mero conocimiento; el arte, donde la habilidad es el propósito).

Parece que uno sigue indeciso con la elección y no sabe muy bien sobre qué bases decidir, por simple que sea el asunto. Ya hemos dicho en otra parte que *el conocimiento* es algo distinto de *la capacidad*. Ambos son tan diferentes entre sí que no deben confundirse fácilmente. La *habilidad* no puede estar realmente en ningún libro, por lo que el arte nunca debería ser el título de un libro. Pero ya que uno se ha acostumbrado a agrupar los conocimientos necesarios para la práctica de un arte (que individualmente pueden ser ciencias completas) bajo el nombre de teoría del arte, o arte en general, es coherente llevar a cabo esta razón de división y llamar a todo arte donde una habilidad productora es el propósito, p. ej. arquitectura; ciencia donde el mero conocimiento es el propósito, matemáticas, astronomía. Que en cada teoría del arte pueden darse ciencias individuales y perfectas es, por tanto, evidente y no debe llevarnos a engaño. Pero sigue siendo notable que no hay conocimiento totalmente sin arte; en matemáticas, por ejemplo, el cálculo y el uso del álgebra son un arte, pero aún queda mucho camino por recorrer. La razón es la siguiente: por muy grosera y palpable que sea la diferencia entre conocimiento y habilidad en los productos compuestos del saber humano, es difícil rastrear ambos en el hombre mismo hasta una división completa.

Dificultad para distinguir el reconocimiento del juicio (arte de la guerra)

Todo pensamiento es arte. Donde el lógico traza la línea, donde terminan las proposiciones, que son resultado de la *cognición*, donde comienza el juicio: ahí comienza el arte. Pero no basta: incluso la cognición del espíritu es ya juicio y, en consecuencia, arte, y al final también la cognición a través de los sentidos. En una palabra: si un ser humano no puede ser pensado con mera facultad cognoscitiva sin juicio más que viceversa, entonces el arte y el conocimiento nunca pueden estar puramente divorciados el uno del otro. Cuanto más se encarnan estos finos elementos de la luz en las *formas externas del mundo*, más *separado* se vuelve su reino; y ahora una vez más: donde la creación y el engendrar son el fin, allí está el dominio del arte; la ciencia reina donde la investigación y el conocimiento son la meta. - Después de todo esto, es evidente que es más apropiado decir el arte de la guerra que la ciencia de la guerra.

70

Hasta aquí, porque no se puede prescindir de estos conceptos. Ahora, sin embargo, nos encontramos con la afirmación de que la guerra no es ni un arte ni una ciencia en el verdadero sentido de la palabra, y que este mismo punto de partida de las ideas de las que hemos partido nos ha llevado en la dirección equivocada, ha causado una equiparación involuntaria de la guerra con otras artes o ciencias, y un gran número de analogías incorrectas.

Esto ya se había percibido antes y por eso se afirmaba que la guerra era un oficio; pero con ello se perdía más que se ganaba, ya que un oficio es sólo un arte *inferior* y como tal también está sujeto a leyes más específicas y estrechas. De hecho, el arte de la guerra se movió en el espíritu de una artesanía durante un tiempo, concretamente en la época de *los Kondottieri*. Pero no se movió en esta dirección por razones *internas sino externas*, y la historia de la guerra muestra lo poco natural y satisfactorio que fue en este período.

La guerra es un acto humano

CAPÍTULO 2. LIBRO SEGUNDO: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

2.3 Arte de la guerra o ciencia de la guerra

Por eso decimos que la guerra no pertenece al campo de las artes y las ciencias, sino al de la vida social. Es un conflicto de grandes intereses que se resuelve con sangre, y sólo en esto se diferencia de los demás. Podría compararse mejor con el comercio que con cualquier arte, que también es un conflicto de intereses y actividades humanas, y *mucho* más cercana a él es la política, que a su vez puede considerarse una especie de comercio a mayor escala. Además, es la matriz en la que se desarrolla la guerra: en ella yacen ya ocultos sus lineamientos, como las características de las criaturas vivas en sus gérmenes.

Diferencia

La diferencia esencial reside en el hecho de que la guerra no es una actividad de la voluntad que se expresa contra un material muerto, como en las artes mecánicas, o contra un objeto vivo, aunque sufriente, que se rinde, como en el caso del espíritu humano y del sentimiento humano en las artes ideales, sino contra un objeto vivo, *que reacciona*. Es obvio lo poco que el esquematismo del pensamiento de las artes y las ciencias se ajusta a tal actividad, y uno comprende al mismo tiempo cómo la búsqueda y el esfuerzo constantes de leyes similares a las que pueden desarrollarse a partir del mundo muerto del cuerpo deben haber conducido a constantes errores. Y, sin embargo, es precisamente en las artes mecánicas en las que se ha modelado el arte de la guerra. En el caso de las artes ideales, la imitación estaba automáticamente prohibida, porque ellas mismas estaban todavía demasiado desprovistas de leyes y reglas, y los intentos que se habían hecho hasta entonces, reconocidos una y otra vez como inadecuados y unilaterales, eran incesantemente socavados y arrasados por la corriente de opiniones, sentimientos y costumbres.

Si tal conflicto de los vivos, tal como se forma y se resuelve en la guerra, permanece sujeto a leyes generales, y si éstas pueden proporcionar una guía útil para la acción, es algo que en parte se investigará en este libro; pero esto está claro por sí mismo, que esto, como todo objeto que no excede nuestra comprensión, puede ser dilucidado por una mente investigadora y aclarado más o menos en su conexión interna, y esto por sí solo es suficiente para realizar el concepto de teoría.

2.4 CAPÍTULO CUARTO: METODISMO

Para explicarnos claramente sobre el concepto de método y de metodismo, que desempeñan un papel tan importante en la guerra, debemos permitirnos echar un somero vistazo a la jerarquía lógica por la que, como por autoridades constituidas, se rige el mundo de la acción.

La ley, el concepto más general, igualmente correcto para la cognición y la acción, tiene evidentemente algo de subjetivo y arbitrario en su significado y, sin embargo, expresa precisamente aquello de lo que dependemos nosotros y las cosas fuera de nosotros. La ley como objeto de cognición es la relación de las cosas y sus efectos entre sí; como objeto de la voluntad es una determinación de la acción y entonces sinónimo de *mandamiento* y *prohibición*.

El principio es también tal ley para la acción, pero no en su *sentido formal definitivo*; es sólo el espíritu y el sentido de la ley, para dejar al juicio más libertad en su aplicación allí donde la diversidad del mundo real no puede subsumirse en la forma definitiva de una ley. Dado que el juicio debe motivar en sí mismo los casos en los que el principio no debe aplicarse, se convierte así en una *guía* o estrella orientadora real para el agente.

El principio es *objetivo cuando* es el resultado de una verdad objetiva y, en consecuencia, igualmente válido para todos los hombres; es *subjetivo* y entonces suele llamarse máxima cuando en él se encuentran relaciones subjetivas y, por tanto, sólo tiene un cierto valor para quien lo hace para sí mismo.

Regla se toma a menudo en el sentido de ley, y es entonces sinónimo de principio, pues se dice: no hay regla sin excepción; pero no se dice: no hay ley sin excepción; señal de que se reserva a la regla una aplicación más libre.

En otro sentido, la regla se utiliza como medio de reconocer una verdad más profunda por medio de una característica única, más próxima, con el fin de vincular a esta característica única la ley de acción que va a la verdad completa. Todas las reglas del juego, todos los procedimientos abreviados en matemáticas, etc., son de este tipo.

Los reglamentos y las *instrucciones* son una determinación de acción de este tipo, por la que se ven afectadas multitud de pequeñas circunstancias, que serían demasiado numerosas e insignificantes para las leyes generales.

Por último, *método es un* procedimiento recurrente elegido entre varios posibles, y *metodismo* cuando la acción está determinada por métodos en lugar de por principios generales o reglas individuales. En este caso, los casos sometidos a tal método deben presuponerse necesariamente iguales en lo esencial; como no todos pueden serlo, es importante que haya al menos el mayor *número posible*; en otras palabras, que el método se calcule para los casos más probables. El metodismo, pues, no se funda en ciertas premisas individuales, sino en la *probabilidad media* de los casos que se trasladan unos a otros, y equivale a establecer una verdad media, cuya aplicación uniforme y constante adquiere pronto algo de la naturaleza de una habilidad mecánica, que al final hace lo correcto casi sin conciencia.

Se puede prescindir del concepto de ley en relación con la cognición para la guerra, porque los fenómenos compuestos de la guerra no son tan regulares, ni los regulares tan compuestos, como para llegar mucho más lejos con este concepto que con la simple verdad. Pero allí donde bastan la concepción y el discurso simples, el compuesto y *potenciado* se vuelve preciosista y

pedante. Pero la teoría de la guerra no puede utilizar el concepto de ley en relación con la acción, porque en ella, con el cambio y la variedad de los fenómenos, no hay ninguna determinación que sea lo bastante general para merecer el nombre de ley.

Principios, normas, reglamentos y métodos, sin embargo, son conceptos indispensables para la teoría de la guerra en la medida en que conduce a doctrinas positivas, porque en éstas la verdad sólo puede iniciarse en tales formas de cristalización.

Dado que la táctica es la parte de la guerra en la que la teoría puede llegar con más frecuencia a una doctrina positiva, esos conceptos también aparecerán con más frecuencia en ella.

No utilizar la caballería sin necesidad contra la infantería que aún está en orden; emplear las armas de fuego sólo en cuanto empiecen a tener cierta eficacia; reservar la mayor parte posible de las fuerzas para el final de la batalla: son principios tácticos. Todas estas reglas no pueden aplicarse absolutamente a todos los casos, pero deben estar presentes en la mente del actor para no perder el beneficio de la verdad contenida en ellas, allí donde pueda aplicarse.

Cuando uno deduce de los estruendos inusuales de un cuerpo enemigo que está marchando, cuando la retirada deliberada de tropas en batalla apunta a un ataque fingido: esta forma de discernir la verdad se llama regla, porque inane deduce de una circunstancia única y visible la intención a la que pertenece.

Si es una regla atacar al enemigo con renovada energía tan pronto como comience a retirar sus baterías en el compromiso: entonces una determinación de acción está unida a este único suceso, que está dirigido a toda la condición del enemigo, así adivinada, a saber: que quiere abandonar el compromiso, comienza su retirada, y durante esta retirada no es capaz ni de una resistencia completa ni, como en la retirada misma, de una evasión suficiente.

Los reglamentos y métodos llevan a la guerra las teorías que preparan para la guerra, en la medida en que se inculcan en las fuerzas armadas entrenadas como principios activos. Todos los reglamentos de formación, ejercicio y servicio de campaña son reglamentos y métodos; en los reglamentos de ejercicio prevalecen los primeros, en los reglamentos de servicio de campaña los segundos. La conducción real de la guerra está ligada a estas cosas, por lo tanto las adopta como modos de proceder dados, y como tales deben aparecer en la teoría de la guerra.

73

Pero para las actividades que permanecen libres en el uso de estas facultades, no pueden darse reglas, es decir, determinadas instrucciones, precisamente porque excluyen el uso libre. Los métodos, en cambio, como modo general de ejecución de las tareas que se producen, que, como hemos dicho, se calcula sobre la probabilidad media, como regla de principios y reglas llevados a la aplicación, pueden, sin embargo, darse en la teoría de la guerra, sólo en la medida en que no se den por algo distinto de lo que son, no por construcciones absolutas y necesarias de la acción (sistemas), sino por la mejor de las formas generales, que puede ponerse en el lugar de la decisión individual como vías más cortas y hacerse valer.

Pero el empleo frecuente de métodos parecerá también muy esencial e inevitable en la guerra, cuando se considere cuánta acción se hace sobre meras suposiciones o en completa incertidumbre, porque el enemigo nos impide conocer todas las circunstancias que influyen en nuestras disposiciones, o porque no hay tiempo para hacerlo, de modo que, aunque se conocieran realmente esas circunstancias, ya sería imposible medir todas las disposiciones en función de ellas, a causa de la inmensidad y de composiciones demasiado grandes, de modo que nuestras disposiciones deben adaptarse siempre a un cierto número de posibilidades. Cuando se considera cuán innumerables son las pequeñas circunstancias que pertenecen a un caso individual, y que por lo tanto deben ser tenidas en cuenta, y que por lo tanto no hay otro medio que pensar que las unas se transmiten por las otras, y construir nuestros arreglos sólo

sobre lo general y probable: por fin, cuando se considera que con el número de jefes que aumenta hacia abajo en progresión acelerada, cuanto menor es el descenso de la acción, menos puede dejarse a la verdadera perspicacia y al juicio entrenado de cada uno, y que cuando no pueden presuponerse otras perspicacias que las que dan los reglamentos de servicio y la experiencia, hay que enfrentarse a ellas con un metodismo rayano en él. Esto se convierte en una guía para su juicio y, al mismo tiempo, en un obstáculo para las opiniones disolutas y totalmente equivocadas, que deben temerse especialmente en un ámbito en el que la experiencia es tan valiosa.

Además de esta indispensabilidad del metodismo, debemos reconocerle una ventaja positiva. Mediante la práctica de sus formas recurrentes, se consigue *habilidad, precisión y seguridad en la* dirección de las tropas, lo que reduce la fricción natural y hace que la máquina marche con más facilidad.

Por lo tanto, el método se utilizará de diversas formas y se hará tanto más indispensable cuanto más descienda la actividad, pero disminuirá hacia la cima hasta perderse por completo en los lugares más elevados. Por eso se encontrará más a gusto en la táctica que en la estrategia.

La guerra en sus términos más elevados no consiste en *una infinidad de pequeños acontecimientos que se* transmiten en sus diferencias y que, por tanto, se controlarían mejor o peor con un método mejor o peor, sino en *grandes acontecimientos individuales, decisivos*, que quieren ser tratados individualmente. No es un campo lleno de tallos, que uno siega mejor o peor con una guadaña mejor o peor, sin tener en cuenta la forma de los tallos individuales; más bien, son grandes árboles, sobre los que hay que aplicar el hacha con deliberación, según la naturaleza y la dirección de cada tronco individual.

74

La medida en que el metodismo es permisible en la guerra no está, por supuesto, realmente determinada por las posiciones sino por las cosas, y es sólo porque las posiciones más altas tienen los objetos más amplios de actividad que se ven menos afectadas por él. Un orden de batalla permanente, una disposición permanente de vanguardias y puestos avanzados son métodos con los que el comandante ata de manos no sólo a sus subordinados, sino también a sí mismo para determinados casos. Es cierto que pueden ser invenciones suyas y que puede disponerlos según las circunstancias, pero también pueden, en la medida en que se funden en las características generales de las tropas y de las armas, ser objeto de teoría. Por otra parte, cualquier método por el cual los planes de guerra y de campaña fueran determinados y entregados como por una máquina sería absolutamente reprensible.

Mientras no haya una teoría tolerable, es decir, mientras no exista una teoría inteligible, es decir, una consideración inteligible de la guerra, el metodismo debe extenderse también excesivamente en las actividades superiores, pues los hombres que llenan estas esferas de actividad no han podido, en parte, educarse mediante estudios y condiciones de vida superiores; No saben abrirse camino en la retórica impracticable y contradictoria de las teorías y de las críticas; su sentido común les repugna y, por consiguiente, no traen consigo otra perspicacia que la de la experiencia; de ahí que, en los casos susceptibles y necesitados de un tratamiento libre e individual, apliquen también con gusto los medios que les da la experiencia, es decir, una imitación de la teoría del caso en cuestión. Es decir, una imitación del procedimiento propio del comandante supremo, con lo que surge entonces por sí mismo un metodismo. Cuando vemos a los generales de Federico el Grande aparecer siempre con el llamado orden oblicuo de batalla, cuando vemos a los generales revolucionarios franceses emplear siempre el método de rodear en largas líneas extendidas de batalla, y cuando vemos a los generales subordinados bonapartistas cargando con la sangrienta energía de masas concéntricas, evidentemente reconocemos un método adoptado en la recurrencia del procedimiento, y vemos así que el metodismo puede llegar hasta las regiones que lindan con

lo más elevado. Si una teoría mejorada facilita el estudio de la guerra, educa las mentes y los juicios de los hombres que se elevan a los lugares más altos, el metodismo tampoco llegará tan arriba, y lo que debe considerarse como indispensable será entonces al menos extraído de la teoría misma y no surgirá de la mera imitación. Por muy excelentemente que haga las cosas un gran general, siempre hay algo subjetivo en su manera de hacerlas, y si tiene una manera determinada, buena parte de su individualidad está contenida en ella, que luego no siempre concuerda con la individualidad de quien imita esa manera.

Sin embargo, no será posible ni acertado desterrar por completo de la guerra el metodismo subjetivo o la manera; más bien debe considerarse como una expresión de esa influencia que la individualidad global de una guerra ejerce sobre sus manifestaciones individuales, y que, si la teoría no pudo preverla e incluirla en sus consideraciones, sólo puede satisfacerse de este modo. ¿Qué hay más natural que el hecho de que la guerra revolucionaria tuviera su manera peculiar de hacer las cosas, y qué teoría hubiera podido captar esta peculiaridad? El único mal es que tal manera, surgida del caso individual, se sobrevive fácilmente a sí misma, porque permanece mientras las circunstancias cambian sin ser advertida; esto es lo que la teoría debería impedir mediante una crítica ligera y comprensiva. Cuando en 1806 los generales prusianos Príncipe Luis en Saatzfeld, Tauentzien en el Dornberg cerca de Jena, Grawert antes y Rüchel detrás de Kapellendorf, todos se lanzaron a las fauces abiertas de la ruina con el torcido orden de batalla de Federico el Grande, no fue simplemente una manera que había sobrevivido a su utilidad, sino la más resuelta pobreza de espíritu a la que jamás haya conducido el Metodismo, con la que consiguieron hacer naufragar al ejército de Hohenlohe como jamás se ha hecho naufragar a ningún ejército en el propio campo de batalla.

2.5 CAPÍTULO 5: CRÍTICA

La influencia de las verdades teóricas sobre la vida práctica es siempre mayor a través de la crítica que a través de la enseñanza; pues como la crítica es una aplicación de las verdades teóricas a los hechos reales, no sólo las acerca más a la vida, sino que acostumbra más a la mente a estas verdades a través de la constante recurrencia de sus aplicaciones. Consideramos, pues, necesario establecer, además del punto de vista para la teoría, el de la crítica.

De la simple narración de un acontecimiento histórico, que se limita a yuxtaponer cosas y a lo sumo toca sus conexiones causales más próximas, distinguimos la *crítica*.

Tres actividades diferentes de la mente pueden ocurrir en este crítico.

En primer lugar, la investigación histórica y la comprobación de hechos dudosos. Esta es la verdadera investigación histórica y no tiene nada en común con la teoría.

En segundo lugar, la deducción del efecto a partir de las causas. Esta es la *verdadera investigación crítica*; es indispensable para la teoría, ya que todo lo que en la teoría debe establecerse o apoyarse o incluso explicarse por la experiencia sólo puede hacerse de este modo.

En tercer lugar, el examen de los medios utilizados. Es la crítica propiamente dicha, en la que se encierran elogios y reproches. Aquí es la teoría la que sirve a la historia o, más bien, la instrucción que debe extraerse de ella.

En estas dos últimas partes, en realidad críticas, de la observación histórica, todo depende de que se persigan las cosas hasta sus últimos elementos, es decir, hasta las verdades indudables, y no, como sucede tan a menudo, deteniéndose a mitad de camino, es decir, en alguna postura o presuposición arbitraria.

En cuanto a la deducción del efecto a partir de las causas, a menudo presenta una dificultad externa e insuperable, a saber, que las verdaderas causas no se conocen en absoluto. En ninguna circunstancia de la vida ocurre esto con tanta frecuencia como en la guerra, donde rara vez se conocen plenamente los acontecimientos, y menos aún los motivos, que o bien son ocultados deliberadamente por los actores o, si fueron muy temporales y accidentales, también pueden perderse para la historia. Por lo tanto, la narrativa crítica debe ir normalmente de la mano de la investigación histórica, y sin embargo a menudo sigue existiendo tal desproporción entre causa y efecto que no está justificado considerar los efectos como consecuencias necesarias de las causas conocidas. Aquí, por tanto, tienen que surgir necesariamente lagunas, es decir, éxitos históricos que no pueden utilizarse para la enseñanza. Lo único que la teoría puede exigir es que la investigación se dirija resueltamente hasta esta laguna y que todas las conclusiones cesen en ella. Un verdadero mal sólo surge cuando se supone que lo conocido no sirve para explicar los efectos, es decir, cuando se le da una falsa importancia.

Aparte de esta dificultad, la investigación crítica tiene otra interna muy grande: que los efectos en la guerra rara vez surgen de una sola causa, sino de varias causas conjuntas, y que, por tanto, no basta con remontar la serie de acontecimientos hasta su comienzo con una voluntad imparcial y honesta, sino que entonces sigue siendo importante asignar a cada una de las causas existentes su parte. Esto, entonces, conduce a una investigación más cercana de su naturaleza, y así una investigación crítica puede conducir al campo real de la teoría.

La consideración crítica, es decir, el examen de los medios, conduce a la cuestión de cuáles son los efectos peculiares de los medios utilizados y si estos efectos eran la intención del agente.

Los efectos peculiares de los medios conducen a la investigación de su naturaleza, es decir, de vuelta al campo de la teoría.

Hemos visto que en la crítica todo depende de llegar a verdades incuestionables, es decir, de no detenerse en proposiciones arbitrarias que no valen para otros, a las que luego se oponen otras afirmaciones, tal vez igualmente arbitrarias, de modo que no se acaba el razonamiento de ida y vuelta, el todo queda sin resultado, es decir, sin instrucción.

Hemos visto que tanto la investigación de las causas como el examen de los medios conducen al campo de la teoría, es decir, al campo de la verdad general, que no surge meramente del caso individual que nos ocupa. Si ahora existe una teoría utilizable, el examen podrá referirse a lo que en ella se establece y fijar allí su investigación. Pero si no existe tal verdad teórica, la investigación deberá proseguirse hasta los últimos elementos. Si esta necesidad se presenta con frecuencia, debe conducir naturalmente al escritor, como suele decirse, de la centésima a la milésima; entonces tendrá las manos llenas, y le será casi imposible permanecer en todas partes con el ocio necesario. La consecuencia es que, para poner límites a su contemplación, se detiene en afirmaciones arbitrarias que, aunque no lo sean realmente para él, lo siguen siendo para los demás porque no son evidentes ni están demostradas.

Una teoría útil, pues, es una base esencial de la crítica, y es imposible que ésta alcance, en general, el punto en que se vuelve principalmente instructiva, a saber, que es una demostración convincente y sans replique, sin la ayuda de una teoría razonable.

Pero sería una esperanza soñadora creer en la posibilidad de una teoría que diera cuenta de toda verdad abstracta y sólo dejara a la crítica la tarea de situar el caso bajo la ley apropiada; sería una pedantería ridícula prescribir a la crítica que se volviera cada vez hacia atrás en los límites de la teoría sagrada. El mismo espíritu de investigación analítica que crea la teoría debe guiar también el quehacer de la crítica, y por ello puede y tiene que ocurrir que ésta se adentre a menudo en el terreno de la teoría y, sin embargo, dilucide aquellos puntos que le preocupan especialmente. Por el contrario, el objetivo de la crítica puede perderse por completo si se convierte en una aplicación sin sentido de la teoría. Todos los resultados positivos de la investigación teórica, todos los principios, reglas y métodos carecen de generalidad y de verdad absoluta cuanto más se convierten en doctrina positiva. Están ahí para ser ofrecidos en uso, y siempre debe dejarse al juicio si son adecuados o no. La crítica nunca debe utilizar tales resultados de la teoría como leyes y normas como vara de medir, sino sólo como lo que deberían ser también para el agente, como *guía para el juicio*. Si en táctica es una conclusión inevitable que en el orden general de batalla la caballería no debe estar al lado sino detrás de la infantería, sería una tontería condenar por ello cualquier orden que se desvíe de ello; la crítica debe examinar las razones de la desviación, y sólo si éstas son insuficientes tiene derecho a invocar la conclusión teórica. Si, además, se establece en teoría que un ataque dividido disminuye la probabilidad de éxito, sería igualmente irrazonable, siempre que coincidieran un ataque dividido y un mal éxito, considerar este último como consecuencia del primero, sin investigar más a fondo si realmente fue así, o, cuando el ataque dividido tuvo un buen éxito, inferir de ello, tal vez al revés, la incorrección de esa afirmación teórica. El espíritu investigador de la crítica no debería permitir ni lo uno ni lo otro. Por lo tanto, la crítica se basa principalmente en los resultados de la investigación analítica de la teoría; lo que ya está establecido aquí no tiene que establecerlo de nuevo ella misma, y se establece allí para que pueda encontrarlo establecido.

Esta tarea de la crítica, examinar qué efecto ha resultado de la causa y si un medio aplicado ha correspondido a su fin, será fácil cuando causa y efecto, fin y medios estén próximos.

Si un ejército es emboscado y, por tanto, no hace un uso adecuado y juicioso de sus facultades, el efecto de la emboscada no es dudoso. - Si la teoría ha establecido que un ataque total en la batalla conduce a un éxito mayor pero menos seguro, la cuestión es si quien utiliza el ataque total se ha fijado preferentemente como objetivo la grandeza del éxito; en este caso el medio está correctamente elegido. Si, por el contrario, quería que su éxito fuera *más seguro*, y si esto no se basaba en las circunstancias individuales sino en la naturaleza general del ataque total, como probablemente ha sucedido cientos de veces, entonces ha juzgado mal la naturaleza de ese medio y ha cometido un error.

Aquí el asunto de la investigación crítica y el examen no es difícil, y será fácil cada vez que uno se limite a los efectos y propósitos más cercanos. Esto puede hacerse arbitrariamente, tan pronto como uno quiera abstraerse de la conexión con el todo y considerar las cosas sólo en esta relación.

Pero en la guerra, como en el mundo en general, todo lo que pertenece a un todo está interrelacionado y, en consecuencia, toda causa, por pequeña que sea, debe extenderse en sus efectos hasta el fin del acto bélico y modificar el resultado final, por pequeño que sea. Del mismo modo, todo medio debe llegar hasta su fin último.

78

Así, se pueden seguir los efectos de una causa mientras los fenómenos sigan siendo dignos de observación, y del mismo modo se puede examinar un medio no sólo para el fin siguiente, sino también este fin mismo como medio para el superior, y así escalar por la cadena de los fines subordinados hasta llegar a uno que no necesita examen porque su necesidad no es dudosa. En muchos casos, sobre todo cuando se habla de grandes medidas decisivas, la consideración tendrá que llegar hasta el *último fin*, hasta el que es directamente preparar la paz.

Es evidente que en este ascenso se obtiene un nuevo punto de vista para el juicio con cada nueva estación que se toma, de modo que el mismo medio que parece ventajoso en el siguiente punto de vista debe ser rechazado desde uno superior.

La búsqueda de las causas de los fenómenos y el examen de los medios en función de los fines van siempre de la mano en la consideración crítica de un acto, pues la búsqueda de la causa sólo saca a la luz aquello que merece ser objeto de examen.

Este trazado del hilo, hacia arriba y hacia abajo, está ligado a dificultades considerables, pues cuanto más lejos de un acontecimiento se encuentra la causa que se busca, más otras causas hay que tener en cuenta al mismo tiempo y tener en cuenta y eliminar por la parte que hayan podido tener en los acontecimientos, porque cada fenómeno, cuanto más alto se encuentra, está causado por muchas más fuerzas y circunstancias individuales. Si hemos promediado las causas de una batalla perdida, ciertamente también hemos promediado una parte de las causas de las consecuencias que esta batalla perdida tuvo para el conjunto, pero sólo una parte, pues más o menos efectos de otras causas fluirán en el resultado final según las circunstancias.

Esta diversidad de objetos surge en el examen de los medios, cuanto más elevado es el punto de vista; pues cuanto más elevados son los fines, mayor es el número de medios que se emplean para alcanzarlos. El fin último de la guerra es perseguido por todos los ejércitos al mismo tiempo, por lo que es necesario tener en cuenta todo lo que ha sucedido o podría suceder a este respecto.

Se puede ver que esto puede conducir a veces a un amplio campo de contemplación en el que es fácil confundirse, y en el que prevalece la dificultad, porque hay que hacer muchas

presuposiciones sobre aquellas cosas que no sucedieron realmente, pero que eran probables y, por tanto, no deben quedar absolutamente fuera de la contemplación.

Cuando Bonaparte avanzó con el ejército italiano contra el Archiduque Carlos del Tagliamento en marzo de 1797, fue con la intención de forzar a este comandante a tomar una decisión antes de que hubiera sacado sus esperados refuerzos del Rin. Si nos fijamos sólo en la decisión siguiente, entonces el medio estaba bien elegido, y el éxito lo demostró, pues el Archiduque estaba aún tan débil que sólo hizo un *intento de* resistencia en el Tagliamento, y cuando vio a su adversario demasiado fuerte y decidido, le despejó el campo de batalla y las entradas a los Alpes nórdicos. ¿Qué pretendía Bonaparte con este *feliz éxito*? Penetrar incluso en el corazón de la monarquía austriaca, facilitar el avance de los dos ejércitos del Rin al mando de Moreau y Hoche, y entrar en estrecho contacto con ellos. Así veía Bonaparte el asunto, y desde este punto de vista tenía razón. Sin embargo, si la crítica se sitúa en un punto de vista más elevado, a saber, el del Directorio francés, que podía y debía pasar por alto el hecho de que la campaña del Rin no se abriría hasta seis semanas más tarde, entonces el avance de Bonaparte sobre los Alpes nórdicos sólo puede considerarse como una apuesta exagerada; porque si los austriacos habían acumulado considerables reservas en Estiria desde el Rin, con las que el Archiduque podía caer sobre el ejército italiano, entonces no sólo estaba arruinado, sino que toda la campaña estaba perdida. Esta contemplación, que se apoderó de Bonaparte en la región de Villach, le permitió ofrecer su mano tan fácilmente al armisticio de Leoben.

79

Si la crítica sube un peldaño más y sabe que los austriacos no tenían ninguna reserva entre el ejército del archiduque Carlos y Viena, Viena estaba amenazada por el avance del ejército italiano.

Suponiendo que Bonaparte hubiera conocido esta exposición de la capital y esta decidida superioridad que le quedaba incluso en Estiria sobre el Archiduque, su precipitación contra el corazón del Estado austriaco ya no sería inútil, y el valor de la misma dependería únicamente del valor que los austriacos concedieran a la conservación de Viena; pues si éste era tan grande que preferían aceptar las condiciones de paz que Bonaparte tenía que ofrecerles, la amenaza a Viena debía considerarse como el objetivo final. Si Bonaparte hubiera sabido esto por alguna razón, la crítica también puede detenerse ahí; pero si aún así era problemático, la crítica debe elevarse de nuevo a un punto de vista más alto y preguntarse qué habría ocurrido si los austriacos hubieran abandonado Viena y se hubieran replegado más hacia la gran masa restante de sus estados. Esta pregunta, sin embargo, como puede verse fácilmente, ya no puede responderse sin considerar los probables acontecimientos entre los ejércitos a ambos lados del Rin. En vista de la superioridad decidida de los franceses (130000 hombres contra 80000 hombres), el éxito en sí mismo habría sido poco dudoso, pero la cuestión surgió de nuevo en cuanto a para qué utilizaría el directorio francés este éxito, si para una persecución de sus ventajas a las fronteras opuestas de la monarquía austriaca, así a la destrucción o a la derrota de este poder, o si simplemente para la conquista de una parte significativa como prenda de paz. En ambos casos se trata de averiguar el resultado probable, para determinar, según el primero, la elección probable del Directorio francés. Suponiendo que el resultado de esta consideración fuera que las fuerzas francesas hubieran sido demasiado débiles para la derrota completa del Estado austriaco, de modo que el intento de hacerlo hubiera provocado por sí mismo una inversión de los acontecimientos, y que incluso la conquista y afirmación de una parte considerable hubiera llevado a los franceses a circunstancias estratégicas para las que sus fuerzas probablemente no estaban a la altura, este resultado debe influir en la evaluación de la situación en la que se encontraba el ejército italiano, y debe darle derecho a pocas esperanzas. Y esto es sin duda lo que Bonaparte fue capaz de hacer, incluso entonces, cuando podía pasar completamente por alto la desamparada situación del Archiduque, para concluir la paz de Campoformio en términos que no imponían

mayor sacrificio a los austriacos que la pérdida de provincias que no habrían reconquistado ni después de la más feliz campaña. Pero incluso esta paz moderada de Campoformio no podría haber sido contada por los franceses, y no podrían por lo tanto haberla hecho el objeto de su avance audaz, si no fuera por dos consideraciones; la primera consiste en la pregunta: Qué valor habrían concedido los austriacos a cada uno de los dos resultados, si, a pesar de la probabilidad de un feliz éxito final que había en ambos para ellos, habrían encontrado que valían la pena los sacrificios que estaban relacionados con ellos, es decir, con la continuación de la guerra, y que podrían evitar mediante una paz en términos no demasiado desventajosos. La segunda consideración es esta otra cuestión: si el gobierno austriaco iría tan lejos con su superioridad, si examinaría debidamente los últimos éxitos posibles de sus adversarios, y si no se dejaría llevar al desaliento por la impresión de las actuales desproporciones.

80

La consideración que constituye el objeto de esta primera pregunta no es una argucia ociosa, sino que tiene un peso práctico tan decidido que se produce cada vez que hay un plan dirigido al extremo, y es la que con más frecuencia impide la ejecución de tales planes.

La segunda consideración es igualmente necesaria, pues no se hace la guerra a un adversario abstracto, sino a uno real, al que hay que tener siempre presente. Y ciertamente al audaz Bonaparte no le faltaba este punto de vista, es decir, no le faltaba la confianza que depositaba en el terror que precedía a su espada. Esta misma confianza le llevó a Moscú en 1812. Aquí le falló; el terror ya se había desgastado algo en las gigantescas batallas; en 1797, sin embargo, era todavía nuevo, y el secreto de la fuerza de una resistencia dirigida al máximo estaba aún por descubrir, pero, no obstante, incluso en 1797, su audacia le habría llevado a un resultado negativo, si no hubiera elegido, como he dicho, la paz moderada de Campoformio como salida en previsión de la misma.

Debemos interrumpir aquí esta consideración; bastará con mostrar, a modo de ejemplo, el amplio alcance, la variedad y la dificultad que puede adquirir una consideración crítica cuando se asciende a los fines últimos, es decir, cuando se habla de medidas de gran envergadura y decisivas que necesariamente deben llegar tan lejos. De ello se desprende que, además de la perspicacia teórica en la materia, el talento natural debe tener también una gran influencia en el valor de una observación crítica, pues de ello dependerá principalmente arrojar luz sobre la conexión de las cosas y distinguir las esenciales de las innumerables conexiones de los acontecimientos.

Pero también se recurre al talento de otra manera. La observación crítica no es un mero examen de los medios realmente utilizados, sino *de todos los medios posibles*, que, por lo tanto, primero hay que indicar, es decir, inventar, y nunca se puede reprochar un medio si no se sabe indicar otro como el mejor. Por pequeño que sea el número de combinaciones posibles en la mayoría de los casos, no puede negarse que el establecimiento de las no utilizadas no es un mero análisis de las cosas existentes, sino una creación automática que no puede prescribirse, sino que depende de la fertilidad de la mente.

81

Estamos lejos de ver el campo del gran genio en el que todo puede remontarse a muy pocas combinaciones, prácticamente posibles y muy simples; nos parece indescriptiblemente ridículo considerar la elusión de una posición en aras de la invención como un movimiento de gran genio, como ha sucedido tan a menudo, pero sin embargo este acto de autoactividad creadora es necesario, y el valor de la observación crítica está esencialmente determinado por él.

Cuando, el 30 de julio de 1796, Bonaparte decidió levantar el sitio de Mantua para hacer frente al avance de Wurmser y, con una fuerza unida, batir una a una sus columnas, separadas por el lago de Garda y el Mincio, este parecía el camino más seguro para obtener brillantes victorias. Estas victorias se produjeron efectivamente y se repitieron de forma aún más

brillante en los posteriores intentos de sustitución con los mismos medios. Sólo se oye una voz al respecto, la de la admiración indivisa.

Sin embargo, Bonaparte no pudo tomar este camino el 30 de julio sin abandonar por completo la idea de sitiar Mantua, porque era imposible salvar el tren de asedio y no se podía conseguir un segundo en esta campaña. De hecho, el asedio se convirtió en un mero cerco, y la plaza, que habría caído en los primeros ocho días si el asedio hubiera continuado, resistió durante otros seis meses, a pesar de todas las victorias de Bonaparte en campo abierto.

Los críticos lo consideraban un mal inevitable, porque no conocían otra forma mejor de resistencia. La resistencia a un sustituto que avanzaba dentro de una línea de circunvalación había llegado a estar tan desacreditada y despreciada que este medio se apartó bastante de la vista. Sin embargo, había servido a su propósito tan a menudo en tiempos de Luis XIV que sólo puede llamarse una opinión de moda si a nadie se le ocurrió que *al menos podría entrar en consideración* cien años más tarde. Si se hubiera permitido esta posibilidad, un examen más detenido de las circunstancias habría demostrado que 40.000 hombres de la mejor infantería del mundo, que Bonaparte fue capaz de reunir en una línea de circunvalación ante Mantua, tenían tan poco que temer de los 50.000 austriacos que Wurmser condujo al socorro que difícilmente habrían hecho siquiera un intento de atacar sus líneas. No deseamos entrar aquí en más pruebas de esta afirmación, pero creemos haber dicho lo suficiente para dar la razón a este medio. Si Bonaparte mismo pensó en este medio en acción, no lo decidiremos; en sus Memorias y en las demás fuentes impresas no hay rastro de ello; toda la crítica posterior no pensó en ello, porque el ojo se había destetado bastante de esta medida. El mérito de recordar este recurso no es grande, ya que basta con despojarse de la presunción de una visión a la moda para dar con él; pero, sin embargo, es necesario dar con él para ponerlo en consideración y compararlo con el recurso que empleó Bonaparte. Cualquiera que sea el resultado de esta comparación, la crítica no debe dejar de hacerla.

82

Cuando, en febrero de 1814, Bonaparte abandonó el ejército de Bliicher, después de haberlo derrotado en las batallas de Etoges, Champaubert, Montmirail, etc., y se volvió de nuevo contra Schwarzenberg. Al volverse de nuevo contra Schwarzenberg, y derrotar a los cuerpos de éste en Montereau y Mormant, todo el mundo se llenó de admiración, porque fue precisamente en este ir y venir de su fuerza principal donde Bonaparte aprovechó brillantemente el error que residía en la acción separada de los aliados; si estos brillantes golpes en todos los flancos no le salvaron, se piensa que al menos no fue culpa suya. Nadie se ha planteado aún la pregunta: ¿cuál habría sido el resultado si no se hubiera apartado de Blücher de nuevo contra Schwarzenberg, sino que hubiera dirigido aún más sus estocadas contra Blücher y lo hubiera perseguido hasta el Rin? Nos consideramos convencidos de que se habría producido un vuelco completo de la campaña y que el gran ejército, en lugar de dirigirse a París, habría regresado a través del Rin. No exigimos que se comparta con nosotros esta convicción, pero ningún experto dudará de que los críticos tenían que sacar a colación esta alternativa una vez mencionada.

También en este caso el medio de comparación estaba mucho más cerca que en el anterior; sin embargo, se perdió porque se siguió ciegamente una dirección unilateral y no se tuvo imparcialidad.

De la necesidad de indicar el mejor medio para uno desaprobado, ha surgido el tipo de crítica que se utiliza casi exclusivamente, a saber, contentarse con la mera indicación del método supuestamente mejor y quedarse en deuda con la prueba real. La consecuencia es que no todos están convencidos de que los demás hagan lo mismo, y que entonces surge una disputa que carece de base argumental. Toda la literatura bélica está llena de estas cosas.

La prueba que exigimos es necesaria siempre que la ventaja de los medios propuestos no sea tan evidente que no admita duda, y consiste en examinar cada uno de los dos medios

según su peculiaridad y compararlo con el fin. Cuando la cuestión ha sido así reducida a verdades simples, la disputa debe por fin cesar, o al menos conduce a nuevos *resultados*, mientras que en el otro camino los pro et contra se consuman siempre puramente.

Si, por ejemplo, no quisiéramos contentarnos con demostrar, en el caso que acabamos de exponer, que la persecución incansable de Blücher habría sido mejor que dar marcha atrás contra Schwarzenberg, nos basaríamos en las siguientes verdades sencillas:

En general es más ventajoso continuar los empujes en una dirección que lanzar la fuerza de un lado a otro, porque este lanzar de un lado a otro conlleva pérdida de tiempo y porque donde la fuerza moral ya está debilitada por pérdidas importantes, es más fácil obtener nuevos éxitos, así de esta manera no se deja sin utilizar una parte del exceso de peso obtenido.

2) Porque Blücher, aunque más débil que Schwarzenberg, era sin embargo el más importante por su espíritu de empresa, de modo que en él residía más el centro de gravedad que arrastraba al resto en su dirección.

Porque las pérdidas que había sufrido Blücher equivalían a una derrota y la superioridad de Bonaparte sobre él era tal que la retirada hacia el Rin apenas podía ponerse en duda porque no había refuerzos notables en esta línea.

83

Porque ningún otro éxito posible se habría mostrado a la imaginación en forma tan gigantesca, pero esto debía considerarse como una gran cosa principal en un mando de ejército indeciso y tímido, como lo era notoriamente el de Schwarzenberg. Lo que el príncipe heredero de Württemberg había perdido en Montereau, lo que el conde Wittgenstein en Mormant, el príncipe Schwarzenberg debía saberlo bastante bien; las desgracias que Blücher, por el contrario, habría experimentado en su línea bastante separada y distinta del Marne al Rin, sólo le habrían llegado a través de la avalancha de nieve de los rumores. La desesperada dirección que Bonaparte tomó hacia Vitry a finales de marzo, para probar qué efecto produciría en los aliados la amenaza de una evasión estratégica, se basó evidentemente en el principio del terror, pero en circunstancias muy diferentes, después de haber fracasado en Laon y Arcis, y de que Blücher estuviera en Schwarzenberg con 100.000 hombres.

Habría, por supuesto, gente a la que no convenzan estas razones, pero al menos no podrán replicarnos: "Al amenazar la base de Schwarzenberg con su avance hacia el Rin, Bonaparte amenazó París, es decir, la base de Bonaparte"; porque queríamos demostrar con nuestras razones anteriores que a Schwarzenberg no se le habría ocurrido marchar sobre París.

En el ejemplo que hemos tocado de la campaña de 1796, diríamos que Bonaparte consideraba el camino que tomó como el más seguro para derrotar a los austriacos; si hubiera sido así, el fin que con ello se alcanzó fue una gloria vacía en las armas, que difícilmente podría haber tenido alguna influencia perceptible en la caída de Mantua. El curso que tomamos era, a nuestros ojos, mucho más seguro para prevenir el socorro; pero si, incluso en la mente del comandante francés, no lo consideráramos para ese propósito, sino que consideráramos la certeza del éxito como menor, la cuestión se reduciría a *esto*, que en un caso un éxito más probable, pero casi inútil, y por lo tanto muy pequeño, debía ser puesto en la balanza; en el otro, no del todo probable, pero mucho mayor. Planteado así el asunto, la audacia debería haberse pronunciado a favor de la segunda solución, que, visto superficialmente, era justamente la contraria. Bonaparte no tenía, ciertamente, la intención menos audaz, y no es de dudar que no se aclarase tanto la naturaleza del caso y no pasase por alto las consecuencias, como hemos aprendido de la experiencia.

Que la crítica deba referirse a menudo a la historia de la guerra al considerar los medios es natural, pues en el arte de la guerra la experiencia vale más que toda verdad filosófica. Pero esta prueba histórica tiene sus propias condiciones, por supuesto, que mencionaremos en un capítulo especial, y desgraciadamente estas condiciones se cumplen tan pocas veces que la referencia histórica sólo suele contribuir a que la confusión de conceptos sea aún mayor.

Ahora tenemos otro tema importante que considerar, a saber, hasta qué punto se le permite a la crítica, o incluso se convierte en un deber, al juzgar un caso individual, hacer uso de su mejor visión general de las cosas y, por tanto, también de lo que el éxito ha demostrado; o cuándo y dónde se ve obligada a abstraerse de estas cosas para ponerse exactamente en la posición del agente.

84

Si la crítica quiere alabar y culpar al actor, debe, sin embargo, intentar ponerse exactamente en su lugar, es decir, recopilar todo lo que él sabía y que motivó su acción, por otra parte, abstenerse de todo lo que el actor no podía saber o no sabía, por tanto, sobre todo, también del éxito. Pero esto es sólo una meta a la que se puede aspirar, pero que nunca se puede alcanzar plenamente, pues el estado de cosas del que procede un acontecimiento nunca se presenta ante el ojo de la crítica exactamente igual que ante el ojo del agente. Muchas pequeñas circunstancias que podrían haber influido en la decisión se han perdido, y muchos motivos subjetivos nunca han salido a la luz. Esto último sólo puede saberse por las memorias de los actores o de personas muy familiarizadas con ellos, y en tales memorias las cosas se tratan a menudo de manera muy amplia, incluso deliberadamente no se cuentan con honestidad. Por lo tanto, la crítica siempre debe pasar por alto muchas cosas que estaban presentes para el actor.

Por otra parte, le resulta aún más difícil abstenerse de aquello de lo que sabe demasiado. Esto es fácil sólo en relación con todas las circunstancias accidentales, es decir, no fundadas en las circunstancias mismas, que han interferido, pero es muy difícil y nunca puede lograrse completamente en relación con todas las cosas esenciales.

Hablemos primero del éxito. Si no ha surgido de cosas accidentales, es casi imposible que su conocimiento no influya en el juicio de las cosas de las que ha surgido, pues vemos estas cosas a su luz y aprendemos a conocerlas y apreciarlas en parte sólo a través de ella. La historia de la guerra, con todas sus manifestaciones, es en sí misma una *fuentes de instrucción para la crítica*, y es natural que ilumine las cosas con la misma luz que le ha llegado de la contemplación del conjunto. Si, por tanto, en algunos casos tuviera que pretender prescindir de ella por completo, nunca lo conseguiría del todo.

Pero esto no sólo ocurre con el éxito, es decir, con lo que sólo se produce más tarde, sino también con lo que ya existe, es decir, con los datos que determinan la acción. En la mayoría de los casos, la crítica tendrá más que ver con esto que el hacedor, sólo que se podría pensar que es fácil prescindir de ella por completo, y sin embargo no es así. Pues el conocimiento de las circunstancias precedentes y simultáneas no se basa meramente en noticias ciertas, sino en un gran número de suposiciones o presupuestos; en efecto, de las noticias sobre cosas que no son del todo accidentales, no hay casi ninguna que no esté ya precedida por una suposición o presupuesto, y por la cual las noticias ciertas, si están ausentes, están representadas. Ahora bien, es inteligible que la crítica posterior, que tiene conocimiento fáctico de todas las circunstancias precedentes y coetáneas, no se deje sobornar preguntándose qué habría creído probable de las circunstancias no conocidas en el momento de la acción. Sostenemos que aquí una abstracción perfecta es tan imposible como en el caso del éxito, y por las mismas razones.

Por lo tanto, si la crítica desea alabar o censurar un acto individual, sólo logrará ponerse en el lugar del agente hasta cierto punto. En muchos casos, podrá hacerlo en un grado suficiente para las necesidades prácticas; en algunos casos, sin embargo, no podrá hacerlo en absoluto, y esto no debe perderse de vista.

85

Pero no es necesario ni deseable que la crítica se identifique totalmente con el actor. En la guerra, como en la acción artística en general, se requiere una disposición natural entrenada, que se denomina virtuosismo. Éste puede ser grande o pequeño. En el primer caso, puede exceder fácilmente al del crítico; ipues qué crítico pretendería poseer el virtuosismo de un Federico o de un Bonaparte! Por lo tanto, si la crítica no debe abstenerse de pronunciarse sobre un gran talento, debe permitírsele hacer uso de la ventaja de su horizonte más amplio. La crítica, pues, no puede recalcular la solución de la tarea de un gran general con los mismos datos que un ejemplo aritmético, sino que primero debe reconocer con admiración lo que se fundó en la actividad superior de su genio a través de su éxito, a través de la certeza de las ocurrencias, y primero debe familiarizarse fácticamente con la conexión esencial que la mirada del genio previó.

Pero para cada virtuosismo, incluso el más pequeño, es necesario que la crítica se sitúe en un punto de vista más elevado, para que, rica en razones objetivas de decisión, sea lo menos subjetiva posible, y para que una mente limitada del crítico no se haga a sí misma la norma.

Esta posición superior de la crítica, este elogio y esta reprensión después de una visión completa del asunto, no tiene nada en sí para ofender nuestros sentimientos, sino que sólo los adquiere cuando el crítico se adelanta personalmente y habla en un tono como si toda la sabiduría que le ha llegado a través de la perfecta visión del acontecimiento fuera su talento peculiar. Por burdo que sea este engaño, la vanidad lo interpreta con facilidad, y es natural que suscite desagrado en los demás. Sin embargo, es aún más frecuente que tal exageración personal no sea en absoluto la intención del crítico, pero, si no la objeta expresamente, el lector apresurado la toma por tal, e inmediatamente surge la queja de falta de capacidad de juicio.

Si, pues, la crítica demuestra que un Federico o un Bonaparte cometieron errores, ello no significa que quien hace la crítica no los cometiera; incluso podría conceder que él podría haber cometido otros mucho mayores en lugar de esos comandantes; pero reconoce esos errores por el contexto de las cosas y exige de la sagacidad del agente que los hubiera visto.

Se trata, pues, de un juicio por el contexto de las cosas y, por tanto, también *por el éxito*. Pero hay una impresión muy diferente del éxito sobre la misma cosa, a saber, cuando se utiliza simplemente como prueba a favor o en contra de la corrección de una medida. Esto puede llamarse el juicio *según el éxito*. A primera vista, tal juicio parece absolutamente reprobable, y sin embargo no es así.

Cuando Bonaparte se dirigió a Moscú en 1812, todo dependía de si persuadiría al emperador Alejandro para que hiciera la paz mediante la conquista de esta capital y lo que la había precedido, como le había persuadido tras la batalla de Friedland en 1807 y el emperador Francisco en 1805 y 1809 tras las batallas de Austerlitz y Wagram; pues si no obtenía la paz en Moscú, no le quedaba más remedio que dar marcha atrás, es decir, nada más que una derrota estratégica. Pasemos por alto lo que Bonaparte había hecho para llegar a Moscú, y si, al hacerlo, no había fracasado ya en hacer mucho de lo que podría haber dado al emperador Alejandro la resolución de hacer la paz; pasemos por alto también las circunstancias destructivas que acompañaron a la retirada, y que tal vez todavía tenían su causa en la conducta de toda la campaña. La cuestión seguirá siendo siempre la misma, pues por muy brillante que hubiera sido el resultado de la campaña hasta Moscú, siempre quedaba la incertidumbre de si con ello el emperador Alejandro se vería atemorizado para firmar la paz, e incluso si la retirada no hubiera conllevado tales principios de destrucción, nunca podría haber sido otra cosa que una gran derrota estratégica. Si el emperador Alejandro entraba en una paz desventajosa, la campaña de 1812 pertenecía a las filas de las campañas de Austerlitz, Friedland y Wagram. Pero también estas campañas habrían conducido probablemente a desastres similares sin la paz. Independientemente de la fuerza, la habilidad y la sabiduría que

el conquistador del mundo pudiera haber utilizado, esta última pregunta al destino seguía siendo la misma en todas partes. ¿Hemos de rechazar ahora las campañas de 1805, 1807 y 1809 y, en aras de la campaña de 1812, sostener que todas ellas fueron obra de la imprudencia, que el éxito iba contra la naturaleza de las cosas y que en 1812 la justicia estratégica dio finalmente rienda suelta a la ciega suerte? Sería una opinión muy forzada, un juicio tiránico, al que habría que deber la mitad de la prueba, porque ningún ojo humano es capaz de trazar el hilo de la necesaria conexión de las cosas con la decisión de los príncipes vencidos.

Menos aún puede decirse que la campaña de 1812 mereciera el mismo éxito que las demás, y que el hecho de que no lo tuviera radique en algo impropio, pues no se podrá considerar la firmeza de Alejandro como algo impropio.

Qué es más natural que decir: en 1805, 1807 y 1809 Bonaparte juzgó correctamente a sus adversarios, en 1812 se equivocó; entonces tenía razón, esta vez se equivoca, y ambas cosas porque *el éxito así lo enseña*.

Toda acción en la guerra, como ya hemos dicho, está dirigida sólo a éxitos probables, no seguros; lo que carece de certeza debe dejarse en todas partes al destino o a la suerte, como uno pueda llamarlo. Por supuesto, se puede exigir que sea lo menos posible, pero sólo en relación con el caso individual: a saber, lo menos posible en *este caso individual*, pero no que se deba preferir siempre el caso en que la incertidumbre sea menor; eso sería una violación monstruosa, como se desprenderá de todos nuestros puntos de vista teóricos. Hay casos en los que el mayor transporte es la mayor sabiduría.

En todo lo que el agente debe dejar al destino, su mérito personal parece cesar por completo, y también su responsabilidad; sin embargo, no podemos abstenernos de un aplauso interior cuantas veces se cumple la expectativa, y sentimos, si falló, un malestar de comprensión, *y además, el juicio de lo justo y lo injusto tampoco debe significar lo que tomamos del mero éxito, o más bien lo que encontramos en él*.

87

Pero no hay que negar que el placer que nuestro intelecto obtiene de acertar, y el disgusto que le produce equivocarse, se basa, sin embargo, en la oscura sensación de que entre este acierto, atribuido a la suerte, y el genio del agente, existe una sutil conexión, invisible al ojo de la mente, que en su presuposición nos produce placer. Lo que demuestra este punto de vista es que nuestra participación aumenta, se convierte en un sentimiento más definido, cuando el acierto y el fallo se repiten a menudo en el mismo agente. Así se hace inteligible cómo la felicidad en la guerra asume una naturaleza mucho más noble que la felicidad en el juego. Siempre que un guerrero afortunado no lesione de otro modo nuestros intereses, le acompañaremos en su curso con placer.

La crítica, pues, después de haber sopesado todo lo que pertenece al dominio del cálculo y de la convicción humanas, dejará que el resultado hable por la parte en que la profunda conexión secreta de las cosas no se encarna en fenómenos visibles, y protegerá esta tranquila sentencia de una legislación superior, por una parte, del tumulto de las opiniones brutas, rechazando al mismo tiempo, por otra parte, los torpes abusos que pueden hacerse de esta autoridad suprema.

Esta declaración de éxito debe, pues, producir en todas partes lo que la prudencia humana no puede constatar, y entonces serán principalmente las potencias y los efectos espirituales por los que se reclama, en parte porque son los que menos pueden juzgarse con fiabilidad, en parte porque están tan cerca de la voluntad misma que la determinan tanto más fácilmente. Allí donde el miedo o el valor se llevan la resolución, no hay nada más objetivo que convenir entre ellos, y por consiguiente nada donde la prudencia y el cálculo puedan encontrar de nuevo el éxito probable.

Ahora debemos permitirnos algunas reflexiones sobre el instrumento de la crítica, a saber, sobre el lenguaje que utiliza, porque éste permanece, por así decirlo, al lado de la acción en la guerra; pues la crítica examinadora no es más que la reflexión que ha de preceder a la acción. Consideramos, pues, sumamente esencial que el lenguaje de la crítica tenga el mismo carácter que la reflexión en la guerra, pues de lo contrario dejaría de ser práctico y no proporcionaría a la crítica una entrada en la vida.

Hemos dicho en nuestra consideración de la teoría de la guerra que se pretende educar la mente de los dirigentes en la guerra, o más bien guiarla en su educación, que no se pretende dotarla de doctrinas y sistemas positivos que pueda utilizar como instrumentos de la mente. Pero si en la guerra la construcción de pautas científicas nunca es necesaria o ni siquiera permisible para la evaluación de un caso dado, si la verdad no aparece allí en forma sistemática, si no se encuentra *indirecta* sino *directamente* a través de la mirada natural de la mente, entonces también debe ser *así en la* observación crítica.

Es cierto que hemos visto que allí donde sería demasiado trascendental determinar la naturaleza de las cosas, debe basarse en las verdades establecidas en la teoría de las mismas. Pero así como en la guerra el agente obedece a estas verdades teóricas más por haber absorbido su espíritu en el suyo propio que por considerarlas como una ley rígida exterior, así también la crítica no debe servirse de ellas como de una ley ajena o de una fórmula algebraica cuya nueva verdad no necesita en absoluto abrirse para su aplicación, sino que debe siempre dejar traslucir esta verdad misma, dejando sólo a la teoría las pruebas más exactas y circunstanciales. De este modo evita un lenguaje misterioso y oscuro y avanza en un discurso sencillo, en una serie de ideas ligeras, es decir, siempre *visibles*.

88

Es cierto que esto no siempre puede lograrse a la perfección, pero debe ser el empeño de la representación crítica. Debe necesitar lo menos posible formas compuestas de conocimiento y no servirse nunca de la construcción de líneas auxiliares científicas como su propio aparato de la verdad, sino orientarlo todo a través de la libre mirada natural del espíritu.

Pero este piadoso empeño, si se nos permite la expresión, desgraciadamente ha prevalecido hasta ahora en muy pocas reflexiones críticas; la mayoría de ellas más bien se han dejado llevar por cierta vanidad hacia la pompa de las ideas.

El primer mal con el que nos encontramos frecuentemente es una aplicación inútil, absolutamente inadmisibles, de ciertos sistemas unilaterales como legislación formal. Pero nunca es difícil demostrar la unilateralidad de tal sistema, y basta con hacerlo para haber rechazado de una vez por todas su veredicto judicial. Se trata aquí de un objeto determinado, y como el número de sistemas posibles al final sólo puede ser pequeño, no son en sí mismos más que el mal menor.

Mucho mayor es la desventaja que *reside en* la corte de *terminologías, expresiones artificiales y metáforas* que los sistemas arrastran consigo, y que anda a la deriva por todas partes como chusma suelta, como la tropa de un ejército, soltando a su jefe. Los que entre los críticos no se elevan a un sistema entero, sea porque no les gusta ninguno, sea porque no han llegado a conocerlo por completo, quieren al menos exponer de vez en cuando un trozo de él como una regla, para mostrar cuán erróneo era el rumbo del general. La mayoría de la gente ni siquiera puede pensar sin necesitar aquí y allá un fragmento de la teoría científica de la guerra como punto de apoyo. Los más pequeños de estos fragmentos, que consisten en meras palabras y metáforas artificiales, a menudo no son más que adornos de la narrativa crítica. Ahora bien, está en la naturaleza de las cosas que todas las terminologías y expresiones de arte que pertenecen a un sistema pierden su corrección, si es que realmente la tenían, tan pronto como, arrancadas de él, van a ser utilizadas como axiomas generales o como pequeños cristales de verdad que tienen más fuerza probatoria que el discurso llano.

Así ha ocurrido que, en lugar de una exposición simple y directa, en la que el autor al menos siempre sabe lo que dice y el lector lo que lee, nuestros libros teóricos y críticos están repletos de estas terminologías, que forman oscuras encrucijadas en las que lector y autor se distancian. Pero a menudo son algo mucho peor; a menudo son cáscaras huecas sin núcleo. El propio autor ya no sabe con claridad lo que piensa y se tranquiliza con ideas oscuras que no le bastarían en el simple discurso.

Un tercer mal de la crítica es el abuso de los ejemplos históricos y de la pompa y circunstancia. Ya hemos hablado de la historia del arte de la guerra, y desarrollaremos nuestra opinión sobre los ejemplos y sobre la historia de la guerra en general en capítulos especiales. Un hecho, tocado meramente al vuelo, puede servir para representar los *puntos de vista más opuestos*, y tres o cuatro, arrastrados y amontonados de las épocas o países más distantes, de las circunstancias más dispares, suelen disipar y confundir el juicio sin tener la menor fuerza probatoria; pues cuando se consideran a la luz del día, suelen ser meras patrañas, y la intención del autor es hacer alarde de erudición.

89

Pero, ¿qué se puede ganar para la vida práctica con estas ideas oscuras, medio verdaderas, confusas y arbitrarias? Tan poco, de hecho, que la teoría, desde que existe, se ha convertido en una verdadera antítesis de la práctica y no pocas veces en el hazmerreír de aquellos a los que no se podía negar una gran eficacia en el terreno.

Pero habría sido imposible si, con un discurso sencillo y la contemplación natural de los objetos que constituyen la guerra, hubiera tratado de averiguar lo que podía averiguarse; si, sin falsas pretensiones ni pompas indecorosas de formas científicas y recopilaciones históricas, se hubiera mantenido cerca del asunto en cuestión y hubiera caminado mano a mano con las personas que, en el campo, se supone que guían las cosas con la mirada natural de sus mentes.

2.6 CAPÍTULO SEIS: ACERCA DE LOS EJEMPLOS

Los ejemplos históricos lo aclaran todo y, además, tienen la mejor fuerza probatoria en las ciencias empíricas. Más que en ninguna otra parte, éste es el caso en el arte de la guerra. El general Scharnhorst, que escribió mejor sobre la guerra real en su libro de bolsillo, declara que los ejemplos históricos son lo más importante en esta materia, y hace un uso admirable de ellos. Si hubiera sobrevivido a la guerra en que cayó, la cuarta parte de su Artillería reelaborada nos habría dado una prueba aún más hermosa del espíritu de observación y de instrucción con que penetraba en la experiencia.

Pero tal uso de ejemplos históricos rara vez lo hacen los escritores teóricos; más bien, la forma en que hacen uso de ellos suele no sólo dejar la mente insatisfecha, sino incluso perjudicarla. Por lo tanto, consideramos importante prestar especial atención al uso correcto y al mal uso de los ejemplos.

Es indiscutible que los conocimientos en los que se basa el arte de la guerra pertenecen a las ciencias empíricas, pues aunque se deriven en gran medida de la naturaleza de las cosas, esta misma naturaleza debe aprenderse primero, por lo general, a través de la experiencia; además, la aplicación se ve modificada por tantas circunstancias que los efectos nunca pueden reconocerse plenamente a partir de la mera naturaleza de los medios.

El efecto de la pólvora, este gran agente de nuestra actividad bélica, ha sido reconocido meramente por la experiencia, e incluso en esta hora uno está incesantemente ocupado en experimentos para investigarlo más de cerca. Que una bola de hierro, dada una velocidad de 1000 pies por segundo por la pólvora, destroza todo lo que toca de criaturas vivas en su curso, no hace falta decirlo, no se necesita experiencia; pero cuántos cientos de circunstancias secundarias determinan este efecto más exactamente, algunas de las cuales sólo pueden ser reconocidas por la experiencia.

90

Y el efecto físico no es el único que debemos considerar; el efecto moral es lo que buscamos, y no hay otro medio de conocerlo y apreciarlo que *la experiencia*. En la Edad Media, cuando apenas se habían inventado las armas de fuego, el efecto físico era naturalmente mucho menor que ahora debido a la imperfección del equipamiento, pero su efecto moral era mucho mayor. Hay que haber visto la firmeza de una de aquellas bandas que Bonaparte levantó y dirigió en su servicio de conquista, en el más fuerte y sostenido fuego de artillería, para formarse una idea de lo que puede lograr un cuerpo de tropas, acerado por un largo ejercicio en el peligro, y que, por un cúmulo de victorias, ha llegado a la noble proposición de exigirse a sí mismo lo más alto. En la mera imaginación uno nunca lo creería. Por otra parte, es una experiencia bien conocida que incluso hoy en día hay tropas en los ejércitos europeos, como los tártaros, cosacos, croatas, cuyas tropas son siempre dispersadas por unos pocos disparos de cañón. Pero ninguna ciencia empírica, y por consiguiente tampoco la teoría del arte de la guerra, es capaz de que sus verdades vayan siempre acompañadas de pruebas históricas; en parte sería imposible por la inmensidad, en parte también sería difícil probar la experiencia en los fenómenos individuales. Si en la guerra se comprueba que algún medio ha resultado una vez muy eficaz, se repite; uno imita al otro, se convierte en una moda formal, y de este modo, apoyado en la experiencia, entra en uso y ocupa su lugar en la teoría, que se detiene en la referencia general a la experiencia para indicar su origen, pero no para probarlo. Es muy diferente, sin embargo, cuando la experiencia debe utilizarse para desplazar un medio común, para establecer uno dudoso o para introducir uno nuevo; entonces hay que poner como prueba ejemplos individuales de la historia.

Si ahora examinamos más detenidamente el uso de un ejemplo histórico, surgen cuatro puntos de vista fácilmente distinguibles al respecto.

En primer lugar, puede servir como mera *explicación de* la idea. Porque es muy fácil que cualquier consideración abstracta no se entienda o no se entienda en absoluto; cuando el autor teme que esto ocurra, un ejemplo histórico sirve para dar al pensamiento la luz que le falta y para que autor y lector permanezcan unidos.

En segundo lugar, puede servir como *aplicación* del pensamiento, porque en un ejemplo se tiene ocasión de mostrar el tratamiento de aquellas circunstancias menores que no todas podrían ser comprendidas en la expresión general del pensamiento; pues en ello consiste la diferencia entre teoría y experiencia. Estos dos casos son los del ejemplo real; los dos que siguen pertenecen a la prueba histórica.

En segundo lugar, uno puede referirse a un hecho histórico para demostrar lo que ha dicho. Esto es suficiente en todos los casos en los que simplemente se quiere demostrar la *posibilidad de* un fenómeno o efecto.

En cuarto lugar, es posible extraer algún tipo de lección del relato circunstancial de un acontecimiento histórico y de la recopilación de varios, que encuentra así su prueba sólida en este mismo testimonio.

En el primer uso, no suele haber más que una mención fugaz del caso, porque sólo se utiliza de forma unilateral. Incluso la verdad histórica es una cuestión secundaria, también podría servir un ejemplo inventado; sólo los históricos tienen siempre la ventaja de ser más prácticos y de acercar la idea que explican a la propia vida práctica.

91

El segundo uso presupone una representación más circunstancial del caso, sólo que la corrección de la misma vuelve a ser una cuestión secundaria, y a este respecto hay que decir lo mismo que hemos dicho del primer caso.

En el tercer uso, la mera afirmación de un hecho indudable suele ser suficiente. Si se afirma que las posiciones atrincheradas pueden servir a su propósito en determinadas condiciones, basta con citar la posición de Bunzelwitz para demostrar esta afirmación.

Sin embargo, si se quiere probar alguna verdad general mediante la presentación de un caso histórico, entonces este caso debe desarrollarse precisa y circunstancialmente en todo lo que se relaciona con la afirmación, debe, por así decirlo, construirse cuidadosamente ante los ojos del lector. Cuanto menos pueda lograrse esto, más débil se vuelve la prueba, y más necesario es sustituir lo que el caso individual carece de fuerza probatoria por la cantidad de casos, pues se supone con razón que las circunstancias más próximas, que no se han podido exponer, habrán equilibrado sus efectos en un cierto número de casos.

Si se quiere demostrar por experiencia que la caballería es mejor detrás que al lado de la infantería, que es altamente peligroso, si la superioridad no es decisiva, rodear al enemigo con columnas separadas, tanto en la batalla como en el teatro de guerra, es decir, tanto táctica como estratégicamente, no basta en el primer caso con mencionar unas cuantas batallas perdidas en las que la caballería estaba en las alas, y unas cuantas batallas ganadas en las que estaba detrás de la infantería. En el segundo caso, no basta con recordar las batallas de Rivoli o Wagram, los ataques de los austriacos en el teatro de guerra italiano en 1796 o de los franceses en el teatro de guerra alemán en esta misma campaña, sino que debe demostrarse mediante un trazado preciso de todas las circunstancias y los acontecimientos individuales en los que esas formas de posición y ataque contribuyeron esencialmente al mal resultado. Entonces también quedará claro hasta qué *punto* esas formas son censurables, lo cual debe determinarse necesariamente, porque una condena general faltaría en cualquier caso a la verdad.

Ya hemos admitido que, si la exposición circunstanciada del hecho no es factible, la falta de fuerza probatoria puede suplirse con el número de ejemplos, pero no puede negarse que se trata de una salida peligrosa de la que se abusa con frecuencia. En lugar de exponer un caso muy circunstanciado, uno se contenta con *mentonar* tres o cuatro, y así obtiene la apariencia de una prueba sólida. Pero hay objetos en los que toda una docena de casos enumerados no prueban nada, a saber, si se repiten con frecuencia, y entonces es igual de fácil citar una docena de casos con resultados opuestos en su contra. Quien nos dé una docena de batallas perdidas en las que los vencidos atacaron en columnas separadas, podemos darle una docena de las ganadas en las que se utilizó precisamente este orden. Es obvio que así no se podría obtener ningún resultado.

Si se consideran estas diferentes relaciones, uno se da cuenta de la facilidad con que se puede abusar de los ejemplos.

92

Un acontecimiento que no está cuidadosamente construido en todas sus partes, sino que se toca al vuelo, es como un objeto visto desde una distancia demasiado grande, en el que ya no se puede distinguir la posición de sus partes, y que tiene el mismo aspecto desde todos los lados. En efecto, tales ejemplos han tenido que servir de apoyo a las opiniones más contradictorias. Para uno, las campañas de Daun son el modelo de la prudencia, para otro de la timidez y la indecisión. El avance de Bonaparte sobre los Alpes nórdicos en 1797 puede aparecer como la más espléndida determinación, pero también como una verdadera temeridad; su derrota estratégica en 1812 puede imaginarse como consecuencia de un exceso de energía, pero también de una falta de ella. Todas estas opiniones se han producido, y se comprende perfectamente cómo han podido surgir, porque cada uno pensaba en el contexto de las cosas de manera diferente. Sin embargo, estas opiniones contradictorias no pueden existir juntas, por lo que una de ellas debe ser necesariamente falsa.

Por mucho que debamos agradecer al excelente Feuquieres los numerosos ejemplos que ha proporcionado a sus memorias, en parte porque de este modo ha llegado hasta nosotros una gran cantidad de información histórica de la que de otro modo nos habríamos visto privados, en parte porque de este modo ha logrado, en primer lugar, una aproximación muy útil de las ideas teóricas, es decir, abstractas, a la vida práctica, en la medida en que los casos citados deben considerarse como una explicación y una definición más cercana de la afirmación teórica, se ha propuesto, sin embargo, en su mayor parte, hacer más accesible la afirmación teórica. De este modo, ha logrado una aproximación muy útil de las ideas teóricas, es decir, abstractas, a la vida práctica, en la medida en que los casos citados deben considerarse como una explicación y una definición más cercana de la afirmación teórica; sin embargo, apenas ha podido lograr el propósito, que suele proponerse, de demostrar históricamente las verdades teóricas, en el caso de un lector imparcial de nuestro tiempo. Pues aunque a veces relata los hechos con cierto circunloquio, sigue faltando mucho para que las conclusiones extraídas surjan necesariamente de su contexto interno.

Pero el mero hecho de tocar acontecimientos históricos tiene el otro inconveniente de que una parte de los lectores no los conoce ni los recuerda lo suficiente como para poder pensar siquiera lo que el autor tenía en mente, de modo que para ellos no queda más que impresionarse o quedarse sin toda convicción.

Sin embargo, es muy difícil construir acontecimientos históricos ante los ojos del lector, o hacer que sucedan, como es necesario si han de utilizarse como pruebas, ya que los escritores suelen carecer tanto de los medios como del tiempo y el espacio para hacerlo; pero sostenemos que, cuando es necesario establecer una opinión nueva o dudosa, un solo acontecimiento descrito a fondo es más instructivo que diez meramente tocados. El mal principal de este toque superficial no es que el escritor lo dé con la falsa pretensión de querer probar algo con ello, sino que nunca se ha familiarizado debidamente con estos

acontecimientos, y que de este tratamiento descuidado y superficial de la historia surgen entonces cien opiniones falsas y proyecciones teóricas, que nunca habrían salido a la luz si el escritor tuviera la obligación de dejar que todo lo que trae nuevo al mercado y quiere probar de la historia surja incuestionablemente del contexto exacto de las cosas.

93

Una vez que uno se ha convencido de estas dificultades en el uso de ejemplos históricos y de la necesidad de este requisito, será también de la opinión de que la historia más reciente de la guerra debe ser siempre el campo más natural para la elección de ejemplos, en la medida en que sólo es suficientemente conocida y trabajada. No sólo los períodos más lejanos pertenecen a circunstancias diferentes y, por tanto, a una conducción distinta de la guerra, y que sus acontecimientos son por ello menos instructivos y prácticos para nosotros, sino que también es natural que la historia de la guerra, como cualquier otra, incorpore gradualmente una serie de pequeños rasgos y circunstancias que aún debía mostrar al principio, que pierda cada vez más su color y su vida, como un cuadro descolorido u oscurecido, de modo que al final sólo queden por casualidad las grandes masas y los rasgos individuales, que adquieren así un peso exagerado.

Si nos fijamos en el estado de la guerra en la actualidad, debemos decir que son principalmente las guerras hasta la Guerra de Sucesión Austriaca las que, al menos en términos de armamento, siguen teniendo un gran parecido con las de hoy en día, y que, aunque hayan cambiado mucho las circunstancias grandes y pequeñas, siguen siendo lo suficientemente parecidas a las guerras actuales como para extraer de ellas muchas enseñanzas. Muy distinto es el caso de la Guerra de Sucesión española, en la que el arma de fuego aún no estaba tan desarrollada y la caballería seguía siendo el arma principal. Cuanto más retrocedemos, más inútil se vuelve la historia de la guerra y, al mismo tiempo, más pobre y escasa. La historia de los pueblos antiguos debe ser la más inútil y escasa.

Pero esta inutilidad no es, por supuesto, absoluta, sino que se refiere sólo a cuestiones que dependen del conocimiento de las circunstancias más exactas o de aquellas cosas en las que ha cambiado la conducción de la guerra. Por poco que se nos informe del curso de las batallas de los suizos contra austriacos, borgoñones y franceses, encontramos en ellas, al principio, la superioridad de un buen cuerpo de a pie frente a la mejor caballería con los rasgos más fuertes pronunciados. Una mirada general a la época de los Kondottieri nos enseña cómo toda la conducción de la guerra depende del instrumento utilizado, pues en ninguna otra época las fuerzas armadas empleadas en la guerra tuvieron tanto el carácter de un instrumento peculiar, y estuvieron tan separadas del resto de la vida estatal y popular. La extraña forma en que Roma combatió a Cartago en la Segunda Guerra Púnica mediante un ataque en España y África, mientras Aníbal seguía invicto en Italia, puede ser objeto de una consideración muy instructiva, porque las condiciones generales de los estados y ejércitos, en las que se basó la eficacia de esta resistencia indirecta, son todavía suficientemente conocidas.

Pero cuanto más descienden las cosas a lo particular y se alejan de las circunstancias más generales, menos podemos buscar las pautas y experiencias en épocas muy remotas, pues ni somos capaces de apreciar adecuadamente los acontecimientos correspondientes, ni de aplicarlos a nuestros medios bastante cambiados.

Pero en todas las épocas, por desgracia, los escritores se han mostrado muy inclinados a hablar de los acontecimientos de la Antigüedad. Dejaremos sin decidir cuánto de vanidad y charlatanería puede haber en ello, pero por lo general echamos de menos la intención honesta, el afán de instruir y convencer, y entonces sólo podemos considerar tales alusiones como ornamentos destinados a cubrir lagunas y errores.

El mérito de enseñar la guerra con ejemplos puramente históricos, como se había propuesto hacer Feuquieres, sería inconmensurablemente grande: pero sería el trabajo de

CAPÍTULO 2. LIBRO SEGUNDO: SOBRE LA TEORÍA DE LA GUERRA

2.6 Acerca de los ejemplos

toda una vida humana, si se tiene en cuenta que quien lo emprende debe estar antes equipado para ello por una larga experiencia de guerra propia.

Quien, inspirado por fuerzas interiores, quiera emprender tal obra, debe equiparse para la piadosa empresa con fuerzas como para una larga peregrinación. Que sacrifique tiempo y no escatime esfuerzos, que no tema ningún poder ni grandeza temporales, que se eleve por encima de su propia vanidad y falsa vergüenza para *decir la verdad, nada más que la verdad, toda la verdad*, según la expresión del Código francés.

CAPÍTULO 3

LIBRO TERCERO: DE LA ESTRATEGIA EN GENERAL

3.1 PRIMER CAPÍTULO: ESTRATEGIA

El término se establece en el segundo capítulo del segundo libro. Es el empleo del combate con fines bélicos. En realidad sólo tiene que ver con el combate, pero su teoría debe considerar al portador de esta actividad real, la fuerza armada, en sí misma y en sus relaciones principales, pues el combate se da a través de ella y expresa sus efectos ante todo en ella. El combate en sí debe enseñarse en relación con sus posibles éxitos y con las facultades de la mente y del espíritu que son las más importantes en su empleo.

La estrategia es el uso de la batalla con fines bélicos; por lo tanto, debe establecer un objetivo para todo el acto bélico que corresponda a su propósito, es decir, diseña el plan de guerra, y a este objetivo vincula la serie de acciones que deben conducir a él, es decir, diseña las campañas individuales y ordena las batallas individuales en ellas. Dado que, por lo general, todas estas cosas sólo pueden determinarse sobre la base de presupuestos que no se aplican a todos los casos, y que muchas otras determinaciones más detalladas no pueden hacerse por adelantado, se deduce de ello que la estrategia debe entrar en el campo de batalla para organizar las cosas individuales sobre el terreno y hacer las modificaciones para el conjunto que se requieren constantemente. Por lo tanto, no puede retirar la mano del trabajo en ningún momento.

Que no siempre se ha considerado así, al menos en lo que se refiere al conjunto, lo prueba la antigua costumbre de tener la estrategia en el Gabinete y no con el ejército, lo que sólo es admisible si el Gabinete permanece tan cerca del ejército que pueda tomarse por el gran cuartel general de éste.

Por tanto, la teoría seguirá la estrategia de este diseño, o más correctamente, iluminará las cosas en sí mismas y en sus relaciones entre sí y destacará las pocas cosas que surjan como principio o regla.

Si recordamos del primer capítulo cuántos objetos de la mayor clase toca la guerra, comprenderemos que la consideración de todos ellos presupone una rara visión de la mente.

96

Un príncipe o un general que sabe organizar su guerra exactamente según sus fines y sus medios, que no hace ni demasiado ni demasiado poco, da así la mayor prueba de su genio. Pero los efectos de este genio no se manifiestan tanto en nuevas formas de acción, que llamarían inmediatamente la atención, como en el feliz resultado final del conjunto. Es la correcta aplicación de los requisitos previos silenciosos, es la armonía silenciosa de toda la acción lo que debemos admirar, y que sólo se anuncia en el éxito global.

El investigador que, a partir de este éxito global, no rastrea esa armonía, busca fácilmente el genio donde no está ni puede estar.

Porque los medios y las formas de los que se sirve la estrategia son tan extremadamente simples, tan bien conocidos por su recurrencia constante, que al sentido común sólo puede parecerle ridículo cuando oye a la crítica hablar de ellos tan a menudo con un énfasis

desquiciado. Una elusión, mil veces repetida, es alabada aquí como si fuera la marca del genio más brillante, allí de la perspicacia más profunda, incluso del conocimiento más exhaustivo. ¿Puede haber excesos más insípidos en el mundo de los libros?

Resulta cada vez más ridículo cuando se considera que esta misma crítica, según la opinión más común, excluye de la teoría todas las magnitudes morales y sólo quiere ocuparse de lo material, de modo que todo se limita a unas cuantas relaciones matemáticas de equilibrio y superioridad, de tiempo y espacio y a unos cuantos ángulos y líneas. Si no fuera más que eso, apenas sería posible formar una tarea científica para un escolar a partir de semejante miseria.

Pero confesemos solamente: no se trata aquí de formas y tareas científicas; las relaciones de las cosas materiales son todas muy simples; más difícil es la comprensión de las fuerzas espirituales que están en juego. Pero también con éstas, los desarrollos espirituales y la gran diversidad de magnitudes y relaciones han de buscarse sólo en las regiones más elevadas de la estrategia, allí donde ésta linda con la política y el estadismo, o más bien se convierte ella misma en ambos, y allí, como ya hemos dicho, influyen más lo mucho y lo poco que la forma de ejecución. Donde predomina esta última, como en los grandes y pequeños incidentes individuales de la guerra, las magnitudes espirituales se reducen ya a un pequeño número.

Así, en estrategia todo es muy sencillo, pero por ello no todo es muy fácil. Una vez que las circunstancias del estado han determinado lo que la guerra debe hacer y lo que puede hacer, el camino hacia ello se encuentra fácilmente; pero para seguir este camino inquebrantablemente, para llevar a cabo el plan, para no ser desviado de él mil veces por mil causas, se requiere, además de una gran fuerza de carácter, una gran claridad y certeza de mente; y de mil hombres que puedan distinguirse, uno por el ingenio, otro por la sagacidad, otros por la audacia o por la fuerza de voluntad, ni uno solo reunirá tal vez en sí las cualidades que le eleven por encima de la línea de la mediocridad en el curso del comandante.

Suena extraño, pero todos los que conocen la guerra a este respecto tienen la certeza de que se necesita mucha más fuerza de voluntad para tomar una decisión importante en estrategia que en táctica. En esta última, el momento arrasa, el actor se siente arrastrado por un torbellino contra el que no puede luchar sin las consecuencias más ruinosas; reprime los recelos que surgen y se aventura valientemente. En la estrategia, donde todo procede mucho más lentamente, hay mucho más espacio para los recelos, las objeciones y las ideas propias y ajenas, y por tanto también para los remordimientos inoportunos, y como en la estrategia uno no ve las cosas al menos a medias con sus propios ojos físicos, como en la táctica, sino que debe adivinar y suponerlo todo, la convicción propia es también menos poderosa. La consecuencia es que la mayoría de los generales, cuando deberían actuar, se atascan en deliberaciones equivocadas.

97

Ahora echemos un vistazo a la historia; recae en la campaña de Federico el Grande de 1760, famosa por sus bellas marchas y maniobras, una verdadera obra de arte de la maestría estratégica, como nos elogian los críticos. ¿Debemos admirarnos de que el rey quisiera rodear el flanco derecho de Daun, luego el izquierdo, luego de nuevo el derecho, etc.? ¿Debemos ver en ello una profunda sabiduría? No, no podemos, si queremos juzgar con naturalidad y sin adornos. Más bien debemos admirar, en primer lugar, la sabiduría del rey, que, persiguiendo un gran objetivo con sus limitados poderes, no hizo nada que no conviniera a esos poderes, y *lo justo para lograr* su propósito. Esta sabiduría del comandante no sólo es visible en esta campaña, sino que se extiende a lo largo de las tres guerras del gran rey.

Llevar a Silesia al puerto seguro de una paz bien garantizada era su propósito.

A la cabeza de un pequeño estado, similar a los otros estados en la mayoría de los aspectos y distinguido de ellos sólo por algunas ramas de la administración, no podía convertirse en un Alejandro, y como Carlos XII se habría destrozado la cabeza como este último. Encontramos, por tanto, en toda su conducción de la guerra ese poder contenido que siempre

flota en equilibrio, al que nunca le falta énfasis, que se eleva hasta el asombro en un momento de gran angustia, y en el momento siguiente oscila tranquilamente alejándose de nuevo, para subordinarse al juego de los más leves impulsos políticos. Ni la vanidad, ni la ambición, ni la venganza pueden desviarle de este camino, y es sólo este camino el que le ha conducido al feliz desenlace de la disputa.

Qué poco alcanzan estas pocas palabras para apreciar esa faceta del gran general; sólo si se contempla con atención el maravilloso desenlace de esta batalla y se rastrean las causas que lo propiciaron, se imbuirá uno de la convicción de que sólo la aguda mirada del rey le condujo felizmente a través de todos los obstáculos.

Este es el lado que admiramos en este gran comandante, en la campaña de 1760 y en todas las demás, pero en esta preferentemente porque en ninguna mantuvo el equilibrio de un poder enemigo tan superior con tan pocos sacrificios.

La otra cara es la dificultad de ejecución. Las marchas a la derecha y a la izquierda se diseñan fácilmente; la idea de mantener el pequeño grupo de uno siempre junto para estar a la altura del enemigo disperso por todas partes, de multiplicarse con movimientos rápidos, se encuentra tan fácilmente como se expresa; la invención, pues, no puede despertar nuestra admiración, y de cosas tan sencillas no queda más que confesar que son sencillas.

98

Pero un general debería tratar de imitar estas cosas a Federico el Grande. Mucho tiempo después, escritores que fueron testigos presenciales hablaron del peligro, de hecho de la imprudencia, que estaba relacionada con los campamentos del rey, y no debemos dudar de que en el momento en que los tomó, este peligro parecía tres veces mayor que después.

Lo mismo ocurría con las marchas bajo la mirada, a menudo bajo los cañones del ejército enemigo. Federico el Grande tomó esos campamentos y realizó esas marchas porque encontró en la manera de proceder de Daun, en su forma de desplegarse, en su responsabilidad y en su carácter esa seguridad que hacía que sus campamentos y marchas fueran atrevidos pero no temerarios. Pero fue necesaria la audacia, la determinación y la fuerza de voluntad del rey para ver las cosas de este modo y no dejarse engañar y disuadir por el peligro del que todavía se podía escribir y hablar 30 años después. Pocos comandantes habrían creído que estos sencillos medios de estrategia eran factibles sobre el terreno.

Ahora otra dificultad de ejecución: el ejército del Rey está en constante movimiento en esta campaña. Dos veces marcha detrás de Daun y, seguido de Lacy, por malos caminos desde el Elba hasta Silesia (a principios de julio y a principios de agosto). Debe estar preparada para atacar en cualquier momento y organizar sus marchas con un arte que necesariamente se traduce en un esfuerzo igualmente grande. Aunque va acompañada y sostenida por miles de carros, sus raciones son muy escasas. En Silesia, hasta la batalla de Liegnitz, durante 8 días, se vieron envueltos en constantes marchas nocturnas, moviéndose siempre arriba y abajo del frente enemigo; - esto costó enormes esfuerzos, exigió grandes privaciones.

¿Se puede creer que todo esto haya tenido lugar sin una fuerte fricción en la máquina? ¿Puede la mente del comandante producir tales movimientos con la facilidad con que la mano del cuchillo de campaña produce los movimientos de su abrolabio? La visión de estos trabajos de los pobres compañeros de armas hambrientos y sedientos, ¿no atraviesa mil veces el corazón de los jefes y del jefe supremo? ¿No llegan a sus oídos las quejas y recelos sobre ellos? ¿No tiene un hombre ordinario valor para desear tales cosas, y no someterán tales esfuerzos inevitablemente el espíritu del ejército, disolverán su orden, en resumen socavarán su virtud militar, a menos que una poderosa confianza en la grandeza e infalibilidad del comandante lo haga todo bien? - Aquí, entonces, es donde hay que tener respeto; estas maravillas de ejecución son lo que debemos admirar. Todo esto, sin embargo, sólo puede ser sentido con todo su peso si uno obtiene un anticipo de ello a través de la experiencia; aquellos que sólo conocen la guerra de los libros y de los campos de entrenamiento no tienen básicamente todo

este contrapeso de la acción; por lo tanto, que acepten de buena fe de nosotros lo que no pueden obtener de su propia experiencia.

Con este ejemplo hemos querido dar mayor claridad al curso de nuestras ideas, y ahora nos apresuramos a decir, al final de este capítulo, que en nuestra exposición de la estrategia caracterizaremos a nuestra manera aquellos objetos individuales de la misma que nos parezcan más importantes, ya sean de naturaleza material o espiritual, progresaremos de lo individual a lo compuesto, y concluiremos con la conexión de todo el acto bélico, es decir, con el plan de guerra y de campaña. *Anotación.* En el manuscrito de una adaptación anterior de la segunda

99

En el segundo libro se encuentran los siguientes pasajes de mano del autor: *"para ser utilizados en el primer capítulo del tercer libro"*. La pretendida reelaboración de este capítulo no se llevó a cabo, por lo que se da a los pasajes mencionados su contenido íntegro.

Por el mero despliegue de fuerzas en un punto, una batalla allí se convierte en meramente posible, y no siempre tiene lugar realmente. ¿Debe considerarse esta posibilidad como una realidad, como algo real? Desde luego que sí. Llega a serlo por sus *consecuencias*, y estos *efectos, cualesquiera que sean, nunca pueden estar ausentes*.

Las posibles batallas deben considerarse reales por las consecuencias

Si uno envía una tropa para bloquear el camino de vuelta del enemigo que huye, y éste se rinde sin más, es sólo la batalla que esta tropa enviada le ofrece, por la que se produce su decisión.

Si una parte de nuestro ejército ocupa una provincia enemiga que carecía de defensa, y priva así al enemigo de fuerzas considerables para completar su ejército, es sólo el enfrentamiento que esta parte destacada permite ver de antemano al enemigo, en caso de que quisiera retomar la provincia, por lo que seguimos en posesión de ella.

En ambos casos, por lo tanto, la mera posibilidad de la batalla ha tenido consecuencias, y por lo tanto ha entrado en la serie de cosas reales. Si, en ambos casos, el enemigo se hubiera opuesto a nuestros cuerpos con otros para los que no eran rivales, y los hubiera inducido así a abandonar su propósito sin un enfrentamiento, nuestro propósito habría sido derrotado, pero el enfrentamiento que ofreciéramos al enemigo en este punto no habría quedado sin efecto, pues habría atraído hacia nosotros a las fuerzas enemigas. Incluso si toda la empresa es en detrimento nuestro, no puede decirse que esos despliegues, esos *posibles enfrentamientos*, quedaran sin efecto; estos efectos son entonces similares a los de una batalla perdida.

De este modo se demuestra que la destrucción de las fuerzas enemigas y la derrota del poder del enemigo sólo se efectúan por los efectos de la batalla, tanto si tiene lugar realmente como si simplemente se ofrece y no se acepta.

Doble objetivo de la batalla

Pero estos efectos son también de dos clases: directos e indirectos. Son estos últimos cuando otros objetos se interponen y se convierten en el propósito del enfrentamiento, que no pueden considerarse en sí mismos como la destrucción de las fuerzas enemigas, sino que sólo pretenden conducir a ella, ciertamente mediante una distracción, pero con mayor fuerza. La posesión de provincias, ciudades, fortalezas, carreteras, puentes, polvorines, etc., puede ser el siguiente objetivo de una escaramuza, pero nunca el último. Estos objetos deben considerarse siempre sólo como medios para una mayor superioridad, con el fin de ofrecer al enemigo la batalla finalmente en una posición tal que le sea imposible aceptarla. Por lo tanto,

todas estas cosas deben ser consideradas como eslabones intermedios, por así decirlo como conductores del principio efectivo, nunca como el principio efectivo mismo.

100

Ejemplos

Cuando la capital de Bonaparte fue tomada en 1814, se logró el propósito de la guerra. Las divisiones políticas que tenían sus raíces en París se hicieron efectivas, y una enorme grieta hizo que el poder del Emperador se derrumbara. Sin embargo, es necesario considerar todo esto desde el punto de vista de que la fuerza y la capacidad de resistencia de Bonaparte disminuyeron repentinamente en gran medida, la superioridad de los aliados aumentó en la misma medida, y cualquier otra resistencia se hizo imposible. Fue esta imposibilidad la que dio la paz a Francia. Si uno imagina las fuerzas armadas en este momento reducidas a la misma medida por circunstancias externas, la superioridad desaparece, así también desaparece todo el efecto y la importancia de la toma de París.

Hemos recorrido esta serie de ideas para demostrar que ésta es la visión natural y única verdadera del asunto, de ahí su importancia. Vuelve incesantemente a la pregunta: ¿cuál será el éxito probable, en cada momento de la guerra y de la campaña, de los grandes y pequeños compromisos que ambas partes tienen que ofrecerse mutuamente? Sólo esta pregunta determina las medidas que deben tomarse desde el principio cuando se piensa en un plan de campaña o de guerra.

Si no lo ves así, das a otras cosas un valor falso

Si no se adquiere el hábito de considerar la guerra, y en la guerra la campaña individual, como una cadena compuesta de batallas, en la que una siempre provoca la otra, se cede a la idea de que la captura de ciertos puntos geográficos, la toma de provincias indefensas, es algo en sí misma, es algo en sí mismo, se está también cerca de considerarlo como una ventaja que hay que tomar por el camino, y al considerarlo así, y no como un eslabón de toda la serie de acontecimientos, no se pregunta uno si esta posesión no conducirá más tarde a mayores desventajas. Cuán a menudo volvemos a encontrar este error en la historia de la guerra. Uno quisiera decir: así como el negociante no puede dejar de lado y asegurar el beneficio de una sola empresa, así también en la guerra una sola ventaja no puede separarse del éxito del conjunto. Así como éste debe trabajar siempre con toda la masa de su fortuna, en la guerra sólo la suma finita decidirá la ventaja y la desventaja del individuo.

Pero si la mirada de la mente se dirige siempre a la serie de batallas, en la medida en que puedan ser previstas de antemano, también se encuentra siempre en el camino *recto* hacia la meta, y así el movimiento de la fuerza adquiere esa velocidad, es decir, la volición y la acción esa energía, que está de acuerdo con la materia y no es perturbada por influencias extrañas.

3.2 CAPÍTULO 2: ELEMENTOS DE LA ESTRATEGIA

Se pueden dividir fácilmente las causas que determinan el uso de la batalla en la estrategia en elementos de distinto tipo, a saber, en elementos morales, físicos, matemáticos, geográficos y estadísticos.

A la primera clase pertenecería todo lo que es causado por cualidades y efectos espirituales; a la segunda, el tamaño de las fuerzas, su composición, la proporción de las armas, etc.; a la tercera, los ángulos de las líneas de operación, los movimientos concéntricos y excéntricos, en la medida en que su naturaleza geométrica adquiere un valor en el cálculo; a la cuarta, la influencia de la región, como: puntos dominantes, montañas, ríos, bosques, caminos; a la quinta, finalmente, los medios de subsistencia, etc. Es bueno que se piense en estos elementos separadamente, para dar claridad a las concepciones y estimar inmediatamente de paso el mayor o menor valor de estas diferentes clases. En efecto, al pensar en ellos separadamente, algunos pierden por sí mismos la importancia que les es inherente; por ejemplo, se percibe inmediatamente con claridad que el valor de una base de operaciones, aunque no se considere en ella más que la *posición de la línea de operaciones*, sigue dependiendo en esta forma simple mucho menos del elemento geométrico de los ángulos que forman entre sí que de la naturaleza de los caminos y de la región por la que discurren.

Pero si uno quisiera tratar la estrategia de acuerdo con estos elementos, ése sería el pensamiento más desafortunado que uno podría tener, porque estos elementos están generalmente conectados entre sí muchas veces e íntimamente en los actos individuales de la guerra; uno se perdería en el análisis más sin vida, y como en un mal sueño, uno trataría siempre en vano de arquear el arco desde estos fundamentos abstractos a los fenómenos del mundo real. Que el cielo proteja a todo teórico de semejante comienzo. Queremos ceñirnos al mundo de los fenómenos totales y no llevar nuestro análisis más allá de lo necesario cada vez para la comprensibilidad del pensamiento que queremos comunicar, y que nos ha llegado no a través de la investigación especulativa, sino a través de la impresión de los fenómenos totales de la guerra.

3.3 CAPÍTULO TERCERO: MAGNITUDES MORALES

Una vez más debemos volver sobre este tema, que hemos tocado en el tercer capítulo del segundo libro, porque las cantidades morales pertenecen a los objetos más importantes de la guerra. Son los espíritus que impregnan todo el elemento de la guerra, y que se unen a la voluntad, que pone en movimiento y dirige toda la masa de fuerzas, antes y con mayor afinidad, goteando, por decirlo así, en uno con ella, porque ella misma es una magnitud moral. Desgraciadamente, tratan de eludir toda la sabiduría de los libros, porque no se las puede poner en números o clases y quieren ser vistas o sentidas.

El espíritu y las demás cualidades morales del ejército, del comandante, de los gobiernos, el estado de ánimo de las provincias en las que se libra la guerra, el efecto moral de una victoria o de una derrota, son cosas que en sí mismas son muy diferentes y que, en su posición en relación con nuestro propósito y nuestras circunstancias, pueden volver a tener influencias muy diferentes.

102

Aunque poco o nada pueda decirse sobre esto en los libros, estas cosas pertenecen, sin embargo, a la teoría del arte de la guerra, así como todo lo demás que constituye la guerra. Porque debo decirlo de nuevo: es una pobre filosofía si, a la vieja usanza, uno concluye sus reglas y principios a este lado de todas las magnitudes morales, y tan pronto como éstas aparecen, uno comienza a contar las excepciones, que de este modo, por así decirlo, constituye científicamente, es decir, hace la regla; o si de este modo uno se ayuda a sí mismo para apelar al genio, que está por encima de todas las reglas, por lo que básicamente da a entender que las reglas no sólo están escritas para tontos, sino que también deben ser realmente tontos ellos mismos.

Si la teoría del arte de la guerra no pudiera realmente hacer otra cosa que recordarnos estos objetos, si pudiera demostrar la necesidad de apreciar las magnitudes morales en todo su valor y de incluirlas en el cálculo, ya habría extendido sus límites más allá de este reino de los espíritus y, al establecer estos puntos de vista, habría condenado de antemano a todo aquel que quisiera justificarse ante su tribunal basándose únicamente en la relación física de las fuerzas.

Pero incluso en aras de todas las demás reglas llamadas, la teoría no debe expulsar de sus límites a las magnitudes morales, porque los efectos de las fuerzas físicas están enteramente fundidos con los efectos de las morales y no pueden separarse de ellas como una aleación metálica por un proceso químico. En toda regla relativa a las fuerzas físicas, la teoría debe tener presente la parte que pueden tener en ella las cantidades morales, si no quiere extraviarse en proposiciones categóricas a veces demasiado tímidas y limitadas, a veces demasiado presuntuosas y extendidas. Hasta las teorías más desprovistas de espíritu, inconscientes de sí mismas, han tenido que vagar por este reino espiritual; pues ninguna victoria, por ejemplo, puede explicarse en sus efectos hasta cierto punto sin tener en cuenta las impresiones morales. Y así, la mayoría de los objetos por los que pasamos en este libro se componen mitad de causas y efectos físicos, mitad de causas y efectos morales, y se podría decir: lo físico aparece casi sólo como la empuñadura de madera, mientras que lo moral es el metal noble, el arma real, brillantemente pulida.

El valor de la grandeza moral en general queda mejor probado y su influencia, a menudo increíble, demostrada por la historia; y éste es el más noble y sólido nutrimento que de ella extrae el espíritu del comandante. - Hay que tener en cuenta que no son tanto las demostraciones y los estudios críticos y los tratados eruditos como las sensaciones, las

CAPÍTULO 3. Libro tercero: De la estrategia en general

3.3 Magnitudes morales

impresiones totales y las chispas individuales del espíritu las que depositan los granos de sabiduría que han de fertilizar el alma.

Podríamos repasar los principales fenómenos morales de la guerra y tratar, con la diligencia de un conferenciante diligente, de averiguar lo bueno o malo que se puede enseñar de cada uno de ellos. Pero como en este método sólo se cae demasiado en refranes y lugares comunes, mientras que el verdadero espíritu se escapa rápidamente en el análisis, se llega inadvertidamente a contar cosas que todo hombre sabe. Preferimos, pues, quedarnos aquí más incompletos y rapsódicos de lo habitual, haber llamado la atención en general sobre la importancia del asunto y haber indicado el espíritu con que se conciben los puntos de vista de este libro.

3.4 CAPÍTULO CUARTO: LAS PRINCIPALES POTENCIAS MORALES

Son: el *talento del comandante*, la *virtud marcial del ejército*, el *espíritu del pueblo*. Por lo general, nadie puede determinar cuál de estos objetos tiene más valor, pues ya es difícil de por sí decir algo en absoluto sobre su grandeza, y aún más difícil sopesar la grandeza de uno frente a la grandeza del otro. Lo mejor que se puede hacer es no tener a ninguno en baja estima, a lo que el juicio humano, en su ir y venir un tanto grillo, se inclina a veces por este lado, a veces por el otro. Es mejor establecer pruebas históricas suficientes de la eficacia inequívoca de estos tres objetos.

Es cierto, sin embargo, que en tiempos más recientes los ejércitos de los estados europeos han alcanzado más o menos el mismo punto de habilidad interior y entrenamiento, y que la guerra, por usar una expresión filosófica, se ha desarrollado de forma tan natural, y se ha convertido en una especie de método que casi todos los ejércitos poseen, que incluso por parte del comandante ya no hay que contar con el uso de artificios especiales en sentido estricto (como el torcido orden de batalla de Federico II). No se puede negar, por lo tanto, que, tal y como están las cosas ahora, hay más margen para el espíritu popular y el hábito de guerra del ejército. Una larga paz podría volver a cambiar esta situación.

El espíritu popular del ejército (entusiasmo, celo fanático, fe, opinión) se expresa con más fuerza en la guerra de montaña, donde todo el mundo está abandonado a su suerte, hasta el soldado individual. Sólo por esta razón, la montaña es el mejor campo de batalla para el armamento popular.

La destreza del ejército y el coraje que une a las tropas como si fueran una sola, se demuestran en la llanura abierta.

El talento del comandante tiene más alcance en una región entrecortada y accidentada. En las montañas domina demasiado poco las partes individuales, y la gestión de las antiguas está más allá de sus facultades; en la llanura abierta es demasiado fácil y no agota estas facultades.

Los diseños deben guiarse por estas inconfundibles afinidades electivas.

3.5 CAPÍTULO CINCO: LA VIRTUD GUERRERA DEL EJÉRCITO

Difiere de la mera valentía y aún más del entusiasmo por la causa de la guerra. La primera es, por supuesto, un componente necesario de la segunda, pero así como es una disposición natural en el mero ser humano, en el caso de un guerrero como parte de un ejército también puede surgir del hábito y la práctica, en la segunda también debe tener una dirección diferente a la del mero ser humano. Debe perder el impulso por la actividad desenfrenada y la expresión del poder que son inherentes al individuo, y subordinarse a las exigencias de un tipo superior, a la obediencia, el orden, la regla y el método. El entusiasmo por la causa da vida y un fuego más fuerte a la virtud marcial de un ejército, pero no es un componente necesario del mismo.

104

La guerra es un negocio específico (y por general que sea su relación, e incluso si todos los hombres de una nación capaces de portar armas se dedicaran a ella, siempre seguiría siendo tal), distinto y separado de las demás actividades que ocupan la vida humana. - Imbuirse del espíritu y la esencia de este negocio, ejercitar, despertar y absorber en uno mismo las fuerzas que han de actuar en él, penetrar completamente en el negocio con la mente, adquirir certeza y soltura en él mediante la práctica, quedar completamente absorto en él, pasar del ser humano al papel que se nos asigna en él: tal es la virtud marcial del ejército en el individuo.

Así, por mucho que se piense en el ciudadano junto al guerrero en un mismo individuo, por mucho que se nacionalicen las guerras, y por mucho que se piense en ellas en una dirección opuesta a la de los antiguos condottieri: nunca se podrá abolir la individualidad del curso de los negocios, y si no se puede, los que lo hacen, y mientras lo hagan, siempre se considerarán a sí mismos como una especie de gremio, en cuyas órdenes, leyes y hábitos se fijan preferentemente los espíritus de la guerra. Y así será de hecho. Se haría, pues, muy mal, con la más decidida inclinación a considerar la guerra desde el más alto punto de vista, en mirar con desprecio el espíritu de cuerpo, que puede y debe estar más o menos presente en un ejército. En lo que llamamos la virtud marcial del ejército, este espíritu de cuerpo es, por así decirlo, el agente aglutinante entre las fuerzas naturales que actúan en él. Los cristales de la virtud marcial disparan más fácilmente contra el espíritu del gremio.

Un ejército que en el fuego más destructor conserva sus órdenes acostumbradas, que nunca se amedrenta por un miedo imaginario y disputa pie a pie lo establecido, orgulloso en el sentimiento de sus victorias, incluso en medio de la ruina de la derrota, no pierde la fuerza para obedecer, ni el respeto y la confianza en sus jefes, cuyas fuerzas físicas se fortalecen en el ejercicio de la privación y el esfuerzo como los músculos de un atleta, que considera estos esfuerzos como un medio para la victoria, no como una maldición que descansa sobre sus estandartes, y que recuerda todos estos deberes y virtudes con el breve catecismo de una sola concepción, a saber, el honor de sus armas, - tal ejército está imbuido del espíritu marcial.

Se puede luchar excelentemente como los vandeños y conseguir grandes cosas como los suizos, los americanos, los españoles, sin desarrollar esta virtud marcial; incluso se puede ser feliz al frente de ejércitos permanentes como Eugenio y Marlborough sin disfrutar excelentemente de su ayuda; No hay que decir, por tanto, que una guerra feliz sea inconcebible sin ella, y llamamos especialmente la atención sobre esto para individualizar más el concepto que aquí establecemos, para que no se desdibujen las ideas en general, y no se piense que la virtud marcial es al fin y al cabo una y todo. No es así. La virtud marcial de un ejército aparece como una cierta potencia moral, que uno puede pensar, cuya influencia uno puede por lo tanto apreciar, - como una herramienta cuyo poder uno puede calcular.

105

Una vez caracterizados así, tratemos de decir lo que se puede decir sobre su influencia y sobre los medios para conseguirla.

La virtud marcial es para todas las partes lo que el genio del comandante es para el todo. El comandante sólo puede dirigir el todo, no cada parte individual, y donde no puede dirigir la parte, el espíritu guerrero debe convertirse en su líder. El comandante es elegido según la reputación de sus excelentes cualidades; los jefes más distinguidos de los grandes grupos después de un cuidadoso examen: pero este examen disminuye cuanto más se desciende, y en la misma medida podemos, por tanto, contar menos con las cualidades individuales: pero lo que falta en éstas debe ser reemplazado por la virtud marcial. Estas son precisamente las funciones que desempeñan las cualidades naturales de un pueblo equipado para la guerra: *valentía, agilidad. Dureza y entusiasmo*. Por tanto, estas cualidades pueden sustituir al espíritu marcial y viceversa, de lo que se deduce lo siguiente:

- (1) La virtud marcial sólo es propia de los ejércitos permanentes, y éstos son los que más la necesitan. En los ejércitos y guerras populares son sustituidas por cualidades naturales que se desarrollan más rápidamente.
- (2) Los ejércitos permanentes contra ejércitos permanentes son más propensos a carecer de ellos que los ejércitos permanentes contra ejércitos populares; porque en este último caso las fuerzas están más divididas, y las partes más abandonadas a sí mismas. Pero donde el ejército puede mantenerse unido, el genio del comandante ocupa un lugar mayor y reemplaza lo que le falta al espíritu del ejército. En general, por lo tanto, la virtud marcial se hace tanto más necesaria cuanto más el teatro de la guerra y otras circunstancias complican la guerra y dispersan las fuerzas.

La única lección que puede extraerse de estas verdades es la siguiente: que si un ejército carece de esta potencia, uno debe tratar de organizar la guerra de la forma más sencilla posible o duplicar su provisión para otros puntos de la organización de la guerra y no esperar del mero nombre del ejército permanente lo que sólo la cosa puede lograr.

Así pues, la virtud marcial del ejército es una de las potencias morales más importantes en la guerra, y allí donde ha faltado, o bien vemos que una de las otras la sustituye, como la grandeza superior del comandante, el entusiasmo del pueblo, o bien encontramos efectos que no corresponden a los esfuerzos realizados. - Cuánta gran obra ha realizado ya este espíritu, esta solidez del ejército, este refinamiento del mineral hasta convertirlo en metal brillante, lo vemos en los macedonios bajo Alejandro, las legiones romanas bajo César, la infantería española bajo Alejandro Farnesio, los suecos bajo Gustavo Adolfo y Carlos XII, los prusianos bajo Federico el Grande y los franceses bajo Bonaparte. Habría que cerrar deliberadamente los ojos a toda evidencia histórica si no se quisiera admitir que los maravillosos éxitos de estos comandantes y su grandeza en las situaciones más difíciles sólo fueron posibles con un ejército tan aumentado.

106

Este espíritu sólo puede surgir de dos fuentes, y éstas sólo pueden generarlo colectivamente. La primera es una serie de guerras y éxitos felices, la otra es la actividad del ejército, a menudo llevada al máximo esfuerzo. Sólo así aprende el guerrero a conocer su fuerza. Cuanto más acostumbra un comandante a exigir a sus soldados, más seguro está de que la exigencia se cumplirá. El soldado está tan orgulloso de las dificultades que ha superado como de los peligros que ha vencido. Así pues, sólo en el terreno de la actividad y el esfuerzo constantes florece este germen; pero también sólo a la luz del sol de la victoria. Una vez que ha crecido hasta convertirse en un árbol fuerte, resiste las mayores tormentas de la desgracia y la derrota, e incluso la perezosa calma de la paz, al menos durante un tiempo. Por tanto, sólo puede *crecer en la guerra* y bajo grandes generales, pero, por supuesto, puede perdurar, al menos durante varias generaciones, incluso bajo los mediocres y durante considerables épocas de paz.

CAPÍTULO 3. Libro tercero: De la estrategia en general

3.5 Virtud guerrera del ejército

Con este vínculo ampliado y ennoblecido de un guerrero con cicatrices y endurecido, no se debe comparar la confianza en sí mismo y la vanidad de los ejércitos permanentes, que se mantienen unidos meramente por el pegamento del reglamento de servicio y ejercicios. - Una cierta seriedad y un reglamento estricto pueden preservar durante más tiempo la virtud marcial de una tropa, pero no la producen; por lo tanto, siempre conservan su valor, pero no hay que sobrevalorarlos. El orden, la habilidad, la buena voluntad, también un cierto orgullo y una excelente disposición son cualidades de un ejército educado en la paz que deben ser valoradas, pero que no tienen independencia. El conjunto sostiene al todo, y como ocurre con el vidrio que se enfría demasiado rápido, una sola grieta desmorona toda la masa. En particular, el mejor humor del mundo se transforma con demasiada facilidad al primer accidente en pusilanimidad y, podría decirse, en una especie de grandilocuencia del miedo: el *sauve qui peut* francés. - Un ejército así sólo puede hacer algo a través de su comandante, nada por sí mismo. Debe ser dirigido con doble cautela, hasta que poco a poco, en la victoria y el esfuerzo, la fuerza crezca en la pesada armadura. Así que cuidado con confundir el espíritu del ejército con su estado de ánimo.

3.6 CAPÍTULO SEIS: AUDACIA

Qué lugar y qué papel ocupa la audacia en el sistema dinámico de las fuerzas, donde se opone a la cautela y a la prudencia, lo hemos dicho en el capítulo sobre la certeza del éxito, para demostrar que la teoría no tiene derecho a limitarla so pretexto de su legislación.

Pero este noble ímpetu, con el que el alma humana se eleva por encima de los peligros más amenazadores, debe considerarse también como un principio eficaz por derecho propio en la guerra. En efecto, ¿en qué campo de la actividad humana debería tener su ciudadanía la audacia si no fuera en la guerra?

Es la virtud más noble, el acero justo que da al arma su filo y su brillo, desde el soldado de tropa y tambor hasta el comandante.

Admitámoslo: en la guerra, tiene incluso sus propias *prerrogativas*. Más allá del éxito en el cálculo del espacio, el tiempo y el tamaño, hay que concederle ciertos porcentajes, que extrae de la debilidad de los demás cada vez que se muestra superior. Es, pues, una verdadera fuerza creadora. Esto no es difícil de demostrar ni siquiera filosóficamente. Siempre que la audacia se encuentra con la timidez, tiene necesariamente la probabilidad de éxito a su favor, porque la timidez es ya un equilibrio perdido. Sólo cuando se encuentra con la prudente cautela, que, podría decirse, es igual de *audaz*, en cualquier caso igual de fuerte y vigorosa que ella, debe estar en desventaja; pero éstos son ya los raros casos. En toda la multitud de los prudentes hay una considerable mayoría que lo son por timidez.

107

En el gran montón, la audacia es una fuerza cuyo excelente entrenamiento nunca puede ir en detrimento de otras fuerzas, porque el gran montón está ligado a una voluntad superior por los marcos y estructuras del orden de batalla y del servicio y, por tanto, está guiado por una perspicacia ajena. Aquí, la audacia sigue siendo sólo una fuerza de resorte que siempre está en tensión hasta que se libera.

Cuanto más ascendemos entre los líderes, más necesario se hace que la audacia vaya acompañada de un espíritu superior, que no sea sin propósito, que no sea un impulso ciego de la pasión; porque cada vez menos concierne a la propia abnegación, cada vez más está ligada a ella la preservación de los demás y el bienestar de un gran conjunto. Lo que, por lo tanto, se regula en la gran multitud por el orden del servicio, que se ha convertido en una segunda naturaleza, debe ser regulado en el líder por la deliberación, y aquí la audacia de un solo acto puede convertirse fácilmente en un error. Pero sin embargo sigue siendo un hermoso error, que no necesita ser considerado como cualquier otro. Es bueno para el ejército, donde la audacia intempestiva se manifiesta a menudo; es un brote exuberante, pero el testimonio de un suelo vigoroso. Incluso la temeridad, es decir, la audacia sin ningún propósito, no debe considerarse con desprecio; en el fondo es el mismo poder de la mente, sólo que ejercido sin ninguna intervención del espíritu, en una especie de pasión. Sólo cuando la audacia se rebela contra la obediencia del espíritu, cuando desdeña una voluntad superior pronunciada, debe ser tratada como un mal peligroso, no por sí misma, sino a causa de la desobediencia, pues nada supera a la obediencia en la guerra.

Que, con el mismo grado de perspicacia, en la guerra se echa a perder mil veces más por la timidez que por la audacia, no tenemos más que decirlo para estar seguros del aplauso de nuestros lectores.

Básicamente, la adición de un propósito razonable debería facilitar la audacia, rebajándola de por sí; y sin embargo es justo lo contrario.

A todos los poderes de la mente, la adición del pensamiento ligero, o incluso el predominio del espíritu, les quita una gran parte de su poder. Esta es la razón por la que la audacia se vuelve más *y más rara cuanto más ascendemos en los grados*; porque incluso si la perspicacia y la comprensión no crecieran con estos grados, las *magnitudes* objetivas, las *condiciones* y las *consideraciones* son, sin embargo, tanto y tan fuertemente impuestas a los líderes en sus diversas estaciones desde el exterior, *que están tanto más agobiados por ellas cuanto menos es su propia perspicacia*. En la guerra, ésta es la razón principal de la experiencia de vida conservada en el proverbio francés: Tel brille au second qui s'éclipse au premier. Casi todos los generales que la historia nos ha enseñado como comandantes mediocres o incluso indecisos se habían distinguido en menor grado por su audacia y determinación.

108

Hay que distinguir entre los motivos para actuar con audacia que surgen del impulso de la necesidad. Esta necesidad tiene sus grados. Si está cerca, si el agente se ve empujado entre grandes peligros en pos de su objetivo, con el fin de escapar de otros peligros igualmente grandes, entonces uno sólo puede admirar la determinación, que, sin embargo, sigue teniendo su valor. Si un joven, para mostrar su destreza como jinete, salta por un profundo precipicio, es audaz; si hace el mismo salto perseguido por una jauría de jenízaros cortadores de cabezas, es simplemente decidido. Pero cuanto más lejos está la necesidad de la acción, cuanto mayor es el número de relaciones por las que debe pasar la mente para tomar conciencia de ella, menos hace a la audacia. Si Federico el Grande en 1756 consideraba la guerra como inevitable, y sólo podía escapar a su perdición adelantándose a sus enemigos, era necesario que él mismo comenzara la guerra, pero ciertamente al mismo tiempo muy audaz, pues pocos hombres en su posición se habrían resuelto a hacerlo.

Aunque la estrategia es sólo dominio de los comandantes o jefes en los puestos más altos, la audacia de todos los demás miembros del ejército no es para ella un objeto más indiferente que las demás virtudes marciales del mismo. Con un ejército que ha emanado de un pueblo audaz y en el que siempre se ha alimentado el espíritu de audacia, se pueden emprender otras cosas que con uno que esté ajeno a esta virtud marcial; por eso también hemos pensado en ella para el ejército. Pero es realmente la audacia del general nuestro objeto, y sin embargo no tenemos mucho que decir al respecto, después de haber caracterizado en general esta virtud marcial según nuestro leal saber y entender.

Cuanto más ascendemos en los puestos de mando, más predominan en la actividad el espíritu, el intelecto y la perspicacia, más se aleja, por tanto, la audacia, que es una cualidad de la mente, y por eso la encontramos tan raramente en los puestos más altos, pero tanto más admirable es incluso entonces. Una audacia guiada por el espíritu prevaleciente es el sello del héroe; esta audacia no consiste en un atrevimiento contra la naturaleza de las cosas, en una torpe violación de la ley de la probabilidad, sino en el vigoroso apoyo de ese cálculo superior que el genio, el tacto del juicio, ha atravesado en un instante y sólo medio conscientemente cuando hace su elección. Cuanto más audacia inspiran el espíritu y la perspicacia, tanto más lejos llegan éstos con su vuelo, tanto más abarcadora se vuelve la visión, tanto más correcto el resultado; pero, por supuesto, siempre sólo en el sentido de que con los fines mayores también permanecen conectados los mayores peligros. El hombre ordinario, por no hablar de los débiles e irresolutos, llega a lo sumo a un resultado correcto en una eficacia imaginaria en su habitación, alejado del peligro y la responsabilidad, en la medida en que tal resultado es posible sin una visión viva. Pero si el peligro y la responsabilidad están por todas partes cerca de él, pierde su visión de conjunto, y si se le dejara por la influencia de otros, perdería su *decisión*, porque nadie más puede ayudarle.

Así, creemos que sin audacia no puede concebirse un general excelente, es decir, que nunca puede llegar a serlo un hombre al que no le sea innato este poder de la mente, que consideramos, por tanto, la primera condición de tal carrera. Cuánto de este poder innato, más desarrollado y modificado por educación y el resto de la vida, permanece cuando el

hombre ha alcanzado el alto puesto, es la segunda cuestión. Cuanto mayor es aún este poder, más fuerte es el batir de las alas del genio, más alto es el vuelo. La empresa se hace cada vez mayor, pero la meta crece con ella. Que las líneas partan de una necesidad lejana y obtengan su dirección o se dirijan hacia la clave de bóveda de un edificio diseñado por la ambición, que actúe Federico o Alejandro, es lo mismo para la observación crítica. Si este último excita más la imaginación, porque es aún más audaz, el primero satisface más el intelecto, porque tiene más necesidad interior.

109

Pero ahora tenemos que recordar una relación importante.

El espíritu de audacia puede estar en casa en un ejército ya sea porque está en el pueblo o porque se ha generado en una guerra afortunada bajo líderes audaces; en este caso, sin embargo, se prescindirá de él al principio.

Ahora, en nuestros tiempos, apenas hay otro medio de educar el espíritu del pueblo en este sentido que la guerra, y específicamente la audaz conducción de la misma. Sólo ella puede contrarrestar esa blandura de mente, esa tendencia al sentimiento acogedor, que arrastra a un pueblo en el aumento de la prosperidad y el incremento de la actividad de las relaciones.

Sólo cuando el carácter del pueblo y el hábito de la guerra se apoyan mutuamente en constante interacción, puede un pueblo esperar tener un punto de apoyo firme en el mundo político.

3.7 CAPÍTULO SIETE: PERSEVERANCIA

El lector espera oír hablar de ángulos y líneas, pero en lugar de estos ciudadanos del mundo científico, sólo encuentra personas de la vida ordinaria con las que se cruza cada día por la calle. Y, sin embargo, el autor no se decide a ser ni un pelo más matemático de lo que le parece su tema, y no rehúye la alienación que pueda mostrarle su lector.

En la guerra, más que en cualquier otra parte del mundo, las cosas se presentan de manera diferente a como uno las había pensado, y se ven diferentes de cerca que de lejos. ¡Con qué calma puede el maestro de obras ver cómo su obra se eleva y crece en su dibujo! El médico, aunque mucho más expuesto a efectos inescrutables y a coincidencias que el maestro de obras, conoce sin embargo exactamente los efectos y las formas de sus remedios. En la guerra, el jefe de un gran conjunto se encuentra en una oleada constante de noticias falsas y verdaderas; de errores cometidos por miedo, por descuido, por exceso de prisa; de incoherencias que se le muestran por verdadera o falsa opinión, por mala voluntad, por verdadero o falso sentido del deber, por indolencia o por agotamiento, de coincidencias en las que nadie ha pensado. En resumen, está expuesto a cien mil impresiones, la mayoría de las cuales tienen una tendencia angustiosa, las menos, alentadora. La larga experiencia de la guerra lleva al tacto de apreciar rápidamente el valor de estas apariencias individuales; el alto valor y la fuerza interior las resisten como la roca resiste el batir de las olas. Quien cediera a estas impresiones no llevaría a cabo ninguna de sus empresas, por lo que *la perseverancia* en la resolución tomada, mientras no surjan las razones más decisivas en contra, es un contrapeso muy necesario. - Además, en la guerra casi no hay empresa gloriosa que no se lleve a cabo con infinitos esfuerzos, trabajos y penalidades, y si aquí la debilidad del hombre físico y espiritual está siempre dispuesta a ceder, de nuevo sólo una gran fuerza de voluntad puede conducir a la meta, que se manifiesta en una *perseverancia* admirada por el mundo y la posteridad.

3.8 CAPÍTULO OCTAVO: LA SUPERIORIDAD DEL NÚMERO

En táctica como en estrategia, es el principio más general de la victoria y será considerado por nosotros en primer lugar en esta generalidad, para lo cual nos permitiremos el siguiente desarrollo.

La estrategia determina el punto *en el cual*, el tiempo *en el cual* y las fuerzas *con las cuales* la batalla debe ser librada; por esta triple determinación, por lo tanto, tiene una influencia muy esencial en el resultado de la batalla. Cuando la táctica ha librado la batalla, cuando el éxito está ahí, ya sea victoria o derrota, la estrategia hace de él el uso que puede hacerse de acuerdo con el propósito de la guerra. Esta finalidad de la guerra es, por supuesto, a menudo muy lejana y, en los casos más raros, bastante obvia. Otros fines se subordinan a él como medios. Estos fines, que son al mismo tiempo medios para fines más elevados, pueden ser de diversos tipos en su aplicación; incluso el fin último, el objetivo de toda la guerra, es diferente en casi todas las guerras. Nos familiarizaremos con estas cosas en la medida en que nos familiaricemos con los objetos individuales que tocan, y no puede ser nuestra intención aquí abarcar todo el tema mediante una enumeración completa de ellos, incluso si fuera posible. Por lo tanto, dejaremos por el momento el uso del combate.

Incluso aquellos aspectos por los que la estrategia influye en el resultado de la batalla determinándolo (decretándolo, por así decirlo) no son tan sencillos como para poder englobarlos en una única consideración. Al determinar el tiempo, el lugar y la fuerza, la estrategia puede hacerlo de diversas maneras, cada una de las cuales determina el resultado y el éxito de la batalla de forma diferente. Por lo tanto, sólo llegaremos a conocer esto gradualmente, es decir, en los objetos que determinan la aplicación más de cerca.

Si despojamos así a la batalla de todas las modificaciones que puede recibir en función de su finalidad y de las circunstancias de las que surge, si finalmente nos abstraemos del valor de las tropas, porque éste es un dato dado, entonces sólo queda el concepto desnudo de la batalla, es decir, una batalla informe, en la que no distinguimos más que el número de los que combaten.

Este número determinará, por tanto, la victoria. Incluso por la cantidad de abstracciones que hemos tenido que hacer para llegar a este punto, es evidente que la superioridad numérica en una batalla es sólo uno de los factores a partir de los cuales se forma la victoria, que por tanto, lejos de haberlo ganado todo o incluso lo principal con la superioridad numérica, quizás se haya conseguido muy poco con ella, dependiendo de que las circunstancias coadyuvantes sean unas u otras.

111

Pero la superioridad tiene grados, se puede pensar que es el doble, el triple, el cuádruple, etc., y todo el mundo comprende que con este aumento debe superar a todo lo demás.

En este sentido, hay que admitir que la superioridad numérica es el factor más importante en el resultado de una batalla, sólo que debe ser lo suficientemente grande como para equilibrar las demás circunstancias que contribuyen. La consecuencia inmediata de esto es que el mayor número posible de tropas debe ser llevado a la batalla en el punto decisivo.

Tanto si estas tropas son suficientes como si no, desde este lado se ha hecho todo lo que los medios permitían. Este es el primer principio de la estrategia. Tal como se expresa aquí en general, valdría tanto para griegos y persas o ingleses y mahrats como para franceses y alemanes. Pero queremos fijarnos en nuestras condiciones de guerra europeas para poder pensar en algo más específico.

Aquí los ejércitos son mucho más parecidos entre sí en armamento, equipo y destreza de todo tipo; sólo hay una diferencia alternante en la virtud marcial del ejército y el talento del comandante. Si recorremos la historia bélica de la Europa moderna, no encontraremos ejemplos de maratón.

Federico el Grande derrotó a 80.000 austriacos con unos 30.000 hombres en Leuthen, y a unos 50.000 aliados con 25.000 hombres en Roßbach; pero estos son también los únicos ejemplos de una victoria obtenida contra un enemigo dos y más veces más fuerte. No podemos citar justificadamente a Carlos XII en la batalla de Narva. Los rusos difícilmente podían considerarse europeos en aquella época, e incluso se conocen demasiado poco las principales circunstancias de esta batalla. Bonaparte en Dresde tenía 120.000 contra 220.000, por lo que aún no era el doble. En Kolin, Federico el Grande no tuvo éxito con 30.000 hombres frente a 50.000 austriacos, y lo mismo Bonaparte en la desesperada batalla de Leipzig, donde contaba con 160.000 hombres frente a 2.800.000, por lo que la superioridad estaba mucho de ser doble.

De esto se desprende que en la Europa moderna es muy difícil para el general de más talento obtener una victoria sobre una fuerza enemiga del doble de sus efectivos; si vemos que la doble fuerza pesa tanto en contra de los más grandes generales, no debemos dudar de que en los casos ordinarios, en grandes y pequeños enfrentamientos, una superioridad significativa, que no tiene por qué exceder del doble de la fuerza, será suficiente para conferir la victoria, por muy desventajosas que sean las demás circunstancias. Por supuesto, uno puede imaginar un paso en el que incluso una ventaja diez veces mayor no bastaría para la victoria; pero en tal caso no puede hablarse en absoluto de batalla. Creemos, pues, que en nuestras circunstancias, como en todas las similares, la fuerza en el punto decisivo es un gran asunto, y que este objeto es, en la generalidad de los casos, el más importante de todos. La fuerza en el punto decisivo depende de la fuerza absoluta del ejército y de la habilidad con que se emplee.

Así que la primera regla sería ir al campo de batalla con un ejército lo más fuerte posible. Esto suena a refrán común, pero en realidad no lo es.

112

Para demostrar que durante mucho tiempo la fuerza de las fuerzas armadas no se consideró en absoluto como un asunto principal, sólo podemos señalar que en la mayoría, incluso en las historias de guerra más detalladas del siglo XVIII, la fuerza de los ejércitos no se menciona en absoluto o sólo de forma incidental, y nunca se le concede ningún valor especial; Tempelhoff en su Historia de la Guerra de los Siete Años es el primero de los escritores que la menciona regularmente, pero sólo de forma muy superficial.

Incluso Massenbach, en sus numerosas reflexiones críticas sobre las campañas prusianas de 1793 y 1794 en los Vosgos, habla mucho de montañas, valles, caminos y pasarelas, pero nunca dice una sílaba sobre la fuerza mutua.

Otra prueba reside en una idea maravillosa que rondó la mente de muchos escritores críticos, según la cual había un cierto tamaño de ejército que era el mejor, un tamaño normal más allá del cual las fuerzas de rebasamiento serían más molestas que útiles.¹

Por último, abundan los ejemplos en los que no todas las fuerzas utilizables se emplearon realmente en la batalla o la guerra porque no se creía que la superioridad numérica tuviera la importancia que merecía por su naturaleza.

Si uno está bastante imbuido de la convicción de que con una cantidad considerable de poder se puede conseguir todo lo posible, entonces es inevitable que esta clara convicción tenga un efecto en los preparativos para la guerra, de modo que uno pueda aparecer con tanta

¹ Tempelhoff y Montalembert vienen a la mente en primer lugar; el primero en un pasaje de su primera parte, página 148, el segundo en su correspondencia con motivo del plan operativo ruso para 1759.

fuerza como sea posible y ganar la ventaja uno mismo, o al menos protegerse de un enemigo. Hasta aquí el poder absoluto con el que se va a librar la guerra.

La medida de este poder absoluto la determina el gobierno, y aunque la actividad militar real comienza con esta determinación, y es una parte bastante esencial y estratégica de la misma, sin embargo, en la mayoría de los casos, el comandante que ha de dirigir esta fuerza en la guerra debe dar por supuesta su fuerza absoluta, tanto si no ha participado en su determinación, como si las circunstancias le han impedido darle una extensión suficiente.

Lo único que queda por hacer, por tanto, es obtener una preponderancia relativa en el punto decisivo mediante un uso hábil incluso allí donde no se ha podido lograr la preponderancia absoluta.

El cálculo del espacio y del tiempo parece ser lo más importante en este caso, lo que ha llevado a considerar este tema en la estrategia como uno que abarca por completo la utilización de las fuerzas armadas. De hecho, se ha llegado a atribuir a la estrategia y a la táctica un órgano interno especialmente creado.

Pero esta comparación de espacio y tiempo, aunque sea la base en todas partes y, hasta cierto punto, el pan de cada día de la estrategia, no es ni lo más difícil ni lo más decisivo.

Si repasamos la historia de la guerra con ojo imparcial, comprobaremos que los casos en los que los errores en dicho cálculo hubieran sido realmente la causa de pérdidas significativas son extremadamente raros, al menos en estrategia. Pero si el concepto de hábil combinación de espacio y tiempo ha de representar todos los casos en que un general resuelto y activo, mediante marchas rápidas con un mismo ejército, derrotó a varios de sus adversarios (Federico el Grande, Bonaparte), nos confundimos inútilmente en el lenguaje convencional. Para la claridad y la fecundidad de las ideas, es necesario llamar siempre a las cosas por su nombre correcto.

113

El acierto en el juicio de sus adversarios (Daun, Schwarzenberg), la audacia de no dejarles enfrentarse más que a pequeñas fuerzas durante un tiempo, la energía de las marchas reforzadas, la audacia de los ataques rápidos, la mayor actividad que adquieren las grandes almas en el momento de peligro: éstas son las razones de tales victorias -¡y qué tienen que ver éstas con la capacidad de comparar correctamente dos cosas tan simples como son el espacio y el tiempo!

Pero incluso ese ricocheting juego de fuerzas, donde las victorias de Roßbach y Montmirail dan el impulso a las victorias de Leuthen y Montereau, y que los grandes generales han confiado a menudo en la defensa, es, si queremos ser claros y precisos, sólo un hecho raro en la historia.

Con mucha mayor frecuencia, la superioridad relativa, es decir, la hábil conducción de fuerzas superiores hasta el punto decisivo, tiene su razón de ser en la correcta apreciación de estos puntos y en la acertada dirección que de este modo reciben innatamente las fuerzas; en la determinación que es necesaria para dejar lo intrascendente por el bien de lo importante, es decir, para mantener sus fuerzas unidas en grado predominante. En esto, Federico el Grande y Bonaparte son característicos.

De este modo, creemos haber devuelto a la superioridad numérica la importancia que merece: debe ser considerada como la idea básica, que debe buscarse en todas partes en primer lugar y en la medida de lo posible.

Considerarlo, por tanto, como una condición necesaria para la victoria sería un completo malentendido de nuestro desarrollo; por el contrario, no hay nada en su resultado más que el valor que debe darse a la fuerza de las fuerzas armadas en la batalla. Si esta fuerza se hace tan grande como sea posible, entonces el principio se ha hecho lo suficiente, y sólo la visión del

CAPÍTULO 3. Libro tercero: De la estrategia en general

3.8 Superioridad numérica

conjunto de las circunstancias decide si la batalla puede evitarse o no por falta de fuerzas armadas.

3.9 CAPÍTULO NUEVE: LA SORPRESA

Ya desde el tema del capítulo anterior, la lucha general por la superioridad relativa, surge otra lucha, que por consiguiente debe ser igual de general: es la *sorpresa del* enemigo. Se encuentra más o menos en la base de todas las empresas, ya que sin ella, la superioridad en el punto decisivo es realmente inconcebible.

La sorpresa, entonces, se convierte en el medio para la superioridad, pero también debe ser considerada como un principio independiente, a saber, a través de su efecto espiritual. Cuando tiene éxito en alto grado, las consecuencias son la confusión y el coraje quebrantado por parte del adversario, y hay suficientes ejemplos, grandes y pequeños, de cómo éstos multiplican el éxito. Por lo tanto, no estamos hablando aquí del ataque propiamente dicho, que pertenece al ataque, sino del esfuerzo por sorprender al adversario con sus medidas en general, pero especialmente con la distribución de fuerzas, que puede pensarse igualmente en la defensa y es una gran cosa principal en la defensa táctica.

114

Nosotros decimos: la sorpresa subyace en todas las empresas sin excepción, sólo que en grados muy diferentes según la naturaleza de la empresa y las demás circunstancias.

Esta diferencia comienza ya con las características del ejército, del comandante e incluso del gobierno nacional.

Misterio y rapidez son los dos factores de este producto, y ambos requieren gran energía por parte del gobierno y del comandante, pero gran seriedad de servicio por parte del ejército. Con blandura y principios laxos es en vano contar con la sorpresa. Pero por muy general, por muy indispensable que sea este esfuerzo, y por muy cierto que sea que nunca carecerá totalmente de efecto, es igualmente cierto que rara vez tiene un grado *excelente* de éxito, y que esto está en la naturaleza de las cosas. Por lo tanto, uno se engañaría a sí mismo si creyera que se puede lograr mucho en la guerra principalmente por este medio. En la idea nos atrae tanto, que en la ejecución suele atascarse en la fricción de toda la máquina.

En táctica, la sorpresa se encuentra más bien a gusto por la razón bastante natural de que todos los tiempos y espacios son más reducidos. En estrategia, por tanto, resulta tanto más factible cuanto más cerca estén las medidas del campo de la táctica, y tanto más difícil cuanto más arriba estén en relación con el campo de la política.

os preparativos para la guerra suelen durar varios meses; la reunión de los ejércitos en sus grandes puntos de despliegue suele requerir la construcción de polvorines y depósitos y marchas considerables, cuya dirección puede adivinarse muy pronto.

s extremadamente raro, por tanto, que un Estado sorprenda a otro con una guerra, o con la dirección de sus fuerzas en la gran. En los siglos XVII y XVIII, cuando la guerra giraba mucho en torno a los asedios, un esfuerzo múltiple, y un capítulo importante en el arte de la guerra por sí mismo, consistía en encerrar un lugar firme e insospechado: y esto también tenía éxito en raras ocasiones.

En cambio, en el caso de las cosas que pueden suceder de un día para otro, la sorpresa es mucho más concebible, por lo que a menudo no es difícil ganar al enemigo una marcha y con ello una posición, un punto de la región, un camino, etc. Pero es evidente que lo que la sorpresa gana en facilidad por este lado lo pierde en eficacia a medida que aumenta en el otro sentido. Quien crea que de tales sorpresas pueden derivarse a menudo grandes cosas en pequeñas medidas, por ejemplo, la victoria en una batalla, la toma de un polvorín importante, cree algo que, en efecto, es muy concebible, pero que la historia no prueba, pues en conjunto

hay muy pocos ejemplos en los que de tales sorpresas hayan resultado grandes cosas, de lo que se tiene derecho a concluir las dificultades que hay en el asunto.

115

Por supuesto, quienes cuestionan la historia en estas cuestiones no deben ceñirse a ciertos caballos de batalla de la crítica histórica, a sus aforismos y a su terminología autocomplaciente, sino que deben mirar a los ojos a los propios hechos. Hay, por ejemplo, un cierto día en la campaña de 1761 en Silesia que tiene una especie de celebridad a este respecto. Se trata del 22 de julio, en el que Federico el Grande negó al general Laudon la marcha a Nossen, cerca de Neisse, lo que, según se dice, hizo imposible la unificación de los ejércitos austriaco y ruso en la Alta Silesia y, de este modo, el rey ganó un plazo de cuatro semanas. Cualquiera que lea detalladamente este acontecimiento en los principales historiadores¹ y lo considere imparcialmente, nunca encontrará esta importancia en la marcha del 22 de julio y, por lo general, no verá más que contradicciones en toda la retórica que se ha puesto de moda sobre este punto, pero sí mucho inmotivado en los movimientos de Laudon durante esta famosa maniobra. Con su sed de verdad y su clara convicción, ¿cómo podría uno aceptar semejante evidencia histórica?

Al esperar grandes efectos del principio de sorpresa en el curso de una campaña, uno piensa en una gran actividad, decisiones rápidas, marchas fuertes, que se supone que dan los medios para ello; pero que estas cosas, incluso cuando están presentes en un alto grado, no siempre producen el efecto deseado, lo vemos en los ejemplos de dos comandantes de los que bien puede decirse que tuvieron el mayor virtuosismo en esto, Federico el Grande y Bonaparte. El primero, cuando en julio de 1760 cayó tan repentinamente de Bautzen sobre Lacy y se volvió contra Dresde, en realidad no consiguió nada con todo este intermezzo; al contrario, sus asuntos empeoraron notablemente por el hecho de que Glatz había caído entretanto.

Bonaparte se volvió dos veces contra Blücher en 1813 desde Dresde, por no hablar de su incursión desde la Alta Lusacia en Bohemia, y ambas veces sin el efecto pretendido. Fueron ataques aéreos que sólo le costaron tiempo y fuerzas y que podrían haber sido extremadamente peligrosos en Dresde.

También en este campo, una sorpresa con gran éxito no resulta de la mera actividad, fuerza y determinación del líder; debe verse favorecida por otras circunstancias. Sin embargo, no queremos negar este éxito, sino sólo vincularlo a la necesidad de unas condiciones favorables que, por supuesto, no se dan tan a menudo y que el actor rara vez puede propiciar.

Bonaparte en su famosa empresa sobre el ejército de Blücher en 1814, cuando éste, separado del gran ejército, marchó por el Marne. No era fácil que una marcha sorpresa de dos días diera mayores resultados. El ejército de Blücher, extendido a tres días de marcha, fue derrotado uno a uno y sufrió una pérdida que equivalía a una batalla principal perdida. No fue más que el efecto de la sorpresa, pues Blücher, si hubiera creído en la posibilidad tan cercana del ataque de Bonaparte, habría dispuesto su marcha de forma muy diferente. A este error de Blücher se debió el éxito. Bonaparte, sin embargo, no conocía estas circunstancias, por lo que fue una feliz coincidencia la que intervino.

116

Sucedió lo mismo con la batalla de Liegnitz en 1760. Federico el Grande ganó esta hermosa batalla porque cambió la posición que acababa de tomar durante la noche; esto cogió a Laudon completamente por sorpresa, y el resultado fue una pérdida de 70 cañones y 10.000 hombres. Aunque Federico el Grande había adoptado en esta época el principio de avanzar y retroceder mucho para imposibilitar así una batalla o, al menos, desbaratar los planes del enemigo, el cambio de posición durante la noche del 14 al 15 no se hizo exactamente con la intención de hacerlo, sino, como dice el propio rey, porque no le gustaba la posición del día 14. También

¹ Tempelhoff, el veterano, Federico el Grande.

en este caso la casualidad tuvo mucho que ver. Sin la coincidencia del ataque con el cambio nocturno y la zona inaccesible, el éxito no hubiera sido el mismo.

Incluso en las esferas más altas y elevadas de la estrategia hay algunos ejemplos de sorpresas trascendentales; baste recordar las brillantes maniobras del gran Elector contra los suecos desde Franconia hasta Pomerania y desde el Marco hasta el Pregel, la campaña de 1757 y el famoso cruce de los Alpes por Bonaparte en 1800. Aquí un ejército rindió todo su teatro de guerra, y en 1757 a otro le habría costado poco rendir su teatro de guerra y a sí mismo. Por último, en el caso de una guerra bastante inesperada, se puede citar la invasión de Silesia por Federico el Grande. Los éxitos aquí son grandes y tremendos en todas partes. Pero hay muy pocos fenómenos de este tipo en la historia, si no se confunden con los casos en que un Estado, por falta de actividad y energía (Sajonia en 1756 y Rusia en 1812), no puede hacer frente a sus instituciones.

Ahora hay una observación más que concierne al interior del asunto. Porque sólo quien da la ley al otro puede sorprenderle; la ley la da quien tiene razón. Si sorprendemos al adversario con una medida equivocada, tal vez tengamos que soportar un duro revés en lugar de buenas consecuencias; en cualquier caso, al adversario poco le tiene que importar nuestra sorpresa, encuentra en nuestro error el medio de evitar el mal. Dado que el ataque incluye muchas más acciones positivas que la defensa, la sorpresa también está más en el lugar del atacante, pero de ninguna manera exclusivamente, como veremos a continuación. Así que las sorpresas mutuas del atacante y del defensor pueden encontrarse, y entonces debería acertar el que haya dado mejor en el clavo. Así es como debería ser, pero la vida práctica no se atiene a esta línea con tanta precisión, por una sencilla razón. Los efectos espirituales que trae consigo la sorpresa a menudo convierten lo peor en bueno para el que disfruta de su ayuda, y no permiten al otro llegar a una decisión adecuada; aquí más que en ninguna parte tenemos en mente no sólo a los primeros líderes, sino a cada individuo, porque el efecto de la sorpresa tiene la peculiaridad de soltar violentamente el lazo de la unidad, de modo que cada individualidad sale fácilmente a la luz.

Aquí depende mucho de la relación general en que se encuentren ambas partes. Si la una ya es capaz de desalentar y dominar a la otra mediante una superioridad moral general, podrá hacer uso de la sorpresa con más éxito y cosechar buenos frutos incluso allí donde en realidad debería escandalizarse.

3.10 CAPÍTULO DIEZ: LA ASTUCIA

La astucia presupone una intención oculta y, por tanto, se opone al modo de actuar recto, simple, es decir, directo, del mismo modo que el ingenio se opone a la prueba directa. Por tanto, no tiene nada en común con los medios de persuasión, el interés o la violencia, pero sí mucho con el fraude, porque éste también oculta su intención. Es incluso un engaño en sí mismo, cuando el conjunto está terminado, pero difiere de lo que generalmente se denomina tal, a saber, en que no se convierte inmediatamente en palabrería. El hombre astuto hace cometer a aquel a quien quiere engañar los errores del propio entendimiento, los cuales, confluyendo al fin en *un solo* efecto, cambian repentinamente la esencia de la cosa ante sus ojos. De ahí que pueda decirse: así como el ingenio es un juego de manos con las ideas y las concepciones, la astucia es un juego de manos con las acciones.

A primera vista no parece erróneo que la estrategia reciba su nombre de la astucia, y que a pesar de todos los cambios reales y aparentes que ha sufrido el gran contexto de la guerra desde los griegos, este nombre siga apuntando a su esencia misma.

Si se deja la ejecución de los golpes violentos, las batallas propiamente dichas, a la táctica y se considera la estrategia como el arte de utilizar con habilidad la capacidad de hacerlo, entonces, aparte de las fuerzas de la mente, como son una ambición ferviente que siempre presiona como un resorte, una voluntad fuerte que difícilmente cede, etc., ninguna disposición natural subjetiva parece tan adecuada para guiar y animar la actividad estratégica como la astucia. La necesidad general de sorprender, de la que hablábamos en el capítulo anterior, ya apunta en este sentido; pues todo exceso de rapidez se basa en un grado de astucia, por pequeño que sea.

Pero por mucho que uno sienta la necesidad de ver a los actores de la guerra superarse unos a otros en actividad artera, agilidad y astucia, hay que admitir que estas cualidades se muestran poco en la historia y rara vez han sido capaces de abrirse camino entre la masa de circunstancias y condiciones.

La razón de esto es bastante obvia y se reduce más o menos a una cosa con los artículos del capítulo anterior.

La estrategia no conoce otra actividad que la ordenación de las batallas con las medidas que se refieren a ellas. No conoce, como el resto de la vida, acciones que consistan en meras palabras, es decir, en afirmaciones, declaraciones, etc. Éstas, sin embargo, no cuestan mucho. Pero éstas, que no cuestan mucho, son los principales medios con los que el hombre astuto engaña.

En la guerra ocurren cosas parecidas: Los borradores y las órdenes dadas por mera apariencia, las noticias falsas dadas deliberadamente al enemigo, etc., suelen tener un efecto tan débil en el campo estratégico que sólo pueden utilizarse en ocasiones aisladas que se presentan por sí solas, es decir, no pueden considerarse como una actividad libre que emane del actor.

Pero llevar a cabo tales acciones, como la ordenación de las batallas, hasta tal punto que causen impresión en el enemigo, requiere un considerable gasto de tiempo y energía, y tanto más cuanto mayor sea el objeto. Como no se le suele querer dar a esto, es por lo que muy pocas de las llamadas demostraciones en la estrategia surten el efecto pretendido. De hecho, es peligroso emplear fuerzas considerables durante mucho tiempo en aras de las apariencias, porque siempre existe el peligro de que se haga en vano y de que esas fuerzas falten en el momento decisivo.

Esta sobria verdad la sienten siempre los que actúan en la guerra, y por eso pierden el deseo de jugar al juego de la movilidad inteligente. La seca seriedad de la necesidad suele presionar a la acción inmediata de tal manera que no hay lugar para ese juego. En una palabra, las piezas del tablero estratégico carecen de la movilidad que es el elemento de la astucia y la desviación.

La conclusión que sacamos es: que un ojo correcto y preciso es una cualidad más necesaria y útil en un general que la astucia, aunque la astucia no estropea nada si no es a expensas de cualidades necesarias de la mente, lo cual es, por supuesto, demasiado a menudo el caso.

Sin embargo, cuanto más débiles se vuelvan las fuerzas sometidas a la dirección estratégica, más accesible será ésta a la astucia, de modo que para el muy débil y pequeño, para quien ninguna precaución, ninguna sabiduría es suficiente, en el punto en que todo arte parece abandonarle, la astucia se ofrece como su última ayuda. Cuanto más desamparada es su situación, cuanto más se agolpa todo en un solo golpe devastador, tanto más de buena gana se pone la astucia al lado de su audacia. Desprendiéndose del viejo cálculo ulterior, liberándose de la vieja recompensa posterior, la audacia y la astucia pueden incrementarse mutuamente y unir así un imperceptible atisbo de esperanza a un solo punto, a un solo rayo que, en el mejor de los casos, aún es capaz de encenderse.

3.11 CAPÍTULO ONCE: REUNIR LAS FUERZAS EN EL ESPACIO

La mejor estrategia es ser siempre *bastante fuerte*, primero en todo y pronto en el punto decisivo. Por lo tanto, aparte del esfuerzo que crea las fuerzas, y que no siempre procede del comandante, no hay ley más elevada y más simple para la estrategia que ésta: *mantener las fuerzas unidas*. - Nada debe separarse de la masa principal que no sea llamado a ello por un propósito *urgente*. A este criterio nos atenemos y consideramos como una guía fiable. Poco a poco llegaremos a saber cuáles pueden ser las causas razonables de una división de fuerzas. Entonces veremos también que este principio no puede tener las mismas consecuencias generales en todas las guerras, sino que varían según la finalidad y los medios.

Parece increíble y, sin embargo, ha sucedido cientos de veces que las fuerzas armadas se han dividido y separado simplemente según el oscuro sentir de la manera convencional, sin saber claramente por qué.

Si se reconoce la unificación de todas las fuerzas armadas como la norma y cada separación y división como una desviación que debe ser motivada, entonces no sólo se evita por completo esa locura, sino que también se impide la entrada de muchas razones falsas para la división.

3.12 CAPÍTULO XII: UNIFICACIÓN DE FUERZAS EN EL TIEMPO

Se trata aquí de un concepto que, allí donde corre a la vida activa, despliega muchas apariencias engañosas; por ello nos es necesaria una clara constatación y aplicación de las ideas, por lo que esperamos que se nos permita una vez más un pequeño análisis.

La guerra es un empuje de fuerzas opuestas entre sí, de lo que se deduce por sí mismo que la más fuerte no sólo destruye a la otra, sino que la arrastra en su movimiento. Esto básicamente no permite ninguna acción sostenida (sucesiva) de las fuerzas, pero la aplicación simultánea de fuerzas antiguas destinadas a un empuje debe aparecer como una ley elemental de la guerra.

En efecto, así es, pero sólo en la medida en que la batalla se asemeja realmente a un empuje mecánico; cuando, por el contrario, consiste en un efecto mutuo permanente de fuerzas destructivas, puede imaginarse, sin embargo, un efecto duradero de las fuerzas. Este es el caso de la táctica, principalmente porque el arma de fuego es la base principal de la táctica antigua, pero también por otras razones. Si en un tiroteo se necesitan 1000 hombres contra 500, el tamaño de su pérdida se compone del tamaño de las fuerzas del enemigo y de las suyas propias. Mil disparan tanto como 500; pero contra 1000 impactan más balas que contra 500, porque hay que suponer que están más juntos que estos últimos. Si supusiéramos que el número de balas que impactan es el doble, la pérdida en ambos bandos sería la misma. De los 500, por ejemplo, 200 estarían fuera de combate, y de los 1000 lo mismo. Si esos 500 tuvieran otros tantos detrás, que hasta entonces se habían mantenido completamente fuera del fuego, ambos bandos tendrían 800 hombres en buen estado de salud, de los cuales uno tendría 500 hombres bastante frescos con munición completa y todas las fuerzas, y el otro sólo 800 hombres, todos los cuales estarían en la misma medida desbandados, sin munición suficiente y con las fuerzas debilitadas. La suposición, sin embargo, de que los 1.000 hombres deberían perder el doble de lo que habrían perdido 500 en su lugar, simplemente por su mayor número, no es correcta; por lo tanto, en ese orden original, la mayor pérdida sufrida por aquel que ha dejado de lado la mitad de su fuerza debe ser considerada como una desventaja; asimismo, en la generalidad de los casos, debe admitirse que los 1.000 hombres pueden tener en el primer momento la ventaja de expulsar a sus oponentes de su posición y llevarlos a un movimiento retrógrado; Si estas dos ventajas equilibran la desventaja de encontrarse con 800 hombres de tropas disueltas contra un enemigo que al menos no es notablemente más débil y cuenta con 500 hombres de tropas frescas, no puede decidirse mediante un análisis más detallado, sino que debe basarse en la experiencia; y probablemente no habrá oficial con cierta experiencia en la guerra que no atribuya, en la generalidad de los casos, la preponderancia a quien cuenta con las fuerzas frescas.

De este modo, queda claro cómo el uso de una fuerza demasiado grande en la batalla puede ser desventajoso, ya que por muchas ventajas que la superioridad pueda darnos en un momento, podemos tener que pagar por ello en el siguiente.

Este peligro, sin embargo, sólo se extiende hasta el *desorden, el estado de desintegración y debilitamiento*, en una palabra, la crisis que toda batalla trae consigo, *incluso para el vencedor*. En la zona de este estado de debilitamiento, la aparición de un número relativamente fresco de tropas es decisiva.

Pero cuando cesa este efecto disolvente de la victoria y, por tanto, sólo queda la superioridad moral que da toda victoria, entonces la fuerza fresca ya no es capaz de compensar lo que se ha perdido, se la lleva consigo. Un ejército derrotado ya no puede ser conducido de

nuevo a la victoria por una fuerte reserva. *Aquí nos encontramos en el origen de una diferencia esencial entre táctica y estrategia.*

Pues los éxitos tácticos, los éxitos *dentro de la batalla* y antes de su conclusión, están en su *mayor parte todavía dentro de la esfera de esa disolución y debilitamiento*; pero los éxitos estratégicos, es decir, el éxito de la batalla total, la victoria acabada, por grande o pequeña que sea, están *ya fuera de esta esfera*. Sólo cuando los éxitos de las batallas tácticas se han combinado para formar un todo independiente se produce el éxito estratégico, pero entonces cesa el estado de crisis, las fuerzas recuperan su forma original y sólo se debilitan en la parte que realmente ha sido destruida.

La consecuencia de esta diferencia es que la táctica es capaz de un uso sostenido de las fuerzas y la estrategia sólo de uno simultáneo.

Si no puedo decidirlo todo en la táctica con el primer éxito, si debo temer el momento siguiente, entonces se deduce por sí mismo que empleo para el éxito del primer momento sólo tantas fuerzas como parezcan necesarias para ello, y mantengo a las demás alejadas de la esfera de destrucción tanto del fuego como de la lucha a puñetazos, a fin de oponer a las fuerzas frescas fuerzas frescas o poder vencer a las debilitadas con tales. Pero este no es el caso de la estrategia. En parte, como acabamos de demostrar, tras su éxito no tiene que temer tan fácilmente una reacción, porque con este éxito cesa la crisis; en parte, no todas las fuerzas que son estratégicas están necesariamente *debilitadas*. Sólo se debilita por ello lo que *tácticamente está en conflicto* con la fuerza enemiga, es decir, en un enfrentamiento parcial, es decir, si la táctica no se malgasta inútilmente, sólo lo que es inevitable, pero de ningún modo todo lo que estratégicamente está en conflicto con ella. Los cuerpos que, debido a la superioridad de fuerzas, han combatido poco o nada, y han ayudado a decidir con su mera presencia, son, después de la decisión, lo que eran antes, y tan útiles para nuevos fines como si hubieran estado ociosos. Hasta qué punto, sin embargo, tales cuerpos, que dan superioridad, pueden contribuir al éxito total, está claro por sí mismo; de hecho, incluso esto no es difícil ver cómo ellos mismos pueden reducir considerablemente la pérdida de las fuerzas comprometidas en el conflicto táctico por nuestra parte.

Por lo tanto, si en la estrategia la pérdida no aumenta con la extensión de las fuerzas empleadas, si incluso así se reduce a menudo, y si, como es evidente, la decisión está así más asegurada para nosotros, se deduce por sí mismo que nunca se pueden emplear demasiadas fuerzas y, en consecuencia, también que las que están disponibles para su uso deben emplearse al *mismo tiempo*.

Pero aún tenemos que luchar a través del teorema en otro campo. Hasta ahora sólo hemos hablado de la batalla en sí; es la actividad bélica real, pero hay que tener en cuenta a las personas, el tiempo y el espacio, que aparecen como portadores de esta actividad, e incluir en la consideración los productos de sus efectos.

En la guerra, el trabajo, el esfuerzo y las privaciones constituyen un principio de destrucción propio, que no forma parte esencialmente de la batalla, sino que está más o menos inseparablemente ligado a ella, y que pertenece preferentemente a la estrategia. Es cierto que también tienen lugar en la táctica, y quizás allí en grado sumo, pero como los actos tácticos son de menor duración, los efectos de los esfuerzos y las privaciones también pueden entrar poco en consideración en ellos. Pero en la estrategia, donde los tiempos y los espacios son mayores, el efecto no sólo es siempre perceptible, sino a menudo bastante decisivo. No es raro que un ejército victorioso pierda mucho más en la enfermedad que en la batalla.

Si, entonces, consideramos esta esfera de aniquilación en la estrategia, como hemos considerado la del fuego y el pugilato en la táctica, podemos, sin embargo, imaginar que todo lo expuesto a ella caerá, al final de la campaña o de alguna otra sección estratégica, en un estado de debilitamiento que hará *decisiva* una fuerza fresca recién aparecida. Aquí como allí,

entonces, uno podría ser inducido a buscar el primer éxito con lo menos posible, a fin de guardar esta fuerza fresca para el final.

Para apreciar esta idea, que en numerosos casos de aplicación tendrá una gran apariencia de verdad, debemos dirigir nuestra mirada a las concepciones individuales de la misma. En primer lugar, no debemos confundir la noción de mero refuerzo con una fuerza nueva, no utilizada. Hay pocas campañas al final de las cuales un nuevo aumento de fuerza no parezca muy deseable, incluso decisivo, tanto para el vencedor como para el vencido; pero no es de eso de lo que estamos hablando aquí, pues este aumento de fuerza no sería necesario si hubiera sido mucho mayor desde el principio. Pero que un ejército recién entrado en campaña sea más respetado en su valor moral que uno ya en campaña, igual que una reserva táctica debe ser más respetada que una tropa que ya ha sufrido mucho en batalla, sería contrario a toda experiencia. Tanto como una campaña desafortunada resta valor y fuerza moral a las tropas, tanto una afortunada aumenta su valor desde este lado, de modo que en la generalidad de los casos estos efectos se equilibran mutuamente, y entonces el hábito de la guerra queda como una pura ganancia. Por encima de todo esto, la atención debe centrarse más en las campañas felices que en las infelices, porque cuando estas últimas pueden preverse con mayor probabilidad, las fuerzas faltan de todos modos, y no se piensa en reservar una parte de ellas para un uso posterior.

Una vez eliminado este punto, surge la pregunta: ¿las pérdidas que sufre una fuerza armada por el esfuerzo y las privaciones aumentan tanto como su tamaño, como ocurre en la batalla? Y a esto hay que responder "no".

Los esfuerzos se deben en gran parte a los peligros de los que está más o menos impregnado cada momento de la acción bélica. Hacer frente a estos peligros en todas partes, proceder con seguridad en las propias acciones, es el objeto de un gran número de actividades que constituyen el servicio táctico y estratégico del ejército. Este servicio se hace más difícil cuanto más débil es el ejército, y más fácil cuanto más aumenta su superioridad frente al enemigo. ¿Quién puede dudar de ello? Por lo tanto, una campaña contra un enemigo mucho más débil costará también menos esfuerzo que contra uno igualmente fuerte o incluso más fuerte.

Estos son los esfuerzos. Las privaciones son algo diferentes. Consisten principalmente en dos cosas: la falta de alimentos y la falta de alojamiento para las tropas, ya sea en cuarteles o en campamentos confortables. Ambas, sin embargo, son mayores cuanto más numeroso es el ejército en un mismo lugar. Pero, ¿no proporciona también el exceso de poder el mejor medio de dispersarse y encontrar más espacio, y por tanto también más medios de subsistencia y alojamiento?

122

Si, en 1812, Bonaparte, al avanzar hacia Rusia, unió su ejército de una manera inaudita a grandes masas en un solo camino, y por lo tanto causó una escasez igualmente inaudita, debe atribuirse a su principio: nunca ser lo suficientemente fuerte en el punto decisivo. Si exageró o no este principio es una cuestión que no corresponde aquí, pero es cierto que si hubiera querido evitar la escasez causada por él, le habría bastado con proceder con mayor amplitud; no faltaba espacio para ello en Rusia, y faltará en muy pocos casos. Ninguna razón, por lo tanto, puede derivarse de esto para probar que la aplicación simultánea de fuerzas muy superiores debió producir un mayor debilitamiento. Pero suponiendo que el viento y el tiempo y los esfuerzos inevitables de la guerra hubieran producido también una reducción de aquella parte del ejército que, como fuerza sobrante, en el mejor de los casos hubiera podido conservarse para un uso posterior, a pesar del alivio que esta parte proporcionaba al conjunto, debemos ahora tomar de nuevo todo en su contexto con una visión de conjunto y preguntar: ¿equivaldrá esta reducción a tanto como la ganancia de fuerzas que podemos hacer con nuestro poder sobrante en más de un sentido?

Pero aún queda un punto muy importante por tratar. En la batalla parcial uno puede sin gran dificultad determinar aproximadamente la fuerza necesaria para un éxito mayor que uno se ha propuesto, y en consecuencia también determinar lo que sería superfluo. En la estrategia esto es casi imposible, porque el éxito estratégico no tiene un objeto tan definido ni unos límites tan estrechos. Así, lo que en táctica puede considerarse como un exceso de fuerzas, en estrategia debe considerarse como un medio de ampliar el éxito cuando se presenta la oportunidad; pero con la magnitud del éxito aumentan los porcentajes de ganancia, y la preponderancia de fuerzas puede así llegar rápidamente a un punto que la más cuidadosa economía de fuerzas nunca habría dado.

Por medio de su enorme superioridad, Bonaparte logró en 1812 penetrar hasta Moscú y capturar esta capital central; si también hubiera logrado por medio de esta misma superioridad destruir completamente al ejército ruso, probablemente habría concluido en Moscú una paz que era menos alcanzable por cualquier otro medio. Este ejemplo sólo pretende explicar la idea, no demostrarla, lo que requeriría un desarrollo circunstancial, para el que éste no es el lugar.

Todas estas consideraciones se dirigen meramente a la idea de una aplicación sucesiva de la fuerza y no al concepto real de reserva, que tocan incesantemente, pero que, como veremos en el capítulo siguiente, sigue conectado con otras ideas.

Lo que queríamos establecer aquí es que si en la táctica la fuerza armada sufre un debilitamiento por la mera *duración* de la aplicación real, y el tiempo aparece así como un factor en el producto, no ocurre lo mismo en la estrategia de ninguna manera esencial. Los efectos destructivos que el tiempo ejerce sobre las fuerzas armadas en la estrategia se ven en parte disminuidos por la masa de estas últimas, en parte aportada por otros medios, y no puede por tanto ser la intención en estrategia hacer del tiempo un aliado por sí mismo, aportando las fuerzas poco a poco.

123

Decimos por *sí mismo*, porque el valor que el tiempo puede tener, es más, debe tener necesariamente, para una de las dos partes, por otras circunstancias que provoca, pero que son distintas de él mismo, es algo muy diferente, es nada menos que indiferente o sin importancia, y será objeto de otra consideración.

La ley que hemos intentado desarrollar es la siguiente: todas las fuerzas destinadas y disponibles para un fin estratégico deben emplearse *simultáneamente para él*, y este empleo será tanto más perfecto cuanto más se concentre todo en un acto y en un momento.

Sin embargo, hay un énfasis y un efecto duradero en la estrategia, y podemos pasarlo por alto tanto menos cuanto que se trata de uno de los principales medios del éxito final, a saber, el desarrollo continuo de nuevas fuerzas. Esto también es tema de otro capítulo, y lo mencionamos sólo para evitar que el lector tenga en mente algo de lo que no hablamos.

Pasamos ahora a un objeto muy estrechamente relacionado con nuestras consideraciones anteriores, a través de cuya determinación el conjunto sólo puede recibir toda su luz; nos referimos a la *reserva estratégica*.

3.13 CAPÍTULO TRECE: RESERVA ESTRATÉGICA

Una reserva tiene dos finalidades, que pueden distinguirse entre sí, a saber: en primer lugar, la prolongación y la renovación de la lucha, y en segundo lugar, la utilización contra contingencias imprevistas. La primera disposición presupone el beneficio de una aplicación sucesiva de la fuerza y, por lo tanto, no puede darse en la estrategia. Los casos en los que se envía un cuerpo de ejército a un punto que está a punto de ser desbordado deben incluirse obviamente en la categoría de la segunda disposición, porque la resistencia que se ofrecerá aquí no ha sido suficientemente prevista. En cambio, un cuerpo destinado a la mera prolongación de la batalla y que ha sido apartado con este fin, sólo se colocaría fuera del alcance del fuego, subordinado y asignado al que tiene el mando en la batalla, por lo que sería una reserva táctica y no estratégica.

Pero la necesidad de tener una fuerza preparada para casos imprevistos también puede darse en la estrategia y, en consecuencia, también puede haber reservas estratégicas: pero sólo cuando los casos imprevistos son concebibles. En táctica, donde las medidas del enemigo normalmente sólo se conocen por la vista, y donde cada bosquecillo y cada pliegue de terreno ondulado pueden ocultarlas, uno debe, por supuesto, estar siempre más o menos preparado para casos imprevistos, con el fin de poder reforzar después aquellos puntos de nuestro conjunto que resulten demasiado débiles, y en general para disponer nuestras fuerzas más de acuerdo con las del enemigo.

124

Tales casos deben darse también en estrategia, porque el acto estratégico está directamente ligado al táctico. También en la estrategia, muchas órdenes se dan sólo después de haberlas visto, después de noticias inciertas que llegan de un día para otro, de una hora para otra y, finalmente, después de los éxitos reales de las batallas; por tanto, es una condición esencial de la dirección estratégica que, de acuerdo con la incertidumbre, se retengan fuerzas para utilizarlas más tarde.

En la defensa en general, pero especialmente en ciertas partes del terreno, como ríos, montañas, etc., se sabe que esto ocurre incesantemente.

Pero esta incertidumbre disminuye cuanto más se aleja la actividad estratégica de la táctica y casi cesa en aquellas regiones de ésta en las que limita con la política.

Dónde conducirá el enemigo sus columnas a la batalla sólo puede saberse por la vista; por dónde cruzará un río, por unas pocas señales que se anuncian poco antes; por qué lado atacará nuestro imperio, eso suele anunciarse en todos los periódicos antes de que se dispare un tiro de pistola. Cuanto mayores son las medidas, menos pueden sorprender. Los tiempos y los espacios son tan amplios, las circunstancias de las que surge la acción tan conocidas y poco cambiantes, que o se conoce el resultado muy pronto o se puede investigar con certeza.

Por otra parte, la utilización de una reserva, si realmente existiera, también sería cada vez más ineficaz en este ámbito de la estrategia cuanto más ascendiera la medida en el conjunto.

emos visto que la decisión de una batalla parcial no es nada en sí misma, sino que todas las batallas parciales sólo encuentran su culminación en la decisión de la batalla total.

Pero incluso esta decisión de la batalla total sólo tiene una importancia relativa en muchas gradaciones, dependiendo de si la fuerza sobre la que se ganó la victoria formaba una parte más o menos grande e importante del conjunto. El encuentro perdido de un cuerpo puede ser compensado por la victoria del ejército, e incluso la batalla perdida de un ejército puede no sólo ser compensada por la ganada por otro más importante, sino transformarse en un acontecimiento feliz (los dos días de Kulm en 1813). Nadie puede dudar de esto; pero está igualmente claro que el peso de cada victoria (el éxito feliz de cada enfrentamiento total) se

hace más independiente cuanto más importante era la parte derrotada, y que por lo tanto la posibilidad de recuperar lo perdido por un acontecimiento posterior disminuye cada vez más en esta dirección. Cómo se determina esto con más detalle tendremos que considerarlo en otro lugar; aquí nos basta con haber llamado la atención sobre la indudable existencia de esta progresión.

Si finalmente añadimos a estas dos consideraciones la tercera, a saber, que si el empleo sostenido de las fuerzas en la táctica desplaza siempre la decisión principal hacia el final de todo el acto, la ley del empleo simultáneo en la estrategia, por el contrario, hace que la decisión principal (que no tiene por qué ser la finita) tenga lugar casi siempre al principio del gran acto, entonces en estos tres resultados tendremos razones suficientes para encontrar la reserva estratégica más y más prescindible, más y más inútil y más y más peligrosa cuanto más *comprendiva* sea su finalidad.

El punto, sin embargo, en el que la idea de la reserva estratégica comienza a contradecirse no es difícil de determinar; se encuentra en la decisión *principal*. La utilización de todas las fuerzas debe estar dentro de la decisión principal, y cualquier reserva (*de fuerzas listas*) que deba utilizarse sólo después de esta decisión es contradictoria.

125

Si, pues, la táctica tiene en sus reservas los medios no sólo de hacer frente a las órdenes imprevistas del enemigo, sino también de subsanar el éxito nunca previsible del combate en el que es desafortunada, la estrategia, al menos en lo que concierne a la gran decisión, debe prescindir de estos medios: por regla general, sólo puede compensar las desventajas que se producen en un punto con las ventajas que obtiene en otros, y en unos pocos casos transfiriendo fuerzas de un punto a otro; pero nunca debe, o nunca debería, concebir la idea de querer contrarrestar por adelantado tal desventaja con una fuerza que se ha hecho retroceder.

Hemos declarado absurda la idea de una reserva estratégica que no participe en la decisión principal, y lo es tan indudablemente que no habríamos tenido la tentación de someterla a un análisis como el que se ha hecho en estos dos capítulos, si no se viera un poco mejor, disfrazada bajo otras ideas, y apareciera con tanta frecuencia. El uno ve en ella el precio de la sabiduría estratégica y de la prudencia, el otro la rechaza y con ella la idea de toda reserva, por consiguiente también de la táctica. Esta confusión de ideas pasa a la vida real, y si se quiere ver un brillante ejemplo de ello, recuérdese que en 1806 Prusia tenía una reserva de 20.000 hombres acantonados en el Marco bajo el príncipe Eugenio de Württemberg, que entonces ya no pudo llegar a tiempo al Saale, y que otros dejaron 25.000 hombres de esta fuerza en Prusia oriental y meridional, que *sólo más tarde se quiso poner en pie de campaña como reserva*.

Después de estos ejemplos, no creo que se nos culpe de luchar contra molinos de viento.

3.14 CAPÍTULO XIV: ECONOMÍA DE FUERZAS

El camino de la reflexión, como hemos dicho, rara vez puede reducirse a una mera línea de principios y puntos de vista. Siempre hay cierto margen de maniobra. Pero lo mismo ocurre en todas las artes prácticas de la vida. Para las líneas de belleza no hay abscisas ni ordenadas; el círculo y la elipse no se producen por sus fórmulas algebraicas. Así, el agente debe a veces abandonarse al tacto más fino del juicio, que, surgido de la perspicacia natural y formado por la reflexión, acierta casi inconscientemente; a veces debe simplificar la ley en rasgos salientes que forman su regla; a veces el método introducido debe convertirse en la vara a la que se adhiere.

Como una característica tan simplificada, como un acto del espíritu, vemos el punto de vista de velar siempre por la cooperación de las fuerzas antiguas, o en otras palabras, de tener siempre y en todo momento presente que ninguna parte de ellas está ociosa. Quien tiene fuerzas donde el enemigo no las ocupa suficientemente, quien deja que parte de sus fuerzas marchen, es decir, estén muertas, mientras las del enemigo laten, está llevando una mala administración con sus fuerzas. En este sentido hay un desperdicio de fuerzas que es en sí mismo peor que su uso inoportuno. Cuando una vez se va a actuar, la primera necesidad es que actúen todas las partes, porque la actividad más inoportuna, sin embargo, ocupa y derrota una parte de las fuerzas del enemigo, mientras que las fuerzas bastante ociosas quedan por el momento enteramente neutralizadas. Este punto de vista está inequívocamente relacionado con los principios de los tres últimos capítulos; es la misma verdad, pero vista desde un punto de vista algo más amplio y comprimida en una sola concepción.

3.15 CAPÍTULO QUINCE: ELEMENTO GEOMÉTRICO

Con qué fuerza el elemento geométrico o la forma puede convertirse en un principio dominante en el despliegue de fuerzas en la guerra, lo vemos en el arte de la fortificación, donde la geometría se ocupa de casi lo más grande y lo más pequeño. También desempeña un gran papel en la táctica. En la táctica en sentido estricto, la teoría del movimiento de las tropas, es la base; en la fortificación de campo, sin embargo, así como en la teoría de las posiciones y su ataque, sus ángulos y líneas rigen como legisladores que tienen que decidir la disputa. Algunas cosas se han aplicado mal aquí, y otras han sido meros trucos; pero sin embargo, especialmente en la táctica actual, donde se busca abarcar al adversario en cada enfrentamiento, el elemento geométrico ha vuelto a adquirir una gran eficacia, es cierto que en una aplicación muy simple, pero siempre recurrente. Sin embargo, en la táctica, donde todo es más móvil, donde las fuerzas morales, los movimientos individuales y el azar son más influyentes que en la guerra de fortalezas, el elemento geométrico no puede prevalecer como en ella. Pero su influencia es aún menor en la estrategia. Es cierto que también aquí influyen mucho las formas en la formación de las fuerzas armadas, la forma de los países y de los Estados. - El principio geométrico no es tan *decisivo como* en el arte de la fortificación y ni mucho menos tan importante como en la táctica. - La forma en que se manifiesta esta influencia sólo se hará patente gradualmente en aquellos lugares donde se produce y merece consideración. Aquí queremos llamar la atención sobre la diferencia entre táctica y estrategia.

En táctica, el tiempo y el espacio se reducen rápidamente a su mínimo absoluto. Cuando una tropa es tomada por el enemigo en el flanco y en la retaguardia, llega pronto al punto en que no le queda ninguna retirada; tal situación se aproxima a la imposibilidad absoluta de seguir cercando, y debe por tanto zafarse de ella o impedirla. Esto confiere a todas las combinaciones que persiguen este objetivo una gran eficacia por su propia naturaleza, y ésta consiste en gran parte en los temores que infunden en el enemigo en cuanto a las consecuencias. De ahí que el posicionamiento geométrico de las fuerzas sea un factor tan esencial en el producto.

De todo esto, la estrategia sólo tiene un débil reflejo debido a los grandes espacios y tiempos. No se dispara de un teatro de guerra a otro, sino que a menudo pasan semanas y meses antes de que fructifique una evasión estratégica planificada. Además, los espacios son tan grandes que la probabilidad de acertar finalmente sigue siendo muy baja, incluso con las mejores medidas.

127

En estrategia, por lo tanto, el efecto de tales combinaciones, es decir, del elemento geométrico, es mucho menor, y por lo tanto el efecto de lo que uno tiene por el momento factualmente ganado en un punto es mucho mayor. Esta ventaja tiene tiempo de expresar todo su efecto antes de ser perturbada o incluso destruida por preocupaciones opuestas. No tememos, por tanto, considerar como una verdad establecida que en estrategia es el número y la extensión de los compromisos victoriosos lo que importa más que la forma de los grandes lineamientos en los que están conectados.

Precisamente el punto de vista opuesto ha sido uno de los temas favoritos de la teoría reciente, porque se creía dar mayor importancia a la estrategia. En la estrategia, sin embargo, se veía de nuevo la función superior del espíritu, y así se creía ennoblecer la guerra a través de ella y, como se decía mediante una nueva sustitución de conceptos, hacerla *más científica*. Consideramos que uno de los principales beneficios de una teoría completa es privar de su

CAPÍTULO 3. Libro tercero: De la estrategia en general

3.15 Elemento geométrico

prestigio a tales excentricidades, y puesto que el elemento geométrico es la idea principal de la que tiende a partir, hemos insistido expresamente en este punto.

3.16 CAPÍTULO DIECISÉIS: SOBRE LA PARALIZACIÓN EN EL ACTO DE GUERRA

Si se considera la guerra como un acto de aniquilación mutua, entonces hay que pensar necesariamente que ambas partes avanzan en general, pero al mismo tiempo, en lo que se refiere al momento en cuestión, hay que pensar casi tan necesariamente que una espera y sólo la otra avanza, pues las circunstancias nunca serán enteramente las mismas en ambos bandos ni permanecerán enteramente iguales. Con el tiempo se producirá un cambio, del que se deduce que el momento actual es más favorable para uno que para otro. Si ahora suponemos que ambos comandantes tienen perfecto conocimiento de estas circunstancias, entonces surge de ello una razón para actuar para uno, que se convierte al mismo tiempo en una razón para esperar para el otro. En consecuencia, ambos no pueden tener al mismo tiempo el interés de avanzar, pero tampoco el de esperar. Esta exclusión mutua del mismo propósito no se deriva aquí de la razón de polaridad general y, por tanto, no es una contradicción contra la afirmación del capítulo quinto del libro segundo, sino que se deriva del hecho de que aquí lo mismo se convierte realmente en la razón de determinación para ambos comandantes, a saber, la probabilidad de una mejora o empeoramiento de su situación a través del futuro.

Sin embargo, si se admitiera la posibilidad de una completa igualdad de circunstancias a este respecto, o si se tuviera en cuenta que el insuficiente conocimiento de las situaciones mutuas de ambos comandantes podría hacerlo parecer así, la diferencia de los propósitos políticos anula, no obstante, esta posibilidad de paralización. Una de las dos partes debe, políticamente hablando, ser necesariamente el agresor, porque ninguna guerra puede surgir de una intención mutua de defensa. El agresor, sin embargo, tiene el propósito positivo, el defensor uno meramente negativo; - a este último, por lo tanto, pertenece la acción positiva, porque sólo a través de ella puede alcanzar el propósito positivo. Por lo tanto, en los casos en que ambas partes se encuentran en las mismas circunstancias, el atacante está llamado a actuar por su propósito positivo.

128

Así, según esta manera de pensar, un estancamiento en el acto de la guerra es, en rigor, una contradicción con la naturaleza de la cosa, porque ambos ejércitos, como dos elementos hostiles, deben exterminarse constantemente el uno al otro, del mismo modo que el fuego y el agua nunca llegan al equilibrio, sino que continúan actuando el uno sobre el otro hasta que uno ha desaparecido por completo. ¿Qué se diría de dos luchadores que se sostuvieran mutuamente durante horas sin hacer un movimiento? El acto de la guerra, entonces, debería funcionar como un mecanismo de relojería en constante movimiento. - Pero por salvaje que sea la naturaleza de la guerra, se encuentra en la cadena de las debilidades humanas, y la contradicción que aparece aquí, que el hombre busca y crea el peligro que sin embargo teme, no alienará a nadie.

Si nos fijamos en la historia de la guerra en general, encontramos tanto lo contrario de un progreso inexorable hacia el objetivo que es bastante obvio que *quedarse quieto y no hacer nada* es el *estado básico* de los ejércitos en medio de la guerra y la *acción* la *excepción*. Esto casi debería inducirnos a error en cuanto a la corrección de la concepción que hemos concebido. Pero si la historia de la guerra hace esto por la masa de sus incidentes, la última serie de ellos conduce de nuevo por sí misma a nuestro punto de vista. La Guerra Revolucionaria muestra demasiado de su realidad y prueba demasiado de su necesidad. En ella, y especialmente en las campañas de Bonaparte, la guerra ha alcanzado ese grado incondicional de energía que hemos considerado como la ley natural del elemento. Este grado es, pues, posible, y si es posible, es necesario.

En efecto, ¿cómo se podría justificar ante los ojos de la razón el gasto de fuerzas que se hace en la guerra, si la acción no fuera el fin? El panadero sólo calienta su horno cuando quiere poner pan en él; los caballos se enjaezan al carro sólo cuando van a ser conducidos; ¿para qué,

pues, hacer los tremendos esfuerzos de una guerra si nada se va a conseguir con ellos sino esfuerzos similares por parte del enemigo?

Hasta aquí la justificación del principio general, ahora de sus modificaciones, en la medida en que pertenecen a la naturaleza de las cosas y no dependen de casos individuales.

Aquí cabe señalar tres causas, que aparecen como contrapesos internos e impiden que el mecanismo del reloj se ponga en marcha demasiado deprisa o inexorablemente.

El primero, que produce una constante tendencia a quedarse y se convierte así en un principio retardatario, es la timidez e indecisión naturales del espíritu humano, una especie de pesadez en el mundo moral, que, sin embargo, no es producida por fuerzas atractivas sino repulsivas; a saber, por la timidez del peligro y la responsabilidad.

En el flamígero elemento de la guerra, las naturalezas ordinarias deben parecer más pesadas, los impulsos deben ser por lo tanto más fuertes y repetidos, si se quiere que el movimiento sea duradero. Rara vez la mera idea del propósito del armamento es suficiente para superar esta pesadez, y si no hay un espíritu guerrero emprendedor a la cabeza, que en la guerra, como el pez en el agua, está en su elemento correcto, o si no hay una gran responsabilidad presionando desde arriba, entonces quedarse quieto estará a la orden del día y avanzar estará entre las excepciones.

129

La segunda causa es la imperfección de la perspicacia y del juicio humanos, que es mayor en la guerra que en cualquier otra parte, porque uno apenas conoce con exactitud su propia situación en cualquier momento, pero la del enemigo, por estar velada, debe adivinarse a partir de poco. Esto lleva a menudo a que ambas partes consideren ventajoso un mismo objeto, aun cuando predomine el interés de una de ellas. Así, cada uno puede pensar que actúa sabiamente si espera otro momento, como ya hemos dicho en el capítulo quinto del libro segundo.

La tercera causa, que interviene como una rueda de trinquete en el mecanismo del reloj y de vez en cuando provoca una parada completa, es la mayor fuerza de la defensa; A puede sentirse demasiado débil para atacar a B, pero de ello no se deduce que B sea lo bastante fuerte para atacar a A. La adición de fuerza que da la defensa no se pierde simplemente con el ataque, sino que se da al adversario, igual que, hablando en sentido figurado, la diferencia de $a + b$ y $a - b$ es igual a $2b$. La adición de fuerza que aporta la defensa no se pierde simplemente con el ataque, sino que se cede al adversario, al igual que, hablando en sentido figurado, la diferencia de $a + b$ y $a - b$ es igual a $2b$. De ahí que pueda ocurrir que ambas partes no sólo se sientan demasiado débiles para atacar, sino que realmente lo sean.

Así, en medio del arte mismo de la guerra, la prudencia ansiosa, el temor a un peligro demasiado grande, encuentran puntos de apoyo convenientes para afirmarse y someter la impetuosidad elemental de la guerra.

Sin embargo, estas causas difícilmente podrían explicar sin limitaciones el largo estancamiento que sufrieron las empresas en guerras anteriores que no estuvieron estimuladas por ningún gran interés, en las que la ociosidad ocupó las nueve décimas partes del tiempo pasado bajo las armas. Este fenómeno se debe principalmente a la influencia que las exigencias de uno y la condición y el estado de ánimo del otro ejercen sobre la conducción de la guerra, como ya se ha dicho en el capítulo sobre la naturaleza y la finalidad de la guerra.

Estas cosas pueden llegar a tener una influencia tan preponderante que conviertan la guerra en algo a medias. A menudo las guerras no son mucho más que una neutralidad armada, o una posición amenazante en apoyo de las negociaciones, o un intento moderado de ponerse en una pequeña ventaja y luego esperar a que la cosa termine, o un desagradable deber de pacto que uno cumple lo más escasamente posible.

En todos estos casos, donde el empuje de los intereses es leve, donde el principio de enemistad es débil, donde no se quiere hacer mucho al enemigo y no se tiene mucho que temer de él, en fin, donde ningún gran interés presiona e impulsa, los gabinetes no quieren arriesgar mucho, y de ahí esta guerra mansa, donde se encadena el espíritu hostil de la verdadera guerra.

Cuanto más se convierte así la guerra en una semicosa, más carece su teoría de los puntos fijos y contrapuntos necesarios para su razonamiento; lo necesario se hace cada vez menos, lo accidental cada vez más.

130

Sin embargo, también habrá astucia en esta guerra, es más, tal vez su juego sea más múltiple y extendido aquí que en la otra. El juego de azar con rollos de oro parece haberse transformado en un juego de comercio con peniques. Y en este campo, donde la guerra llena el tiempo con muchas pequeñas florituras, con batallas de avanzadilla que están a medio camino entre la seriedad y la broma, con largas disposiciones que no producen nada, con posiciones y marchas que después se llaman aprendidas sólo porque la pequeña causa de ellas se ha perdido y el sentido común no puede pensar nada de ellas, es precisamente en este campo donde algunos teóricos encuentran el verdadero arte de la guerra en casa; En estas fintas, paradas, medias y cuartos de estocada de las viejas guerras encuentran el objetivo de toda teoría, el predominio del espíritu sobre la materia, y las últimas guerras les parecen, en comparación, como burdos puñetazos, en los que nada puede aprenderse y que deben considerarse como pasos atrás hacia la barbarie. Este punto de vista es tan mezquino como su objeto. Donde faltan las grandes fuerzas, las grandes pasiones, es ciertamente más fácil que una hábil astucia muestre su juego; pero la dirección de las grandes fuerzas, el gobierno en la tormenta y en la ola, ¿no es en sí misma una actividad superior del espíritu? ¿No es este arte del estoque abrazado y apoyado por el otro arte de la guerra? ¿No se relaciona con él como los movimientos de un barco se relacionan con los movimientos del barco? Sólo puede existir con la condición tácita de que el enemigo no lo haga mejor. ¿Y sabemos cuánto tiempo cumplirá esta condición? ¿Acaso la revolución francesa no nos atacó en medio de la seguridad imaginaria de nuestras viejas artes y nos arrojó de Châlons a Moscú? ¿Y no ha sorprendido igualmente Federico el Grande a los austriacos en la tranquilidad de sus viejos hábitos de guerra, y ha sacudido su monarquía? - ¡Ay del Gabinete que, con una política a medias y un arte de guerra encadenado, se encuentra con un adversario que, como el elemento bruto, no conoce otras leyes que las de su poder inherente! Entonces toda falta de actividad y de esfuerzo se convierte en un peso en la balanza del adversario; no es tan fácil entonces cambiar la posición de esgrimista por la de atleta, y un ligero empujón basta a menudo para tirar el conjunto al suelo.

Por todas las causas mencionadas es evidente que el acto bélico de una campaña no procede en movimiento continuo, sino de manera espasmódica, y que por lo tanto entre los actos sangrientos individuales se produce un período de observación, durante el cual ambas partes están en defensa, así como que generalmente un propósito superior hace prevalecer el principio de ataque en el caso de uno, y generalmente le hace permanecer en una posición progresiva, por lo que entonces su conducta se modifica un poco.

3.17 CAPÍTULO DIECISIETE: SOBRE EL CARÁCTER DE LAS GUERRAS CONTEMPORÁNEAS

La consideración debida al carácter de las guerras contemporáneas tiene una gran influencia en todos los diseños, especialmente en los estratégicos.

Puesto que todos los medios ordinarios del pasado han sido derribados por la fortuna y la audacia de Bonaparte, y Estados de primer rango han sido destruidos casi de un solo golpe; puesto que los españoles han demostrado con su lucha continua de lo que son capaces las armas nacionales y los medios de insurrección a gran escala, a pesar de su debilidad y porosidad en los detalles; puesto que Rusia ha enseñado con su campaña de 1812, en primer lugar, que un imperio de grandes dimensiones no se conquista (lo que bien podría haberse sabido de antemano); en segundo lugar, que la probabilidad de éxito no disminuye en todos los casos en proporción a la pérdida de batallas, capitales, provincias (lo que solía ser un principio irrefutable para todos los diplomáticos, de ahí que estuvieran listos con una mala paz provisional), sino que a menudo se es más fuerte en medio del propio país cuando ya se ha agotado el poder ofensivo del enemigo, y con qué tremenda fuerza la defensiva salta entonces a la ofensiva, ya que, además, Prusia demostró en 1813 que los esfuerzos repentinos pueden sextuplicar la fuerza ordinaria de un ejército por medio de la milicia, y que esta milicia puede utilizarse igual de bien fuera del país que dentro de él, - puesto que todos estos casos han demostrado qué inmenso factor en el producto del estado, la guerra y las fuerzas armadas es el corazón y la mente de la nación, - puesto que los gobiernos se han familiarizado con todas estas ayudas, no es de esperar que las dejen sin usar en futuras guerras, ya sea que el peligro de su propia existencia los amenace, o que una feroz ambición los impulse.

131

Es fácil ver que las guerras libradas con todo el peso del poder nacional de cada uno deben organizarse de acuerdo con principios diferentes que aquellas en las que todo se calculaba según la proporción de los ejércitos permanentes entre sí. Los ejércitos permanentes eran por lo demás como las flotas, el poder terrestre como el poder marítimo en su relación con el resto del Estado, y por lo tanto el arte de la guerra en tierra tenía algo de la táctica del mar, que ahora ha perdido por completo.

3.18 CAPÍTULO DIECIOCHO: TENSIÓN Y REPOSO

La ley dinámica de la guerra

Hemos visto en el capítulo decimosexto de este libro cuánto mayor era en la mayoría de las campañas el tiempo de estasis y descanso que el de acción. Ahora bien, aunque, como se dijo en el décimo capítulo, percibamos un carácter muy diferente en las guerras actuales, es cierto que la acción real siempre se verá interrumpida por pausas más o menos largas, y esto nos lleva a la necesidad de examinar más detenidamente la naturaleza de ambas condiciones.

Cuando se produce un estancamiento en el acto de la guerra, es decir, cuando ninguna de las dos partes quiere nada positivo, entonces hay calma y, en consecuencia, equilibrio; pero equilibrio, claro está, en el sentido más amplio, en el que no sólo entran en juego las fuerzas físicas y morales, sino todas las relaciones e intereses. Tan pronto como una de las dos partes se propone un nuevo propósito positivo y se activa para alcanzarlo, sería también meramente con preparativos, y tan pronto como el adversario se resiste a ello, surge una tensión de fuerzas, que dura hasta que se ha tomado la decisión, es decir, hasta que uno ha renunciado a su propósito o el otro lo ha concedido.

Esta decisión, cuyas razones se encuentran siempre en los efectos de las combinaciones de combate que surgen de ambos lados, va seguida de un movimiento en una u otra dirección.

Cuando este movimiento se ha agotado, ya sea por las dificultades que ha tenido que superar en el proceso, como en su propia fricción, o por los contrapesos recién introducidos, entonces se produce de nuevo el reposo o una nueva tensión y decisión y entonces se produce un nuevo movimiento en la mayoría de los casos en sentido contrario.

132

Esta distinción especulativa entre equilibrio, tensión y movimiento es más esencial para la acción práctica de lo que podría parecer a primera vista.

En el estado de reposo y equilibrio pueden prevalecer muchos tipos de actividad, a saber, la que procede meramente de causas de oportunidad y no del propósito de un gran cambio. Tal actividad puede incluir batallas importantes, incluso grandes batallas, pero es de una naturaleza completamente diferente y, por lo tanto, suele tener un efecto distinto.

Cuando se produce una tensión, la decisión será siempre más eficaz, en parte porque en ella se manifestarán más fuerza de voluntad y más impulso de las circunstancias, en parte porque todo está ya preparado y dispuesto para un gran movimiento. La decisión se parece al efecto de una mina bien cerrada y represada, mientras que un acontecimiento quizá igual de grande en sí mismo en estado de calma se parece más o menos a una masa de pólvora que estalla al aire libre.

El estado de tensión, por cierto, debe, como es evidente, pensarse en varios grados, y puede, en consecuencia, correr hacia el estado de reposo en tantas gradaciones que al final diferirá poco de él.

Ahora bien, la utilidad más esencial que sacamos de esta consideración es la conclusión de que toda medida tomada en estado de tensión es más importante, más acertada, de lo que habría sido la misma medida en estado de equilibrio, y que esta importancia aumenta infinitamente en los grados más altos de tensión.

El cañoneo de Valmy decidió más que la batalla de Hochkirch.

En una franja de terreno que el enemigo nos abandona porque no puede defenderla, podemos establecernos de manera muy diferente a aquella en la que la retirada del enemigo se efectuó con la mera intención de tomar la decisión en mejores circunstancias. Contra un

ataque estratégico en curso, una posición defectuosa, una sola marcha equivocada pueden tener consecuencias decisivas, mientras que en un estado de equilibrio estas cosas tendrían que ser muy destacadas para incluso estimular la actividad del enemigo.

La mayoría de las guerras anteriores, como ya hemos dicho, existieron durante la mayor parte del tiempo en este estado de equilibrio o, al menos, en tensiones tan pequeñas, remotas y débilmente actuantes que los acontecimientos que en ellas se produjeron rara vez fueron de gran éxito, a menudo piezas ocasionales para el cumpleaños de un monarca (Hochkirch), a menudo una mera satisfacción del honor de las armas (Kunersdorf), la vanidad de los generales (Freiberg).

Que el comandante reconozca debidamente estas condiciones, que tenga el tacto de conducirse en el espíritu de ellas, lo consideramos una gran necesidad, y hemos experimentado en la campaña de 1806 hasta qué punto esto falla a veces. En aquella tremenda tensión, cuando todo presionaba hacia una decisión principal, y sólo ésta, con todas sus consecuencias, debería haber ocupado toda el alma del comandante, se propusieron y en parte también se aplicaron medidas (el reconocimiento de Franconia) que, a lo sumo, en estado de equilibrio, podrían haber constituido un juego ligero y oscilante. Por encima de todas estas medidas y consideraciones confusas y absorbentes de actividad, se perdieron las necesarias, que eran las únicas que podían salvar.

133

Pero esta distinción especulativa que hemos hecho nos es también necesaria para el desarrollo ulterior de nuestra teoría, porque todo lo que tenemos que decir sobre la relación de ataque y defensa y sobre la consumación de este acto bifronte se refiere al estado de crisis en que se encuentran las fuerzas durante la tensión y el movimiento; y que consideraremos y trataremos toda actividad que pueda tener lugar en el estado de equilibrio sólo como un corolario, pues esa crisis es la guerra real, y este equilibrio sólo un reflejo de ella.

CAPÍTULO 4

LIBRO CUARTO: LA ESCARAMUZA

4.1 PRIMER CAPÍTULO: VISIÓN GENERAL

Después de haber considerado en el libro anterior los objetos que pueden ser considerados como los elementos efectivos en la guerra, dirijamos ahora nuestra mirada a la batalla, como la actividad bélica real, que, a través de sus efectos físicos y mentales, comprende el propósito de toda la guerra, a veces de una manera más simple, a veces de una manera más compuesta. En esta actividad y en sus efectos, por tanto, hay que volver a encontrar esos elementos.

La construcción de la batalla es de naturaleza táctica; sólo le echaremos un vistazo general para conocerla en su aspecto global. En su aplicación, los propósitos más cercanos dan a cada batalla una forma peculiar; sólo llegaremos a conocer estos propósitos más cercanos en lo que sigue. Pero estas peculiaridades suelen ser insignificantes en relación con las características generales de una batalla, de modo que la mayoría de ellas son muy similares entre sí, por lo que, si no queremos repetir lo general en cada lugar, nos vemos obligados a considerar lo mismo antes de hablar de una aplicación más detallada.

Antes, en el próximo capítulo, caracterizaremos en pocas palabras el desarrollo táctico de la batalla de hoy, porque es la base de nuestras ideas sobre la batalla.

4.2 CAPÍTULO 2: CARÁCTER DE LA BATALLA ACTUAL

Según los conceptos que hemos adoptado de táctica y estrategia, huelga decir que si la naturaleza de la primera cambia, ello debe influir en la segunda. Si los fenómenos tácticos en un caso tienen un carácter muy diferente del otro, los estratégicos tendrán que tenerlo también, si quieren seguir siendo coherentes y razonables. Por lo tanto, es importante caracterizar la batalla principal en su forma más reciente antes de familiarizarnos con su uso en la estrategia.

¿Qué se suele hacer en una gran batalla? Se colocan tranquilamente en grandes masas, una al lado de la otra y una detrás de la otra, desarrollan proporcionalmente sólo una pequeña parte del todo, y dejan que ésta se pelee en un tiroteo que dura horas, que se interrumpe de vez en cuando y es empujado un poco hacia adelante y hacia atrás por pequeñas ráfagas individuales de asalto, bayonetas y carga de caballería. Cuando esta parte ha derramado así gradualmente su fuego guerrero, y no quedan más que las cenizas, se retira y es reemplazada por otra.

136

De este modo, la batalla con un elemento moderado se consume lentamente como pólvora mojada, y cuando el velo de la noche impone la calma, porque ya nadie puede ver, y nadie quiere abandonarse al ciego azar, entonces se estima lo que puede quedar a uno y a otro de masas que aún pueden llamarse utilizables, es decir, que aún no se han derrumbado completamente como volcanes calcinados; se estima lo que uno ha ganado o perdido en el espacio y cómo se encuentra con la seguridad de la retaguardia; estos resultados se elaboran con impresiones individuales. Estos resultados, junto con las impresiones individuales de valor y cobardía, astucia y estupidez, que uno cree haber percibido en sí mismo y en su adversario, se reúnen en una única impresión principal, de la que surge entonces la decisión: despejar el campo de batalla o reanudar el combate a la mañana siguiente.

Esta descripción, que no pretende ser un cuadro pintado de la batalla de hoy, sino simplemente establecer su tono, se ajusta tanto a los atacantes como a los defensores, y los rasgos individuales que nos dan el objetivo previsto, la región, etc. pueden llevarse a ella sin cambiar significativamente este tono.

Pero las batallas de hoy no son así por casualidad; son así porque las partes se encuentran más o menos en el mismo punto de las facilidades bélicas y del arte de la guerra, y porque el elemento bélico, encendido por grandes intereses populares, se ha abierto paso y es guiado hacia sus cauces naturales. Bajo estas dos condiciones, las batallas conservarán siempre este carácter.

Esta idea general de la batalla de hoy nos será útil posteriormente en más de un lugar cuando queramos determinar el valor de los coeficientes individuales de fuerza, área, etc. Esta descripción se aplica sólo a las batallas generales, grandes y decisivas y a lo que se acerca a ellas; las pequeñas también han cambiado su carácter en este sentido, pero menos que las grandes. La prueba de ello pertenece a la táctica, pero no obstante tendremos ocasión de aclarar este tema con algunos movimientos más en lo que sigue.

4.3 CAPÍTULO 3: LA BATALLA EN GENERAL

La batalla es la actividad bélica propiamente dicha; todo lo demás no son más que sus vehículos. Examinemos, pues, detenidamente su naturaleza.

La batalla es combate, y el propósito de la batalla es destruir o vencer al enemigo; pero el enemigo en una batalla individual es la fuerza que se nos opone.

Esta es la idea simple, volveremos a ella; pero antes de poder hacerlo, tenemos que comprometer a una serie de otros.

Si pensamos en el Estado y en su poder bélico como una unidad, la idea más natural es pensar en la guerra como una única gran batalla, y en las simples circunstancias de los pueblos salvajes no es muy diferente. Nuestras guerras, sin embargo, consisten en una miríada de batallas grandes y pequeñas, simultáneas o sucesivas, y esta desintegración de la actividad en tantas acciones individuales tiene su razón en la gran diversidad de las circunstancias de las que surge la guerra en nuestro país.

137

Incluso el fin último de nuestras guerras, el político, no siempre es muy simple, y aunque lo fuera, la acción está ligada a tal multitud de condiciones y consideraciones que el fin ya no puede alcanzarse mediante un solo gran acto, sino sólo mediante una multitud de actos mayores o menores conectados para formar un todo. Cada una de estas actividades individuales es, por tanto, una parte de un todo y, en consecuencia, tiene un propósito especial por el que está ligada a este todo.

Hemos dicho antes que toda acción estratégica puede remontarse a la idea de una batalla, porque es un uso de la fuerza armada y ésta siempre se basa en la idea de una batalla. En el campo de la estrategia, por tanto, podemos rastrear toda actividad bélica hasta la unidad de los enfrentamientos individuales y preocuparnos únicamente por los propósitos de estos últimos. Sólo nos familiarizaremos gradualmente con estos propósitos particulares a medida que hablemos de los objetos que los originan. Aquí nos basta con decir: cada batalla, grande o pequeña, tiene su finalidad particular, subordinada al conjunto. Si este es el caso, la destrucción y superación del enemigo debe ser considerada sólo como el medio para este fin. Y así es.

Pero este resultado sólo es cierto en su forma y sólo es importante por la conexión que las ideas tienen entre sí, y es precisamente para desligarnos de él por lo que lo hemos buscado.

¿En qué consiste la superación del enemigo? Siempre sólo la destrucción de sus fuerzas, ya sea por muerte o heridas o de cualquier otra manera, ya sea totalmente o sólo hasta tal punto que ya no desee continuar la lucha. Siempre que prescindamos de todos los propósitos especiales de las batallas, podemos considerar la destrucción del enemigo, total o parcial, como el único propósito de todas las batallas.

Ahora bien, nosotros sostenemos que en la mayoría de los casos, y especialmente en los grandes combates, el fin particular por el que el combate se individualiza y se conecta con el gran conjunto no es más que una débil modificación de ese fin general, o un fin secundario conectado con él, lo suficientemente importante como para individualizar el combate, pero siempre insignificante en comparación con ese fin general; de modo que si sólo se alcanzara ese fin secundario, sólo se cumpliría una parte sin importancia de su propósito. Si esta afirmación es correcta, se verá que la concepción según la cual la destrucción de las fuerzas del enemigo es sólo el medio, y el fin siempre algún otro, es cierta sólo en su forma, pero que llevaría a conclusiones falsas si no se recordara que esta misma destrucción de la fuerza enemiga se encuentra también en ese fin, y que éste es sólo una débil modificación de aquélla.

Antes de la última época de la guerra, este olvido condujo a puntos de vista bastante erróneos y produjo tendencias, así como fragmentos de sistemas, con los que la teoría se creía tanto más elevada cuanto menos creía necesitar el instrumento real, es decir, la destrucción de las fuerzas enemigas.

138

Es cierto que tal sistema no podría llegar a existir si en el proceso no se utilizaran otras premisas falsas y se sustituyeran por otras cosas la destrucción de las fuerzas enemigas, a las que se atribuye una falsa eficacia. Combatiremos éstas cuando el objeto nos induzca a ello, pero no podemos ocuparnos de la batalla sin haber reivindicado la importancia y el verdadero valor de la misma y advertido contra la desviación que una mera verdad formal podría inducir.

Pero, ¿cómo demostraremos que la destrucción de las fuerzas del enemigo es lo principal en la mayoría de los casos y en los más importantes? ¿Cómo haremos frente a la idea extremadamente sutil que concibe la posibilidad de lograr una mayor destrucción indirecta de las fuerzas enemigas mediante una forma particularmente artificial con una pequeña destrucción directa de las fuerzas enemigas, o mediante pequeños pero particularmente hábilmente aplicados golpes tal parálisis de las fuerzas enemigas, tal control de la voluntad del enemigo, que este procedimiento podría considerarse como un gran acortamiento del camino? Sin duda, una batalla vale más en un punto que en otro; sin duda, hay una ordenación artera de las batallas entre sí también en la estrategia, e incluso no es más que este arte; negar esto no es nuestra intención, pero mantenemos que la destrucción inmediata de las fuerzas del enemigo es en todas partes lo *predominante*. Esta importancia predominante, y nada más, es lo que queremos arrancar aquí del principio de aniquilación.

Sin embargo, debemos recordar que estamos en la estrategia y no en la táctica, que no estamos hablando de los medios que ésta pueda tener para destruir un gran número de fuerzas enemigas con poco esfuerzo, sino que por destrucción inmediata entendemos éxitos tácticos, y que nuestra afirmación es, por tanto, que sólo grandes éxitos tácticos pueden conducir a grandes éxitos estratégicos, o, como ya hemos expresado más concretamente, que los éxitos *tácticos* tienen *una importancia predominante en la guerra*.

La prueba de esta afirmación nos parece bastante simple: reside en el tiempo que requiere toda combinación compuesta (ingeniosa). Si una estocada simple o una más compuesta y astuta produce mayores efectos, puede decidirse indudablemente a favor de la segunda, siempre que se piense en el adversario como un objeto que sufre. Pero cada estocada compuesta requiere más tiempo, y este tiempo debe concederse sin que el conjunto se vea perturbado en los preparativos para su efecto por un contraataque en una de las partes. Si el adversario se decide ahora por una estocada más simple, que se ejecuta en poco tiempo, gana la ventaja y perturba el efecto del gran plan. En el valor de una estocada compuesta, por lo tanto, hay que tener en cuenta todo el peligro que se corre durante su preparación, y sólo se puede emplear si no se puede temer del adversario que le moleste una más corta; tan a menudo como éste sea el caso, uno mismo debe elegir la más corta, y en este sentido descender hasta donde su carácter, las circunstancias del adversario y otras circunstancias lo hagan necesario. Si dejamos las débiles impresiones de los conceptos abstractos y descendemos a la vida real, un adversario rápido, valiente y decidido no nos dejará tiempo para composiciones artificiales rebuscadas, y es precisamente contra un adversario así cuando más necesitaríamos el arte. Aquí, nos parece, ya se da el *predominio de los éxitos simples e inmediatos sobre los compuestos*.

139

Nuestra opinión, pues, no es que la estocada simple sea la mejor, sino que no se debe avanzar más allá de lo que el margen permite, y que esto conducirá cada vez más al combate inmediato cuanto más belicoso sea el adversario. Así pues, lejos de permitirse superar al adversario en la dirección de los planes compuestos, hay que procurar más bien ir siempre por delante de él en la dirección contraria.

CAPÍTULO 4. Libro Cuarto: La Batalla

4.3 La batalla en general

Si uno examina el último fundamental de estos opuestos, encontrará que en uno es la prudencia, en el otro el coraje. Ahora bien, es muy tentador creer que una valentía moderada unida a una gran prudencia producirá más efecto que una prudencia moderada unida a una gran valentía. Pero si no pensamos en estos elementos en desproporciones ilógicas, no tenemos derecho a dar a la prudencia esta ventaja sobre el valor en un campo llamado peligro, que debe ser considerado como el verdadero demonio del valor.

Después de esta consideración abstracta, sólo diremos que la experiencia, lejos de dar otro resultado, es más bien la única causa que nos ha impulsado en esta dirección y nos ha llevado a tales consideraciones.

Cualquiera que lea la historia con una mente abierta será incapaz de abstenerse de la convicción de que, de todas las virtudes bélicas, la *energía de la guerra* ha sido siempre la que más ha contribuido a la gloria y al éxito de las armas.

Cómo llevaremos a la práctica nuestro principio de considerar la destrucción de las fuerzas enemigas como lo principal, no sólo en toda la guerra, sino también en la batalla individual, y adaptarlo a todas las formas y condiciones exigidas necesariamente por las circunstancias de las que surge la guerra, se enseñará en la secuela.

Por el momento, sólo nos preocupaba ganar su importancia general, y con este resultado volvemos a la batalla.

4.4 CAPÍTULO CUARTO: CONTINUACIÓN

En el capítulo anterior nos detuvimos en el hecho de que la destrucción del enemigo es el propósito de la batalla, y tratamos de demostrar mediante una consideración especial que esto es cierto en la mayoría de los casos y en las batallas más grandes, porque la destrucción de la fuerza armada del enemigo es siempre lo predominante en la guerra. Los otros propósitos, que pueden mezclarse con esta destrucción de la fuerza del enemigo y que pueden prevalecer en mayor o menor medida, los caracterizaremos en términos generales en el próximo capítulo y los iremos conociendo gradualmente en mayor detalle en los siguientes; aquí desvincularemos la batalla de ellos por completo y consideraremos la destrucción del enemigo como el propósito enteramente suficiente de la batalla individual.

¿Qué se entiende por destrucción de las fuerzas enemigas? Una disminución de la misma proporcionalmente mayor que la nuestra. Si tenemos una gran superioridad numérica sobre el enemigo, la misma magnitud absoluta de pérdida será naturalmente menor para nosotros que para él, y en consecuencia puede considerarse ya como una ventaja. Puesto que aquí consideramos la batalla despojada de todo fin, también debemos excluir de ella aquella en la que sólo se utiliza indirectamente para una mayor destrucción de las fuerzas del enemigo: en consecuencia, sólo puede considerarse como fin aquella ganancia inmediata que hemos obtenido en el proceso mutuo de destrucción, pues esta ganancia es absoluta, recorre el relato de toda la campaña y al final de la misma siempre resulta ser una ganancia pura. Cualquier otro tipo de victoria sobre nuestro adversario, sin embargo, o bien tendría su razón de ser en otros fines, de los que aquí prescindimos por completo, o bien sólo daría una ventaja relativa temporal; un ejemplo debería aclarárnoslo.

140

Si, mediante una hábil disposición, hemos colocado a nuestro enemigo en una posición tan desventajosa que no puede continuar el combate sin peligro, y si, después de cierta resistencia, se retira, podemos decir que le hemos vencido en este punto; pero si, en este vencimiento, hemos perdido fuerzas en la misma proporción que él, nada quedará de esta victoria, si es que tal éxito puede llamarse tal, en el balance final de la campaña. La superación del enemigo, es decir, el ponerlo en tal condición que deba renunciar a la batalla, por lo tanto, no debe tomarse en consideración en sí misma y no puede, por lo tanto, incluirse en la definición del propósito; y así, como he dicho, no queda nada más que la ganancia directa que hemos obtenido en el proceso de destrucción. A esto pertenecen no sólo las pérdidas que se producen en el transcurso de la batalla, sino también las que se producen tras la retirada de la parte vencida como consecuencia directa de la misma.

Ahora bien, es una experiencia bien conocida que las pérdidas de fuerzas físicas en el curso de la batalla rara vez dan una gran diferencia entre vencedor y vencido, a menudo ninguna, a veces incluso inversa, y que las pérdidas más decisivas para el vencido sólo se producen con la retirada, es decir, las que el vencedor no comparte con él. Los débiles restos de batallones ya sacudidos son agrupados por la caballería, los cansados permanecen tendidos, los cañones rotos y los carros de pólvora permanecen en pie, otros no pueden alejarse lo bastante rápido por malos caminos y son alcanzados por la caballería enemiga; por la noche se pierden grupos individuales y caen indefensos en manos del enemigo, y así la victoria sólo suele ganar cuerpos cuando ya está decidida. Habría aquí una contradicción si no se resolviera de la siguiente manera.

La pérdida de fuerzas físicas no es la única que sufren ambos bandos en el transcurso de la batalla, sino que las morales también se tambalean, se rompen y perecen. No es sólo la pérdida de hombres, caballos y armas, sino de orden, valor, confianza, coherencia y plan, lo

que se tiene en cuenta a la hora de decidir si la batalla puede continuar o no. Son estas fuerzas morales las que son primordialmente decisivas aquí, y las únicas que han sido decisivas en todos los casos en que el vencedor ha perdido tanto como el vencido.

De todos modos, la proporción de pérdidas físicas es difícil de estimar en el transcurso de la batalla, pero la proporción de pérdidas morales no lo es. Dos cosas son los principales indicadores. El primero es la pérdida del terreno en el que luchamos, el segundo es la preponderancia de las reservas enemigas. Cuanto más disminuyen nuestras reservas en relación con las del enemigo, más fuerzas hemos necesitado para mantener el equilibrio; sólo en esto hay una prueba palpable de la superioridad moral del enemigo, que además rara vez deja de producir cierta amargura y desprecio por sus propias tropas en la mente del comandante. Pero lo principal es que todas las tropas que ya han combatido continuamente aparecen más o menos como una ceniza quemada; se han disparado, se han fundido, su fuerza física y moral está agotada, incluso su valor está roto. Tal tropa, aparte de la disminución de sus efectivos, está por tanto, considerada como un todo orgánico, lejos de ser lo que era antes de la batalla, y así es como la pérdida de fuerza moral se indica por la medida de las reservas gastadas, como por una regla plegable.

141

Así pues, la pérdida de terreno y la falta de reservas frescas suelen ser las dos causas principales que determinan la retirada, pero no queremos excluir ni eclipsar otras que pueden residir en la coherencia de las partes, en el plan del conjunto, etc. No debemos olvidar que la causa principal de la retirada es la falta de reservas frescas.

Así pues, toda batalla es un sangriento y destructivo equilibrio de fuerzas, físicas y morales. Quien al final tenga la mayor suma de ambas es el vencedor.

En la batalla, la pérdida de las fuerzas morales fue la causa predominante de la decisión; después de que ésta se ha dado, esa pérdida permanece en el ascendiente, y alcanza su culminación sólo al final de todo el acto; así se convierte también en el medio de hacer la ganancia en la destrucción de las fuerzas físicas, que era el verdadero propósito de la batalla. El orden y la unidad perdidos a menudo hacen que incluso la resistencia de los individuos sea ruinosa; el coraje del conjunto se rompe, la tensión original sobre la pérdida y la ganancia, en la que se había olvidado el peligro, se disuelve, y para la mayoría el peligro ya no parece un desafío al coraje, sino el sufrimiento de un severo castigo. Así, en el primer momento de la victoria del enemigo, el instrumento está debilitado y embotado y, por tanto, ya no es apto para devolver peligro con peligro.

El vencedor debe emplear este tiempo para obtener la ganancia real en la destrucción física de la fuerza; sólo lo que consigue en esto le queda seguro, las fuerzas morales vuelven gradualmente en el enemigo, el orden se restablece, el valor se levanta de nuevo, y en la mayoría de los casos sólo queda una parte muy pequeña de la superioridad ganada, a menudo ninguna, y en casos individuales, aunque raros, puede incluso surgir un efecto *contrario* por venganza y avivamiento más fuerte de la enemistad. Por otra parte, lo que se gana en muertos, heridos, prisioneros y armas capturadas nunca puede desaparecer de la ecuación.

Las pérdidas en la batalla consisten más en muertos y heridos, las de después de la batalla más en artillería perdida y prisioneros. Las primeras son más o menos compartidas por el vencedor y el vencido, las segundas no, y por ello suelen encontrarse sólo en un bando de la batalla, o al menos sólo en exceso significativo.

Así pues, los cañones y los prisioneros siempre han sido considerados como los verdaderos trofeos de la victoria y, al mismo tiempo, como la medida de la misma, porque su alcance se revela indudablemente por ellos. Incluso el grado de superioridad moral se desprende mejor de esto que de cualquier otra proporción, sobre todo cuando se compara con el número de muertos y heridos, y aquí surge una nueva potencia de efectos morales.

142

Hemos dicho que las fuerzas morales destruidas en la batalla y sus primeras consecuencias se restablecen gradualmente y a menudo no dejan huella de su destrucción: así ocurre con los pequeños destacamentos del conjunto, más raramente con los grandes; también puede ocurrir con éstos en el ejército, pero rara vez o nunca en el Estado y el gobierno al que pertenece este ejército. Aquí la proporción se estima con más imparcialidad y desde un punto de vista más elevado, y el grado de la propia debilidad e insuficiencia se discierne demasiado fácilmente y bien en la extensión de los trofeos dejados al enemigo y la proporción de éstos con respecto a la pérdida de muertos y heridos.

En general, no debemos despreciar el equilibrio perdido de las fuerzas morales, porque no tiene un valor absoluto y no aparece infaliblemente en la suma finita de los éxitos; puede llegar a tener un peso tan abrumador que lo derribe todo con una fuerza irresistible. Por ello, también puede convertirse a menudo en una gran meta de la acción, de la que hablaremos en otros lugares. Aquí todavía tenemos que considerar algunas de sus condiciones originales.

El efecto moral de una victoria aumenta con el tamaño de las fuerzas, no sólo en igual medida, sino en grados crecientes, es decir, no sólo en tamaño, sino también en fuerza intensa. En una división derrotada el orden se restablece fácilmente. Al igual que un solo miembro agarrotado vuelve a calentarse fácilmente con el resto del cuerpo, el coraje de una división derrotada vuelve a levantarse fácilmente con el coraje del ejército tan pronto como se une a él. Por lo tanto, si los efectos de la pequeña victoria no desaparecen por completo, se pierden en parte para el enemigo. No es así cuando el propio ejército sucumbe en una batalla desafortunada; allí uno se derrumba con el otro. Un gran fuego alcanza un grado de calor muy diferente al de varios fuegos pequeños.

Otra proporción que debe determinar el peso moral de la victoria es la de las fuerzas que lucharon juntas. Vencer a muchos con pocos no sólo es una ganancia doble, sino que también demuestra una superioridad mayor, sobre todo general, que el vencido siempre debe temer encontrar. Sin embargo, en realidad esta influencia es *apenas perceptible en* tal caso. En el momento de la acción, la convicción de la fuerza real del adversario suele ser tan indeterminada, la estimación de la suya propia suele ser tan falsa, que el vencido o no admite en absoluto la desproporción o no la admite con toda verdad durante mucho tiempo, con lo que escapa en gran medida a la desventaja moral que de ello se derivaría para él. Sólo más tarde en la historia, esta fuerza tiende a salir de la opresión en que la mantenían la ignorancia, la vanidad o la prudente sabiduría, y entonces glorifica al ejército y a su jefe, pero ya no puede hacer nada con su peso moral por los acontecimientos que han pasado hace mucho tiempo.

Si los prisioneros y las armas capturadas son las cosas en las que la victoria gana principalmente cuerpo, sus verdaderas cristalizaciones, entonces la disposición de la batalla también estará preferentemente calculada para ello; la destrucción del enemigo con muertes y heridas aparece aquí como un mero medio.

143

Qué influencia tiene esto en las órdenes en la batalla no es una cuestión de estrategia, pero la determinación de la batalla en sí ya está relacionada con ello, a saber, a través de la seguridad de la retaguardia propia y el peligro para el enemigo. De este punto depende en gran medida el número de prisioneros y de cañones capturados, y en algunos casos la táctica por sí sola no puede bastar, pues si las condiciones estratégicas se interponen demasiado en su camino.

El peligro de tener que luchar desde dos flancos, y el peligro aún más amenazador de no poder retroceder, paralizan los movimientos y la fuerza de la resistencia y afectan a la alternativa de la victoria y la derrota; además, en caso de derrota, aumentan la pérdida y a menudo la llevan al límite extremo, es decir, a la aniquilación. Así pues, la amenaza de retroceso hace que la derrota sea a la vez más *probable y más decisiva*.

De aquí surge, pues, un verdadero instinto para toda la conducción de la guerra, y especialmente para los grandes y pequeños combates; a saber, asegurar la retaguardia propia y ganar la del enemigo; se desprende del concepto de victoria, que, como hemos visto, sigue siendo algo distinto de un mero homicidio.

En este esfuerzo, por tanto, vemos la *primera definición más cercana de la batalla*, y una muy general. No se concibe ninguna batalla en la que esto no deba ir de la mano del mero empuje de la fuerza en su forma doble o simple. Ni la más pequeña división se lanzará jamás sobre su enemigo sin pensar en su retirada, y en la mayoría de los casos buscará al enemigo.

Cuántas veces en casos complicados este instinto se ve impedido de tomar el camino recto, cuántas veces debe ceder en la dificultad a otras consideraciones superiores, eso nos llevaría demasiado lejos aquí; nos ceñiremos a establecerlo como una ley natural general de la batalla.

Por tanto, es eficaz en todas partes, presiona en todas partes con su peso natural y se convierte así en el punto en torno al cual giran casi todas las maniobras tácticas y estratégicas.

Si examinamos ahora el concepto global de victoria, encontramos tres elementos en él:

1. La mayor pérdida de fuerza física del adversario,
2. moral,
3. la confesión pública del mismo desistiendo de su intención.

Los informes mutuos sobre la pérdida de muertos y heridos nunca son exactos, rara vez son veraces y en la mayoría de los casos están llenos de distorsiones deliberadas. Incluso el número de trofeos rara vez se da de forma fiable y, cuando no es muy significativo, puede dejar dudas sobre la victoria. No se puede dar ninguna medida válida de la pérdida de fuerza moral aparte de los trofeos; así que en muchos casos la única prueba verdadera de la victoria sigue siendo el abandono de la lucha. La confesión de culpabilidad, entonces, debe ser considerada como la bajada de pálido, por la cual se concede al oponente el derecho y la superioridad en este caso individual, y este lado de humillación y vergüenza, que queda por distinguir de todas las demás consecuencias morales del vuelco de la balanza, es una parte esencial de la victoria. Es sólo esta parte la que tiene un efecto sobre la opinión pública fuera del ejército, sobre el pueblo y el gobierno en ambos estados beligerantes y en todos los demás implicados.

144

Pero el abandono de la intención no es exactamente idéntico a la retirada del campo de batalla, incluso cuando la batalla se ha librado tenaz y persistentemente; nadie dirá de los puestos avanzados que se retiran tras una tenaz resistencia que han abandonado su intención; incluso en los combates que tienen como intención la destrucción de las fuerzas enemigas, la retirada del campo de batalla no siempre puede considerarse como un abandono de esta intención, por ejemplo, en el caso de las retiradas previamente previstas en las que el país se combate a pie. Por ejemplo, en el caso de retiradas previamente previstas en las que el país se combate a pie. Todo esto pertenece a donde hablaremos de la finalidad especial de las batallas; aquí sólo queremos llamar la atención sobre el hecho de que en la mayoría de los casos el abandono de la intención es difícil de distinguir de la retirada del campo de batalla, y que no hay que subestimar la impresión que esto produce dentro y fuera del ejército.

Para los generales y los ejércitos que no tienen una reputación hecha, éste es un lado peculiar y difícil de algunos modos de proceder que, por lo demás, están fundados en las circunstancias, donde una serie de combates que terminan en retirada puede parecer una serie de derrotas sin serlo, y donde esta apariencia puede llegar a tener una influencia muy desventajosa. En este caso, no es posible que el evasor prevenga la impresión moral en todas partes declarando su intención peculiar, ya que para hacerlo de manera efectiva tendría que dar a conocer plenamente su plan, lo que, es evidente, iría demasiado en contra de su interés principal.

Para llamar la atención sobre la especial importancia de este concepto de victoria, sólo recordaremos la batalla de Soor, cuyos trofeos no fueron significativos (unos miles de prisioneros y 20 cañones), y en la que Federico el Grande proclamó la victoria permaneciendo en el campo de batalla otros cinco días, aunque su retirada a Silesia ya estaba decidida y fundada en toda su posición. Creyó que con el peso moral de esta victoria se acercaba a la paz, como él mismo dice; aunque fueron necesarias algunas otras victorias, a saber, la batalla de Katholisch-Hennersdorf en Lusacia y la batalla de Kcxselsdorf, antes de que se produjera esta paz, no puede decirse que el efecto moral de la batalla de Soor fuera nulo.

Si es especialmente la fuerza moral la que se ha visto sacudida por la victoria, y si el número de trofeos se eleva como resultado a una altura inusitada, entonces la batalla perdida se convierte en una derrota, que por tanto no contrasta con toda victoria. Puesto que en tal derrota la fuerza moral de la víctima se disuelve en un grado mucho mayor, a menudo se produce una incapacidad total para resistir, y toda la acción consiste en evadirse, es decir, en huir.

Jena y Belle-Alliance son derrotas, pero Borodino no lo es.

Aunque no se puede enunciar aquí ninguna característica como límite sin pedantería, porque las cosas sólo son diferentes en grado, el mantenimiento de los conceptos como centro es, sin embargo, esencial para la claridad de las ideas teóricas, y es un defecto de nuestra terminología que en el caso de la derrota no sepamos designar con *una* palabra la victoria que le corresponde y en el caso de una victoria simple la derrota del adversario que le corresponde.

4.5 CAPÍTULO QUINTO: SOBRE LA IMPORTANCIA DEL COMBATE

Después de haber considerado la batalla en su forma absoluta en el capítulo anterior, como la imagen reducida de toda la guerra, pasamos a las relaciones en las que se sitúa como parte de un todo mayor con las demás partes. En primer lugar, nos preguntamos por el significado más próximo que puede tener una batalla.

Puesto que la guerra no es más que aniquilación mutua, lo más natural en la imaginación y quizá también en la realidad parece ser que todas las fuerzas de cada parte se unan en un gran volumen y todos los éxitos en un gran empuje de estas masas. - Hay ciertamente mucha verdad en esta idea, y parece en conjunto muy saludable aferrarse a ella, y por lo tanto considerar las pequeñas batallas al principio sólo como una consecuencia necesaria, por así decirlo como virutas. Sin embargo, la cuestión no puede descartarse tan fácilmente.

Que la multiplicación de las batallas surge de la división de las fuerzas es evidente, y los propósitos más detallados de las batallas individuales surgirán, por lo tanto, con la división de las fuerzas. Pero estos propósitos, y con ellos toda la masa de batallas, pueden dividirse en ciertas clases, y contribuirá a la claridad de nuestras consideraciones conocerlas ahora.

La destrucción de las fuerzas enemigas es, por supuesto, el fin de todos los combates, pero también pueden ir unidos a él otros fines, que incluso pueden llegar a ser predominantes; por lo tanto, debemos distinguir el caso en que la destrucción de la fuerza enemiga es lo principal, y aquel en que es más bien el medio. Además de la destrucción de la fuerza enemiga, la posesión de un lugar y la posesión de un objeto pueden ser también los fines generales que puede tener un combate, ya sea uno de ellos solo, o varios juntos, en cuyo caso, sin embargo, uno suele seguir siendo el fin principal. Las dos formas principales de la guerra, el ataque y la defensa, de las que pronto hablaremos, no modifican la primera de estas determinaciones, pero sí las otras dos, por lo que un cuadro que quisiéramos hacer de ellas tendría el siguiente aspecto:

<i>Batalla ofensiva</i>	<i>Batalla defensiva</i>
1. destrucción del enemigo Fuerzas armadas.	1. destrucción del enemigo Fuerzas armadas.
2. conquista de un lugar.	2. defensa de un lugar.
3. conquista de un objeto.	3. defensa de un objeto.

Sin embargo, estas disposiciones no parecen medir con exactitud el alcance de la zona, si recordamos los reconocimientos y demostraciones en los que aparentemente ninguno de estos tres objetos es la finalidad de la batalla. De hecho, esto debe permitirnos admitir una cuarta clase. Si nos fijamos bien, es cierto que en los reconocimientos, en los que el enemigo se nos muestra, en las alertas, en las que se cansa, en las demostraciones, en las que no debe abandonar un punto ni girar hacia otro, todos estos propósitos se logran sólo indirectamente y *bajo pretensión de uno de los tres dados anteriormente*, generalmente del segundo, pues el enemigo que quiere reconocer debe actuar como si realmente quisiera atacarnos y golpeararnos o alejarnos, etc. Pero esta pretensión no es lo mismo que una pretensión del primero. Pero este fingimiento no es el verdadero propósito, y es sólo éste sobre el que hemos indagado aquí; debemos, pues, añadir a estos tres propósitos del atacante el cuarto, a saber, el de inducir al enemigo a una falsa medida, o en otras palabras: a dar una batalla fingida. Está en la naturaleza de las cosas que este propósito sólo puede pensarse ofensivamente.

CAPÍTULO 4. Libro Cuarto: La Batalla
4.5 Practicar la importancia del combate

Por otra parte, hay que señalar que la defensa de un lugar puede ser de doble naturaleza, absoluta, cuando no hay que ceder el punto en absoluto, o relativa, cuando sólo se necesita durante un tiempo. Esto último ocurre incesantemente en las batallas de los puestos avanzados y las guardias de las Fuerzas Armadas.

Que la naturaleza de estos diferentes propósitos de la batalla tiene una influencia esencial en la organización de la misma es evidente por sí mismo. Se procederá de manera diferente si simplemente se expulsa a un puesto enemigo de su lugar que si se le quiere derrotar por completo; de manera diferente si se defiende un lugar a toda costa que si sólo se trata de retrasar al enemigo durante un tiempo; en el primer caso uno se preocupa poco de la retirada, en el segundo es lo principal, etc.

Pero estas consideraciones pertenecen a la táctica y se dan aquí como mero ejemplo para mayor claridad. Lo que la estrategia tiene que decir sobre los diversos propósitos de la batalla ocurrirá en los capítulos que tocan estos propósitos. He aquí algunas observaciones generales.

El primero: que la importancia de los fines disminuye aproximadamente en el orden en que se sitúan por encima; en segundo lugar, que el primero de estos fines debe predominar siempre en la batalla principal; por último, que los dos últimos en el combate defensivo son en realidad tales que no tienen ningún interés; pues son totalmente negativos y, por tanto, sólo pueden ser útiles indirectamente, facilitando otra cosa positiva. *Por lo tanto, es una mala señal de la situación estratégica si los combates de este tipo se hacen demasiado frecuentes.*

4.6 CAPÍTULO SEIS: DURACIÓN DE LA BATALLA

Si ya no consideramos la batalla en sí misma, sino en relación con las demás fuerzas, su duración adquiere un significado propio.

La duración de una batalla debe considerarse, en cierto sentido, como un segundo éxito subordinado. Para el vencedor, una batalla nunca puede decidirse con suficiente rapidez; para el vencido, nunca puede durar lo suficiente. La victoria rápida es una potencia superior de la victoria, la decisión tardía en la derrota un éxito por la pérdida.

Esto es cierto en general, pero adquiere importancia práctica cuando se aplica a aquellos compromisos cuya importancia es la defensa relativa.

Aquí, todo el éxito reside a menudo en la duración. Por eso lo incluimos entre los elementos estratégicos.

147

La duración de una batalla está necesariamente relacionada con sus condiciones esenciales. Estas relaciones son: tamaño absoluto de la fuerza, relación de fuerza mutua y armas, y naturaleza de la zona. Dos mil hombres no se desgastan entre sí tan rápidamente como dos mil; un enemigo superado en número dos o tres a uno no es resistido tanto tiempo como uno de igual fuerza; un enfrentamiento de caballería se decide más rápidamente que uno de infantería, y un enfrentamiento con mera infantería más rápidamente que cuando está presente la artillería; en montañas y bosques no se avanza tan rápidamente como en la llanura; todo esto es claro en sí mismo.

Se deduce, pues, que la fuerza, la proporción de las armas y la formación deben tenerse en cuenta si se quiere que la batalla cumpla una intención por su duración; pero esta regla nos importaba menos en esta consideración particular que vincular a ella de una vez los principales resultados que la experiencia nos da sobre este tema.

La resistencia de una división ordinaria de 8 a 10.000 hombres de todas las armas dura varias horas incluso contra un enemigo considerablemente superior y en una región no del todo ventajosa, y, si el enemigo es poco o nada superior, probablemente medio día; un cuerpo de 3 a 4 divisiones gana el doble de tiempo; un ejército de 80 a 100.000 hombres unas tres o cuatro veces más. Hasta entonces, por lo tanto, las masas pueden ser dejadas a sí mismas, y no habrá batalla dividida si dentro de este tiempo las otras fuerzas pueden ser traídas, cuya efectividad se fundirá entonces rápidamente en un todo con el éxito de la batalla que ha tenido lugar.

Hemos tomado prestadas estas cifras de la experiencia, pero al mismo tiempo es importante para nosotros caracterizar con más detalle el momento de la decisión y, en consecuencia, de la terminación.

4.7 CAPÍTULO SIETE: DECISIÓN DE LA BATALLA

Ninguna batalla se decide en un solo momento, aunque en cada una hay momentos de gran importancia que provocan principalmente la decisión. La pérdida de una batalla es, por tanto, un hundimiento gradual de la balanza. Pero en cada batalla hay un momento en que puede considerarse decidida, de modo que su reanudación sería una nueva batalla y no la continuación de la anterior. Es muy importante tener una idea clara de este momento para poder decidir si una batalla aún puede reanudarse con beneficio de ayuda.

En las batallas que no pueden restablecerse, a menudo se sacrifican en vano nuevas fuerzas; a menudo se descuida la decisión allí donde aún podría darse fácilmente la vuelta. Hay dos ejemplos que no pueden ser más llamativos.

Cuando el Príncipe de Hohenlohe tomó la batalla de Jena en 1806 con 35.000 hombres contra unos 60 o 70.000 bajo el mando de Bonaparte y perdió, pero perdió de tal manera que los 35.000 hombres podían considerarse destrozados, el General Rüchel emprendió la reanudación de la batalla con unos 12.000 hombres; el resultado fue que en un momento él también quedó destrozado.

148

Por otra parte, el mismo día en Auerstedt, unos 25.000 hombres habían combatido infelizmente contra Davout, que contaba con 28.000, hasta el mediodía, pero sin estar en estado de disolución, sin haber perdido más que el enemigo, que carecía por completo de caballería, -y no lograron utilizar la reserva de 18.000 hombres del general Kalckreuth para dar la vuelta a la batalla, que era imposible perder en estas circunstancias. -

Cada batalla es un todo en el que las batallas parciales se unen para formar un éxito global. La decisión de la batalla reside en este éxito global. Este éxito no tiene por qué ser una victoria, como lo hemos llamado en el sexto capítulo, pues a menudo el terreno no está preparado para ello, a menudo no hay oportunidad para ello si el enemigo se evade demasiado pronto, y en la mayoría de los casos, incluso cuando ha habido una resistencia obstinada, la decisión llega antes que ese éxito que constituye principalmente el concepto de una victoria.

Así que nos preguntamos: ¿cuál suele ser el momento de la decisión, es decir, el momento en que una fuerza nueva, pero no desproporcionada, ya no puede dar la vuelta a una batalla desventajosa?

Pasemos por alto las batallas simuladas, que por su naturaleza carecen realmente de decisión:

1. si la posesión de un objeto mueble era el propósito, la pérdida del mismo cada vez que la decisión.
2. Si el objetivo del enfrentamiento era la posesión de una región, la decisión suele residir en la pérdida de la misma, pero no siempre, a saber, sólo si esta región es de especial fuerza; una región de fácil acceso, por importante que sea por lo demás, puede ser retomada sin gran peligro.
3. En todos los demás casos, sin embargo, en los que estas dos circunstancias no han decidido ya la batalla, es decir, en el caso en que la destrucción de la fuerza enemiga es el objetivo principal, la decisión se encuentra en el momento en que el vencedor deja de estar en un estado de desintegración y, por tanto, de cierta ineficacia, en el que, por lo tanto, cesa el uso ventajoso del esfuerzo sucesivo de la fuerza, del que hablamos en el capítulo duodécimo del tercer libro. Por esta razón, hemos trasladado a este punto la unidad estratégica de la batalla.

Una batalla, por lo tanto, en la que el partido que avanza no ha salido de un estado de orden y eficiencia en absoluto, o sólo con una pequeña parte de su poder, mientras que el nuestro se ha disuelto más o menos, tampoco debe ser restaurado, y del mismo modo cuando el enemigo ya ha restaurado su eficiencia.

Por lo tanto, cuanto menor sea la parte de la fuerza que ha luchado realmente, cuanto mayor sea la que, como reserva, ha ayudado a decidir por su mera existencia, menos probable es que una nueva fuerza del enemigo pueda arrebatarlos de nuevo la victoria de nuestras manos, y ese comandante, así como ese ejército, que ha llegado más lejos en la conducción de la batalla misma con la mayor economía de fuerzas y en hacer valer en todas partes el efecto moral de fuertes reservas, toma el camino más seguro hacia la victoria. En los últimos

tiempos, a los franceses, especialmente cuando estaban dirigidos por Bonaparte, se les debe conceder una gran maestría en esto.

149

Además, cuanto más pequeño sea el conjunto, antes llegará el momento en que cese la crisis del estado de batalla del vencedor y vuelva la antigua eficacia. Una guardia de caballería persiguiendo al enemigo a toda velocidad recuperará el antiguo orden en pocos minutos, y la crisis no durará más que eso; un regimiento entero de caballería necesita más tiempo para esto; llevará aún más tiempo con la infantería si se ha dividido en líneas individuales de fusileros, y más tiempo de nuevo con destacamentos de todas las armas si una parte ha tomado esta dirección, la otra aquella dirección aleatoria, y la batalla ha causado así una alteración del orden, que normalmente sólo empeora por el hecho de que nadie sabe realmente dónde está el otro. Entonces llega el momento en que el vencedor ha recuperado los instrumentos utilizados, que se han mezclado y desordenado en parte, los ha preparado un poco, los ha colocado en un lugar adecuado y ha vuelto a poner así el matadero en orden, este momento, digamos, se produce cada vez más tarde a medida que el conjunto se hace más grande.

De nuevo, este momento se produce más tarde, cuando la noche sorprende al vencedor en la crisis, y finalmente se produce más tarde, cuando la zona está cortada y cubierta. En estos dos puntos, sin embargo, hay que señalar que la noche es también un gran *medio de protección*, porque sólo en raras ocasiones se dan las circunstancias adecuadas para esperar un buen éxito de los ataques nocturnos, como el 10 de marzo de 1814, en Laon, donde York contra Marmont da un ejemplo que pertenece por completo a este ámbito. Del mismo modo, una zona oculta e intersectada será igualmente la protección contra una reacción para aquellos que se encuentren en una prolongada crisis de victoria. Así pues, tanto la noche como la zona oculta e intersectada dificultan más que facilitan la reanudación del mismo combate.

Hasta ahora hemos considerado la ayuda precipitada del que va perdiendo como un mero aumento de la fuerza, es decir, como un refuerzo que viene directamente de atrás, que es el caso habitual. Pero el caso es muy diferente cuando viene del costado o de la retaguardia del enemigo.

Hablaremos del efecto de los ataques laterales y de retaguardia en otro lugar, en la medida en que pertenecen a la estrategia; uno como el que tenemos aquí a la vista para la producción de una batalla pertenece principalmente a la táctica, y sólo porque estamos hablando aquí de resultados tácticos y nuestras ideas deben por tanto penetrar en el campo de la táctica entra en discusión.

La dirección de una fuerza hacia el flanco y la retaguardia del enemigo puede aumentar mucho su eficacia, pero no siempre lo hace necesariamente; también puede debilitarla en igual medida. Las circunstancias en las que se desarrolla la batalla determinan este punto de su disposición tanto como cualquier otro, sin que podamos entrar aquí en ello. Para nuestro tema, sin embargo, hay dos cosas importantes.

En primer lugar, que *los ataques laterales y de retaguardia tienen generalmente un efecto más favorable sobre el éxito después de la decisión que sobre la decisión misma*. Ahora bien, en el desarrollo de una batalla, es ante todo la decisión favorable lo que hay que buscar, y no la magnitud del éxito. A este respecto, por tanto, hay que creer que una ayuda que se ha precipitado para establecer nuestro compromiso será menos favorable si va al lado del enemigo y vuelve, es decir, separada de nosotros, que si acaba de unirse a nosotros. Ciertamente no faltan casos en que esto es así; pero hay que decir que la mayoría se encontrarán del otro lado, y ello por el segundo punto que aquí nos importa.

150

Este segundo punto es *la fuerza moral de la sorpresa, que suele tener a su favor una ayuda que se precipita para producir una batalla*.

Pero el efecto de una sorpresa en el costado y la espalda es siempre mayor, y un hombre en la crisis de la victoria es menos capaz de contrarrestarla en su estado estirado y distraído. Quién no siente que un ataque por el costado y la espalda, que significaría poco al principio de la batalla, cuando se reúnen fuerzas y siempre se prevén estos casos, adquiere un peso muy diferente en el último momento de la batalla.

Debemos, pues, admitir sin vacilar que en la mayoría de los casos una ayuda que venga del costado o de la espalda del enemigo será mucho más eficaz, se comportará como el mismo peso sobre un brazo de palanca más largo, de modo que en tales circunstancias se puede emprender la realización de una batalla con la misma fuerza que no habría bastado en el camino recto. Aquí, donde los efectos eluden casi todo cálculo, porque las fuerzas morales ganan completamente la partida, está el campo derecho de la audacia y el arrojo.

Así que la atención debe dirigirse a todos estos objetos, todos estos momentos de fuerzas interactuantes deben ser tomados en consideración, si uno va a decidir los casos dudosos en cuanto a si una batalla desventajosa puede ser ayudada a retroceder o no.

Si la batalla aún no se considera terminada, la nueva, que se abre por medio de la ayuda que ha llegado, se fundirá con la anterior, es decir, en un resultado común, y la primera desventaja desaparecerá entonces completamente del cálculo. Pero este no es el caso si la batalla ya estaba decidida; entonces hay dos resultados separados. Si la ayuda que se aporta sólo tiene una fuerza relativa, es decir, si no es en sí misma rival para el enemigo, es difícil contar con un éxito favorable en este segundo enfrentamiento; pero si es tan fuerte que puede emprender el segundo enfrentamiento sin tener en cuenta el primero, puede compensar y compensar el último con un éxito favorable, pero nunca puede hacerlo desaparecer del cálculo.

En la batalla de Kunersdorf, Federico el Grande capturó el ala izquierda de la posición rusa al primer intento y tomó 70 cañones; al final de la batalla, ambos se perdieron de nuevo y todo el resultado de este primer enfrentamiento había desaparecido de la cuenta. Si hubiera sido posible detenerse aquí y aplazar la segunda parte de la batalla hasta el día siguiente, entonces, aunque el rey la perdiera, siempre podrían ajustarse a ella las ventajas de la primera.

Pero al retomar y dar la vuelta a un compromiso desventajoso antes de su conclusión, no sólo desaparece de nuestra cuenta su resultado negativo, sino que se convierte en la base de una victoria mayor. Pues si se imagina cuidadosamente el curso táctico del compromiso, es fácil ver que, hasta su conclusión, todos los éxitos de los compromisos parciales no son más que juicios en suspenso, que no sólo pueden ser aniquilados por el éxito principal, sino que pueden transformarse en opuestos. Cuanto más arruinadas estén ya nuestras fuerzas, más fuerzas enemigas se habrán puesto a la altura de las circunstancias, mayor será la crisis entre el enemigo y mayor será la preponderancia de nuestras fuerzas frescas. Si el éxito total se vuelve a nuestro favor, si arrebatamos de nuevo al enemigo el campo de batalla y los trofeos, todas las fuerzas que le han costado se convertirán en una ventaja real para nosotros, y nuestra derrota anterior se convertirá en el escenario de un triunfo superior. Las más brillantes hazañas de armas, que en la victoria habrían sido tan apreciadas por el enemigo que no podría respetar las fuerzas perdidas en ellas, ahora no dejan tras de sí más que el remordimiento por esas fuerzas sacrificadas. Así, la magia de la victoria y la maldición de la derrota cambian el peso específico de los elementos.

151

Así, aunque uno sea decididamente superior y pueda devolver al enemigo su victoria con otra mayor, sigue siendo mejor anticiparse a la conclusión de un enfrentamiento desventajoso, si es de importancia proporcionada, para darle la vuelta, que librar un segundo.

En 1760, el mariscal de campo Daun intentó acudir en ayuda del general Laudon en Liegnitz mientras duró el combate de este último; pero no intentó, cuando eso fracasó, atacar al Rey al día siguiente, aunque no le faltaba poder.

Por esta razón, los enfrentamientos sangrientos de la vanguardia que preceden a una batalla deben considerarse sólo como males necesarios y evitarse cuando no lo sean.

Tendremos que considerar otra implicación.

Si una batalla cerrada es un asunto resuelto, no puede convertirse en la razón para decidir una nueva, sino que la decisión de esta nueva debe surgir de las demás circunstancias. Pero a esta conclusión se opone una fuerza moral que debemos tener en cuenta: es el sentimiento de venganza y represalia. Desde el más alto comandante hasta el más bajo pandereta no falta este sentimiento, y por ello una tropa nunca está animada por mejor ánimo que cuando se trata de borrar un tajo. Pero esto presupone que la parte derrotada no sea demasiado importante del conjunto, porque de lo contrario ese sentimiento se perdería en el de la impotencia.

Por lo tanto, es una tendencia muy natural utilizar esa fuerza moral para recuperar in situ lo que se ha perdido y, por lo tanto, preferiblemente, si las demás circunstancias lo permiten, buscar una segunda batalla. Está entonces en la naturaleza de las cosas que esta segunda batalla deba ser generalmente un ataque.

En la serie de enfrentamientos subordinados se encuentran muchos ejemplos de este tipo de represalias: pero las grandes batallas suelen tener demasiados otros factores determinantes como para dejarse atraer por esta fuerza más débil.

Fue sin duda tal sentimiento el que condujo al noble Blücher el 14 de febrero de 1814, después de que dos de sus cuerpos hubieran sido derrotados tres días antes en Montmirail, con el tercero a este campo de batalla. Si hubiera sabido que aún se encontraría con el propio Bonaparte, razones imperiosas le habrían determinado naturalmente a posponer su venganza; pero esperaba vengarse de Mar- mont, y en lugar de cosechar las ventajas de un noble deseo de venganza, sucumbió a las desventajas de un falso cálculo.

Las distancias a las que pueden situarse las masas destinadas a combatir *juntas dependen de la* duración de los combates y del momento de su decisión. Esta formación sería una disposición táctica en la medida en que pretende una sola y misma batalla; pero sólo puede considerarse como tal cuando la formación es tan estrecha que son inconcebibles dos batallas separadas, y así el espacio que ocupa el conjunto puede considerarse estratégicamente como un mero punto. En la guerra, sin embargo, hay casos frecuentes en los que incluso las fuerzas que se pretende que golpeen *juntas* deben estar separadas entre sí hasta tal punto que, aunque su unificación para la acción conjunta sea la intención principal, sigue siendo posible que se produzcan enfrentamientos separados. Se trata, pues, de una formación estratégica.

152

Las disposiciones de este tipo son: Marchas en masas y columnas separadas, vanguardias y cuerpos laterales, reservas destinadas a apoyar más de un punto estratégico, reunión de los cuerpos individuales a partir de extensos cuarteles, etc. Como se ve, los sic son incesantes y, en cierto modo, constituyen la moneda del reino en el presupuesto estratégico, mientras que las batallas principales y todo lo que está en consonancia con ellas son las piezas de oro y los táleros.

4.8 CAPÍTULO OCTAVO: ACUERDO DE AMBAS PARTES EN LA BATALLA

Ningún combate puede surgir sin el consentimiento mutuo para ello, y de esta idea, que constituye toda la base de un duelo, procede cierta fraseología de los escritores históricos, que tiente a muchas nociones indefinidas y erróneas.

Las reflexiones de los escritores giran a menudo en torno al hecho de que un comandante ofreció batalla al otro y éste no aceptó.

Pero el combate es un duelo muy modificado, y su base no consiste meramente en el deseo mutuo de luchar, es decir, en el consentimiento, sino en los fines que están relacionados con el combate; éstos pertenecen siempre a conjuntos más amplios, y tanto más cuanto que incluso toda la guerra, concebida como una unidad de combate, tiene fines y condiciones políticas que pertenecen a un conjunto más amplio. Así, el mero deseo de vencerse mutuamente entra en una relación bastante subordinada, o más bien deja por completo de ser algo en sí y por sí mismo, y sólo debe considerarse como el nervio que da movimiento a la voluntad superior.

Entre los pueblos antiguos, y también en los primeros tiempos de los ejércitos permanentes, la expresión de que uno ofrecía batalla al enemigo en vano tenía aún más significado que en nuestros días. Porque entre los pueblos antiguos todo estaba dispuesto con el fin de luchar unos contra otros en campo abierto sin ningún objeto que lo obstruyera, y todo el arte de la guerra consistía en la disposición y composición del ejército, es decir, en el orden de batalla.

Ahora bien, como sus ejércitos se atrincheraban regularmente en sus campamentos, la posición en el campamento se consideraba algo sacrosanto, y una batalla sólo se hacía posible cuando el enemigo abandonaba su campamento y, por así decirlo, se situaba en la refriega en una zona accesible.

Cuando, entonces, se dice que Aníbal ofreció batalla a Fabio en vano, es cierto que en relación con este último esto no dice nada más que una batalla no estaba en su plan, y no prueba en sí mismo la superioridad física o moral de Aníbal; pero la relación con este último la expresión es, sin embargo, correcta, ya que dice que Aníbal realmente quería la batalla.

153

En los primeros tiempos de los ejércitos modernos, prevalecían condiciones similares en los grandes combates y batallas. Las grandes masas eran conducidas a la batalla mediante una formación de combate que, como conjunto grande y poco útil, necesitaba más o menos la llanura y no era adecuada ni para el ataque ni siquiera para la defensa en una región muy recortada u oculta o incluso montañosa. Así que incluso aquí el defensor encontraba algún medio de evitar la batalla. Estas condiciones persistieron, aunque cada vez más débilmente, hasta las primeras Guerras de Silesia, y no fue hasta la Guerra de los Siete Años cuando un ataque del enemigo se hizo cada vez más factible y habitual, incluso en regiones *inaccesibles*; ahora la región no dejaba de ser un principio de refuerzo para quienes hacían uso de su apoyo, pero ya no era un círculo mágico que desterraba las fuerzas naturales de la guerra.

Desde hace 30 años la guerra se ha desarrollado mucho más en este sentido, y nada se interpone en el camino de quien realmente quiere una decisión a través de la batalla, puede buscar a su oponente y atacar; Si no lo hace, no puede decirse que haya querido la batalla, y la expresión de que ofreció una batalla que su oponente no aceptó no significa ahora otra cosa que no encontró las condiciones suficientemente favorables para la batalla, que es una confesión a la que no se ajusta esa expresión, y que sólo se esfuerza por disimular.

Por supuesto, incluso ahora el defensor ya no puede rechazar una batalla, pero puede evitarla si renuncia a su puesto y al papel asociado a él; pero entonces para el atacante este éxito es la mitad de la victoria y el reconocimiento de su superioridad temporal.

Este tipo de concepción, que remite a un cartel, no puede por tanto servir para glosar, con tanto triunfo de las palabras, la paralización de aquel sobre el que se avanza, a saber, el atacante. El defensor, que, mientras no retroceda, debe considerarse que quiere la batalla, puede, sin embargo, si no es atacado, decir que la ha ofrecido, si esto no es ya evidente.

Desde el otro lado, sin embargo, no se puede obligar a entrar en combate a quien *quiere* y puede evadirse. Dado que el atacante no suele estar satisfecho con las ventajas que obtiene de esta evasión, y que una victoria real se convierte en una necesidad urgente para él, los pocos medios disponibles para *obligar a tal* oponente a entrar en batalla suelen buscarse y utilizarse con un arte especial.

Las principales formas de hacerlo son: en primer lugar, *rodear al* enemigo para hacerle la retirada imposible o tan difícil que prefiera tomar la batalla, y en segundo lugar, *precipitarse sobre* él. Este último método, que en tiempos pasados se debía a la poca utilidad de todos los movimientos, se ha vuelto muy ineficaz en los tiempos modernos. Con la flexibilidad y movilidad del ejército actual, no se teme retroceder ni siquiera ante el enemigo, y sólo las condiciones particularmente desfavorables de la zona pueden causar dificultades importantes.

154

Un caso de este tipo podría ser el de la batalla de Neresheim, que el archiduque Carlos libró contra Moreau en el escarpado Alb el 11 de agosto de 1796, con la mera intención de facilitar su retirada, aunque confesamos de buen grado que nunca hemos entendido del todo el argumento del famoso comandante y autor en este caso.

La batalla de Roßbach ofrece otro ejemplo, en la medida en que el comandante del ejército aliado no tenía realmente ninguna intención de atacar a Federico el Grande.

El propio rey dice de Soor que sólo aceptó la batalla porque la retirada ante el enemigo le parecía precaria: sin embargo, el rey también cita otras razones para la batalla.

En general, a excepción de los verdaderos arrollamientos nocturnos, estos casos siempre serán raros, y aquellos en los que un enemigo se ha visto obligado a entrar en acción por conversión ocurrirán principalmente sólo con cuerpos individuales, como el de Finck en Maxen.

4.9 CAPÍTULO NUEVE: LA BATALLA PRINCIPAL

Su decisión

¿Qué es la batalla principal? Una batalla del poder principal, pero ciertamente no una insignificante por un propósito secundario, no un mero intento que uno abandona en cuanto se da cuenta pronto de que difícilmente logrará su propósito, sino una batalla con todo su esfuerzo por una victoria real.

En una batalla principal, también, los propósitos secundarios pueden mezclarse con el propósito principal, y tomará un matiz especial de las circunstancias de las que surge, porque una batalla principal, también, está conectada con un todo más grande del que es sólo una parte; pero, porque la esencia de la guerra es el combate, y la batalla principal es el combate del poder principal, siempre debe ser considerada como el centro real de gravedad de la guerra, y es por lo tanto en general su carácter distintivo que está allí más que cualquier otra batalla por su propio bien.

Esto influye en la *naturaleza de su decisión, en el efecto de la victoria obtenida en ella*, y determina el valor *que la teoría* debe atribuirle *como medio para un fin*. Por lo tanto, la haremos objeto de nuestra consideración especial, aquí, antes de pensar siquiera en los fines especiales que pueden estar relacionados con ella, pero que, en cuanto merece realmente el nombre de batalla principal, no cambian esencialmente su carácter.

Si una batalla principal existe principalmente por sí misma, las razones de su decisión deben residir en ella misma; en otras palabras, debe buscarse la victoria en ella mientras aún exista la posibilidad de obtenerla y, por lo tanto, no debe abandonarse debido a circunstancias individuales, sino únicamente cuando las fuerzas parezcan completamente insuficientes.

¿Cómo se puede describir este momento con más detalle?

155

Si, como ocurre desde hace algún tiempo en el arte más reciente de la guerra, un cierto orden y ensamblaje artificial del ejército es la condición principal bajo la cual la valentía del ejército puede obtener la victoria, entonces la *destrucción de este orden* es la decisión. Un ala derrotada que cede por sus articulaciones ayuda a decidir la que se mantiene en pie. Si, como en otro tiempo, la esencia de la defensa consiste en una estrecha alianza del ejército con el terreno y sus obstáculos sobre los que lucha, de modo que ejército y posición no son sino uno, la conquista de *un punto esencial* de esta posición es la decisión. Se dice: la clave de la posición se ha perdido, por lo que no se puede seguir defendiendo, la batalla no puede continuar. En ambos casos, los ejércitos derrotados aparecen más o menos como cuerdas rotas que no cumplen con su deber.

Tanto ese principio geométrico como ese principio geográfico, que tenían la tendencia a poner a los ejércitos combatientes en una tensión cristalizadora que no permitía utilizar las fuerzas disponibles hasta el último hombre, han perdido al menos tanto de su influencia que ya no predominan. Incluso ahora el ejército es conducido a la batalla en un orden determinado, pero ya no es decisivo; incluso ahora los obstáculos del terreno siguen siendo utilizados para reforzar la resistencia, pero ya no son la única guía.

En el segundo capítulo de este libro hemos intentado dar una visión de conjunto de la naturaleza de la batalla actual. Según la imagen que nos hemos formado de ella, el orden de batalla es sólo la disposición de fuerzas para su uso conveniente, y el curso es un lento consumo mutuo de estas fuerzas unas sobre otras, para ver quién habrá agotado antes a su oponente.

En la batalla principal, por lo tanto, más que en cualquier otra batalla, la decisión de abandonar la batalla surge de la proporción de las reservas frescas restantes, pues sólo éstas tienen todavía todas las fuerzas morales, y las cenizas de batallones acribillados y lanzados juntos, ya calcinados por el elemento destructor, no pueden colocarse en la misma línea con ellas. El terreno perdido, también, es una medida de las fuerzas morales perdidas, como hemos dicho en otra parte; por tanto, entra en consideración, pero más como signo de una pérdida hecha que como la pérdida en sí, y el número de reservas frescas sigue siendo siempre el principal foco de atención para ambos mandos.

Por lo general, una batalla toma su dirección desde el principio, aunque de forma imperceptible. A menudo, de hecho, esta dirección ya viene dada de forma muy definida por las órdenes que se dan para ella, y entonces es una falta de perspicacia por parte del comandante la que abre la batalla en tan nefastas condiciones sin ser consciente de ello. Pero donde esto no sucede, está en la naturaleza de las cosas que el curso de las batallas es más un lento cambio de equilibrio, que pronto, pero, como he dicho, no ocurre perceptiblemente al principio, y luego se hace más fuerte y más visible con cada nuevo momento de tiempo: en lugar de un oscilante ir y venir, como uno, seducido por las descripciones falsas de las batallas, suele pensar de ellas.

Puede ocurrir, sin embargo, que durante mucho tiempo el equilibrio se altere poco, o que incluso después de haberse perdido en un bando vuelva a perderse en el otro, pero lo cierto es que en la mayoría de los casos el comandante derrotado se da cuenta de ello mucho antes de retirarse, y que los casos en que algún detalle influye inesperadamente en el curso del conjunto suelen tener su existencia sólo en el embellecimiento con que cada cual relata su batalla perdida.

156

Sólo podemos apelar aquí al juicio de hombres imparciales de experiencia, que sin duda nos darán su aprobación y nos representarán ante esa parte de nuestros lectores que no conocen la guerra por experiencia propia. Desarrollar la necesidad de este curso de acción a partir de la naturaleza del asunto nos llevaría demasiado lejos en el campo de la táctica, al que pertenece este tema, cuyo resultado sólo tenemos que ver aquí.

Cuando decimos que el comandante derrotado suele prever el mal resultado algún tiempo antes de decidirse a abandonar la batalla, también admitimos casos del tipo opuesto y, de lo contrario, estaríamos afirmando una proposición contradictoria. Si, con cada dirección decidida de una batalla, ésta se diera por perdida, no habría que reunir más fuerzas para darle la vuelta y, en consecuencia, esta dirección decidida no podría preceder en un tiempo considerable al momento de la retirada. Sin duda, hay casos en los que una batalla ha tomado ya una dirección muy decidida en un bando y aún no ha recibido una decisión en el otro, pero no son los *habituales*, son raros; pero todo comandante contra el que se declara la fortuna cuenta con estos raros casos, y debe contar con ellos mientras tenga alguna posibilidad de invertir la marea. Espera ver cambiar el momento por esfuerzos más fuertes, por un aumento de las fuerzas morales restantes, por una superación de sí mismo o incluso por una coincidencia afortunada, y empuja esto hasta donde el valor y el entendimiento concuerdan en él. Diremos algo más sobre esto, pero antes indicaremos cuáles son los signos del balance de viraje. El éxito de la batalla general consiste en la suma de los éxitos de todas las batallas individuales; pero estos éxitos de las batallas individuales se fijan en tres objetos diferentes.

En primer lugar, con la pura fuerza moral en la conciencia de los líderes. Si un general de división ha visto cómo sus batallones han sido derrotados, esto influirá en su conducta y en sus informes, y éstos a su vez influirán en las medidas tomadas por el comandante en jefe. Así, incluso aquellas desafortunadas batallas parciales que parecen haberse saldado con éxito no se pierden, y las impresiones de éstas se acumulan en el alma del comandante sin mucho esfuerzo e incluso contra su voluntad.

En segundo lugar, por el derretimiento más rápido de nuestras tropas, que puede estimarse muy bien por el curso lento y menos tumultuoso de nuestras batallas.

En tercer lugar, en el terreno perdido. Todas estas cosas sirven al ojo del comandante para discernir la dirección que está tomando el barco de su batalla. Si baterías enteras se pierden para él y ninguna de las del enemigo es tomada, si batallones son derribados por la caballería enemiga, mientras que los del enemigo forman por todas partes masas impenetrables, si la línea de fuego de su orden de batalla retrocede involuntariamente de un punto a otro, si se hacen esfuerzos inútiles para conquistar ciertos puntos, y si los batallones atacantes son dispersados cada vez por una lluvia de cartuchos bien colocados, si nuestros cañones comienzan a desgastarse en su fuego contra el enemigo, si los batallones bajo fuego se funden con inusitada rapidez, porque multitudes de no heridos retroceden con los heridos, si partes individuales han sido incluso cortadas y capturadas por la perturbación del plan de batalla, si la retirada comienza a peligrar, entonces el comandante debe reconocer en todas estas cosas la dirección en la que se encuentra con su batalla. Cuanto más dure esta dirección, más decisiva se vuelve, más difícil se hace el giro, más se acerca el momento en que debe abandonar la batalla. Ahora hablaremos de este momento.

157

Ya hemos dicho más de una vez que la proporción de las reservas frescas restantes suele ser la razón principal de la decisión completa; el comandante que ve que su adversario es decididamente superior decide retirarse. Precisamente la peculiaridad de las batallas recientes es que todas las desgracias y pérdidas que han tenido lugar en el transcurso de las mismas pueden ser compensadas por fuerzas frescas, porque la disposición del orden de batalla más reciente y la manera en que las tropas son conducidas a la batalla permiten su uso casi en todas partes y en todas las situaciones. Mientras el comandante contra el que el resultado parece declarado disponga todavía de una superioridad en la reserva, no abandonará la batalla. Pero desde el momento en que sus reservas comienzan a ser más débiles que las del enemigo, la decisión debe considerarse como dada, y lo que haga ahora depende todavía en parte de circunstancias especiales, en parte del grado de valor y resistencia que se le den, y que bien pueden degenerar en una obstinación imprudente. La forma en que el comandante llega a una estimación correcta de la proporción de las reservas mutuas es una cuestión de habilidad en la ejecución, que en ningún caso pertenece aquí; nos ceñimos al resultado tal como se establece en su juicio. Pero incluso este resultado no es todavía el momento real de la decisión, porque un motivo que surge sólo por grados no es adecuado para esto; es sólo una determinación general de la decisión, y esta decisión en sí misma todavía requiere alicientes especiales. Estos son principalmente dos que se repiten una y otra vez, a saber, el peligro de la retirada y la caída de la noche.

Si la retirada se ve más y más amenazada a cada nuevo paso que da la batalla en su curso, y si las reservas se han fundido hasta tal punto que ya no bastan para crear aire fresco por sí mismas, entonces no queda más remedio que someterse al destino y salvar mediante una retirada ordenada lo que se perdería si se demorara más y se disolviera en la huida y la derrota.

La noche, sin embargo, suele poner fin a todos los compromisos, porque un compromiso nocturno sólo promete ventajas en condiciones especiales; dado que la noche es más adecuada para la retirada que el día, quien tenga que considerarla como algo inevitable o muy probable preferirá utilizar la noche para este fin.

Que puede haber, además de estas dos causas ordinarias y principales, muchas otras, más pequeñas, más individuales, y que no deben pasarse por alto, es evidente, porque cuanto más se inclina la batalla hacia el vuelco completo de la balanza, más sensiblemente le afecta cada éxito parcial. Así, la pérdida de una batería, la irrupción afortunada de un par de regimientos a caballo, etc., pueden dar vida a la ya madura decisión de retirarse.

Para concluir este tema, debemos detenernos un momento en el punto en el que el valor y la perspicacia del comandante tienen que pasar por una especie de lucha entre sí.

158

Si, por un lado, el imperioso orgullo de un conquistador victorioso, si la indomable voluntad de una terquedad innata, si la convulsa desgana de un noble entusiasmo no quieren abandonar el campo de batalla en el que han de dejar su honor, por otro, la perspicacia aconseja no gastarlo todo, no poner en juego lo último, sino conservar lo que sea necesario para una retirada ordenada. Por muy alto que deba fijarse el valor del valor y la constancia en la guerra, y por muy escasas que sean las perspectivas de victoria para quien no se resuelve a buscarla con todas sus fuerzas, hay sin embargo un punto más allá del cual la perseverancia sólo puede calificarse de locura desesperada y, por tanto, no puede ser aprobada por ninguna crítica. En la más famosa de todas las batallas, la de Belle-Alliance, Bonaparte puso sus últimos esfuerzos en dar la vuelta a una batalla que ya no se podía dar, gastó hasta el último penique y luego huyó como un mendigo del campo de batalla y del imperio.

4.10 CAPÍTULO DIEZ: CONTINUACIÓN

El efecto de la victoria

Según el punto de vista, uno puede asombrarse tanto de los extraordinarios éxitos que han tenido algunas grandes batallas como de la falta de éxito en otras. Detengámonos ahora un momento en la naturaleza del efecto que produce una gran victoria.

Aquí podemos distinguir fácilmente tres cosas: el efecto sobre los propios instrumentos, es decir, sobre los generales y sus ejércitos, el efecto sobre los Estados participantes y el éxito real que estos efectos muestran en el curso posterior de la guerra.

Para cualquiera que sólo piense en la insignificante diferencia que suele existir entre vencedores y vencidos en el propio campo de batalla en términos de muertos, heridos, prisioneros y armas perdidas, las consecuencias que se desarrollan a partir de este insignificante punto suelen parecer bastante incomprensibles y, sin embargo, todo suele suceder con demasiada naturalidad.

Ya hemos dicho en el capítulo séptimo que la grandeza de una victoria no sólo aumenta en proporción al aumento de las fuerzas vencidas, sino en grados superiores. Los efectos morales que tiene el resultado de una gran batalla son mayores en el vencido y en el vencedor; se convierten en la causa de mayores pérdidas de fuerzas físicas, que entonces vuelven a tener un efecto sobre las fuerzas morales, y así se llevan y aumentan mutuamente. Por lo tanto, hay que conceder especial importancia a este efecto moral. Se produce en direcciones opuestas en ambas partes: así como socava las fuerzas del vencido, aumenta las fuerzas y la actividad del vencedor. Pero el efecto principal reside en el vencido, pues aquí se convierte en la causa inmediata de nuevas pérdidas y, además, es de naturaleza homogénea con el peligro, los esfuerzos y trabajos y, en general, con todas las circunstancias agravantes entre las que se mueve la guerra, por lo que entra en alianza con ellas y crece gracias a su ayuda, mientras que en el vencedor todas estas cosas se adhieren como pesos al impulso superior de su valor. Encontramos, por lo tanto, que el vencido se hunde mucho más por debajo de la línea de equilibrio original de lo que el vencedor se eleva por encima de ella; por lo tanto, cuando hablamos del efecto de la victoria, tenemos principalmente en cuenta lo que se manifiesta en el ejército vencido. Si este efecto es más fuerte en una batalla a gran escala que en una pequeña, también es mucho más fuerte en la batalla principal que en una subordinada. La batalla principal está ahí por sí misma, por la victoria que ha de dar y que se busca en ella con el mayor esfuerzo. Aquí, en este punto, en esta hora, para vencer al enemigo, está la intención en la que converge todo el plan de la guerra con todos sus hilos, confluyen todas las esperanzas lejanas y las oscuras ideas del futuro; el destino se presenta ante nosotros para dar la respuesta a la audaz pregunta. - Esta es la tensión mental, no sólo del comandante, sino de todo su ejército hasta el último vasallo; en fuerza graduada, sin duda, pero también en importancia graduada. En todos los tiempos, y en la naturaleza de las cosas, las batallas capitales nunca han sido actos de servicio no preparados, inesperados, ciegos, sino un acto grandioso, que se destaca de la masa de actividades ordinarias, en parte por voluntad propia, en parte según la intención de los líderes, lo suficiente como para elevar la tensión de todas las mentes. Pero cuanto mayor sea la tensión por el resultado, mayor debe ser su efecto.

159

Una vez más, el efecto moral de la victoria en nuestras batallas es mayor que en las primeras de la historia bélica moderna. Si las batallas, tal como las hemos descrito, son una verdadera lucha de fuerzas, la suma de estas fuerzas, tanto físicas como morales, es más decisiva que las órdenes individuales o incluso las coincidencias.

Un error cometido puede mejorarse la próxima vez, puede esperarse que la suerte y el azar lo favorezcan más en otra ocasión; pero la suma de fuerzas morales y físicas no suele cambiar tan rápidamente, por lo que lo que el pronunciamiento de una victoria ha decidido sobre ellas parece de mucha mayor importancia para todo el futuro. Es verdad que de todos los que entran y salen de un ejército por una batalla, los menos han pensado en tal diferencia, pero el curso de la batalla misma imprime tal resultado en las mentes de todos los que están en ella, y la narración de este curso en los informes públicos, por más que pueda ser embellecida por circunstancias individuales forzadas en ella, también muestra más o menos al resto del mundo que las causas residían más en el conjunto que en los detalles.

Aquellos que nunca han estado en una gran batalla perdida tendrán dificultades para formarse una idea vívida y, en consecuencia, bastante verdadera de ella, y las ideas abstractas de esta o aquella pequeña pérdida nunca llenarán el concepto real de una batalla perdida. Quedémonos un momento con la imagen.

Lo primero que se apodera de la imaginación, y también se puede decir de la mente, en una batalla desafortunada es la fusión de las masas, luego la pérdida de terreno, que más o menos siempre ocurre, y así también con el atacante, si no es afortunado; luego el orden original destruido, la confusión de las partes, los peligros de la retirada, que, con pocas excepciones, siempre ocurren pronto más débiles, pronto más fuertes; ahora la retirada, que generalmente se inicia de noche o al menos se continúa durante la noche. Justo en esta primera marcha hay que dejar atrás a mucha gente cansada y dispersa, a menudo sólo a los más valientes que se han aventurado más lejos, que han resistido más tiempo; El sentimiento de ser derrotado, que en el campo de batalla se apoderaba sólo de los oficiales superiores, pasa mm a través de todas las clases hasta el plebeyo, fortalecido por la abominable impresión de tener que dejar en manos del enemigo a tantos buenos camaradas, que se han hecho tanto más dignos de nosotros en la batalla, y fortalecido por la desconfianza que se despierta hacia el mando, al que más o menos cada subordinado atribuye la culpa de sus inútiles esfuerzos. Y este sentimiento de ser derrotado no es un mero engreimiento sobre el que uno podría llegar a tener control; es la verdad probatoria de que el enemigo es superior a nosotros; una verdad que podría haber estado tan oculta en las causas que no se podría haber pasado por alto de antemano, pero que siempre emerge clara y sucintamente en el desenlace, que uno también podría haber reconocido de antemano, pero a la que, a falta de algo más real, había que oponer la esperanza en el azar, la confianza en la suerte y la providencia, la valiente osadía. Ahora todo esto se ha revelado insuficiente, y la grave verdad nos enfrenta severa e imperiosamente.

Todas estas impresiones están aún muy lejos del pánico, que en un ejército dotado de virtud marcial nunca es, y en cualquier otro ejército sólo excepcionalmente, la consecuencia de batallas perdidas. Deben surgir incluso en el mejor de los ejércitos, e incluso si un largo hábito de guerra y victoria, una gran confianza en el comandante, aquí y allá los mitiga un poco, nunca están totalmente ausentes en el primer momento. Tampoco son la mera consecuencia de los trofeos perdidos; éstos suelen perderse más tarde y no llegan a ser de conocimiento general tan rápidamente; por lo tanto, no estarán ausentes ni siquiera en el más lento y medido desplazamiento de la balanza y siempre constituirán ese efecto de una victoria con el que se puede contar en cualquier caso.

160

Ya hemos dicho que el tamaño de los trofeos aumenta este efecto.

Ahora bien, icuánto se debilita un ejército en esta condición, considerado como un instrumento; qué poco puede esperarse que en esta condición debilitada, que, como ya hemos dicho, encuentra nuevos enemigos en todas las dificultades ordinarias de la guerra, sea capaz de recuperar lo que ha perdido mediante un nuevo esfuerzo! Antes de la batalla había un equilibrio real o imaginario entre las dos partes; éste se ha perdido, y por lo tanto es necesaria

una causa externa para recuperarlo; todo nuevo esfuerzo sin tal apoyo externo sólo conducirá a nuevas pérdidas.

Así, en la victoria más moderada de la potencia principal, ya se da la razón a un constante hundimiento de la balanza, hasta que nuevas circunstancias externas provoquen un cambio. Si éstas no son próximas, si el vencedor es un adversario inquieto y sediento de gloria y de persecución de grandes fines, entonces es necesario un excelente comandante y un espíritu guerrero del ejército, adiestrado y acerado en muchas campañas, para no dejar que la corriente hinchada por el exceso de peso se abra paso por completo, sino para moderar su curso mediante una resistencia un poco multiplicada, hasta que la fuerza de la victoria haya alcanzado la meta de un rumbo determinado.

161

Y ahora el efecto, aparte del ejército, sobre el pueblo y el gobierno; es el colapso repentino de las esperanzas más tensas, el derrumbe de todo el sentido del yo. En el lugar de estas fuerzas aniquiladas, el miedo con su pernicioso poder expansivo se vierte en el vacío surgido y completa la parálisis. Es un verdadero golpe de nervios el que uno de los dos atletas recibe de la chispa eléctrica de la batalla principal. También este efecto, tan diferente en sus grados aquí y allá, nunca está del todo ausente. En lugar de precipitarse cada uno en su eficacia para controlar la desgracia, cada uno teme que su esfuerzo sea en vano, y vacilante se detiene donde debería apresurarse, o incluso baja los brazos con abatimiento, dejándolo todo en manos del destino.

Las consecuencias, sin embargo, que este efecto de la victoria produce en el curso de la guerra misma, dependen en parte del carácter y del talento del general victorioso, pero sobre todo de las circunstancias de las que surge la victoria y a las que conduce. Sin audacia y empresa por parte del comandante, la victoria más brillante no traerá grandes éxitos, y esta fuerza se agota aún más rápidamente por las circunstancias cuando éstas se le oponen mucho y fuertemente. ¡De qué manera tan diferente habría utilizado Federico el Grande la victoria de Kolin que la de Daun, y qué otras consecuencias que Prusia podría haber dado Francia a una batalla de Lcuthen!

Aprenderemos las condiciones que nos llevan a esperar grandes consecuencias de una gran victoria a partir de los objetos a los que están vinculadas, y sólo entonces será posible explicar la desproporción que puede producirse a primera vista entre la grandeza de una victoria y sus consecuencias, y que uno está demasiado dispuesto a atribuir a la falta de energía del vencedor. Aquí, donde tenemos que ver con la batalla principal en sí, queremos detenernos en decir que los efectos de una victoria descrita nunca faltan, que aumentan con la fuerza intensiva de la victoria, aumentan cuanto más la batalla es la batalla principal, es decir, cuanto más toda la fuerza armada está unida en ella, cuanto más todo el poder bélico está contenido en esta fuerza armada y todo el Estado en el poder bélico.

Pero si la teoría acepta este efecto de la victoria como absolutamente necesario, ¿no debe más bien esforzarse por encontrar los medios suficientes contra él y anular así de nuevo el efecto? Parece tan natural responder afirmativamente a esta pregunta; pero el cielo nos preserve de esta aberración de la mayoría de las teorías, que da lugar a un pro et contra que se consumen mutuamente.

Sin embargo, ese efecto es muy necesario, pues está fundado en la naturaleza de las cosas, y persiste aunque encontremos medios para oponernos a él, del mismo modo que el movimiento de una bala de cañón en el sentido de la revolución terrestre persiste aunque, disparada de este a oeste, destruya una parte de la velocidad general por este movimiento opuesto.

Toda la guerra presupone la debilidad humana, y contra ella se dirige.

Por lo tanto, si posteriormente consideramos en otra ocasión lo que se debe hacer después de haber perdido una batalla principal, si consideramos los medios que aún podrían quedar en la situación más desesperada, si incluso en esta r situación aún creeremos en la posibilidad de recuperarlo todo, no se quiere decir con esto que los efectos de tal derrota deban hacerse nulos gradualmente, pues las fuerzas y los medios empleados para producirlos podrían haberse empleado con fines positivos; y esto es cierto tanto para las fuerzas morales como para las físicas.

162

Otra cuestión es si la pérdida de una batalla importante no podría despertar fuerzas que de otro modo no habrían surgido. Este caso es, sin embargo, concebible, y de hecho ya ha ocurrido entre muchos pueblos. Pero ya no entra en el dominio del arte de la guerra producir esta reacción acrecentada; sólo puede tener en cuenta dónde puede suponerse.

Si hay casos en los que las consecuencias de una victoria pueden parecer más perniciosas a causa de la reacción de las fuerzas suscitadas por ella, casos que sin duda pertenecen a las excepciones más raras, tanto más ciertamente hay que suponer una diferencia en las consecuencias que una misma victoria puede producir según el carácter del pueblo o del Estado vencido.

4.11 CAPÍTULO ONCE: CONTINUACIÓN

El uso de la batalla

Cualquiera que sea la conducta de la guerra en el caso individual, y lo que debemos reconocer como necesario como consecuencia de ella, sólo debemos recordar el concepto de guerra para decir lo siguiente con convicción:

1. la destrucción de las fuerzas enemigas es el principio fundamental de la misma y para todo el bando de acción positiva el camino principal hacia la meta.
2. esta destrucción de las fuerzas tiene lugar *principalmente* sólo en la batalla.
3. sólo las grandes batallas generales dan grandes éxitos.
4. los mayores éxitos se consiguen cuando las batallas se funden en una gran batalla.

Sólo en una batalla importante el comandante gobierna el trabajo con sus propias manos, y está en la naturaleza de las cosas que prefiera confiárselo a los suyos.

De estas verdades surge una doble ley, cuyas partes se apoyan mutuamente: a saber, que la destrucción de las fuerzas del enemigo debe buscarse principalmente en las grandes batallas y sus éxitos, y que el objetivo principal de las grandes batallas debe ser la destrucción de las fuerzas del enemigo.

Es cierto que el principio de destrucción también se encuentra en otros medios en mayor o menor medida; hay que admitir que hay casos en los que, por circunstancias favorecedoras, se puede destruir un número desproporcionado de fuerzas enemigas en un pequeño enfrentamiento (Maxen); por otra parte, en una batalla principal la victoria o la afirmación de un puesto puede prevalecer a menudo como un propósito muy importante, pero en general sigue siendo predominantemente cierto que las batallas principales sólo se libran para la destrucción de las fuerzas enemigas, y que esto sólo se consigue mediante la batalla principal.

163

Por consiguiente, la batalla principal debe considerarse como la guerra concentrada, como el centro de gravedad de toda la guerra o campaña. Al igual que los rayos del sol se unen en el punto focal del espejo cóncavo para formar su imagen perfecta y el más alto resplandor, así las fuerzas y circunstancias de la guerra se unen en la batalla principal para formar un efecto concentrado supremo.

La reunión de las fuerzas armadas en un gran conjunto, que tiene lugar más o menos en todas las guerras, ya indica la intención de asestar un golpe principal con este conjunto, bien voluntariamente como el atacante, bien inducido por el otro como el defensor. Cuando este golpe principal no tiene lugar, al motivo original de enemistad se han unido otros que debilitan, cambian o inhiben completamente el movimiento. Pero incluso en este estado de mutua inacción, que ha sido la tónica de tantas guerras, la idea de una posible batalla principal sigue siendo siempre para ambos bandos un punto de orientación, un foco distante para la construcción de sus rumbos. Cuanto más se convierte la guerra en una guerra real, cuanto más se convierte en un asentamiento de la enemistad, del odio, en una superación mutua, más se une toda la actividad en un combate sangriento, y más surge la batalla principal.

Siempre que el objetivo sea grande y positivo, es decir, que afecte profundamente a los intereses del enemigo, la batalla principal es el medio más natural; por tanto, es también el mejor, como mostraremos más adelante con más detalle, y suele ser castigada si se evita por timidez ante la gran decisión.

El fin positivo pertenece al atacante, por lo que la batalla principal es también preferentemente su medio. Pero sin poder definir aquí con más detalle los conceptos de ataque y defensa, debemos decir, no obstante, que incluso el defensor en la mayoría de los casos sólo dispone de este medio eficaz para satisfacer las necesidades de su situación a tiempo o a destiempo, para resolver sus tareas.

La batalla principal es la forma más sangrienta de solución; es cierto que no es una mera matanza mutua, y su efecto es más una matanza del valor del enemigo que de los guerreros del enemigo, como consideraremos con más detalle en el próximo capítulo, pero la sangre es siempre su precio y la matanza su carácter, así como su nombre; de esto retrocede el hombre en el comandante.

Pero aún más tiembla el espíritu del hombre ante el pensamiento de la decisión dada de un solo golpe. Aquí toda la acción se agolpa en un punto del espacio y del tiempo, y en tales momentos se agita en nosotros un oscuro sentimiento como si nuestras fuerzas no pudieran desarrollarse y volverse activas en este estrecho espacio, como si ya hubiéramos ganado mucho con el mero tiempo, aunque este tiempo no nos deba nada en absoluto. Esto es un mero engaño, pero incluso como engaño es algo, y precisamente esta debilidad, que infecta al hombre en cualquier otra gran decisión, puede agitarse con más fuerza en el comandante cuando tiene que colocar un objeto de tan inmenso peso en un pináculo.

164

Así pues, los gobiernos y los generales han buscado en todo momento formas de eludir la batalla decisiva, bien para alcanzar su objetivo sin ella, bien para dejarla pasar inadvertida. Los escritores de historia y teoría se han esforzado entonces por encontrar en estas campañas y guerras de alguna otra manera no sólo el equivalente de la decisión de batalla perdida, sino un arte superior en sí mismo. De este modo nos hemos acercado en nuestro tiempo a considerar la batalla principal en la economía de la guerra como un mal necesario por error, como una manifestación mórbida a la que una guerra adecuada y prudente nunca debe conducir; sólo deberían merecer laureles aquellos generales que supieran conducir la guerra sin derramamiento de sangre, y la teoría de la guerra, un verdadero servicio brahmánico, debería estar específicamente diseñada para enseñar esto.

La historia del tiempo ha destruido este engaño, pero nadie puede garantizar que no regresará aquí y allá durante un tiempo más o menos largo, y atraerá a los líderes de los asuntos a las locuras que son congeniales a la debilidad, y por lo tanto más cercanas al hombre. Tal vez, con el tiempo, las campañas y batallas de Bonaparte sean consideradas como crudezas y medias locuras, y la galantería de instituciones y modales anticuados y encogidos vuelva a ser contemplada con placer y confianza. Si la teoría puede advertir contra esto, habrá prestado un servicio esencial a aquellos que presten atención a su advertencia. Ojalá logremos llegar a quienes, en nuestra querida Patria, están llamados a tener una opinión efectiva en estos asuntos, para servirles de guías en este campo e instarles a un examen honesto de los objetos.

No es sólo el concepto de guerra el que nos lleva a buscar una gran decisión sólo en una gran batalla, sino también la experiencia. Desde tiempos inmemoriales, sólo las grandes victorias han conducido a grandes éxitos, necesariamente para el atacante, más o menos para el defensor. Ni siquiera Bonaparte habría vivido la experiencia de Ulm, la única de este tipo, si hubiera rehuido el derramamiento de sangre; más bien debe considerarse sólo como una secuela de las victorias de sus campañas anteriores. No son sólo los generales audaces, los atrevidos, los desafiantes, los que han intentado llevar a cabo su obra con la gran apuesta de las batallas decisivas, son los afortunados en conjunto; y es de ellos de quienes podemos aceptar la respuesta a una pregunta tan amplia.

No nos gusta oír hablar de generales que ganan sin sangre humana. Si la matanza sangrienta es un espectáculo terrible, esto sólo debe ser un aliciente para apreciar más las

guerras, pero no para que las espadas que se blanden sean progresivamente más romas que la humanidad, hasta que una vez más alguien se interponga con una afilada que nos corte los brazos a la altura del cuerpo.

Consideramos que una gran batalla es una decisión importante, pero desde luego no la única necesaria para una guerra o una campaña. Sólo en los últimos tiempos han sido frecuentes los casos en los que una gran batalla ha decidido toda una campaña; aquellos en los que ha decidido toda una guerra se cuentan entre las más raras excepciones.

165

La decisión provocada por una gran batalla depende, por supuesto, no sólo de la batalla misma, es decir, de la masa de las fuerzas reunidas en ella y de la intensa fuerza de la victoria, sino también de una serie de otras relaciones de las mutuas potencias bélicas y de los Estados a los que pertenecen. Pero al conducir la masa principal de las fuerzas armadas existentes al gran duelo, se inicia también una decisión principal, cuyo alcance puede preverse en algunos aspectos, pero no en todos, y que, aunque no es la única, es sin embargo la *primera* decisión y como tal mantiene una influencia sobre las siguientes. Por esta razón, una batalla principal prevista debe considerarse, según sus circunstancias, más o menos, pero hasta cierto punto, siempre como el centro provisional y el centro de gravedad de todo el sistema. Cuanto más parte el general con el espíritu real de la guerra y de cada batalla, con el sentimiento y el pensamiento, es decir, con la conciencia, de que debe vencer y vencerá a su adversario, tanto más lo pondrá todo en la balanza de la primera batalla, esperando y esforzándose por ganarlo todo en ella. Bonaparte difícilmente salía en una de sus guerras sin el pensamiento de abatir a su adversario en la primera batalla; y Federico el Grande, en circunstancias menores y crisis más limitadas, pensaba de la misma manera cuando al frente de un pequeño ejército quería hacer frente a los rusos o al ejército imperial.

La decisión que da la batalla principal depende en parte, hemos dicho, de sí misma, es decir, de la cantidad de fuerzas con que se libra, y de la magnitud del éxito.

La forma en que el comandante puede aumentar su importancia en relación con el primer punto es clara en sí misma, y sólo nos detendremos en la observación de que con la extensión de la batalla principal aumenta el número de casos que también se deciden por ella, y que por ello los comandantes que, confiando en sí mismos, amaban las grandes decisiones, siempre han hecho posible emplear en ella la mayor parte de sus fuerzas sin que por ello se perdieran sustancialmente otros puntos.

En cuanto al éxito o, más exactamente, la fuerza intensa de la victoria, depende principalmente de cuatro ratios:

1. la forma táctica en que se libra la batalla.
2. la naturaleza de la zona.
3. la relación entre las armas.
4. el equilibrio de poder.

Una batalla con un frente recto y sin circunvalación rara vez tendrá tanto éxito como una en la que el vencido fue circunvalado, o que tuvo que librar con un frente más o menos relacionado. En un terreno cortado o montañoso el éxito también es menor, porque el empuje se debilita en todas partes.

Si el vencido dispone de una caballería igual o superior, los efectos de la persecución y, por tanto, gran parte de las victorias desaparecen.

Por último, es en sí mismo comprensible cómo una victoria obtenida con una fuerza superior, si ésta se utilizó para sortear o cambiar el frente, dará un éxito mayor que si el vencedor era más débil que el vencido. La batalla de Leuthen puede poner en duda la

corrección práctica de este principio, pero se nos debe permitir decir aquí lo que no nos suele gustar: *no hay regla sin excepción*.

166

Así pues, el comandante dispone de todos estos medios para dar a su combate un carácter decisivo; es cierto que los peligros a los que se expone aumentan con él, pero toda su acción está sometida a esta ley dinámica del mundo moral.

Así pues, nada puede compararse en importancia con la batalla principal en la guerra, y la mayor sabiduría de la estrategia se revela en la obtención de los medios para ella, en su hábil determinación del lugar, el momento y la dirección de las fuerzas, y en el aprovechamiento de su éxito.

La importancia de estos temas no significa, sin embargo, que sean de naturaleza muy complicada y oculta; por el contrario, aquí todo es muy sencillo, el arte de la combinación muy leve, pero es grande la necesidad de un juicio agudo de los fenómenos, de energía, de firme consistencia, de empresa juvenil: cualidades heroicas a las que tendremos que recurrir a menudo. Muy poco de lo que se puede enseñar en los libros es necesario aquí, y mucho de lo que, si alguna vez se puede enseñar, debe llegar al comandante a través de algún otro conductor que no sea la letra. El impulso de la batalla principal, el movimiento libre y seguro hacia ella, debe proceder del sentimiento de la propia fuerza y de la clara conciencia de la necesidad, en otras palabras, debe proceder del valor innato y del ojo aguzado por las grandes condiciones de la vida.

Los grandes ejemplos son los mejores maestros, pero por supuesto es malo cuando se interpone una nube de prejuicios teóricos, pues incluso la luz del sol se refracta y se colorea en las nubes. Es deber urgente de la teoría destruir tales prejuicios, que en ocasiones se forman y se extienden como un miasma, pues lo que el intelecto humano produce falsamente, el mero intelecto también puede destruirlo de nuevo.

4.12 CAPÍTULO DOCE: MEDIOS ESTRATÉGICOS PARA UTILIZAR LA VICTORIA

Lo más difícil, preparar la victoria al máximo, es un mérito silencioso de la estrategia; casi nunca se la alaba por ello. Aparece brillante y gloriosa utilizando la victoria obtenida.

Qué propósito especial puede tener la batalla, cómo interviene en todo el sistema de la guerra, hasta dónde puede conducir el camino de la victoria según la naturaleza de las circunstancias, dónde se encuentra su punto culminante, todo esto sólo puede preocuparnos en la secuela. Pero para todas las circunstancias concebibles sigue siendo cierto que sin persecución ninguna victoria puede tener un gran efecto, y que, por muy corto que sea el camino de la victoria, siempre debe conducir más allá de los primeros pasos de la persecución, y para no repetir esto en cada ocasión, nos detendremos generalmente un momento en este añadido necesario de la superación.

La persecución de un enemigo derrotado comienza en el momento en que, abandonando la batalla, deja su lugar; todos los movimientos anteriores de un lado a otro no pueden contarse entre ellos, sino que pertenecen al desarrollo de la batalla misma. Generalmente la victoria en el momento aquí designado, aunque indudable, es sin embargo muy pequeña y débil, y no conferiría mucha ventaja positiva en la serie de acontecimientos, si no fuera completada por la prosecución del primer día. Allí, como hemos dicho, se suelen cosechar primero los trofeos que encarnan la victoria. Hablemos primero de esta persecución.

167

Por lo general, ambas partes llegan a la batalla con las fuerzas físicas muy debilitadas, pues los movimientos que las preceden inmediatamente suelen tener el carácter de circunstancias urgentes. Los esfuerzos que cuesta librar una larga batalla completan el agotamiento; además de esto, la parte vencedora no está mucho menos confusa y ha perdido su orden original que la parte vencida, por lo que tiene necesidad de ordenarse, de reunir a los dispersos, de proporcionar municiones frescas a los que se han disparado. Todas estas circunstancias colocan al propio vencedor en un estado de crisis, del que ya hemos hablado. Ahora bien, si el vencido no ha sido más que una parte subordinada, que puede ser absorbida por otros, o si de otro modo tiene que esperar algún refuerzo considerable, el vencedor puede fácilmente entrar en el peligro evidente de perder de nuevo su victoria, y esta consideración en tal caso pone pronto fin a la persecución, o al menos le pone fuertes trabas. Pero incluso cuando no es de temer un fortalecimiento considerable del vencido, el vencedor encuentra en las circunstancias anteriores un fuerte contrapeso a su rapidez en la persecución. Aunque no haya que temer un arrebató de la victoria, los enfrentamientos desventajosos siguen siendo posibles y pueden debilitar las ventajas obtenidas hasta ese momento. Además, todo el peso del hombre sensual, con sus necesidades y debilidades, está ahora unido a la voluntad del comandante. Todos los miles que están bajo su mando tienen la necesidad de descansar y fortalecerse, tienen el deseo de ver cerradas por el momento las barreras del peligro y del trabajo; sólo unos pocos, que pueden ser considerados como excepciones, ven y sienten más allá del momento presente, sólo en estos pocos hay todavía tanto libre juego del valor como para pensar, después de que lo necesario ha sido cumplido, incluso en aquellos éxitos que en tal momento parecen como un mero embellecimiento de la victoria, como un lujo del triunfo. Todos esos miles, sin embargo, tienen su voz en el consejo del comandante, pues a través de toda la sucesión de pasos de líderes superpuestos estos intereses de hombres sensuales tienen su conductor seguro hasta el corazón del comandante. Éste mismo está más o menos debilitado en su actividad interior por el esfuerzo mental y físico, y así sucede que por esta razón puramente humana sucede menos de lo que podría suceder, y que en general lo que sucede depende sólo de la *sed de fama*, de la *energía* y probablemente también de la *dureza del comandante* supremo. Sólo así puede explicarse la timidez con la que vemos a muchos

comandantes perseguir la victoria que les otorga un poder superior. Queremos limitar la primera persecución de la victoria al primer día y como máximo a la noche siguiente, pues más allá de esta etapa la necesidad de la propia recuperación exigirá en cualquier caso un estancamiento.

Ahora bien, esta primera búsqueda tiene varios grados naturales.

La primera es cuando ocurre con mera caballería; entonces es básicamente más un susto y observación que un verdadero empuje, porque la más pequeña sección de terreno suele bastar para detener al perseguidor. Por mucho que la caballería pueda hacer contra la tropa individual en una fuerza sacudida y debilitada, siempre es sólo un arma auxiliar contra el conjunto, porque el que se retira puede usar sus reservas frescas para cubrir su retirada y así resistir con éxito el siguiente corte insignificante de terreno combinando todas sus armas. Sólo un ejército en verdadera huida y en completa desintegración hace aquí una excepción.

168

El segundo grado es cuando la persecución la realiza una fuerte vanguardia de todas las armas, con, por supuesto, la mayor parte de la caballería. Tal persecución empuja al enemigo a la posición fuerte más cercana de su guardia o a la formación más cercana de su ejército. Generalmente no hay oportunidad inmediata para ninguna de las dos, y la persecución por lo tanto se extiende más; pero normalmente no excede la distancia de una hora, o a lo sumo unas pocas horas, porque de lo contrario la vanguardia no se cree suficientemente apoyada.

El tercer y más fuerte grado se da cuando el propio ejército victorioso permanece en acción hasta donde alcanzan sus fuerzas. En este caso, el ejército derrotado abandonará la mayoría de sus posiciones, para las que la zona le ofrece alguna oportunidad, ante la mera instigación de un ataque o un cerco, y la guardia del ejército será aún menos propensa a entablar una resistencia tenaz.

En los tres casos, la noche, si llega antes de que todo el acto haya terminado, suele ponerle fin, y los pocos casos en los que esto no sucede, y la persecución continúa durante la noche, deben considerarse como un grado muy especialmente intensificado de la misma.

Si se tiene en cuenta que en las batallas nocturnas todo se deja más o menos al azar, y que en el desenlace de una batalla la coherencia ordenada y el curso de los acontecimientos se ven en cualquier caso muy perturbados, entonces se comprende bien la reticencia de ambos comandantes a proseguir su empresa en la oscuridad de la noche. A menos que una completa desintegración de los vencidos o una rara superioridad del ejército vencedor en virtudes marciales asegure el éxito, todo quedaría más o menos abandonado a la suerte, lo que no puede interesar a ningún general, ni siquiera al más audaz. Por lo tanto, por regla general, la noche pone fin a la persecución, incluso cuando la batalla se ha decidido poco antes de que estalle. Permite al vencido o bien un acto inmediato de descanso y reunión o, si prosigue la retirada durante la noche, la cabeza de partida para hacerlo. Después de esta etapa, el vencido ya se encuentra en una condición notablemente mejor. Gran parte de lo que se había perdido y confundido se ha vuelto a encontrar, la munición se ha renovado, el conjunto se ha reunido en un nuevo orden. Lo que ahora tiene que librar contra el vencedor es una nueva batalla, no una prolongación de la anterior, y aunque esto esté lejos de permitir un resultado absolutamente bueno, sigue siendo una nueva batalla y no una mera recogida de escombros caídos por parte del vencedor.

En aquellos casos, por tanto, en los que se permite al vencedor continuar la persecución incluso durante la noche, aunque sólo sea con una fuerte vanguardia formada por todas las armas, el efecto de la victoria se verá extraordinariamente incrementado, de lo que dan ejemplo las batallas de Leuthen y Belle-Alliance.

Toda la actividad de esta persecución es esencialmente táctica, y nos limitamos a detenernos en ella para tomar conciencia más claramente de la diferencia que aporta al efecto de las victorias.

169

Esta primera persecución hasta el siguiente punto de estación es un derecho de todo vencedor y apenas depende de sus planes y circunstancias posteriores. Éstas pueden disminuir en gran medida los éxitos positivos de una victoria con la fuerza principal, pero no pueden hacer imposible *este primer* uso de la misma; al menos los casos de este tipo, si pudieran concebirse, serían de tal rareza que no deberían tener ninguna influencia perceptible en la teoría. Y aquí, sin embargo, es donde hay que decir que el ejemplo de las guerras más recientes ha abierto todo un nuevo campo de energía. En las guerras anteriores, que descansaban sobre una base más estrecha, encerradas dentro de límites más estrechos, como en muchos otros aspectos, especialmente en éste, había surgido una innecesaria estrechez convencional. El *concepto, el honor de la victoria* les parecía a los generales tan importante que pensaban menos en la destrucción real de la fuerza armada enemiga, pues esta destrucción de la fuerza armada les parecía sólo uno de los muchos medios de la guerra, ni siquiera el principal, y mucho menos el único. Preferían, sobre todo, envainar sus espadas en cuanto el enemigo hubiera bajado las suyas. Nada les parecía más natural que poner fin a la lucha en cuanto la decisión estaba tomada, y todo derramamiento de sangre ulterior como una crueldad inútil. Incluso si esta falsa filosofía no explicaba toda la decisión, sin embargo proporcionaba el punto de vista desde el que las ideas de agotamiento de todas las fuerzas e imposibilidad física de continuar la lucha encontraban más fácil entrada y fuerte peso. Ciertamente, el ahorro del propio instrumento de victoria es bastante obvio si uno posee sólo éste y prevé que pronto llegará un momento en que no bastará para todo lo que entonces tenga que hacer, ya que, por regla general, todo avance en la ofensiva conduce a ello. Pero este cálculo era erróneo en la medida en que la pérdida adicional de fuerzas que se podía sufrir en la persecución era evidentemente desproporcionada con respecto a la del enemigo. Por lo tanto, esta consideración sólo podía volver a plantearse si no se consideraban las fuerzas armadas como lo principal. Así encontramos que en las primeras guerras sólo los verdaderos héroes, como Carlos XII, Marlborough, Eugenio, Federico el Grande, añadían una fuerte persecución a sus victorias cuando éstas eran suficientemente decisivas, y que los demás comandantes se contentaban generalmente con la posesión del campo de batalla. En épocas más recientes, la mayor energía que ha adquirido la guerra debido a las mayores circunstancias de las que ha surgido ha destruido estas barreras convencionales; la persecución se ha convertido en el principal negocio del vencedor, los trofeos, por tanto, han aumentado enormemente de tamaño, e incluso si se ven casos en batallas más recientes en los que no es así, se encuentran sin embargo entre las excepciones y siempre están motivados por circunstancias especiales.

En Görschen y Bautzen sólo la superioridad de la caballería aliada impidió una derrota completa; en Großbeeren y Dennewitz el disgusto del príncipe heredero de Suecia, en Laon la débil condición personal del viejo Blücher.

Pero Borodino es también un ejemplo que pertenece aquí, y no podemos abstenernos de decir unas palabras más sobre él, en parte porque no creemos que el asunto se resuelva con una mera reprimenda a Bonaparte, en parte porque parecería como si éste y con él un gran número de casos similares pertenecieran a los que hemos considerado tan extremadamente raros, en los que las circunstancias generales se apoderan y atan al comandante ya en el desenlace de su batalla. Escritores franceses y grandes admiradores de Bonaparte (Vaudoncourt, Chambray, Segur), en particular, le han reprochado con firmeza no haber expulsado completamente al ejército ruso del campo de batalla y haber empleado sus últimas fuerzas para destruirlo, porque entonces lo que ahora era simplemente una batalla perdida se habría convertido en una derrota completa. Nos llevaría demasiado lejos describir en detalle la posición mutua de los dos ejércitos; pero esto está claro, que Bonaparte, que, cuando cruzó

el Njemen, tenía 300.000 hombres en los cuerpos que lucharon posteriormente en la batalla de Borodino, de los que ahora sólo quedaban 120.000, bien podía estar preocupado de que no le quedaran suficientes para poder marchar sobre Moscú, que era el punto del que todo parecía depender. Una victoria como la que había obtenido le daba un buen grado de certeza de que esta capital sería tomada, ya que parecía altamente improbable que los rusos fueran capaces de librar una segunda batalla en ocho días; en Moscú, sin embargo, esperaba encontrar la paz. Es cierto que un ejército ruso destrozado habría hecho esta paz mucho más segura para él, pero la primera condición era siempre llegar allí, es decir, llegar con un poder con el que pudiera tomar la capital y a través de ella aparecer ante el imperio y el gobierno como un gobernante. Lo que llevó a Moscú ya no era suficiente para ello, como ha demostrado la secuela, pero aún lo habría sido menos si hubiera participado en la destrucción del ejército ruso, y Bonaparte lo sintió hasta la médula, y aparece completamente justificado a nuestros ojos. Por esta razón, sin embargo, este caso no debe contarse entre aquellos en los que las circunstancias generales ya prohíben al comandante perseguir su victoria por primera vez. Pues no se trataba de una mera persecución. La victoria estaba decidida a las 4 de la tarde, pero los rusos aún conservaban la mayor parte del campo de batalla y aún no querían desalojarlo; por el contrario, si se hubiera renovado el ataque, aún habrían opuesto una tenaz resistencia, que sin duda habría terminado en su completa derrota, pero aún habría costado mucha sangre al enemigo. Por lo tanto, la batalla de Borodino debe contarse entre las batallas que, como la de Bautzen, *no fueron totalmente derrotadas*. En Bautzen, fueron los vencidos quienes prefirieron abandonar antes el campo de batalla; en Borodino, fue el vencedor quien prefirió contentarse con media victoria, no porque la decisión le pareciera dudosa, sino porque no era lo bastante rico como para pagarla entera.

Si volvemos a nuestro tema, el resultado de nuestras consideraciones con respecto a la primera persecución es que la energía con la que ésta se realiza determina principalmente el valor de la victoria, que esta persecución es un segundo acto de victoria, en muchos casos incluso más importante que el primero, y que la estrategia, al acercarse aquí a la táctica para recibir de ella el trabajo completado, hace que el primer acto de su autoridad consista en exigir esta finalización de la victoria.

Pero incluso en esta primera persecución, la eficacia de la victoria rara vez se detiene, y sólo comienza la trayectoria real, para la que la victoria prestó el poder de la velocidad. Esta trayectoria, como ya hemos dicho, está condicionada por las demás circunstancias, de las que todavía no vamos a hablar aquí. Pero podemos, no obstante, retener aquí la parte de la persecución que tiene un carácter general, para no repetirla en todas las ocasiones en que pueda ocurrir.

En la persecución posterior, se pueden distinguir de nuevo tres grados: un mero seguimiento, un empuje real y una marcha paralela al corte.

171

La mera retirada motivará el retroceso ulterior del enemigo hasta que crea que puede ofrecernos otro combate; bastaría así para agotar el efecto de la superioridad que ha ganado, y entregará también en nuestras manos todo lo que el vencido no pueda llevarse consigo, los heridos, los enfermos, los fatigados, y mucho bagaje y acarreos de todas clases. Pero este mero arrastre no aumenta el estado de disolución en el enemigo, cosa que sí hacen los dos grados siguientes.

Pues si en lugar de contentarnos con seguir al enemigo hasta su antiguo campamento y tomar siempre tanta superficie como él quiera dejarnos, nos organizamos de tal modo que le exijamos cada vez un poco más, es decir, que atacemos a su ejército con nuestra vanguardia debidamente equipada cada vez que quiera tomar su posición, esto acelerará el movimiento del enemigo y favorecerá así su disolución. - Pero lo hará sobre todo por el carácter de huida inquieta que adquirirá su retirada. Nada produce una impresión tan repulsiva en el soldado

como cuando, en el momento en que está a punto de abandonarse al descanso después de una marcha agotadora, se oyen de nuevo los cañones del enemigo; si esta impresión se repite diariamente durante algún tiempo, puede provocar el pánico. Es el reconocimiento constante de que uno debe obedecer la ley del enemigo y de que es incapaz de resistir, y esta conciencia no puede sino debilitar en alto grado la fuerza moral del ejército. La eficacia de esta presión es mayor cuando obliga al enemigo a marchar de noche. Si, al atardecer, el vencedor asusta al vencido para que abandone el campamento que ha elegido, ya sea para el propio ejército o para la guardia del ejército, el vencido realizará una marcha nocturna formal o, al menos, cambiará de posición durante la noche y retrocederá, lo que es más o menos lo mismo; el vencedor, sin embargo, puede pasar la noche tranquilamente.

La disposición de las marchas y la elección de los despliegues dependen, incluso en este caso, de tantas otras cosas, especialmente de las provisiones, de las secciones fuertes del terreno, de las grandes ciudades, etc., que sería una pedantería ridícula demostrar con un argumento geométrico cómo el perseguidor, dando la ley al que se retira, puede obligar a este último a marchar todas las noches mientras él mismo descansa por la noche. Sin embargo, sigue siendo cierto y aplicable que las direcciones de marcha de la persecución pueden tener esta tendencia y entonces aumentará en gran medida la eficacia de la persecución. Si esto se considera raramente en ejecución, es porque tal procedimiento es también más difícil para el ejército que persigue que una parada regular de las estaciones y de la hora del día. Salir por la mañana a buena hora, acampar al mediodía, emplear el resto del día para procurarse lo necesario y la noche para descansar, es un método mucho más conveniente que organizar los propios movimientos exactamente según los del enemigo, y así decidir siempre en el último momento, salir pronto por la mañana y pronto por la tarde, estar siempre varias horas frente al enemigo, intercambiar cañonazos con él, entretener escaramuzas, ordenar evasiones, en resumen, hacer todo el esfuerzo de medidas tácticas que esto requiere. Esto, por supuesto, pesa mucho sobre el ejército perseguidor, y en la guerra, donde hay tantas cargas, los hombres están siempre inclinados a despojarse de las que no parecen necesarias. Estas consideraciones siguen siendo ciertas; pueden aplicarse a todo el ejército o, como es el caso habitual, a una vanguardia fuerte. Por las razones que acabamos de mencionar, pues, esta persecución de segundo grado, este constante apremio de los vencidos, se ve que ocurre muy raramente. Incluso Bonaparte, en su campaña rusa de 1812, hizo poco de esto, por la razón, que es muy obvia aquí, de que las dificultades y penurias de esta campaña amenazaban a su ejército con la aniquilación completa antes de haber alcanzado la meta; por otra parte, los franceses en sus otras campañas se distinguieron por su energía también en este punto.

172

El tercer y más eficaz grado de persecución es finalmente la marcha paralela hacia el siguiente objetivo de la retirada.

Cada ejército derrotado tendrá naturalmente detrás de sí, más cercano o más lejano, un punto cuya consecución es al principio muy querida para su corazón; ya sea porque su retirada lejana puede estar en peligro, como en el caso de los estrechamientos de carreteras, o porque es importante para el propio punto alcanzarlo antes que el enemigo, como en el caso de capitales, polvorines, etc., o finalmente porque el ejército puede ganar nuevo poder de resistencia en este punto, como en el caso de posiciones fijas, unión con otros cuerpos, etc.

Si el vencedor dirige ahora su marcha por un camino lateral hacia este punto, está claro por sí mismo cómo esto puede acelerar de forma perniciosa la retirada del vencido, convertirla en precipitación y, finalmente, en huida. El vencido sólo tiene tres formas de contrarrestarlo. La primera sería lanzarse contra el enemigo y, mediante un ataque inesperado, procurarse la probabilidad de éxito que, según su situación, debe generalmente eludirle; esto presupone evidentemente un comandante emprendedor y audaz y un ejército excelente, que sería derrotado, pero no en un estado de derrota completa; por lo tanto, probablemente sería utilizado por los vencidos en los menos casos.

La segunda forma es acelerar la retirada. Pero esto es precisamente lo que quiere el vencedor; y conduce fácilmente a un esfuerzo excesivo de las tropas, donde se producen pérdidas inauditas en multitudes de rezagados, en armas rotas y vehículos de todo tipo.

La tercera forma consiste en girar para evitar los puntos de corte más cercanos y marchar a mayor distancia del enemigo con menos esfuerzo, haciendo así más inofensiva la acometida. Este último camino es el peor, ya que por lo general sólo debe considerarse como un nuevo préstamo de un deudor impagable, y conduce a una situación aún más embarazosa. Ciertamente, hay casos en los que esta vía es aconsejable, otros en los que sólo ella sigue siendo habitual, también ejemplos en los que ha tenido éxito, pero en general es cierto que no es tanto la clara convicción de que la meta puede alcanzarse con mayor seguridad por esta vía como otra razón inadmisiblemente la que tiende a empujar a uno a ella. Esta razón es el miedo a hacerse amigo del enemigo. Pobre del comandante que ceda a ello. Por mucho que se haya resentido la fuerza moral del ejército, y por justos que sean los temores de estar en desventaja por ese lado en cada encuentro con el enemigo, el mal sólo se agrava por la temerosa evitación de toda oportunidad para ello. En 1813 Bonaparte no habría sido capaz de llevar a través del Rin los 30 o 40.000 hombres que le quedaban después de la batalla de Hanau, si hubiera querido evitar esta batalla y cruzar el Rin por Mannheim o Coblenz. Es precisamente a través de pequeñas batallas, que se inician y conducen con cuidado, y en las que el apoyo de la región siempre permanece con el derrotado, porque él es el defensor, que *la fuerza moral del ejército puede primero levantarse de nuevo*.

173

El efecto beneficioso del más mínimo éxito es increíble. Pero la mayoría de los líderes tienen que superar este intento; el otro camino, el de la evasión, parece tanto más fácil al principio que suele preferirse. Por lo tanto, suele ser esta evasión la que más favorece la intención del vencedor y a menudo termina con la destrucción completa del vencido. Pero debemos recordar aquí que estamos hablando de todo el ejército y no de un solo destacamento que, aislado, intenta reunirse con los demás mediante una maniobra de distracción; en el caso de este último las condiciones son diferentes y el éxito no es inusual. Una condición en esta carrera hacia la meta, sin embargo, es que un destacamento del ejército perseguidor siga al perseguido por un camino recto, para recoger todo lo que queda atrás y no perderse la impresión que siempre causa la presencia del enemigo. Blücher no lo hizo en su ejemplar persecución de Belle-Alliance a París.

Tales marchas, por supuesto, debilitan al perseguidor, y no serían aconsejables si el ejército enemigo está siendo reunido por otro considerable, si tiene un excelente comandante a su cabeza y su destrucción no está ya muy preparada. Pero cuando uno puede permitirse este medio, también funciona como una gran máquina. El ejército derrotado pierde tan desproporcionadamente a causa de la enfermedad y la fatiga, y el espíritu está tan debilitado y abatido por la constante aprensión de estar perdido, que al final apenas se puede pensar en una resistencia adecuada; cada día se traen miles de prisioneros sin que caiga un golpe de espada. En semejante momento de plena fortuna, el vencedor puede no escatimar ninguna división de sus fuerzas, a fin de arrastrar a la vorágine todo lo que pueda conseguir con su ejército, cortar el paso a las tropas enviadas, tomar fortalezas no preparadas, ocupar grandes ciudades, etc. Puede permitirse cualquier cosa hasta que se produzca una nueva condición, y cuanto más se lo permita, más tarde se producirá.

En las guerras de Bonaparte no faltan ejemplos de tan brillantes efectos de grandes victorias y grandes persecuciones. Basta recordar las batallas de Jena, Ratisbona, Leipzig y Belle-Alliance.

4.13 CAPÍTULO TRECE: RETIRADA TRAS LA BATALLA PERDIDA

En la batalla perdida se quebró el poder del ejército: más aún el moral que el físico. Una segunda, sin que entraran en juego nuevas circunstancias ventajosas, conduciría a la derrota total, tal vez a la ruina. Este es un axioma militar. En la naturaleza de las cosas, la retirada procede hasta el punto en que el equilibrio de fuerzas se habrá restablecido, ya sea por el refuerzo o por la protección de fortalezas importantes, o por grandes secciones de terreno, o por la extensión del poder del enemigo. El grado de pérdida, la magnitud de la derrota se acercará o alejará de este momento de equilibrio, pero aún más el carácter del enemigo. ¡Cuántos ejemplos no tenemos del ejército derrotado que se reagrupa a corta distancia sin que sus circunstancias hayan cambiado en lo más mínimo desde la batalla! La razón de ello reside o bien en la debilidad moral del enemigo o bien en el hecho de que la superioridad obtenida en la batalla no es lo suficientemente grande como para conducir a un empuje enfático.

174

Para aprovechar estas debilidades o defectos del enemigo, para no retroceder ni un milímetro más de lo que exige la fuerza de las circunstancias, sino sobre todo para mantener el equilibrio de las fuerzas morales en un punto lo más ventajoso posible, es absolutamente necesaria una retirada lenta, siempre a regañadientes, un enfrentamiento audaz y valiente, tantas veces como el perseguidor quiera aprovechar sus ventajas en exceso. Las retiradas de los grandes generales y ejércitos practicadas en la guerra se parecen siempre a la partida de un león herido, y ésta es indiscutiblemente también la mejor teoría.

Es cierto que a menudo se ha visto aplicar vanas formalidades en momentos en que se quería salir de una situación peligrosa, lo que ocasionaba un gasto inútil de tiempo y, por lo tanto, se volvía peligroso, en lugar de que en tales casos todo dependiera de salir rápidamente. Los dirigentes practicantes tienen muy en cuenta este principio. Pero tales casos no deben confundirse con la retirada general tras una batalla perdida. Cometan un gran error quienes creen que con unas cuantas marchas rápidas pueden obtener ventaja y afianzarse más fácilmente. Los primeros movimientos deben ser tan pequeños como sea posible, y en general debe ser un principio no permitir que la ley del enemigo se imponga sobre ellos. Este principio no puede seguirse sin sangrientas batallas con el enemigo perseguidor, pero el principio merece este sacrificio. Sin él, se acaba en un movimiento acelerado que pronto se convierte en un derrocamiento y luego cuesta más hombres en meros rezagados de lo que habrían costado las batallas de las Guardias de las Fuerzas Armadas, pero también destruye los últimos restos de valor.

Un ejército fuerte con las mejores tropas, dirigido por el general más valiente y apoyado en los momentos más importantes por todo el ejército, un uso cuidadoso de la zona, fuertes emboscadas tan a menudo como la audacia de la vanguardia enemiga y la zona de oportunidad, en resumen, la iniciación y el plan de pequeñas batallas formales, estos son los medios para seguir ese principio.

Las dificultades de la retirada son naturalmente mayores o menores después de que la batalla se haya librado más o menos en condiciones favorables, y después de que haya sido más o menos sostenida. Las batallas de Jena y Belle-Alliance muestran cómo, cuando se lucha contra un enemigo superior hasta el último hombre, se puede salir airoso de toda retirada ordenada.

Se ha aconsejado de vez en cuando¹ dividir para la retirada, es decir, volver en montones separados o incluso excéntricamente. Esa división que se efectúa por mera conveniencia, y en la que una matanza común es posible y sigue siendo la intención, no debe ser considerada aquí; cualquier otra es altamente peligrosa, contra la naturaleza de la cosa, y por lo tanto un gran error. Cada batalla perdida es un principio de debilitamiento y disolución, y la siguiente necesidad es reunirse y en la reunión encontrar de nuevo el orden, el coraje y la confianza. La idea, en el momento en que el enemigo persigue su victoria, de molestarle con montones separados a cada lado, es una verdadera anomalía; un tímido pedante de un enemigo podría dejarse impresionar por ella, y ahí puede ser válida, pero cuando no se está seguro de esta debilidad del adversario, hay que dejarla en paz. Si, después de la batalla, la situación estratégica exige que la derecha y la izquierda sean cubiertas por grupos separados, hay que hacer todo lo que sea indispensable según las circunstancias; pero esta separación debe considerarse siempre como un mal, y rara vez será posible realizarla el día después de la batalla misma.

175

Si Federico el Grande retrocedió en tres columnas tras la batalla de Kolin y el levantamiento del sitio de Praga, no fue por decisión propia, sino porque la posición de sus fuerzas y la cobertura de Sajonia no lo permitían de otro modo. Tras la batalla de Brienne, Bonaparte hizo retroceder a Marmont hacia el Aube, mientras él mismo se volvía a través del Sena hacia Troyes; pero que esto no le saliera mal sólo se debió a que los aliados, en lugar de perseguir, también se separaron, se volvieron con una parte (Blücher) hacia el Marne y avanzaron muy lentamente con la otra (Schwarzenberg), por miedo a ser demasiado débiles.

¹ Lloyd, Bülow.

4.14 CAPÍTULO CATORCE: LA BATALLA NOCTURNA

Cómo se lleva a cabo, y cuáles son las peculiaridades de su curso, es un tema de táctica; lo consideramos aquí sólo en la medida en que el conjunto aparece como un medio peculiar.

En esencia, todo ataque nocturno no es más que un asalto intensificado. A primera vista, un ataque de este tipo parece exquisitamente eficaz, pues uno se imagina al defensor atacado y al atacante naturalmente preparado para lo que va a suceder. ¡Qué disparidad! La imaginación pinta un cuadro de la más completa confusión por un lado, y por el otro el atacante sólo se ocupa de recoger los frutos de ella. De ahí las frecuentes ideas de derrocamientos nocturnos entre quienes no tienen nada que dirigir ni de qué responder, mientras que en realidad ocurren tan raramente.

Todas estas representaciones tienen lugar en el supuesto de que el atacante conoce las medidas del defensor, porque han sido tomadas y pronunciadas de antemano y no podrían haber escapado a su reconocimiento e investigación; en cambio, las medidas del atacante, que sólo toma en el momento de la ejecución, tendrían que permanecer desconocidas para el adversario. Pero esto último no siempre es así, y lo primero aún menos. Si no estamos tan cerca del enemigo como para tenerlo ante nuestros ojos, como los austriacos hicieron con Federico el Grande antes de la batalla de Hochkirch, entonces lo que sepamos de su formación será siempre muy imperfecto, derivado de reconocimientos, patrullas, declaraciones de prisioneros y espías, y nunca del todo seguro, aunque sólo sea porque estos informes están siempre más o menos desfasados, y la posición del enemigo puede haber cambiado desde entonces. Por cierto, con las antiguas tácticas y métodos de acampada, era mucho más fácil investigar la posición del enemigo que ahora. Era mucho más fácil distinguir una línea de tiendas que un campamento de cabañas o incluso un vivac, y también era más fácil acampar en líneas de frente desarrolladas y regulares que en columnas de divisiones, como suele ocurrir ahora. Uno puede tener una visión perfecta de la zona en la que está acampada una división de este modo y aun así no hacerse una idea adecuada de ella.

176

Pero la posición no es todo lo que necesitamos saber; las medidas tomadas por el defensor en el curso de la batalla son igual de importantes y no consisten simplemente en disparar. Estas medidas, además, hacen que los asaltos nocturnos en las guerras más recientes sean más difíciles que en las anteriores, porque en estas últimas tienen preponderancia sobre los ya tomados. En nuestras batallas, la formación del defensor es más provisional que definitiva, y por ello, en nuestras guerras, el defensor puede sorprender a su adversario con golpes inesperados más de lo que podía hacerlo en el pasado.

Así, lo que el atacante sabe del defensor durante el ataque nocturno rara vez o nunca es suficiente para suplir la falta de percepción directa.

Pero el defensor, por su parte, tiene incluso una pequeña ventaja en el sentido de que se encuentra más a gusto en la zona que constituye su posición que el atacante, del mismo modo que el ocupante de una habitación de la misma se orienta más fácilmente en la oscuridad que un extraño. Sabe encontrar más fácilmente cualquier parte de su fuerza y llegar a ella más fácilmente que el atacante.

De ello se deduce que el atacante necesita sus ojos tanto como el defensor en las batallas nocturnas y que, por lo tanto, sólo causas especiales pueden determinar un ataque nocturno.

Estas causas se refieren sobre todo a partes subordinadas del ejército y rara vez al propio ejército, de lo que se deduce que el arrollamiento nocturno sólo puede producirse, por regla general, en combates subordinados y rara vez en grandes batallas.

Se puede atacar a una parte subordinada del ejército enemigo con gran superioridad, por consiguiente de manera global, ya sea para aniquilarla por completo o para infligirle grandes pérdidas en un enfrentamiento desfavorable, siempre que las demás circunstancias sean favorables. Tal intención, sin embargo, nunca puede tener éxito sin una gran sorpresa, porque ninguna parte subordinada del ejército enemigo entraría en un enfrentamiento tan desfavorable, sino que lo eludiría. Un alto grado de sorpresa, sin embargo, sólo puede lograrse de noche, con algunas excepciones en zonas muy ocultas. Por lo tanto, si queremos obtener tal ventaja de una formación defectuosa de una fuerza enemiga subordinada, debemos aprovechar la noche para llevar a cabo al menos los preparativos preliminares, aunque el combate propiamente dicho no se inicie hasta la mañana. Así surgen todas las pequeñas empresas nocturnas contra puestos avanzados y otros grupos pequeños, cuyo objetivo es siempre involucrar inesperadamente al enemigo en un combate tan desventajoso por superioridad y evasión que no pueda escapar sin grandes pérdidas.

177

Cuanto mayor sea el cuerpo atacado, más difícil será la empresa, porque un cuerpo más fuerte tiene más recursos internos para defenderse, incluso durante un tiempo, hasta que llegue la ayuda.

Por esta razón, el propio ejército enemigo no puede, en casos ordinarios, ser objeto de tal ataque; pues, aunque no tenga ninguna ayuda que esperar del exterior, tiene, sin embargo, en sí mismo suficientes ayudas contra un ataque desde varios flancos, especialmente en nuestra época, en la que todo el mundo está innatamente equipado para esta forma tan común de ataque. Que el enemigo pueda atacarnos con éxito desde varios flancos depende, por lo general, de condiciones muy diferentes a las de que se produzca de forma inesperada; sin entrar aquí en estas condiciones, nos ceñiremos al hecho de que los grandes éxitos, pero también los grandes peligros, están relacionados con el ataque desde varios flancos, y que, por lo tanto, al margen de las circunstancias individuales, sólo una gran superioridad, como la que podemos utilizar contra una parte subordinada del ejército enemigo, nos da derecho a hacerlo.

Pero el cerco y la evasión de un pequeño cuerpo enemigo, especialmente en la oscuridad de la noche, es más factible por esta sola razón, porque lo que ponemos en él, por muy superior que sea, es probablemente sólo una parte subordinada de nuestro ejército, y ésta puede entrar en el juego de un gran riesgo más que la totalidad. Además, una parte mayor, o incluso la totalidad, suele servir para apoyar y acomodar a esta parte aventurada, lo que reduce de nuevo el peligro de la empresa.

Pero no sólo el riesgo, sino también las dificultades de ejecución limitan las empresas nocturnas a partes más pequeñas. Como el verdadero objetivo de tales operaciones es apresurar al enemigo, la condición principal de su ejecución es pasar a hurtadillas; pero esto es más fácil con grupos pequeños que con grandes y rara vez pueden hacerlo las columnas de todo un ejército. Por esta razón, tales empresas suelen afectar sólo a avanzadillas individuales y sólo pueden emplearse contra cuerpos más grandes si carecen de avanzadillas suficientes, como hizo Federico el Grande en Hochkirch. En el propio ejército, este caso volverá a darse con menos frecuencia que en las partes subordinadas.

En épocas más recientes, en las que la guerra se ha librado de forma mucho más rápida y vigorosa, ha tenido que ocurrir, sin embargo, con más frecuencia que los ejércitos acamparan muy cerca unos de otros y sin un sistema fuerte de puestos avanzados, porque ambas cosas ocurren siempre en las crisis que suelen preceder a una decisión. En tales momentos, sin embargo, la destreza en batalla de ambas partes es mayor; en guerras anteriores, en cambio, era más común que los ejércitos acamparan, uno frente al otro, incluso cuando no tenían intención de hacer otra cosa que mantenerse mutuamente a raya, y en consecuencia durante

mucho tiempo. ¡Cuántas veces Federico el Grande estuvo tan cerca de los austriacos durante semanas que ambos podrían haberse intercambiado cañonazos!

Este método, sin embargo, más favorable a las incursiones nocturnas, ha sido abandonado en las guerras recientes, y los ejércitos, que ya no son cuerpos tan completamente independientes en sus provisiones y en sus necesidades de almacenamiento, se ven en la necesidad de dejar un día de marcha entre ellos y el enemigo. Si examinamos ahora con más detenimiento el rebasamiento nocturno de un ejército, resulta evidente que sólo en raras ocasiones puede haber motivos suficientes para ello, lo que puede remontarse a los siguientes casos.

1. una imprudencia o audacia muy particular por parte del enemigo, que rara vez ocurre, y cuando ocurre suele ser subsanada por una gran preponderancia moral.
2. el pánico en el ejército enemigo o, en general, una superioridad de fuerzas morales tal en el nuestro que sólo eso baste para ocupar el lugar del liderazgo.
3. cuando se rompe a través de un ejército enemigo superior que nos mantiene rodeados, porque aquí todo depende de la sorpresa, y la intención de simplemente escapar permite una unificación de fuerzas mucho mayor.
4. Por último, en casos desesperados en los que nuestras fuerzas son tan desproporcionadas con respecto a las del enemigo que sólo vemos la posibilidad de éxito en un caso extraordinario.

En todos estos casos, sin embargo, siempre se mantiene la condición de que el ejército enemigo está bajo nuestros ojos y no está cubierto por ninguna vanguardia.

Por cierto, la mayoría de los combates nocturnos se inician de tal manera que terminan al amanecer, de modo que sólo la aproximación y el primer ataque tienen lugar al amparo de la oscuridad, porque así el atacante puede aprovechar mejor las consecuencias de la confusión en la que sume al enemigo; en cambio, los combates que comienzan sólo al amanecer y en los que, por tanto, la noche se utiliza únicamente para la aproximación, ya no deben considerarse nocturnos.

PARTE II

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 5

LIBRO QUINTO: LAS FUERZAS ARMADAS

5.1 PRIMER CAPÍTULO: VISIÓN GENERAL

Examinaremos las fuerzas armadas:

1. según su resistencia y composición;
2. en su condición de fuera de combate;
3. con respecto a su mantenimiento, y
4. por último, en sus relaciones generales con la región y el suelo.

En este libro, por lo tanto, nos ocuparemos de aquellas relaciones de las fuerzas armadas que deben ser consideradas sólo *como condiciones necesarias de la lucha*, no como la lucha misma. Están más o menos estrechamente relacionadas e interrelacionadas con esta lucha y, por lo tanto, surgirán a menudo en la aplicación de la lucha, pero hemos tenido que considerar cada una de ellas por separado como un todo en su esencia y peculiaridad.

5.2 CAPÍTULO DOS: EJÉRCITO, TEATRO DE GUERRA, CAMPAÑA

La naturaleza del asunto no permite una determinación exacta de estos tres zapatos de trabajo diferentes para el tiempo, el espacio y la masa en la guerra, pero para no ser completamente malinterpretados a veces, debemos tratar de hacer un poco más claro el uso del lenguaje, al que nos gusta atenernos en la mayoría de los casos.

Teatro de guerra

De hecho, se piensa que se trata de una parte de toda la zona de guerra que tiene bandos cubiertos y, por tanto, una cierta independencia. Esta cobertura puede residir en fortalezas, en grandes obstáculos en la zona, incluso a una distancia considerable del resto de la zona de guerra. - Tal parte no es una mera pieza del todo, sino en sí misma un pequeño todo, que se encuentra por tanto más o menos en el caso de que los cambios que se producen en el resto de la zona de guerra no tengan sobre ella una influencia directa, sino sólo indirecta. Si uno quisiera una característica precisa aquí, podría ser solamente la posibilidad de imaginar un curso de acción en un lado, mientras que en el otro uno se retiraría, una defensión, mientras que en el otro uno procedería ofensivamente. No podemos llevar esta nitidez a todas partes, sólo pretende indicar el enfoque real.

182

Ejército

Si tomamos como ayuda el concepto de teatro de guerra, es muy fácil decir qué es un ejército, esa masa de lucha que se encuentra en un mismo teatro de guerra. Pero esto, evidentemente, no abarca del todo el uso del lenguaje. Blücher y Wellington dirigieron dos ejércitos en 1815, estuvieran o no en el mismo teatro de guerra. El mando supremo es, por tanto, otra característica del concepto de ejército. Sin embargo, esta característica está muy estrechamente relacionada con la anterior, ya que cuando las cosas están bien dispuestas, sólo debe haber un mando supremo en un mismo teatro de guerra, y el comandante de su propio teatro de guerra nunca debe carecer de un grado adecuado de independencia.

La fuerza pura y absoluta del ejército, sin embargo, es menos decisiva en la denominación de lo que parece a primera vista. Porque cuando varios ejércitos actúan en un mismo teatro de guerra y bajo un mando supremo común, no llevan este nombre por su fuerza, sino que la traen de sus circunstancias anteriores (en 1813 el Silesio, el del Norte, etc.), y se dividirá una gran masa, que está destinada a permanecer en un teatro de guerra, en cuerpos, pero nunca en ejércitos diferentes, al menos eso iría contra el uso del lenguaje, que así parece haberse mantenido firme en la materia. Por otra parte, aunque sería pedante reclamar el nombre de ejército para cada partisano que habita independientemente en una provincia lejana, no puede pasar desapercibido que nadie se da cuenta cuando se habla del ejército de los vendeanos en la guerra de la Independencia, aunque a menudo no era mucho más fuerte. Por lo tanto, los términos ejército y teatro de guerra suelen ir juntos y se llevan mutuamente.

Campaña

Aunque a menudo se denomina campaña a los acontecimientos bélicos ocurridos en todos los teatros de guerra en un año, es más habitual y más definido entender con este término los acontecimientos de un teatro de guerra. Sin embargo, es peor aceptar el concepto de año, puesto que las guerras ya no se dividen en campañas de un año mediante cuarteles de invierno

específicos y largos. Dado que los acontecimientos de un teatro de guerra se dividen por sí mismos en ciertas secciones más amplias, a saber, cuando se disuelven los efectos inmediatos de una catástrofe más o menos grande y se crean nuevos enredos, estas interrupciones naturales también deben tenerse en cuenta para asignar a un año (campañas) su parte completa de acontecimientos. Nadie permitirá que la campaña de 1812 termine en Memel, donde se encontraban los ejércitos el 1 de enero, y contará la ulterior retirada de los franceses a través del Elba como parte de la campaña de 1813, ya que obviamente sólo es una parte de toda la retirada de Moscú.

El hecho de que estos términos no sean más precisos no es una desventaja, porque no pueden utilizarse como definiciones filosóficas para ninguna fuente de determinaciones. Simplemente deben servir para dar al lenguaje un poco más de claridad y definición.

5.3 CAPÍTULO TERCERO: RELACIÓN DE PODER

Hemos dicho en el capítulo octavo del tercer libro qué valor tiene en la batalla la superioridad numérica y, en consecuencia, la superioridad general en la estrategia, de donde surge entonces la importancia del equilibrio de fuerzas, sobre el que aún debemos hacer aquí algunas observaciones más detalladas.

Si observamos la historia reciente de la guerra sin prejuicios, debemos confesar que la superioridad numérica se hace más decisiva cada día que pasa; debemos, por lo tanto, colocar el principio de ser tan fuerte como sea posible en el combate decisivo un poco más alto ahora de lo que puede haber sido colocado en épocas anteriores.

El valor y el espíritu del ejército han multiplicado en todos los tiempos las fuerzas físicas, y seguirán haciéndolo; pero tenemos en la historia épocas en que una gran superioridad en la disposición y equipamiento de los ejércitos, otras en que tal superioridad en la movilidad daba una importante preponderancia moral; entonces hubo sistemas tácticos de nueva aplicación, entonces el arte de la guerra se enredó en el empeño por un uso artero de la región, dispuesta según grandes y amplios principios, y en este campo el comandante de uno podía de vez en cuando obtener grandes ventajas sobre el otro; pero este empeño mismo ha perecido, ha tenido que dar lugar a un modo natural y más simple de proceder. - Si miramos ahora las experiencias de las últimas guerras sin ideas preconcebidas, debemos decirnos que poco más de aquellos fenómenos se ha mostrado, tanto en el conjunto de la campaña como en las batallas decisivas, especialmente en la batalla principal, de la que recordamos el segundo capítulo del libro precedente.

Los ejércitos de nuestros días son tan similares entre sí en armamento, equipo y entrenamiento que no hay diferencias muy perceptibles en estas cosas entre los mejores y los peores. La educación en los cuerpos científicos aún puede tener una diferencia perceptible, pero por lo general sólo conduce al hecho de que algunos son los inventores y líderes en los mejores establecimientos y los otros son los imitadores que los siguen rápidamente. Incluso los comandantes subordinados, los líderes de los cuerpos y divisiones, tienen en todas partes, en lo que se refiere a su oficio, más o menos los mismos puntos de vista y métodos, de modo que, aparte del talento del comandante supremo, que difícilmente puede pensarse que esté en constante proporción con la educación del pueblo y del ejército, sino que se deja enteramente al azar, sólo el hábito de la guerra puede dar una preponderancia notable. Cuanto más equilibrio exista en todas estas cosas, más decisivo será el equilibrio de poder.

El carácter de las batallas actuales es el resultado de este equilibrio. Basta leer sin prejuicios la batalla de Borodino, donde el primer ejército del mundo, el francés, se midió con el ruso, que en muchas de sus instalaciones y en la formación de sus miembros individuales podía ser el más atrasado. En toda la batalla no hay un solo rasgo de arte o inteligencia predominante; es una tranquila medición de las fuerzas entre sí, y como éstas eran casi iguales, nada podía seguir al final sino una suave inclinación de la balanza hacia aquel lado donde estaba la mayor energía del liderazgo y el mayor hábito de guerra del ejército. Elegimos esta batalla como ejemplo porque en ella hubo un equilibrio numérico como en pocas otras.

No decimos que todas las batallas sean así, pero es la tónica de la mayoría.

En una batalla en la que las fuerzas se miden tan lenta y metódicamente entre sí, el excedente debe dar un éxito mucho más seguro. De hecho, en la historia más reciente de la guerra, buscaremos en vano batallas en las que uno hubiera salido victorioso sobre un enemigo dos veces más fuerte que uno mismo, como ha sucedido más a menudo en el pasado. Bonaparte, el más grande general de los tiempos modernos, siempre había sido capaz de unir

un ejército superior o al menos no notablemente más débil en sus victoriosas batallas principales, con la excepción de una, la de Dresde en 1813, y donde esto no fue posible, como en Leipzig, Brienne, Laon y Belle-Alliance, fue derrotado.

Pero la fuerza absoluta suele ser un hecho en la estrategia, que el comandante ya no puede cambiar. La consecuencia de nuestra consideración, sin embargo, no puede ser que la guerra sea imposible con un ejército notablemente más débil. La guerra no es siempre una decisión libre de la política, y lo es menos cuando las fuerzas son muy desiguales; en consecuencia, todo equilibrio de fuerzas puede pensarse en la guerra, y sería una extraña teoría de la guerra la que quisiera renunciar por completo allí donde más se necesita.

Por muy deseable que sea, la teoría debe encontrar una fuerza adecuada, pero ni siquiera puede decirse de la más inadecuada que ya no admitiría aplicación. Aquí no hay límites que determinar.

Cuanto más débil es la fuerza, más pequeños deben ser los fines; más aún: cuanto más débil es la fuerza, más corta es la duración. En ambos lados, por lo tanto, la debilidad tiene espacio para escapar, si podemos expresarnos así. Ahora bien, qué cambios produce la medida de la fuerza en la guerra, sólo podremos decirlo poco a poco, a medida que se produzcan las cosas; aquí basta con haber indicado el punto de vista general; pero para completar el mismo, añadamos sólo esta cosa.

Cuanto más carece de alcance de sus fuerzas un hombre arrastrado a una lucha desigual, mayor debe ser la tensión interior, la energía del mismo, urgido por el peligro. Cuando ocurre lo contrario, cuando la desesperación heroica es sustituida por el abatimiento, todo el arte de la guerra llega a su fin.

Si esa energía de las fuerzas se combina con una sabia moderación en los fines que se proponen, surge ese juego de golpes brillantes y cautelosa moderación que debemos admirar en las guerras de Federico el Grande.

Pero cuanto menos puedan esta moderación y esta prudencia, tanto más predominarán la tensión y la energía de las fuerzas. Allí donde la desproporción de fuerzas es tan grande que ninguna limitación del propio objetivo puede salvarlo de la ruina, o la duración probable del peligro tan grande que el empleo más económico de las propias fuerzas ya no puede conducir a la meta, allí la tensión de las fuerzas se contraerá o deberá contraerse en un solo golpe desesperado; el hombre angustiado, apenas esperando más ayuda de las cosas que no le prometían ninguna, pondrá toda su confianza final en la superioridad moral que la desesperación da a todo hombre valiente; considerará la mayor audacia como la mayor sabiduría, en el mejor de los casos extenderá su mano a una astucia aún más audaz, y, si ningún éxito ha de llegar a ser suyo, encontrará en una honrosa caída el derecho a una futura resurrección.

5.4 CAPÍTULO CUARTO: RELACIÓN DE ARMAS

Sólo hablaremos de las tres armas principales: la infantería, la caballería y la artillería.

Perdonen el siguiente análisis, que pertenece más a la táctica, pero es necesario para que pensemos de forma más específica.

El combate consta de dos elementos esencialmente diferenciables: el principio de destrucción por el fuego y el combate cuerpo a cuerpo o personal. Este último es, de nuevo, ataque o defensa (ataque y defensa deben entenderse aquí, cuando se habla de elementos, de forma bastante absoluta). Evidentemente, la artillería sólo funciona mediante el principio de destrucción por el fuego, la caballería sólo mediante el combate personal, la infantería mediante ambos.

En el combate personal, la esencia de la defensa es mantenerse firme como arraigado al suelo; la esencia del ataque es el movimiento. La caballería carece por completo de la primera cualidad y disfruta preferentemente de la segunda. Por lo tanto, sólo es apta para el ataque. La infantería tiene la característica de mantenerse firme, pero no carece por completo de movimiento.

De esta distribución de las fuerzas elementales bélicas entre las diversas armas, resulta la superioridad y generalidad de la infantería en comparación con las otras dos armas, ya que es la única que reúne en sí las tres fuerzas elementales. Además, de ello se desprende cómo la combinación de las tres armas en la guerra conduce a un empleo más perfecto de las fuerzas, porque de este modo se está en condiciones de potenciar a voluntad uno u otro principio, que se combina de manera inmutable en la infantería.

El principio de la destrucción por el fuego es, obviamente, el predominantemente efectivo en nuestras guerras actuales, pero a pesar de ello, el combate personal hombre contra hombre debe ser considerado, igualmente obviamente, como la base independiente real de la batalla. Por lo tanto, un ejército de mera artillería en la guerra sería impensable; un ejército de mera caballería, sin embargo, sería concebible, sólo que sería de muy poca fuerza intensiva. No sólo concebible, sino también mucho más fuerte sería un ejército de mera infantería. Las tres armas tienen este orden en relación con la independencia: infantería, caballería, artillería.

Pero no es así en relación con la importancia que cada uno tiene cuando está en conjunción con los demás. Dado que el principio de destrucción es mucho más eficaz que el principio de movimiento, la ausencia total de caballería debilitaría menos a un ejército que la ausencia total de artillería.

186

Un ejército compuesto únicamente de infantería y artillería se encontraría, es cierto, en una posición incómoda en comparación con otro formado por las tres armas, pero si sustituyera lo que le falta de caballería por una cantidad *proporcional* de infantería, aún podría hacer frente a su presupuesto táctico mediante un procedimiento dispuesto de forma algo diferente. Se encontraría en un aprieto considerable a causa de los puestos avanzados, nunca podría perseguir al enemigo derrotado con gran vigor, y realizaría su propia retirada con más dificultad y esfuerzo; pero estas dificultades no bastarían por sí mismas para expulsarlo por completo del campo de batalla. - Por otra parte, tal ejército, formado contra otro de mera infantería y caballería, desempeñaría un papel muy bueno, y difícilmente puede imaginarse cómo este último podría mantener el campo contra las tres armas.

Que estas observaciones sobre la importancia de las armas individuales sólo se abstraen de la generalidad de todos los casos bélicos, en los que un caso pesa más que otro, no hace falta decirlo, y por tanto no puede ser la intención querer aplicar la verdad encontrada a cada

situación individual de un solo enfrentamiento. Un batallón en avanzadilla o en retirada preferirá quizás tener consigo un escuadrón antes que unos cuantos cañones. Una masa de caballería y artillería a caballo, que debe perseguir o eludir rápidamente al enemigo en fuga, puede no necesitar en absoluto soldados a pie, etc.

Resumamos una vez más el resultado de estas consideraciones:

1. los soldados de infantería son los más independientes de las armas.
2. la artillería es totalmente dependiente.
3. las personas de a pie son las más importantes en la conexión de varios.
4. la caballería es la más prescindible.

La combinación de los tres proporciona la mayor fuerza.

Si la combinación de las tres armas proporciona la mayor fuerza, es natural preguntarse cuál es la mejor proporción absoluta, y esta pregunta es casi imposible de responder.

Si se pudiera comparar el gasto de fuerzas que exigen la adquisición y el mantenimiento de las distintas armas y, a continuación, lo que cada una consigue en la guerra, habría que llegar a un cierto resultado que expresaría la mejor relación de forma bastante abstracta. Pero esto no es más que un juego de la imaginación. Incluso el eslabón frontal de esta relación es difícil de determinar; un factor no lo es, a saber, los costes; pero otro es el valor de la vida humana, sobre el que a nadie le gustaría poner una cifra.

El hecho de que cada una de las tres armas se base preferentemente en una fuerza diferente del Estado, la infantería en el número de hombres, la caballería en el número de caballos, la artillería en los fondos disponibles, introduce también una razón ajena a la determinación, que también vemos prevalecer claramente en los grandes esquemas históricos de diversos pueblos y épocas.

187

Puesto que por otras razones no podemos prescindir por completo de una vara de medir, debemos por tanto utilizar sólo el factor que podemos calcular, es decir, los costes monetarios, en lugar de todo el primer elemento de la proporción. A este respecto tenemos que afirmar en general, con suficiente exactitud para nosotros, que según la experiencia común un escuadrón de 150 caballos, un batallón de 800 hombres y una batería de 8 cañones de seis libras cuestan más o menos lo mismo, tanto en términos de equipamiento como de costes de mantenimiento.

En cuanto al otro elemento de la relación, es decir, cuánto consigue cada arma en comparación con la otra, es aún menos posible determinar una cantidad determinada para ello. Tal determinación sería posible a lo sumo si dependiera del mero principio de destrucción, pero cada arma tiene su finalidad peculiar, es decir, su propio campo de acción; éste, sin embargo, no está tan determinado que no pueda ser mayor o menor, con lo que sólo se producen modificaciones en la guerra, pero no desventajas decisivas.

Es cierto que a menudo se habla de lo que la experiencia enseña al respecto, y se cree encontrar en la historia de la guerra fundamentos suficientes para una afirmación, pero cada cual debe decirse a sí mismo que se trata de meros dichos que, por remontarse a nada primitivo y necesario, no merecen consideración alguna en un examen investigador.

Ahora bien, aunque se pueda concebir un cierto tamaño para la mejor proporción de las armas, pero esto es una *x* incierta, un mero juego de la imaginación, se podrá sin embargo decir qué efectos tendrá si una de las armas está presente en el ejército enemigo en gran superioridad o en número muy pequeño en comparación con la misma arma.

La artillería refuerza el principio destructor del fuego; es la más formidable de las armas, por lo que su falta debilita enormemente la fuerza intensa del ejército. Por otra parte, es la más inmóvil de las armas y, en consecuencia, hace más pesado al ejército; además, requiere siempre una fuerza que la cubra, porque no es capaz de combatir personalmente; si es

demasiado numerosa, de modo que las tropas de cobertura que se le puedan dar no sean en todas partes rivales de las masas de ataque del enemigo, se perderá con frecuencia, y aquí se pone de manifiesto una nueva desventaja, a saber, que de las tres armas es la que el enemigo puede utilizar muy pronto *contra* nosotros en sus partes principales, a saber, cañón y vehículo.

a caballería aumenta el principio de movimiento en un ejército. Si está presente en una medida demasiado pequeña, debilita el fuego rápido del elemento guerrero en el sentido de que todo se hace más lentamente (a pie), de que todo debe disponerse con más cuidado; la rica semilla de la victoria ya no se corta con la guadaña sino con la hoz.

Por supuesto, el exceso de caballería nunca puede considerarse como un debilitamiento directo de las fuerzas armadas, como una desproporción interna, pero ciertamente sí indirectamente por la dificultad de su mantenimiento, y si se considera que en lugar de 10.000 hombres de caballería, de los que se tiene demasiado, se podría disponer de 50.000 hombres a pie.

Estas peculiaridades, que surgen del predominio de un arma, son tanto más importantes para el arte de la guerra en sentido estricto, cuanto que enseña el empleo de las fuerzas *existentes*, y con estas fuerzas se suele asignar también al comandante la medida de las armas individuales, sin que él tenga mucho que determinar.

188

Si, entonces, queremos pensar en el carácter de un tipo de guerra modificado por un arma predominante, es de la siguiente manera:

Un exceso de artillería debe conducir a un carácter más defensivo y pasivo de las operaciones: se buscará más la salvación en las posiciones fuertes, en los grandes sectores de terreno, incluso en las posiciones de montaña, de modo que los obstáculos del terreno asumirán la defensa y la protección de la numerosa artillería, y las propias fuerzas enemigas vendrán a conseguir su destrucción. Toda la guerra se librará en un minué serio y formal.

La falta de artillería, por el contrario, nos permitirá hacer prevalecer el principio del ataque, el principio activo, el principio del movimiento. Las marchas, los trabajos, los esfuerzos se convierten para nosotros en armas peculiares; de este modo la guerra se hace más variada, más viva, más rizada: los grandes incidentes se convierten en moneda de jeque.

Con una caballería muy numerosa buscaremos las amplias llanuras y nos encantarán los *grandes* movimientos. A mayor distancia del enemigo, disfrutaremos de mayor paz y comodidad sin envidiarle. Nos atreveremos a evasiones más audaces y a movimientos más audaces en general, porque dominamos el espacio. En la medida en que las distracciones y las invasiones pertenezcan a las verdaderas herramientas de la guerra, podremos hacer uso de ellas con facilidad.

Una carencia decidida de caballería reduce el poder de movimiento del ejército sin aumentar su principio de destrucción, como lo hace el exceso de artillería. La prudencia y el método son entonces el carácter principal de la guerra. Permanecer siempre bajo los ojos del enemigo, para tenerlo siempre bajo los propios ojos, nada de movimientos rápidos y aún menos precipitados, en todas partes un lento empuje de masas bien reunidas, preferencia por la defensa y por la zona intersectada y, donde debe ser el ataque, la dirección más corta posible hacia el centro de gravedad del ejército enemigo son las tendencias naturales en este caso.

Estas diversas orientaciones que asume el modo de guerra según un arma predominante rara vez serán tan amplias y completas que por sí solas o en particular den la dirección a toda la empresa. La elección del ataque estratégico o de la defensa, de tal o cual teatro de guerra, de una batalla principal o de uno de los otros medios de destrucción, estará probablemente determinada por otras circunstancias más esenciales; al menos es muy de temer que, si no fuera así, se hubiera tomado una cuestión secundaria por principal. Pero incluso si esto es así, si las cuestiones principales ya se han decidido por otros motivos, todavía queda cierto margen

para la influencia del modo de armas predominante, ya que uno puede ser cauteloso y metódico en el ataque, audaz y emprendedor en la defensa, etc., a través de todas las diversas etapas y matices de la vida bélica.

A la inversa, la naturaleza de la guerra puede influir notablemente en la relación de las armas.

En primer lugar, una guerra popular basada en el Landwehr y el Landsturm debe, por supuesto, reclutar un gran número de soldados de infantería; porque en una guerra de este tipo hay más carencia de equipo que de hombres, y como el equipo se limita en cualquier caso a lo estrictamente necesario, es fácil imaginar que para una batería de ocho cañones no podría proporcionarse un batallón sino dos o tres.

189

En segundo lugar, si un débil no puede recurrir contra un poderoso al armamento del pueblo o a un cuerpo de tropas cercano a él, el aumento de la artillería es, sin embargo, el medio más corto de acercar su débil fuerza al equilibrio; pues gana hombres y aumenta el principio más esencial de su fuerza, es decir, el principio de destrucción. En cualquier caso, normalmente estará confinado a un pequeño teatro de guerra, por lo que esta arma es más adecuada para él. Federico el Grande aprovechó este medio en los últimos años de la Guerra de los Siete Años.

En tercer lugar, la caballería es el arma del movimiento y de las grandes decisiones; su predominio sobre la proporción habitual es, por tanto, importante en el caso de espacios muy extensos, de grandes movimientos hacia fuera y hacia dentro y de la intención de grandes golpes decisivos. Bonaparte da un ejemplo de ello.

Que el ataque y la defensa no pueden por sí mismos influir en ello sólo quedará claro cuando hablemos de estas dos formas de actividad bélica; por el momento nos limitaremos a constatar que ambos, el atacante y el defensor, transitan por regla general por los mismos espacios y pueden también, al menos en muchos casos, tener las mismas intenciones decisivas. Recordemos la campaña de 1812.

Suele pensarse que la caballería era mucho más numerosa que la infantería en la Edad Media y que ha ido disminuyendo paulatinamente hasta nuestros días. Esto es, al menos en parte, un malentendido. La proporción de la caballería, en términos de número, quizá no era significativamente mayor por término medio, como probablemente se convenza uno mismo si sigue los datos más precisos de las fuerzas armadas a lo largo de la Edad Media. Basta pensar en las masas de infantería que formaban los ejércitos de los cruzados o seguían a los emperadores germanos en sus campañas romanas. Pero la *importancia* de la caballería fue mucho mayor. Era el arma *más fuerte*, compuesta por la mejor parte del pueblo, y lo era tanto que, aunque siempre mucho más débil, siempre se la consideraba lo principal, la infantería se contaba poco, apenas se mencionaba; de ahí que haya surgido la opinión de que en aquella época había muy pocos. Es cierto que en crisis menores en el interior de Alemania, Francia e Italia, se dio más a menudo que ahora el caso de que todo el pequeño ejército consistiera en mera caballería; como ésta era el arma principal, no había nada contradictorio en ello; pero estos casos no pueden ser decisivos si tenemos en cuenta la generalidad, donde se transfieren abundantemente de los ejércitos mayores. Sólo cuando todas las obligaciones feudales en la guerra habían cesado, y las guerras fueron conducidas por soldados reclutados, contratados y pagados, contando así con el dinero y la publicidad, es decir, en los tiempos de la Guerra de los Treinta Años y las guerras bajo Luis XIV, cesó este uso de una gran masa de soldados de a pie menos útiles, y quizás se hubiera vuelto a la caballería por completo, si los soldados de a pie no hubieran aumentado ya en importancia a través de un notable entrenamiento del fusil de fuego, y hubieran mantenido así hasta cierto punto su superioridad numérica; la proporción de esta última con respecto a la caballería en este período era, si era débil, como de 1:1, si era numerosa, como de 3:1.

Desde entonces, la caballería ha ido perdiendo cada vez más importancia a medida que progresaba el adiestramiento de las armas de fuego. Esto es bastante comprensible en sí mismo, pero este entrenamiento debe relacionarse no sólo con el arma en sí y la destreza de su uso, sino también con el uso de las partes del ejército equipadas con ella. En la batalla de Mollwitz los prusianos habían alcanzado el mayor grado de destreza en el tiro, y desde entonces no han podido avanzar más en este sentido. Por otra parte, el empleo de la infantería en zonas intersectadas y del fusil de fuego en las batallas a tiros sólo ha surgido desde entonces y debe considerarse como un gran avance en el acto de destrucción.

190

Nuestra opinión, por tanto, es que la proporción de caballería ha cambiado poco en términos de número, pero mucho en términos de importancia. Esto parece una contradicción, pero en realidad no lo es. Los soldados de a pie de la Edad Media, cuando estaban presentes en gran número en el ejército, no llegaban a este número por su relación interna con la caballería, sino porque todo lo que no podía colocarse con la caballería, mucho más valiosa, se colocaba como soldados de a pie; estos soldados de a pie eran, por tanto, un mero auxiliar, y la caballería, si su número hubiera de determinarse únicamente en función de su valor interno, nunca habría podido ser demasiado fuerte. Así se comprende cómo, a pesar de su importancia constantemente disminuida, la caballería puede tener todavía suficiente importancia para mantenerse en el punto de proporción numérica que hasta ahora ha mantenido tan constantemente.

En efecto, es notable que, al menos desde la guerra de Sucesión austriaca, la proporción entre caballería e infantería no haya variado en absoluto, y haya oscilado siempre entre cuatro, cinco y seis; esto parece indicar que la necesidad natural se satisface justamente en esta proporción, y que se manifiestan así aquellas tallas que no pueden determinarse directamente. Dudamos, sin embargo, que esto sea así, y encontramos que las otras causas de una caballería numerosa son evidentes en los casos más notables.

Rusia y Austria son estados que se han señalado porque aún conservan fragmentos de instituciones tártaras en su confederación. Bonaparte nunca pudo ser lo suficientemente fuerte para sus propósitos; ahora que había utilizado la conscripción tanto como era posible, lo único que le quedaba por hacer era fortalecer su ejército aumentando las armas auxiliares, que se basan más en el dinero que en el consumo humano. Además, no se puede negar que, en vista de la inmensa extensión de sus campañas militares, la caballería debió de tener un valor mayor que en los casos ordinarios.

Se sabía que Federico el Grande estaba muy ansioso por cada recluta que pudiera prescindir de su país; era su principal industria mantener su ejército fuerte tanto como fuera posible a expensas de los países extranjeros. Que tenía todas las razones para hacerlo queda claro cuando se considera que Prusia y las provincias de Westfalia de la pequeña masa del país seguían retiradas de él.

La caballería, además de requerir menos hombres en general, era también mucho más fácil de complementar con la publicidad; a esto se añadía su sistema de guerra, que estaba completamente basado en la superioridad en movimiento, y así sucedió que su caballería, mientras su infantería disminuía, continuó aumentando hasta el final de la Guerra de los Siete Años; pero incluso al final de esa guerra ascendía a apenas más de una cuarta parte de la infantería en el campo.

191

En la época que acabamos de mencionar, no faltaron ejemplos de ejércitos con una caballería inusualmente débil y que, aun así, consiguieron la victoria. El más notable es la batalla de Groß-Görschen. Bonaparte tenía, si nos fijamos sólo en las divisiones que tomaron parte en la batalla, 100.000 hombres, con 5.000 hombres de caballería y 9.000 hombres de infantería: los aliados 7.000 hombres, con 25.000 hombres de caballería y 40.000 hombres de infantería. Por tanto, Bonaparte sólo tenía 50.000 soldados de infantería más por los 20.000

de caballería que había perdido, pero debería haber tenido 100.000. Si ganó la batalla con esta preponderancia de soldados de infantería, cabe preguntarse si hubiera podido perderla en caso de que la proporción hubiera sido de 140.000 a 40.000 hombres. Hay que admitir que el gran beneficio de nuestra superioridad en caballería se hizo evidente inmediatamente después de la batalla, ya que Bonaparte no cosechó casi ningún trofeo de la victoria. Así pues, ganar la batalla no lo es todo, pero ¿no sigue siendo siempre lo principal?

Al hacer tales observaciones, nos cuesta creer que la relación en que se han colocado y mantenido la caballería y la infantería durante los últimos 80 años sea la natural resultante meramente de su valor absoluto; somos más bien de la opinión de que, tras cierta oscilación, la relación de estas dos armas cambiará aún más en el sentido anterior y que el número constante de caballería al final se reducirá considerablemente.

En cuanto a la artillería, el número de cañones ha aumentado naturalmente desde su invención y con su aligeramiento y perfeccionamiento; sin embargo, desde Federico el Grande, también ellos se han mantenido más o menos en la misma proporción de 2 a 3 cañones por 1.000 hombres, bien comprendida al comienzo de la campaña, pues en el curso de ella, la artillería no disminuye tanto como la infantería; por lo tanto, al final de la campaña, la proporción es notablemente más fuerte y puede suponerse que es de 3, 4 a 5 cañones por 1.000 hombres. Si esta proporción es la natural, o si el aumento del número de cañones puede continuar sin ir en detrimento de toda la guerra, debe dejarse a la experiencia. Resumamos ahora el resultado principal de toda nuestra reflexión:

1. que la infantería es el arma principal a la que se asignan las otras dos.
- (2) Que mediante un mayor gasto de arte y actividad en la conducción de la guerra se puede suplir hasta cierto punto la carencia de ambos, siempre que para ello se cuente con soldados de infantería tanto más fuertes, y que cuanto mejores sean estos soldados de infantería, antes se podrá hacer esto.
3. que es más difícil prescindir de la artillería que de la caballería, porque es el principal principio de destrucción y su combate está más fundido con el de la infantería.
4. que, en general, dado que la artillería es el arma más fuerte en el acto de destrucción, y la caballería la más débil, siempre hay que preguntarse: ¿cuánta artillería se puede tener sin desventaja, y con cuán poca caballería se puede arreglar?

5.5 CAPÍTULO QUINTO: ORDEN DE BATALLA DEL EJÉRCITO

El orden de batalla es la división y composición de las armas en miembros individuales del conjunto y la forma de su despliegue que debe permanecer como norma durante toda la campaña o guerra.

Consta, por así decirlo, de un elemento aritmético y otro geométrico, la *división* y la *formación*. La primera parte de la organización fija del ejército en tiempos de paz, asume ciertas partes como batallones, escuadrones, regimientos y baterías como unidades y forma a partir de ellas los miembros más grandes hasta el conjunto según las necesidades de las circunstancias imperantes. De este modo, la formación se basa en la táctica elemental que se ha enseñado y practicado al ejército en la paz, y que debe considerarse como una característica del ejército que ya no puede modificarse sustancialmente en el momento de la guerra; vincula a ésta las condiciones que exige el empleo de las tropas en la guerra y a gran escala, y determina así, en general, la norma según la cual debe formarse el ejército para la batalla.

Así ha sido siempre que grandes ejércitos han entrado en combate, e incluso ha habido momentos en que esta forma se consideraba la pieza más esencial de la batalla.

Cuando, en los siglos XVII y XVIII, el entrenamiento del fusil de fuego hizo que la infantería se multiplicara hasta tal punto y se dispersara en líneas tan largas y delgadas, el orden de batalla se hizo más simple, pero al mismo tiempo más difícil y artificial de ejecutar, y como ahora no se sabía hacer otra cosa con la caballería que distribuirla en las alas, donde no había que disparar y donde había sitio para cabalgar, el orden de batalla hacía del ejército cada vez un todo cerrado e indivisible. Si se cortaba un ejército así en dos por la mitad, era como una lombriz cortada: las alas seguían teniendo vida y movilidad, pero habían perdido sus funciones naturales. La fuerza estaba, pues, bajo una especie de hechizo de unidad, y era necesario un poco de organización y desorganización cada vez que había que preparar partes de ella por separado. Las marchas que el conjunto debía realizar eran una condición en la que se encontraba, por así decirlo, fuera de la ley. Si el enemigo estaba cerca, había que organizarlas con la mayor artificialidad, de modo que una reunión o ala se mantuviera siempre a una distancia tolerable de la otra, por colinas y valles; había que robar constantemente al enemigo, y sólo había una cosa que permitía cometer impunemente este robo constante, y era que el enemigo estaba bajo este mismo hechizo.

Cuando, por tanto, en la última mitad del siglo XVIII, surgió la idea de que la caballería podía igualmente proteger las alas. Cuando, por tanto, en la última mitad del siglo XVIII, surgió la idea de que la caballería podía proteger igual de bien las alas si se situaba detrás del ejército que en su extensión, y que, además, podía emplearse para muchos otros fines que para batirse en duelo con el enemigo solo, se había dado un gran paso adelante, porque el ejército en su extensión principal, que es siempre la anchura de su formación, constaba ahora de todos los miembros homogéneos, de modo que podía dividirse en cualquier número de piezas y obtener todas las piezas que fueran similares entre sí y al conjunto. De este modo dejaba de ser una sola pieza y se convertía en un todo muy dividido y, en consecuencia, flexible y flexible. Las partes podían separarse del todo sin dificultad y luego volver a unirse a él; el orden de batalla seguía siendo siempre el mismo. - Así es como surgieron los cuerpos de todas las armas, es decir, así es como se hicieron posibles, ya que su necesidad se había sentido probablemente mucho antes.

Que todo esto proceda de la batalla es muy natural. Por lo demás, la batalla era toda la guerra y seguirá siendo siempre la parte principal de ella; además, el orden de la batalla

pertenece más a la táctica que a la estrategia, y sólo hemos querido mostrar con esta derivación cómo la táctica ha preparado ya el camino a la estrategia mediante la ordenación del todo en un todo más pequeño.

Cuanto más grandes se hacían los ejércitos, cuanto más se distribuían en una amplia zona, cuanto más variada era la eficacia de las partes individuales entrelazadas, más espacio ganaba la estrategia, y así el orden de batalla en el sentido de nuestra definición tuvo que entrar en una especie de interacción con la estrategia, que se manifiesta principalmente en los puntos finales donde la táctica y la estrategia se tocan, es decir, en los momentos en que la distribución general de las fuerzas armadas pasa a las disposiciones especiales de la batalla.

Pasemos ahora a los tres puntos de *división, vinculación de armas y despliegue desde el punto de vista* estratégico.

Clasificación.

Estratégicamente, nunca hay que preguntarse cuán fuerte debe ser una división o un cuerpo, sino cuántos cuerpos o divisiones debe tener un ejército. No hay nada más incómodo que un ejército dividido en tres partes, a menos que se dividiera en sólo dos, en cuyo caso el comandante en jefe debe ser casi neutralizado.

Determinar la fuerza de los cuerpos grandes y pequeños, ya sea por razones de táctica elemental o superior, deja un campo increíblemente amplio a la arbitrariedad, y el cielo sabe qué *résonnements* han jugado ya con esta latitud. Por otra parte, la necesidad de un cierto número de partes para un conjunto independiente es tan clara como definitiva, y esta idea da, por tanto, a las divisiones mayores verdaderas razones estratégicas para determinar su número y, en consecuencia, su fuerza, mientras que las menores, como compañías, batallones, etc., se dejan a la táctica.

El conjunto aislado más pequeño difícilmente puede concebirse sin distinguir tres partes de él, de modo que una parte pueda actuar hacia delante y otra hacia atrás; que cuatro son aún más convenientes es ya evidente cuando se considera que la parte central, como fuerza principal, debe ser sin embargo más fuerte que cualquiera de las otras dos; Así podemos proceder a ocho, que nos parece el número más adecuado para un ejército, si asumimos como una necesidad constante una parte a la vanguardia, tres con la fuerza principal, a saber, como ala derecha, centro y ala izquierda, dos a la retaguardia, una a la derecha y una a la izquierda. Sin conceder pedantemente gran importancia a estos números y cifras, creemos, sin embargo, que expresan la formación estratégica recurrente más común y, por lo tanto, constituyen una división conveniente.

194

Es cierto que parece facilitar enormemente el mando de un ejército (y el mando de cualquier conjunto) no mandar a más de tres o cuatro hombres, pero esta comodidad la paga muy cara el comandante por partida doble. En primer lugar, cuanto más larga es la escala por la que tiene que descender, como es el caso cuando los comandantes de cuerpo de ejército se encuentran entre él y los comandantes de división, más pierde del afán, poder y precisión de mando; en segundo lugar, cuanto mayores son las esferas de acción de sus subordinados inmediatos, más pierde de su poder y eficacia reales. Un comandante que manda a más de 100.000 hombres por medio de 8 divisiones ejerce un poder intensamente mayor que si estos 100.000 hombres estuvieran divididos en sólo tres divisiones. Hay varias razones para ello, pero la más importante es que un comandante cree que tiene una especie de derecho de propiedad sobre todas las partes de su cuerpo y se resiste casi siempre que se le quiere arrebatar una parte del mismo por un período más o menos largo. Unas pocas experiencias de guerra dejarán esto claro a todo el mundo.

Por otra parte, no se debe permitir que el número de partes sea demasiado grande si no se quiere que el resultado sea el desorden. Ya es difícil dirigir ocho partes desde el cuartel general de un ejército, y no se puede permitir que el número sea superior a diez. Sin embargo, en el caso de una división, donde los medios para poner en práctica las órdenes son mucho más reducidos, los números normales más pequeños de cuatro, o a lo sumo cinco, deben considerarse más adecuados.

Si estos factores de cinco y diez no fueran suficientes, es decir, si las brigadas fueran demasiado fuertes, habría que insertar comandos de cuerpo; pero hay que tener en cuenta que esto daría lugar a una nueva *potencia* que reduciría mucho todos los demás factores a la vez.

Pero, ¿qué es una brigada demasiado fuerte? La costumbre es hacerla entre 2 y 5000 hombres; y dos razones parecen proteger hasta cierto punto este último límite; la primera, que se piensa en una brigada como un destacamento que puede ser dirigido por un hombre directamente, es decir, por el alcance de su voz; la segunda, que no se quiere dejar una masa mayor de infantería sin artillería, y por esta primera conexión de armas de por sí se obtiene un destacamento especial.

No queremos perdernos en estas argucias tácticas, ni queremos entrar en las cuestiones de cuándo y en qué proporciones debe tener lugar la combinación de las tres armas, ya sea en divisiones de 8 a 12.000 hombres o en cuerpos de 20 a 30.000. Sólo la afirmación de que sólo esta conexión constituye la *independencia de una división*, y que por lo tanto para aquellos que están destinados a encontrarse frecuentemente aislados en la guerra, es al menos muy deseable, no será negada por los más resueltos opositores a esta conexión.

Un ejército de 200.000 hombres en diez divisiones, las divisiones divididas en cinco brigadas, les dejaría 4000 fuertes. No vemos aquí ninguna desproporción. Por supuesto, también se puede dividir este ejército en cinco cuerpos, los cuerpos en cuatro divisiones, la división en cuatro brigadas, lo que lo dejaría con 2500 hombres de fuerza; pero la primera división, vista en abstracto, nos parece más excelente, pues además de que se tiene un nivel más de orden en la otra, cinco miembros son demasiado pocos para un ejército; es por tanto torpe, cuatro para un cuerpo lo son de nuevo, y 2500 hombres es una brigada débil, de la que se tienen 80 de esta manera, en lugar de que la primera división dé sólo 50, siendo por tanto más simple. Se renuncia a todas estas ventajas sólo para dar órdenes a la mitad de generales. Que la división de cuerpos es aún más inapropiada en ejércitos más pequeños es evidente.

195

Esta es la visión abstracta del asunto. El caso individual puede tener razones para decidir lo contrario. Debe admitirse que si 8 ó 10 divisiones pueden unirse y gobernarse en la llanura, esto puede ser imposible en extensas posiciones montañosas. Un gran torrente que corta el ejército por la mitad hace indispensable un comandante sobre una mitad; en fin, hay un centenar de circunstancias locales e individuales de lo más decisivas a las que las reglas abstractas deben ceder.

Pero la experiencia demuestra que estas razones abstractas son las que se utilizan con más frecuencia y rara vez son sustituidas por ellas de lo que cabría pensar.

Nos tomaremos la libertad de aclarar el alcance de esta consideración con un simple esquema, y para ello colocaremos los distintos puntos centrales uno al lado del otro.

Por *miembros de un todo* entendemos sólo los que da la *primera* división, es decir, los *inmediatos*, decimos:

1. si un conjunto tiene muy pocos miembros, se vuelve rígido.

Si los miembros de un conjunto son demasiado numerosos, se debilita el poder de la voluntad suprema.

3. con cada nueva sucesión de etapas del mando, el poder del mismo se debilita de otras dos maneras, primero por la pérdida que supone en la nueva transición, segundo por el mayor tiempo que tarda el mando.

Todo esto conduce a hacer que el número de miembros que coexisten sea lo más grande posible y la serie de pasos lo más pequeña posible, y el único obstáculo para ello es que no se puede gobernar cómodamente a más de 8 a 10 miembros en los ejércitos y a más de 4 a 6 en las divisiones más pequeñas.

Uniando las armas.

Para la estrategia, la conexión de las armas en el orden de batalla sólo es importante para aquellas partes que, en el orden ordinario de las cosas, suelen llegar a una formación separada, donde pueden verse obligadas a librar una batalla independiente. Ahora bien, está en la naturaleza de las cosas que los miembros del *primer orden*, y principalmente *sólo éstos, estén destinados a una formación separada*, porque, como veremos en otra ocasión, las formaciones separadas suelen proceder del concepto y las necesidades de un todo.

Por lo tanto, en sentido estricto, la estrategia exigiría el enlace permanente de las armas sólo para los cuerpos o, en su defecto, para las divisiones, y permitiría el enlace instantáneo de los miembros de un orden inferior en función de las necesidades.

Pero uno puede ver que los cuerpos, cuando llegan a ser considerables, es decir, de 30 a 40.000 hombres, rara vez se encontrarán en el caso de una formación no dividida. Con cuerpos tan fuertes, por lo tanto, es necesario enlazar las armas en las divisiones. Quien piense que el retraso que supone desplegar apresuradamente la infantería desde otro punto, tal vez bastante distante, no es nada, por no hablar de la confusión que conlleva, tendría que carecer de toda experiencia bélica.

196

La conexión más precisa de las tres armas, hasta dónde llegan, con qué intimidad se llevan a cabo, qué proporciones se observan, qué reserva de cada una debe dejarse... todo ello son cuestiones puramente tácticas.

La alineación.

La determinación de las relaciones espaciales en las que deben disponerse las partes de un ejército en el orden de batalla es igualmente enteramente táctica y se refiere únicamente a la batalla. Existe, por supuesto, una formación estratégica, pero depende casi por completo de las condiciones y necesidades del momento, y lo que hay de racional en ella no reside en el significado que tiene la palabra orden de batalla; por lo tanto, la daremos en otro lugar bajo el título de formación del ejército.

El orden de batalla del ejército es, por tanto, la división y formación del mismo en *una masa ordenada para la elección de la batalla*. Las partes están dispuestas de tal modo que las exigencias tácticas y estratégicas del momento pueden satisfacerse fácilmente utilizando partes individuales extraídas de esta masa. Cuando cesa la necesidad del momento, las partes ocupan su lugar, y así el orden de batalla se convierte en la primera etapa y base principal de ese sano metodismo que regula el trabajo en la guerra como la oscilación de un péndulo, y del que ya hemos hablado en el cuarto capítulo del segundo libro.

5.6 CAPÍTULO SEXTO: FORMACIÓN GENERAL DEL EJÉRCITO

Desde el momento de la primera reunión de las fuerzas hasta el de la decisión madura, cuando la estrategia ha conducido al ejército al punto decisivo, cuando la táctica ha asignado a cada parte individual su lugar y su papel, hay en la mayoría de los casos un gran intervalo; del mismo modo, de una catástrofe decisiva a otra.

En el pasado, estos intersticios no formaban parte de la guerra en absoluto, por así decirlo. No hay más que ver cómo acampó Luxemburgo y cómo marchó. Recordamos a este comandante porque es famoso por sus campamentos y marchas, por lo que se le puede considerar el representante de su tiempo, y sabemos más de él por la *Histoire de la Flandre militaire* que por otros comandantes de la época.

El campamento se tomaba regularmente con la espalda cerca de un río o de un pantano o de un profundo valle cortado, como ahora se consideraría una locura. La dirección en que se encontraba el enemigo determinaba tan poco el frente que son muy frecuentes los casos en que la espalda se volvía hacia el enemigo y el frente hacia el propio país. Este procedimiento, ahora inaudito, sólo puede entenderse si se considera la comodidad como la principal, casi la única consideración en la elección del campamento, es decir, la condición en el campamento como una condición aparte del acto de guerra, entre bastidores, por así decirlo, donde uno no se siente avergonzado. El hecho de estar siempre de espaldas a un obstáculo debe considerarse como la única medida de seguridad adoptada, ciertamente en el sentido de la guerra de la época; pues esta medida no se ajustaba en absoluto a la posibilidad de verse obligado a entrar en combate en un campamento de este tipo. Esto, sin embargo, no era de temer, porque los enfrentamientos se basaban casi en una especie de acuerdo mutuo, como un duelo, en el que se acude a una cita cómoda. Como los ejércitos no podían combatir en todas las regiones, en parte a causa de la numerosa caballería, que en la noche de su esplendor, sobre todo entre los franceses, se consideraba todavía como el arma principal, y en parte a causa de su insolidario orden de batalla, uno se encontraba en una región intersectada casi como bajo la protección de un territorio neutral, y como se podía hacer poco uso de las partes intersectadas de la propia región, se prefería ir al encuentro del enemigo que avanzaba para la batalla. Bien sabemos que las mismas batallas de Luxemburgo de Fleurus, Steenkerke y Neerwinden responden a un espíritu diferente; pero este espíritu rompió con el método anterior justo entonces bajo este gran comandante, y aún no había vuelto al método del porte. Porque los cambios en el arte de la guerra proceden siempre de las acciones decisivas, y por éstas se modifican gradualmente las demás. La expresión: *il va à la guerre*, que era habitual para el partisan que salía a observar al enemigo, demuestra hasta qué punto se consideraba que el estado del campamento era el estado real de la guerra.

197

No era muy diferente con las marchas, en las que la artillería se separaba completamente del ejército para seguir caminos más seguros y mejores, y las alas de la caballería solían cambiar de lugar, de modo que el honor del ala derecha les correspondía por turno.

Ahora, es decir, principalmente desde las Guerras de Silesia, la condición fuera de la batalla se ha entretelado tanto con las relaciones de la batalla que interactúan de la manera más íntima, de modo que una ya no puede concebirse plenamente sin la otra. Mientras que de otro modo en la batalla la batalla era el arma propiamente dicha y la condición fuera de la batalla sólo la empuñadura, ésta la hoja de acero, aquélla el mango de madera encalada, el conjunto compuesto así de partes heterogéneas, ahora la batalla debe considerarse como el filo, la condición fuera de la batalla como el dorso del arma, el conjunto como un metal bien soldado en el que ya no es posible distinguir dónde empieza el acero y dónde acaba el hierro.

Esta existencia en la guerra, al margen del combate, viene ahora determinada en parte por las instalaciones y reglamentos del ejército, que ha traído consigo de la paz, y en parte por las órdenes tácticas y estratégicas del momento. Los tres estados en que pueden encontrarse las fuerzas armadas son cuartel, marcha y campamento. Los tres pertenecen tanto a la táctica como a la estrategia, y los dos, que aquí colindan de forma diversa, a menudo parecen entrelazarse, o de hecho se entrelazan, de modo que algunas órdenes pueden considerarse tácticas y estratégicas al mismo tiempo.

Hablaremos de estas tres formas de existencia aparte de la batalla en general, antes de que se les atribuya ningún propósito especial; pero por esta razón debemos considerar primero la formación general de las fuerzas armadas, porque ésta es una disposición superior y más completa para los campamentos, cuarteles y marchas.

Si consideramos la formación de las fuerzas armadas en general, es decir, sin propósitos especiales, sólo podemos pensar en ellas como una unidad, es decir, sólo *como un todo destinado a golpear conjuntamente*, pues toda desviación de esta forma más simple presupondría ya un propósito especial. Así surge el concepto de ejército, por pequeño o grande que sea.

198

Además, cuando aún faltan todos los fines especiales, el único fin que surge es la *preservación*, y en consecuencia también la *seguridad*, del ejército. Que el ejército exista sin desventajas especiales y que pueda unirse sin desventajas especiales son, por tanto, las dos condiciones. A partir de ellas, surgen las siguientes consideraciones en aplicación más estrecha a los objetos relativos a la existencia y seguridad del ejército:

1. la facilidad de restauración.
2. la facilidad para alojar a las tropas.
3. una espalda segura.
4. una franja de terreno libre delante de ti.
5. la propia posición en un corte.
6. puntos de referencia estratégicos.
7. división intencionada.

A continuación explicamos cada uno de estos puntos. Los dos primeros hacen que uno busque campos cultivados y grandes ciudades y carreteras. Optan más por lo general que por lo particular.

Lo que entendemos por cresta asegurada queda claro en el capítulo sobre líneas de comunicación. Lo siguiente y más importante es la alineación perpendicular a la dirección de la línea principal de retirada en las proximidades de la alineación.

En cuanto al cuarto punto, es cierto que un ejército no puede pasar por alto una franja de terreno como pasa por alto su frente en la formación táctica para la batalla. Pero los ojos estratégicos son la vanguardia, las tropas de vanguardia, los espías, etc., y a éstos, naturalmente, les resulta más fácil observar en una franja de terreno abierta que en una que ha sido cortada. El quinto punto es el reverso del cuarto.

Los puntos de contacto estratégicos se diferencian de los tácticos por dos características; a saber, que no tienen por qué tocar directamente al ejército, y que deben tener una extensión mucho mayor desde el otro lado. La razón de ello es que, por la naturaleza de las cosas, la estrategia se mueve generalmente en relaciones de espacio y tiempo mayores que la táctica. Por lo tanto, si un ejército se posiciona a la distancia de una milla de la costa o de las orillas de un arroyo muy considerable, se apoya estratégicamente en estos objetos, pues el enemigo no podrá utilizar este espacio para una evasión estratégica. No entrará en este espacio durante días y semanas, y millas y millas. Por otra parte, para la estrategia, un lago de unas pocas millas de circunferencia difícilmente puede considerarse un obstáculo; en sus modos de

acción, unas pocas millas a la derecha o a la izquierda rara vez importan. Las fortalezas se convierten en una base estratégica en la medida en que son más grandes y tienen una esfera de acción más amplia para sus empresas ofensivas.

199

La formación dividida del ejército se basa o bien en fines y necesidades especiales, o bien en fines generales, aquí sólo podemos hablar de estos últimos.

La primera necesidad general es el avance de la vanguardia con otras tropas necesarias para la observación del enemigo.

La segunda es que, en el caso de ejércitos muy grandes, las reservas suelen replegarse también varios kilómetros, lo que da lugar a una formación dividida.

Por último, la cobertura de las dos alas del ejército suele requerir cuerpos especialmente desplegados.

Por esta cobertura no debe entenderse que una parte del ejército se tome para defender el espacio de su ala, de modo que este supuesto punto débil se vuelva inaccesible para el enemigo; ¿quién defendería entonces el ala del ala? Este modo de presentación, tan mezquino, es un completo disparate. Las alas en sí mismas no son partes débiles de un ejército, por la razón de que el enemigo también tiene alas y no puede poner las nuestras en peligro sin exponer las suyas al mismo peligro. Sólo cuando las circunstancias se vuelven desiguales, cuando el ejército enemigo es superior al nuestro, cuando las conexiones del enemigo son más fuertes que las nuestras (ver línea de comunicación), sólo entonces las alas se convierten en partes más débiles; pero no estamos hablando aquí de estos casos especiales, por lo tanto tampoco del caso en que un cuerpo de alas en conjunción con otras combinaciones está destinado a defender realmente el espacio de nuestra ala, porque eso ya no pertenece a la clase de disposiciones generales.

Pero aunque las alas no sean partes particularmente *débiles*, son sin embargo especialmente *importantes*, porque aquí, a causa de las evasiones, la resistencia ya no es tan fácil como en el frente, las medidas se complican y requieren más tiempo y preparación. Por esta razón, en la generalidad de los casos, siempre es necesario proteger las alas especialmente de las empresas imprevistas del enemigo, y esto se hace cuando se colocan en las alas masas más fuertes de lo que sería necesario para la mera observación. Desplazar estas masas, aunque no ofrezcan ninguna resistencia seria, requiere tanto más tiempo cuanto mayor sea el desarrollo de las fuerzas e intenciones del enemigo; y así se alcanza el propósito: lo que haya que hacer más allá está relacionado con los planes particulares del momento. Los cuerpos de las alas pueden considerarse, por tanto, como guardias laterales que retrasan el avance del enemigo hacia el espacio situado más allá de nuestras alas, y nos dan tiempo para realizar establecimientos de gcgen.

Si estos cuerpos han de retirarse hacia el ejército principal, y éste no ha de hacer al mismo tiempo un movimiento retrógrado, se deduce por sí mismo que no deben situarse en la misma línea que aquél, sino que deben adelantarse un poco, porque una retirada, incluso cuando se inicia sin entrar en un enfrentamiento serio, no debe caer del todo del lado de la formación.

Así, por estas razones internas, surge un sistema natural de cuatro o cinco partes separadas para una alineación dividida, dependiendo de si el reserva permanece con la parte principal o no.

200

Al igual que la alimentación y el alojamiento de las tropas son factores decisivos en la formación, estos dos elementos también contribuyen a la formación dividida. La consideración de ambos coincide con las razones desarrolladas anteriormente; se busca satisfacer a uno sin dar demasiado al otro. En la mayoría de los casos, la división en cinco cuerpos separados ya habrá resuelto las dificultades de alojamiento y alimentación, y esta consideración no requerirá grandes cambios.

Ahora debemos echar un vistazo a las distancias que pueden darse a estos grupos separados si la intención es apoyarse mutuamente, es decir, golpear juntos. Recordamos aquí lo que se dijo en los capítulos sobre la duración y la decisión de la batalla, según los cuales no se puede dar una determinación absoluta, porque la fuerza absoluta y relativa, las armas y el área tienen una influencia muy grande, pero sólo la más general, como si fuera una suma media.

La distancia de la vanguardia es la más fácil de determinar; como se encuentra con el ejército en su retirada, su distancia puede ser como máximo de un día de marcha, sin que se vea obligada a una batalla separada. Pero no se les hará avanzar más de lo que exija la seguridad del ejército, porque cuanto más tengan que retroceder, más sufrirán.

Por lo que se refiere a los cuerpos laterales, como ya hemos dicho, el combate de una división ordinaria de 8 a 10.000 hombres dura siempre varias horas, incluso hasta medio día, antes de decidirse; por lo tanto, no se duda en situar una división de este tipo a pocas horas, es decir, a 1 ó 2 millas de uno mismo, y por las mismas razones los cuerpos de 3 a 4 divisiones pueden situarse fácilmente a un día de marcha, es decir, a 3 ó 4 millas.

Así, de esta formación general de la fuerza principal en cuatro o cinco partes, que se basa en la naturaleza del asunto, y a las distancias dadas, surgirá un cierto metodismo, que distribuirá el ejército mecánicamente, mientras no intervengan más decisivamente propósitos especiales.

Pero aunque presupongamos que cada una de estas partes separadas es capaz de una batalla por derecho propio, y que puede llegar a la necesidad de tal batalla, de esto no se deduce en absoluto que la *intención real de la formación separada* sea luchar por separado; la necesidad de esta formación separada es en su mayor parte sólo una condición de existencia que se forma con el tiempo. Cuando el enemigo se acerca para decidir mediante un enfrentamiento general, la duración estratégica se acaba, todo se desvanece en el único momento de la batalla, y con ello terminan y desaparecen los propósitos de la formación dividida. Cuando se abre la batalla, la consideración de los cuarteles y las raciones cesa; la observación del enemigo en el frente y en los flancos y la reducción de su rápido poder mediante una contrapresión moderada se ha cumplido, y todo gira ahora hacia la gran unidad de la batalla principal. Si esto es así, si se ha pensado en la distribución sólo como la condición, como el mal necesario, pero si se ha pensado en el ataque unido como el propósito de la formación, es el mejor criterio de su valor.

5.7 CAPÍTULO SIETE: VANGUARDIA Y AVANZADILLA

Estos dos objetos pertenecen a aquellos en los que los hilos táctico y estratégico corren juntos. Por una parte, deben contarse entre las disposiciones que dan forma a la batalla y aseguran la ejecución de los designios tácticos; por otra parte, con frecuencia provocan combates independientes y, por estar más o menos alejados del cuerpo principal, deben considerarse como eslabones de la cadena estratégica, y es precisamente este posicionamiento el que nos lleva a detenernos un momento en ellos como complemento del capítulo anterior.

Toda tropa que no esté completamente preparada para la batalla necesita una vanguardia para enterarse de la aproximación del enemigo e investigar antes de verlo ella misma, pues el campo de visión no se extiende, por regla general, mucho más allá que el radio de acción de las armas. Pero, ¿qué sería de un hombre cuyos ojos no llegaran más lejos que sus brazos? Los puestos avanzados son los ojos del ejército, ya se ha dicho antes. Pero la necesidad no es siempre la misma, tiene sus grados. La fuerza y la extensión, el tiempo, el lugar, las circunstancias, el tipo de guerra, incluso el azar influyen en ella, y así no podemos sorprendernos si el uso de la vanguardia y la avanzada en la historia de la guerra aparece no en esquemas definidos y simples, sino en una especie de desorden de los casos más múltiples.

A veces vemos que la seguridad del ejército se confía a un cuerpo particular de la vanguardia, a veces a una larga línea de puestos avanzados individuales; a veces se encuentran los dos juntos, a veces no se menciona ni a uno ni a otro; a veces la vanguardia es común a las columnas que avanzan, a veces cada una tiene la suya propia. Intentemos imaginar el tema con claridad y veamos después si puede reducirse a unos pocos principios para su aplicación.

Si las tropas están en movimiento, un grupo más o menos fuerte forma su vanguardia, a saber, la vanguardia, que, si el movimiento tiene lugar hacia atrás, se convierte en la guardia de arriería. Si las tropas están en cuarteles o campamentos, una línea extendida de puestos débiles forma su vanguardia, *los puestos avanzados*. La naturaleza de las cosas hace que se pueda y se deba cubrir un área mayor cuando se está parado que cuando se está en movimiento, de modo que en un caso surge por sí solo el concepto de línea de puestos, y en el otro el de cuerpo unido.

Tanto la vanguardia como los puestos avanzados tienen sus grados de fuerza interna, desde un cuerpo considerable compuesto por todas las armas hasta un regimiento de húsares, y desde una línea de defensa fuerte y atrincherada compuesta por todas las armas hasta simples centinelas y piquetes enviados desde el campamento. Los efectos de una avanzadilla de este tipo pasan así de la mera observación a la resistencia, y esta resistencia no sólo puede dar al cuerpo el tiempo que necesita para prepararse para la batalla, sino también adelantar las medidas e intenciones del enemigo y, en consecuencia, aumentar considerablemente la observación.

Por consiguiente, cuanto más o menos tiempo lleve una fuerza, cuanto más o menos haya que calcular su resistencia en función de las órdenes particulares del enemigo y disponerla en consecuencia, tanto más necesitará una vanguardia más fuerte y puestos avanzados más sólidos.

Federico el Grande, que puede considerarse el más aguerrido de todos los comandantes, y que conducía a su ejército a la batalla casi con la mera palabra de mando, no tenía necesidad de fuertes puestos avanzados. Por lo tanto, lo vemos siempre acampado cerca de los ojos del enemigo y proporcionando su seguridad sin ningún gran aparato, aquí por un regimiento de húsares, allí por un batallón libre, o por guardias de campo y piquetes dados desde el campamento. Durante las marchas, algunos miles de caballos, en su mayoría pertenecientes

a la caballería alada del primer encuentro, formaban la vanguardia, que se reincorporaba al ejército al final de la marcha. El caso de un cuerpo permanente de vanguardia es raro.

Cuando un pequeño ejército quiere actuar siempre con el peso de toda su masa y con gran rapidez, para hacer valer su mayor formación y su liderazgo más decidido, entonces, como con Federico el Grande contra Daun, casi todo debe hacerse sous la barbe de l'ennemi. Un despliegue comedido, un engorroso sistema de avanzadilla harían bastante ineficaz su superioridad. El hecho de que los errores y la exageración puedan conducir una vez a la batalla de Hochkirch no prueba nada en contra del procedimiento; más bien hay que reconocer el dominio del rey, precisamente porque sólo hay una batalla de Hochkirch en todas las guerras de Silesia.

Bonaparte, sin embargo, a quien ciertamente no le faltaba un ejército con tacto ni determinación, lo vemos avanzar casi en todas partes con una fuerte vanguardia. Había dos razones para ello.

El primero es el cambio de táctica. Ya no se conduce al ejército a la batalla como un simple todo con la mera palabra de mando, para resolver el asunto con más o menos habilidad y valentía, como en un gran duelo, sino que se adaptan más las fuerzas a las peculiaridades del terreno y de las circunstancias, se hace del orden de batalla y, en consecuencia, de la batalla un todo plurimembre, de lo que resulta que la simple decisión se convierte en un plan compuesto y la palabra de mando en una disposición más o menos larga. A esto pertenecen el tiempo y los datos.

La segunda causa radica en el gran tamaño de los ejércitos más recientes. Federico llevó a la batalla de 30 a 40.000 hombres, Bonaparte de 1 a 200.000.

Hemos elegido estos dos ejemplos porque cabe suponer que tales comandantes no habrían adoptado un planteamiento minucioso sin motivo. En general, el uso de la vanguardia y de los puestos avanzados se ha desarrollado más en épocas más recientes: pero que no todos en las Guerras de Silesia procedieron como Federico el Grande, lo vemos en los austriacos, que tenían un sistema de puestos avanzados mucho más fuerte y avanzaban con mucha más frecuencia un cuerpo de vanguardia, a lo que estaban suficientemente inducidos por su situación y circunstancias. Del mismo modo, en las guerras más recientes hay bastantes diferencias. Incluso los mariscales franceses, Macdonald en Silesia, Oudinot y Ney en la Marca, avanzan con ejércitos de 60 a 70000 hombres, sin que leamos un cuerpo de vanguardia.

-

Hasta ahora hemos hablado de vanguardias y retaguardias según sus grados de fuerza, pero hay otra diferencia sobre la que debemos ponernos de acuerdo. Pues un ejército, si avanza o retrocede en una cierta amplitud, puede tener una vanguardia y una retaguardia comunes para todas las columnas adyacentes o una especial para cada columna. Para llegar a ideas claras aquí, debemos pensar en el asunto de la siguiente manera.

203

Básicamente, la vanguardia, si existe un cuerpo que lleve este nombre en particular, sólo está destinada a la seguridad de la fuerza principal que avanza por el centro. Si la fuerza principal avanza por varias carreteras próximas entre sí, que pueden ser fácilmente tomadas y, por tanto, cubiertas por estos cuerpos de vanguardia, las columnas laterales no necesitan, naturalmente, ninguna cobertura especial.

Sin embargo, los cuerpos que avanzan a distancias mayores que las de los cuerpos verdaderamente separados deben prever su propia avanzadilla. También caerán en el mismo caso aquellos cuerpos de la fuerza principal que se encuentren en el centro y que, según la posición fortuita de las carreteras, estén demasiado alejados del centro. Habrá, pues, tantas vanguardias como masas separadas en las que el ejército avance codo con codo; si cada una es mucho más débil de lo que sería una común, retrocederá más en las filas de las otras

formaciones tácticas, y en el cuadro estratégico la vanguardia estará totalmente ausente. Si, por el contrario, la masa principal del centro tiene por vanguardia un cuerpo mucho más numeroso, éste aparecerá como la vanguardia del conjunto, y en muchos aspectos así será.

Pero, ¿cuál puede ser la razón para dar al centro una vanguardia mucho más fuerte que a las alas? Las tres razones siguientes:

1. Porque suele haber una masa de tropas más fuerte en el centro.
- (2) Porque es evidente que del área de terreno que ocupa un ejército en su amplitud, el centro como tal sigue siendo siempre la parte más importante, ya que todos los designios se relacionan más con él, y por lo tanto el campo de batalla suele estar más cerca de él que de las alas.
- 3) Porque un cuerpo avanzado en el centro, aunque no pueda asegurar las alas directamente como una verdadera vanguardia, contribuye sin embargo mucho a su seguridad indirectamente. En efecto, en los casos ordinarios, el enemigo no puede sobrepasar un cuerpo de este tipo a cierta distancia para emprender algo importante contra una de las alas, porque tendría que temer un ataque por el flanco y la retaguardia. Si esta restricción, que el cuerpo avanzado en el centro impone al enemigo, no es suficiente para construir sobre ella la seguridad completa de los cuerpos laterales, es sin embargo capaz de eliminar un gran número de casos que ahora ya no deben ser temidos por los cuerpos laterales.

La vanguardia del centro, entonces, si es mucho más fuerte que la vanguardia de las alas, es decir, si consiste en un cuerpo especial de vanguardia, ya no tiene el simple propósito de una vanguardia, el de asegurar a las tropas que tiene detrás contra un ataque, sino que actúa como un cuerpo avanzado en relaciones estratégicas más generales. La utilidad de un cuerpo de este tipo se remonta a los siguientes propósitos, que por lo tanto también determinan su aplicación:

1. para ofrecer una resistencia más fuerte en los casos en que nuestras órdenes requieran mucho tiempo, para hacer que el avance del enemigo sea más cauteloso, es decir, para aumentar los efectos de una vanguardia ordinaria.
2. si la masa principal de tropas es muy numerosa, poder contener un poco más a esta masa principal poco útil y permanecer cerca del enemigo con un cuerpo móvil.
3. Incluso si otras razones nos obligan a permanecer a una distancia considerable del enemigo con la masa principal, tener un cuerpo cerca de él para su observación.

La idea de que un puesto de observación débil, un simple partisano, podría servir igualmente para esta observación, queda refutada cuando se considera la facilidad con la que se aleja a uno así, y lo pequeños, en comparación con un gran cuerpo, que son también sus medios de observación.

4. En persecución del enemigo. Con un simple cuerpo de vanguardia, al que hay que añadir la mayor parte de la caballería, se puede avanzar más rápidamente, estar en la plaza más tarde por la noche y a mano más temprano por la mañana que con el conjunto.
5. por último, en retirada, como guardia de arriería, que se utilizará para la defensa de las principales secciones del terreno. También en esta relación, el centro es particularmente importante. A primera vista parecería que una guardia de arrieros de este tipo siempre correría el peligro de ser rebasada desde las alas. Pero no hay que olvidar que el enemigo, incluso si ya ha avanzado un poco más por las alas, todavía tiene que abrirse camino desde allí hasta el centro si realmente quiere ser un peligro para él, y que por lo tanto la guardia central siempre puede resistir un poco más y quedarse atrás en el movimiento. Por otra parte, es inmediatamente alarmante si el centro se aleja más rápidamente que las alas; inmediatamente adquiere la apariencia de

estar volando en pedazos, y esta apariencia es en sí misma muy de temer. Nunca se hace más presente la necesidad de unirse, de mantenerse juntos, y nunca es sentida más vivamente por todos que durante los retiros. El objetivo de las alas es, en última instancia, retroceder hacia el centro, e incluso si el mantenimiento y los caminos hacen necesario retroceder una distancia considerable, el movimiento suele terminar con una alineación unida en el centro. Si a estas consideraciones añadimos el hecho de que el enemigo suele avanzar por el centro con su fuerza principal y con el mayor énfasis, debemos darnos cuenta de que la guardia central reviste una importancia especial.

En consecuencia, el avance de un cuerpo especial de la vanguardia resulta apropiado en todos los casos en que se da una de las relaciones anteriores. Casi todas ellas desaparecen cuando el centro no es más fuerte en tropas que las alas, como, por ejemplo, hizo Macdonald cuando avanzó contra Blücher en Silesia en 1813, y éste cuando lo hizo contra el Elba. Ambos contaban con 3 cuerpos de ejército, que normalmente se movían en 3 columnas por caminos diferentes, una al lado de la otra. Por eso no se nombra vanguardia en su caso.

Pero esta disposición en tres columnas igualmente fuertes es en parte por esta razón también nada menos que recomendable, así como para todo un ejército la división en tres partes es muy incómoda, como hemos dicho en el capítulo 5º del libro 3º.

205

Cuando el conjunto se coloca en el centro con dos alas separadas, lo que hemos demostrado en el capítulo anterior que es lo más natural, mientras no haya todavía disposiciones especiales, el cuerpo de vanguardia estará, según la idea más simple, delante del centro y, por lo tanto, también delante de la línea de alas; pero como los cuerpos laterales tienen básicamente disposiciones similares para los flancos que la vanguardia para el frente, sucederá muy a menudo que éstos estén en línea con aquélla, o incluso más adelantados, según lo causen las circunstancias especiales.

En cuanto a la fuerza de la vanguardia, poco hay que decir, ya que ahora es justamente uso común tomar uno o más de los miembros de primer orden en que se divide el conjunto, y reforzarlo con una parte de la caballería; así un cuerpo, si el ejército se divide en cuerpos, una división o varias, si se divide en divisiones.

Es fácil ver que el mayor número de extremidades es una ventaja también en este aspecto.

La distancia a la que debe avanzar la vanguardia depende enteramente de las circunstancias; puede haber casos en los que se encuentre a más de un día de marcha del cuerpo principal, y otros en los que esté muy cerca de él. Si en la gran mayoría de los casos las encontramos entre 1 y 3 millas de distancia, esto prueba, sin embargo, que la necesidad exige con mayor frecuencia esta distancia, sin que sea posible establecer una regla a partir de la cual habría que proceder.

Hemos perdido de vista los *puestos avanzados* en nuestra consideración hasta ahora, así que tenemos que volver a ellos.

Cuando decíamos al principio: los puestos avanzados corresponden a las tropas permanentes, la vanguardia a las que están en marcha, era para remontar los términos a su origen y hacerlos provisionales; pero está claro que poco más que una distinción pedante se ganaría si uno quisiera atenerse estrictamente a las palabras.

Cuando un ejército en marcha se detiene al atardecer para marchar por la mañana, la vanguardia debe hacer lo mismo, por supuesto, y cada vez debe apostar guardias para su seguridad y la del conjunto, sin transformarse por ello de vanguardia en meros puestos avanzados. Si esto último debe considerarse contrario al concepto de vanguardia, sólo puede ocurrir allí donde la masa principal de las tropas destinadas a la vanguardia se disuelve en puestos individuales y un pequeño número o nada en absoluto permanece como cuerpo unido,

donde por lo tanto el concepto de una larga línea de puestos prevalece sobre el de un cuerpo unido.

Cuanto más corto sea el período de descanso, menos perfecta debe ser la cobertura; de un día para otro el enemigo ni siquiera tiene la oportunidad de saber qué está cubierto y qué no. Cuanto más dure el descanso, más perfectas deben ser la observación y la cobertura de todos los puntos de acceso. Por regla general, pues, la vanguardia, durante un alto más prolongado, se extenderá cada vez más en una línea de puestos. El hecho de que deban fusionarse totalmente en ella, o de que siga predominando el concepto de cuerpo unido, depende principalmente de dos circunstancias. La primera es la proximidad de los ejércitos de cada uno, la segunda la naturaleza de la zona.

206

Si los ejércitos están muy cerca unos de otros en proporción a su extensión latitudinal, a menudo ya no será posible colocar un cuerpo de vanguardia entre ellos, y podrán mantener su seguridad simplemente mediante una serie de pequeños puestos.

En general, un cuerpo unido, al cubrir los accesos de forma menos directa, requiere más tiempo y espacio para su eficacia, y así, en los casos en que el ejército ocupa una anchura muy grande, como en el caso de los cuarteles, es necesaria una distancia considerable del enemigo si se quiere que un cuerpo unido asegure los accesos; de ahí que, por ejemplo, los cuarteles de invierno se hayan cubierto habitualmente con un cordón de avanzada.

La segunda circunstancia es la naturaleza de la zona; cuando un fuerte corte en el terreno da la oportunidad de formar una fuerte línea de puestos con poca fuerza, no se dejará sin utilizar.

Por último, incluso en los cuarteles de invierno, la severidad de la estación puede ser un aliciente para disolver el cuerpo de vanguardia en una línea de puestos, porque así se facilita su alojamiento.

El uso de una línea de avanzada reforzada se desarrolló más plenamente en el ejército anglo-holandés en los Países Bajos en la campaña de invierno de 1794 a 1795, donde la línea defensiva estaba formada por brigadas de todas las armas en puestos individuales y apoyadas por una reserva. Scharnhorst, que estaba con este ejército, introdujo este uso en el ejército prusiano en el Passarge de Prusia Oriental en 1807. Por lo demás, sin embargo, rara vez se ha utilizado en tiempos más recientes, principalmente porque las guerras han sido demasiado agitadas. Pero incluso cuando se presentó la oportunidad, fue desaprovechada, por ejemplo por Murat en Tarutino. Una mayor extensión de su línea defensiva no le habría puesto en el caso de perder una treintena de cañones en una escaramuza de avanzada.

Es innegable que, cuando las circunstancias lo hacen posible, se pueden obtener grandes ventajas de este medio, del que hablaremos en otras ocasiones.

5.8 CAPÍTULO OCTAVO: MODO DE ACCIÓN DE LOS CUERPOS DE VANGUARDIA

Acabamos de ver cómo la seguridad del ejército se espera de los efectos que los cuerpos de vanguardia y laterales producen sobre el enemigo que avanza. Estos cuerpos deben considerarse siempre muy débiles desde el momento en que se piensa en ellos en conflicto con el ejército principal enemigo, por lo que requiere un desarrollo propio la forma en que pueden cumplir su objetivo sin tener que temer pérdidas importantes por esa desproporción de fuerzas.

El propósito de estos cuerpos es observar al enemigo y retrasar su avance.

Incluso para el primer propósito, una turba pequeña nunca lograría lo mismo; en parte porque se dispersa más fácilmente, en parte porque sus medios, es decir, sus ojos, no llegan tan lejos.

Pero la observación debe tener también un grado superior; el enemigo debe desarrollarse frente a dicho cuerpo con todas sus fuerzas y así no sólo se aclaran sus fuerzas sino también sus planes.

207

Su mera existencia bastaría para ello, y sólo tendrían que esperar los esfuerzos del enemigo para expulsarlos y emprender entonces la retirada.

Pero también tienen por objeto retrasar el avance del enemigo; esto ya implica una resistencia real.

¿Cómo es posible concebir a la vez esta espera hasta el último momento y esta resistencia sin que tal cuerpo de ejército esté en peligro constante de sufrir grandes pérdidas? Principalmente por el hecho de que el enemigo llega también con una vanguardia avanzada y, en consecuencia, no inmediatamente con la fuerza arrolladora y arrolladora del conjunto. Si esta vanguardia ya es superior a nuestro cuerpo avanzado, como es natural, y si el ejército enemigo está más cerca de ella que nosotros del nuestro y, como ya está en movimiento, también está pronto en el lugar para apoyar el ataque de su vanguardia con su antiguo poder, sin embargo, esta primera sección, en la que nuestro cuerpo avanzado tiene que vérselas con la vanguardia enemiga, es decir, más o menos con los de su propia clase, ya nos proporciona cierta ganancia de tiempo y la capacidad de observar el avance enemigo durante algún tiempo sin poner en peligro su propia retirada.

Pero incluso una resistencia hecha por un cuerpo de este tipo en una posición adecuada no conlleva toda la desventaja que podría esperarse en otros casos en vista de la desproporción de fuerzas. El principal peligro al resistir a un enemigo superior reside siempre en la posibilidad de ser desviado y puesto en gran desventaja por un ataque total; pero esto suele reducirse mucho en tal situación, porque el hombre que avanza nunca sabe muy bien lo cerca que se encontrará un apoyo del propio ejército, y así podría llevar sus columnas enviadas incluso entre dos fuegos. La consecuencia es que el hombre que avanza mantiene siempre sus columnas individuales bastante niveladas y sólo cuando ha investigado a fondo la posición de su enemigo comienza a rodear una u otra ala con precaución y cautela. Este tanteo y esta cautela hacen entonces posible que el cuerpo que avanza se retire antes de que surja un peligro real.

Por lo demás, el tiempo que puede durar la resistencia real de un cuerpo de este tipo contra el ataque frontal y contra el inicio de una evasión depende sobre todo de la naturaleza de la zona y de la proximidad de su apoyo. Si esta resistencia se prolonga más allá de su medida natural, ya sea por imprudencia o por abnegación, porque el ejército necesita tiempo, el resultado será siempre una pérdida considerable.

En los casos más raros, es decir, sólo cuando una extensión considerable de terreno da oportunidad para ello, se permitirá que la resistencia real de la batalla sea de importancia, y la duración de la pequeña batalla que tal cuerpo podría librar, considerada en sí misma, difícilmente sería una ganancia suficiente de tiempo; esto debe buscarse más bien de la triple manera que reside en la naturaleza de la cosa, a saber:

1. por el avance más cauteloso y, en consecuencia, más lento del adversario,
2. por la duración de la resistencia real,
3. por la propia retirada.

208

Esta retirada debe hacerse tan lentamente como lo permita la seguridad. Cuando la zona ofrezca una oportunidad para nuevos despliegues, hay que aprovecharla, lo que obligará al enemigo a tomar nuevas disposiciones para el ataque y la evasión, y ganar así nuevo tiempo. En la nueva posición tal vez pueda asumirse incluso un compromiso real.

Se ve que la resistencia de la batalla y la marcha de regreso están íntimamente fundidas, y que lo que las batallas carecen de duración debe ganarse con su multiplicación.

Este es el modo de resistencia de un cuerpo avanzado. Su resultado depende sobre todo de la fuerza del cuerpo y de la naturaleza de la zona, luego de la longitud del camino que tiene que recorrer y del apoyo y la acogida que recibe.

Una pequeña tropa, incluso con la misma proporción de potencia, no puede resistir tanto tiempo como un cuerpo considerable; pues cuanto más grandes se hacen las masas, más tiempo necesitan para llevar a cabo su actividad, sea del tipo que sea. En una región montañosa la mera marcha es mucho más lenta, la resistencia en los despliegues individuales más larga y menos peligrosa, y la oportunidad para tales despliegues está presente a cada paso.

La distancia a la que se ha adelantado un cuerpo de ejército aumenta la longitud de su retirada y, por tanto, la ganancia absoluta de tiempo de su resistencia; pero como dicho cuerpo es aún menos resistente y está apoyado según su posición, recorrerá la distancia en un tiempo proporcionalmente menor del que habría tardado si hubiera estado más cerca del ejército.

La acogida y el apoyo que recibe un cuerpo de ejército deben influir, naturalmente, en la duración de su resistencia, ya que lo que se debe a la retirada en prudencia y cautela debe tomarse siempre de la resistencia y retirarse así de ella.

Se produce una diferencia notable en el tiempo ganado por la resistencia de los cuerpos avanzados si el enemigo no aparece ante ellos hasta la última mitad del día; en este caso, como la noche rara vez se utiliza para seguir avanzando, se suele ganar tiempo en la duración de la misma. Así sucedió que en 1815 el primer cuerpo prusiano al mando del general Zieten, que contaba con unos 30.000 hombres, pudo oponerse a Bonaparte con 120.000 hombres y, en la corta distancia de Charleroi a Ligny, que aún no era de 2 millas, dar al ejército prusiano más de 24 horas para reunirse. De hecho, el general Zieten fue atacado el 15 de junio por la mañana hacia las 9, y la batalla de Ligny comenzó el 16 hacia las 2 del mediodía. Es cierto que el general Zieten sufrió una pérdida muy considerable, de 5 a 6.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Si preguntamos a la experiencia, se puede establecer el siguiente resultado como pauta para consideraciones de este tipo.

Una división de 10 a 12.000 hombres, reforzada por caballería, avanzada durante un día de marcha de 3 a 4 millas, será capaz de retrasar al enemigo, incluida la retirada, durante aproximadamente una vez y media más en una región ordinaria, no muy fuerte, de lo que hubiera requerido la marcha única a través de la zona en retirada; pero si la división avanza

sólo una milla, la estancia del enemigo durará probablemente de dos a tres veces más que la marcha única.

209

Así, a 4 millas, cuya duración habitual de marcha puede suponerse de 10 horas, se puede contar con unas 15 horas desde el momento en que el enemigo aparece frente a la división con potencia hasta el momento en que puede atacar él mismo a nuestro ejército. En cambio, si la vanguardia está a sólo una milla del ejército, el tiempo que transcurre antes del posible ataque de nuestro ejército será superior a 3 ó 4 horas, y bien puede suponerse que será el doble; pues el tiempo que el enemigo necesita para desarrollar sus primeras medidas contra la vanguardia será el mismo, y el tiempo de resistencia de esta vanguardia en la formación original será aún mayor que en el caso de una posición más avanzada.

La consecuencia es que, bajo la primera condición, el enemigo no puede atacar fácilmente a nuestro ejército el mismo día en que expulsa a nuestra vanguardia, y así es como ha resultado normalmente en la experiencia. Incluso en el segundo caso, el enemigo debe expulsar a nuestra vanguardia al menos en la primera mitad del día para tener tiempo de combatir.

Dado que la noche viene en nuestra ayuda en la primera de nuestras condiciones previas, podemos ver cuánto tiempo se puede ganar empujando la vanguardia más adelante.

En cuanto a los cuerpos situados al lado de un ejército, cuya finalidad hemos indicado anteriormente, su procedimiento está en la mayoría de los casos más o menos ligado a circunstancias que pertenecen al campo de aplicación más próximo. La relación más simple es considerarlos como una vanguardia situada al lado del ejército, que, estando al mismo tiempo algo avanzada, se retira en dirección oblicua hacia él.

Dado que estos cuerpos no están situados directamente delante del ejército y, por tanto, no pueden ser tomados a ambos lados por él tan fácilmente como una vanguardia real, estarían expuestos a un peligro mayor si el empuje del enemigo en los extremos no se redujera también algo en la generalidad de los casos, y en los peores casos estos cuerpos tendrían espacio para evadirse sin poner al ejército en un peligro tan inmediato como lo haría una vanguardia que huye.

La recepción de cuerpos avanzados se hace mejor con un cuerpo considerable de caballería, que se convierte entonces en un aliciente para colocar la reserva de esta arma, donde las distancias lo hacen necesario, entre el ejército y el cuerpo avanzado.

El resultado final, entonces, es: que los cuerpos avanzados se vuelven efectivos menos por el esfuerzo real que por su mera presencia, menos por los combates que realmente libran que por la posibilidad de los que podrían librar; que no están para frenar el movimiento del enemigo en ninguna parte, sino para moderarlo y regularlo como el peso de un péndulo, de modo que uno pueda ser capaz de someterlo a cálculo.

5.9 CAPÍTULO NUEVE: CAMPAMENTOS

Consideramos los tres estados del ejército, aparte de la batalla, sólo estratégicamente, es decir, en la medida en que representan batallas individuales, es decir, en la medida en que determinan el lugar, el tiempo y la cantidad de las fuerzas armadas. Todos los elementos que se refieren a la organización interna de las batallas y a la transición al estado de batalla pertenecen a la táctica.

210

La formación en campamentos, entendiendo por tal cualquier formación fuera de los cuarteles, ya sea bajo tiendas, en cabañas o en campo abierto, es estratégicamente completamente idéntica a la batalla resultante. Tácticamente, sin embargo, no siempre es así, ya que por diversas razones el lugar de acampada puede elegirse de forma algo diferente al campo de batalla designado. Ahora que ya hemos dicho lo que teníamos que decir sobre la formación del ejército, es decir, sobre el lugar que ocuparán las distintas partes, los campamentos sólo nos dan pie a una consideración histórica. En tiempos pasados, es decir, desde que los ejércitos han vuelto a alcanzar un tamaño significativo, las guerras se han hecho más permanentes y sus partes individuales más coherentes, y hasta la Revolución Francesa, los ejércitos acampaban siempre bajo tiendas de campaña. Este era su estado normal. Con la llegada de la estación agradable abandonaban sus cuarteles y no volvían a ellos hasta la llegada del invierno. Hasta cierto punto, los cuarteles de invierno deben considerarse como un estado de no-guerra, ya que en ellos las fuerzas se neutralizaban, todo el mecanismo de relojería se paraba en seco. Los cuarteles de recreo, que preceden a los verdaderos cuarteles de invierno, y otros cantones de corta duración y confinamiento eran transiciones y condiciones excepcionales.

Cómo esa neutralización voluntaria regular de la fuerza era y sigue siendo compatible con el propósito y la naturaleza de la guerra no es el lugar para examinar aquí, llegaremos a ese tema más adelante; basta, era así.

Desde la Guerra de la Independencia francesa, los ejércitos han suprimido por completo las tiendas de campaña debido al gran número de tropas que ocasionan. En parte, es mejor para un ejército de 100.000 hombres disponer de 5.000 hombres de caballería o de algunos centenares más de cañones en lugar de 6.000 caballos de tienda; en parte, tal cortejo no es más que un estorbo y de poca utilidad en movimientos grandes y rápidos.

Sin embargo, esto ha tenido dos repercusiones, a saber: un mayor consumo de las fuerzas armadas y una mayor devastación del país.

Por débil que sea la protección de un techo de lino pobre, no se puede negar que priva a las tropas de un gran alivio a largo plazo. Para un solo día la diferencia es pequeña, porque una tienda ofrece poca protección contra el viento y el frío y no una protección completa contra la humedad; pero esta pequeña diferencia supone una diferencia significativa si se repite 2 ó 300 veces al año. Una mayor pérdida por enfermedad es la consecuencia natural.

La devastación del país aumenta debido a la falta de tiendas de campaña.

Se podría pensar, por tanto, que la abolición de las tiendas habría debilitado la guerra de otra manera debido a estas dos repercusiones; habría que permanecer más tiempo y con más frecuencia en los cuarteles y, por falta de necesidades de almacenamiento, habría que omitir muchas formaciones que eran posibles mediante los campamentos de tiendas.

También habría sido así si la guerra no hubiera sufrido un tremendo cambio en la misma época que se tragó estos pequeños efectos subordinados.

Su fuego elemental se ha vuelto tan abrumador, su energía tan extraordinaria, que incluso esos períodos regulares de calma han desaparecido, y todas las fuerzas empujan con fuerza inexorable hacia la decisión, de la que se tratará realmente en el noveno libro. En estas circunstancias, por lo tanto, no puede hablarse de un cambio que la privación de tiendas debería provocar en el empleo de las fuerzas. Acampaban en cabañas o al aire libre, con total independencia del tiempo, la estación y la región, según lo exigieran el propósito y el plan del conjunto.

211

De si la guerra conservará en todo momento y circunstancia esta energía, hablaremos a continuación; pero donde no la tenga, la privación de tiendas podrá, sin embargo, ejercer cierta influencia sobre su conducta; Pero es dudoso que este efecto retroactivo pueda llegar a ser lo suficientemente fuerte como para conducir a la reintroducción de los campamentos de tiendas, porque una vez que se han abierto barreras mucho más amplias para el elemento guerrero, éste sólo volverá periódicamente a las antiguas, más estrechas, para determinados momentos y circunstancias, y de vez en cuando las traspasará de nuevo con la omnipotencia de su naturaleza. Por tanto, las instituciones permanentes de los ejércitos sólo pueden calcularse en función de esto.

5.10 CAPÍTULO DIEZ: MARCHAS

Las marchas son una mera transición de un montaje a otro, y en esto hay dos condiciones principales.

El primero es la comodidad de las tropas, para que no se malgasten inútilmente fuerzas que podrían emplearse útilmente; el segundo es la precisión del movimiento, para que sea correctamente exacto. Si se quisiera hacer marchar a 100.000 hombres en una sola columna, es decir, por un camino sin intervalos, el final de esta columna con su cabeza no llegaría nunca el mismo día; o bien habría que avanzar con una lentitud inusitada, o bien la masa se desgarraría, como una corriente de agua que cae a gotas, y este desgarramiento, combinado con el esfuerzo excesivo que la longitud de la columna supone para los de retaguardia, disolvería pronto todo en la confusión.

Desde este extremo hacia abajo, cuanto menor es la masa de tropas en una columna, más fácil y precisa resulta la marcha. De aquí surge, pues, una necesidad de *división que* nada tiene que ver con la que se deriva de la formación dividida, de modo que la división en columnas de marcha surge, en efecto, de la formación en general, pero no en todos los casos particulares. Una gran masa que va a unirse en un punto debe necesariamente dividirse en la marcha. Pero incluso cuando una formación dividida da lugar a una marcha dividida, unas veces pueden prevalecer las condiciones de la formación y otras las de la marcha. Si, por ejemplo, la formación es un mero descanso y no se espera ningún combate en ella, prevalecen las condiciones de la marcha, y estas condiciones consisten principalmente en la elección de caminos buenos y pavimentados. Teniendo en cuenta esta diferencia, en un caso se elegirán los caminos para los cuarteles y campamentos, en el otro los cuarteles y campamentos para el camino. Cuando se espera una batalla, y es importante llegar al punto apropiado con una masa de tropas, no se duda en dejar que lleguen por los caminos secundarios más difíciles si es necesario; si, por otra parte, el ejército está todavía en viaje hacia el teatro de la guerra, por así decirlo, se eligen las grandes carreteras más cercanas para las columnas, y se buscan cuarteles y campamentos en sus proximidades en la medida de lo posible.

212

Cualquiera que sea el tipo de marcha, es un principio general del nuevo arte de la guerra que, dondequiera que sólo sea concebible la posibilidad de un enfrentamiento, es decir, en toda el área de la guerra real, las columnas deben estar dispuestas de tal manera que la masa de tropas contenida en ellas sea adecuada para un enfrentamiento independiente. Esta condición se cumple por la combinación de las tres armas, por una división orgánica del conjunto y por la designación adecuada del mando supremo. Son, pues, principalmente las marchas las que han propiciado el nuevo orden de batalla y las que obtienen de él los mayores beneficios.

Cuando, a mediados del siglo pasado, especialmente en el teatro de guerra de Federico II, el movimiento empezó a considerarse como un principio de ataque por derecho propio, y la victoria fue usurpada por la influencia de movimientos insospechados, la falta de un orden orgánico de batalla hizo necesarios los más artificiales y engorrosos arreglos en las marchas. Para realizar un movimiento cerca del enemigo, había que estar siempre listo para atacar; pero no se estaba listo para hacerlo a menos que el ejército estuviera junto, porque sólo el ejército constituía un todo. La segunda reunión tenía que ser conducida por colinas y valles con penurias y esfuerzos y con un gran esfuerzo de conocimiento local, a fin de estar siempre a una distancia tolerable, es decir, no más de un cuarto de milla de la primera, pues ¿dónde encontrar dos caminos paralelos en un radio de un cuarto de milla? Éstas eran precisamente las circunstancias que se presentaban para la caballería del ala cuando marchaba perpendicular

al enemigo. Un nuevo problema era el de la artillería, que necesitaba su propio camino cubierto por la infantería, porque los puntos de reunión de la infantería debían formar líneas ininterrumpidas, y la artillería habría hecho que sus largas columnas de arrastre se arrastraran aún más y desordenado todas las distancias. Basta leer las disposiciones de las marchas en la Historia de la Guerra de los Siete Años de Tempelhoff para convencerse de todas estas circunstancias y de las trabas que con ello se impusieron a la guerra.

Pero desde que el nuevo arte de la guerra ha dado al ejército una división orgánica, en la que las partes principales deben considerarse como pequeñas unidades, que en la batalla pueden producir todos los efectos del gran conjunto, con la única diferencia de que su acción es de menor duración, Desde entonces, incluso cuando la intención es atacar juntos, ya no es necesario que las columnas estén tan juntas que puedan unirse todas antes del comienzo de la batalla, sino que basta con que esta unificación se produzca en el curso de la batalla.

Cuanto más pequeña es una masa de tropas, más fácil es moverse, menos necesidad hay de esa división que no es consecuencia de la formación dividida, sino de la poca utilidad de la masa. Una pequeña muchedumbre, por lo tanto, marcha en una calle, y si ha de proceder en varias líneas, se encuentran fácilmente caminos cercanos entre sí, lo suficientemente buenos para sus necesidades. Cuanto mayor es la masa, mayor es la necesidad de división, mayor el número de columnas y la necesidad de caminos pavimentados o incluso de grandes calles y, en consecuencia, mayor la distancia entre las columnas. Aritméticamente hablando, el peligro de división es inversamente proporcional a la necesidad de división. Cuanto más pequeñas son las partes, antes deben acudir en ayuda unas de otras; cuanto más grandes, más tiempo pueden estar solas. Si sólo se recuerda lo dicho en el libro anterior, y se considera que en las regiones cultivadas habrá siempre caminos paralelos bastante bien mantenidos a distancia de algunas millas del camino principal, será fácil ver que en la disposición de la marcha no hay dificultades muy grandes que hagan incompatibles el *progreso rápido* y el *cumplimiento exacto* con la debida *unificación de las fuerzas*. - En las montañas, donde los caminos paralelos son menos numerosos y las conexiones entre ellos más difíciles, la resistencia de una sola columna es también mucho mayor.

213

Para tener una conciencia más clara del objeto, considerémoslo por un momento de forma concreta.

Una división de 8.000 hombres, con su artillería y algunos otros vehículos, suele ocupar el espacio de una hora; de modo que si dos divisiones marchan por un camino, la segunda llega una hora después que la primera; Ahora bien, como ya hemos dicho en el sexto capítulo del cuarto libro, una división de tal fuerza es bien capaz de mantener el combate durante varias horas, incluso contra un enemigo superior, y por lo tanto la segunda división no llegaría demasiado tarde, incluso en el caso más desafortunado, es decir, si la primera se hubiera visto obligada a comenzar el combate inmediatamente. Además, a menos de una hora a derecha e izquierda de la carretera por la que se marcha, se suelen encontrar *carreteras secundarias en los países cultivados de Europa Central* que se pueden utilizar para la marcha sin tener que marchar campo a través, como ocurrió tan a menudo en la Guerra de los Siete Años.

Además, se sabe por experiencia que un ejército de cuatro divisiones y una reserva de caballería está acostumbrado a cubrir una marcha de tres millas, incluso por malos caminos, en ocho horas a la cabeza; si ahora añadimos una hora de profundidad para cada división y lo mismo para la reserva de caballería y artillería, la marcha completa durará 13 horas. No es un tiempo excesivo y, sin embargo, en este caso unos 40.000 hombres habrían marchado por el mismo camino. Con esta masa, sin embargo, es posible buscar y utilizar las carreteras secundarias aún más, y así acortar ligeramente la marcha. Si la masa de tropas a marchar por una carretera fuera aún mayor que la anterior, se daría el caso de que la llegada de las tropas

en un mismo día ya no sería indispensable; pues tales masas ahora nunca libran batallas en la primera hora de encuentro y por lo general sólo al día siguiente.

Hemos citado estos casos concretos, no para agotar así las circunstancias, sino para aclararnos y mostrar, con este vistazo a la experiencia, que en la guerra actual la disposición de las marchas ya no presenta dificultades tan grandes; que las marchas más rápidas y precisas ya no requieren un arte propio y un conocimiento tan exacto del país como ocurría en la Guerra de los Siete Años con las marchas rápidas y precisas de Federico el Grande; más bien, por medio de la división orgánica del ejército, ahora casi se hacen solas, al menos sin grandes designios. Así como las batallas se dirigían por la mera palabra de mando, pero las marchas requerían largos calados, ahora las órdenes de batalla requieren esto último, y para la marcha casi basta la mera palabra de mando.

214

Como es bien sabido, todas las marchas se dividen en perpendiculares y paralelas. Estas últimas, también llamadas marchas de flanco, cambian la posición geométrica de las piezas; lo que estaba uno al lado del otro en la formación, estará detrás en la marcha, y viceversa. Aunque todos los grados que se encuentran dentro del ángulo recto pueden darse igualmente como dirección de la marcha, el orden de los mismos debe ser, no obstante, decididamente de un tipo u otro.

Sólo la táctica podría llevar a cabo este cambio geométrico a la perfección, y sólo si utilizara la llamada marcha roja, que es imposible para grandes masas. La estrategia puede hacer aún menos. En el antiguo orden de batalla, las partes que cambian sus proporciones geométricas se refieren sólo a alas y columnas; en el nuevo orden de batalla, suelen referirse a los miembros del primer orden: cuerpos, divisiones o incluso brigadas, dependiendo de cómo se divida el conjunto. Pero aquí también influyen las conclusiones extraídas del orden de batalla más reciente; puesto que ya no es tan necesario como antes que el conjunto esté junto antes de entrar en acción, se tiene más cuidado en que lo que está junto sea un todo. Si dos divisiones estuvieran formadas de tal manera que una estuviera detrás de la otra como reserva, y éstas fueran a avanzar por dos caminos contra el enemigo, a nadie se le ocurriría dividir cada una de las dos divisiones en los dos caminos, sino que sin dudarlo se le daría a cada división un camino, haciéndolas marchar así una al lado de la otra y dejando que cada uno de los generales de división se encargara de formar su propia reserva en caso de batalla. La unidad de mando es mucho más importante que la proporción geométrica original; si las divisiones llegan a la posición designada sin combatir, pueden reanudar su proporción anterior. Menos aún, si dos divisiones adyacentes deben realizar una marcha paralela por dos carreteras, se le ocurrirá a las reuniones de retaguardia o reserva de cada división marchar por la carretera de retaguardia, sino que a cada una de las divisiones se le asignará una de las dos carreteras, y así durante la marcha una será considerada como la reserva de la otra. Si un ejército de cuatro divisiones, tres de las cuales están en el frente y la cuarta en la reserva, debe avanzar contra el enemigo en este orden, es natural asignar a cada una de las tres divisiones del frente su propia ruta y hacer que la reserva siga la del medio. Sin embargo, si estas tres rutas no están a distancias adecuadas, también sería posible avanzar en dos rutas sin ninguna desventaja notable.

Lo mismo ocurre con el caso inverso de las marchas paralelas.

Otro punto es la marcha a derecha e izquierda de las columnas. En las marchas paralelas es evidente. Nadie marchará hacia la derecha para desplazarse hacia la izquierda. Al marchar hacia delante y hacia atrás, el orden de marcha debe basarse en realidad en la posición del camino frente a la línea de la futura marcha. En táctica esto también será posible en muchos casos, porque su espacio es menor y, por tanto, las relaciones geométricas son más fáciles de pasar por alto. En estrategia esto es del todo imposible, y si ocasionalmente hemos visto cierta analogía transferida de la táctica, se trataba de pura pedantería. Aunque en el pasado todo el

orden de marcha era una cuestión puramente táctica, porque el ejército seguía siendo un todo indiviso incluso cuando marchaba y sólo presentaba una batalla total, Schwerin, por ejemplo, cuando marchó fuera de la zona de Brandéis el 5 de mayo, no podía saber si su futuro campo de batalla estaría a su derecha o a su izquierda, razón por la cual hubo que hacer la famosa contramarcha.

215

Si un ejército del antiguo orden de batalla avanzaba en cuatro columnas contra el enemigo, las dos alas de caballería de la primera y segunda reunión formaban las dos columnas exteriores, las alas de infantería de ambas reuniones las dos columnas centrales. Estas columnas podían ahora marchar todas a la derecha o todas a la izquierda, o el ala derecha a la derecha y el ala izquierda a la izquierda, o el ala izquierda a la derecha y el ala derecha a la izquierda. En este último caso, la marcha se habría llamado "desde el centro". Sin embargo, todas estas formas eran básicamente indiferentes a este respecto, aunque se suponía que guardaban relación con el futuro despliegue. Cuando Federico el Grande entró en la batalla de Leuthen, marchó en cuatro columnas por el ala derecha, de donde surgió con gran facilidad la transición a marchar en reuniones, tan admirada por todos los historiadores, porque resultaba que era el ala izquierda austriaca la que el rey quería atacar. Si hubiera querido rodear el ala derecha, habría sido necesaria una contramarcha, como en Praga.

Si estas formas no correspondían entonces a ese propósito, ahora serían un completo artificio en relación con él. La posición del futuro campo de batalla en relación con la ruta a seguir no se conoce ahora más de lo que se hubiera sabido en otro caso, y la pequeña pérdida de tiempo resultante de una salida equivocada es ahora infinitamente menos importante de lo que hubiera sido en otro caso. Aquí también, el nuevo orden de batalla tiene su influencia beneficiosa; qué división llega primero, qué brigada es conducida al fuego primero, es completamente indiferente.

En estas circunstancias, las marchas a la derecha y a la izquierda no tienen ahora otro valor que el de que, cuando se completan, sirven para compensar las penurias de las tropas. Y esta es la única razón, aunque hay que reconocer que muy importante, para mantener esta doble marcha a gran escala.

En estas circunstancias, la salida del centro cae por sí misma como un cierto orden y sólo puede surgir por casualidad; una salida del centro en una misma columna es en cualquier caso una imposibilidad en la estrategia, ya que presupone un doble camino.

El orden de la marcha, por cierto, pertenece más al campo de la táctica que al de la estrategia, pues es la descomposición de un todo en eslabones que, tras la marcha, han de volver a ser un todo. Sin embargo, como en el arte de la guerra más reciente ya no se tiene en cuenta la coexistencia exacta de las partes, sino que se las deja a su aire durante la marcha, es mucho más fácil que den lugar a batallas que las partes libran por su cuenta y que, por tanto, deben considerarse batallas totales; por eso hemos considerado necesario decir tanto al respecto.

Incidentalmente, puesto que, como hemos visto en el segundo capítulo de este libro, una formación en tres partes adyacentes, donde no prevalecen propósitos especiales, es la más natural, la orden de marcha en tres grandes pelotones también surgirá de esto como la más natural.

Todo lo que tenemos que decir aquí es que el concepto de columna no sólo se refiere al camino recorrido por una masa de tropas, sino que, en estrategia, las masas de tropas que marchan por el mismo camino en días diferentes también deben llamarse columnas. Pues la división en columnas surge principalmente para acortar y facilitar la marcha, ya que un pequeño número siempre marcha más rápido y más cómodamente que uno grande. Sin embargo, este propósito también se consigue si la masa de tropas no marcha por caminos diferentes, sino en días diferentes.

5.11 CAPÍTULO ONCE: CONTINUACIÓN

Sobre la medida de una marcha y el tiempo necesario para ella, es natural atenerse a los principios generales de la experiencia.

Para nuestros ejércitos más recientes se ha establecido desde hace tiempo que una marcha de 3 millas es el trabajo diario habitual, que en el caso de los trenes largos debe incluso reducirse a 2 millas para poder incluir los necesarios días de descanso, que se destinan a la reparación de todo lo que se ha vuelto defectuoso.

Para una división de 8.000 hombres, una marcha de este tipo lleva de 8 a 10 horas en terreno llano y carreteras moderadas, y de 10 a 12 horas en terreno montañoso. Si varias divisiones van juntas en una columna, se tardará unas horas más, incluso si se descuenta el tiempo que tardan las divisiones siguientes en ponerse en marcha más tarde.

Se puede ver, por lo tanto, que el día está bastante ocupado en tal marcha, y que el esfuerzo del soldado en estar debajo de su equipaje por 10 a 12 horas no se puede comparar con un viaje ordinario a pie de 3 millas, que un solo hombre puede cubrir fácilmente en 5 horas en caminos tolerables.

Las marchas más fuertes, si se producen aisladamente, son de 5, como máximo de 6 millas, y para duraciones más largas de 4.

Una marcha de 5 millas ya requiere una parada de varias horas, y una división de 8000 hombres no la cubrirá en menos de 16 horas, incluso con buenas carreteras.

Si la marcha es de 6 millas, y si varias divisiones van juntas, hay que contar con al menos 20 horas.

Aquí se habla de la marcha de un campamento a otro, y con divisiones reunidas, pues ésta es la forma habitual que se da en el teatro de la guerra. Si varias divisiones marchan en columna, la primera se reunirá y marchará un poco antes, y luego se trasladará al campamento mucho antes. Sin embargo, esta diferencia no puede nunca alcanzar la totalidad del tiempo que corresponde a la duración de una división en marcha y que, como muy bien dicen los franceses, necesita para su *découlement*. Así, se ahorra poco para el esfuerzo del soldado, y cada marcha se prolonga mucho en su duración por la cantidad de tropas. Reunir y separar la propia división de manera similar con sus brigadas en diferentes momentos es aplicable en muy pocos casos, y ahí radica la razón por la que la hemos adoptado como unidad.

En el caso de los viajes largos, en los que las tropas se desplazan de un cuartel a otro y cubren las distancias en pequeños destacamentos sin puntos de reunión, la distancia en sí misma puede ser mayor; pero ya es mayor debido a los rodeos que provocan los cuarteles.

Las marchas, sin embargo, en las que las tropas tienen que reunirse diariamente en divisiones o incluso en cuerpos y sin embargo trasladarse a los cuarteles, cuestan más tiempo y sólo son aconsejables en regiones ricas y con masas de tropas que no sean demasiado grandes, porque entonces la comida y el refugio facilitados compensan suficientemente el esfuerzo más prolongado. El ejército prusiano en su retirada de 1806 siguió indiscutiblemente un sistema defectuoso cuando trasladó a las tropas a los cuarteles todas las noches en aras de la comida. También habría sido posible proporcionar la comida en campamentos de campaña (*vivacs*), y el ejército no habría necesitado 14 días para cubrir un esfuerzo exagerado de las tropas de unas 50 millas.

Sin embargo, todas estas determinaciones de tiempo y duración sufren tales cambios cuando hay que atravesar caminos en mal estado o regiones montañosas que resulta difícil estimar con certeza el tiempo de una marcha en un caso concreto, y mucho menos determinar

nada general al respecto. Por lo tanto, la teoría sólo puede llamar la atención sobre el peligro de error en que nos encontramos. Para evitarlos, es necesario el cálculo más prudente, y un amplio margen para retrasos imprevistos. El tiempo y el estado de las tropas también entran aquí en consideración.

Desde la supresión de las tiendas y desde que las tropas se alimentan mediante la recogida forzosa de alimentos sobre el terreno, el número de efectivos se ha reducido notablemente, y el efecto más importante de ello se encuentra naturalmente en la aceleración de sus movimientos, es decir, en el aumento del número de días de marcha. Pero esto sólo ocurre en determinadas circunstancias.

Las marchas en el teatro de la guerra se vieron poco aceleradas por esto, pues es un hecho bien conocido que en todos los casos en que el propósito requería marchas que iban más allá de la medida habitual, el cuerpo se dejaba atrás o se enviaba por delante y, por lo general, se mantenía a distancia de las tropas mientras duraban estos movimientos; en consecuencia, no solía tener ninguna influencia en el movimiento y, en cuanto dejaba de ser un impedimento inmediato, por mucho que sufriera en el proceso, ya no se le tenía en cuenta. Hay, pues, marchas en la Guerra de los Siete Años que no podrían superarse ni siquiera ahora, y citaremos como prueba la de Lacy en 1760, cuando debía apoyar la distracción de los rusos sobre Berlín. Cubrió la distancia desde Schweidnitz a través de Lusacia hasta Berlín, que es de 45 millas, en 10 días y, por lo tanto, recorrió 416 millas al día, lo que seguiría siendo extraordinario para un cuerpo de 15.000 hombres.

Por otra parte, los movimientos de los ejércitos más recientes han vuelto a adquirir un principio *retardatorio* precisamente por el cambio en el método de alimentación. Si las tropas tienen que procurarse ellas mismas parte de sus necesidades, lo que ocurre a menudo, necesitan más tiempo para hacerlo del que habrían necesitado para recibir simplemente el pan almacenado en los carros de pan. Además, las tropas no pueden acampar en masas tan grandes en un mismo lugar durante las marchas más largas, sino que las divisiones deben separarse unas de otras para que les resulte más fácil encontrar refugio; por último, también es raro que parte del ejército, especialmente la caballería, se traslade a cuarteles. Todo ello provoca un retraso considerable. Así pues, nos encontramos con que

218

Bonaparte en 1806, cuando persiguió al ejército prusiano y quiso cortar el paso, y Blücher en 1815, cuando tuvo la misma intención con los franceses, ambos sólo recorrieron unas 30 millas en 10 días, velocidad que también supo imprimir Federico el Grande a sus marchas de Sajonia a Silesia y vuelta, a pesar de todos los efectivos que llevaba consigo.

Entretanto, la movilidad y la maniobrabilidad, si podemos expresarlo así, de las grandes y pequeñas unidades del ejército en el campo de batalla han mejorado notablemente gracias a la reducción del número de tropas. En parte, con el mismo número de caballería y artillería, hay menos caballos, por lo que uno no se preocupa tan a menudo por el forraje; en parte, uno está menos constreñido en sus posiciones, porque no siempre tiene que tener en cuenta la larga cola de la tropa.

Marchas como la que Federico el Grande realizó tras el levantamiento del sitio de Olomouc en 1758 con 4.000 carros, para cuya cobertura se disolvió la mitad del ejército en batallones individuales y pelotones, tienen ahora pocas probabilidades de éxito, incluso contra el adversario más temible.

En los viajes largos, del Tajo al Njemen, el alivio del ejército es desde luego más perceptible; pues aunque la medida habitual de la marcha diaria permanezca igual a causa de los otros vehículos, puede desviarse en casos urgentes con menores sacrificios.

En general, la reducción de la tropa es más un ahorro de fuerzas que una aceleración de los movimientos.

5.12 CAPÍTULO DOCE: CONTINUACIÓN

Ahora debemos considerar la influencia destructiva que las marchas ejercen sobre las fuerzas armadas. Es tan grande que a uno le gustaría establecerla como un principio activo por derecho propio junto al combate.

Una sola marcha moderada no desgasta el instrumento, pero una serie de marchas moderadas sí, y una serie de marchas difíciles, por supuesto, mucho más.

En el propio campo de batalla, la falta de alimentos y cobijo, los caminos en mal estado y las constantes matanzas son las causas de los esfuerzos desproporcionados que destruyen hombres, ganado, carros y ropa.

Se acostumbra a decir que el descanso prolongado no es bueno para el bienestar físico de un ejército, que en él surgen más enfermedades que en la actividad moderada. Sin duda, las enfermedades pueden surgir y surgen cuando los soldados están hacinados en cuarteles estrechos, pero también surgirán cuando éstos sean cuarteles de marcha, y la falta de aire y de ejercicio nunca puede ser la causa de tales enfermedades, ya que ambas pueden ser proporcionadas fácilmente por el ejercicio.

Piénsese qué diferencia hay en el organismo perturbado y vacilante de un hombre si cae enfermo en el camino abierto entre excrementos, barro y lluvia bajo el peso de su equipaje o en su habitación; incluso desde el campamento podrá llegar pronto al siguiente lugar y no estará enteramente sin ayuda médica, mientras que en la marcha primero yacerá durante horas en el camino sin ningún apoyo y luego se arrastrará durante millas como un rezagado. ¡Cuántas enfermedades leves se convierten en graves, cuántas graves en mortales! Considerad cómo, en el polvo y el sol abrasador del verano, incluso una marcha moderada puede causar el calor más terrible, en el que, atormentado por la sed más ardiente, el soldado se precipita a la fuente fresca para coger la enfermedad y la muerte.

219

No puede ser nuestra intención en esta consideración querer disminuir la actividad en la guerra; el instrumento está ahí para ser usado, y si este uso lo desgasta, eso está en la naturaleza de las cosas; pero sólo queremos poner cada cosa en su lugar y contrarrestar esa jactancia teórica según la cual la sorpresa más abrumadora, el movimiento más rápido, la actividad más inquieta no deberían costar nada, sino que se describen como ricas minas que la inercia de los generales deja yaciendo sin usar. El rendimiento de estas minas es como el de las minas de oro y plata; sólo se mira el producto y no se pregunta cuánto valió el trabajo que lo sacó a la luz.

En el caso de los viajes largos fuera del teatro de la guerra, las condiciones en que se desarrolla la marcha suelen ser más fáciles y las pérdidas de los días individuales son menores, pero el enfermo más ligero suele perderse durante mucho tiempo, porque el convaleciente no puede alcanzar al ejército que avanza sin cesar.

En la caballería, el número de caballos debilitados y cojos aumenta a un ritmo cada vez mayor, y en los carros, muchas cosas se empantanar y desorganizan. Por lo tanto, nunca es raro que un ejército llegue muy debilitado tras una marcha de 160 km o más, sobre todo en lo que respecta a la caballería y los carros.

Si tales movimientos son necesarios en el propio escenario de la guerra, es decir, bajo los ojos del enemigo, convergen las desventajas de ambas condiciones, y las pérdidas pueden elevarse a niveles increíbles en caso de grandes masas y otras condiciones desfavorables.

Sólo algunos ejemplos para dar definición a la idea.

Cuando Bonaparte cruzó el Nyemen el 24 de junio de 1812, el enorme centro con el que posteriormente marchó contra Moscú tenía 301.000 hombres. En Smolensk, el 15 de agosto, se enviaron 13.500 hombres, por lo que debería haber tenido 28.7500 efectivos. Su número real, sin embargo, era de 18.000 hombres; la pérdida fue, por tanto, de 105.50 hombres¹. Si se tiene en cuenta que hasta ese momento sólo se habían producido dos combates notables, uno entre Davout y Bagration, y el otro entre Murat y Tolstoi-Ostermann, la pérdida del ejército francés en los combates puede estimarse como máximo en 1.000 hombres, y la que tuvo por enfermedad y rezagados ascendió así a 95.000 hombres, es decir, un tercio del total, en 52 días y con un avance en línea recta de unas 70 millas.

Tres semanas más tarde, en el momento de la batalla de Borodino, esta pérdida ascendía ya a 144.000 hombres (incluidos los perdidos en las batallas) y 8 días más tarde en Moscú a 1.800 hombres. Las pérdidas de ese ejército en general en el primero de esos períodos son diarias 1/150, en el segundo 1/120 y en el tercero 1/19 del conjunto en su fuerza inicial.

El movimiento de Bonaparte desde el cruce del Njemen hasta Moscú es, por supuesto, imparable, pero no hay que olvidar que duró 82 días, en los que sólo se recorrieron unas 120 millas, y que el ejército francés se detuvo formalmente dos veces: una en Vilna durante unos 14 días, la otra en Witbsk durante unos 11 días, tiempo durante el cual algunos rezagados tuvieron tiempo de reincorporarse. En este avance quincenal, la estación y los caminos no fueron de los peores, pues era verano y las carreteras que tomaron eran en su mayoría de arena. Pero la gran masa de tropas unidas en una sola carretera, la falta de raciones suficientes y un enemigo en retirada pero no en fuga fueron las condiciones agravantes.

220

Ni siquiera queremos hablar de la retirada del ejército francés, o más correctamente, de su *acción desde* Moscú hasta el Njemen, pero bien podemos señalar que el siguiente ejército ruso marchó desde la región de Kaluga con una fuerza de 120.000 hombres y llegó a Vilna con una fuerza de 30.000 hombres. Lo poco que perdieron en batallas durante este tiempo es conocido por todos.

Otro ejemplo de la campaña de Blücher de 1813 en Silesia y Sajonia, que no se distinguió por una larga campaña, sino por muchos movimientos de ida y vuelta. Su cuerpo York comenzó esta campaña el 16 de agosto con unos 40.000 hombres y el 19 de octubre todavía contaba con 12.000 hombres en Leipzig. Según los mejores escritores, las principales batallas libradas por este cuerpo en Goldberg, Löwenberg, en la batalla del Katzbach, en Wartenburg y en la batalla de Möckern (Leipzig) le costaron unos 12.000 hombres, de modo que la pérdida restante en 8 semanas fue de 16.000 hombres, es decir, 2/5 del total.

Por lo tanto, hay que estar preparado para una gran destrucción de las propias fuerzas si se desea librar una guerra llena de movimiento, y disponer en consecuencia los demás planes, y sobre todo los refuerzos que han de seguir.

¹ Todos estos números están tomados de su Chambray.

5.13 CAPÍTULO TRECE: CUARTELES

En el nuevo arte de la guerra, los cuarteles han vuelto a ser indispensables, porque ni las tiendas ni un sistema de transporte completo hacen que el ejército sea independiente. Por muy lejos que se lleven, las cabañas y los campamentos al aire libre (los llamados vivacs) no pueden ser la forma habitual de alojar al ejército sin que, dependiendo del clima, las enfermedades hagan estragos tarde o temprano y las fuerzas del ejército se agoten antes de tiempo. La campaña de Rusia de 1812 es una de las pocas en las que, en un clima muy duro, las tropas casi no se acuartelaron en absoluto durante los seis meses que duró. Pero, ¡cuáles fueron las consecuencias de este esfuerzo, que habría que calificar de extravagancia, si este nombre no perteneciera aún más a la idea política de la empresa!

Dos cosas impiden la ocupación de los cuarteles: la proximidad del enemigo y la velocidad de movimiento. Por lo tanto, se abandonan en cuanto se toma la decisión y no pueden volver a ocuparse hasta que se toma la decisión.

En las guerras más recientes, es decir, en todas las campañas que hemos visto en los últimos 25 años, el elemento bélico ha actuado con toda su energía.

221

En términos de actividad y esfuerzo, se hizo la mayor parte de lo que era posible; pero todas estas campañas fueron de corta duración, tardando raramente medio año, por lo general sólo unos meses, en alcanzar su objetivo, es decir, hasta el punto en que el vencido se veía obligado a una tregua o incluso a la paz, o incluso en que el poder victorioso del conquistador había pasado a primer plano. Durante este período de esfuerzo supremo, apenas se podía hablar de cuartel, pues incluso en la persecución victoriosa, cuando ya no había peligro, la velocidad del movimiento hacía imposible este relevo.

Pero donde, por alguna razón, el curso de los acontecimientos es menos rápido, donde hay más equilibrio y ponderación de fuerzas, la acomodación de las tropas a cubierto es un objeto principal de atención. Esta necesidad ejerce cierta influencia en la conducción de la guerra misma, en parte tratando de ganar más tiempo y seguridad mediante un sistema de puestos avanzados más fuerte, mediante una vanguardia más importante y más avanzada, y en parte guiándose menos por las ventajas tácticas de la región, por las relaciones geométricas de las líneas y puntos, que por la riqueza y el cultivo de la misma. Una ciudad comercial de 20 ó 30.000 habitantes, una carretera densamente ocupada con grandes aldeas y florecientes pueblos, dan tal facilidad en el despliegue concentrado de grandes masas, y esta concentración da tal agilidad y latitud que las ventajas que podría dar una mejor posición del punto son ampliamente compensadas.

Sólo tenemos que hacer algunas observaciones sobre la forma de la disposición del acuartelamiento, ya que la mayor parte de este tema pertenece a la táctica.

El alojamiento de las tropas puede ser de dos tipos: principal o secundario. Si la formación de las tropas se organiza en el curso de la campaña por razones puramente tácticas y estratégicas, y si se les ordena utilizar los acuartelamientos disponibles en las proximidades del punto de formación, lo que ocurre especialmente con la caballería, entonces el acuartelamiento es una cuestión secundaria y representa el lugar del campamento, por lo que debe estar situado en un radio tal que las tropas puedan llegar a la formación en el momento oportuno. Si, por el contrario, el ejército se acuartela con fines recreativos, el alojamiento de las tropas es lo principal, y las demás medidas, incluida la elección más específica del punto de despliegue, deben determinarse en consecuencia.

La primera cuestión a considerar aquí se refiere a la forma de todo el distrito de acuartelamiento. Normalmente esta forma es un oblongo muy estirado, una mera ampliación del orden táctico de batalla. El punto de reunión está delante y el cuartel general detrás. Ahora bien, estas tres disposiciones son muy obstructivas, casi contrarias, a la reunión segura del conjunto antes de la llegada del enemigo.

Cuanto más formen los cuarteles un cuadrado o incluso un círculo, más rápido podrán unirse las tropas en un punto, es decir, el centro. Cuanto más atrás esté el punto de reunión, más tarde lo alcanzará el enemigo y más tiempo tendremos para reunirnos. Un punto de reunión detrás del cuartel nunca puede estar en peligro. Por el contrario, cuanto más avanzado esté el cuartel general, antes llegarán los informes y mejor informado estará de todo el comandante. Sin embargo, estas disposiciones no carecen de razones, que merecen más o menos consideración.

222

Con la extensión de los cuarteles a lo ancho, se pretende cubrir el terreno que, de otro modo, el enemigo querría utilizar para abastecerse. Pero esta razón no es del todo cierta ni muy importante. Sólo es cierta si hablamos de las alas exteriores y no del intersticio que surge entre dos divisiones del ejército cuando sus cuarteles se extienden más alrededor de su punto de reunión; pues ninguna masa enemiga se aventurará en este intersticio. No es muy importante, porque hay medios más sencillos de retirar los distritos de la zona próxima a nosotros de los tendidos del enemigo que la dispersión del propio ejército.

La intención de presentar los artículos de montaje es cubrir los cuartos. Esto está relacionado de la siguiente manera. En primer lugar, una tropa que se apresura a pasar por las armas deja siempre en sus cuarteles un rastro de hombres rezagados, enfermos, equipajes, provisiones, etc., que podrían caer fácilmente en manos del enemigo si la formación se hace a la inversa. En segundo lugar, hay que temer que si el enemigo pasara con destacamentos de caballería de la vanguardia, o si ésta hubiera sido volada del todo, caerían en los regimientos y batallones dispersos. Una fuerza montada, con la que se encuentra, aunque débil, y que al final debe ser dominada, le hace sin embargo detenerse, y se gana tiempo.

En cuanto a la ubicación del cuartel general, se creía que nunca podría asegurarse lo suficiente.

Después de estas diversas consideraciones, creeríamos que la mejor disposición de los distritos de acuartelamiento sería que ocuparan un oblongo que se aproximara al cuadrado o al círculo, que tuvieran el punto de reunión en el centro y el cuartel general en primera fila con masas razonablemente considerables.

Lo que se ha dicho generalmente sobre la cobertura de las alas en la formación sigue siendo cierto aquí también, por lo tanto los cuerpos separados de la fuerza principal a la derecha y a la izquierda seguirán teniendo su propio punto de reunión con la fuerza principal a la misma altura incluso si se pretende atacar juntos.

Si, por cierto, se considera que la naturaleza de la región determina, por una parte, por las secciones favorables del terreno, el punto natural de instalación, y por otra, por las ciudades y aldeas, la posición de los barrios, se comprenderá bien cuán pocas veces la forma geométrica es decisiva en esto; pero era necesario llamar la atención sobre ella, porque, como todas las leyes generales, prevalece más pronto, más pronto menos, por la generalidad de los casos.

Otra cosa que puede decirse de la posición ventajosa de los cuarteles es la elección de una sección de cobertura de la zona para tomar los cuarteles detrás de ella, mientras el bando enemigo es observado por tropas pequeñas pero numerosas, o tomarlos detrás de fortalezas, que en tales circunstancias, cuando no se puede estimar la fuerza de su guarnición, infunden mucho más respeto y cautela en el enemigo.

Nos reservamos el derecho de hablar de los cuarteles de invierno fortificados en otro artículo.

223

Los cuarteles de una fuerza en marcha se diferencian de los de una fuerza en pie en que, para evitar desvíos, se extienden poco, sino que se mueven a lo largo del camino, lo cual, si no excede la medida de un pequeño día de marcha, es nada menos que desfavorable para una rápida reunión.

En todos los casos en que se esté frente al enemigo, como es el término del arte, es decir, en todos los casos en que no haya un espacio considerable entre las vanguardias mutuas, la extensión de los cuarteles y el tiempo necesario para reunir las tropas determinarán la fuerza y la posición de la vanguardia y de los puestos avanzados; o cuando éstos estén condicionados por el enemigo y las circunstancias, a la inversa, la extensión de los cuarteles dependerá del tiempo que nos proporcione la resistencia de la vanguardia.

Cómo hay que pensar en esta resistencia en el caso de los cuerpos avanzados, lo hemos dicho en el tercer capítulo de este libro. Del tiempo de esta última hay que deducir el tiempo de notificación y de la retirada de las tropas, y sólo queda el tiempo que se puede utilizar para la marcha de unificación.

Para fijar aquí nuestras ideas en un resultado, tal como sería en las condiciones más ordinarias, quisiéramos observar que, si los cuarteles estuvieran a la distancia de la vanguardia del radio, y el punto de reunión estuviera situado bastante en el centro de los cuarteles, el tiempo ganado por la detención del avance enemigo quedaría para la notificación y la retirada, lo que en la mayoría de los casos sería suficiente, incluso si la notificación no se hiciera por medio de fanales, disparos de señales, etc., sino por meros relevos de artillería, que son los únicos que dan la debida seguridad, sino por meros relevos de artillería, que son los únicos que dan la seguridad adecuada.

Así, con una vanguardia avanzada tres millas, se podría ocupar con los cuarteles un espacio de unas 30 millas cuadradas. En un país medianamente poblado, se encontrarían unas 10.000 chimeneas en este espacio, lo que, para un ejército de 50.000 hombres, después de tener en cuenta la vanguardia, daría unos 4 hombres por chimenea, es decir, muy cómodo, y para un ejército el doble de fuerte, 9 hombres por chimenea, es decir, todavía no muy cerca. Por otra parte, si la vanguardia no hubiera podido avanzar más de una milla, sólo se obtendría un espacio de 4 millas cuadradas; pues aunque la ganancia de tiempo no disminuye en el mismo grado que la distancia de la vanguardia, y a la distancia de una milla todavía se podría contar con unas 6 horas de tiempo, sin embargo la precaución también debe aumentar a tal proximidad del enemigo. Un ejército de 50.000 hombres en semejante espacio sólo encontraría acomodo en una zona muy poblada.

Se puede ver el papel decisivo que desempeñan las ciudades grandes o al menos importantes, que dan la oportunidad de albergar de 10 a 20.000 hombres casi en un mismo punto.

De este resultado se deduce que, si no se está demasiado cerca del enemigo y se dispone de una vanguardia adecuada, se puede incluso permanecer en cuartel contra un enemigo reunido, como hizo Federico el Grande a principios de 1762 en Breslau y Bonaparte en 1812 en Vitebsk. Sin embargo, incluso si uno no tuviera nada de qué preocuparse contra un enemigo reunido, dada una distancia adecuada y disposiciones apropiadas para la seguridad de la reunión, uno no debe olvidar que un ejército que está ocupado reuniéndose a toda prisa no puede hacer nada más en ese momento; que por lo tanto es incapaz de utilizar las circunstancias resultantes inmediatamente, por lo que la mayor parte de su eficacia le es arrebatada. La consecuencia es que un ejército sólo pasará completamente a cuartel en los tres casos siguientes:

224

1. Si el enemigo hace lo mismo;
2. si el estado de las tropas lo hace absolutamente necesario;
3. si la próxima actividad de este último se limita absolutamente a la defensa de una posición fuerte, y por lo tanto no importa nada más que reunir en ella las tropas en el momento oportuno.

Un ejemplo bastante extraño de la reunión de un ejército cantonal es la campaña de 1815. El general Zieten con la vanguardia de Blücher de 30.000 hombres se encontraba en Charleroi, a sólo 2 millas de Sombreffe, donde estaba prevista la reunión del ejército. Los cuarteles más alejados del ejército estaban a unas 8 millas de Sombreffe, es decir, por un lado más allá de Ciney, por el otro hasta Lieja. Sin embargo, las tropas trasladadas más allá de Ciney se reunieron allí varias horas antes del comienzo de la batalla de Ligny, y las trasladadas hacia Lieja (el cuerpo de Bülow) también habrían estado allí de no ser por el azar y los fallos en la notificación.

Es indiscutible que la seguridad del ejército prusiano no estaba debidamente prevista; pero hay que decir a modo de explicación que esas condiciones habían sido adoptadas cuando el propio ejército francés se encontraba aún en extensos cuarteles, y que el error consistió únicamente en no haberlas cambiado en el momento en que se recibieron las primeras noticias de movimientos en el ejército enemigo y de la llegada de Bonaparte al mismo.

Siempre resulta extraño que el ejército prusiano pudiera estar todavía unido en Sombreffe antes del ataque del enemigo. Es cierto que Blücher recibió noticias del avance enemigo el día 14 por la noche, es decir, 12 horas antes de que el general Zieten fuera realmente atacado, y comenzó su reunión; pero el día 15 temprano, a las 9, el general Zieten ya estaba bajo fuego total, y en ese momento el general Thielmann en Ciney sólo recibió la orden de marchar a Namur. Por lo tanto, primero tuvo que reunir su cuerpo en divisiones y luego recorrer 6'Z> millas hasta Sombreffe, lo que se hizo en 24 horas. El general Bülow también podría haber llegado en ese momento, si la orden le hubiera llegado correctamente.

Bonaparte, sin embargo, no llegó a atacar Ligny hasta las dos del mediodía del día 16. La aprensión de tener a Wellington por un lado y a Blücher por otro en su contra, es decir, la desproporción de fuerzas, contribuyó a esta lentitud. La aprensión de tener a Wellington de un lado y a Blücher del otro en su contra, en otras palabras, la desproporción de poder, contribuyó a esta lentitud; pero uno puede ver cómo incluso el general más resuelto se ve frenado por el cauteloso ir a tientas que siempre es inevitable en casos algo complicados.

Algunas de las consideraciones que aquí se hacen son obviamente más tácticas que estratégicas; pero hemos preferido extendernos un poco antes que correr el riesgo de no ser claros.

5.14 CAPÍTULO CATORCE: MANTENIMIENTO

Esto se ha vuelto mucho más importante en las guerras más recientes, por dos razones: en primer lugar, porque los ejércitos son generalmente mucho mayores que los de la Edad Media e incluso que los del mundo antiguo; pues aunque de vez en cuando se produzcan ejércitos que iguallen en tamaño a los más recientes o incluso los superen con creces, se trata de fenómenos raros y temporales, mientras que en la historia más reciente de la guerra, desde Luis XIV, los ejércitos han sido siempre muy numerosos. La segunda razón, sin embargo, es aún más importante y más propia de los tiempos modernos. Consiste en la mayor coherencia interna de nuestras guerras, en la constante preparación para la batalla de las fuerzas que las libran. La mayoría de las guerras antiguas consistían en empresas individuales e inconexas, separadas unas de otras por pausas, durante las cuales la guerra estaba completamente latente y sólo existía políticamente, o en las que las fuerzas armadas se habían distanciado al menos unas de otras hasta tal punto que cada una sólo perseguía sus propias necesidades sin tener en cuenta a la fuerza contraria.

Las guerras más recientes, es decir, las posteriores a la Paz de Westfalia, han adquirido una forma regular y más coherente gracias a los esfuerzos de los gobiernos; el propósito bélico prevalece en todas partes y exige tales instituciones, también en lo que respecta al mantenimiento, que pueda satisfacerse en todas partes. Aunque las guerras de los siglos XVII y XVIII también tienen grandes pausas en la tregua, que se acercan a un cese completo de la guerra, a saber, los cuarteles de invierno regulares, éstos también permanecen siempre subordinados al propósito bélico; es la mala temporada, pero no el mantenimiento de las tropas, lo que provoca esto, y puesto que regularmente cesan con la llegada del verano, la acción bélica ininterrumpida es necesaria al menos durante la buena temporada.

Como en todas partes las transiciones de un estado y de un modo de proceder a otro se produjeron gradualmente, lo mismo ocurre aquí. En las guerras contra Luis XIV, los aliados solían enviar sus tropas a provincias más lejanas durante los cuarteles de invierno para poder mantenerlas más fácilmente; en las guerras de Silesia esto ya no ocurre.

Esta forma regular y coherente de acción militar fue posible para los estados principalmente gracias a la sustitución de los ejércitos feudales por mercenarios. La obligación feudal se transformó ahora en un impuesto, y el servicio personal o bien desapareció por completo, en el sentido de que la publicidad ocupó su lugar, o bien permaneció sólo en una clase muy reducida del pueblo, en el sentido de que la nobleza consideraba el reclutamiento (como todavía ahora en Rusia y Hungría) como una especie de impuesto, como un impuesto humano. En cualquier caso, como hemos dicho en otra parte, los ejércitos se convirtieron ahora en un instrumento del gabinete, cuya base principal era el tesoro o los ingresos monetarios del gobierno.

Lo mismo que había ocurrido con la creación y reposición constante de las fuerzas armadas tenía que ocurrir con su mantenimiento. Si los Estados habían sido liberados de lo primero a cambio de una compensación monetaria, lo segundo no podía imponérseles de nuevo en tan breves desvíos. El gabinete, el Tesoro, debía, pues, proveer al mantenimiento del ejército y no podía dejarlo vivir en su propio país a expensas del ejército. Los gobiernos, por tanto, tenían que considerar el mantenimiento de las fuerzas armadas como un asunto enteramente suyo. De este modo, el mantenimiento se hizo doblemente difícil; en primer lugar, porque se convirtió en un asunto del gobierno y, en segundo lugar, porque las fuerzas armadas debían permanecer siempre frente al enemigo.

Así, no sólo se creó una nación guerrera independiente, sino también una institución independiente para su alimentación, y se la adiestró hasta donde quiso llegar.

No sólo se traían las provisiones para la subsistencia desde puntos remotos, por dinero o por fichas de dominó, y se apilaban en almacenes, sino que también se llevaban desde estos puntos a las tropas por medio de su propio sistema de transporte, se cocían en sus proximidades por medio de su propia panadería, y se volvían a traer por medio de otro sistema de transporte, que finalmente se entregaba a las propias tropas. Echamos un vistazo a este sistema, no sólo porque explica la peculiaridad de las guerras en las que ha existido, sino porque nunca puede cesar completamente, y componentes individuales del mismo siempre volverán a ocurrir.

Así pues, el estamento bélico se esforzó por independizarse cada vez más del pueblo y del país.

La consecuencia fue que la guerra se hizo así más regular, más coherente, más subordinada a la finalidad bélica, es decir, política, pero al mismo tiempo también mucho más limitada y coercitiva en sus movimientos e infinitamente debilitada en su energía. Pues ahora uno estaba atado a las revistas, limitado a las esferas de acción del sistema de transporte, y nada era más natural que el conjunto tomara la dirección de organizar el mantenimiento del ejército de la forma más económica posible. El soldado, alimentado con un exiguo trozo de pan, se tambaleaba a menudo como una sombra, y ninguna perspectiva de cambio de fortuna le consolaba en el momento de la privación.

Quien quiera hacer pasar por indiferente esta escasa alimentación del soldado y sólo piense en lo que Federico el Grande hizo con sus soldados así alimentados, no mira el objeto con total imparcialidad. El poder de privación constituye una de las mejores virtudes en el soldado, y sin él no hay ejército de verdadero espíritu guerrero, pero esta privación debe ser temporal, dictada por la fuerza de las circunstancias, y no la consecuencia de un sistema deficiente o de un cálculo exiguo y abstracto de la necesidad. En ese caso, siempre debilitará la fuerza del individuo física y moralmente. Lo que Federico el Grande hizo con sus guerreros no puede servir de baremo, pues en parte se oponía al mismo sistema, y en parte no sabemos cuánto más habría hecho si hubiera podido dejar vivir a sus guerreros como Bonaparte dejó vivir a los suyos, tantas veces como se lo permitieron las circunstancias.

Sólo en cuanto al mantenimiento de los caballos, nunca se había atrevido a extender el sistema de ración artificial, porque éste tiene muchas más dificultades de transporte debido a su volumen. Una ración pesa alrededor de diez veces más que una porción, pero el número de caballos en un ejército no es de 1/10 de los hombres, sino de 14 a 1/3 y era por otra parte de 1/3 a 1, por lo tanto el peso de las raciones es tres, cuatro o cinco veces mayor que el de las porciones; por esta razón se buscaba satisfacer esta necesidad de la manera más directa, es decir a través de los fouragings. Estos fouragings imponían una gran restricción a la guerra de otra manera: en primer lugar, haciendo que el objetivo principal fuera que la guerra se librara en territorio enemigo; en segundo lugar, no permitiendo que permaneciera demasiado tiempo en una misma región. Sin embargo, en la época de las guerras de Silesia, el número de fouragings ya había disminuido considerablemente; se comprobó que la devastación y la presión sobre la región eran mucho mayores que si la necesidad se satisfacía con entregas y exacciones de la región.

Cuando la Revolución Francesa llevó de nuevo una fuerza popular al escenario de la guerra, los medios de los gobiernos ya no resultaron suficientes, y todo el sistema de guerra, que surgió de las limitaciones de estos medios y encontró su seguridad en esta limitación, saltó por los aires, y con el todo también la parte de la que nos ocupamos aquí, a saber, el sistema de subsistencia. Sin preocuparse mucho de los polvorines, y pensando aún menos en poner en marcha ese mecanismo de relojería artificial que hacía girar como una rueda los diversos

departamentos del sistema de transporte, los dirigentes revolucionarios enviaron a sus soldados al campo de batalla, condujeron a sus generales al combate, alimentaron, fortalecieron, reanimaron, estimularon todo reuniendo, robando y saqueando lo que necesitaban.

Entre estos dos extremos, la guerra bajo y contra Bonaparte permaneció en el medio, es decir, utilizó lo que quiso de los medios de cada tipo; y así permanecerá probablemente durante el tiempo venidero.

En la forma más nueva de alimentar a las tropas, es decir, utilizando todo lo que la región puede ofrecer, sin tener en cuenta lo mío y lo tuyo, hay cuatro maneras diferentes, a saber: alimentación por el anfitrión, por recogida, de la que se encargan las tropas por sí mismas, por abastecedores generales y por almacenes. Las cuatro suelen utilizarse conjuntamente, y una de ellas tiende a prevalecer, pero también hay casos en los que sólo se utiliza una.

1) Los alimentos los suministra el propietario o la comunidad, que viene a ser lo mismo. Si se tiene en cuenta que una comunidad, aunque sólo esté formada por consumidores como las grandes ciudades, debe tener siempre reservas de alimentos para varios días, es fácil ver que incluso la ciudad más poblada podrá alimentar a un ejército cercano a su población durante un día, y si el ejército es mucho más débil, durante varios días, sin necesidad de disposiciones especiales. Esto da un resultado muy satisfactorio en las grandes ciudades, porque se puede alimentar a una masa considerable de tropas en un solo punto. En ciudades más pequeñas, sin embargo, o incluso en aldeas, el resultado sería muy insuficiente; pues una población de 3 a 4.000 personas por milla cuadrada, que ya es muy considerable, sólo proporcionaría alimentos para 3 a 4.000 hombres, lo que, en el caso de masas considerables, requeriría una distribución tan amplia de las tropas que difícilmente podrían mantenerse las demás condiciones. Pero en el campo llano e incluso en las pequeñas ciudades, la masa de víveres que es importante en la guerra es mucho mayor; la provisión de pan de un campesino suele bastar para su familia de 8 a 14 días; la carne puede procurarse diariamente, las verduras suelen estar disponibles hasta la próxima cosecha. Por lo tanto, en los cuarteles que aún no han sido ocupados, no es difícil alimentar a tres o cuatro veces la población durante algunos días, lo que de nuevo da un resultado muy suficiente. Una columna de 30.000 hombres con una población de 2 a 3.000 almas, si no se puede ocupar ninguna ciudad considerable, necesitaría unas 4 millas cuadradas de espacio, lo que daría una extensión lateral de 2 millas. Así, con un ejército de 9.000 hombres, que se podría calcular en unos 75.000 combatientes, si marchara en tres columnas una al lado de la otra, sólo habría que ocupar una anchura de 6 millas, si se encontraran tres caminos en esta anchura.

228

Si varias columnas se suceden en un acuartelamiento de este tipo, las autoridades locales deben proporcionar un asesoramiento especial, que, sin embargo, no es difícil para la necesidad de uno o unos días más. Así, si a los 9.000 hombres mencionados les siguieran otros tantos un día más tarde, aún no estarían necesitados, lo que ya ocurre con la considerable masa de 150.000 combatientes.

El forraje para los caballos tiene aún menos dificultades, pues no es necesario molerlo y cocerlo, y como los medios de subsistencia de los caballos del campo deben estar disponibles hasta la próxima cosecha, no será fácil que falte incluso donde haya poco forraje estable; sólo que, por supuesto, el suministro de forraje debe ser exigido por la comunidad y no por el propietario. Ni que decir tiene que, a la hora de organizar la marcha, debe tenerse en cuenta la naturaleza de la zona, para no desalentar la monta en las ciudades y zonas comerciales y fabriles.

El resultado de esta somera ojeada es, pues, que en un país medianamente poblado, a saber, de 2 a 3.000 almas por milla cuadrada, con un ejército de 150.000 combatientes en una

extensión muy pequeña, no concluyendo una huelga común, se encontrará el sustento para uno o dos días en las posadas y comunidades; es decir, que se puede mantener tal ejército en una marcha ininterrumpida sin polvorines y otros preparativos.

En este resultado se basaron las empresas de los ejércitos franceses en la Guerra de la Independencia y bajo Bonaparte. Avanzaron desde el Adigio hasta el bajo Danubio y desde el Rin hasta el Vístula sin disponer de muchos más medios de subsistencia que los de la hueste y sin sufrir nunca penurias. Como sus empresas se basaban en la superioridad física y moral, iban acompañadas de éxitos indudables y, al menos en ningún caso, se veían retrasadas por la indecisión y la cautela, el movimiento en su camino hacia la victoria era, en su mayor parte, el de una marcha ininterrumpida.

Si las circunstancias son menos favorables, si la población no es tan numerosa, o si se compone más de comerciantes que de agricultores, si el suelo es pobre, si la superficie ya ha sido asolada varias veces, el resultado será naturalmente menor. Pero si consideramos que al aumentar la extensión lateral de una columna de 2 a 3 millas, obtenemos más del doble de superficie, es decir, nueve millas cuadradas en lugar de cuatro, y que ésta sigue siendo una extensión que en casos ordinarios permite la batida comunal, podemos ver que incluso en circunstancias desfavorables, con un movimiento ininterrumpido, este método de alimentación seguirá siendo posible.

229

Pero en cuanto se produzca una paralización de varios días, surgirá la mayor necesidad si no se toman otras precauciones. Estas precauciones consisten en dos facilidades, sin las cuales un ejército considerable no puede permanecer ni siquiera ahora. La primera es un sistema de transporte proporcionado a las tropas, por medio del cual el pan o la harina, como la parte más necesaria de la subsistencia, puede llevarse para unos pocos, es decir, de tres a cuatro días; si a esto se añaden tres o cuatro días, que el soldado lleva consigo, siempre hay seguridad para ocho días de la subsistencia más necesaria.

La segunda disposición es la de un comisariado propio, que en cada momento de descanso convoca suministros de cuarteles distantes, de modo que en cualquier momento se puede pasar de un sistema de acuartelamiento a otro.

La ventaja de alimentar a las tropas en sus cuarteles es que no requiere medios de transporte y se realiza en el menor tiempo posible; pero presupone, por supuesto, que por regla general todas las tropas estén alojadas en cuarteles.

2. raciones por exacción de las tropas. Si un solo batallón acampa, puede hacerlo en las cercanías de unas pocas aldeas, y éstas pueden recibir instrucciones de suministrarle víveres; entonces las raciones no diferirían esencialmente de las anteriores. Sin embargo, si, como suele ocurrir, la masa de tropas que va a acampar en un punto es mucho mayor, no queda más remedio que reunir los suministros necesarios para un conjunto mayor, por ejemplo una brigada o una división, en determinados distritos y distribuirlos después.

La primera ojeada muestra que por este método nunca se podrá procurar el mantenimiento de ejércitos considerables. El rendimiento de las provisiones del país será mucho menor que si las tropas se hubiesen acuartelado en el mismo distrito; pues donde 30 ó 40 hombres penetran en la casa del campesino, sabrán conseguir lo último donde falta; pero un oficial que es enviado con unos pocos hombres a conseguir víveres no tiene ni tiempo ni medios para buscar todas las provisiones de esta manera; a menudo faltarán también medios de transporte: por lo tanto, sólo podrá conseguir una pequeña parte de lo disponible. Por otra parte, en los campamentos las masas de tropas están tan concentradas en un mismo lugar que los distritos de los que se pueden traer suministros con rapidez son demasiado insignificantes para la totalidad de las necesidades. ¡Qué significa que 30.000 hombres conduzcan alimentos en un

círculo de una milla, es decir, desde una superficie de 3 a 4 millas cuadradas! Y, sin embargo, rara vez podrán hacerlo, pues la mayoría de las aldeas más cercanas estarán ocupadas por destacamentos individuales de tropas que no quieren dejar pasar nada. Por último, la mayor parte se desperdicia de esta manera, porque los individuos reciben más de lo que necesitan, se pierde mucho sin comer, etc.

El resultado, entonces, es que el aprovisionamiento mediante tales exacciones sólo puede tener lugar con éxito con masas de tropas que no sean demasiado grandes, por ejemplo con una división de 8 a 10.000 hombres, y que incluso aquí sólo se permitirá que ocurra como un mal necesario.

Suele ser inevitable en el caso de todos los destacamentos que se sitúan directamente frente al enemigo, como las vanguardias y los puestos avanzados, en caso de movimiento de avance, porque éstos llegan a puntos en los que no podría hacerse ningún tipo de preparativos, y suelen estar demasiado alejados de los suministros recogidos para el resto del ejército; además, en el caso de cuerpos de patrulla abandonados a su suerte; por último, en todos los casos en los que resulta que no hay tiempo ni medios para otras provisiones.

230

Cuanto más preparadas estén las tropas para una alimentación regular, cuanto más tiempo y circunstancias les permitan cambiar a este método de alimentación, mejor será el resultado. Pero lo que suele faltar es tiempo, pues lo que las tropas obtienen inmediatamente, lo obtienen mucho más rápidamente.

3. mediante licitaciones periódicas. Este es sin duda el medio más sencillo y eficaz de suministrar alimentos, que también ha sido la base de todas las guerras recientes.

Este método difiere del anterior en que intervienen las autoridades estatales. Los suministros ya no se tomarán por la fuerza de donde se encuentren, sino que se suministrarán de forma ordenada mediante una distribución sensata. Sólo las autoridades provinciales pueden realizar esta distribución.

Aquí todo depende del tiempo. Cuanto más tiempo haya, más general podrá ser la distribución, menos presionará y más regular será el éxito. Incluso se puede recurrir a las compras con dinero en efectivo, y así este tipo de compromiso se acercará más al siguiente. En todas las reuniones de fuerzas en su propio país esto no tiene ninguna dificultad, y por regla general ni siquiera en los movimientos retrógrados. En cambio, en todos los movimientos hacia una región de la que aún no se está en posesión, queda muy poco tiempo para tales disposiciones; por lo general, sólo el día que la vanguardia suele ir por delante del ejército. Con esto, las autoridades provinciales reciben peticiones sobre cuántas porciones y raciones deben tener preparadas aquí y allá. Como éstas sólo pueden traerse de la zona más cercana, es decir, de unos pocos kilómetros alrededor del punto designado, estas acumulaciones hechas apresuradamente no serían ni mucho menos suficientes para ejércitos considerables si el ejército no las llevara consigo durante varios días. Por lo tanto, corresponde a los comisariados administrar lo que han recibido y dar sólo a las unidades que no tienen nada. Con cada día sucesivo, sin embargo, el apuro disminuirá; porque si las distancias desde las que se puede traer la comida aumentan como el número de días, también lo hace la superficie y, en consecuencia, el resultado como las casillas. Si el primer día sólo pueden entregarse 4 millas cuadradas, el siguiente 16, el tercero 36; así, el segundo 12 más que el primero, el tercero 20 más que el segundo.

Huelga decir que esto es sólo una indicación de las circunstancias, pues hay muchas circunstancias limitantes, la más importante de las cuales es que la región de la que acaba de llegar el ejército no puede cooperar en la misma medida que las demás. Pero, por otra parte,

también hay que tener en cuenta que el radio de abastecimiento puede aumentar más de dos millas al día, tal vez tres o cuatro, y en algunos lugares incluso más.

El poder ejecutivo de los destacamentos individuales adscritos a los funcionarios, pero aún más el miedo a la responsabilidad, al castigo y a los malos tratos, que en estos casos tiende a pesar sobre toda la población como una presión general, garantiza que estos partos anunciados, al menos la mayor parte de ellos, se lleven realmente a cabo.

Por cierto, no es nuestra intención describir las instalaciones detalladas, todo el mecanismo de relojería del comisariado y el sistema de catering, sólo tenemos en mente el resultado.

231

Este resultado, que se desprende de nuestra visión de sentido común de la situación general y que ha sido probado por la experiencia de las guerras libradas desde la Revolución, es que incluso el ejército más numeroso, si lleva consigo víveres para algunos días, puede ser alimentado sin vacilación por tales tendales, que sólo se producen en el momento de la llegada, afectan primero a la región más próxima y luego, con el tiempo, se extienden en círculos cada vez más amplios y se desorganizan desde puntos cada vez más elevados.

Este remedio no tiene otros límites que el agotamiento, el empobrecimiento y la destrucción del país. Ahora bien, como en el caso de una estancia más larga las órdenes se elevan hasta las más altas autoridades del país, y éstas, naturalmente, harán todo lo posible para distribuir la carga lo más equitativamente posible, para aliviar la presión mediante compras, ya que ni siquiera el estado beligerante extranjero en este caso suele ser tan crudo y despiadado, incluso el estado beligerante extranjero no es en este caso tan despiadado como para imponer toda la carga del mantenimiento a nuestro país cuando permanece allí durante mucho tiempo, por lo que el sistema de abastecimiento tiende gradualmente a acercarse al sistema de revistas por sí mismo, sin por ello cesar del todo, ni alterar notablemente la influencia que ejerce sobre los movimientos bélicos; Porque otra cosa es cuando las fuerzas de la región se reponen con provisiones traídas de distancias mayores, pero el país mismo sigue siendo el órgano real de las provisiones del ejército, o cuando, como en las guerras del siglo XVIII, el ejército provee a su propio hogar enteramente independiente, y el país por regla general no tiene nada que ver con ello.

Dos cosas marcan la diferencia principal: el uso del sistema nacional de transporte y las panaderías nacionales. Esto elimina el enorme cuerpo de transporte del ejército que casi siempre destruye su propio trabajo.

Es cierto que incluso ahora ningún ejército puede estar enteramente sin transporte, pero éste es infinitamente menor y sólo sirve, por así decirlo, para transferir el excedente de un día al siguiente. Circunstancias especiales, como las de Rusia en 1812, también han obligado en tiempos más recientes al ejército a llevar un gran número de carros, e incluso ha habido que llevar panaderías de campaña; Pero en parte se trata de excepciones, pues qué pocas veces ocurre que 300.000 hombres avancen casi 130 millas por una sola carretera, y eso en un país como Polonia y Rusia y poco antes de la cosecha; en parte, también, en tales casos las disposiciones tomadas para el ejército sólo se considerarán como una ayuda temporal y, por tanto, los suministros de la región se considerarán siempre como la base de la totalidad de las raciones.

Desde las primeras campañas de la Guerra de la Independencia francesa, por tanto, el sistema de entrega ha sido la base constante de los ejércitos franceses, e incluso los aliados que se les oponían han tenido que pasarse a él, y es difícil esperar que se pueda volver atrás. Ningún otro sistema da tales resultados, tanto en lo que se refiere a la energía de la guerra como a su facilidad y despreocupación. Dado que durante las 3 ó 4 primeras semanas uno no suele pasar apuros allá donde vaya, y que después puede ser ayudado por las revistas, bien puede decirse que de este modo la guerra ha adquirido la más perfecta libertad. Es cierto que

las dificultades serán mayores en un sentido que en otro, y esto puede contar algo en la balanza de la deliberación, pero nunca se encontrará una imposibilidad absoluta, y nunca la consideración dada a la subsistencia decidirá imperiosamente. Sólo hay una excepción a esta regla: las retiradas a territorio enemigo. Aquí confluyen un gran número de condiciones desfavorables para la subsistencia. El movimiento es progresivo, y por lo general sin ninguna estancia particular, por lo que no hay tiempo para reunir suministros; las circunstancias en las que se inicia tal retirada son por lo general ya muy desfavorables, por lo que es necesario permanecer juntos en masa en todo momento, y por lo tanto por lo general no se puede hablar de distribución en cuarteles o de una dispersión considerable en las columnas; la hostilidad del país no permite reunir provisiones por meras invitaciones a licitar sin poder ejecutivo, y finalmente el momento es en sí mismo todavía particularmente apto para provocar la resistencia y la mala voluntad de los habitantes del país. Todo esto significa que en tales casos uno se limita generalmente a las líneas establecidas de comunicación y retirada.

232

Cuando Bonaparte quiso emprender la retirada en 1812, sólo pudo hacerlo por el camino por el que había venido, y eso por una cuestión de mantenimiento, porque habría perecido aún más pronto y más indudablemente por cualquier otro camino, y todo lo que incluso los escritores franceses han dicho censurando esto es absolutamente incomprensible.

4. el mantenimiento a partir de revistas. Si este modo de subsistencia todavía difiere genéricamente del precedente, sólo podría ser con un establecimiento como el que tuvo lugar en el último tercio del siglo XVII y durante el siglo XVIII. ¿Podrá volver alguna vez esta institución?

Ciertamente, apenas se comprende cómo podría ser de otro modo si se imagina la guerra con grandes ejércitos desterrados a un mismo lugar durante 7, 10, 12 años, como ha sucedido en los Países Bajos, en el Rin, en la Alta Italia, en Silesia y en Sajonia; pues ¿qué país podría seguir siendo el principal órgano de mantenimiento de los ejércitos del otro durante tanto tiempo sin arruinarse por completo, es decir, sin dejar de prestar gradualmente su servicio?

Pero aquí surge naturalmente la pregunta: ¿la guerra determinará el sistema de raciones o el sistema de raciones determinará la guerra? Nosotros respondemos: en primer lugar, el sistema alimentario determinará la guerra, en la medida en que lo permitan las demás condiciones de las que depende; pero cuando éstas empiecen a ofrecer demasiada resistencia, la guerra actuará de nuevo sobre el sistema alimentario, y en este caso, por tanto, lo determinará.

La guerra basada en el sistema de reparto y raciones locales tiene tal superioridad sobre la guerra con meras raciones de almacén que esta última ya no parece en absoluto el mismo instrumento. Ningún Estado, por lo tanto, se atreverá a oponer la segunda a la primera, y si en algún lugar hubiera un ministro de la guerra lo bastante limitado e ignorante como para juzgar mal la necesidad general de estas condiciones y equipar al ejército a la antigua usanza al comienzo de la guerra, la fuerza de las circunstancias pronto se llevaría por delante al comandante, y el sistema de suministro se impondría por sí mismo. Si además se considera que el gran gasto que tal arreglo supone debe necesariamente reducir la extensión de los armamentos, la masa de las fuerzas armadas, porque ningún Estado está superfluamente dotado de dinero, entonces esto no deja casi otra posibilidad de tal equipamiento que si ambas partes beligerantes se pusieran de acuerdo diplomáticamente, un caso que debe ser considerado como un mero juego de la imaginación.

233

Cuánto quiera hacer uno u otro de los gobiernos para complementarlo con instalaciones artificiales, para proteger más a su propio país, etc., puede quedar abierto; probablemente no será demasiado, porque en tales momentos uno siempre se deja llevar primero por las

necesidades más urgentes, y un sistema artificial de suministro de alimentos ya no es una de éstas.

Pero cuando una guerra no es tan decisiva en sus éxitos, ni tan extensa en sus movimientos, como es realmente su naturaleza, el sistema de abastecimiento empezará a agotar la región hasta tal punto que, o bien habrá que hacer la paz, o bien se tomarán disposiciones para el socorro del país y el mantenimiento independiente del ejército. Este último fue el caso de los franceses bajo Bonaparte en España; pero mucho más frecuentemente ocurrirá lo primero. En la mayoría de las guerras el agotamiento de los Estados aumenta tanto que, en lugar de llegar a la idea de una guerra más costosa, más bien se verán urgidos a la necesidad de la paz. De este modo, la guerra más nueva conducirá también al resultado de acortar las guerras.

No queremos, sin embargo, negar la posibilidad de guerras con el antiguo sistema de racionamiento en general; allí donde la naturaleza de las circunstancias empuje desde ambos lados, y surjan otras circunstancias favorables, tal vez se muestre de nuevo de vez en cuando; pero nunca podemos encontrar un organismo natural en esta forma por sí sola; es más bien sólo una anomalía que las circunstancias permiten, pero que nunca puede surgir del significado real de la guerra. Menos aún podemos considerar esta forma, por ser más humana, como una perfección de la guerra, pues la guerra en sí misma no es nada humana.

Sea cual fuere el método de aprovisionamiento elegido, es natural que resulte más fácil en las regiones ricas y pobladas que en las pobres y desiertas. El hecho de que también se tenga en cuenta la población se debe a la doble relación que guarda con los suministros disponibles en el país; en primer lugar, porque donde se consume mucho también debe haber mucho almacenado, y en segundo lugar, porque por regla general también hay mayor producción con una población más numerosa. Por supuesto, los distritos poblados principalmente por obreros son una excepción a esta regla, especialmente si están situados, como no es infrecuente, en valles montañosos rodeados de suelo estéril; pero en la generalidad de los casos es siempre mucho más fácil proveer a las necesidades de un ejército en un país populoso que en uno escasamente poblado. 400 millas cuadradas, en las que viven 400.000 personas, por muy fértil que sea el suelo, no podrán ciertamente trasladar 100.000 cabezas de un ejército tan fácilmente como 400 millas cuadradas en las que viven 2 millones. Además, en los países muy poblados las conexiones por carretera y por agua son más frecuentes y mejores, los medios de transporte más abundantes, las conexiones comerciales más fáciles y seguras. En una palabra, es infinitamente más fácil alimentar a un ejército en Flandes que en Polonia.

El resultado es que la guerra, con su cuádruple probóscide, prefiere descender por las carreteras principales, las ciudades populosas, los fértiles valles de los grandes ríos o a lo largo de la costa de mares agitados.

234

De ello se desprende la influencia general que el mantenimiento del ejército puede tener sobre la dirección y la forma de las empresas, sobre la elección de los teatros de guerra y de las líneas de comunicación.

Hasta dónde puede llegar esta influencia, qué valor puede darse en el cálculo a la dificultad o facilidad de mantenimiento, depende, por supuesto, en gran medida de la forma en que se vaya a conducir la guerra. Si se lleva a cabo en su verdadero espíritu, es decir, con la fuerza desenfundada de su elemento, con el impulso y la necesidad de la batalla y la decisión, entonces el mantenimiento del ejército es un asunto importante pero subordinado; pero si hay un equilibrio, donde los ejércitos se mueven de ida y vuelta en la misma provincia durante muchos años, entonces las raciones a menudo se convierten en el asunto principal, el intendente se convierte en el comandante y la gestión de la guerra en una administración de los carros.

Así hay innumerables campañas en las que no pasa nada, se pierde el propósito, las fuerzas se gastan inútilmente y todo se excusa con la falta de alimentos; contra esto Bonaparte solía decir: *iqu'on ne me parle pas des vivres!*

Es cierto que en la campaña de Rusia este comandante puso de manifiesto que esta temeridad puede llevarse demasiado lejos, pues, por no decir que toda su campaña pudo naufragar sólo por ello, lo que al final quedaría en una conjetura, pero no cabe duda de que debió a la falta de consideración por la subsistencia en el proceder el inaudito deshielo de su ejército, y en el regreso la completa ruina del mismo.

Pero sin juzgar mal en Bonaparte al jugador apasionado que a menudo se aventura hasta un extremo de locura, bien puede decirse que él y los generales revolucionarios que le precedieron han dejado de lado un poderoso prejuicio respecto a la alimentación y han demostrado que nunca debe considerarse de otro modo que desde el punto de vista de una *condición*, es decir, nunca como un fin.

Por lo demás, las privaciones en la guerra son como el esfuerzo físico y el peligro; las exigencias que el comandante puede imponer a su ejército no están limitadas por ninguna línea particular; un carácter fuerte exige más que un hombre de temperamento blando; el rendimiento del ejército también varía, según que la voluntad y la fuerza del soldado estén apoyadas por el hábito, el espíritu marcial, la confianza y el amor al comandante o el entusiasmo por la causa de la patria. Pero debería ser posible establecer esto como un principio, que la privación y la penuria, por grandes que sean, siempre se consideran sólo como condiciones temporales, y que deben conducir a un amplio sustento, incluso a la abundancia en un momento u otro. ¿Hay algo más conmovedor que la idea de tantos miles de soldados, pobremente vestidos, cargados con un equipaje de 30 a 40 libras, caminando penosamente durante días en todos los climas y caminos, arriesgando su salud y sus vidas incesantemente, y no pudiendo satisfacerse con pan seco? Cuando se sabe cuánto sucede esto en la guerra, es realmente difícil comprender cómo no conduce a menudo a un fracaso de la voluntad y de la fuerza, y cómo una mera dirección de ideas en el hombre es capaz de causar y sostener tales esfuerzos por su efecto duradero.

Quien, por lo tanto, impone grandes privaciones al soldado porque grandes propósitos lo exigen, tendrá también presente, ya sea por sentimiento o por prudencia, la compensación que le debe por ello en otros momentos.

235

Ahora tenemos que considerar la diferencia entre el mantenimiento del ataque y la defensa.

La defensa puede hacer uso ininterrumpido de los preparativos que ha podido hacer para alimentarse durante el acto de su defensa. El defensor, por tanto, no puede bien carecer de lo necesario; en su propio país será preferentemente así, pero sigue siendo cierto también en el del enemigo. El ataque, sin embargo, se aleja de sus fuentes de ayuda y debe, mientras dure su avance, e incluso en las primeras semanas de su pausa, procurarse lo necesario de un día para otro, por lo que rara vez pasa sin carencias y apuros.

Dos veces esta dificultad tiende a hacerse mayor. Una vez en el avance, antes de que se haya tomado la decisión; entonces los suministros del defensor están aún todos en sus manos, y el atacante ha tenido que dejar atrás los siniestros; tiene que amontonar sus masas y no puede ocupar así un gran espacio, incluso sus transportes ya no han podido seguirle en cuanto han comenzado los movimientos de batalla. Si no se hacen buenos preparativos en este momento, es fácil que las tropas se encuentren en la penuria y la angustia unos días antes de la batalla decisiva, lo que no es el medio de conducir las bien a la batalla.

La segunda vez la escasez surge preferentemente al final de la línea victoriosa, cuando las líneas de comunicación empiezan a hacerse demasiado largas, sobre todo si la guerra se libra

en un país pobre, desierto, tal vez incluso hostil. Qué enorme diferencia entre una conexión de Vilna a Moscú, donde cada carga debe ser traída por la fuerza, o de Colonia vía Lieja, Lovaina, Bruselas, Mons, Valenciennes, Cambrai a París, donde una orden comercial, una letra de cambio, es suficiente para traer millones de raciones.

Las consecuencias de esta dificultad han sido a menudo que el esplendor de las victorias más gloriosas se desvanece, las fuerzas se enflaquecen, la retirada se hace necesaria, y entonces asume gradualmente todos los síntomas de una verdadera derrota.

El forraje de los caballos, que, como hemos dicho, es el que menos puede faltar al principio, será el primero en faltar cuando la región se agote, pues es muy difícil traerlo desde lejos a causa de su volumen, y el caballo se arruina por falta mucho más rápidamente que el hombre. Por esta razón, un exceso de caballería y de artillería puede convertirse en una verdadera carga y en un verdadero principio de debilitamiento para un ejército.

5.15 CAPÍTULO QUINCE: BASE OPERATIVA

Cuando un ejército avanza desde los puntos de su origen hacia una empresa, ya sea el ataque al enemigo y a su teatro de guerra o el despliegue en las fronteras del propio, permanece en una dependencia necesaria de esas fuentes y debe mantener la conexión con ellas, pues son las condiciones de su existencia y de su existencia. Esta dependencia crece intensa y extensamente con el tamaño del ejército. Ahora bien, no siempre es posible ni necesario que el ejército permanezca en conexión directa con todo el país, sino sólo con aquella parte del mismo que se encuentra justo detrás de él y que, en consecuencia, está cubierta por su posición. En esta parte del país, en la medida en que sea necesario, se harán instalaciones especiales de suministros y se tomarán disposiciones para el reabastecimiento regular de las fuerzas suplementarias. Esta parte del país es, pues, la base del ejército y de todas sus empresas; debe considerarse con él como un todo. Si, para su mayor seguridad, los suministros se colocan en lugares fortificados, se refuerza el concepto de base, pero no se deriva de ello, pues en muchísimos casos esto no tiene lugar.

236

Pero incluso un trozo del país enemigo puede formar la base de un ejército, o al menos pertenecer a él, pues cuando un ejército ha avanzado en el país enemigo, muchas necesidades se extraen de la parte capturada del mismo; pero la condición en este caso es que uno sea realmente dueño de esta extensión de país, es decir, que esté seguro de seguir sus órdenes. Esta certeza, sin embargo, rara vez se extiende más allá de la medida en que los habitantes pueden ser mantenidos atemorizados por pequeñas guarniciones y tropas que se mueven de un lado a otro, y esto suele ser bastante limitado. La consecuencia es, por lo tanto, que en el país enemigo la zona de la que se pueden sacar necesidades de todo tipo es muy limitada en relación con las necesidades del ejército y no suele ser suficiente; que, por lo tanto, el propio país debe dar mucho, y que, en consecuencia, la parte de él que está detrás del ejército debe entrar siempre en consideración como componente necesario de la base.

Las necesidades de un ejército deben dividirse en dos clases: las que toda región cultivada le proporciona, y otras que sólo puede extraer de las fuentes de su origen. Las primeras son principalmente medios de mantenimiento y las segundas medios de complemento. Los primeros, por lo tanto, también pueden ser suministrados por el país enemigo, los segundos, por regla general, sólo por el suyo propio, por ejemplo, personas, armas y normalmente también municiones. Aunque se produzcan excepciones a esta distinción en casos individuales, son raras e insignificantes, y esta distinción sigue siendo muy importante y demuestra una vez más que la conexión con el propio país es indispensable.

Los víveres se acopian sobre todo en lugares abiertos, tanto en el país enemigo como en el propio, porque no hay tantas fortalezas como se necesitarían para contener la masa mucho mayor de estos víveres de consumo rápido, que se necesitan aquí y allá, y porque su pérdida es más fácil de reemplazar; en cambio, los suministros de medios suplementarios, es decir, armas, municiones y equipo, no se acopian fácilmente en lugares abiertos cerca del teatro de la guerra, sino que más bien se traen de distancias mayores, pero en el país enemigo nunca de otra manera que en fortalezas. Esta circunstancia también hace que la importancia de la base derive más de los medios de suplemento que de los medios de alimentación.

Ahora bien, cuanto más se reúnan los medios de ambos tipos, antes de llegar a su aplicación, en grandes depósitos, cuanto más, por tanto, se unan todas las fuentes individuales en grandes embalses, tanto más podrán considerarse éstos como los representantes de todo el país, y el concepto de base se referirá tanto más principalmente a estos grandes embalses; pero esto nunca puede ir tan lejos como para tomarlos sólo a ellos por base.

237

Si estas fuentes de suplemento y alimentación son muy ricas, es decir, si se trata de grandes y ricas extensiones de terreno, si están reunidas en instalaciones más grandes para una eficacia más rápida, si están cubiertas de una forma u otra, si están cerca del ejército, si buenas carreteras conducen a ellas, si se extienden muy por detrás del ejército o incluso lo abarcan parcialmente, entonces el resultado es en parte una vida más vigorosa para el ejército, en parte una mayor libertad de sus movimientos. Estas ventajas de la posición de un ejército se han intentado resumir en un solo concepto, a saber, en el tamaño de la base de operaciones. Con la relación de esta base con el objetivo de las empresas, con el ángulo que forman sus puntos extremos con este objetivo, concebido como un punto, se ha querido expresar toda la suma de las ventajas e inconvenientes que se derivan para un ejército de la posición y de la naturaleza de sus fuentes de alimentación y de suplemento; pero es evidente que esta elegancia geométrica es un artificio, ya que se basa en una serie de sustituciones que han tenido que hacerse todas a expensas de la verdad. La base de un ejército, como hemos visto, está formada por una triple gradación en la que se sitúa el ejército: las ayudas de la región, los almacenes hechos en puntos individuales y la *región* de la que se recogen estos almacenes. Estas tres cosas están localmente separadas, no pueden ser remontadas a una sola, y menos representadas por una línea que se supone representa la extensión latitudinal de la base, y que se concibe, generalmente de forma bastante arbitraria, bien de una fortaleza a otra, bien de una capital de provincia a otra, bien a lo largo de las fronteras políticas del país. Tampoco es posible determinar una relación definida entre estas tres gradaciones, pues en realidad sus naturalezas están siempre más o menos mezcladas. En un caso, el campo circundante proporciona muchos suplementos que, de otro modo, sólo se traen desde muy lejos; en el otro, uno se ve obligado a traer incluso alimentos desde lejos. En un caso, las fortalezas más cercanas son grandes arsenales, puertos, centros de comercio que reúnen a las fuerzas armadas de todo un Estado; en el otro, no son más que una exigua muralla que apenas se basta a sí misma.

La consecuencia ha sido que todas las conclusiones extraídas del tamaño de la base de operaciones y de los ángulos de operaciones, y todo el sistema de guerra construido sobre ella, en la medida en que era de naturaleza geométrica, nunca ha ganado la más mínima consideración en la guerra real, y sólo ha dado lugar a aspiraciones erróneas en el mundo de las ideas. Pero como la base de la serie de ideas es verdadera, y sólo los desarrollos son erróneos, este punto de vista volverá a prevalecer fácilmente y con frecuencia.

Creemos, por tanto, que debemos detenernos en reconocer la influencia de la base en las empresas, *que y de qué manera* puede ser fuerte y débil, en general: pero que no hay forma de simplificar esto a unas pocas ideas como regla factible, sino que en cada caso individual deben tenerse en cuenta al *mismo tiempo todas las cosas* que hemos mencionado.

Una vez que se han tomado las disposiciones para complementar y alimentar al ejército en un determinado distrito y para una determinada dirección, entonces incluso en el propio país sólo este distrito debe ser considerado como la base del ejército, y puesto que un cambio con él siempre requiere tiempo y gasto de fuerzas, por lo que incluso en el propio país el ejército no puede cambiar su base de un día para otro, y por lo tanto siempre está más o menos limitado en la dirección de sus empresas. Si, por lo tanto, se considerara toda la propia frontera contra el país enemigo como la base del ejército, esto podría aplicarse en general, en la medida en que las instalaciones pudieran establecerse en todas partes, pero no para cada momento dado, porque las instalaciones no se establecen en todas partes. Cuando, al principio de la campaña de 1812, el ejército ruso se replegó ante los franceses, podía ciertamente considerar toda Rusia como su base, tanto más cuanto que las grandes dimensiones de este país ofrecían al ejército grandes extensiones de espacio dondequiera que se volviera. Esta concepción no era ilusoria, sino que cobró vida cuando otros ejércitos rusos avanzaron más tarde desde varios flancos contra los franceses; sin embargo, para cualquier

período dado de la campaña, la base del ejército ruso no era igualmente grande, sino que existía principalmente en las carreteras en las que se disponía todo el tracto de transporte hacia y desde el ejército. Esta limitación impidió al ejército ruso, por ejemplo, después de haber sido derrotado en Smolensk durante tres días, iniciar la retirada, que se había hecho necesaria, en una dirección distinta a Moscú y, como se había sugerido, girar repentinamente hacia Kaluga para retirar al enemigo de Moscú. Tal cambio de dirección sólo habría sido posible en la medida en que estaba previsto desde hacía tiempo. Hemos dicho que la dependencia de la base crece amplia e intensamente con el tamaño del ejército, lo que en sí mismo es comprensible. El ejército es como un árbol; del suelo sobre el que crece extrae sus fuerzas vitales; si es pequeño y un mero arbusto, puede trasplantarse fácilmente, pero esto se hace difícil y cada vez más difícil cuanto mayor es su tamaño. Un pequeño racimo también tiene sus canales de vida, pero echa raíces fácilmente allí donde está, no así un ejército numeroso. Por lo tanto, cuando hablamos de la influencia de la base en las empresas, todas las concepciones deben basarse siempre en la norma que indica el tamaño del ejército.

238

Además, está en la naturaleza de las cosas que para la necesidad momentánea el alimento es más importante, pero para la existencia general a través de períodos más largos de tiempo el suplemento es más importante, porque el último fluye solamente de ciertas fuentes, pero el primero puede ser procurado de múltiples maneras; esto determina de nuevo más de cerca la influencia que la base tendrá en las empresas.

Por grande que pueda ser esta influencia, nunca hay que olvidar que pertenece a las que necesitan mucho tiempo antes de tener un efecto decisivo y que, por tanto, la cuestión es siempre qué puede ocurrir en ese tiempo. Así pues, el valor de la base de explotación rara vez será decisivo desde el principio en la elección de una empresa; al menos sólo lo será cuando se exija lo imposible. La mera dificultad que pueda surgir por este lado debe ser recopilada y comparada con los demás medios eficaces; a menudo estos obstáculos se derrumban ante la fuerza de las victorias decisivas.

5.16 CAPÍTULO 16: LÍNEAS DE CONEXIÓN

Los caminos que conducen desde el punto de vista de un ejército a aquellos puntos en los que se unen principalmente sus fuentes de mantenimiento y reabastecimiento, y que en todos los casos ordinarios también elige como punto de retirada, tienen un doble significado: por un lado son *líneas de comunicación para la alimentación* constante de las fuerzas armadas, y luego *caminos de retirada*.

239

En el capítulo anterior decíamos que un ejército, aunque se alimente principalmente de la zona en la que se encuentra, debe considerarse como un todo junto con su base. Las líneas de comunicación pertenecen a este conjunto, constituyen la conexión entre la base y el ejército y deben considerarse como otras tantas líneas de vida. Abastecimientos de todo tipo, transportes de municiones, destacamentos que se desplazan de un lado a otro, puestos y correos, hospitales y depósitos, reservas de municiones, autoridades administrativas, son objetos que recorren incesantemente estas vías y cuyo valor total tiene una importancia decisiva para el ejército.

Por lo tanto, estos canales vivos no deben interrumpirse permanentemente ni ser demasiado largos y arduos, porque siempre se pierde parte de la fuerza en el camino largo y la consecuencia es una condición débil del ejército.

En el segundo sentido, es decir, como vías de retirada, constituyen la retaguardia estratégica del ejército en sentido propio.

En ambas acepciones, el valor de estos caminos depende de su *longitud*, de su *número*, de su *situación*, es decir, de su dirección general y de su dirección próxima al ejército, de su *naturaleza* como camino, de *la dificultad del suelo*, de *la proporción y el talante de los habitantes* y, por último, de su *cobertura* por fortificaciones u obstáculos de la zona.

Pero no todas las carreteras y caminos que conducen desde el punto de vista de un ejército a las fuentes de su vida y de su fuerza pertenecen a sus líneas de comunicación propiamente dichas. Pueden, por supuesto, ser utilizados para este fin y ser considerados como subsidiarios del sistema de líneas de comunicación, pero este sistema se limita a los caminos establecidos para este fin. Sólo aquellos caminos en los que se han establecido las propias derrotas, los propios hospitales, las propias diligencias, los propios puestos de cartas, los propios comandantes designados, los propios gendarmes y las tripulaciones distribuidas, pueden ser considerados como las verdaderas líneas de comunicación. Pero aquí se produce una diferencia muy importante y a menudo pasada por alto entre el ejército de casa y el enemigo. El ejército en su propio país tendrá también, en efecto, su línea de comunicación establecida, pero no está absolutamente confinado a ella y puede, en caso de necesidad, saltar de ella y elegir cualquier otro camino que pueda existir todavía; porque está en casa en todas partes, tiene sus autoridades en todas partes y encuentra buena voluntad en todas partes. Si, por lo tanto, otros caminos son menos buenos y adecuados para sus circunstancias, su elección no es imposible, y el ejército, por lo tanto, si se encontrara desviado y obligado a dar la vuelta, tampoco lo consideraría *imposible*. El ejército en el país enemigo, por otra parte, puede considerar por regla general como líneas de comunicación sólo aquellos caminos por los que él mismo ha avanzado, y aquí surge una gran diferencia en el efecto por causas pequeñas, al menos discretas. El ejército que avanza en el país enemigo hace los arreglos que constituyen la esencia de la línea de comunicación en el curso de la acción con el ejército, bajo su protección, y, puesto que la presencia opresiva e inspiradora de miedo del ejército a los ojos de los habitantes da a estas medidas el sello de una necesidad inalterable, puede incluso inducirles a considerarlas como una mitigación del mal general de la guerra. Pequeñas

guarniciones, dejadas atrás de vez en cuando, sostienen y mantienen al conjunto. Si, por el contrario, se quisiera enviar a los comisarios, jefes de diligencia, gendarmes, puestos de campaña y demás aparatos de orden a un camino remoto por el que no hubiera llegado el ejército, los habitantes considerarían estas instituciones como una carga de la que podrían fácilmente permanecer exentos, y si las derrotas y desgracias más decisivas no hubieran sumido al país enemigo en el pánico, estos oficiales serían tratados con hostilidad y rechazados con la cabeza ensangrentada. Así, sobre todo, se necesitarán cuadrillas para someter la nueva carretera, y en este caso más considerablemente que en la ordinaria, aunque subsiste el peligro de que los habitantes intenten resistir a estas cuadrillas. En una palabra, el ejército que procede en el país enemigo carece de todos los instrumentos de obediencia; debe primero establecer sus autoridades, y eso por la autoridad de las armas; no puede hacerlo en todas partes, no sin sacrificios y dificultades, no por el momento. - De esto se deduce que un ejército en un país enemigo es mucho menos capaz de saltar de una base a otra cambiando su sistema de enlace que en su propio país, donde es posible en el mejor de los casos; que por consiguiente, en general, surge de esto una mayor restricción en sus movimientos y una mayor susceptibilidad a la elusión.

240

Pero la elección y la disposición de las líneas de conexión desde casa están también ligadas a una serie de condiciones que las limitan. No sólo los caminos deben ser más grandes en general, sino que en muchos aspectos serán mejores cuanto más grandes sean los caminos, cuanto más pobladas y prósperas sean las ciudades que toquen y cuanto más sólidos sean los lugares que las protegen. Los arroyos como vías fluviales y los puentes como puntos de cruce también determinan mucho. Así, la posición de las líneas de comunicación, y por consiguiente también la ruta que toma un ejército en su ataque, está sujeta a la libre elección sólo hasta cierto punto, pero la posición más exacta está ligada a las condiciones geográficas.

Todo lo anterior en conjunto hace que la conexión de un ejército con su base sea fuerte o débil, y este resultado, comparado con el mismo objeto en el ejército enemigo, decide cuál de los dos adversarios es más capaz de cortar la línea de comunicación del otro o incluso de retirarse, es decir, en el término ordinario del arte, de *burlarla*. Aparte de la superioridad moral o física, sólo aquel cuyas líneas de comunicación sean superiores a las del enemigo lo hará con eficacia, porque de lo contrario el otro se asegurará el más corto contraatacando.

De acuerdo con el doble sentido de las carreteras, esta elusión puede tener también un doble propósito. O bien se quiere perturbar o interrumpir las líneas de comunicación para que el ejército se marche y muera y de este modo se vea obligado a retirarse, o bien se quiere privarle de la retirada misma.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que una interrupción instantánea rara vez se siente en el actual sistema de racionamiento, sino que se necesita cierto tiempo para reemplazar la importancia de las pérdidas individuales. Una sola operación de flanqueo, que en ciertos momentos podía suponer una diferencia decisiva, cuando miles de vagones de harina seguían yendo y viniendo bajo el sistema artificial de racionamiento, ahora no tendrá ningún efecto, por muy exitosa que sea; pues a lo sumo podría anular un transporte que causara una debilidad parcial, pero que no hiciera necesaria una retirada.

241

La consecuencia es que las operaciones de flanqueo, que siempre han estado más de moda en los libros que en la vida, parecen ahora aún más impracticables, y puede decirse que sólo las líneas de comunicación muy largas en circunstancias desfavorables, pero sobre todo los ataques del *armamento popular*, siempre listo en todas partes y en cualquier momento, las hacen peligrosas.

En lo que se refiere a cortar la retirada, tampoco hay que sobrestimar a este respecto el peligro de las rutas de retirada estrechadas y amenazadas, ya que la experiencia reciente nos

ha hecho saber que con buenas tropas y jefes audaces es más *difícil* atraparlas que abrirse paso.

Los medios para acortar y asegurar las largas líneas de comunicación son extremadamente escasos. La conquista de un cierto número de fortalezas en las proximidades de las posiciones tomadas y en los caminos que se alejan, o, si el país no tiene fortalezas, la fortificación de lugares apropiados, el buen trato de los habitantes, una estricta disciplina marcial en el camino militar, una buena policía en el país, la reparación diligente de los caminos, son los únicos medios por los cuales el mal puede ser disminuido, pero ciertamente nunca enteramente eliminado.

A propósito, lo que se ha dicho en relación con el mantenimiento de las carreteras que los ejércitos prefieren tomar debe aplicarse en particular a las líneas de comunicación. Las carreteras más grandes que atraviesan las ciudades más ricas y las provincias más densamente pobladas son las mejores líneas de comunicación, y merecen preferencia incluso en el caso de desvíos importantes, y en la mayoría de los casos determinan la formación del ejército.

5.17 CAPÍTULO DIECISIETE: TERRITORIO Y SUELO

Al margen de los medios de subsistencia, que es una vertiente muy distinta de este tema, el terreno y el suelo tienen una relación muy estrecha y nunca ausente con la actividad bélica, a saber, una influencia muy decisiva en la batalla, tanto en lo que se refiere a su desarrollo en sí como a su preparación y utilización. Es en este sentido, es decir, en todo el significado del término francés *terrain*, que debemos considerar aquí.

Su eficacia reside en gran medida en el campo de la táctica, pero los resultados aparecen en la estrategia; una batalla en una cordillera es también muy diferente en sus consecuencias de una batalla en la llanura.

Pero mientras no hayamos separado aún el ataque de la defensa y pasado a una consideración más detenida de ambos, no podemos considerar todavía los objetos principales del terreno en sus efectos, y debemos por tanto detenernos aquí en su carácter general. Hay tres características por las que el terreno y el suelo influyen en la actividad bélica, a saber: como obstáculo al acceso, como obstáculo a la visión de conjunto y como medio de cobertura contra los efectos del fuego; todo puede remontarse a estas tres.

242

Es indiscutible que esta triple influencia de la región tiende a hacer la acción guerrera más variada, más compuesta y más artística, pues evidentemente hay otras tres cantidades que entran en la combinación.

El concepto de una llanura perfecta y completamente abierta, es decir, de un terreno completamente ineficaz, sólo existe en realidad para divisiones muy pequeñas, e incluso con éstas sólo para la eficacia de un momento dado. En el caso de divisiones más grandes y de mayor duración, los objetos del terreno se mezclan en la acción, y en el caso de ejércitos enteros, incluso para un solo momento, por ejemplo la batalla, es difícilmente concebible que la región no haya influido en ella.

Por tanto, esta influencia está casi siempre presente, pero es cierto que es más o menos fuerte según la naturaleza del país.

Si tenemos en cuenta la gran masa de fenómenos, veremos que una región se aparta del concepto de llanura abierta y libre principalmente de tres maneras: primero, por la forma del suelo, es decir, por las elevaciones y depresiones; después, por los bosques, pantanos y lagos como fenómenos naturales; y, por último, por lo que produce la cultura. En las tres direcciones aumenta la influencia de la región en la acción bélica. Si seguimos estas tres direcciones hasta cierto punto, tenemos el país montañoso, el poco cultivado, el cubierto de bosques y pantanos, y el muy cultivado. En los tres casos, por tanto, la guerra se hace más intrincada y más elaborada.

En cuanto al cultivo, es cierto que no todos los tipos de cultivo funcionan en la misma medida; el más común en Flandes, Holstein y otras regiones, donde la tierra está atravesada por muchas zanjas, cercas, setos y murallas, está salpicado de muchas viviendas individuales y pequeños arbustos.

La forma más fácil de guerra, entonces, será en un país llano y moderadamente cultivado. Pero esto sólo es así en un sentido muy general, si prescindimos del uso que la defensa hace de los obstáculos del suelo.

Así pues, cada uno de estos tres tipos de terreno actúa de una triple manera: como obstáculo al acceso, como medio de visión general y como medio de presión, cada uno a su manera.

En un país cubierto de bosques predomina el obstáculo de la visión de conjunto, en uno montañoso el obstáculo del acceso, en zonas muy cultivadas ambos ocupan el término medio.

Puesto que el país densamente arbolado priva en cierta medida a los movimientos de una gran parte del terreno, porque, además de las dificultades de acceso, la falta total de visibilidad no permite utilizar todos los medios de paso, simplifica la acción por una parte, lo que la hace mucho más difícil por otra. Por lo tanto, si en un país así es difícil reunir todas las fuerzas en batalla, no se produce tanta división como es habitual en las montañas y en las regiones muy disectas; en otras palabras, la división en un país así es más inevitable, pero menos grande.

En las montañas, el obstáculo del acceso es predominante y eficaz en un doble sentido, ya que no se puede pasar por todas partes y, donde se puede, hay que moverse más lentamente y con mayor esfuerzo. Por esta razón la rapidez de todos los movimientos en la montaña es muy moderada, y se añade mucho más tiempo a todo el modo de acción. Pero el suelo de montaña tiene la particularidad de que un punto está más alto que el otro. Hablaremos más particularmente del recalentamiento en el capítulo siguiente, y aquí sólo observaremos que es esta peculiaridad la que causa la gran división de fuerzas en las montañas, pues ahora los puntos son importantes no sólo por sí mismos, sino también por la influencia que ejercen sobre los demás.

243

Como ya hemos dicho en otro lugar, los tres tipos de territorio y terreno, que tienden al extremo, tienen el efecto de debilitar la influencia del comandante supremo sobre el éxito en la misma medida en que las fuerzas de los subordinados, hasta el soldado raso, adquieren mayor protagonismo. Cuanto mayor es la división, más imposible es la visión de conjunto, más se deja a cada actor a su aire; esto es comprensible en sí mismo. Es cierto que con la mayor división, variedad y versatilidad de la acción, la influencia de la inteligencia tendrá que aumentar en general, e incluso el comandante supremo podrá mostrar una mayor perspicacia al respecto; Pero aquí también debemos volver a lo que hemos dicho antes, que en la guerra la suma de los éxitos individuales es más decisiva que la forma en que están conectados, y que por lo tanto, si queremos continuar nuestra consideración actual hasta el límite máximo e imaginar un ejército dividido en una gran línea de fuego, donde cada soldado libra su propia pequeña batalla, es la suma de las victorias individuales lo que es más importante que la forma de su conexión; porque la eficacia de las buenas combinaciones sólo puede proceder de los éxitos positivos, no de los negativos. Será, pues, el valor, la agilidad y el espíritu del individuo lo que lo decidirá todo en este caso. Sólo cuando los ejércitos son de igual valor, o las peculiaridades de ambos están equilibradas, el talento y la perspicacia de los generales pueden volver a ser decisivos. La consecuencia de esto es que las guerras nacionales, los ejércitos del pueblo, etc., en los que al menos el espíritu del individuo está siempre muy realzado, aunque el valor y la agilidad no sean exactamente superiores, encuentran su superioridad en una gran separación de fuerzas y, por tanto, en un terreno muy recortado, pero que sólo puede existir en tal terreno, porque tal fuerza carece generalmente de todas las cualidades y virtudes que son indispensables incluso en la unión de bandas moderadamente fuertes.

También la naturaleza de la fuerza armada se gradúa sólo gradualmente de un extremo al otro, pues la relación misma de la propia defensa nacional confiere a un ejército, aunque sea completamente permanente, algo nacional y en este caso lo presta más al aislamiento.

Cuanto más carece un ejército de estas cualidades y condiciones, cuanto más se hacen evidentes para el enemigo, tanto más temerá el aislamiento y evitará las regiones intersectadas; pero la evitación de una región intersectada rara vez es de su propia elección, uno no puede seleccionar su teatro de guerra de entre muchas muestras como una mercancía, y así encontramos generalmente que los ejércitos, que por su naturaleza encuentran su ventaja en la unificación de las masas, utilizan todo su arte para imponer este sistema tanto como sea posible *contra la naturaleza de la región*. Al hacerlo, deben someterse a otras desventajas,

como raciones pobres y difíciles, alojamiento deficiente, ataques frecuentes desde todos los flancos en la batalla; pero la desventaja de renunciar por completo a sus ventajas peculiares sería mucho mayor.

244

Ambas tendencias en direcciones opuestas, hacia la reunión y la dispersión de las fuerzas, tienen lugar en proporción a como la naturaleza de estas fuerzas se incline hacia uno u otro lado; pero incluso en los casos más decididos, la una no puede permanecer siempre unida, y la otra no puede esperar el éxito sólo de su eficacia dispersa. Los franceses en España también tuvieron que dividir sus fuerzas, y los españoles en la defensa de su suelo por medio de una insurrección popular también tuvieron que probar una parte de sus fuerzas en grandes campos de batalla.

Junto a la relación que la región y el suelo tienen sobre la naturaleza general y sobre todo política de las fuerzas armadas, la de la relación de las armas es la más importante.

En todas las regiones muy inaccesibles, ya sea por causa de las montañas, de los bosques o de la cultura, una caballería numerosa es inútil, eso está claro de por sí; lo mismo sucede con la artillería en las regiones densamente boscosas; fácilmente puede faltar espacio para utilizarla con toda su utilidad, caminos por donde hacerla pasar, forraje para los caballos. Menos desventajosas para esta arma son las regiones cultivadas, y menos aún las montañas. Ambas ofrecen cobertura contra el fuego y son, por tanto, desfavorables para el arma, que funciona principalmente por el fuego, y ambas dan también a la infantería, que todo lo penetra, los medios de avergonzar con frecuencia al cañón, más engorroso; en ambas, sin embargo, nunca falta espacio para el empleo de una gran fuerza de artillería, y en las montañas tiene la gran ventaja de que los movimientos más lentos del enemigo aumentan su eficacia.

Lo que es inequívoco, sin embargo, es la decidida superioridad que la infantería tiene sobre las demás armas en todo terreno difícil, y que en tal caso su número puede superar notablemente la proporción habitual.

5.18 CAPÍTULO DIECIOCHO: EXAGERACIÓN

La palabra dominar tiene una magia propia en el arte de la guerra, y de hecho este elemento explica una parte muy grande, quizá la mayor parte, de las influencias que la región ejerce en el empleo de las fuerzas armadas. Aquí hunden sus raíces algunas de las santidades del aprendizaje marcial, por ejemplo, los puestos de mando, las posiciones clave, las maniobras estratégicas, etc. Centrémonos en el tema con la mayor agudeza posible, sin la prolijidad de un tratado, y dejemos que lo verdadero pase ante nuestra mirada con lo falso, lo real con lo exagerado.

Toda expresión física de la fuerza desde abajo hacia arriba es más difícil que al revés; en consecuencia, también debe serlo la batalla, y hay tres razones para ello. En primer lugar, toda altura debe considerarse como un obstáculo para el acceso; en segundo lugar, aunque no se dispara mucho más desde arriba hacia abajo, se golpea mucho *mejor que en* el caso inverso, consideradas todas las condiciones geométricas; en tercer lugar, se tiene la ventaja de una mejor visión. Cómo se conjuga todo esto en la batalla no nos concierne aquí; resumimos la suma de las ventajas que la táctica deriva de situarse en alto en una sola y la consideramos la primera estrategia.

245

Pero la primera y la última de las ventajas enumeradas deben darse de nuevo en la propia estrategia, pues se marcha y se observa tanto en estrategia como en táctica: si, por tanto, situarse más alto es un obstáculo de acceso para el que se sitúa más bajo, ésta es la segunda ventaja, y la mejor visión de conjunto que se deriva de ella la tercera, que la estrategia puede obtener de ella.

De estos elementos se compone el poder de dominar, de estar por encima, de tener el control; de estas fuentes fluye el sentimiento de superioridad y seguridad para el que está en la cresta de una montaña y ve a su enemigo abajo, y el sentimiento de debilidad y aprensión para el que está abajo. Quizás incluso esta impresión total sea más fuerte de lo que debería ser, porque las ventajas de la exaltación coinciden más que las circunstancias que las modifican con la percepción sensual; quizás, entonces, va más allá de la verdad, y en ese caso este efecto de la imaginación debe ser considerado como un nuevo elemento, por el cual se refuerza el efecto de la exaltación.

Sin embargo, la ventaja del movimiento facilitado no es absoluta y no siempre es para el hombre superior; sólo lo es cuando el otro quiere llegar hasta él; no lo es cuando un gran valle separa a los dos, e incluso lo es para el hombre inferior cuando quieren encontrarse en la llanura (batalla de Hohenfriedeberg). Del mismo modo, asomarse también tiene sus grandes limitaciones: una zona boscosa por debajo, y a menudo la propia masa de la cordillera en la que uno se encuentra, lo prohíben muy fácilmente. Son innumerables los casos en los que uno buscaría en vano en la propia zona las ventajas de la posición dominante que ha elegido según el mapa; a menudo se creería enredado sólo en todas las desventajas opuestas. Pero estas limitaciones y condiciones no anulan la superioridad que el hombre superior tiene tanto en la defensa como en el ataque; sólo en pocas palabras diremos de qué manera en ambos.

De las tres ventajas estratégicas de estar en la cima: *mayor fuerza táctica, difícil acceso y mejor visión de conjunto*, las dos primeras son de tal naturaleza que en realidad sólo están al alcance del defensor, ya que sólo el que está quieto puede utilizarlas, porque el otro no puede llevarlas consigo en su movimiento; la tercera ventaja, sin embargo, puede ser utilizada igual de bien por el atacante que por el defensor.

De esto se deduce lo importante que es el sobrecalentamiento para el defensor, y como éste sólo puede obtenerse de forma decisiva en posiciones de montaña, de ello se derivaría

una importante ventaja de las posiciones de montaña para el defensor. Pero cómo esto resulta diferente debido a otras circunstancias se explicará en el capítulo sobre la defensa de montaña.

Hay que distinguir si hablamos simplemente de la elevación de un solo punto, por ejemplo una posición, en cuyo caso las ventajas estratégicas se reducen a la única ventaja táctica de una batalla ventajosa; pero si pensamos en una extensión importante de país, por ejemplo toda una provincia, como una superficie inclinada. Pero si pensamos en una extensión importante de país, por ejemplo toda una provincia, como una superficie inclinada, como los residuos de las cuencas hidrográficas generales, de modo que uno puede realizar varias marchas y permanecer siempre en superioridad sobre la región en cuestión, entonces las ventajas estratégicas aumentan; porque ahora uno disfruta de esta ventaja de superioridad no sólo en la combinación de fuerzas en un único enfrentamiento, sino también en la combinación de varios enfrentamientos entre sí. Lo mismo ocurre con la defensa.

246

En cuanto al ataque, goza de algunas de las mismas ventajas de superioridad que la defensa, porque el ataque estratégico no consiste en un solo acto como el táctico. Su avance no es el movimiento continuo de un tren de ruedas, sino que se produce en marchas aisladas y tras pausas más o menos largas, y en cada punto de descanso se encuentra tan bien como su adversario en la defensa.

De la ventaja de un mejor panorama surge, tanto para el ataque como para la defensa, una cierta eficacia activa de la superioridad, que aún debemos recordar: es la facilidad de poder actuar con tropas destacadas. Pues las mismas ventajas que el conjunto obtiene de esta posición superior, las obtiene también cada una de las partes; por consiguiente, un cuerpo destacado grande o pequeño es más fuerte de lo que sería sin esta ventaja, y se puede aventurar su formación con menos peligro del que se podría sin una posición de mando. Los beneficios que se derivan de tales masas pertenecen a otro lugar.

Si esta superioridad se combina con otras ventajas geográficas en nuestras relaciones con el enemigo, y si éste se encuentra además limitado en sus movimientos por otras razones, por ejemplo, la proximidad de un gran río, entonces las desventajas de su posición pueden llegar a ser bastante decisivas, de modo que no pueda escapar de ellas con suficiente rapidez. Ningún ejército es capaz de mantenerse en el valle de un gran río a menos que mantenga el borde de las montañas que lo forman.

De este modo, estar por encima puede convertirse en verdadero dominio, y la realidad de esta idea no debe negarse en absoluto. Pero esto no impide que las expresiones de *dominar la región, cubrir la posición, llave del país, etc., en la medida en que se basan en la naturaleza de elevarse por encima y descender*, sean en su mayoría cáscaras huecas carentes de un núcleo sano. Para condimentar el aparente lugar común de las combinaciones bélicas, se han preferido estos nobles elementos de la teoría; se han convertido en el tema favorito de los soldados eruditos, en la vara mágica de los adeptos estratégicos, y toda la inanidad de este juego de ideas, toda la contradicción de la experiencia, no han bastado para convencer a autores y lectores de que aquí estaban dando un golpecito en el barril agujereado de las Danaides. Las condiciones se han tomado por la cosa misma, el instrumento por la mano. La asunción de tal región y posición se considera como una expresión de fuerza, como un empuje o un golpe, la región y la posición mismas como una magnitud real, mientras que el segundo no es más que el levantamiento del brazo, el último no es más que un instrumento muerto, una mera cualidad que debe realizarse en un objeto, un mero signo más o menos que aún carece de magnitud. Este empuje y este golpe, este objeto, esta grandeza, es el *combate victorioso*, sólo esto cuenta realmente, sólo con ello se puede contar, y hay que tenerlo siempre presente, tanto al juzgar en los libros como al actuar en el campo de batalla.

CAPÍTULO 5. Libro quinto: Las Fuerzas Armadas

5,18 Exageración

Si, entonces, sólo el número y el peso de los enfrentamientos victoriosos son decisivos, está claro que la relación entre los dos ejércitos y sus líderes vuelve a entrar en consideración, y que el papel desempeñado por la influencia de la región sólo puede ser subordinado.

CAPÍTULO 6

LIBRO SEXTO: DEFENSA

6.1 PRIMER CAPÍTULO: ATAQUE Y DEFENSA

Concepto de defensa

¿Cuál es el concepto de defensa? El rechazo de un ataque. ¿Cuál es su característica? La espera de este empuje. Esta característica, por tanto, hace que la acción sea siempre defensiva, y sólo por ella puede distinguirse la defensa del ataque en la guerra. Pero como una defensa absoluta contradice por completo el concepto de guerra, porque con ella sólo se libraría una guerra, también en la guerra la defensa sólo puede ser relativa, y esa característica, por tanto, sólo debe aplicarse al concepto total, no extenderse a todas sus partes. Un enfrentamiento parcial es defensivo si esperamos la acometida del enemigo, su tormenta; una batalla si esperamos el ataque, es decir, la aparición ante nuestra posición, en nuestro fuego; una campaña si esperamos la entrada en nuestro teatro de guerra. En todos estos casos, el concepto de guerra tiene la característica de esperar y defenderse, sin contradicción alguna con el concepto de guerra, pues uno puede encontrar su ventaja en esperar el ataque a nuestras bayonetas, el ataque a nuestra posición y a nuestro teatro de guerra. Pero como, para hacer realmente la guerra por nuestra parte, hay que devolver las estocadas al enemigo, este acto de ataque en la guerra defensiva tiene lugar, por así decirlo, bajo el título principal de defensa, es decir, la ofensiva, de la que nos valemos, entra dentro de los conceptos de posición o teatro de guerra. En una campaña defensiva, por tanto, se puede golpear atacando; en una batalla defensiva, se pueden utilizar las divisiones individuales atacando; finalmente, en la simple formación contra la tormenta del enemigo, incluso se envían proyectiles ofensivos contra él. La forma defensiva de la guerra no es, pues, un escudo directo, sino un escudo formado por hábiles golpes.

Ventajas para la defensa

¿Cuál es el objetivo de la defensa? *Preservar*. Conservar es más fácil que ganar; sólo de esto se deduce que, a igualdad de medios, la defensa es más fácil que el ataque. Pero, ¿dónde reside la mayor facilidad de preservar o conservar? En el hecho de que todo el tiempo que pasa sin utilizarse cae en la balanza del defensor. Cosecha donde no ha sembrado. Cada fallo en el ataque por una visión equivocada, por miedo, por inercia, beneficia al defensor. Esta ventaja salvó al estado prusiano de la ruina más de una vez en la Guerra de los Siete Años. - Esta ventaja de la defensa, que surge del concepto y del propósito, está en la naturaleza de toda defensa y está fijada en el resto de la vida, especialmente en las transacciones legales tan similares a la guerra, por el proverbio latino *beati sunt possidentes*. Otra, que sólo se añade por la naturaleza de la guerra, es la ayuda de la situación local, de la que goza preferentemente la defensa.

Una vez establecidos estos términos generales, centrémonos más en el asunto que nos ocupa.

En táctica, por tanto, todo combate, grande o pequeño, es *defensivo* si dejamos la iniciativa al enemigo y esperamos su aparición ante nuestro frente. A partir de ese momento, podemos hacer uso de todos los medios ofensivos sin perder las dos ventajas antes mencionadas de la defensa, a saber, la de la espera y la de la zona. En estrategia, la campaña ocupa primero el lugar de la batalla y el teatro de guerra el de la posición; luego, sin embargo, toda la guerra vuelve a ocupar el lugar de la campaña y todo el país el del teatro de guerra, y en ambos casos la defensa sigue siendo lo que era en táctica.

Que la defensa es más fácil que el ataque ya ha sido generalmente observado, pero puesto que la defensa tiene un fin negativo, el *de la conservación*, y el ataque uno positivo, el de la *conquista*, y puesto que este último aumenta los propios medios de guerra, pero la conservación no, debemos, para expresarnos definitivamente, decir: *la forma defensiva de la guerra es en sí misma más fuerte que el ataque*. Este es el resultado al que hemos aspirado, ya que, aunque se encuentra totalmente en la naturaleza de las cosas y está mil veces confirmado por la experiencia, sin embargo, va completamente en contra de la opinión predominante, una prueba de cómo los conceptos pueden llegar a ser confundidos por escritores superficiales.

Si la defensa es una forma más fuerte de la guerra, pero tiene un propósito negativo, se deduce por sí misma que uno debe usarla sólo mientras la necesite debido a la debilidad, y debe abandonarla tan pronto como sea lo suficientemente fuerte como para proponerse el propósito positivo. Así como, al salir victorioso bajo su ayuda, se suele propiciar una relación de fuerzas más favorable, así también el curso natural en la guerra es comenzar con la defensa y terminar con la ofensiva. Por tanto, está tan en contradicción con el concepto de guerra que el último fin sea la defensa, como lo estaba entender la pasividad de la defensa no sólo del conjunto, sino de todas sus partes. En otras palabras, una guerra en la que se quisiera utilizar las victorias meramente para defenderse, para no oponerse en absoluto, sería tan absurda como una batalla en la que la defensa más absoluta (la pasividad) debiera prevalecer en todas las medidas.

En contra de la corrección de esta idea general se podrían citar muchos ejemplos de guerras en las que la defensa en su objetivo último siguió siendo sólo defensiva, y no se pensó en una reacción ofensiva; se podría hacer esto si se olvidara que estamos hablando aquí de una idea general, y que los ejemplos que se le podrían oponer han de considerarse todos como tales casos, en los que la posibilidad de una reacción ofensiva no había llegado todavía.

249

En la Guerra de los Siete Años, por ejemplo, Federico el Grande, al menos en los tres últimos años de esa guerra, no pensó en una ofensiva; de hecho, creemos incluso que en esta guerra sólo consideraba su ofensiva como un mejor medio de defensa; toda su situación le obligaba a ello, y es natural que un general sólo tenga en mente lo que está inicialmente justificado en su situación. Sin embargo, no se puede considerar este ejemplo de defensa a gran escala sin basarlo todo en la idea de una posible reacción ofensiva contra Austria y decirse a sí mismo: aún no había llegado el momento para ello. Que esta idea no carecía de realidad incluso en este ejemplo lo demuestra la paz; qué otra cosa podría haber inducido a los austriacos a hacer la paz que el pensamiento de que ellos solos no podrían mantener el equilibrio del talento del rey con su poder, que sus esfuerzos tendrían que ser en cualquier caso aún mayores que hasta ahora, y que si aflojaban en absoluto, era de temer una nueva pérdida de tierras. Y, en efecto, ¿quién podría dudar de que Federico el Grande, si Rusia, Suecia y el ejército imperial no hubieran recurrido a sus fuerzas, habría intentado derrotar de nuevo a los austriacos en Bohemia y Moravia?

Habiendo establecido así el concepto de defensa tal como puede tomarse en la guerra solamente, habiendo indicado el límite de la defensa, volvemos una vez más a la afirmación de que la defensa es *la forma más fuerte, de hacer la guerra*.

CAPÍTULO 6. Libro Sexto: Defensa

6.1 Ataque y defensa

Un examen más detenido y una comparación entre el ataque y la defensa dejarán esto perfectamente claro; pero ahora sólo haremos la observación de las contradicciones con ella misma y con la experiencia en que se encuentra la afirmación contraria. Si la forma de ataque fuera la más fuerte, ya no habría razón para utilizar nunca la forma de defensa, ya que esta última tiene en cualquier caso el propósito meramente negativo; todo el mundo tendría por lo tanto que querer atacar, y la defensa sería un absurdo. A la inversa, sin embargo, es muy natural que uno compre el propósito superior con mayores sacrificios. El que se cree lo bastante fuerte para usar la forma más débil puede querer el fin mayor; el que se pone en el fin menor sólo puede hacerlo para disfrutar de la ventaja de la forma más fuerte. - Si nos atenemos a la experiencia, sería algo inaudito que en dos escenarios de guerra uno dirigiera el ataque con el ejército más débil y dejara al más fuerte para la defensa. Sin embargo, si siempre y en todas partes ha sido al revés, esto demuestra probablemente que los generales, incluso cuando ellos mismos se inclinan decididamente por el ataque, consideran sin embargo que la defensa es más fuerte. En los próximos capítulos tendremos que explicar algunos puntos preliminares.

6.2 CAPÍTULO SEGUNDO: CÓMO SE RELACIONAN EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA TÁCTICA

Primero debemos buscar las circunstancias que dan la victoria en la batalla.

250

No es necesario hablar aquí de la superioridad y el valor, el ejercicio u otras cualidades del ejército, porque dependen, por regla general, de cosas que, además, se encuentran en el campo de ese arte de la guerra del que estamos hablando aquí, y que, por cierto, tendrían el mismo efecto en el ataque y la defensa; ni, de hecho, se puede considerar aquí la superioridad numérica en *general*, ya que el número de tropas es igualmente un hecho y no está a la discreción del comandante. Estas cosas tampoco tienen ninguna relación particular con el ataque y la defensa. Sin embargo, sólo tres cosas nos parecen *decisivas*, a saber: *la sorpresa, la ventaja de la región y el ataque desde varios flancos*. La sorpresa se demuestra efectivamente por el hecho de que uno se opone al enemigo en un punto con muchos más efectivos de los que esperaba. Esta superioridad numérica es muy diferente de la general; es el agente más importante del arte de la guerra. - El modo en que la ventaja de la región contribuye a la victoria es de por sí suficientemente inteligible, y sólo es necesario observar que aquí no se habla sólo de los obstáculos que el atacante encuentra en su avance, tales como: terrenos escarpados, altas montañas, arroyos pantanosos, setos, etc., sino que también es una ventaja de la región si nos da la oportunidad de situarnos ocultos en ella; incluso de una región bastante indiferente puede decirse que quien la conoce disfruta de su ayuda. El ataque por varios flancos incluye todas las evasiones tácticas, grandes y pequeñas, y su efecto se basa en parte en la doble eficacia de las armas de fuego, en parte en el miedo a ser cortado.

Ahora bien, ¿cómo se comportan el ataque y la defensa con respecto a estas cosas?

Si se tienen en cuenta los tres principios de la victoria desarrollados anteriormente, se deduce para esta cuestión que el atacante sólo tiene para sí una pequeña parte del primer y último principio, mientras que la mayor parte y el segundo principio están exclusivamente a disposición del defensor.

El atacante sólo tiene la ventaja del asalto real del todo con el todo, mientras que el defensor es capaz de sorprender incesantemente en el curso de la batalla por la fuerza y la forma de sus ataques.

El atacante tiene mayor facilidad para cercar y cortar el conjunto que el defensor, porque este último ya está parado mientras que aquél aún se mueve en relación con este estar parado. Pero esta circunvalación se refiere de nuevo sólo al conjunto, pues en el curso de la batalla y para las partes individuales, el ataque desde varios flancos es más fácil para el defensor que para el atacante, *porque, como se ha dicho antes, es más capaz de sorprender por la forma y la fuerza de sus ataques*.

Que el defensor goza del apoyo de la zona está claro de por sí; pero en cuanto a la superioridad en la sorpresa por la fuerza y la forma de los ataques, se deduce que el atacante debe moverse por carreteras y caminos donde no sea difícil observarle, mientras que el defensor se instala oculto y permanece casi invisible para el atacante hasta el momento decisivo. - Desde que se ha puesto de moda el tipo correcto de defensa, el reconocimiento ha pasado completamente de moda, es decir, se ha vuelto imposible. Todavía se hacen reconocimientos de vez en cuando, pero rara vez se trae mucho a casa. Por grande que sea la ventaja de poder elegir la zona para la propia formación y de estar completamente familiarizado con ella antes de la batalla, por sencillo que sea que el que se embosca en esta zona, el defensor, tiene que sorprender a su adversario mucho más que el atacante, uno tiene

sin embargo que todavía no puede deshacerse de los viejos conceptos, como si una batalla asumida estuviera ya medio perdida. Esto viene del tipo de defensa que estaba de moda hace veinte años y, en cierta medida, también en la Guerra de los Siete Años, en la que no se esperaba otro apoyo del terreno que el de un frente de difícil acceso (escarpadas laderas de montañas, etc.), en el que la delgada formación y la inmovilidad de los flancos daban tal debilidad que uno se abría paso de una montaña a otra y así empeoraba cada vez más el mal. Una vez encontrado una especie de anclaje, todo era cuestión de no hacer un agujero en este ejército, que se extendía como un bastidor de bordado. El terreno ocupado tenía un valor inmediato en cada punto y debía ser defendido de inmediato. Así pues, no podía haber movimiento ni sorpresa en la batalla; era la antítesis completa de lo que puede ser una buena defensa, y en lo que se ha convertido realmente en los tiempos modernos. -

251

En realidad, el desdén por la defensa es siempre consecuencia de una época en la que una determinada forma de defensa ha sobrevivido a sí misma, y así ocurrió también con la mencionada anteriormente, que tuvo su época en la que era realmente superior al ataque.

Si repasamos la formación del arte de la guerra más reciente, al principio, es decir, en la Guerra de los Treinta Años y en la Guerra de Sucesión española, el desarrollo y la formación del ejército era una de las grandes cosas principales en la batalla. Era la mayor parte del plan de batalla. Esto solía dar grandes ventajas al defensor porque ya estaba desplegado y desarrollado. En cuanto la maniobrabilidad de las tropas se hizo mayor, esta ventaja cesó y el atacante se puso por delante durante un tiempo. Ahora el defensor buscaba protección detrás de los ríos, en los valles profundos y en las montañas. Esto le proporcionó de nuevo una superioridad decisiva, que duró hasta que el atacante se volvió tan ágil y diestro que podía aventurarse él mismo en la zona intersectada y atacar en columnas separadas, *eludiendo así* al enemigo. Esto llevó a la expansión cada vez mayor, en la que ahora había que llevar al atacante a la idea de concentrarse en un par de puntos y penetrar en la posición delgada. Esto dio al atacante la ventaja por tercera vez, y la defensa tuvo que cambiar de nuevo su sistema. Esto es lo que ha hecho en las últimas guerras. Ha mantenido sus fuerzas juntas en grandes masas, en su mayoría sin desarrollar, y donde era posible también se desplegaba de forma oculta, y así se limitaba a colocarse en disposición de hacer frente a las medidas de los atacantes si se desarrollaban más de cerca.

Esto no excluye del todo la defensa pasiva parcial del suelo; la ventaja de ésta es demasiado decisiva para que no se recurra a ella cien veces en una misma campaña. Pero esta defensa pasiva del suelo no suele ser lo principal, y eso es lo que importa aquí.

Si el atacante inventara algún nuevo y gran medio de apoyo, que no puede preverse en vista de la simplicidad y la necesidad interior a la que todo ha progresado, la defensa también tendrá que cambiar de método. Pero siempre tendrá asegurado el apoyo de la región, y como la región y el suelo impregnan ahora más que nunca el acto de guerra con sus peculiaridades, en general tendrá asegurada su superioridad natural.

6.3 CAPÍTULO TERCERO: CÓMO SE RELACIONAN EL ATAQUE Y LA DEFENSA EN LA ESTRATEGIA

Preguntemos primero otra vez:

¿Cuáles son las circunstancias que propician el éxito feliz de la estrategia?

En la estrategia no hay victoria, como ya se ha dicho. El éxito estratégico es, por un lado, la preparación afortunada de la victoria táctica; cuanto mayor sea este éxito, más indudable será la victoria en la batalla. Desde el otro lado, el éxito estratégico es el aprovechamiento de la victoria obtenida. Cuantos más acontecimientos la estrategia haya sido capaz de atraer a sus consecuencias mediante sus combinaciones después de haber ganado una batalla, cuanto más sea capaz de apoderarse de los escombros caídos cuyos cimientos han sido sacudidos por la batalla, cuanto más sea capaz de conducir en tropel lo que tuvo que ser laboriosamente ganado individualmente en la propia batalla, más feliz será su éxito. - Los elementos que propician o facilitan este éxito, es decir, los principios fundamentales de la eficacia estratégica, son los siguientes:

1. la ventaja de la zona.
2. la sorpresa, ya sea en la incursión propiamente dicha o mediante el despliegue inesperado de fuerzas más numerosas en determinados puntos.
3. el ataque desde varios flancos; los tres como en la táctica.
4. el apoyo del teatro de guerra mediante fortalezas y todo lo que ello conlleva.
5. el apoyo del pueblo.
6. el uso de grandes fuerzas morales¹

Ahora bien, ¿cómo se comportan el ataque y la defensa con respecto a estas cosas?

El defensor tiene la ventaja de la zona, el atacante la del asalto; esto es en estrategia como en táctica. Hay que señalar, sin embargo, que en estrategia una incursión es un medio infinitamente más eficaz e importante que en táctica. En esta última rara vez es posible prolongar una incursión hasta una gran victoria, mientras que en la estrategia una incursión no pocas veces ha acabado con toda la guerra de un solo golpe. Sin embargo, hay que señalar una vez más que el empleo de este medio presupone errores *grandes, decisivos y raros por parte* del enemigo, por lo que no puede tener un peso muy grande en la balanza del ataque.

253

La sorpresa del enemigo mediante el despliegue de fuerzas superiores en determinados puntos tiene de nuevo mucho en común con el caso análogo de la táctica. Si el defensor tuviera que distribuir sus fuerzas en varios puntos de acceso de su teatro de guerra, el atacante tendría evidentemente la ventaja de caer con todo su poder sobre una parte.

Pero también en este caso el nuevo arte de la defensa ha dado lugar a principios imperceptiblemente diferentes mediante un procedimiento distinto. Si el defensor no teme que el enemigo se lance sobre un importante polvorín o depósito o sobre una fortaleza no preparada o sobre la capital en una calle desocupada, - o si no tiene que lanzarse directamente sobre el atacante en la calle elegida porque de lo contrario perdería la retirada, entonces no hay razón para distribuir sus fuerzas; pues si el atacante elige una calle distinta de aquella en la que encuentra al defensor, éste puede buscarlo en esa calle unos días más tarde con todas sus fuerzas; de hecho, en la mayoría de los casos puede estar seguro de que el atacante le hará

¹ Aquellos que tienen su estrategia de Herr v. Bülow no entenderán cómo hemos omitido aquí nada más y nada menos que toda la estrategia (Bülow'schc). Pero no es culpa nuestra que el señor v. Bülow no hable más que de cuestiones secundarias. Un aprendiz de comerciante podría sorprenderse igualmente de haber recorrido el registro de contenidos de toda la aritmética y no haber encontrado ni la regla ctri ni la regla quinqué. Pero tales reglas prácticas son la menor de las opiniones del Sr. von Bulow; la comparación se hizo por otras razones.

el honor de buscarlo él mismo. - Sin embargo, si éste considera oportuno avanzar él mismo con fuerzas divididas, lo que a menudo es difícil de evitar por el bien de las provisiones, el defensor está evidentemente en ventaja al poder caer con toda su fuerza sobre una parte de su adversario.

Los ataques por el flanco y la retaguardia cambian de naturaleza en gran medida en la estrategia en la que se refieren a la parte trasera y los flancos de los teatros de guerra.

1. se elimina el doble efecto del fuego porque no se dispara de un extremo al otro del teatro de guerra.
2. el miedo a perder la retirada es mucho más débil en el espectador, ya que los espacios no pueden cerrarse en la estrategia como en la táctica.
3. la eficacia del interior, es decir, de las líneas más cortas, es más destacada en la estrategia debido al mayor espacio y constituye un gran contrapeso frente a los ataques desde varios flancos.
4. Un nuevo principio aparece en la sensibilidad de las líneas de conexión, es decir, en el efecto que surge de su mera interrupción.

Ahora bien, está en la naturaleza de las cosas que en estrategia, debido a los espacios más amplios, el englobamiento, el ataque desde varios flancos, por regla general pertenece sólo a quien tiene la iniciativa, es decir, al atacante, y que el defensor no puede, como en táctica, englobar de nuevo al englobador en el curso de la acción, porque no puede desplegar sus fuerzas ni con tanta profundidad relativa ni tan ocultas; pero ¿de qué sirve la facilidad de englobamiento al ataque si no se dan las ventajas del mismo? En estrategia, por tanto, no se podría establecer en absoluto el ataque global como principio de victoria, si no se tuviera en cuenta el efecto sobre las líneas de comunicación. Pero este factor rara vez es grande en el primer momento en que el ataque y la defensa se encuentran y están todavía en su posición simple uno contra el otro; sólo se hace grande en el curso de una campaña cuando el atacante en el país del enemigo se convierte gradualmente en el defensor; entonces las líneas de comunicación de este nuevo defensor se vuelven débiles, y el defensor original puede beneficiarse de esta debilidad como atacante. Pero, ¡quién no ve que esta superioridad del ataque no puede atribuírsele en general, puesto que en realidad procede de condiciones superiores de la defensa!

254

El cuarto principio, *el apoyo del teatro de guerra*, está naturalmente del lado del defensor. Cuando el ejército atacante inicia la campaña, se aleja de su teatro de guerra y se debilita, es decir, deja atrás fortalezas y depósitos de todo tipo. Cuanto mayor es la zona de operaciones por la que tiene que pasar, más se debilita (por la marcha y por las guarniciones); el ejército defensor permanece conectado con todo esto, es decir, disfruta del apoyo de sus fortalezas, no se debilita por nada y está más cerca de sus fuentes de ayuda.

El apoyo del pueblo como quinto principio no tiene lugar en toda defensa, pues puede haber una campaña defensiva en el país del enemigo, pero este principio sólo surge del concepto de defensa y encuentra su aplicación en la inmensa mayoría de los casos. Por cierto, esto significa preferentemente, pero no exclusivamente, la eficacia de un asalto terrestre y de un armamento nacional, y también significa que toda fricción es menor y que todas las fuentes de ayuda están más cerca y fluyen con mayor abundancia.

La campaña de 1812 da una idea clara de la eficacia de los medios mencionados en los puntos 3 y 4 como en un espejo de aumento: 500000 hombres atravesaron el Njemen, 120000 libraron la batalla de Borodino, y aún menos llegaron a Moscú.

Se puede decir que el efecto de este tremendo intento fue tan grande que los rusos, aunque no hubieran seguido con una ofensiva, se habrían asegurado durante algún tiempo contra una nueva invasión. Es cierto que, con la excepción de Suecia, ningún país europeo se encuentra

en una situación similar a la de Rusia, pero el principio en juego sigue siendo el mismo y sólo difiere en el grado de fuerza.

Si a los principios cuarto y quinto añadimos la consideración de que estas facultades de defensa se refieren a las originales, es decir, a las del propio país, y se debilitan cuando la defensa se trasplanta a suelo enemigo y se entrelaza con empresas ofensivas, entonces, como en el caso del tercer principio anterior, esto se convierte en una nueva desventaja del ataque; pues así como la defensa no se compone de elementos meramente defensivos, tampoco el ataque se compone de elementos puramente activos, de hecho todo ataque que no conduzca directamente a la paz debe terminar con una defensa.

Si todos los elementos defensivos del ataque se debilitan por su naturaleza, es decir, por el hecho de pertenecer a él, esto debe considerarse una desventaja general del ataque.

Se trata más bien de la principal desventaja de todos los ataques, y por ello en todo proyecto de ataque estratégico hay que dirigir desde el principio la atención principal a este punto, es decir, a la defensa que le seguirá, como veremos con más detalle en el libro sobre el plan de campaña.

Las grandes fuerzas morales que impregnan a veces el elemento de la guerra como un fermento propio, y de las que un comandante puede, por tanto, servirse en ciertos casos para reforzar sus fuerzas, pueden pensarse tanto en el lado de la defensa como en el del ataque; al menos las que brillan especialmente en el ataque, como la confusión y el terror en el enemigo, no suelen aparecer sino después de asestado el golpe decisivo y, en consecuencia, rara vez contribuyen a darle una dirección.

255

Con esto creemos haber cumplido adecuadamente nuestra proposición de que *la defensa es una forma de guerra más fuerte que el ataque*: pero aún queda por mencionar un pequeño factor, hasta ahora inadvertido. Se trata del valor, el sentimiento de superioridad en el ejército, que surge de la conciencia de pertenecer al agresor. Esto es cierto en sí mismo, pero el sentimiento se pierde muy pronto en el más general y más fuerte que se da a un ejército por sus victorias o derrotas, por el talento o la incapacidad de su líder.

6.4 CAPÍTULO 4: CONCENTRACIÓN DEL ATAQUE Y EXCENTRICIDAD DE LA DEFENSA

Estas dos ideas, estas dos formas en el empleo de las fuerzas en el ataque y en la defensa, aparecen con tanta frecuencia en la teoría y en la realidad que se imponen a la imaginación casi involuntariamente como formas necesarias inherentes al ataque y a la defensa, lo que, sin embargo, como demuestra la más mínima consideración, no es realmente el caso. Por lo tanto, queremos considerarlas lo antes posible y obtener ideas claras sobre ellas de una vez por todas, para poder abstraernos totalmente de ellas en nuestras consideraciones posteriores sobre la relación entre ataque y defensa y no vernos incesantemente perturbados por la apariencia de ventaja y desventaja que arrojan sobre las cosas. Por lo tanto, las consideramos aquí como puras abstracciones, extraemos el concepto como un alcohol y nos reservamos el derecho de llamar la atención posteriormente sobre la parte que tiene en las cosas.

Tanto en la táctica como en la estrategia, se considera que el defensor espera, es decir, que está parado, y que el atacante se mueve, es decir, que se mueve en relación con esa posición. De esto se deduce necesariamente que rodear y encerrar sólo queda a discreción del atacante, es decir, mientras dure su movimiento y la posición del defensor. Esta libertad del ataque de ser concéntrico o no, según sea ventajoso o desventajoso, habría que imputársela como ventaja general. Pero esta elección sólo se le concede libremente en la táctica, pero no siempre en la estrategia. En la primera, los puntos de anclaje de ambas alas casi nunca son absolutamente seguros; en la estrategia, muy a menudo, cuando la línea de defensa se extiende en línea recta de mar a mar o de territorio neutral a territorio neutral. En este caso el ataque no puede proceder concéntricamente, y la libertad de su elección es limitada. Pero está aún más desagradablemente restringida si tiene *que proceder concéntricamente*. Rusia y Francia no pueden atacar a Alemania de otra manera que con fuerzas envolventes, es decir, no con fuerzas unidas. Si ahora podemos suponer que la forma concéntrica es en la mayoría de los casos la más débil en la acción de las fuerzas, entonces la ventaja que tiene el atacante por la mayor libertad de elección probablemente se vería completamente contrarrestada por el hecho de que en otros casos se ve obligado a utilizar la forma más débil.

256

Veamos ahora más de cerca el efecto de estas formas en la táctica y la estrategia.

En la dirección concéntrica de las fuerzas, desde la circunferencia hacia el centro, se ha considerado como primera ventaja que las fuerzas se unen cada vez más a medida que avanzan; el hecho es cierto, pero la supuesta ventaja no lo es, pues la unión se produce en ambas partes, manteniéndose así el equilibrio. Lo mismo ocurre con la dispersión en la acción excéntrica.

Sin embargo, otra y la verdadera ventaja es que las fuerzas desplazadas concéntricamente dirigen su acción hacia un punto común, mientras que las fuerzas desplazadas excéntricamente no lo hacen. - ¿Cuáles son estos efectos? Aquí debemos separar táctica y estrategia.

No queremos llevar el análisis demasiado lejos, por lo que exponemos a continuación las ventajas de estos efectos:

1. un efecto doble o al menos aumentado del fuego, es decir, en cuanto todo se ha contraído ya hasta cierto punto.
2. ataque a una misma parte desde varios flancos.
3. cortar la retirada.

El corte de la retirada también puede concebirse estratégicamente, pero es evidentemente mucho más difícil porque los grandes espacios no pueden bloquearse bien. El ataque de una misma parte desde varios flancos resulta tanto más eficaz y decisivo cuanto más pequeña es esta parte, cuanto más cerca se concibe del límite exterior, es decir, del combatiente individual. Un ejército puede combatir fácilmente desde varios flancos a la vez, una división menos, un batallón sólo si forma una masa, un solo hombre en absoluto. Pero la estrategia ocupa el campo de las grandes masas, espacios y tiempos, y la táctica se sitúa en el lado opuesto. De esto ya se deduce que el ataque multilateral en la estrategia no puede tener las consecuencias que tiene en la táctica.

El efecto del fuego no es en absoluto un objeto de la estrategia, sino que otra cosa ocupa su lugar. Es la sacudida de la base que todo ejército siente en mayor o menor medida cuando el enemigo, cercano o lejano, sale victorioso a sus espaldas.

Es cierto, pues, que la acción concéntrica de las fuerzas tiene una ventaja, en el sentido de que la acción contra a se convierte al mismo tiempo en una acción contra b, sin ser por ello más débil contra a, y que aquella contra b es al mismo tiempo una acción contra a, siendo por tanto el conjunto no $a + b$, sino algo más, y que esta ventaja tiene lugar en la táctica y en la estrategia, aunque en ambas algo diferente.

Ahora bien, ¿qué se opone a esta ventaja en la acción excéntrica de las fuerzas? Evidentemente, la proximidad, el movimiento en líneas interiores. Es innecesario desarrollar de qué manera esto puede convertirse en tal multiplicador de fuerzas que el atacante sin una gran superioridad no debe exponerse a esta desventaja. -

Una vez que la defensa ha asimilado el principio del movimiento (un movimiento que comienza más tarde que el del atacante, pero siempre lo suficientemente pronto como para aflojar los grilletes de la pasividad anquilosada), esta ventaja de mayor unión y de líneas interiores se convierte en algo muy decisivo y, por lo general, más eficaz para la victoria que la figura concéntrica del ataque. La victoria, sin embargo, debe preceder al éxito; primero hay que vencer antes de pensar en cortar. En resumen, se ve que existe aquí una relación similar a la que existe entre el ataque y la defensa en general; la forma concéntrica conduce a éxitos brillantes, la excéntrica concede los suyos con mayor seguridad; la primera es la forma más débil con el propósito más positivo, la segunda la forma más fuerte con el propósito negativo. Así, nos parece, estas dos formas se encuentran ya en un cierto equilibrio suspendido. Si añadimos ahora que la defensa, por no ser en todas partes una defensa absoluta, no está siempre en la imposibilidad de servirse de las fuerzas concéntricas, al menos ya no tendremos derecho a creer que este modo de acción basta por sí solo para asegurar al ataque una preponderancia bastante general sobre la defensa, y nos libraremos de la influencia que este modo de concepción suele ejercer sobre el juicio en todas las ocasiones.

257

Lo que hemos dicho hasta ahora ha abarcado la táctica y la estrategia, pero ahora hay que subrayar un punto muy importante que concierne únicamente a la estrategia. La ventaja de las líneas interiores aumenta con los espacios a los que se refieren estas líneas. A distancias de unos pocos miles de pasos o de media milla, el tiempo ganado no puede, por supuesto, ser tan grande como a distancias de varios días de marcha o incluso de 20 a 30 millas; las primeras, es decir, los espacios pequeños, pertenecen a la táctica, los más grandes a la estrategia. Si, por supuesto, se necesita más tiempo para lograr el propósito en la estrategia que en la táctica, y un ejército no es superado tan rápidamente como un batallón, sin embargo, en la estrategia estos tiempos aumentan sólo hasta cierto punto, a saber, hasta la duración de una batalla, y a lo sumo los pocos días que una batalla puede evitarse sin un sacrificio decisivo. Además, hay una diferencia mucho mayor en la ventaja real obtenida en un caso y en el otro. En las pequeñas distancias de la táctica, en la batalla, los movimientos de uno tienen lugar casi bajo los ojos del otro; el que se sitúa en la línea exterior suele ser así rápidamente

CAPÍTULO 6. Libro Sexto: Defensa

6.4 Concentricidad del ataque y excentricidad de la defensa

consciente de los de su adversario. En las distancias mayores de la estrategia, es muy raro que un movimiento de uno no permanezca oculto al otro durante al menos un día, y hay casos suficientes en los que, si el movimiento se refería sólo a una parte y consistía en un envío considerable, éste permaneció oculto durante semanas. - Puede verse fácilmente cuán grande es la ventaja de la ocultación para aquel que, por la naturaleza de su situación, es más apto para hacer uso de ella. -

Con esto concluimos nuestras consideraciones sobre la acción concéntrica y excéntrica de las fuerzas y su relación con el ataque y la defensa, y nos reservamos el derecho de volver sobre ellas en ambos.

6.5 CAPÍTULO CINCO: CARÁCTER DE LA DEFENSA ESTRATÉGICA

Ya se ha dicho antes lo que es la defensa en general: Nada más que una forma más fuerte de guerra, por medio de la cual se quiere obtener la victoria para proceder al ataque, es decir, a la finalidad positiva de la guerra, después de haber obtenido la ventaja.

258

Incluso si la intención de la guerra es la mera conservación del statu quo, el mero rechazo del empuje es algo contradictorio con el concepto de guerra, porque indiscutiblemente la guerra no es sufrimiento. Si el defensor ha obtenido una ventaja significativa, la defensa ha hecho su parte, y debe devolver la estocada al amparo de esta ventaja, si no quiere exponerse a una ruina segura. La prudencia exige que el hierro se forje mientras está caliente, que la ventaja obtenida se utilice para evitar un segundo ataque. Cómo, cuándo y dónde debe producirse esta reacción está, por supuesto, sujeto a muchas otras condiciones y sólo se desarrollará más adelante. Aquí nos queda el hecho de que esta transición al retroceso debe considerarse como una tendencia de la defensa, es decir, como un componente esencial de la misma, y que en todas partes donde la victoria obtenida por la forma defensora no se consume de alguna manera en el hogar bélico, donde, por así decirlo, se marchita sin ser utilizada, se comete un gran error.

Una transición rápida y poderosa al ataque -la espada fulgurante de la represalia- es el punto más brillante de la defensa; quien no piense inmediatamente en ello, o mejor dicho, quien no lo incluya inmediatamente en el concepto de defensa, nunca comprenderá la superioridad de la defensa, siempre pensará sólo en los medios que uno destruye y adquiere para el enemigo mediante el ataque, medios que, sin embargo, no dependen de la manera de atar el nudo, sino de desatarlo. Además, es una crasa confusión si uno siempre entiende por ataque el asalto y, en consecuencia, piensa que la defensa no es más que angustia y confusión.

Es cierto que el conquistador toma su decisión de ir a la guerra antes que el inofensivo defensor, y si sabe mantener sus medidas debidamente en secreto, probablemente a menudo atacará más o menos al defensor, pero esto es algo muy ajeno a la guerra misma, pues no debería ser así. La guerra es más para el defensor que para el conquistador, pues la invasión provocó primero la defensa y con ella la guerra. El conquistador es siempre amante de la paz (como siempre ha sostenido Bonaparte), con mucho gusto entraría tranquilamente en nuestro Estado; pero para que no pueda hacerlo, debemos querer la guerra y, por tanto, también prepararnos para ella, es decir, en otras palabras: son precisamente los débiles, los sometidos a la defensa, los que deben estar siempre armados y no ser invadidos; esto es lo que quiere el arte de la guerra.

La aparición más temprana en el teatro de la guerra depende, además, en la mayoría de los casos, de cosas muy distintas de la intención de atacar o de defender; éstas, por tanto, no son la causa, sino a menudo la consecuencia de aquélla. El que acaba antes, si la ventaja del ataque es suficientemente grande, va al ataque por *esa razón*, y el que acaba más tarde todavía puede compensar hasta cierto punto la desventaja que sufre por ello con las ventajas de la sola defensa.

Sin embargo, siempre debe considerarse como una ventaja general del ataque el poder aprovechar la preparación previa para este bello ataque, que ya se ha reconocido en el tercer libro; sólo que esta ventaja general no es una necesidad integradora para cada caso individual.

Si, pues, pensamos en la defensa como debe ser, es con la mayor preparación posible de todos los medios, con un ejército capaz de la guerra, con un comandante que no espera al enemigo por incertidumbre avergonzada en el miedo, sino por elección, con serena prudencia, con fortalezas que no temen ningún asedio, finalmente con un pueblo sano que no teme a su

CAPÍTULO 6. Libro Sexto: Defensa
6.5 Carácter de la defensa estratégica

enemigo más de lo que es temido por él. Con tales atributos, probablemente la defensa ya no desempeñará un papel tan malo en relación con el ataque, y éste ya no parecerá tan fácil e infalible como en la oscura imaginación de quienes piensan en el ataque sólo en términos de valor, fuerza de voluntad y movimiento, y en la defensa en términos de impotencia y parálisis.

6.6 CAPÍTULO SEIS: ALCANCE DE LOS MEDIOS DE DEFENSA

Hemos mostrado en los capítulos segundo y tercero de este libro cómo la defensa tiene una superioridad natural en el empleo de aquellas cosas que, aparte de la fuerza y el valor absolutos de las fuerzas armadas, determinan el éxito táctico y estratégico, a saber, la ventaja de la zona, la sorpresa, el ataque desde varios flancos, la asistencia del teatro de guerra, la asistencia del pueblo, el empleo de grandes fuerzas morales. Consideramos útil aquí echar un vistazo a la amplitud de esos medios que están preferentemente a disposición del defensor y que deben considerarse, por así decirlo, como los diversos órdenes de pilares de su estructura.

El Landwehr.

En tiempos más recientes, también se ha utilizado fuera del país para atacar al enemigo, y no se puede negar que en algunos estados, por ejemplo en Prusia, se establece de tal manera que debe considerarse casi como una parte del ejército permanente, y por lo tanto no pertenece sólo a la defensa. Sin embargo, no se puede pasar por alto que su uso tan vigoroso en 1813, 1814 y 1815 se originó en la guerra de defensa, que en muy pocos lugares está configurado como en Prusia, pero que en cada grado imperfecto de configuración debe ser necesariamente más adecuado para la defensa que para el ataque. Pero, además, el concepto de *Landwehr* implica siempre la idea de una participación extraordinaria, más o menos voluntaria, de toda la masa del pueblo en la guerra con su fuerza física, su riqueza y su espíritu. Cuanto más se aleje de esto la institución, más será un ejército permanente con otro nombre, más tendrá las ventajas de este último, pero también más carecerá de las ventajas del Landwehr real, a saber, un ámbito de fuerza mucho más extenso, mucho menos determinado, mucho más fácil de aumentar mediante el espíritu y la disposición. En estas cosas reside la esencia del Landwehr; a esta participación de todo el pueblo hay que dejarle margen de maniobra en las líneas de su establecimiento, o de lo contrario, al esperar algo especial del *Landwehr*, se persigue una imagen en la sombra.

Pero no hay que confundir la estrecha relación entre la naturaleza de una defensa terrestre y el concepto de defensa, y no hay que confundir el hecho de que tal defensa terrestre pertenecerá siempre más a la defensa que al ataque, y que los efectos con los que supere al ataque se mostrarán principalmente en la defensa.

Fortalezas.

La acción de las fortalezas del atacante se extiende sólo a las más próximas a la frontera, y no es más que débil; en el caso del defensor se adentra más en el país, haciendo entrar en acción a varias, y esta acción en sí es de una intensidad incomparablemente mayor. Una fortaleza que provoca y sostiene un verdadero asedio pesa naturalmente más en la balanza de la guerra que una que, por sus obras, se limita a alejar la idea de arrebatar este punto, y por tanto no se enfrenta realmente ni destruye las fuerzas enemigas.

La gente.

Aunque la influencia de un solo habitante del teatro de la guerra en la guerra no es en la mayoría de los casos más notable que la contribución de una gota de agua a toda la corriente, sin embargo, incluso en los casos en que no hay ninguna cuestión de levantamiento popular en absoluto, la *influencia total* que los habitantes del país tienen en la guerra es nada menos que imperceptible. Todo va más fácilmente en el propio país, siempre que la disposición de

los súbditos no esté en desacuerdo con esta noción. Todos los logros, grandes y pequeños, le suceden al enemigo sólo bajo la compulsión de una fuerza evidente; ésta debe ser impugnada por la fuerza armada y le cuesta una masa de fuerzas y esfuerzos. El defensor obtiene todo esto, si no realmente de forma voluntaria como en los casos de devoción entusiasta, sin embargo a través de los caminos largamente practicados de la obediencia civil, que se ha convertido en una segunda naturaleza para el habitante y se mantiene, además, por medios muy diferentes de miedo y coerción, que no proceden del ejército y son mucho más remotos. Pero la cooperación voluntaria, surgida del verdadero apego, es también muy importante en todos los casos, en la medida en que nunca falta en todos aquellos puntos que no cuestan ningún sacrificio. Queremos destacar sólo uno de estos puntos, que es de gran importancia para la conducción de la guerra; se trata de las noticias. No se trata de las grandes e importantes aclirias de exploración, sino de la innumerable masa de pequeños toques en los que entra con incertidumbre el servicio diario de un ejército, y donde el entendimiento con los habitantes da una superioridad general a los defensores. La más pequeña patrulla, cada guardia de campo y escudo, cada oficial despachado se remiten al habitante del país con sus necesidades de noticias del enemigo, amigo y enemigo.

Si ahora ascendemos desde estas relaciones bastante generales, que nunca fallan, hasta los casos especiales en los que el país comienza a tomar parte en la lucha misma, y hasta el grado más alto de la misma, donde, como en España, por medio de una guerra popular libra esta lucha en lo principal ella misma, comprendemos que aquí surge no meramente un aumento del apoyo del pueblo, sino una potencia verdaderamente nueva, y que estamos así

4. puede citar el *armamento popular* o la Landsturm como medio peculiar de defensa.

5. Por último, podemos llamar a los *confederados* el último apoyo del defensor. No podemos referirnos, por supuesto, a los ordinarios, con los que también cuenta el atacante, sino a aquellos que están *esencialmente implicados en la* preservación de un país. Si tenemos en mente la república de estados en la Europa de hoy, encontramos, por no hablar de un equilibrio de poder e intereses sistemáticamente regulado, tal como no existe y por lo tanto ha sido discutido a menudo y con razón, pero es indiscutible que los grandes y pequeños intereses del estado y del pueblo se cruzan de la manera más variada y cambiante. Cada uno de estos cruces forma un nudo fortificante, pues en él la dirección de los unos contrarresta la dirección de los otros; a través de todos estos nudos, por tanto, se forma evidentemente una coherencia más o menos grande del conjunto, y esta coherencia debe ser parcialmente superada con cada cambio. De este modo, las relaciones de conjunto de todos los estados entre sí sirven más para conservar el conjunto en su forma que para provocar cambios en él, es decir, que la *tendencia está generalmente* presente.

261

Así, creemos, es como debe concebirse la idea de equilibrio político, y en este sentido surgirá por sí misma allí donde varios Estados cultivados entren en contacto versátil.

La eficacia de esta tendencia del conjunto de los intereses para preservar el Estado existente es otra cuestión; es posible, sin embargo, concebir cambios en las relaciones de los Estados individuales entre sí que faciliten esta eficacia del conjunto, y otros que la dificulten. En el primer caso, se trata de esfuerzos por establecer el equilibrio político, y como tienen la misma tendencia que los intereses del conjunto, tendrán también la mayoría de estos intereses a su favor. En el otro caso, sin embargo, son desviaciones, la actividad predominante de partes individuales, verdaderas enfermedades; no es de extrañar que éstas se produzcan en un todo tan débilmente conectado como la multitud de estados grandes y pequeños, ya que sí se producen en el conjunto orgánico tan maravillosamente ordenado de toda la naturaleza viva.

Si, entonces, se nos remite a los casos de la historia en los que estados individuales han sido capaces de efectuar cambios importantes meramente para su propio beneficio, sin que el

conjunto hiciera siquiera un intento por impedirlo, o incluso a los casos en los que un solo estado ha sido capaz de elevarse tan por encima de los demás que se ha convertido casi en el gobernante sin restricciones del conjunto. - respondemos: esto no prueba en absoluto que la tendencia de los intereses del conjunto a preservar el estado no existiera, sino sólo que su eficacia no era lo suficientemente grande en ese momento; el esfuerzo hacia una meta es algo diferente del movimiento hacia ella, pero por lo tanto de ninguna manera algo nulo y sin valor, como mejor podemos ver en la dinámica del cielo.

Decimos: la tendencia del equilibrio es la conservación del estado existente, para lo cual presuponemos, sin embargo, que en este estado había tranquilidad, es decir, equilibrio; pues cuando éste ya ha sido perturbado, ya se ha producido una tensión, la tendencia del equilibrio puede, sin embargo, dirigirse también hacia un cambio. Este cambio, sin embargo, si nos atenemos a la naturaleza del asunto, siempre puede afectar sólo a unos pocos individuos, es decir, nunca a la mayoría de los estados, y por lo tanto es seguro que estos últimos siempre verán su preservación representada y asegurada por los intereses de todos en su conjunto, y por lo tanto también es seguro que cada estado individual que no se encuentre en el caso de estar ya en un estado de tensión contra el conjunto tendrá, en su defensa, más intereses a su favor que en su contra.

262

Quienes se ríen de estas consideraciones como de sueños utópicos, lo hacen a costa de la verdad filosófica. Si ésta nos revela las relaciones en que se encuentran los elementos esenciales de las cosas, sería desde luego imprudente querer derivar de ella leyes, ignorando toda interferencia accidental, según las cuales podría regularse cada caso particular. Pero quien, según la expresión de un gran escritor, *no se eleva por encima de la anécdota*, construye toda la historia a partir de ella, comienza en todas partes por lo más individual, por la cabeza del suceso, y desciende sólo tan bajo como encuentra ocasión de llegar, sin llegar nunca así a las condiciones generales que prevalecen en el fondo, su opinión tampoco tendrá nunca valor para más de un caso, y a él, desde luego, le parecerá un sueño lo que la filosofía constituye para la generalidad de los casos.

Si no existiera este esfuerzo general por mantener la tranquilidad y preservar lo existente, varios Estados formados nunca podrían coexistir durante un tiempo considerable; necesariamente tendrían que fundirse en uno solo. Si, pues, la Europa actual existe desde hace más de mil años, sólo podemos atribuir este efecto a la tendencia del conjunto de los intereses, y si la protección del conjunto no ha bastado siempre para preservar a cada individuo, se trata de irregularidades en la vida de este conjunto, que, sin embargo, no lo han destruido, sino que han sido arrolladas por él.

Sería muy superfluo repasar la masa de acontecimientos en los que los cambios que perturbaron demasiado el equilibrio fueron impedidos o invertidos por una contraacción más o menos evidente por parte de los demás Estados; la más somera ojeada a la historia los muestra. Hablaremos sólo de un caso, porque siempre está en boca de los que ridiculizan la idea del equilibrio político, y porque parece pertenecer aquí en particular como un caso en el que un defensor inofensivo pereció sin obtener la participación de la ayuda extranjera. Estamos hablando de Polonia. Que un estado de 8 millones de habitantes pudiera desaparecer, dividido por otros tres, sin que ninguno de los otros estados desenvainara una espada, parece a primera vista un caso que, o bien probaba suficientemente la ineficacia general del equilibrio político, o al menos mostraba hasta dónde podía llegar en casos individuales. Que un estado de tal magnitud pudiera desaparecer y convertirse en presa de otros que ya pertenecían a los más poderosos (Rusia y Austria) parecía un caso del tipo más extremo, y si tal estado no podía excitar nada de los intereses generales de toda la república de estados, se dirá que la eficacia que se supone que tienen estos intereses generales para la preservación de los individuos debe considerarse como imaginaria. Pero nosotros sostenemos que un caso individual, por conspicuo que sea, no prueba nada contra la generalidad, y pronto

sostendremos que el caso de la caída de Polonia tampoco es tan incomprensible como parece. ¿Era Polonia realmente un Estado europeo, un miembro homogéneo de la república europea de Estados? No. Era un estado tártaro que, en lugar de estar situado en la frontera del mundo europeo de estados, como los tártaros de Crimea en el Mar Negro, estaba situado en el Vístula entre ellos. No pretendemos hablar despectivamente del pueblo polaco, ni justificar la división del país, sino sólo ver las cosas como son. Durante 100 años, este Estado no había desempeñado básicamente ningún papel político, sino que sólo había sido la manzana de la discordia para los demás. En su condición y constitución no podía mantenerse a largo plazo entre los demás; pero un cambio sustancial en esta condición tártara sólo podría haber sido obra de medio siglo o de un siglo entero, si los líderes de este pueblo hubieran estado dispuestos a ello. Pero ellos mismos eran demasiado tártaros para desear tal cambio. Su disoluta vida de Estado y su inconmensurable temeridad iban de la mano y así se tambaleaban hacia el abismo. Mucho antes de la partición de Polonia, los rusos estaban allí como en casa, el concepto de un estado independiente y cerrado al exterior ya no existía, y nada era más seguro que Polonia, si no se dividía, tendría que convertirse en una provincia rusa. Si todo esto no hubiera sido así, y Polonia hubiera sido un Estado capaz de defenderse, las tres Potencias no habrían procedido tan fácilmente a su partición, y las Potencias que más tenían que ver con su conservación, como Francia, Suecia y Turquía, habrían podido entonces contribuir a su preservación de manera muy diferente. Pero si de la preservación de un Estado sólo hay que ocuparse desde el exterior, eso es ciertamente pedir demasiado.

263

La partición de Polonia se había planteado varias veces hacía más de 100 años, y desde entonces el país no se consideraba una casa cerrada, sino una vía pública por la que merodeaban constantemente potencias bélicas extranjeras. ¿Deberían haber impedido todo esto los demás estados, deberían haber desenvainado constantemente sus espadas para proteger la santidad política de la frontera polaca? Eso es exigir una imposibilidad moral. Polonia en aquella época no era políticamente mucho más que una estepa deshabitada; y tan poco como se hubiera podido proteger siempre de sus usurpaciones esta estepa indefensa situada entre otros estados, tan poco se podría asegurar la inviolabilidad de este supuesto estado. Por todas estas razones, uno no debería sorprenderse más por la caída silenciosa de Polonia que por la caída silenciosa de la Tartaria de Crimea; los turcos estaban en cualquier caso más interesados que cualquier estado europeo en la preservación de Polonia, pero vieron que sería un esfuerzo inútil proteger una estepa indefensa.

Volviendo a nuestro tema, creemos haber demostrado que un defensor puede, por regla general, contar más con la ayuda exterior que el agresor; estará más seguro de contar con ella cuanto más importante sea su existencia para todos los demás, es decir, cuanto más sana y fuerte sea su condición política y marcial.

Los objetos que hemos nombrado aquí como medios reales de defensa no estarán a disposición de todas las defensas, ni que decir tiene, a veces faltarán unos, a veces otros, pero pertenecen al concepto colectivo de defensa en su conjunto.

6.7 CAPÍTULO SÉPTIMO: INTERACCIÓN DE ATAQUE Y DEFENSA

Ahora queremos considerar la defensa y el ataque en particular, en la medida en que puedan separarse el uno del otro. Empezaremos por la defensa por las siguientes razones. En efecto, es muy natural y necesario basar las reglas de la defensa en las del ataque y las del ataque en las de la defensa, pero una de las dos debe tener aún un tercer punto para que toda la serie de ideas tenga un principio, es decir, para que sea posible. La primera cuestión es este punto.

264

Si pensamos filosóficamente en el origen de la guerra, entonces el concepto real de guerra no surge con el ataque, porque éste no tiene como finalidad absoluta tanto la lucha como la toma de posesión, sino que sólo surge con la defensa, porque ésta tiene como finalidad inmediata la lucha, ya que defensa y lucha son evidentemente una sola cosa. La defensa se dirige sólo al ataque, y por tanto lo presupone necesariamente; el ataque, en cambio, no se dirige a la defensa, sino a otra cosa, a saber, la toma de posesión, y por tanto no presupone necesariamente esta última. Por lo tanto, está en la naturaleza de las cosas que quien primero introduce el elemento de la guerra en la acción, desde cuyo punto de vista se conciben por primera vez dos partes, también establece las primeras leyes para la guerra, a saber, el *defensor*. No hablamos aquí de un caso individual, sino del caso general y abstracto que la teoría concibe para determinar su camino.

Así pues, ahora sabemos dónde buscar el punto fijo fuera de la interacción de ataque y defensa, es decir, en la defensa.

Si esta conclusión es correcta, entonces tiene que haber razones para el comportamiento del defensor, aunque todavía no sepa nada de lo que va a hacer el atacante, y estas razones tienen que incluir una orden de utilizar los medios de combate. A la inversa, para el atacante, mientras no supiera nada de su adversario, tampoco tendría que haber razones para su proceder que contuvieran una aplicación de los medios de combate. No tendría que poder hacer otra cosa que tomarlos, es decir, apoderarse de ellos por medio de un ejército. Y así es de hecho; porque crear medios de lucha no significa todavía utilizarlos, y el atacante que los toma consigo en la suposición muy general de que los necesitará, y que, en lugar de tomar posesión del país por medio de comisiones y proclamas, lo hace con ejércitos, en realidad no ejerce todavía un acto positivo de guerra; Pero el defensor, que no sólo reúne sus medios de lucha, sino que dispone de ellos de tal modo que conduce la lucha, ejerce por primera vez una actividad a la que se ajusta realmente el concepto de guerra.

La segunda pregunta ahora es: ¿cuál puede ser la naturaleza de los determinantes en teoría que se establecen primero para la defensa antes de que se haya pensado nada sobre el ataque en sí? Evidentemente, se trata del avance hacia la toma de posesión, que se piensa fuera de la guerra, pero que fundamenta las primeras proposiciones de la acción bélica. Este avance es para obstaculizar la defensa; por lo tanto, debe pensarse en relación con la tierra, y así surgen las primeras disposiciones más generales de la defensa. Una vez establecidas éstas, se les aplica el ataque, y surgen nuevos principios de defensa a partir de la consideración de los medios que emplea el ataque. Ahora se produce la interacción, que la teoría puede continuar en su investigación mientras encuentre los nuevos resultados resultantes dignos de consideración.

Este pequeño análisis era necesario para dar a todas nuestras futuras consideraciones un poco más de claridad y firmeza; estas cosas no están hechas para el campo de batalla, ni para el futuro comandante, sino para el ejército de teóricos que hasta ahora se han puesto las cosas demasiado fáciles.

6.8 CAPÍTULO OCTAVO: TIPOS DE RESISTENCIA

El concepto de defensa es defender; en esta defensa está la espera, y esta espera ha sido para nosotros la principal característica de la defensa y al mismo tiempo su principal ventaja.

Pero como la defensa en la guerra no puede ser un mero sufrimiento, la espera tampoco puede ser absoluta, sino sólo relativa; el objeto a que se refiere es, según el espacio, o el país o el teatro de la guerra o la posición, según el tiempo, la guerra, la campaña o la batalla. Que estos objetos no son unidades invariables, sino sólo los centros de ciertas regiones que corren juntas y se entrecruzan, lo sabemos bien; pero en la vida práctica hay que contentarse a menudo sólo con agrupar las cosas, no con definir las estrictamente, y esos conceptos han adquirido suficiente definición a través de la vida práctica misma, de modo que uno puede reunir cómodamente las demás ideas en torno a ellos.

Una defensa del país, pues, sólo espera el ataque del país, una defensa del teatro de guerra el ataque del teatro de guerra, una defensa de la posición el ataque de la posición. Toda actividad positiva y, en consecuencia, más o menos ofensiva que ejerza después de este momento no anulará el concepto de defensa, pues la principal característica de ésta y su principal ventaja, *la espera*, ha tenido lugar.

Los conceptos de guerra, campaña, batalla, que pertenecen a la época, corren parejos a los de terreno, teatro de guerra y posición y, por tanto, guardan la misma relación con nuestro tema.

La defensa consta así de dos partes heterogéneas, la espera y la acción. Relacionando la primera con un objeto concreto y dejando que preceda a la acción, hemos hecho posible la conexión de ambas en un todo. Pero un acto de defensa, especialmente uno grande, como una campaña o toda una guerra, no consistirá en el tiempo en dos grandes mitades, la primera en la que sólo se espera y la segunda en la que sólo se actúa, sino en una alternancia de estos dos estados, de modo que la espera pueda atravesar todo el acto de defensa como un hilo continuo.

El hecho de que concedamos tanta importancia a esta espera se debe simplemente a que la naturaleza de la cosa lo exige; en las teorías hasta ahora, por supuesto, nunca se ha hecho hincapié en ella como concepto independiente, pero en el mundo práctico, aunque a menudo inconscientemente, ha servido incesantemente de guía. Es un componente tan básico de todo el acto de la guerra que apenas parece posible sin él, y por ello volveremos a él a menudo en lo que sigue, llamando la atención sobre sus efectos en el juego dinámico de fuerzas.

Preocupémonos ahora de aclarar cómo el principio de espera atraviesa el acto de defensa, y qué secuencia de etapas de la propia defensa surge de él.

Para establecer nuestras ideas sobre el objeto más simple, queremos dejar la defensa nacional, en la que se produce una mayor variedad y una mayor influencia de las circunstancias políticas, para el libro sobre el plan de guerra: por otra parte, el acto de defensa en una posición y campo de batalla es un objeto de la táctica, que sólo *en su conjunto* forma el punto de partida de la actividad estratégica, por lo que la defensa del *teatro de guerra* será el objeto sobre el que mejor podremos mostrar las circunstancias de la defensa.

Hemos dicho que la espera y la acción, que es siempre un retorno del empuje, es decir, una reacción, son ambas partes esenciales de la defensa; sin la primera no sería defensa, sin la segunda no sería guerra. Este punto de vista ya nos ha llevado a la idea de que la defensa no es más *que la forma más fuerte de la guerra, con el fin de derrotar al enemigo con mayor seguridad*; debemos aferrarnos absolutamente a esta idea, en parte porque en última instancia es la única que protege contra el absurdo, en parte porque fortalece todo el acto de defensa tanto más cuanto más vivo y cercano permanece.

Si, pues, hubiera que distinguir entre la reacción, que constituye el segundo componente necesario de la defensa, y la que constituye la defensa propiamente dicha, la defensa desde el terreno, desde el teatro de la guerra, desde la posición, se consideraría únicamente como la parte *necesaria*, que se extendería sólo hasta donde lo exija el aseguramiento de estos objetos, y por otra parte la posibilidad de una reacción llevada más lejos, que *pasa* al campo del *ataque estratégico real*, como un objeto extraño e indiferente a la defensa, esto sería *contrario al* modo de concepción anterior, y por lo tanto no podemos considerar tal diferencia como esencial, sino que debemos insistir en que toda defensa debe basarse en la idea de la *represalia*; pues, por mucha desventaja que se hubiera infligido al adversario en el caso feliz de esa primera reacción, seguiría faltando el equilibrio adecuado en la relación dinámica de ataque y defensa.

Entonces decimos: la defensa es la forma más fuerte de la guerra para derrotar más fácilmente al adversario, y dejamos a las circunstancias si esta victoria va o no más allá del objeto al que se refería la defensa.

Pero como la defensa está ligada a la noción de espera, ese propósito de *derrotar al enemigo* sólo puede existir condicionalmente, es decir, sólo cuando se produce el ataque, por lo que se entiende que, si éste no se produce, la defensa se contenta con la conservación de la posesión; éste es, pues, su propósito en el estado de espera, es decir, el más próximo, y sólo contentándose con este objetivo más modesto puede alcanzar las ventajas de la forma más fuerte de la guerra.

Si ahora imaginamos un ejército con su teatro de guerra destinado a la defensa, esto puede ocurrir:

1. por el ejército que ataca al enemigo en cuanto entra en el teatro de la guerra (Mollwitz, Hohenfriedeberg).

2. tomando una posición cerca de la frontera y esperando a que el enemigo aparezca frente a ella para atacar, para luego atacar ellos mismos (Czaslau, Soor, Roßbach). Evidentemente, aquí la conducta es ya más penosa, se espera más tiempo, y aunque el *tiempo* ganado por el segundo método en comparación con el primero será muy pequeño o nulo, si el ataque enemigo se produce realmente, la batalla, que era segura en el caso anterior, es ahora ya menos segura, puede ser que la decisión del enemigo no llegue al ataque; la ventaja de esperar es por tanto ya mayor.

267

- (3) Por el ejército en tal posición no sólo a la espera de la decisión del enemigo a la batalla, es decir, la aparición en la cara de nuestra posición, sino también el ataque real. (Para seguir con el mismo comandante, Bunzelwitz). En este caso, por lo tanto, se dará una verdadera batalla defensiva, que, sin embargo, como hemos dicho antes, puede sin embargo incluir el movimiento ofensivo con una parte u otra. También aquí, como antes, la ganancia de tiempo no entrará todavía en ninguna consideración, pero la decisión del enemigo será puesta a una nueva prueba; muchos hombres, después de haber avanzado al ataque, lo han abandonado en el último momento o al primer intento, porque encontraron la posición del enemigo demasiado fuerte.

4. trasladando la resistencia del ejército al interior del país. El objetivo de este repliegue es debilitar al ejército atacante hasta tal punto que tenga que detener su avance por su propia voluntad o, al menos, ya no pueda vencer la resistencia que le ofrezcamos al final de su recorrido.

La demostración más sencilla y clara de este caso es cuando el defensor puede dejar atrás una o varias de sus fortalezas que el atacante se ve obligado a sitiar o cercar. Lo mucho que se debilita así su fuerza y se da al defensor la oportunidad de atacarla en un punto de gran superioridad es claro en sí mismo.

Pero incluso si no hay fortalezas, tal retirada hacia el interior puede dar gradualmente al defensor ese equilibrio o superioridad que necesita y de la que carece en la frontera, pues cada avance en el ataque estratégico debilita en parte absolutamente, en parte por la división que se hace necesaria, de la que hablaremos más en el ataque. Anticipamos aquí esta verdad considerándola como un hecho suficientemente probado por todas las guerras.

En este cuarto caso, sobre todo, la ganancia de tiempo debe considerarse una ventaja importante. Si el atacante asedia nuestras fortalezas, tenemos tiempo hasta su probable caída, que puede ser de varias semanas, en algunos casos de varios meses; pero si su debilitamiento, es decir, el agotamiento de su poder de ataque, se obtiene simplemente avanzando y ocupando los puntos necesarios, es decir, simplemente por la longitud de su recorrido, la ganancia de tiempo será en la mayoría de los casos aún mayor, y nuestra acción no estará tan ligada a un tiempo definido.

Aparte de la alteración del equilibrio de fuerzas que se produce al final de este curso entre el defensor y el atacante, debemos tener en cuenta de nuevo para este último la *mayor ventaja de la espera*. Incluso si el atacante no ha sido debilitado por este curso de acción hasta tal punto que no pueda atacar a nuestra fuerza principal donde se detiene, todavía puede carecer de la determinación para hacerlo, ya que esta determinación siempre tendrá que ser más fuerte aquí de lo que habría tenido que ser en la frontera; en parte, las fuerzas están debilitadas y ya no están frescas, y el peligro aumenta; en parte, en el caso de los comandantes indecisos, la posesión del país al que han llegado es a menudo suficiente para eliminar por completo el pensamiento de una batalla, porque realmente creen o toman el pretexto de que ya no la necesitan. Por este ataque omitido, por supuesto, el defensor puede no obtener, como en la frontera, un éxito negativo suficiente, pero puede ganar mucho tiempo. -

268

Es evidente que en los cuatro casos el defensor cuenta con el apoyo de la región, y que puede así poner en acción la cooperación de sus fortalezas y del pueblo; y de hecho estos principios efectivos aumentan con cada nueva etapa de la defensa, y son estas cosas en particular las que, en la cuarta etapa, provocan el debilitamiento del poder del enemigo. Ahora bien, como las ventajas de la espera aumentan precisamente en el mismo sentido, se deduce por sí mismo que esas etapas deben considerarse como un verdadero aumento de la defensa, y que esta forma de guerra se hace cada vez más fuerte cuanto más se aleja del ataque. No tememos, pues, que se nos acuse de pensar que la más pasiva de todas las defensas es la más fuerte. El acto de resistencia no debe debilitarse con cada nueva etapa, sino sólo *retrasarse, posponerse*. Pero no hay nada absurdo en la idea de que en una posición fuerte y adecuadamente atrincherada uno es capaz de una resistencia más fuerte, y que cuando las fuerzas del enemigo están medio agotadas en esta posición, se puede hacer un rechazo más efectivo contra él. Sin las ventajas de la posición en Kolin, Daun probablemente no habría obtenido la victoria, y si, después de que Federico el Grande hubiera traído de vuelta no más de 18.000 hombres del campo de batalla, la hubiera perseguido con más vigor, el éxito podría haber sido uno de los más brillantes de la historia de la guerra.

Así pues, sostenemos que con cada nuevo nivel de defensa aumenta la preponderancia o, más exactamente, el contrapeso que recibe el defensor y, en consecuencia, también la fuerza del retroceso.

¿Son gratuitas estas ventajas de defensa creciente? En absoluto; los sacrificios con los que se compran aumentan precisamente en ese sentido.

Si esperamos al enemigo dentro de nuestro teatro de guerra, entonces, por muy cerca que se decida en la frontera, en este teatro de guerra entrará siempre la potencia enemiga, lo que no puede ser sin sacrificio por su parte, mientras que nosotros habríamos vuelto esta desventaja al enemigo mediante un ataque. Si no salimos inmediatamente al encuentro del enemigo para atacarle, los sacrificios serán algo mayores; el espacio que ocupa el enemigo y

el tiempo que necesita para alcanzar nuestra posición los aumentan. Si deseamos librar una batalla defensiva y, por tanto, dejamos al enemigo la decisión y el momento de hacerlo, puede ocurrir que permanezca durante algún tiempo en posesión de la extensión de terreno que ocupa, y el tiempo que nos permita ganar por su falta de decisión lo pagaremos nosotros de esa manera. Los sacrificios se hacen aún más palpables cuando se produce una retirada hacia el interior del país.

Pero todos estos sacrificios que hace el defensor suelen causarle una pérdida de fuerzas, que sólo tiene un efecto *indirecto, es decir, un* efecto posterior y no inmediato sobre sus fuerzas, y a menudo tan indirecto que el efecto se siente poco. Por lo tanto, el defensor trata de fortalecerse en el momento presente a expensas del futuro, es decir, pide prestado, como debe hacer todo aquel que es demasiado pobre para sus circunstancias.

Si ahora queremos considerar el éxito de estas diversas formas de resistencia, debemos fijarnos en el *propósito del ataque*. Se trata de tomar posesión de nuestro teatro de guerra, o al menos de una parte significativa de él, ya que por el concepto de conjunto debe entenderse al menos la mayor parte del mismo, y la posesión de una franja de terreno de unas pocas millas no tiene, por regla general, ninguna importancia independiente en la estrategia. Por lo tanto, mientras el atacante no esté todavía en esta posesión, es decir, mientras, por miedo a nuestro poder, o no haya avanzado todavía al ataque del teatro de la guerra, o no nos haya buscado todavía en nuestra posición, o haya evitado la batalla que queríamos darle, el propósito de la defensa está cumplido, y los efectos de las medidas defensivas han tenido así éxito. Pero, por supuesto, este éxito es meramente negativo y no puede dar directamente las fuerzas para un rechazo real. Pero puede darlas *indirectamente, es decir, está en camino de* hacerlo, porque *el tiempo que pasa lo pierde el atacante*, y toda pérdida de tiempo es una desventaja y debe debilitar de algún modo a quien la sufre.

269

Así, en las tres primeras fases de la defensa, es decir, cuando se produce en la frontera, incluso la *no decisión será un éxito de la defensa*. Pero este no es el caso de la cuarta.

Si el enemigo asedia nuestras fortalezas, tenemos que derrocarlo en el momento oportuno, por lo que nos corresponde a nosotros tomar la decisión mediante una acción positiva.

Este es precisamente el caso cuando el enemigo nos ha seguido al interior del país sin sitiar uno de nuestros lugares. Es cierto que en este caso disponemos de más tiempo, podemos esperar el momento en que el enemigo está más débil, pero la condición previa sigue siendo siempre que finalmente pasemos a la acción. El enemigo está ahora en posesión quizás de toda la extensión del país que fue objeto de su ataque; pero sólo se le presta, el suspense continúa y la decisión está aún por llegar. Mientras el defensor se fortalece cada día y el atacante se debilita cada día, la no decisión redundará en interés del primero; pero tan pronto como se produce el punto culminante, que necesariamente ha de producirse, aunque sólo sea por el efecto final de las pérdidas generales a que se ha expuesto el defensor, la acción y la decisión dependen del defensor, y la ventaja de esperar debe considerarse completamente agotada.

Este punto en el tiempo no tiene, por supuesto, una medida general; una multitud de circunstancias y condiciones pueden determinarlo, pero debemos, no obstante, observar que la proximidad del invierno tiende a constituir un punto de inflexión muy natural. Si no podemos impedir que el enemigo pase el invierno en el territorio capturado, entonces, por regla general, habrá que considerar este territorio como abandonado. Pero basta pensar en el ejemplo de Torres Vedras para darse cuenta de que esta regla no es general.

Entonces, ¿cuál es la decisión en absoluto?

En nuestra consideración siempre hemos pensado en ellos en forma de batalla; ahora bien, es cierto que esto no es necesario, pero se puede pensar en un gran número de combinaciones

de batallas con el poder dividido que conducen a un revés, ya sea por descargarse realmente en sangre, o por sus probables efectos que hacen necesaria la retirada del enemigo.

No puede haber otra decisión sobre el teatro mismo de la guerra; esto se sigue necesariamente de la visión de la guerra tal como la hemos establecido; pues aunque un ejército enemigo inicie su retirada por mera falta de víveres, esta retirada sólo surge de la restricción en que lo tiene nuestra espada; si nuestra fuerza no estuviera presente en absoluto, ya sabría tomar consejo.

270

Por eso, incluso al final de su curso ofensivo, cuando el enemigo ha sucumbido a las difíciles condiciones de su ataque, cuando los despachos, el hambre y las enfermedades lo han debilitado y demacrado, siempre es sólo el miedo a nuestra espada lo que puede hacerle retroceder y dejarlo todo de nuevo. Pero hay, por supuesto, una gran diferencia entre una decisión así y otra tomada en la frontera.

Aquí sólo nuestras armas se oponen a las suyas, sólo éstas las mantienen a raya o tienen un efecto destructor sobre ellas; pero allí, al final de la línea de ataque, las fuerzas del enemigo ya están medio destruidas por nuestros propios esfuerzos, lo que da a nuestras armas un peso muy diferente, y por tanto son, aunque las últimas, ya no el único motivo de decisión. Esta destrucción de las fuerzas enemigas en el curso de la acción prepara la decisión, y puede hacerlo hasta el punto de que la mera posibilidad de nuestra reacción puede provocar la retirada, es decir, el retroceso. En este caso, por lo tanto, prácticamente no se puede atribuir nada más que la decisión a estos esfuerzos en la acción. Ahora bien, por supuesto, no se encontrará un caso en el que la espada del defensor no haya desempeñado un papel; pero es importante para la visión práctica distinguir cuál de los dos principios ha sido el predominante.

En este sentido, creemos que podemos decir que en la defensa hay una doble decisión, una doble reacción, según que el atacante deba perecer *por la espada del defensor o por su propio esfuerzo*.

Que el primer tipo de decisión prevalecerá en las tres primeras etapas de la defensa, el segundo en la cuarta, es claro en sí mismo; y de hecho, el segundo sólo podrá producirse principalmente cuando la retirada tenga lugar en lo profundo del interior del país; y es esto lo único que puede motivar tal retirada con los grandes sacrificios que cuesta.

Hemos conocido así dos principios diferentes de resistencia; hay casos en la historia de la guerra en que se dan tan pura y separadamente como un concepto elemental sólo puede darse en la vida práctica. Cuando Federico el Grande atacó a los austriacos en Hohenfriedberg en 1745, justo cuando estaban a punto de descender de las montañas de Silesia, su fuerza no pudo haber sido debilitada de ninguna manera notable, ni por el envío ni por el esfuerzo; cuando, por otro lado, Wellington esperó en la posición atrincherada de Torres Vedras hasta que el hambre y el frío habían llevado al ejército de Masséna tan lejos que comenzó su retirada por su propia voluntad, la espada del defensor no jugó ningún papel en el debilitamiento real del atacante. En otros casos, en los que están diversamente relacionados, el uno prevalece sin embargo definitivamente. Tal fue el caso en 1812; en esta famosa campaña tuvo lugar tal masa de sangrientas batallas que en otros casos la decisión más perfecta podría haberla dado la espada; sin embargo, en ningún caso se ha visto tan claramente como en éste cómo el atacante puede perecer por sus propios esfuerzos. De los 300.000 hombres que componían el centro francés, sólo unos 9.000 llegaron a Moscú; sólo unos 13.000 fueron destacados, de modo que se perdieron 197.000 hombres, y ciertamente no más de un tercio de esta pérdida puede atribuirse a los combates.

271

Todas las campañas que se han distinguido por la llamada temporización, como las del famoso Fabio Cunctator, están preferentemente calculadas para destruir al enemigo por su propio esfuerzo.

En general, hay muchas campañas en las que este principio ha hecho las cosas principales, sin que realmente haya surgido, y sólo si uno cierra los ojos a las artificiosas razones de los historiadores, y en su lugar mira con agudeza a los propios acontecimientos, se verá conducido a esta verdadera razón de muchas decisiones.

Aquí creemos que hemos desarrollado suficientemente las ideas en que se basa la defensa, que hemos mostrado claramente y hecho comprensible en estos dos tipos principales de resistencia cómo el principio de la espera recorre todo el sistema de pensamiento y se conecta con la acción positiva, de modo que ésta surge antes aquí, más tarde allá, y la ventaja de esperar parece entonces agotada.

Ahora pensamos que hemos medido y abarcado todo el campo de la defensa. Es cierto que aún quedan en él objetos de importancia suficiente para formar secciones especiales, es decir, para convertirse en el centro de nuestros propios sistemas de pensamiento, de los que, por tanto, debemos considerar también la naturaleza y la influencia de las fortalezas, los campamentos atrincherados, las defensas de montaña y fluviales, los efectos del flanqueo, etc. Nos ocuparemos de ellos en los capítulos siguientes; pero todos estos objetos no nos parecen existir aparte de nuestra serie de ideas anterior, sino sólo como una aplicación más estrecha de ellas a la localidad y a las circunstancias. Esta serie de ideas ha surgido para nosotros del concepto de defensa y de su relación con el ataque; hemos vinculado estas ideas simples a la realidad y mostrado así la manera en que se puede volver de la realidad a estas ideas simples y ganar así terreno sólido, de modo que no nos veamos obligados a recurrir en la argumentación a puntos de apoyo que de por sí flotan en el aire.

Pero la resistencia por medio de la espada, a través de la variedad de combinaciones de combate, especialmente cuando éstas no se descargan en sangre sino que se hacen efectivas por su mera posibilidad, puede adquirir una apariencia tan cambiada, un carácter tan diferente, que uno se siente arrastrado a la opinión de que también aquí debe encontrarse otro principio efectivo; entre el sangriento rechazo en una simple batalla y los efectos de una red estratégica, que no permite que el asunto vaya tan lejos, hay tal diferencia que necesariamente se debe suponer una nueva fuerza: más o menos como los astrónomos han inferido la existencia de otros planetas a partir del gran espacio entre Marte y Júpiter.

Si el atacante encuentra al defensor en una posición firme que no cree poder dominar, si lo encuentra detrás de un río importante que no cree poder cruzar, incluso si teme no poder asegurar bien sus provisiones, siempre es sólo la espada del defensor la que produce estos efectos; pues el miedo a ser derrotado por esta espada, ya sea en los enfrentamientos principales o en puntos particularmente importantes, es lo que paraliza la acción del atacante, sólo que éste no lo expresará en absoluto, o al menos no sin disculpas.

272

Si admitimos que incluso en el caso de la decisión incruenta las batallas que no tuvieron lugar realmente, pero que fueron *ofrecidas*, *fueron* decisivas en última instancia, pensaremos sin embargo que en este caso la *combinación estratégica* de estas batallas debe ser considerada como el principio más eficaz, y no su decisión táctica, y que esta prevalencia de la combinación estratégica sólo puede significarse si se piensa en otros medios de defensa que el de la espada. Concedemos esto, pero ahora estamos precisamente en el punto al que queríamos llegar. Pues decimos: si el éxito táctico en las batallas debe formar la *base* de todas las combinaciones estratégicas, entonces siempre es posible y de temer que el atacante llegue hasta esta base, se erija sobre todo en maestro de estos éxitos tácticos, para luego armar la combinación estratégica; que ésta, por tanto, *nunca* debe ser considerada como *algo independiente*, sino que sólo puede llegar a ser válida si se está sin preocupaciones por los éxitos tácticos por tal o cual motivo. Para hacernos entender un poco, recordemos solamente que un general como Bonaparte recorría sin piedad todo el entramado estratégico de sus adversarios para buscar la batalla en sí, porque en esta batalla casi nunca dudaba del resultado. Por tanto, allí donde la

estrategia no dedicaba toda su industria a someterle en esta lucha con una fuerza superior, allí donde entablaba relaciones más finas (más débiles), se desgarraba como las telarañas. Pero un general como Daun podía ser fácilmente detenido por tales relaciones. Por lo tanto, sería insensato ofrecer a un Bonaparte y a su ejército lo que el ejército prusiano de la Guerra de los Siete Años pudo ofrecer a Daun y al suyo. ¿Por qué? - Porque Bonaparte sabía muy bien que todo dependía de los éxitos tácticos y estaba seguro de los mismos, cosas ambas que eran diferentes en el caso de Daun. Por lo tanto, consideramos digno de mérito demostrar que toda combinación estratégica descansa únicamente en los éxitos tácticos, que éstos son las causas reales de la decisión en todas partes, tanto en la solución sangrienta como en la incruenta. Sólo si no hay que temerlos, ya sea por el carácter o las circunstancias del adversario o por el equilibrio moral y físico de ambos ejércitos o incluso por la superioridad del nuestro, sólo entonces se puede esperar algo de las combinaciones estratégicas *per se*.

Si ahora encontramos en toda la extensión de la historia de la guerra una gran masa de campañas en las que el atacante renuncia a su ataque sin una decisión sangrienta, y en las que por lo tanto las combinaciones estratégicas se muestran tan eficaces, esto podría llevar a pensar que estas combinaciones tienen al menos en sí mismas una gran fuerza, y que allí donde los éxitos tácticos no presuponen una superioridad demasiado decidida por parte del atacante, podrían por lo general decidir por sí solas el asunto. A esto debemos responder que si hablamos de cosas que se originan en el teatro de la guerra, es decir, de cosas que pertenecen más bien a la guerra misma, esta idea es también errónea, y que la ineficacia de la mayoría de los ataques tiene su razón en las condiciones superiores, políticas, de la guerra.

Las condiciones generales de las que surge una guerra y que forman naturalmente su base determinan también su carácter; tendremos más que decir sobre esto en el plan de la guerra. Estas condiciones generales, sin embargo, han convertido la mayoría de las guerras en medias tintas, en las que la enemistad real ha tenido que abrirse camino a través de tal conflicto de relaciones que sólo ha quedado como un elemento muy débil. Esto, por supuesto, debe mostrarse más y con más fuerza en el ataque, *de cuyo lado se encuentra la acción positiva*. Así que, por supuesto, no es de extrañar que un ataque tan frenético y sin aliento pueda ser detenido por la presión de un dedo. Contra una resolución embotada, paralizada por mil consideraciones, la apariencia de resistencia es a menudo suficiente.

273

No es el gran número de posiciones inexpugnables que se encuentran por todas partes, no es la fertilidad de los oscuros macizos montañosos que se extienden a través del teatro de la guerra, o del ancho río que lo atraviesa, no es la facilidad con que, mediante ciertas combinaciones de enfrentamientos, se puede paralizar realmente el músculo que ha de llevar a cabo la estocada contra nosotros; Estas cosas no son la causa del éxito frecuente que el defensor tiene de manera incruenta, sino que es la debilidad de la voluntad con la que el atacante pone el pie vacilante adelante.

Esos contrapesos pueden y deben tenerse en cuenta, pero sólo deben reconocerse por lo que son, y sus efectos no deben atribuirse a otras cosas, a saber, a las cosas de las que aquí sólo hablamos. No debemos omitir señalar expresamente cómo la historia de la guerra puede convertirse tan fácilmente en mentirosa y engañadora permanente a este respecto, si la crítica no se preocupa de adoptar un punto de vista corrector.

Consideremos ahora las grandes masas de las campañas de ataque que fracasaron sin una solución sangrienta en la forma que quisiéramos llamar vulgar.

El atacante avanza en territorio enemigo, hace retroceder un poco al enemigo, pero encuentra demasiadas vacilaciones como para arriesgarse a una batalla decisiva; entonces se detiene frente a él, actúa como si hubiera hecho una conquista y no tuviera otra tarea que cubrirla; como si dependiera del enemigo buscar la batalla, como si se la ofreciera todos los días, etcétera. Todo esto son *pretensiones* que el general hace a su ejército, a su corte, al

mundo, incluso a sí mismo. La verdadera razón es que uno encuentra al enemigo demasiado fuerte en su posición. No hablamos aquí del caso en que el atacante se abstiene de atacar porque no ha podido aprovechar la victoria, porque al final de su carrera ya no tenía impulso suficiente para iniciar una nueva. Este caso presupone un ataque que ya ha tenido éxito, una conquista real; pero aquí tenemos en mente el caso en el que el atacante se queda atascado en medio de la conquista pretendida.

Sólo se espera para aprovechar circunstancias favorables; por regla general, no hay razones para estas circunstancias favorables, pues el ataque previsto ya demuestra que no se puede esperar más del futuro próximo que del presente; se trata, pues, de un nuevo engaño. Si ahora, como de costumbre, la empresa está en conexión con otras simultáneas, entonces lo que uno mismo no quiere realizar se atribuye a otros ejércitos, y las razones de la propia inactividad se buscan en la falta de apoyo y coordinación. Se habla de dificultades insuperables y se encuentran motivos en las relaciones más intrincadas. Así, las fuerzas del atacante se consumen en la inactividad o, mejor dicho, en una actividad insuficiente y, por tanto, infructuosa. El defensor gana tiempo, que es lo más importante para él, se acerca la mala estación y el ataque termina con el regreso del atacante a su propio teatro de guerra en los cuarteles de invierno.

274

Este entramado de ideas falsas pasa ahora a la historia y desplaza a la razón más simple y verdadera del fracaso, a saber, el *miedo a la espada enemiga*. Si la crítica entra en tal campaña, se afana en una multitud de razones y contrarrazones que no dan un resultado convincente, porque todas revolotean en el aire y no se descende al fundamento real de la verdad.

Este engaño, sin embargo, no es simplemente una mala costumbre, sino que está arraigado en la naturaleza de las cosas. Los contrapesos por los que se debilita la fuerza elemental de la guerra, y por tanto el ataque en particular, residen en su mayor parte en las circunstancias políticas y las intenciones del Estado, y éstas siempre se ocultan al mundo, a la propia gente y al ejército, pero en algunos casos incluso al comandante. Nadie, por ejemplo, puede motivar y motivará su decisión de resistir o rendirse confesando que teme que sus fuerzas no lleguen hasta el final, o que despertará nuevos enemigos, o que no quiere dejar que su aliado se haga demasiado fuerte, etc. Todas estas cosas se mantienen en secreto durante mucho tiempo, o probablemente lo seguirán estando para siempre: para el mundo, sin embargo, la acción debe presentarse en su contexto, por lo que el general se ve obligado a afirmar una red de razones falsas, ya sea por cuenta propia o por cuenta de su gobierno. Estos espejos siempre recurrentes de la dialéctica de la guerra se han osificado en la teoría en sistemas que, por supuesto, tienen tan poca verdad. Sólo siguiendo el simple hilo de la coherencia interna, como hemos intentado hacer, puede la teoría volver a la esencia de las cosas.

Si se contempla la historia de la guerra con esta desconfianza, se derrumba un gran aparato de ataque y defensa, que sólo consiste en palabrería de ida y vuelta, y surge por sí sola la concepción simple que hemos dado de él. Creemos, pues, que impregna todo el campo de la defensa, y que sólo aferrándose firmemente a ella se es capaz de controlar la masa de los acontecimientos con clara perspicacia.

Ahora nos queda por abordar la cuestión del uso de estas diferentes formas de defensa.

Como todos son aumentos de lo mismo, que se compran con sacrificios cada vez mayores, la elección del comandante estaría ya suficientemente determinada por esto, si no intervinieran otras circunstancias. Escogería aquella forma que le pareciese justa para conducir su fuerza al punto necesario de resistencia: pero no retrocedería más en la defensa, para no hacer sacrificios inútiles. Pero hay que decir que la elección de estas diferentes formas suele ser muy limitada, porque las otras cosas principales que ocurren en la defensa empujan necesariamente hacia una u otra. Para la retirada al interior del país es necesaria una superficie considerable, o circunstancias como las de Portugal en 1810, donde un aliado (Inglaterra) en

la retaguardia daba el alto, y otro (España) con su amplia extensión de país debilitaba considerablemente el empuje del enemigo. La posición de las fortalezas, más en la frontera o más en el interior del país, también puede decidir a favor o en contra de tal plan, pero aún más la naturaleza de la tierra y del suelo, el carácter, las costumbres, la actitud de los habitantes. La elección entre la batalla ofensiva y la defensiva puede ser decidida por el plan del enemigo, por la peculiaridad tanto de los ejércitos como de los generales; finalmente, la posesión de una excelente posición o línea de defensa, o la falta de ella, puede llevar a una u otra; en fin, basta mencionar estas cosas para hacer sentir que la elección en la defensa estará en muchos casos determinada más por ellas que por la mera relación de fuerzas. A medida que nos vayamos familiarizando con los objetos más importantes aquí tratados, la influencia que ejercen sobre la elección sólo entonces se desarrollará más claramente, y finalmente todo se reunirá en un todo en el libro sobre el plan de guerra y campaña.

275

Pero esa influencia sólo suele ser decisiva si el equilibrio de fuerzas no es demasiado desigual; en el caso contrario, sin embargo, así como en la generalidad de los casos, ese equilibrio de fuerzas prevalecerá. Que lo hizo sin una serie de ideas como las que hemos desarrollado aquí, es decir, *oscuramente según el mero tacto del juicio*, como la mayor parte de lo que ocurre en la guerra, lo prueba suficientemente la historia de la guerra. Fue el mismo comandante, el mismo ejército, el que, en el mismo teatro de la guerra, libró una vez la batalla de Hohenfriedeberg y en otra ocasión tomó el campamento de Bunzelwitz. Así, incluso Federico el Grande, que, en lo que a la batalla se refiere, era el más ofensivo de todos los comandantes, se vio obligado al final, ante el gran desequilibrio de poder, a adoptar una posición defensiva real, y Bonaparte, que solía atacar a su oponente como un jabalí, ¿no lo vemos, cuando el equilibrio de poder se volvió contra él, en agosto y septiembre de 1813 ya girando de un lado a otro como encerrado en una jaula, sin disparar sin piedad a uno de los oponentes? Pero en octubre del mismo año, cuando el desequilibrio alcanzó su punto álgido, ¿no le vemos cerca de Leipzig, buscando refugio en la esquina de la Parthe, Elster y Pleiße, apoyando la espalda contra la pared como en el rincón de una habitación, esperando a sus enemigos?

No podemos dejar de observar que en este capítulo queda más claro que en ningún otro de nuestro libro que no nos proponemos dar nuevos principios y métodos de guerra, sino examinar lo que ha existido durante mucho tiempo en su contexto más íntimo y rastrearlo hasta sus elementos más simples.

6.9 CAPÍTULO NUEVE: LA BATALLA DEFENSIVA

Hemos dicho en el capítulo anterior que el defensor puede hacer uso en su defensa de una batalla que tácticamente es una perfecta batalla ofensiva, si busca y ataca al enemigo en el momento en que irrumpe en nuestro teatro de guerra; pero que también podría esperar al enemigo frente a su frente y luego pasar al ataque, en cuyo caso la batalla será tácticamente de nuevo una batalla de ataque, aunque ya algo condicional; finalmente, que podría realmente esperar el ataque del enemigo en su posición y contrarrestarlo tanto por la defensa local como por ataques con una parte de su fuerza. Aquí, por supuesto, pueden concebirse varios grados y gradaciones, que conducen cada vez más del principio de un retroceso positivo al principio de una defensa local. No podemos entrar aquí a decir hasta dónde puede llegar esto, y cuál sería la relación más ventajosa de los dos elementos para obtener una victoria decisiva. Pero sostenemos que, cuando se busca esto, la parte más ofensiva de la batalla nunca debe faltar por completo, y estamos convencidos de que de esta parte ofensiva pueden y deben surgir todos los efectos de una victoria decisiva, así como en una batalla ofensiva puramente táctica.

276

Al igual que el campo de batalla es estratégicamente sólo un punto, el tiempo de una batalla es estratégicamente sólo un momento, y no el curso sino el final y el resultado de una batalla es una cantidad estratégica.

Si fuera cierto que se puede obtener una victoria completa con los elementos de ataque que hay en toda batalla defensiva, entonces no debería haber ninguna diferencia en la combinación estratégica entre el ataque y la batalla defensiva. Estamos convencidos de que es así, pero por supuesto parece lo contrario. Para enfocar mejor el tema, para aclarar nuestra visión y eliminar así esta apariencia, echemos un rápido vistazo a la imagen de una batalla defensiva tal y como la concebimos.

El defensor espera al atacante en una posición; ha elegido y establecido una zona adecuada para ello, es decir, se ha familiarizado a fondo con ella, ha erigido atrincheramientos eficaces en algunos de los puntos más importantes, ha abierto y nivelado comunicaciones, cortado baterías, fortificado aldeas y seleccionado lugares apropiados para el despliegue oculto de sus masas, etc. Un frente más o menos fuerte, cuyo acceso está impedido por uno o varios cortes paralelos u otros obstáculos, o incluso por la influencia de puntos fijos predominantes, le pone en condiciones de *destruir muchos de los del enemigo con unos cuantos de los suyos en las* diversas etapas de la resistencia hasta el núcleo de la posición, mientras las fuerzas mutuas se consumen en sus puntos de contacto. Los puntos de anclaje que ha dado a sus alas le aseguran contra un ataque repentino desde varios flancos: la región oculta que ha elegido para su despliegue hace que el atacante sea cauto, incluso tímido, y proporciona al defensor los medios de debilitar mediante pequeños ataques afortunados el movimiento retrógrado general del enfrentamiento cada vez más contraído. Así, el defensor contempla con satisfacción la batalla, que arde ante él con un elemento moderado; - pero no considera inagotable su resistencia en el frente - pero no cree inviolables sus flancos - pero no espera del ataque afortunado de unos pocos batallones o escuadrones el giro de toda la batalla. Su posición es *profunda*, pues cada parte en la escala del orden de batalla, desde la división hasta el batallón, tiene su reserva para contingencias imprevistas y para la reanudación del combate; pero una masa considerable, de 1/4 a 1/3 del total, la mantiene enteramente fuera de la batalla, tan atrás que no puede haber duda de ninguna pérdida por el fuego enemigo, y posiblemente tan lejos que esta parte todavía queda fuera de la línea de by-pass, con la que la fuerza atacante abarcará una u otra ala de la posición. Con esta parte cubrirá sus alas para ulteriores y mayores evasiones, se asegurará contra casos imprevistos, y en el último tercio de la batalla, cuando el atacante haya desarrollado completamente su plan, haya gastado la mayor parte de sus fuerzas, entonces se lanzará con esta masa sobre una parte de la fuerza enemiga, desarrollará

su propia batalla ofensiva menor contra esta, hará uso en ella de todos los elementos del ataque, tales como ataque, sorpresa, evasión, y mediante esta presión contra el centro de gravedad de la batalla, que aún descansa en un punto, provocará el movimiento de repulsión del conjunto.

277

Esta es la concepción normal que tenemos de una batalla defensiva basada en el estado actual de la táctica. En ella, el cerco general del atacante, con el que quiere dar a su ataque más probabilidad y al mismo tiempo más margen de éxito, es correspondido por un cerco subordinado, es decir, de la parte de las fuerzas enemigas que se ha utilizado para eludir. Puede pensarse que este cerco subordinado es suficiente para anular el efecto del del enemigo, pero de él no puede surgir un cerco general similar del ejército enemigo, por lo que siempre será la diferencia entre los lineamientos de la victoria que en la batalla de ataque rodea al ejército enemigo y actúa hacia el centro del mismo, pero en la batalla de defensa actúa más o menos desde el centro hacia la circunferencia y sobre los radios.

En el propio campo de batalla y en la primera fase de la persecución, la forma omnicomprendiva debe reconocerse siempre como la más eficaz, pero no por su forma en general, sino sólo cuando logra imponer el omnicomprendivo hasta el punto extremo, es decir, limitando sustancialmente la retirada del ejército enemigo ya en la batalla. Es contra este punto extremo, sin embargo, contra el que se dirige la reacción positiva del defensor, y en muchos casos, cuando no consiga darle la victoria, bastará sin embargo para protegerle contra ese extremo. Pero debemos admitir siempre que en una batalla defensiva este peligro, a saber, el de una limitación demasiado grande de la retirada, está preferentemente presente, y que si no puede evitarse, el éxito en la batalla misma y en la primera etapa de la persecución se incrementa enormemente por ello.

Pero por regla general sólo es así en la primera fase de la persecución, es decir, hasta el anochecer; al día siguiente el abrazo ha llegado a su fin, y ambas partes vuelven a estar en equilibrio en esta única relación.

Es cierto que el defensor puede verse privado de su mejor línea de retirada y, por tanto, colocado continuamente en una posición de desventaja estratégica, pero el cerco en sí, con pocas excepciones, siempre llegará a su fin, porque se calculó sólo para el campo de batalla y, por tanto, no puede llegar mucho más lejos. Pero, ¿qué surgirá en el otro lado si *el defensor* sale victorioso? Una separación de los vencidos. Esto facilita la retirada en un primer momento, pero al *día siguiente* la mayor necesidad es *la unificación de todas las partes*. Si la victoria se ha obtenido de forma muy decisiva, y el defensor empuja con gran energía, entonces esta unificación a menudo no es posible, y las peores consecuencias surgen de esta separación de los vencidos, que en una sucesión gradual puede llegar hasta la ruptura. Si Bonaparte hubiera salido victorioso en Leipzig, la separación completa de los ejércitos aliados habría sido la consecuencia, y habría hecho descender considerablemente el nivel de su relación estratégica. En Dresde, donde Bonaparte no libró realmente una batalla defensiva, el ataque tuvo sin embargo la forma geométrica de la que hablamos aquí, es decir, del centro al perímetro; es bien sabido en qué aprieto se encontró el ejército aliado como resultado de su separación, un aprieto del que sólo les arrancó la victoria en Katzbach, porque al enterarse Bonaparte regresó a Dresde con los guardias.

278

La propia batalla del Katzbach es un ejemplo similar: se trata de un defensor que pasa al ataque en el último momento y, en consecuencia, actúa de forma excéntrica; así, los cuerpos franceses se vieron obligados a separarse, y varios días después de la batalla la división Puthod cayó en manos de los aliados como fruto de la victoria.

Concluimos de ello que si el ataque dispone de un medio para aumentar su victoria a través de la forma que le es más homogénea, el defensor, a través de la forma de excentricidad que le es más homogénea, se convierte igualmente en un medio para dar mayores consecuencias

a su victoria que las que tendría una posición meramente paralela y una acción perpendicular de las fuerzas, y creemos que un medio puede ser al menos tan válido como el otro.

Sin embargo, si en la historia de la guerra, rara vez vemos tan grandes victorias surgir de batallas defensivas como de batallas ofensivas, esto no prueba nada en contra de nuestra afirmación de que son en sí mismas igualmente adecuadas para este propósito, sino que la causa radica en las muy diferentes circunstancias del defensor. El defensor suele ser el más débil, no sólo en fuerza, sino en el conjunto de sus circunstancias; era, o creía ser, casi siempre incapaz de dar a su victoria una gran consecuencia, y entonces se contentaba con la mera repulsión del peligro y con el honor salvado de sus armas. Que el defensor puede estar obligado hasta cierto punto por su debilidad y sus circunstancias no es cuestión de duda; pero lo que debería ser consecuencia de la necesidad se ha tomado a menudo por consecuencia del papel que desempeña como defensor, y así se ha convertido realmente en una opinión fundamental de la defensa que sus batallas se dirigen sólo a repeler, no a destruir al enemigo. Consideramos que éste es uno de los errores más perniciosos, una verdadera confusión de la forma con la causa, y sostenemos absolutamente que en la forma de guerra que llamamos defensa, la victoria no sólo es más probable, sino que puede alcanzar la misma grandeza y eficacia que en el ataque, y que esto es así no sólo en el *éxito sumario* de todos los compromisos que componen una campaña, sino también en la batalla *individual*, si no falta la medida adecuada de fuerza y voluntad.

6.10 CAPÍTULO DIEZ: FORTALEZAS

Antiguamente, y hasta la época de los grandes ejércitos permanentes, las fortalezas, es decir, los castillos y las ciudades fortificadas, sólo existían para proteger a sus habitantes. El noble, cuando se veía asediado por todas partes, se refugiaba en su castillo para ganar tiempo y esperar un momento mejor; las ciudades procuraban alejar de sí con sus fortificaciones las nubes meteorológicas pasajeras de la guerra. No se quedó en este propósito más simple y natural de las fortificaciones; las relaciones que tal punto tenía con todo el país y de nuevo con los guerreros que luchaban aquí y allá en el país pronto dieron a los puntos fortificados una importancia ampliada, una importancia que se extendía más allá de sus muros, contribuía a la captura o afirmación del país, al resultado feliz o infeliz de toda la lucha, y de este modo se convertía ella misma en un medio de vincular más estrechamente la guerra en un todo coherente. Así es como las fortalezas adquirieron su importancia estratégica, que durante un tiempo se consideró tan importante que proporcionó las líneas maestras para planes de campaña que estaban más dirigidos a conquistar una o unas pocas fortalezas que a destruir la fuerza enemiga. Se volvía a la causa de este significado, es decir, a las relaciones que un punto fortificado tiene con la región y con el ejército, y ahora se creía que no era posible ser lo suficientemente cuidadoso, fino y abstracto en la determinación de los puntos a fortificar. Además de esta determinación abstracta, se perdió de vista casi por completo la original, y nació la idea de fortalezas sin ciudades ni habitantes.

279

Por otra parte, ya han pasado los tiempos en que la mera fortificación de las murallas, sin ningún otro medio de guerra, podía mantener un lugar completamente a salvo de la inundación de la guerra que se extiende por todo el país, pues esta posibilidad se basaba en parte en los pequeños estados en que solían dividirse los pueblos, en parte en el carácter periódico del ataque de la época, que, casi como las estaciones, tenía su duración definida y muy limitada, porque o bien los feudatarios se apresuraban a volver a casa o bien el dinero para los *condottieri* solía acabarse regularmente. Desde que los grandes ejércitos permanentes, con sus enormes trenes de artillería, acribillan como máquinas la resistencia de los puntos individuales, ninguna ciudad u otra pequeña corporación tiene ya el menor deseo de arriesgar sus fuerzas para ser tomada unas semanas o meses más tarde y ser tratada entonces con mayor severidad. Menos aún puede interesar a los ejércitos fragmentarse en una miríada de lugares fijos que harían algo lento el avance del enemigo, pero que acabarían necesariamente en el sometimiento. Siempre deben quedar fuerzas suficientes para estar a la altura del enemigo en el campo de batalla, a menos que confiemos en la llegada de un confederado que pueda apoderarse de nuestras fortalezas y liberar a nuestro ejército. Por lo tanto, el número de fortalezas debe reducirse necesariamente en gran medida, y esto debe llevarnos a abandonar la idea de proteger directamente a las personas y los bienes de las ciudades mediante fortificaciones para pasar a la otra idea de considerar las fortalezas como una protección *indirecta* del país, que proporcionan por su importancia estratégica, como nodos que mantienen unido el tejido estratégico.

Este ha sido el curso de las ideas, no sólo en los libros, sino también en la vida práctica: pero, por supuesto, hiladas más allá en los libros, como es habitual.

Por necesaria que fuera esta dirección de la cosa, las ideas han ido demasiado lejos, y las artificialidades y artificios han desplazado el núcleo sano de la natural y gran necesidad. Son sólo estas grandes necesidades simples las que consideraremos cuando enumeremos los propósitos y condiciones de las fortalezas una al lado de la otra; así progresaremos de lo simple a lo más compuesto y veremos en el capítulo siguiente lo que resulta de ello para la determinación de su ubicación y número.

Obviamente, la eficacia de una fortaleza se compone de dos elementos diferentes, el pasivo y el activo. Mediante el primero, protege el lugar y todo lo que contiene; mediante el otro, ejerce cierta influencia en los alrededores, incluso más allá del alcance de sus cañones.

280

Este elemento activo consiste en los ataques que la guarnición puede efectuar contra cualquier enemigo que se acerque a un punto determinado. Cuanto mayor sea la guarnición, mayores serán las tropas que salgan de ella para tales fines, y cuanto mayores sean éstas, más lejos podrán llegar por lo general, de donde se deduce que la esfera de acción activa de una gran fortaleza no sólo es intensamente más fuerte, sino también mayor que la de una pequeña. Pero el elemento activo propiamente dicho consta, por así decirlo, de dos partes, a saber, las empresas de la guarnición propiamente dicha y las empresas que pueden llevar a cabo otros grupos de ejércitos grandes y pequeños, no pertenecientes a ella pero relacionados con ella. Pues cuerpos que serían demasiado débiles para enfrentarse al enemigo por sí solos pueden, gracias a la protección que encuentran tras los muros de la fortaleza en caso de emergencia, situarse en posición de imponerse en la zona y dominarla hasta cierto punto.

Las empresas que puede permitirse la guarnición de una fortaleza son siempre bastante limitadas. Incluso en el caso de grandes fortalezas y guarniciones fuertes, las tropas que pueden enviarse no suelen ser considerables en relación con las fuerzas sobre el terreno, y el diámetro de su esfera de acción rara vez supera unas pocas marchas. Sin embargo, si la fortaleza es pequeña, los cuerpos serán bastante insignificantes y su radio de acción se limitará normalmente a las aldeas más cercanas. Estos cuerpos, sin embargo, que no pertenecen a la guarnición, y por lo tanto no tienen necesariamente que volver a la fortaleza, están por lo tanto mucho menos obligados, y así la esfera activa de acción de una fortaleza puede ser extraordinariamente extendida por ellos, si las otras circunstancias son favorables. Por ello, cuando hablamos de la eficacia activa de las fortalezas en general, debemos tener presente esta parte.

Pero incluso la menor eficacia activa de la guarnición más débil sigue siendo un elemento bastante esencial para todos los fines que deben cumplir las fortalezas; pues, en rigor, la más pasiva de todas las actividades de una fortaleza, la defensa en caso de ataque, no puede pensarse sin esa eficacia activa. Sin embargo, es obvio que entre los diversos significados que una fortaleza puede tener en general o en tal o cual momento, uno es más pasivo, el otro más activo. Estos significados son en parte simples, y la eficacia de la fortaleza en este caso es hasta cierto punto directa, en parte compuestos, y la eficacia es entonces más o menos indirecta. Pasaremos de la primera a la segunda, pero en cualquier caso explicaremos inmediatamente que una fortaleza puede, por supuesto, tener varios o incluso todos estos significados al mismo tiempo, o al menos en momentos diferentes.

Por eso decimos: las fortalezas son los primeros y mayores pilares de la defensa, de la siguiente manera:

Como almacenes seguros.

El atacante vive de un día para otro durante el ataque; el defensor suele tener que estar en alerta mucho antes, por lo que no puede vivir sólo de la zona en la que se encuentra y de la que le gusta prescindir en cualquier caso. Los suministros de todos

281

Los suministros de la parte atacante permanecen detrás y, por tanto, alejados de los peligros del escenario de la guerra, mientras que los de la defensora llegan a situarse en medio de ella. Si estos suministros de todo tipo no están en *lugares fortificados*, deben tener la influencia más desventajosa sobre la acción en el campo, y las posiciones más forzadas y estiradas son a menudo necesarias para cubrirlos.

Un ejército defensivo sin fortalezas tiene cien puntos vulnerables; es un cuerpo sin coraza.

Asegurar ciudades grandes y ricas.

Esta disposición está muy estrechamente relacionada con la primera, ya que las ciudades grandes y ricas, especialmente los centros comerciales, son los almacenes naturales de los ejércitos; como tales, su posesión y pérdida afectan directamente al ejército. Además, siempre merece la pena esforzarse por preservar esta parte de la propiedad del Estado, en parte por las fuerzas que indirectamente se extraen de ella, y en parte porque una plaza importante en sí misma tiene un peso considerable en las negociaciones de paz.

Este propósito de las fortalezas ha sido demasiado poco apreciado en tiempos recientes, y sin embargo es uno de los más naturales, más poderosos y menos sujetos a error. Si hubiera un país en el que no sólo todas las ciudades grandes y ricas, sino todos los lugares populosos estuvieran fortificados, defendidos por sus habitantes y los campesinos vecinos, la velocidad del movimiento bélico se debilitaría así hasta tal punto, y el pueblo atacado presionaría sobre la balanza con tal parte de todo su peso, que el talento y la fuerza de voluntad del comandante del ejército enemigo se hundirían hasta la insignificancia. Este ideal de la fortificación de un país sólo debe tenerse ante nosotros, para que se justifique la finalidad de las fortificaciones que acabamos de concebir y no se pase por alto en ningún momento la importancia de la protección *inmediata* que proporcionan; pero, por cierto, esta idea no debe perturbarnos en nuestra contemplación, pues entre toda la masa de ciudades siempre debe haber algunas que estén más fuertemente fortificadas que las demás, y deben considerarse como los verdaderos soportes del poder armado.

Los dos fines mencionados en los puntos 1 y 2 ocupan casi únicamente la eficacia pasiva de los fuertes.

Como cerraduras reales.

Cierran las carreteras y, en la mayoría de los casos, también los ríos en los que se encuentran.

No es tan fácil como se suele pensar encontrar un camino practicable que circunvale la fortaleza, ya que esta circunvalación debe realizarse no sólo al margen de sus cañonazos, sino también en relación con las posibles caídas en círculos más o menos amplios.

Si la zona es difícil en lo más mínimo, el más mínimo desvío de la carretera suele provocar retrasos que cuestan un día entero de camino, lo que puede ser muy importante si la carretera se utiliza repetidamente.

282

La forma en que interfieren con las empresas bloqueando la navegación por los ríos es clara en sí misma.

Como puntos de referencia tácticos.

Como el diámetro del fuego de una fortaleza no del todo insignificante tiende a ser de varias horas, y la esfera de acción ofensiva en cualquier caso se extiende algo más allá, las fortalezas deben considerarse siempre como los mejores puntos de anclaje para el ala de una posición. Un lago de varias millas de longitud puede considerarse ciertamente una base excelente, y sin embargo una fortaleza moderada hace más. El ala nunca tiene que estar cerca de ella, pues el atacante no puede interponerse entre ella y el ala, o no tendría retirada.

Como una estación.

Si las fortalezas están en la línea de comunicación del defensor, como suele ser el caso, son estaciones convenientes para todo lo que se mueve a lo largo de ellas. Los peligros con que se ven amenazadas las líneas de comunicación proceden de los merodeadores, cuya acción es siempre intermitente. Si, al acercarse un cometa de este tipo, un transporte importante puede alcanzar una fortaleza apresurando su avance o girando rápidamente, se salva y espera hasta que el peligro haya pasado. Además, todos los grupos que se desplazan de un lado a otro pueden descansar aquí uno o varios días y acelerar así el resto de su marcha. Pero es precisamente en los días de descanso cuando están más amenazados. De este modo, una línea de comunicación de 30 millas de largo queda, por así decirlo, acortada a la mitad por una fortaleza situada en su centro.

Como refugio para cuerpos débiles o desafortunados.

Bajo las armas de una fortaleza que no sea demasiado pequeña, todo cuerpo de ejército está protegido de los ataques enemigos, aunque ningún campamento fortificado esté especialmente equipado para ello. Es cierto que si un cuerpo de este tipo desea permanecer, debe renunciar a seguir retirándose, pero hay circunstancias en las que este sacrificio no es grande, porque una retirada ulterior sólo habría acabado en una destrucción completa.

Pero en muchos casos la fortaleza también puede proporcionar una estancia de algunos días sin que se pierda la retirada. En particular, es un lugar de refugio para los heridos leves, dispersos, etc., que corren delante de un ejército derrotado, con el fin de esperar de nuevo al ejército.

Si Magdeburgo hubiera estado en la línea recta de retirada del ejército prusiano en 1806, y si esta línea no se hubiera perdido ya en Auerstedt, el ejército podría haber permanecido fácilmente en esta gran fortaleza durante 3 o 4 días, reuniéndose y reorganizándose así. Pero incluso en caliente, habría podido servir de punto de reunión a los restos del ejército de Hohenlohe, que sólo allí se reincorporaron a las filas de las apariciones.

Sólo en la guerra misma nos hacemos una idea cabal de la influencia beneficiosa de una fortaleza cercana en circunstancias calamitosas. Contienen pólvora y armas, avena y pan, dan cobijo a los enfermos, seguridad a los sanos y calma a los asustados. Son un refugio en el desierto.

283

En las 4 últimas acepciones, la eficacia activa de las fortalezas ya está algo más implicada, lo que es evidente de por sí.

Como un verdadero escudo contra el ataque enemigo.

Las fortalezas que el defensor deja frente a él rompen la corriente del ataque enemigo como bloques de hielo. El enemigo debe cercarlas, y para ello necesita aproximadamente el doble de tropas si las guarniciones son eficientes. Pero además, la mitad de estas guarniciones pueden y suelen estar formadas por tropas que no habrían podido entrar en campaña sin las fortalezas: defensas terrestres a medio terminar, medio inválidos, ciudadanos armados, Landsturm, etc. En este caso, el enemigo está quizá cuatro veces más debilitado que nosotros.

Este debilitamiento desproporcionado del poder del enemigo es la primera ventaja más importante que una fortaleza sitiada nos proporciona con su resistencia; pero no es la única. Desde el momento en que el atacante ha cortado la línea de nuestras fortificaciones, todos sus movimientos adquieren una restricción mucho mayor; se ve limitado en sus vías de retirada, y debe estar siempre ansioso por la cobertura inmediata de los asedios que emprende.

Aquí, pues, las fortalezas intervienen en el acto de defensa de manera magnífica y muy decisiva, y esto debe considerarse como la más importante de todas las disposiciones que puede tener una fortaleza.

Si, a pesar de todo, este uso de las fortalezas, lejos de repetirse con regularidad, es relativamente raro, la razón reside en el carácter de la mayoría de las guerras, para las que este medio es, por así decirlo, demasiado decisivo, demasiado omnipresente, lo que sólo se verá con más claridad en la continuación.

En esta determinación de la fortaleza se apela básicamente a su poder ofensivo, o al menos es de ahí de donde emana su eficacia. Si la fortaleza no fuera más que un punto inconquistable para el atacante, podría ciertamente convertirse en un obstáculo para él, pero nunca hasta tal punto que se sintiera movido a un asedio. Pero como no puede dejar que 6, 8 ó 10.000 hombres dominen y reinen en su retaguardia, debe sitiarse con una fuerza adecuada, y para no tener que hacerlo eternamente, capturarla, es decir, asediarla. A partir del momento del asedio, es sobre todo la eficacia pasiva la que se convierte en activa.

Todas las finalidades de las fortalezas consideradas hasta ahora se cumplen de forma bastante directa y sencilla. En los dos propósitos siguientes, en cambio, el modo de acción es más compuesto.

Como cubierta para cuarteles extensos.

Que una fortaleza moderada cierre el acceso a los barrios que tiene detrás a una anchura de 3 a 4 millas es un efecto muy simple de su existencia; pero cómo un lugar así llega a tener el honor de cubrir una línea de barrios de 15 a 20 millas de largo, de la que tan a menudo se habla en la historia de la guerra, requiere, en la medida en que realmente tiene lugar, una discusión, y en la medida en que pueda ser ilusorio, una observación.

A este respecto, hay que tener en cuenta lo siguiente:

1. que la plaza en sí cierra una de las carreteras principales y realmente cubre el área de 3 a 4 millas de ancho.
2. que puede ser considerado como un puesto avanzado inusualmente fuerte, o que permite una observación más completa de la región, que se ve incrementada por las relaciones civiles en las que se encuentra un lugar importante con el campo circundante, a modo de inteligencia secreta. Es natural que se aprenda más sobre los alrededores en un lugar de 6, 8 a 10.000 habitantes que en un pueblo, sede de un puesto avanzado común.
3. Que cuerpos más pequeños puedan apoyarse en ella, y encontrar cobijo y seguridad en ella, que puedan de vez en cuando marchar contra el enemigo para traer noticias, o, si pasa la fortaleza, para emprender algo en su retaguardia; de modo que una fortaleza, aunque no pueda abandonar su lugar, tenga en cierta medida la eficacia de un cuerpo avanzado. (Libro Quinto, Capítulo Octavo.)
4. que la posición del defensor, después de haber reunido sus tropas, puede tomarse justo detrás de esta fortaleza, de modo que el atacante no pueda avanzar hasta este punto de posición sin que la fortaleza de su retaguardia se convierta en un peligro para él.

Es cierto que todo ataque a una línea de acuartelamiento debe tomarse como tal en el sentido de una incursión, o mejor dicho, aquí sólo hablamos de este lado del ataque; ahora bien, está claro por sí mismo que una incursión logra sus efectos en un período mucho más corto que el ataque real de un teatro de guerra. Si, por lo tanto, en este último, una fortaleza, que debe ser pasada, debe necesariamente ser capturada y mantenida en jaque, esto no es tan necesario en el caso de un ataque a una línea de cuarteles, y por lo tanto una fortaleza no

debilitará tal línea en la misma medida. Esto es cierto, por supuesto, y los cuarteles de las alas a 6 u 8 millas de ella no pueden ser protegidos directamente por ella; pero el ataque de unos pocos cuarteles no es el propósito de tal incursión. Sólo en el libro sobre el ataque podremos decir con más detalle lo que realmente se pretende conseguir con tal incursión y lo que puede prometer; pero ya podemos suponer que su resultado principal se obtendrá no por la incursión real en las posiciones individuales de acuartelamiento, sino por las batallas que la fuerza atacante impondrá a los cuerpos individuales de la retaguardia, que no están en condiciones adecuadas y están más equipados para apresurarse hacia ciertos puntos que para atacar. Este avance y esta retirada, sin embargo, tendrán que dirigirse siempre más o menos hacia el centro del acuartelamiento enemigo, y una fortaleza importante situada frente a él sería, no obstante, muy gravosa para el atacante.

Decimos: si uno considera estos cuatro puntos en su efecto combinado, se dará cuenta de que una fortaleza importante por medios directos o indirectos da, sin embargo, cierta seguridad a un barrio mucho más grande de lo que uno pensaría a primera vista. Decimos: cierta seguridad, porque todos esos efectos indirectos no hacen imposible el avance del enemigo, sino que sólo lo hacen más difícil y más precario, por tanto más improbable y menos peligroso para el defensor. Pero eso es todo lo que se requiere y lo que se entiende por cobertura en este caso. La seguridad inmediata real debe mantenerse mediante puestos avanzados y el establecimiento de cuarteles.

285

No carece de realidad, por tanto, atribuir a una fortaleza importante la capacidad de cubrir una línea de cuarteles de considerable extensión situados detrás de ella: pero también es innegable que aquí, en los diseños reales de la guerra, y más aún en las representaciones históricas, uno se encuentra a menudo con expresiones vacías o visiones ilusorias. Pues si esta cobertura no es más que el resultado de la interacción de varias circunstancias, si no es entonces más que una reducción del peligro, entonces se puede ver bien cómo en casos individuales toda esta cobertura puede volverse ilusoria por circunstancias especiales, sobre todo por la audacia del enemigo, y uno no se contentará por tanto en la guerra con asumir sumariamente el efecto de tal fortaleza, sino que debe pensar en los casos individuales de manera definida.

Como cobertura para una provincia desocupada.

Si una provincia en guerra no está ocupada en absoluto o no está ocupada por una potencia considerable, pero sin embargo está más o menos expuesta a las incursiones enemigas, entonces una fortaleza no demasiado insignificante situada en ella se considera una cobertura o, si se quiere, una salvaguardia para esta provincia. Sin embargo, puede considerarse una salvaguarda porque el enemigo no será dueño de la provincia hasta que haya tomado la fortaleza, lo que nos da tiempo para apresurarnos a defenderla. La cobertura real, sin embargo, por supuesto sólo puede pensarse de manera muy indirecta o entenderse de manera *no real*. Pues sólo a través de su eficacia activa la fortaleza puede en cierta medida poner límites a las incursiones del enemigo. Si esta eficacia se limita a la mera guarnición, el éxito no será notable, ya que las guarniciones de tales fortalezas son en su mayoría débiles y suelen estar formadas por meros soldados rasos, y no los mejores. La idea cobrará un poco más de realidad si pequeños grupos entran en contacto con la fortaleza y la convierten en su base.

Como centro del armamento de un pueblo.

Es cierto que los víveres, las armas y las municiones no pueden ser objeto de suministros regulares en una guerra popular, pero es la naturaleza misma de tal guerra ayudarse en estas cosas como se pueda y despertar así mil pequeñas fuentes de fuerzas de resistencia que

permanecerían cerradas sin ello; sin embargo, es comprensible que una fortaleza importante que tenga suministros de estas cosas para ayudarse dé a toda la resistencia más densidad y solidez, más coherencia y consecuencia.

Además, la fortaleza es el lugar de refugio para los heridos, la sede de las autoridades gobernantes, el tesoro, el lugar de reunión para las empresas más grandes, etc., finalmente el núcleo de la resistencia, que pone al poder enemigo durante el asedio en una condición para la cual los ajustes del armamento nacional están realmente hechos.

286

Para la defensa de los ríos y las montañas.

En ninguna parte puede una fortaleza cumplir tantos propósitos, asumir tantos papeles, como cuando está situada en un gran río. Aquí asegura nuestro paso en todo momento, impide el paso del enemigo en unas pocas millas a su alrededor, controla el comercio del río, absorbe todos los barcos, bloquea puentes y caminos, y da la oportunidad de defender el río de manera indirecta, es decir, mediante una posición en el lado enemigo. Es evidente que, gracias a esta influencia polifacética, facilita en gran medida la defensa del río y debe considerarse un elemento esencial de la misma.

Del mismo modo, las fortalezas adquieren importancia en las montañas. Aquí abren y cierran sistemas enteros de caminos de los que forman los nodos, dominando así toda la zona por la que pasan estos caminos en las montañas, y deben considerarse como los contrafuertes derechos de su sistema defensivo.

6.11 CAPÍTULO UNDÉCIMO: CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO ANTERIOR

Hemos hablado de la determinación de las fortalezas, ahora de su localización. A primera vista, la cuestión parece muy complicada, cuando se piensa en el número de determinaciones, cada una de las cuales puede ser modificada por la localidad; pero esta preocupación es muy infundada si nos atenemos a la esencia del asunto y nos guardamos de argucias superfluas.

Es evidente que todos estos requisitos se cumplirán al mismo tiempo si, en las regiones que han de considerarse teatro de la guerra, las ciudades más grandes y ricas se fortifican en las grandes carreteras que conectan los dos países, y preferentemente las situadas en puertos y golfos, en los grandes ríos y en las montañas. Las grandes ciudades y las grandes carreteras siempre van de la mano, y ambas tienen una relación natural con los grandes ríos y la costa marítima, por lo que estas cuatro disposiciones coexistirán fácilmente y no producirán ninguna contradicción; en cambio, las montañas no son compatibles con ellas, pues en ellas rara vez se encuentran grandes ciudades. Por lo tanto, si la posición y dirección de una cordillera la hacen adecuada como línea de defensa, es necesario cerrar sus caminos y pasos con pequeñas fortalezas, que sólo tengan este propósito y se construyan con el menor gasto posible, mientras que las grandes fortificaciones deben permanecer destinadas a las grandes ciudades de la llanura.

Todavía no hemos hecho ninguna referencia a la frontera, ni hemos dicho nada sobre la forma geométrica de toda la línea de fortificaciones, ni hemos dicho nada sobre las demás relaciones geográficas de su emplazamiento, porque queremos que las disposiciones dadas se consideren como las más esenciales y somos de la opinión de que ellas solas bastarán en muchos casos, sobre todo en el caso de Estados pequeños. Sin embargo, en el caso de países de mayor superficie, que o bien tienen muchas ciudades y carreteras importantes, o que, por el contrario, carecen casi por completo de ellas, que o bien son muy ricos y quieren construir nuevas fortalezas además de las muchas ya existentes, o que, por el contrario, son muy pobres y se ven obligados a hacerlo, es posible conformarse con muy poco. En definitiva, en aquellos casos en los que el número de fortalezas no coincida del todo con el número de ciudades y caminos importantes que se presenten, en los que sea bastante mayor o menor, se pueden permitir y también pueden ser necesarias otras disposiciones, a las que sólo daremos una ojeada.

287

Las principales cuestiones que quedan por resolver son

1. la elección de la carretera principal, cuando hay más de ellas para conectar los dos países de lo que uno quiere fortificar.
2. si las fortalezas deben situarse sólo en la frontera o repartirse por todo el país.
3. si deben distribuirse uniformemente o en grupos.
4. las relaciones geográficas de la zona que deben tenerse en cuenta.

Varias otras cuestiones, que aún podrían derivarse de la forma geométrica de la línea de las fortalezas, si deben disponerse en una o en varias filas, es decir, si hacen más cuando están unas detrás de otras o más cuando están unas junto a otras, si deben disponerse en forma de tablero de ajedrez, o si deben disponerse en línea recta o con partes salientes y salientes como las propias fortificaciones. - Consideramos que se trata de argucias vacías, es decir, de consideraciones de naturaleza tan insignificante que los más importantes nunca las sacarán a colación, y sólo las tocamos aquí porque en algunos libros no sólo se han mencionado, sino que además se les ha dado demasiada importancia a estas nimiedades.

En cuanto a la primera cuestión, para que quede más clara, sólo recordaremos el sur de Alemania en su relación con Francia, es decir, con el Oberrhein. Si se pensara en esta franja de tierra como un todo, cuya fortificación debería determinarse estratégicamente sin tener en cuenta los estados individuales que la forman, entonces tendría que surgir una incertidumbre muy grande, pues una miríada de las más bellas carreteras artificiales conducen desde el Rin al interior de Franconia, Baviera y Austria. Es cierto que no faltan ciudades que destacan entre las demás por su tamaño, como Núremberg, Wurzburg, Ulm, Augsburg, Múnich, pero si no se quiere fortificarlas todas, siempre será necesaria una selección; Además, aunque en nuestra opinión la fortificación de las ciudades más grandes y ricas se considere lo principal, no se puede negar que, con la distancia de Núremberg a Múnich, la primera también tendrá unas relaciones estratégicas notablemente diferentes de la segunda, por lo que siempre quedaría la duda de si en lugar de Núremberg no debería establecerse un segundo lugar, aunque menos importante, en la zona de Múnich.

En cuanto a la decisión en estos casos, es decir, la respuesta a la primera pregunta, debemos remitirnos a lo que hemos dicho en los capítulos sobre el plan general de defensa y sobre la elección del punto de ataque. Allí donde se encuentre el punto de ataque más natural, es también donde preferiremos situar los establecimientos de defensa.

288

Por lo tanto, entre una serie de caminos principales que conducen desde el país del enemigo al nuestro, fortificaremos preferentemente aquel que sea el más recto hacia el corazón de nuestro estado, o aquel que, debido a las provincias fértiles, debido a un arroyo navegable, etc., ofrezca al enemigo la mayor facilidad de empresa, y entonces estaremos seguros de que el enemigo se encontrará con esta fortificación o, si quisiera pasarla, nos presentará los medios de una acción de flanqueo natural y ventajosa.

Viena es el corazón del sur de Alemania, y es obvio que incluso en relación con Francia sola, es decir, Suiza e Italia, Múnich o Augsburg serían más eficaces como fortaleza principal que Núremberg o Wurzburg. Pero si se consideran al mismo tiempo los caminos que vienen de Suiza a través del Tirol y de Italia, se hace aún más perceptible, pues para ellos Múnich o Augsburg seguirían siendo siempre de alguna eficacia, mientras que Würzburg y Nuremberg son para ellos casi inexistentes. -

Pasamos a la segunda cuestión, si las fortalezas deben situarse sólo en las fronteras o repartirse por todo el país. En primer lugar, observamos que en el caso de los estados pequeños esta cuestión es superflua, ya que lo que puede llamarse frontera estratégica en su caso coincide con el conjunto. Cuanto más grande es el Estado en el que se piensa en esta cuestión, más evidente es su necesidad.

La respuesta más natural es: que las fortalezas pertenecen a las fronteras, pues son para defender al estado, y el estado está defendido mientras lo estén las fronteras. Ahora bien, esta disposición puede aplicarse también a la general, pero hasta qué punto puede limitarse lo demostrarán las siguientes consideraciones.

Cada defensa calculada principalmente sobre la ayuda extranjera establece un mayor valor en la ganancia de tiempo; no es un rechazo vigoroso, sino un procedimiento lento, en el que el tiempo más que el debilitamiento del enemigo es la principal ganancia. Ahora bien, está en la naturaleza de las cosas que, considerando todas las demás circunstancias por igual, las fortalezas esparcidas por todo el país y que encierran un gran espacio de terreno entre ellas serán tomadas más lentamente que las amontonadas en una densa línea en las fronteras. Además, en todos los casos en que el enemigo debe ser derrotado por la longitud de su línea de comunicación y la dificultad de su existencia, es decir, en el caso de países que pueden contar con este tipo de reacción en particular, será una completa contradicción tener sus defensas sólo en la frontera. Si consideramos, finalmente, que la fortificación de la capital, si las circunstancias lo permiten, es un asunto principal, que de acuerdo con nuestros principios

las capitales y los principales lugares de comercio de las provincias también lo requieren, que los ríos que atraviesan el país, las montañas y otras extensiones de terreno dan la ventaja de nuevas líneas de defensa, que algunas ciudades, en razón de su posición naturalmente firme, requieren fortificación, y finalmente que ciertos establecimientos de guerra, por ejemplo, todas las fábricas de armas, están mejor situadas en el interior del país. Vemos que siempre hay más y menos razones para construir fortalezas en el interior del país, y por lo tanto somos de la opinión de que, aunque en los estados que tienen un gran número de fortalezas, el mayor número se construyen correctamente en las fronteras, sin embargo, sería un gran error si el interior fuera totalmente desprovisto de ellas. Creemos, por ejemplo, que este error ya se está produciendo en un grado notable en Francia. -

289

Una gran duda puede surgir justificadamente cuando las provincias fronterizas del país carecen por completo de ciudades importantes, y éstas sólo se encuentran más atrás, como ocurre especialmente en el sur de Alemania, ya que Suabia carece casi por completo de grandes ciudades, mientras que Baviera tiene muchas. No consideramos necesario despejar esta duda de una vez por todas sobre bases generales, sino que creemos que en este caso deben añadirse razones de situación individual para dar la determinación, pero debemos llamar la atención sobre la observación final de este capítulo. -

La tercera cuestión, si las fortalezas deben mantenerse más juntas en grupos o distribuidas más uniformemente, ocurrirá, considerándolo todo, raramente; pero por esta razón no deseamos contarla entre las argucias inútiles, porque, sin embargo, un grupo de 2, 3, o 4 fortalezas, a sólo unos días de marcha de un centro común, da tal fuerza a ese punto y al ejército que está en él, que, si otras condiciones lo permiten, uno debe estar muy tentado de formar tal bastión estratégico. -

El último punto se refiere a las restantes relaciones geográficas del punto a seleccionar. Las fortalezas son doblemente eficaces en el mar, en los ríos y grandes ríos y en las montañas, ya lo hemos dicho porque es una de las consideraciones principales, pero todavía hay muchas otras relaciones.

Si una fortaleza no puede situarse en el propio río, es mejor no construirla cerca de él, sino a 10-12 millas de distancia; el río corta y perturba la esfera de acción de la fortaleza en todas las relaciones que hemos indicado anteriormente.¹

Esto no ocurre de la misma manera con una cordillera, porque tal cordillera no restringe el movimiento de grandes y pequeñas masas a puntos individuales en la misma medida que un río. Pero en el lado enemigo de las montañas, las fortalezas cercanas a ellas no están bien situadas porque son difíciles de capturar. Además, si se encuentran en este lado, el asedio se hace extremadamente difícil para el enemigo, porque las montañas cortan sus líneas de comunicación. Recordemos a Olmütz en 1758.

Es fácil ver que los grandes bosques inaccesibles y las marismas dan relaciones similares a las de los ríos.

También se ha preguntado a menudo si las ciudades de una localidad muy inaccesible son mejores o peores fortalezas. Dado que pueden fortificarse y defenderse con menos gastos, o hacerse mucho más fuertes o inexpugnables con el mismo gasto de fuerzas, y que los servicios de una fortaleza son siempre más pasivos que activos, parece que no hay que dar demasiado peso a la objeción de que pueden bloquearse fácilmente.

Si finalmente echamos una mirada retrospectiva a nuestro tan simple sistema de fortificación del país, podemos afirmar que está basado en cosas grandes y duraderas y en relaciones directamente conectadas con la fundación del estado, que por consiguiente nada

¹ Philippsburg era el modelo de una fortaleza mal situada. Se asemeja a una persona estúpida que se coloca con la nariz cerca de la pared.

de las modas pasajeras de la guerra, de sutilezas estratégicas imaginarias, de necesidades completamente individuales del momento puede ocurrir en él, lo que sería un error de funestas consecuencias para fortalezas construidas durante medio milenio, quizás durante todo un milenio. Silberberg, en Silesia, que Federico II construyó en una de las crestas de los Sudetes, ha perdido casi toda su importancia y finalidad en circunstancias completamente cambiadas, mientras que Breslavia, si hubiera sido y seguido siendo una fortaleza eficiente, la habría conservado en cualquier circunstancia, tanto contra los franceses como contra los rusos, los polacos y los austriacos.

290

Nuestro lector no olvidará que estas consideraciones no se hicieron para el caso de que un Estado se armara de fortalezas desde cero, en cuyo caso tampoco servirían de nada, porque eso rara vez o nunca ocurre, sino que todas ellas pueden darse en la construcción de cada una de las fortalezas.

6.12 CAPÍTULO DOCE: POSTURA DEFENSIVA

Toda posición en la que asumimos una batalla, utilizando la región como medio de protección, es una posición defensiva, y no hacemos distinción si nos comportamos de forma más sufrida o más atacante. Esto ya se deduce de nuestra visión general de la defensa.

Ahora bien, también se podría llamar batalla a cualquier posición en la que un ejército, mientras marcha hacia su enemigo, aceptaría combatir si éste la buscara. Así es básicamente como tienen lugar la mayoría de las batallas, y durante toda la Edad Media no se hablaba de otra cosa. Sin embargo, este no es el objeto del que estamos hablando aquí; la gran mayoría de todas las posiciones son de este tipo, y el concepto de una *posición* en contraste con una *marcha* sería suficiente aquí. Por lo tanto, una posición que se designa específicamente como *posición defensiva* debe ser otra cosa. Evidentemente, en las decisiones que se toman en una posición ordinaria prevalece el concepto de tiempo; los ejércitos van al encuentro unos de otros; el lugar es una cuestión subordinada, de la que sólo se exige que no sea inapropiado. En la posición defensiva real, sin embargo, predomina el concepto de *lugar*; la decisión debe darse en este lugar o, mejor dicho, principalmente a través de este lugar. Aquí sólo se habla de esta posición.

La relación del lugar será ahora doble, a saber, primero, en que una fuerza colocada en ese punto ejercerá cierta eficacia sobre el conjunto, y luego, en que la localidad servirá para proteger y reforzar esa fuerza; en una palabra, la relación estratégica y la táctica.

Sólo de esta relación táctica, si queremos ser precisos, surge la expresión *posición defensiva*, pues la relación estratégica, a saber, que la fuerza armada desplegada en ese lugar repercute en la defensa del país mediante su existencia, encajará también en una de ataque.

La primera de estas relaciones, la eficacia estratégica de una posición, sólo se mostrará en todo su esplendor más adelante en la defensa de un teatro de guerra; aquí sólo pensaremos en ella en la medida en que pueda hacerse ahora, y para ello debemos conocer con mayor precisión dos ideas que son similares entre sí y que a menudo se confunden, a saber, la circunvalación de una posición y el paso de la misma. Circunvalar una posición se refiere a su frente y se hace bien para atacarla por el costado o incluso por detrás, bien para interrumpir su línea de retirada y de comunicación.

291

El primero, es decir, el ataque lateral y de retaguardia, es de naturaleza táctica. En nuestros días, cuando la movilidad de las tropas es tan grande, y todos los planes de batalla están más o menos dirigidos a sortear y atacar por todos lados, toda posición debe estar preparada para ello, y una que quiera merecer el nombre de fuerte debe, en el caso de un frente fuerte para los flancos y retaguardias, en la medida en que estén amenazados, permitir al menos buenas combinaciones de batalla. Por lo tanto, al *rodearla con la* intención de atacarla por los flancos o por la retaguardia, una posición no se vuelve ineficaz, sino que la batalla que tiene lugar en ella radica en su importancia y debe conceder al defensor las ventajas que podía esperar de esta posición en primer lugar.

Si la posición es rodeada por el ejército atacante con la intención de actuar sobre su línea de retirada y conexión, se trata de una relación estratégica, y depende de cuánto tiempo pueda resistirlo la posición y de si no puede superar al enemigo en esto, cosas ambas que dependen de la posición del punto, es decir, principalmente de la relación de las líneas de conexión mutuas. Toda buena posición debe garantizar la superioridad del ejército defensor. En cualquier caso, esto tampoco hace que la posición sea ineficaz, sino que al menos neutraliza al adversario que se enfrenta a ella de este modo.

Pero si el atacante, sin importarle la existencia de la fuerza que le espera en una posición defensiva, avanza con su fuerza principal por otra ruta y persigue su propósito, *pasa la posición*: y si puede hacerlo impunemente, al hacerlo de verdad, nos obligará instantáneamente a abandonar la posición, dejándola así sin efecto. Casi no hay posición en el mundo por la que no se pueda pasar en el mero sentido de la palabra; pues casos como el istmo de Perekop apenas merecen consideración por su rareza. La imposibilidad de pasar debe referirse, por tanto, a las desventajas en que se coloca al atacante al pasar. En qué consisten estas desventajas tendremos mejor oportunidad de decirlo en el vigésimo séptimo capítulo; pueden ser grandes o pequeñas, en cualquier caso equivalen a la falta de eficacia táctica de la posición, y junto con esto constituyen el propósito de la posición.

De lo dicho hasta ahora se desprenden dos características estratégicas de la posición defensiva:

1. que no se podía pasar por alto;
2. que da ventajas al defensor en la lucha por las líneas de comunicación.

Ahora tenemos que añadir otras dos características estratégicas:

3. que la relación de las líneas de comunicación también tiene un efecto ventajoso en la forma de la batalla;
4. que la influencia general de la zona sea beneficiosa.

292

La relación de las líneas de comunicación no sólo influye en la posibilidad de rebasar una posición, de cortar o no su suministro de alimentos, sino también en todo el curso de la batalla. Una línea de retirada torcida facilita el desplazamiento táctico del atacante y paraliza sus propios movimientos tácticos en la batalla. Sin embargo, esta línea torcida no siempre es culpa de la táctica, sino a menudo consecuencia de un punto estratégico defectuoso; por ejemplo, no puede evitarse en absoluto si la carretera en la zona de la posición toma otra dirección (Borodino 1812); entonces el atacante puede sortearnos en esa dirección *sin desviarse él mismo de su línea perpendicular*.

Además, si el atacante tiene muchas formas de retirarse, mientras que nosotros estamos limitados a una, también tiene la ventaja de una libertad táctica mucho mayor. En todos estos casos, el arte táctico del defensor puede luchar a muerte, no logrará hacerse poderoso de la influencia desventajosa que ejerce el error estratégico.

En cuanto al cuarto punto, también puede existir una relación general tan desventajosa en las demás relaciones de la zona que la más cuidadosa selección y la más alta industria de la táctica no puedan hacer nada contra ella. Aquí lo más importante será lo siguiente:

El defensor debe buscar preferentemente las ventajas de poder pasar por alto a su adversario y de poder lanzarse sobre él rápidamente dentro del área de su posición. Sólo cuando los obstáculos de acceso al terreno se combinan con estas dos condiciones, el área es preferentemente favorable al defensor. Así, todos los puntos que están bajo la influencia de una zona generalmente dominante son desfavorables para él; todas o la mayoría de las posiciones en montaña, que se tratarán en particular en los capítulos sobre la guerra de montaña; todas las posiciones que se inclinan lateralmente contra una cordillera, pues tal cordillera hace más difícil el *paso* del atacante, pero más fácil de *sortear*; además, todas las posiciones que tienen una cordillera cerca delante, y en general todos los casos que puedan derivarse de las necesidades mencionadas, puestas en relación con los objetos ordinarios del terreno.

Del reverso de estas condiciones desventajosas, señalemos ahora el caso en que la posición tiene una cadena montañosa en su retaguardia, de la que resultan tantas ventajas que se puede suponer que es una de las mejores ubicaciones generales para las posiciones defensivas.

La región puede ser más o menos adecuada al carácter del ejército y a su composición. Una caballería muy superior nos lleva con razón a buscar regiones abiertas. A falta de esta arma, quizá también de artillería, una infantería experimentada en la guerra, conocedora del país y de corazón robusto aconseja el uso de terrenos intrincados muy difíciles.

No tenemos que hablar aquí en detalle de la relación táctica que la ubicación de una posición defensiva tiene con la fuerza armada, sino sólo del resultado total, porque sólo esto es una cantidad estratégica.

Es indiscutible que una posición en la que un ejército desea esperar completamente el ataque del enemigo debe concederle ventajas significativas del terreno, de modo que éstas deben considerarse como un multiplicador de sus fuerzas. Donde la naturaleza hace mucho, pero no tanto como deseamos, el arte del atrincheramiento viene al rescate. De este modo, no es infrecuente que las partes individuales se vuelvan *inexpugnables*, y no del todo inusual que el conjunto se vuelva *inexpugnable*. Obviamente, en este último caso, toda la naturaleza de la medida cambia. Ahora ya no es una batalla en condiciones ventajosas lo que buscamos, y en esta batalla el éxito de la campaña, sino un éxito sin batalla. Al mantener nuestra fuerza en una posición inexpugnable, prácticamente fracasamos en la batalla y empujamos al enemigo hacia otros caminos de decisión.

293

Por lo tanto, debemos separar los dos casos por completo y nos ocuparemos de este último en el capítulo siguiente, bajo el título de *posición fija*.

Pero la posición defensiva de la que aquí se trata no debe ser otra cosa que un campo de batalla con mayores ventajas; pero para que se convierta en un campo de batalla, las ventajas no deben ser *exageradas*. Ahora bien, ¿qué grado de fuerza puede tener una posición de este tipo? Evidentemente, tanto más cuanto más decidido esté nuestro adversario a atacar, y eso depende de la evaluación de cada caso. Contra un Bonaparte uno puede y debe replegarse tras defensas más fuertes que contra un Daun o un Schwarzenberg.

Si partes individuales de una posición son inexpugnables, por ejemplo, el frente, esto debe considerarse como un único factor de su fuerza global, pues las fuerzas que no se necesitan en estos puntos pueden emplearse en otros; pero no debe pasar desapercibido que, en la medida en que el enemigo se ve completamente alejado de tales partes inexpugnables, la forma de su ataque adquiere un carácter totalmente distinto, del que sólo cabe determinar si se adapta a nuestras condiciones.

Por ejemplo, situarnos tan cerca detrás de un río importante que se considere como un refuerzo del frente, lo que sin duda ha ocurrido, no significa otra cosa que hacer del río la base de su flanco derecho o izquierdo, pues el enemigo se ve naturalmente obligado a pasar más a la derecha o a la izquierda y atacarnos con un frente afín; la cuestión principal debe ser, pues, qué ventajas o desventajas nos aporta esto.

En nuestra opinión, cuanto más disimulada esté la fuerza de la posición defensiva y más oportunidad tengamos de sorprender con nuestras combinaciones de acción, más se acercará a su ideal. Así como uno está obligado, en lo que respecta a las fuerzas armadas, a ocultar al enemigo su verdadera fuerza y la verdadera dirección de su fuerza, en el mismo sentido uno debe tratar de ocultarle las ventajas que pretende obtener de la forma del terreno. Esto, por supuesto, sólo puede hacerse hasta cierto punto, y quizás requiera una industria propia, todavía poco intentada.

Por la proximidad de una fortaleza importante, en cualquier dirección que sea, cada posición gana una gran preponderancia sobre el enemigo en el movimiento y uso de sus fuerzas; por un uso adecuado de los atrincheramientos individuales, la falta de firmeza natural de los puntos individuales puede ser suplida, y los grandes lineamientos de la batalla pueden así ser arbitrariamente determinados de antemano: estos son los refuerzos del arte; Si

combinamos con esto una buena elección de aquellos obstáculos del terreno que impiden la eficacia de las fuerzas del enemigo sin hacerla imposible, si tratamos de obtener todas las ventajas de la circunstancia de que conocemos el campo de batalla con exactitud y el enemigo no, de que podemos ocultar nuestras medidas mejor de lo que él puede ocultar las suyas, y de que somos generalmente superiores a él en los medios de sorpresa en el curso de la batalla, entonces de estas relaciones combinadas puede surgir una influencia predominante y decisiva de la localidad, a cuyo poder sucumbe el enemigo sin conocer la verdadera fuente de su derrota. Esto es lo que entendemos por una posición defensiva y consideramos una de las mayores ventajas de la guerra defensiva.

294

Sin tener en cuenta circunstancias especiales, se puede suponer que una tierra ondulada, no demasiado cultivada pero tampoco demasiado poco, presentará el mayor número de posiciones de este tipo.

6.13 CAPÍTULO TRECE: POSICIONES FIJAS Y CAMPAMENTOS ATRINCHERADOS

Dijimos en el capítulo anterior que una posición que es tan fuerte por naturaleza y arte que debe considerarse inexpugnable, se aleja completamente del significado de campo de batalla ventajoso y constituye, por tanto, el suyo propio. En este capítulo consideraremos sus peculiaridades y las llamaremos *posiciones fortificadas* por su naturaleza de fortaleza.

No se producen fácilmente por meros atrincheramientos, salvo como campamentos atrincherados en las fortalezas, pero menos aún por meros obstáculos naturales. La naturaleza y el arte tienden a darse la mano, y por eso se les suele llamar campamentos o posiciones atrincheradas; sin embargo, este nombre puede aplicarse en realidad a cualquier posición con más o menos atrincheramientos, que no tiene nada en común con la naturaleza de la que aquí nos ocupa.

Así pues, el objetivo de una posición fortificada es hacer que la fuerza desplegada en ella sea casi inexpugnable y, por tanto, proteger *realmente* una zona de forma directa o sólo proteger a la *fuerza* desplegada en esta zona para luego utilizar esta fuerza indirectamente de otra forma para cubrir el país. Lo primero era lo que significaban las líneas de las guerras anteriores, especialmente en la frontera francesa, lo segundo las líneas del frente en todos los flancos y los campamentos atrincherados establecidos en las fortalezas.

Si el frente de una posición es tan fuerte debido a los atrincheramientos y obstáculos de acceso que resulta imposible un ataque, el enemigo se ve obligado a sortearlo para atacar por el costado o por detrás. Para evitar que esto ocurra con facilidad, se buscaron puntos de ataque para estas líneas, que las apoyaran bastante por el costado, como el Rin y los Vosgos en el caso de las líneas de Alsacia. Cuanto más largo era el frente de una línea de este tipo, más fácil era protegerla contra la circunvalación, porque toda circunvalación va siempre asociada a algún peligro para los que la rodean, y este peligro aumenta en proporción a la necesaria desviación de la dirección original de las fuerzas. Así, una longitud considerable de frente, que podía hacerse inexpugnable, y buenos puntos de anclaje formaban la posibilidad de proteger directamente un área considerable de la penetración del enemigo; tal era, al menos, el modo de concepción del que procedían estos establecimientos, tal era el sentido de las líneas de Alsacia, que se apoyaba con el ala derecha en el Rin, con la izquierda en los Vosgos, y de Flandes, de 15 millas de longitud, que se apoyaba con el ala derecha en el Escalda y la fortaleza de Tournai, con la izquierda en el mar.

Sin embargo, cuando no se dispone de los medios de un frente tan largo y fuerte y de buenos puntos de apoyo, entonces, si la región ha de ser defendida en absoluto por una fuerza bien fortificada, ésta debe protegerse contra ser eludida haciendo un frente por todos lados para sí misma y su posición. Ahora desaparece el concepto de una zona realmente cubierta, pues tal posición debe considerarse estratégicamente como un punto, y es sólo la fuerza la que está cubierta y a la que, por tanto, debe darse la posibilidad de afirmar el país, es decir, de mantener su terreno *en el país*. Un campamento así ya no puede ser *rodeado*, es decir, ya no puede ser atacado por los flancos y la retaguardia como partes *más débiles*, porque tiene frente en todas partes, es igualmente fuerte en todas partes; pero un campamento así puede ser rodeado, y mucho antes que una línea atrincherada, porque *no* tiene extensión.

295

Los campamentos fortificados son básicamente de este segundo tipo, ya que tienen el propósito de proteger a la fuerza reunida en ellos; pero su significado estratégico adicional, a saber, el uso de *esta* fuerza protegida, es algo diferente de los otros campamentos fortificados.

Tras este desarrollo del modo de origen, consideremos el valor de estos tres diferentes medios de defensa y distingámoslos con los nombres de líneas fijas, posiciones fijas y campamentos atrincherados en fortalezas.

Las líneas.

Son el tipo más pernicioso de guerra de cordones; el obstáculo que presentan al atacante sólo tiene valor si está defendido por un fuego fuerte; en sí mismo es tan bueno como ninguno. Pero la extensión que deja a un ejército un fuego tan efectivo es siempre muy pequeña en proporción a la extensión del país, y las líneas tendrán por tanto que ser muy cortas y en consecuencia cubrir muy poco país, o el ejército no será capaz de defender realmente todos los puntos. Ahora bien, se ha pensado no ocupar todos los puntos de estas líneas, sino sólo observarlos y defenderlos por medio de reservas establecidas, como se puede defender un río medio. Pero este método va contra la naturaleza de los medios. Si los obstáculos naturales del terreno fueran tan grandes que pudiera emplearse ese modo de defensa, los atrincheramientos serían inútiles y peligrosos, porque ese modo de defensa no es local, y los atrincheramientos se hacen sólo para los locales; pero si los propios atrincheramientos han de considerarse como el principal obstáculo para el acceso, es inteligible lo poco que significaría un atrincheramiento *no defendido* como obstáculo para el acceso. ¿Qué es una zanja de 12 o 15 pies de profundidad y una muralla de 10-12 pies de altura contra los esfuerzos combinados de muchos miles, si no son perturbados por el fuego enemigo? La consecuencia, entonces, es que tales líneas, si eran cortas y por lo tanto con guarnición relativamente fuerte, eran *eludidas*, o si eran extensas y sin guarnición adecuada, eran tomadas sin dificultad en el frente.

Puesto que tales líneas atan a la fuerza por la defensa local y la privan de toda movilidad, son un medio muy mal concebido contra un enemigo emprendedor. Si a pesar de todo han sobrevivido bastante tiempo en las guerras recientes, la razón de ello radica únicamente en el debilitamiento del elemento bélico, donde la dificultad aparente hacía a menudo tanto como la real. Dicho sea de paso, en la mayoría de las campañas estas líneas se utilizaron meramente para una defensa subordinada contra las incursiones; si en esto no resultaron del todo ineficaces, sólo hay que tener en cuenta al mismo tiempo cuánto más útil se podría haber hecho en otros puntos con las tropas necesarias para su defensa. En las guerras más recientes no hubo ni hay rastro de ellas. Es dudoso que vuelvan algún día.

296

Los puestos.

La defensa de un territorio, como mostraremos con más detalle en el capítulo vigésimo séptimo, continúa mientras la fuerza designada para ello mantiene su terreno en él, y sólo cesa cuando lo deja y lo abandona.

Ahora bien, si una fuerza ha de resistir en un país atacado por un enemigo muy superior, el medio es proteger a esa fuerza en una posición inexpugnable contra la violencia de la espada.

Puesto que tales posiciones, como ya hemos dicho, deben hacer frente por todos lados, ocuparían, en la extensión *habitual* de una formación táctica, si la fuerza no fuera *muy grande*, lo que va en contra de la naturaleza de todo el caso, un *espacio muy pequeño*, que estaría sujeto a tantas desventajas en todo el curso de la batalla que, con todos los refuerzos posibles mediante atrincheramientos, apenas sería posible pensar en una resistencia feliz. Por lo tanto, un campamento que haga frente por todos lados de esta manera debe tener necesariamente una extensión relativamente grande de sus flancos; estos flancos, sin embargo, deben ser tan buenos como inatacables; darles esta fuerza a pesar de la gran extensión no es suficiente para

el arte del atrincheramiento; por lo tanto, es una condición básica que un campamento de este tipo esté reforzado por obstáculos en el terreno que hagan algunas partes bastante inaccesibles y otras de difícil acceso. Por consiguiente, para poder utilizar este medio de defensa, es necesario que se encuentre una posición de este tipo, y no se puede, cuando se carece de ella, lograr el propósito mediante un simple atrincheramiento. Estas consideraciones se refieren a los resultados tácticos, para establecer únicamente la existencia de este medio estratégico; en aras de la claridad, citamos los ejemplos de Pirna, Bunzelwitz, Kolberg, Torres Vedras y Drissa. Pasemos ahora a sus características y efectos estratégicos.

La primera condición, por supuesto, es que la fuerza establecida en este campamento haya asegurado su mantenimiento durante algún tiempo, es decir, durante todo el tiempo que se considere necesario para que el campamento sea efectivo, lo que sólo puede hacerse si la posición está de espaldas a un puerto, como Kolberg y Torres Vedras, o está en estrecha conexión con una fortaleza, como Bunzelwitz y Pirna, o ha acumulado suministros en su interior o bastante cerca de él, como Drissa.

Sólo en el primer caso puede satisfacerse bastante este punto, pero en el segundo y el tercero sólo a medias, de modo que el peligro siempre amenaza ya desde este lado; al mismo tiempo, de ello se desprende cómo esta condición excluye una serie de puntos fuertes, que de otro modo serían adecuados para una posición atrincherada, y hace así que los adecuados sean *raros*.

Para conocer la eficacia de dicha posición, sus ventajas y peligros, debemos preguntarnos qué puede hacer el atacante al respecto,

a) El atacante puede pasar la posición fija, continuar sus operaciones y observar aquellas con más o menos tropas.

297

Debemos distinguir aquí los dos casos en que la posición atrincherada está ocupada por la fuerza principal o sólo por una fuerza subordinada.

En el primer caso, el adelantamiento sólo puede ser de alguna ayuda para el atacante si, aparte de la fuerza principal del defensor, hay otro *objeto decisivo de ataque* a su alcance, por ejemplo, la captura de una fortaleza, la capital, etc. Pero incluso si lo hay, sólo puede perseguirlo si la fuerza de su base y la posición de su línea de comunicación no le hacen temer el impacto en su flanco estratégico.

Si deducimos de ello la admisibilidad y eficacia de una posición fija para la fuerza principal del defensor, sólo tendrá lugar si, o bien la eficacia en el flanco estratégico del atacante es tan decisiva que se puede estar seguro de antemano de que con ello se le puede retener en un punto inocuo, o bien si no hay ningún objeto al alcance del atacante por el que el defensor pueda preocuparse. Si se dispone de tal objeto y el flanco estratégico del enemigo no está suficientemente amenazado, la posición puede no tomarse en absoluto o bien sólo para guardar las apariencias y ver si el atacante está dispuesto a aceptar su importancia, con lo que siempre surge el peligro de que, en caso contrario, ya no se pueda alcanzar el punto amenazado.

Si la posición fuerte está ocupada simplemente por una fuerza subordinada, al atacante nunca le puede faltar otro objeto de su ataque, porque éste puede ser la fuerza principal del enemigo; en este caso, por tanto, la importancia de la posición está absolutamente limitada a la eficacia que pueda tener contra el flanco estratégico del enemigo y está ligada a esta condición.

b) El atacante, si no se atreve a pasar la posición, puede cercarla formalmente y hacer que se rinda por inanición. Esto, sin embargo, presupone dos condiciones: la primera que la

posición no tenga una retaguardia libre, la segunda que el atacante sea lo suficientemente fuerte para tal cerco. Si se cumplieran estas dos condiciones, el ejército atacante quedaría neutralizado durante un tiempo por el campamento fijo, pero la pérdida de las fuerzas defensivas sería también el precio que el defensor tendría que pagar por esta ventaja.

De ello se desprende, pues, que la medida de una posición tan firme sólo se tomará con la *fuerza principal*:

aa) Si tienes la espalda muy segura, Torres Vedras.

bb) Si se prevé que la superioridad del enemigo no será lo suficientemente grande como para encerrarnos formalmente en nuestro campamento. Si, a pesar de todo, el enemigo quisiera hacerlo, podríamos salir con éxito del campamento y derrotarlo uno a uno,

cc) Si se puede contar con un relevo, como hicieron los sajones en Pirna en 1756, y como ocurrió básicamente en 1757 tras la batalla de Praga, porque la propia Praga sólo debía considerarse como un campo atrincherado en el que el príncipe Carlos no se habría dejado encerrar si no hubiera sabido que el ejército moravo podía liberarlo.

Por lo tanto, una de estas tres condiciones es absolutamente necesaria si se quiere justificar la elección de una posición firme con la fuerza principal, y sin embargo hay que confesar que las dos últimas condiciones para el defensor ya están cerca de un gran peligro.

298

Sin embargo, si se trata de un cuerpo subordinado que puede sacrificarse por el bien del conjunto, estas condiciones ya no se aplican, y la única cuestión es si un mal verdaderamente mayor se evita con tal sacrificio. Es probable que esto sólo ocurra en raras ocasiones, pero desde luego no es inconcebible. El campamento atrincherado en Pirna impidió a Federico el Grande atacar Bohemia ya en 1756. Los austriacos estaban tan poco preparados en aquel momento que la pérdida de este reino parece incuestionable, y tal vez se hubiera asociado a ella una mayor pérdida de hombres que los 17.000 aliados que se rindieron en el campamento de Pirna.

c) Si ninguna de las posibilidades indicadas en a y b tiene lugar para el atacante, si se cumplen las condiciones que hemos establecido para el defensor, entonces no le queda al atacante más que situarse frente a la posición como un perro frente a un rebaño de gallinas, extenderse todo lo posible en el campo y, contentándose con esta pequeña e indecisa ventaja, dejar para el futuro la verdadera decisión sobre la posesión de la región. En este caso, la posición ha cumplido todo su significado.

Los campamentos atrincherados en fortalezas.

Pertenecen, como ya se ha dicho, a la clase de las posiciones atrincheradas en general, en la medida en que tienen la intención de proteger no un espacio sino una fuerza contra el ataque del enemigo, y en realidad sólo se diferencian de las demás en que forman un conjunto inseparable con la fortaleza, por lo que adquieren naturalmente una fuerza mucho mayor.

Sin embargo, de ello se derivan las siguientes peculiaridades:

Que aún pueden tener el propósito especial de hacer que el asedio de la fortaleza sea del todo imposible o muy difícil. Este propósito puede merecer un gran sacrificio de tropas si el lugar es un puerto que no puede ser cerrado: pero en cualquier otro caso es de temer que el mismo caería demasiado pronto por inanición para merecer del todo el sacrificio de una masa considerable de tropas.

Estos campamentos atrincherados en las fortalezas pueden instalarse para cuerpos más pequeños que los del campo abierto. De cuatro a cinco mil hombres pueden ser

infranqueables bajo los muros de una fortaleza, que en campo abierto se perderían del mundo en el campamento más fuerte.

Se pueden utilizar para reunir y preparar a las fuerzas que todavía tienen muy poco apoyo interno como para ponerlas en contacto con el enemigo sin la protección de las murallas. Reclutas, Landwehr, Landsturm, etc.

Serían, pues, muy recomendables como medida muy útil, si no tuvieran el extraordinario inconveniente de dañar más o menos la fortaleza si no se pudieran ocupar; pero dotar siempre a la fortaleza de una guarnición que también bastara en cierta medida para este campamento atrincherado sería una condición demasiado agobiante.

Por lo tanto, nos inclinamos a considerarlas recomendables sólo en lugares costeros y más perjudiciales que útiles en todos los demás casos.

En conclusión, si hemos de resumir nuestra opinión con un punto de vista general, es que las posiciones fortificadas y atrincheradas:

299

1. cuanto más pequeño es el terreno, menos espacio hay para la evasión.
2. cuanto menos peligroso, más seguro es que se puede esperar ayuda y socorro, ya sea de otras fuerzas o de la mala estación o del levantamiento popular o de la escasez, etc.
3. cuanto más débil sea la fuerza elemental del empuje enemigo, más eficaz será.

6.14 CAPÍTULO CATORCE: POSICIONES DE FLANCO

Sólo para facilitar la localización de este término, tan destacado en el mundo ordinario de las ideas militares, le hemos dedicado un capítulo aparte, a la manera de un diccionario, pues no creemos que designe una cosa independiente.

Toda posición que deba mantenerse aunque el enemigo la traspase es una posición de flanco, pues desde el momento en que lo hace no puede tener otro efecto que el del flanco estratégico del enemigo. Por consiguiente, todas las posiciones *fijas* son necesariamente al mismo tiempo posiciones de flanco, pues al no poder ser atacadas, y al depender por tanto el enemigo de su paso, sólo pueden adquirir su valor a través de su eficacia sobre su flanco estratégico. Cómo sea el frente real de la posición fija, si corre paralelo al flanco estratégico del enemigo, como en Kolberg, o perpendicular, como en Bunzelwitz y Drissa, es una cuestión completamente indiferente, pues una posición fija debe hacer frente por todos lados.

Pero incluso en una posición que *no es* inexpugnable, se puede tener la intención de mantenerla cuando el enemigo la franquea, es decir, tan pronto como el punto de su posición presenta una relación tan predominante de la línea de retirada y de la línea de comunicación que no sólo se puede realizar un ataque eficaz en el flanco estratégico del hombre que avanza, sino que éste, preocupado por su propia retirada, no es capaz de privarnos completamente de la nuestra; porque si esto último no fuera el caso, entonces, puesto que la posición no es firme, es decir, inexpugnable, estaríamos en peligro de ser derrotados sin retirada. I. inatacable, estaríamos en peligro de ser derrotados sin retirada.

El año 1806 lo ilustra con un ejemplo. La formación del ejército prusiano en la orilla derecha del Saale podía convertirse en una posición de flanco en relación con el avance de Bonaparte sobre Hof, si se hacía un frente contra el Saale y se esperaba en esta posición a lo que sucediera después.

Si no hubiera habido tal malentendido entre el poder físico y el moral, si sólo hubiera habido un Daun a la cabeza del ejército francés, la posición prusiana se habría mostrado con la más brillante eficacia. Pasarla era del todo imposible, incluso Bonaparte lo reconoció al decidir atacarla; cortar su retirada no fue *del todo* exitoso ni siquiera para Bonaparte, y no habría sido más factible con una menor desproporción de fuerza física y moral que pasarla, pues el ejército prusiano corría mucho menos peligro dominando su ala izquierda que el francés dominando su izquierda. Incluso con la desproporción física y moral de las fuerzas, un liderazgo decidido y prudente habría dado grandes esperanzas de victoria. Nada habría impedido al duque de Brunswick tomar tales disposiciones el día 13 que el 14 por la mañana, al amanecer, 80.000 hombres se enfrentaran a los 60.000 que Bonaparte condujo a través del Saale en Jena y Dornburg. Incluso si esta preponderancia y el escarpado valle del Saale en la retaguardia de los franceses no hubieran sido suficientes para dar una victoria decisiva, hay que decir que fue en sí mismo un resultado muy ventajoso, y que si no se podía ganar una decisión feliz con tal resultado, no se debería haber pensado en absoluto en tomar una decisión en esta región, sino que se debería haber ido más atrás, fortaleciéndose así uno mismo y debilitando al enemigo.

300

La posición prusiana en el Saale, fuera atacable o no, podía considerarse una posición de flanqueo para la carretera que venía por Hof, pero como toda posición atacable, esta característica no era absoluta, porque sólo se convertía en tal cuando el enemigo no se atrevía a atacarla.

Sería aún menos acorde con una concepción clara si se diera también el nombre de *posición de flanco* a aquellas posiciones que no pueden resistir el paso y desde las que, por tanto, el

defensor quiere atacar lateralmente al atacante, por el mero hecho de que este ataque se produce lateralmente; pues este ataque lateral apenas tiene que ver con la posición en sí, o al menos, en lo esencial, no surge de sus características, como ocurre con la acción en el flanco estratégico.

En cualquier caso, de todo ello se desprende que no se puede establecer nada nuevo sobre las características de una posición de flanco. Sólo unas pocas palabras sobre el carácter de esta medida encuentran aquí un lugar conveniente.

Nos abstendremos de hablar de posiciones fijas, porque ya hemos hablado bastante de ellas.

Una posición de flanco que no sea inexpugnable es un instrumento extremadamente eficaz, pero también peligroso por esa misma razón. Si el atacante está inmovilizado por ella, se consigue un gran efecto con un gasto insignificante de fuerza; es la presión del dedo meñique sobre la larga palanca de una dentadura afilada. Pero si el efecto es demasiado débil, si no se frena al atacante, el defensor ha sacrificado más o menos su retirada y debe o bien intentar escapar a toda prisa por caminos tortuosos, es decir, en circunstancias muy desventajosas, o bien corre el peligro de ser vencido sin retirada. Contra un adversario audaz, moralmente superior, que busca una decisión eficaz, este medio es, pues, el más atrevido y de ninguna manera está en su lugar, como lo prueba el ejemplo de 1806 más arriba. En cambio, con un adversario prudente y en meras guerras de observación, puede considerarse uno de los mejores medios a los que puede recurrir el talento del defensor. La defensa del Weser por el duque Ferdinand mediante una posición en la orilla izquierda del río y las conocidas posiciones de Schmottseifen y Landeshut son ejemplos de ello; sin embargo, esta última también muestra el peligro de una mala aplicación en el desastre del cuerpo de Fouqué en 1760.

6.15 CAPÍTULO QUINCE: DEFENSA DE LA MONTAÑA

La influencia del terreno montañoso en la guerra es muy grande, por lo que el tema es muy importante para la teoría. Puesto que esta influencia aporta un principio de detención en la acción, pertenece en primer lugar a la defensa; por ello la trataremos aquí sin detenernos en el concepto más restringido de una defensa de montaña. Como en nuestro examen de este tema hemos encontrado en algunos puntos un resultado contrario a la opinión habitual, tendremos que entrar en alguna disección. En primer lugar, consideremos la naturaleza táctica del tema para obtener un punto de partida estratégico.

La infinita dificultad de marchar con grandes columnas por caminos de montaña, la extraordinaria fuerza que adquiere un pequeño puesto gracias a una escarpada superficie montañosa que cubre su frente, y a barrancos a derecha e izquierda contra los que puede apoyarse, son indiscutiblemente las dos circunstancias principales que han dado siempre a la defensa de montaña una reivindicación general de eficacia y fuerza tal que sólo las peculiaridades de ciertos períodos en armamento y táctica han mantenido a las grandes masas de las fuerzas alejadas de ella.

Cuando una columna serpentea laboriosamente montaña arriba en líneas serpenteantes a través de estrechos barrancos y se empuja a sí misma como un caracol sobre ella, cuando los artilleros y los sirvientes trotones azotan a los jamelgos conducidos a través de los ásperos caminos huecos con maldiciones y gritos, cuando cada carro roto tiene que ser sacado con indecible esfuerzo, mientras que detrás todo vacila, maldice y jura, todo el mundo piensa para sí mismo - bueno, aquí el enemigo sólo debe venir con unos pocos cientos de hombres para ahuyentar todo. De ahí viene la expresión de los escritores históricos cuando hablan de las montañas de las calles, donde un puñado de personas podría detener a ejércitos enteros. Sin embargo, todo el que conoce la guerra sabe, o debería saber, que tal marcha por las montañas tiene poco o nada en común con el *ataque de la misma*, y que por lo tanto la conclusión de *esta* dificultad a una mucho mayor en el ataque es errónea.

Es natural que un hombre inexperto llegue a esta conclusión, y es casi tan natural que el propio arte de la guerra de un determinado período se haya visto envuelto en este error; el fenómeno era casi tan nuevo para el guerrero experimentado como para el forastero. Antes de la Guerra de los Treinta Años, con el profundo orden de batalla, la numerosa caballería, las armas de fuego no entrenadas y otras peculiaridades, el uso de fuertes obstáculos del terreno era muy inusual, y una defensa formal de la montaña, al menos por tropas regulares, era casi imposible. Casi al mismo tiempo que se extendía el orden de batalla, y las tropas de a pie y sus armas de fuego se convertían en el pilar principal, se empezó a pensar en las montañas y los valles. Pasaron cien años antes de que esto se desarrollara hasta el punto más alto, es decir, hasta mediados del siglo XVIII.

La segunda circunstancia, a saber, la gran resistencia que adquiere un puesto pequeño, instalado en una entrada difícil, era aún más adecuada para sugerir una gran fuerza de defensa de la montaña. Parecía que sólo se podía multiplicar tal puesto por un cierto número para hacer un ejército de un batallón y una montaña de una montaña.

Es inconfundible que un pequeño puesto, con una buena selección de su formación en las montañas, adquiere una fuerza inusitada. Una tropa que sería perseguida por unos cuantos escuadrones en las llanuras y que tendría suerte de salvarse de la desbandada y de la captura con la retirada más precipitada, es capaz, podría decirse que con una especie de descaro táctico, de encontrarse con los ojos de todo un ejército en las montañas y exigirle los honores

marciales de un ataque metódico, de una elusión, etc. Cómo gana esta resistencia a través de obstáculos de acceso, a través de bases de alas, a través de nuevas posiciones que encuentra en su retirada, debe ser desarrollado por la táctica; lo tomamos como una proposición de la experiencia.

Era muy natural creer que una multitud de puestos tan fuertes, colocados uno al lado del otro, debían formar un frente muy fuerte, casi inexpugnable, y por lo tanto sólo era cuestión de asegurarse contra la evasión extendiéndose a derecha e izquierda hasta encontrar puntos de anclaje apropiados a la importancia del conjunto, o hasta que uno pudiera creer que extendiéndose estaba asegurado contra la evasión. Un país montañoso es particularmente atrayente, pues ofrece tal multitud de puestos, cada uno de los cuales parece más bello que el siguiente, que uno no sabe dónde detenerse. Así que acabaron por tripular y defender con destacamentos todas y cada una de las entradas a las montañas, y creyeron que si así ocupaban un espacio de unas diez millas y más con diez o quince puestos individuales, por fin podrían mantenerse a salvo de la odiada elusión. Como estos puestos individuales parecían estar conectados entre sí por terreno inaccesible (porque no se puede marchar con columnas fuera de los caminos), se creyó que habían levantado un muro de hierro contra el enemigo. Para empeorar las cosas, unos cuantos batallones, algunas baterías montadas y una docena de escuadrones de caballería se mantenían en reserva por si, por algún medio milagro, se producía una ruptura en alguna parte.

Que esta idea es enteramente histórica, nadie lo negará, y que estamos enteramente más allá de esta falsedad no se puede afirmar.

El curso que ha tomado la formación táctica desde la Edad Media con el aumento del número de ejércitos también ha contribuido a incorporar el terreno montañoso a la acción militar en este sentido.

El carácter principal de la defensa de montaña es la pasividad más decidida; así, antes de que los ejércitos hubieran adquirido su movilidad actual, la tendencia a la defensa de montaña desde el flanco era bastante natural. Los ejércitos se habían hecho cada vez más grandes y empezaron cada vez más a formar largas y delgadas líneas en aras del fuego, cuya cohesión era muy artificial y cuyo movimiento era muy difícil, a menudo imposible. La erección de esta máquina artificial era a menudo medio día de trabajo, y la mitad de la batalla, y casi todo lo que ahora constituye el diseño de una batalla, era absorbido en ella. Una vez terminada esta obra, era difícil alterarla en función de nuevas circunstancias; de ello resultaba que el atacante, que más tarde disponía su despliegue, podía tomarlo con referencia a la posición del defensor, y que éste no podía replicar. El ataque, por tanto, adquiría una preponderancia general, y la defensa no conocía otra forma de aprovecharla que buscando refugio tras los obstáculos del terreno, y no había ninguno tan general y eficaz como el terreno montañoso. Así pues, se buscó al ejército para copular, por así decirlo, con una sección eficaz del terreno. Ambos hicieron entonces causa común. El batallón defendía la montaña y la montaña defendía al batallón. De este modo, la defensa pasiva a través de una región montañosa adquiría un alto grado de fuerza, y no había ningún mal en el asunto en sí, salvo que se perdía aún más la libertad de movimiento, de la que, sin embargo, no se sabía hacer ningún uso particular de todos modos.

Cuando dos sistemas hostiles actúan el uno contra el otro, el lado expuesto, es decir, la debilidad del uno, atrae siempre los golpes del otro. Si el defensor se mantiene rígido y como clavado a postes de por sí firmes e infranqueables, el atacante se vuelve descarado en su elusión porque ya no tiene nada de qué preocuparse por sus propios flancos. Esto sucedió: la llamada gira se puso pronto a la orden del día; para contrarrestarla, las posiciones se expandieron cada vez más, se debilitaron debidamente en el frente, y el ataque giró de repente hacia el lado opuesto: en lugar de flanquear por expansión, unió sus masas contra un punto

y rompió la línea. Este es aproximadamente el punto en el que se ha encontrado la defensa de montaña de la historia bélica reciente.

El ataque había ganado así una vez más una preponderancia completa, y eso a través de la movilidad cada vez más desarrollada: sólo en esto podía la defensa buscar ayuda; pero la movilidad es por su naturaleza opuesta al terreno montañoso, y por lo tanto, si podemos expresarnos así, toda la defensa montañosa sufrió una derrota similar a la que los ejércitos atrapados en ella experimentaron tan a menudo en la Guerra Revolucionaria.

Pero para no tirar las campanas al vuelo y dejarnos llevar por la corriente de eslóganes comunes a afirmaciones mil veces refutadas en la vida real por la fuerza de las circunstancias, debemos distinguir los efectos de la defensa de montaña según la naturaleza de los casos.

La cuestión principal que se plantea aquí, y que arroja la luz principal sobre todo el tema, es si la resistencia que pretende la defensa de montaña debe ser relativa o absoluta, si debe durar sólo un tiempo o terminar con una victoria decisiva. Para la resistencia del primer tipo, el terreno montañoso es en grado sumo adecuado, conlleva un principio de refuerzo muy grande; para la resistencia del segundo tipo, en cambio, generalmente no lo es en absoluto, y sólo en unos pocos casos especiales.

En la montaña, cada movimiento es más lento y difícil, por lo que cuesta más tiempo y, si se realiza en la región del peligro, más personas. Sin embargo, el gasto de tiempo y de personas constituye la medida de la resistencia ofrecida. Mientras los movimientos sean asunto exclusivo del atacante, el defensor tiene una decidida preponderancia, pero tan pronto como el defensor debe aplicar también el principio del movimiento, esta ventaja cesa. Ahora bien, está en la naturaleza de las cosas, es decir, por razones tácticas, que una resistencia relativa permita una pasividad mucho mayor que la que debe conducir a una decisión, y que permita que esta pasividad se prolongue al máximo, es decir, hasta el final del enfrentamiento, lo que en el otro caso no debe ocurrir nunca. El elemento agravante del terreno montañoso, que como medio más denso debilita todas las actividades positivas, es por tanto totalmente adecuado para él.

304

Ya hemos dicho que un pequeño poste en las montañas adquiere una fuerza inusitada por la naturaleza del terreno, pero aunque este resultado táctico no necesitaría por lo demás ninguna otra prueba, debemos añadir una explicación. Aquí debemos distinguir entre pequeñez relativa y absoluta. Si un ejército de cualquier tamaño despliega aisladamente una de sus partes, puede quedar expuesto al ataque de todo el ejército enemigo, es decir, a una fuerza superior frente a la que él mismo es pequeño. En este caso, por regla general, no puede haber una resistencia absoluta, sino sólo relativa. Esto es tanto más cierto cuanto más pequeño es el puesto en relación con su propio conjunto y con el del enemigo.

Pero incluso el puesto absolutamente pequeño, es decir, el que tiene un enemigo no más fuerte que él, es decir, el que puede pensar en una resistencia absoluta, en una victoria real, estará infinitamente mejor en las montañas que un gran ejército y se beneficiará más de la fuerza del terreno que este último, como mostraremos más adelante.

Nuestro resultado, entonces, es que un pequeño puesto en las montañas tiene una gran fuerza. Que esto será de utilidad decisiva en todos los casos en que la resistencia *relativa* sea importante es evidente en sí mismo; pero ¿será de utilidad igualmente *decisiva para la* resistencia absoluta de un ejército? Es a la investigación de esta cuestión a la que nos dirigimos ahora.

En primer lugar nos preguntamos si una línea de frente compuesta por varios puestos de este tipo tendrá una fuerza proporcionalmente tan grande como la de cada uno de ellos, como se ha supuesto hasta ahora. Ciertamente no, porque con esta conclusión se estaría cometiendo uno u otro de dos errores.

En primer lugar, a menudo se confunde una zona intransitable con una inaccesible. Donde no se puede *marchar* con una columna, no con artillería y caballería, se puede avanzar normalmente con infantería, y también se puede avanzar con artillería, pues los movimientos en batalla, muy agotadores pero cortos, no pueden medirse por la escala de una marcha. La conexión segura de los puestos individuales entre sí se basa, por tanto, en una ilusión, y los flancos de los puestos se ven amenazados por ello.

O las series de pequeños puestos, que son muy fuertes en sus frentes, se cree que son igualmente fuertes en sus flancos, porque un barranco, un arrecife rocoso, etc. son puntos de anclaje bastante buenos para un pequeño puesto. Pero, ¿por qué lo son? - No porque impidan rodearlos, sino porque suponen un gasto de tiempo y fuerzas proporcional al efecto del puesto. El enemigo, que quiere y debe rodear tal puesto a pesar de la dificultad del terreno, porque el frente es inexpugnable, puede necesitar medio día para realizar esta maniobra, y sin embargo no podrá hacerlo sin sacrificar hombres en el proceso. Si tal puesto depende del apoyo o está calculado para resistir sólo durante un tiempo, o finalmente, si es completamente igual al enemigo en fuerza, entonces el apoyo de las alas ha hecho su parte, y se podría decir así que no sólo tenía un frente fuerte, sino también unas alas fuertes. Pero éste no es el caso cuando hablamos de una serie de puestos pertenecientes a una extensa posición de montaña. No se da ninguna de las tres condiciones. El enemigo cae sobre un punto con una fuerza muy superior, el apoyo de la retaguardia es de lo más insignificante y, sin embargo, el rechazo absoluto es esencial. En estas circunstancias, la fijación en ala de tales puestos no vale nada.

305

El ataque dirigió sus golpes contra esta desnudez. Un ataque con fuerza unida, es decir, muy superior, sobre uno de los puntos frontales *produjo una resistencia muy violenta para este punto, pero muy insignificante para el conjunto*, tras lo cual el conjunto saltó por los aires y se logró el propósito. -

De ello se desprende que la resistencia *relativa* es generalmente mayor en las montañas que en las llanuras, que es proporcionalmente mayor en los puestos pequeños y que no aumenta en proporción a medida que aumentan las masas. -

Si ahora pasamos al objetivo real de las batallas generales a gran escala, a la *victoria positiva*, que también debe ser el objetivo en una defensa de montaña, tan pronto como toda la fuerza o la fuerza principal se utiliza para ello, entonces eo ipso la defensa de montaña se transforma en *una batalla defensiva en las montañas*. Una batalla, es decir, el empleo de todas las fuerzas para destruir las del enemigo, se convierte ahora en la forma, una victoria se convierte en el objetivo del combate. La defensa en la montaña, que se produce en el proceso, pasa a ser subordinada, ya no es un fin, sino un medio. ¿Y cómo se relacionará en este caso el terreno montañoso con este fin?

El carácter de la batalla defensiva es una reacción pasiva en el frente y una activa potenciada en nuestra retaguardia. Dos cosas lo hacen así. En primer lugar, no hay caminos para marchar rápidamente en todas las direcciones desde la retaguardia hacia el frente, e incluso el ataque táctico repentino se ve debilitado por la irregularidad del terreno; en segundo lugar, no hay visión general de la zona ni de los movimientos del enemigo. Así pues, el terreno montañoso concede aquí al enemigo las mismas ventajas que nos ha dado en el frente, y paraliza toda la mejor parte de la resistencia. Ahora hay un tercer factor: el peligro de quedar aislados. Por mucho que la retirada contra toda presión en el frente se vea favorecida por el terreno montañoso, por mucho tiempo que haga perder al enemigo cuando quiere puentearnos, se trata sólo de ventajas en el caso de una resistencia *relativa*, que no tienen ninguna relación con el caso de una batalla decisiva, es decir, resistiendo al máximo. Es cierto que también aquí el enemigo tardará un poco más en apoderarse con sus columnas de ala de los puntos que amenazan o bloquean virtualmente nuestra retirada; pero una vez que los ha alcanzado, no hay ayuda posible contra ellos. Ninguna ofensiva desde la retaguardia puede expulsarle de

nuevo de los puntos amenazadores, ningún lanzamiento desesperado del conjunto puede arrollarle en los que bloquean. Los que encuentran una contradicción en esto, y creen que las ventajas que el atacante tiene en las montañas deben ser también ventaja del que se abre paso, olvidan la diferencia de circunstancias. El cuerpo que disputa el paso no tiene la tarea de una defensa absoluta; probablemente basten unas horas; se trata, pues, de un pequeño puesto. Además, el enemigo ya no está en posesión de todos los medios de combate, está desordenado, le faltan municiones, etc. En todos los casos, por lo tanto, la perspectiva de éxito es muy pequeña, y este peligro hace que el defensor tema este caso más que cualquier otra cosa; pero este miedo se retroalimenta a lo largo de toda la batalla y debilita todas las fibras del atleta luchador. Surge una irritabilidad mórbida en los flancos; y cada puñado de hombres que el atacante cifra en una cresta boscosa de nuestra retaguardia se convierte para él en una nueva palanca hacia la victoria.

306

Estos inconvenientes desaparecerían en gran medida y se mantendrían todas las ventajas si la defensa de las montañas consistiera en el despliegue unido del ejército en una amplia meseta montañosa. Aquí se podría imaginar un frente fuerte, flancos muy difíciles de alcanzar y, sin embargo, la más completa libertad en todos los movimientos dentro y en la retaguardia de la posición. Una posición así sería una de las más fuertes que existen. Pero se trata de una idea casi ilusoria, pues aunque la mayoría de las montañas son algo más accesibles en sus lomos que en sus laderas, la mayoría de las mesetas de las montañas o son demasiado pequeñas para este fin, o no llevan el nombre con plena justificación y más en un sentido geológico que geométrico.

Además, las desventajas de una posición defensiva en las montañas se reducen para las agrupaciones de ejércitos más pequeñas, como ya hemos indicado. La razón de ello es que ocupan menos espacio, necesitan menos vías de retirada, etc. Una sola montaña no es una cordillera y no tiene las desventajas de la misma. Sin embargo, cuanto más pequeña sea una tropa, más se limitará su formación a crestas y montañas únicas, y no necesitará enredarse en la maraña de cortes escarpados cubiertos por el velo de los bosques, que es la fuente de todas esas desventajas.

6.16 CAPÍTULO DIECISÉIS: CONTINUACIÓN

Pasamos ahora al uso estratégico de los resultados tácticos desarrollados en el capítulo anterior.

Distinguimos aquí las siguientes relaciones:

1. las montañas como campo de batalla;
2. la influencia que su posesión ejerce en otros ámbitos;
3. su efecto como barrera estratégica;
4. la consideración que merece en el mantenimiento.

En la primera y más importante relación tenemos que distinguir de nuevo:

- a) una batalla principal,
- b) batallas subordinadas.

Hemos mostrado en el capítulo anterior cuán poco favorece el *terreno montañoso* al defensor en una *batalla decisiva*, y en consecuencia cuánto al atacante. Esto va en contra de la opinión común; pero, por supuesto, qué confusión arroja la opinión común, qué poco distingue las relaciones más diversas; de la extraordinaria resistencia de pequeñas partes subordinadas saca la impresión de una fuerza extraordinaria de toda defensa de montaña, y se asombra cuando alguien niega esta fuerza para el acto principal de toda defensa, para la batalla defensiva. Por otra parte, está instantáneamente dispuesto a ver en cada batalla perdida por los defensores en las montañas el error incomprensible de la guerra de cordones, sin ver cómo la naturaleza de las cosas lo enreda inevitablemente. No tememos estar en franca contradicción con tal opinión, pero debemos notar cómo hemos encontrado nuestra afirmación para nuestra gran satisfacción en un autor que en más de un aspecto debe contar mucho para nosotros aquí: es el Archiduque Carlos en su obra sobre las campañas de 1796 y 1797, un buen historiador, un buen crítico y sobre todo un buen general en una sola persona.

307

Por eso no puede menos de parecernos lamentable la situación en que el defensor más débil, que ha reunido laboriosamente y con el mayor esfuerzo todas sus fuerzas para hacer sentir al atacante el efecto de su amor a la patria, de su entusiasmo y de su sabia prudencia en una batalla decisiva, tiene los ojos fijos en él con ansiosa expectación. - Cuando en la noche de un terreno montañoso muy velado, atado en cada movimiento por el suelo obstinado, se abandona a los mil ataques posibles de su adversario superior. Sólo hacia un lado tiene su inteligencia un amplio campo; es el uso más posible de todos los obstáculos del terreno, y esto le lleva cerca de los límites de la perniciosa guerra de cordones, por lo que debe arrancarse de ella por la fuerza. Lejos de considerar el país montañoso como un asilo para el defensor en caso de batalla decisiva, aconsejamos más bien al comandante que lo evite al máximo.

Pero, por supuesto, esto es a veces imposible; la batalla tendrá entonces necesariamente un carácter marcadamente diferente de la de la llanura, la posición será mucho más prolongada, en la mayoría de los casos dos o tres veces más larga, la resistencia será mucho más pasiva, el retroceso mucho más débil. Estos son efectos del terreno montañoso que no pueden evitarse; pero, por supuesto, la defensa en una batalla de este tipo no debe, sin embargo, convertirse en una defensa de montaña, sino que el carácter predominante debe ser sólo un despliegue recogido de la fuerza en las montañas, donde todo tiene lugar en *una batalla*, bajo los ojos de *un* comandante, y donde quedan reservas suficientes para hacer de la decisión algo más que una mera defensa, un mero mantener el escudo. Esta condición es indispensable, pero es muy difícil de cumplir, y el empeñarse en una verdadera defensa de

montaña está tan cerca que no hay que sorprenderse de que ocurra tan a menudo; pero es tan peligroso que la teoría no puede advertir suficientemente contra ello.

Demasiado para una batalla decisiva con la fuerza principal.

Para batallas de importancia y significación secundarias, por otra parte, una montaña puede ser infinitamente útil, porque no implica una resistencia absoluta, y porque no hay consecuencias decisivas relacionadas con ella. Podemos hacer esto más claro si enumeramos los propósitos de esta reacción:

a) Una mera ganancia de tiempo. Este propósito se produce cientos de veces, cada vez que se establece una línea de defensa para informarnos, y en todos los casos en los que se espera apoyo.

b) El rechazo de una simple demostración o de una pequeña empresa secundaria del enemigo. Si una provincia está protegida por una cadena montañosa, y esta cadena está defendida por tropas, por débil que sea esta defensa, siempre bastará para impedir las incursiones enemigas y otras pequeñas empresas de saqueo de la provincia. Sin las montañas, una cadena tan débil sería imposible.

308

c) Demostrarlo por uno mismo. Pasará mucho tiempo antes de que la opinión que se debe tener de una cordillera llegue a su punto justo. Hasta entonces siempre habrá adversarios que la temen y se congelan en sus empresas. En este caso, por tanto, la fuerza principal también puede emplearse para defender una montaña. En guerras sin gran fuerza y movimiento este estado de cosas ocurrirá de muchas maneras; pero la condición es entonces siempre que uno no tiene ni la intención de aceptar una batalla principal en esta posición de montaña, ni puede ser forzado a hacerlo.

d) En general, una región montañosa se adapta bien a todas las formaciones en las que no se quiere asumir una batalla principal, ya que todas las partes individuales son más fuertes en ella, y sólo el conjunto como tal es más débil; además, no se puede ser sorprendido tan fácilmente en ella y verse forzado a una batalla decisiva.

e) Por último, las montañas son el verdadero elemento del armamento popular. Los ejércitos populares, sin embargo, siempre deben ser apoyados por pequeños destacamentos del ejército; por otra parte, la proximidad del gran ejército parece tener un efecto perjudicial sobre ellos: por lo tanto, este punto no se convertirá, por regla general, en una razón para visitar las montañas con el ejército.

Tanto de las montañas en relación con las posiciones de batalla en descomposición en ellos. -

La influencia de las montañas en otras zonas.

Porque, como hemos visto, es tan fácil asegurar una zona importante de terreno en terreno montañoso por medio de puestos débiles, por medio de puestos que no podrían resistir en una región accesible y estarían expuestos a peligros constantes, porque todo avance en la montaña, cuando el enemigo la ha ocupado, es mucho más lento que en la llanura, y por lo tanto no puede seguir su ritmo, la cuestión de quién está en posesión de ella es mucho más importante en el caso de las montañas que en el caso de cualquier otra zona de terreno de la misma extensión. En una región abierta esta posesión puede cambiar de un día para otro; la mera acción de bandas fuertes obliga al enemigo a dejarnos la región que necesitamos. Pero no ocurre lo mismo en las montañas; aquí, incluso con fuerzas mucho menores, es posible una resistencia notable, y por lo tanto, si necesitamos una sección del área que ocupan las montañas, siempre son necesarias nuestras propias empresas, especialmente diseñadas para este fin y que a menudo requieren un considerable gasto de fuerzas y tiempo, para ponernos

en posesión de la extensión de terreno. Así, aunque una cadena montañosa no sea el escenario de las principales empresas, no puede considerarse, como sería el caso en una región más accesible, como dependiente de ellas, y su captura y posesión como una consecuencia evidente de nuestro progreso.

La región montañosa tiene por tanto una independencia mucho mayor, su posesión es más definida y menos cambiante. Si se añade que una cordillera, por su propia naturaleza, ofrece una buena vista desde sus bordes hacia el campo abierto, mientras que ella misma permanece siempre envuelta en la más oscura noche, se comprenderá cómo toda cordillera, para quienes no la poseen y sin embargo entran en contacto con ella, es siempre como una fuente inagotable de influencias adversas, como un taller encubierto de fuerzas hostiles, es siempre como una fuente inagotable de influencias adversas, como un taller encubierto de fuerzas hostiles, y que esto será así sobre todo cuando la montaña no sólo esté ocupada por el enemigo, sino que le pertenezca. Las más pequeñas bandas de atrevidos partisanos encuentran refugio en ella cuando son perseguidos, y pueden entonces estallar de nuevo impunemente en otro punto; las columnas más fuertes pueden avanzar inadvertidas en ella, y siempre nuestras fuerzas deben mantenerse a una distancia perceptible de ella, si no quieren entrar en la esfera de su influencia dominadora y entrar en una lucha desigual de ataques y empujones que no pueden devolver.

309

De este modo, cada cadena montañosa ejerce una influencia regular sobre la región inferior hasta una cierta distancia. Que esta influencia pueda ser efectiva inmediatamente, por ejemplo en una batalla (la batalla de Malsch en el Rin en 1796), o sólo después de un tiempo considerable contra las líneas de comunicación, depende de las condiciones espaciales; que pueda o no ser desbordada y arrastrada por lo que ocurre decisivamente en el valle o en la llanura depende de las condiciones de las fuerzas armadas.

Bonaparte se trasladó a Viena en 1805 y 1809 sin preocuparse demasiado por el Tirol; Moreau, sin embargo, tuvo que abandonar Suabia en 1796, principalmente porque no dominaba las regiones más altas y tenía que dedicar demasiada energía a su observación. En las campañas en las que hay un juego igualitario de fuerzas de un lado a otro, uno no se expone a la continua desventaja de una cordillera en cuya posesión haya permanecido el enemigo; por lo tanto, tratará de capturar y mantener aquella parte de ella que necesite según la dirección de las líneas principales de nuestro ataque; y por eso se suele encontrar que en tales casos la cordillera es el principal escenario de las pequeñas batallas individuales que ambos ejércitos mantienen entre sí. Pero cuidado con sobrevalorar este objeto, y considerar en todos los casos tal montaña como la clave del conjunto, y su posesión como lo principal. Cuando la victoria es importante, es lo principal, y cuando se ha ganado, las otras relaciones pueden arreglarse de acuerdo con las necesidades imperantes.

3. considerar las montañas como una barrera estratégica. Aquí hay que distinguir dos relaciones.

La primera es de nuevo una batalla decisiva. Porque las montañas pueden ser consideradas como un río, es decir, como una barrera con ciertas entradas, que nos da la oportunidad de un enfrentamiento victorioso separando la fuerza enemiga a medida que avanza, restringiéndola a ciertas rutas, y permitiéndonos así caer sobre una sola parte de la fuerza enemiga con nuestra fuerza unida detrás de las montañas. Como el atacante, cuando avanza a través de una cordillera, aunque quisiera dejar de lado todas las demás consideraciones, no puede permanecer en columna por la misma razón de que se expondría al peligro decisivo de entrar en una batalla decisiva con una sola vía de retirada, este método se basa, sin embargo, en circunstancias muy esenciales. Pero como los conceptos de montañas y salidas de montaña son muy indefinidos, todo depende de la propia región, por lo que sólo puede indicarse como posible, en la que también hay que considerar dos desventajas: la primera, que el enemigo,

cuando ha recibido un empuje, encuentra muy pronto refugio en las montañas; la segunda, que mantiene la región arrolladora, que, aunque no sea decisiva, siempre es una desventaja para el defensor.

310

No conocemos ninguna batalla que se haya librado en tales circunstancias, a menos que contemos la batalla contra Alvinczy en 1796. Pero el paso de Bonaparte por los Alpes en 1800, donde Melas pudo y debió atacarle antes de unir sus columnas con toda la fuerza, demuestra que el caso puede darse.

La segunda relación que pueden tener las montañas como barrera es la que tienen con las líneas de comunicación del enemigo, es decir, cuando las cortan. Aparte de la fortificación de los pasos por fuertes y de los efectos del armamento de un pueblo, los malos caminos de montaña en malas temporadas pueden ser la causa de la desesperación de un ejército, y no pocas veces le han hecho retroceder después de haberle chupado previamente el tuétano y la sangre. Si a esto se añade un ataque frecuente de los partisanos o incluso una guerra popular, el ejército enemigo se ve obligado a realizar grandes envíos y, finalmente, a establecer puestos fijos en las montañas, viéndose así envuelto en la situación más desventajosa que puede existir en la guerra ofensiva.

4. las montañas en relación con el mantenimiento de los ejércitos. Este tema es muy sencillo y comprensible en sí mismo. La mayor ventaja que el defensor puede obtener a este respecto se producirá cuando el atacante deba detenerse en las montañas o, al menos, tomarlas a sus espaldas.

Estas observaciones sobre la defensa de las montañas, que cubren básicamente toda la guerra de montaña, en la medida en que sus reflexiones arrojan también la luz necesaria sobre la guerra ofensiva a este respecto, no se considerarán incorrectas o poco prácticas porque no se pueden hacer llanuras en las montañas y montañas en las llanuras, y la elección del teatro de la guerra está determinada por tantas otras cosas que parece que puede haber poco margen para razones de este tipo. En grandes circunstancias se verá que este margen no es tan pequeño. Si hablamos de la formación y eficacia de la fuerza principal, y de que en el momento de la batalla decisiva, unas pocas marchas más hacia delante o hacia atrás pueden llevar al ejército desde el terreno montañoso a la llanura, y una unificación decidida de las masas principales en la llanura puede neutralizar el terreno montañoso de al lado.

Reunamos ahora de nuevo la luz distribuida sobre este objeto en una imagen clara en un punto focal.

Sostenemos y creemos haber demostrado que la montaña es generalmente desfavorable tanto en la táctica como en la estrategia de la defensa, y entonces entendemos por defensa la *decisiva de cuyo éxito* depende la cuestión de la posesión o la pérdida del país. Le roba a uno una visión de conjunto y obstaculiza el movimiento en todas direcciones; le obliga a uno a ser pasivo y le obliga a tapar todos los agujeros, lo que entonces se convierte siempre más o menos en una guerra de cordones. Por lo tanto, es aconsejable evitar las montañas con la fuerza principal y dejarlas a un lado o tomarlas por delante o por detrás.

Por otra parte, creemos que para los fines y roles subordinados existe en el terreno montañoso un principio reforzador, y después de lo que hemos dicho sobre él, no se considerará una contradicción si decimos que es un verdadero refugio del débil, es decir, de aquel que ya no puede buscar una decisión absoluta. - Esta reivindicación que los papeles secundarios tienen sobre el terreno de la montaña excluye por segunda vez del mismo al poder principal. Pero todas estas consideraciones difícilmente equilibrarán la impresión de los sentidos. En el caso individual, la imaginación no sólo de todos los inexpertos, sino también de todos los experimentados en un mal modo de guerra, recibirá impresiones tan predominantes de las dificultades que el terreno montañoso, como un elemento más denso y duro, opone a todos los movimientos del atacante, que tendrán dificultad en no tomar nuestra

opinión por la más caprichosa paradoja. En todas las consideraciones generales, sin embargo, la historia del siglo pasado, con su peculiar arte de guerra, ocupará el lugar de la impresión sensual, y nunca se decidirán, por ejemplo, a creer que Austria pueda defender sus estados contra Italia con no más facilidad que contra el Rin. En cambio, los franceses, que han hecho la guerra durante veinte años bajo una dirección enérgica y temeraria, y que han tenido siempre ante sus ojos las felices consecuencias de este sistema, se distinguirán durante mucho tiempo en este caso como en otros por el tacto de un juicio practicado.

311

Así, un Estado estaría más protegido por regiones abiertas que por montañas; España sería más fuerte sin sus Pirineos, Lombardía más inaccesible sin los Alpes, y un país llano, por ejemplo el norte de Alemania, más difícil de conquistar que un país montañoso, por ejemplo Hungría. Queremos relacionar nuestras últimas observaciones con estas falsas conclusiones.

No sostenemos que España sería más fuerte sin sus Pirineos que con ellos, sino que un ejército español que se sintiera lo bastante fuerte para librar una batalla decisiva haría mejor uniéndose detrás del Ebro que dispersándose por los quince pasos de los Pirineos. Esto no elimina en absoluto la influencia de los Pirineos en la guerra. Decimos lo mismo de un ejército italiano. Si se distribuyera en los altos Alpes, sería vencido por cualquier enemigo decidido, sin tener la alternativa de la victoria o la derrota, mientras que sic en la llanura de Turín tiene las pretensiones de cualquier otro ejército. Por esta razón, sin embargo, nadie creerá todavía que sea agradable para el atacante atravesar un macizo montañoso como el de los Alpes y dejarlo atrás. - Además, esta batalla principal, que se supone que tiene lugar en la llanura, no excluye ni siquiera una defensa preliminar de las montañas con fuerzas subordinadas, lo que es muy aconsejable en el caso de masas como la de los Alpes y los Pirineos. Por último, estamos lejos de considerar más fácil la conquista de un país llano que la de uno montañoso, a menos que una sola victoria desarme completamente al enemigo. Después de esta victoria, el conquistador entra en un estado de defensa en el que el terreno montañoso debe volverse tan desventajoso y más desventajoso para él como lo era para el defensor. Si la guerra continúa, si llega ayuda exterior, si el pueblo toma las armas, entonces todas estas reacciones se ven incrementadas por el suelo montañoso.

Con este objeto ocurre como en la dioptría, las imágenes aumentan en intensidad de luz a medida que se desplaza el objeto en una dirección determinada; pero no hasta donde uno desea, sino hasta que alcanzan el punto focal más allá del cual todo se invierte.

Si la defensa en las montañas es más débil, esto podría ser un aliciente para que el atacante tome las montañas como su línea de dirección preferida. Esto, sin embargo, rara vez se hará, porque las dificultades de mantenimiento y carreteras, la incertidumbre de si el enemigo tomará una batalla principal en las montañas, y también de si situará su fuerza principal en ellas, contrarrestarán ampliamente esa posible ventaja.

6.17 CAPÍTULO DIECISIETE: CONTINUACIÓN

Hemos hablado en el capítulo decimoquinto de la naturaleza del combate en la montaña, y en el decimosexto del uso que de él puede hacer la estrategia; hemos tropezado frecuentemente con la noción de una defensa propiamente dicha en la montaña, sin detenernos en la forma y las facilidades de tal medida. Las examinaremos aquí con más detalle.

Puesto que las cordilleras se extienden a menudo como franjas o cinturones sobre la superficie de la tierra, y constituyen la división entre las aguas que caen a derecha e izquierda, y por consiguiente la separación de sistemas enteros de agua, y puesto que esta forma del conjunto se repite en sus partes, en el sentido de que éstas se separan en brazos o crestas del tronco principal, y más tarde forman la separación para sistemas de agua más pequeños, la idea de una defensa montañosa se ha unido con toda naturalidad primero a la forma principal de una barrera que es más larga que ancha, y por consiguiente se extiende como una gran barrera. Aunque entre los geólogos nada se ha resuelto aún en cuanto al origen de las montañas y a la ley de su formación, en todos los casos el curso del agua muestra el sistema de las mismas de la manera más corta y segura, ya sea que sus efectos tengan parte en este sistema (por el proceso de lavado), ya sea que el curso del agua sea una consecuencia de ese sistema. Por lo tanto, era natural suponer que el curso del agua era el líder en la idea de la defensa de las montañas. El calado del agua no sólo debe considerarse como una nivelación natural, por la que se conoce perfectamente la elevación general, es decir, la ganancia general de la superficie terrestre, sino que los valles formados por el agua deben considerarse también como los caminos más accesibles hacia los puntos más altos, porque en todos los casos es cierto que el lavado del agua se esfuerza por igualar las desigualdades de las pendientes en una curva regular. A partir de aquí, pues, la idea de la defensa de las montañas se formaría de tal manera que éstas, si discurrieran aproximadamente paralelas al frente de defensa, serían consideradas como un gran obstáculo para el acceso, como una especie de muralla, cuyas entradas estarían formadas por los valles. Por lo tanto, la defensa propiamente dicha tendría lugar en la cresta de esta muralla, es decir, en el borde de la meseta situada sobre las montañas y atravesada por los valles principales. Si la línea principal de las montañas fuera más perpendicular al frente defensivo, uno de sus brazos principales formaría la defensa, discurriendo paralelo a un valle principal y hasta la gran cresta de la trinchera, que habría que considerar como el punto final.

Hemos indicado aquí este esquematismo de la defensa de una montaña según la estructura geológica, porque realmente precedió a la teoría durante un tiempo y amalgamó las leyes del proceso de lavado con la guerra en la llamada teoría del terreno.

Pero aquí todo está tan lleno de falsos presupuestos y sustituciones inexactas que queda demasiado poco de este punto de vista en realidad como para poder hacer alguna referencia sistemática a partir de él.

Las crestas principales de las montañas son demasiado inhóspitas e intransitables para soportar masas importantes de tropas; lo mismo ocurre a menudo con las crestas secundarias, que suelen ser demasiado cortas e irregulares. Las mesetas en las crestas de las montañas no se encuentran en todas ellas, y donde se encuentran suelen ser estrechas y al mismo tiempo muy inhóspitas; de hecho, incluso hay pocas montañas que, observadas más de cerca, formen una cresta principal ininterrumpida y en sus flancos una pendiente tal que pueda considerarse hasta cierto punto una superficie inclinada o al menos una pendiente aterrazada. La cresta principal serpentea, se curva y se divide, poderosos brazos en líneas curvas barren el país y a menudo se elevan de nuevo en sus puntos finales a alturas considerables de lo que es la propia

cresta principal; promontorios se encuentran con ella y forman grandes depresiones de valles que no encajan en el sistema. Además, donde se cruzan varias cordilleras, o en el punto del que parten varias, el concepto de franja o cinturón estrecho cesa por completo y da paso a una línea radiante de agua y montañas.

A partir de esto ya es evidente, y cualquiera que haya observado las masas montañosas en este sentido lo sentirá aún más claramente, cómo retrocede la idea de una ordenación sistemática, y lo poco práctico que sería si uno quisiera aferrarse a ella como idea básica de las ordenaciones. Pero aún hay un punto importante que considerar desde el campo de la aplicación más cercana.

Si volvemos a examinar detenidamente los fenómenos tácticos de la guerra de montaña, resulta evidente que en ella se dan dos elementos principales, a saber: en primer lugar, la defensa de las laderas escarpadas, en segundo lugar, los valles estrechos. Esta última, que a menudo, de hecho *normalmente*, ofrece la mayor eficacia en la resistencia, no puede unirse bien con la formación en la cresta principal, pues a menudo es necesario ocupar el valle *mismo*, y más en su surgimiento del macizo montañoso que en su origen, porque allí está más profundamente cortado. Además, esta defensa del valle proporciona un medio de defensa de las regiones montañosas incluso cuando no hay ninguna posición que tomar en la propia cresta; así pues, suele desempeñar un papel más importante cuanto más alto e infranqueable es el macizo de la montaña. De todas estas consideraciones resulta evidente que hay que abandonar por completo la idea de una línea más o menos regular a defender, que coincida con una de las líneas de base geológicas, y considerar una cordillera únicamente como una superficie surcada por desniveles y obstáculos de diversa índole, de cuyas partes se trata de sacar el mayor partido posible, de modo que, aunque los lineamientos geológicos del terreno son indispensables para tener una idea clara de la forma de los macizos montañosos, sin embargo aparecen poco en las medidas defensivas.

Ni en la Guerra de Sucesión Austriaca, ni en la Guerra de los Siete Años, ni en la Guerra Revolucionaria encontramos formaciones que abarcaran todo un sistema montañoso, y en las que la defensa se ordenara según sus lineamientos principales. Nunca encontramos a los ejércitos en la cresta principal, siempre en la ladera, a veces más alta, a veces más baja, a veces en esta, a veces en aquella dirección; paralelas, perpendiculares y oblicuas; con y contra el curso del agua; con montañas más altas, como los Alpes, incluso a menudo discurriendo en un valle; en las más bajas, como los Sudetes, y ésta es la anomalía más fuerte, en la mitad de la ladera frente al defensor, teniendo así la cresta principal frente a él, como la posición en la que Federico el Grande cubrió el sitio de Schweidnitz en 1762 y tenía el Alto Búho frente a la parte delantera de su campamento.

314

Las famosas posiciones de la Guerra de los Siete Años en Schmottseifen y Landeshut son generalmente depresiones en los valles; éste es precisamente el caso de la posición de Feldkirch en Vorarlberg. En las campañas de 1799 y 1800, los puestos principales tanto de los franceses como de los austriacos siempre se situaron en los propios valles, no sólo a través de ellos para bloquearlos, sino también a lo largo de toda su longitud, mientras que las crestas no estaban tripuladas en absoluto o sólo con unos pocos puestos individuales.

Las crestas de los Alpes superiores son tan intransitables e inhóspitas que resulta imposible guarnecerlas con masas considerables de tropas. Si se quiere tener fuerzas armadas en las montañas para dominarlas, no queda más remedio que desplegarlas en los valles. A primera vista esto parece un absurdo, porque según las ideas teóricas habituales se diría: las crestas dominan los valles. Sin embargo, no es para tanto, las crestas sólo son accesibles por unos pocos caminos y senderos y, salvo raras excepciones, sólo para soldados a pie, porque las carreteras discurren todas por los valles. Por tanto, el enemigo sólo podría aparecer con infantería en puntos concretos: pero la distancia es demasiado grande para un fuego de

escopeta eficaz en estos macizos montañosos, por lo que el valle es menos peligroso de lo que parece. Pero, por supuesto, tal defensa del valle está expuesta a otro gran peligro, a saber, el de ser cortada. Es cierto que el enemigo sólo puede descender al valle con soldados de a pie y sólo lentamente y con gran esfuerzo en puntos individuales, por lo que no puede tomarlos por sorpresa, pero ninguna de las posiciones defiende la boca de tal camino en el valle, por lo que el enemigo hace descender gradualmente masas superiores, luego se dispersa y vuela por los aires la delgada y desde ese momento muy débil línea, que no tiene más para su protección que el lecho pedregoso de un arroyo de montaña poco profundo. Ahora, sin embargo, la retirada, que siempre debe tener lugar poco a poco en el valle hasta que se encuentre una salida de las montañas, es imposible en muchas partes de la línea, y por ello los austriacos han perdido en Suiza casi siempre un tercio o la mitad de sus tropas a manos de prisioneros.

-

Ahora unas palabras sobre el grado de división que suelen recibir las fuerzas en este tipo de defensa.

Cada formación de este tipo parte de una posición de la fuerza principal tomada más o menos en el centro de toda la línea en la entrada más importante. Desde esta posición, se envían otros cuerpos a derecha e izquierda para ocupar las entradas más importantes, y así se forma una formación de 3, 4, 5, 6 puestos, etc., para el conjunto, más o menos en una línea. Hasta dónde puede o debe llevarse esta extensión depende de las necesidades de cada caso. Unas pocas marchas, es decir, de 6 a 8 millas, es una muy moderada, y probablemente se ha visto aumentar hasta 20 y 30 millas.

Entre los puestos individuales, que están situados a una o pocas horas de distancia, se pueden encontrar fácilmente otras entradas menos importantes, sobre las que se llamará la atención más adelante; se pueden encontrar puestos individuales excelentes para unos pocos batallones, que son muy adecuados para conectar los puestos principales; por lo tanto, están ocupados. Es fácil ver que la división de las fuerzas podría ir aún más lejos, hasta llegar a compañías y escuadrones individuales, y el caso se ha dado con bastante frecuencia; así que aquí no hay límites generales a la fragmentación. Por otra parte, la fuerza de los puestos individuales depende de la fuerza del conjunto, y sólo por esta razón no se puede decir nada sobre el grado posible o natural de fuerza que conservarán los puestos principales. Sólo daremos algunas frases, que la experiencia y la naturaleza del asunto nos enseñan, como guía.

315

1. Cuanto más altas e inaccesibles sean las montañas, mayor podrá ser la división, *pero* mayor deberá ser, pues cuanto menos pueda asegurarse una zona mediante combinaciones basadas en el movimiento, más deberá asegurarse mediante cobertura directa. La defensa de los Alpes requiere una división mucho mayor y la acerca mucho más al cordón que la defensa de los Vosgos o de los Montes de los Gigantes.
2. Siempre que se ha producido una defensa de montaña, la división de fuerzas ha sido tal que los puestos principales solían tener sólo una reunión de infantería y unos pocos escuadrones de caballería en la segunda reunión; sólo la fuerza principal del centro tenía como mucho unos pocos batallones en la segunda reunión.
3. En muy pocos casos se ha reservado una reserva estratégica para reforzar los puntos atacados, porque ya se considera que la expansión del frente es demasiado débil en todas partes. Por esta razón, el apoyo que recibía el puesto atacado solía tomarse de otros puestos no atacados de la línea.
4. Incluso cuando la división de fuerzas era aun relativamente pequeña y la fuerza de los puestos individuales era aún grande, su principal resistencia consistía siempre en la defensa local, y una vez que el enemigo estaba en completa posesión del puesto, no se podía esperar ningún alivio del apoyo que llegaba.

Qué se puede esperar de una defensa de montaña, en qué casos se puede utilizar este medio, hasta dónde se puede y se puede llegar en la expansión y en la fragmentación de las fuerzas, todo esto debe dejarse al tacto del comandante. Basta con que le haya dicho qué es realmente este medio, qué papel puede desempeñar en la relación bélica de los ejércitos.

Un comandante que se deja golpear la cabeza en una vasta posición de montaña merece un consejo de guerra.

6.18 CAPÍTULO DIECIOCHO: DEFENSA DE ARROYOS Y RÍOS

Los arroyos y los ríos importantes pertenecen, en lo que se refiere a su defensa, como las montañas, a la clase de las barreras estratégicas. Pero difieren de las montañas en dos aspectos: uno se refiere a su defensa relativa y el otro a su defensa absoluta.

Al igual que las montañas, aumentan la resistencia relativa, pero su peculiaridad es que se comportan como una herramienta de materia dura y quebradiza; o bien resisten todos los golpes sin doblarse, o bien su defensa se rompe y cesa por completo. Si la corriente es muy grande y las demás condiciones son favorables, el paso puede resultar absolutamente imposible. Pero si la defensa de cualquier corriente se rompe en un punto, no hay, como en las montañas, ninguna resistencia duradera, sino que el asunto se resuelve con este único acto, a menos que la propia corriente fluya en un país montañoso.

316

La otra peculiaridad de los ríos en relación con la batalla es que en algunos casos permiten combinaciones muy buenas y generalmente mejores para una batalla decisiva que las montañas.

Ambos tienen en común que son objetos peligrosos y seductores, que a menudo han llevado a tomar medidas equivocadas y han puesto a las personas en situaciones peligrosas. Llamaremos la atención sobre estos resultados cuando examinemos más detenidamente la defensa fluvial.

Aunque la historia es más bien pobre en defensas efectivas actuales, lo que justifica la opinión de que no son una barrera tan fuerte como se creía en los tiempos en que un sistema defensivo absoluto se agarraba a cualquier refuerzo que ofreciera la zona, su influencia beneficiosa en la batalla y en la defensa nacional en general es innegable.

Para situar la cuestión en su contexto, reunamos los distintos puntos de vista desde los que pretendemos abordar el tema.

En primer lugar, y en general, hay que distinguir los resultados estratégicos que dan los ríos y arroyos a través de su defensa de la influencia que tienen en la defensa del país sin ser defendidos ellos mismos.

Además, la propia defensa puede tener tres significados diferentes:

1. una resistencia absoluta con la potencia principal;
2. una mera impedancia;
3. son una resistencia relativa para las partes subordinadas, como puestos avanzados, líneas de cobertura, cuerpos subsidiarios, etc.

Por último, debemos distinguir tres grados o tipos principales de defensa en cuanto a su forma, a saber:

1. una inmediata impidiendo el paso aéreo,
2. una más indirecta, utilizando el río y su valle sólo como medio para una mejor combinación de batallas,
3. una muy inmediata, afirmando una posición inexpugnable en el lado enemigo del río.

Dividiremos nuestras consideraciones según estos tres grados, y después de habernos familiarizado con cada uno de ellos en relación con el primer y más importante significado, consideraremos también los otros dos al final. En primer lugar, pues, la defensa inmediata, es decir, aquella en la que se ha de impedir el paso del propio ejército enemigo.

317

Esto sólo puede ocurrir con grandes caudales, es decir, con grandes masas de agua.

Las combinaciones de espacio, tiempo y fuerza, que deben considerarse como los elementos de esta teoría de la defensa, hacen que el tema sea bastante enrevesado, de modo que no es del todo fácil llegar a un punto firme. En una consideración más cuidadosa, todo el mundo llegará al siguiente resultado.

El tiempo necesario para atacar un puente determina la distancia a la que pueden situarse entre sí los cuerpos que defienden el río. Si se dividen estas distancias entre la longitud total de la línea de defensa, se obtiene el número de cuerpos; si se divide entre la masa de las tropas, se obtiene la fuerza de los cuerpos. Si ahora comparamos esta fuerza de los cuerpos individuales con las tropas que el enemigo puede haber transferido por otros medios durante la construcción del puente, podremos juzgar si cabe pensar en una resistencia exitosa. Pues sólo entonces se puede suponer que no se puede forzar el cruce si es posible que el defensor ataque a las tropas transferidas con una *superioridad considerable, es decir*, aproximadamente el doble, antes de que el puente esté terminado. Un ejemplo:

Si el enemigo necesita 24 horas para levantar su puente, no puede cruzar más de 20000 hombres por otros medios en esas 24 horas, y si el defensor puede aparecer en cualquier punto con 20000 hombres en unas 12 horas, no hay que forzar el cruce, pues se llegará cuando haya cruzado aproximadamente la mitad de esos 20000 hombres. Ahora, como es posible marchar 4 millas en 12 horas, incluyendo el tiempo de notificación, se necesitarían 20000 hombres cada 8 millas, y 60000 para defender el río por una distancia de 24 millas. Estos bastarían no sólo para aparecer en cualquier punto con 20.000 hombres, incluso si el enemigo intentara dos cruces al mismo tiempo, sino incluso con el doble de ese número si éste no fuera el caso.

Aquí, por tanto, tres circunstancias son decisivas: 1. la anchura del arroyo, 2. los medios para cruzarlo, pues ambos determinan tanto la duración de la construcción del puente como el número de tropas que pueden ser llevadas al otro lado durante la construcción del puente, 3. la fuerza del defensor. La fuerza del ejército enemigo en sí no se tiene en cuenta. Según esta teoría, se puede decir que hay un punto en el que la posibilidad de cruzar cesa por completo y ninguna fuerza superior sería capaz de forzarlo.

Esta es la teoría simple de la defensa de corriente continua, es decir, aquella en la que se impide al enemigo completar su puente y cruzar él mismo; aún no se ha tenido en cuenta el efecto de las demostraciones que el que cruza puede utilizar. Consideremos ahora las circunstancias más detalladas y las medidas necesarias de tal defensa.

Haciendo abstracción en primer lugar de toda individualidad geográfica, todo lo que puede decirse es que los cuerpos determinados por la teoría que acabamos de exponer se situarán directamente sobre el río, unidos en sí mismos. Directamente sobre el río, porque cualquier posición más atrás alargaría los caminos sin necesidad ni ventaja; porque, puesto que la masa de agua del río los asegura de cualquier influencia significativa del enemigo, no es necesario retenerlos como una reserva en una línea de defensa nacional. Además, los caminos que suben y bajan por los arroyos son generalmente más practicables que las rutas transversales desde la retaguardia hacia cualquier punto del arroyo. Por último, es innegable que esta posición permite vigilar mejor el torrente que una simple cadena de puestos, sobre todo cuando los comandantes se encuentran todos en las proximidades. - Estos cuerpos deben estar unidos en sí mismos, porque de lo contrario toda la cuenta tendría que ser diferente. Quien sepa lo que significa la unión en términos de pérdida de tiempo, comprenderá que es precisamente en esta formación unida donde reside la mayor eficacia de la defensa. Por supuesto, a primera vista resulta muy atractivo imposibilitar el cruce al enemigo mediante puestos individuales; pero salvo excepciones en puntos especialmente propicios para el cruce, esta medida es altamente perniciosa. Sin tener en cuenta la dificultad de que el enemigo de la orilla opuesta puede generalmente aplastar tal puesto con un fuego superior, uno por regla general gasta su fuerza totalmente en vano, es decir, uno no consigue nada con tal puesto excepto que el

enemigo elija otro punto de cruce. Por lo tanto, si uno no es tan fuerte como para poder tratar y defender el río como un foso fortificado, caso para el que no serían necesarias más reglas, esta defensa real de la orilla del río aleja necesariamente del objetivo. Además de estos principios generales, hay que tener en cuenta: primero, la consideración de las características individuales del río; segundo, la eliminación de los medios de transición; tercero, la influencia de las fortalezas situadas a lo largo del río.

318

El río, considerado como línea de defensa, debe tener puntos de anclaje a derecha e izquierda, como el mar o un territorio neutral; u otras condiciones deben hacer imposible que el enemigo pase más allá del punto final de la línea de defensa. Como ni tales puntos de anclaje ni tales condiciones se darán más que en el caso de grandes extensiones, es evidente por ello que las defensas fluviales deben extenderse siempre sobre distancias muy considerables, y la posibilidad de un gran cuerpo de tropas apostadas detrás de una línea de corriente comparativamente corta desaparece de la serie de casos reales a los que debemos atenernos siempre. Decimos una línea de corriente *comparativamente corta*, y por ella entendemos una longitud que no excede considerablemente la medida ordinaria de extensión en la alineación sin corriente. Tales casos, decimos, no se dan, y toda defensa de corriente inmediata es siempre una especie de sistema de cordón, al menos en lo que se refiere a la extensión, y por tanto no es en absoluto adecuada para contrarrestar una elusión por la vía que es la natural en formación unida. Cuando la elusión es posible, por lo tanto, la defensa de corriente directa, por buenos que sean sus resultados, es una empresa altamente peligrosa.

Ahora bien, por lo que respecta a la corriente dentro de sus puntos extremos, huelga decir que no todos los puntos son igualmente aptos para la transición. En general, este tema puede definirse algo más de cerca, pero no determinarse realmente, pues la más pequeña peculiaridad local decide a menudo mucho más que todo lo que parece grande e importante en los libros. Pero tal determinación es también completamente inútil, pues la vista del río y las noticias que uno recibe de los habitantes conducen casi evidentemente a ello, sin necesidad de pensar en los libros. -

319

Podemos decir que los caminos que conducen al río, los afluentes que caen en él, las grandes ciudades que se extienden a lo largo del mismo y, por último, sus islas, son los objetos que más favorecen el cruce; que, en cambio, la elevación de las orillas, la forma curva del curso en el punto de cruce, que suelen desempeñar el papel principal en los libros, han sido los menos influyentes. La razón es que la influencia de estas dos cosas se basa en la idea limitada de una defensa absoluta de las orillas, caso que se da poco o nunca en los ríos más grandes.

Cualesquiera que sean las circunstancias que hacen que los puntos individuales del río sean más adecuados para cruzarlo, influirán en la posición y modificarán algo la ley geométrica general; pero no es aconsejable alejarse demasiado de ella, confiar demasiado en las dificultades de algunos puntos. El enemigo elige entonces los lugares menos favorecidos por la naturaleza, cuando está seguro de encontrarnos allí menos.

En cualquier caso, sin embargo, la ocupación más fuerte posible de las islas es una medida recomendable, porque su grave ataque indica el lugar de transición de la manera más segura.

Dado que los cuerpos situados cerca del río deben marchar río arriba y río abajo según lo requieran las circunstancias, a falta de una carretera paralela, la preparación de las pequeñas carreteras más cercanas que discurran paralelas al río, o el establecimiento de otras completamente nuevas en distancias cortas, es una de las piezas esenciales de la preparación para la defensa.

El segundo punto del que tenemos que hablar es la eliminación de los medios de paso. - El asunto no es fácil en el propio río, al menos lleva un tiempo considerable, pero las dificultades suelen ser insuperables en los afluentes que invaden por el lado enemigo, porque

éstos suelen estar ya en manos del enemigo. Por lo tanto, es importante cerrar las salidas de estos afluentes con fortificaciones.

Como en el caso de los grandes ríos los medios de cruce que el enemigo lleva consigo, es decir, sus pontones, rara vez son suficientes, mucho depende de los medios que encuentre en el propio río, en los afluentes y en las grandes ciudades situadas a su lado y, por último, en los bosques de las inmediaciones del río que puede utilizar para construir barcos y balsas. Hay casos en los que todas estas circunstancias se interponen tanto en su camino que el cruce del río se hace casi imposible.

Por último, las fortalezas situadas a ambos lados o en el lado enemigo del torrente no sólo son un escudo que cubre el paso para todos los puntos cercanos a ellas por arriba y por abajo, sino también un medio de bloquear los afluentes y absorber rápidamente los medios de paso.

Hasta aquí la defensa inmediata del río, que presupone una gran masa de agua. Si hay un valle profundo y escarpado o riberas pantanosas, la dificultad del cruce y la eficacia de la defensa aumentan, pero no se puede sustituir la masa de agua, ya que estas circunstancias no constituyen una interrupción absoluta de la zona, y ésta es una condición *necesaria* de la defensa directa.

320

Si uno se pregunta qué papel puede desempeñar esa defensa de corriente inmediata en el plan estratégico de la campaña, hay que admitir que nunca puede conducir a una victoria decisiva, en parte porque su intención no es dejar que el enemigo cruce, sino aplastar la primera masa importante que haya cruzado, en parte porque la corriente impide que las ventajas obtenidas se amplíen a una victoria decisiva mediante un ataque fuerte.

Por otro lado, una defensa actual de este tipo puede ahorrar a menudo mucho tiempo, que es lo que suele importar al defensor. La obtención de los medios de transición suele costar mucho tiempo; si fracasan varios intentos, se gana aún más tiempo. Si el enemigo da a sus fuerzas una dirección completamente diferente a causa de la corriente, probablemente se lograrán otras ventajas; por último, en todos los casos en que el enemigo no se tome realmente en serio el avance, la corriente detendrá sus movimientos y hará una defensa permanente del país.

Una defensa fluvial directa puede considerarse, por tanto, como un muy buen medio de defensa entre grandes masas de tropas en grandes ríos y en condiciones favorables, y puede producir resultados a los que se ha prestado muy poca atención en tiempos más recientes, pensando sólo en las fallidas defensas fluviales con medios inadecuados. Porque si, en las condiciones que acabamos de mencionar, que pueden aplicarse fácilmente a un río como el Rin y el Danubio, puede lograrse una defensa eficaz de 24 millas de longitud por medio de 60.000 hombres contra una fuerza considerablemente superior, bien puede decirse que se trata de un resultado notable.

Decimos contra una potencia *sensiblemente superior* y debemos volver sobre este punto. Según la teoría que hemos dado, todo depende de los medios de cruce y nada de la potencia que quiere cruzar, siempre que no sea menor que la que defiende el río. Esto parece muy llamativo, y sin embargo es cierto. Pero no hay que olvidar que la mayoría de las defensas fluviales, o más prácticamente hablando, que todas ellas no tienen bases absolutas, pueden ser burladas, y que esta burla se ve muy facilitada por una gran fuerza superior.

Si consideramos ahora que una defensa tan directa contra la corriente, aunque sea desbordada por el enemigo, no es todavía comparable a una batalla perdida y menos puede conducir a una derrota, porque sólo una parte de nuestras tropas ha entrado en la refriega, y el enemigo, por el paso lento por medio de un puente, no puede dar inmediatamente una gran consecuencia a su victoria sobre el mismo, podremos pensar tanto menos poco en este medio de defensa.

En todas las cosas de la vida práctica depende de que se acierte en el punto justo, y así en la defensa de la electricidad es muy diferente que se pasen por alto correctamente todas las circunstancias; una circunstancia aparentemente insignificante puede cambiar materialmente el caso, y lo que aquí hubiera sido una medida de lo más sabia y eficaz, allí puede convertirse en una perniciosa locura. Esta dificultad para juzgarlo todo correctamente y no creer que la corriente es la corriente es quizá mayor aquí que en otras partes, razón por la cual debemos tomar precauciones especiales contra el peligro de una aplicación e interpretación erróneas; pero una vez hecho esto, tampoco podemos dejar de declarar en términos inequívocos que consideramos totalmente indigno de consideración el clamor de aquellos que, de acuerdo con sentimientos oscuros e ideas no fijas, lo esperan todo del ataque y del movimiento, y ven en vuestros húsares avanzando con el sable blandido por encima de sus cabezas todo el cuadro de la guerra.

321

Tales ideas y sentimientos no siempre son suficientes si realmente perduran (recordemos tan sólo al famoso dictador Wedel en Züllichau en 1759); pero lo que es peor, rara vez perduran y abandonan al comandante en el último momento, cuando grandes casos compuestos, enredados en mil relaciones, se le vienen encima.

Creemos, pues, que una defensa directa de la corriente puede dar buenos resultados con grandes masas de tropas en buenas condiciones, si uno se contenta con la modesta negativa, pero no es así para masas más pequeñas de tropas. Mientras que 60.000 hombres en una determinada línea de corriente son capaces de negar el paso a un ejército de 100.000 hombres y más, 10.000 hombres a la misma distancia no serían capaces de prohibírselo a un cuerpo de 10.000 hombres, ni a uno la mitad de fuerte, si este último quisiera correr el riesgo de estar en el mismo bando con un enemigo tan superior. El asunto está claro porque los medios de transición no cambian.

Hasta ahora no nos hemos detenido mucho en los cruces simulados, porque no son de gran importancia en la defensa directa del río; porque, en parte, no se trata de reunir el ejército en un punto, sino que cada parte del río está destinada a defenderse a lo largo de una cierta distancia; y, en parte, tales cruces simulados son también muy difíciles en las circunstancias presupuestas. Pues si los medios para cruzar son en sí mismos escasos, es decir, no están disponibles en la medida que el atacante debe desear para asegurar su empresa, difícilmente podrá y querrá utilizar una parte considerable para el simulacro de cruce; en cualquier caso, la masa de tropas que puede llevar así al verdadero punto de cruce será tanto menor, y así, por otra parte, se ganará un tiempo que podría perderse por la incertidumbre.

En general, esta defensa inmediata de la corriente sólo es apta para la primera clase de corrientes europeas en la última mitad de su recorrido.

El segundo tipo es adecuado para los ríos más pequeños y para los valles profundamente cortados, a menudo incluso para los muy insignificantes. Consiste en una formación llevada más atrás, a una distancia tal, que permita al ejército enemigo, al cruzar, o bien encontrarse dividido, si cruza por varios puntos a la vez, o bien cerca de la corriente, y confinado a un puente y una carretera, si ha cruzado por un solo punto. Quedar rezagado cerca de un río principal o de un valle profundo y confinado a una sola ruta de retirada es una posición muy desventajosa para la batalla, y en el uso de esta circunstancia consiste la defensa de todos los ríos medianos y valles profundos.

La formación de un ejército en grandes cuerpos cerca del río, que consideramos la mejor para la defensa inmediata, presupone la imposibilidad de que el enemigo pase inesperadamente el río en grandes masas, porque de lo contrario el peligro de ser separados y batidos individualmente sería muy grande en esta forma de formación. Si, por lo tanto, las circunstancias que favorecen la defensa del río no son suficientemente favorables, si el enemigo tiene ya en sus manos demasiados medios de paso, si el río tiene demasiadas islas o

incluso vados, si no es suficientemente ancho, si somos demasiado débiles, etc., entonces ese método ya no puede utilizarse. Si el río tiene demasiadas islas o incluso vados, si no es lo bastante ancho, si somos demasiado débiles, etc., entonces ya no se puede recurrir a ese método; las tropas deben retirarse algo del río para su comunicación segura entre sí, y lo único que queda ahora es una unión acelerada lo más posible en ese punto donde el enemigo hace el cruce para atacarle, antes de que haya ganado tanto campo que varios cruces estén a su disposición. Aquí, entonces, el río o el valle es vigilado y débilmente defendido por una cadena de puestos avanzados, mientras que el ejército se agrupa en varios cuerpos en puntos adecuados a cierta distancia (generalmente unas horas) del río.

322

La circunstancia principal es el paso a través del estrecho formado por el río y su valle. Aquí, por tanto, lo importante no es sólo la masa de agua, sino todo el estrecho, y por regla general un valle rocoso profundo es mucho más eficaz que una anchura considerable del río. La dificultad de hacer pasar una masa considerable de tropas a través de un estrecho considerable es en realidad mucho mayor de lo que parece a simple vista. El tiempo requerido es muy considerable, y el peligro de que el enemigo se haga dueño de las alturas circundantes incluso durante el paso es muy alarmante. Si las primeras tropas avanzan demasiado, se encuentran antes con el enemigo y corren el peligro de ser aplastadas por una fuerza superior; si permanecen cerca del punto de cruce, se encuentran en la peor situación posible. Cruzar semejante incisión en el terreno, para competir con el ejército enemigo que se encuentra más allá, es por tanto una empresa audaz o presupone una gran superioridad y seguridad en el mando.

Es cierto que tal línea de defensa no puede tener una longitud similar a la de la defensa inmediata de un gran torrente, pues se quiere atacar unido al conjunto, y los cruces, por difíciles que sean, no pueden compararse con los de un gran torrente; la circunvalación está, pues, mucho más cerca del enemigo. Pero esta circunvalación lo desplaza de su dirección natural (pues suponemos, como es evidente, que el corte del valle lo interseca aproximadamente perpendicularmente), y el efecto desventajoso de las estrechas líneas de retirada no se pierde de golpe, sino sólo gradualmente, de modo que el defensor sigue teniendo cierta ventaja sobre el que avanza aunque éste no haya sido alcanzado por él en el momento mismo de la crisis, sino que haya ganado un poco más de margen de maniobra por la circunvalación.

Puesto que no sólo hablamos de los ríos en relación con su masa de agua, sino que tenemos en mente casi más que éstos la profunda incisión de sus valles, debemos prologar esto diciendo que no debe entenderse por ello ningún valle montañoso formal, porque entonces se aplicaría todo lo que se ha dicho de las montañas. Sin embargo, como es bien sabido, hay muchas regiones llanas en las que incluso los ríos más pequeños forman incisiones profundas y escarpadas; además, las riberas pantanosas y otros obstáculos al acceso también pertenecen a esta categoría.

En estas condiciones, por tanto, el posicionamiento de un ejército defensivo detrás de un río considerable o de un valle más profundo es una posición muy ventajosa y este tipo de defensa fluvial debe contarse entre las mejores medidas estratégicas.

323

La debilidad de este último, el punto en el que el defensor puede tropezar fácilmente, es la extensión demasiado grande de las fuerzas. En tal caso, es natural dejarse arrastrar de un punto de transición a otro y errar el punto justo donde hay que cortar; pero si no se consigue golpear con todo el ejército unido, se pierde el efecto: un combate perdido, una retirada necesaria y diversas confusiones y pérdidas acercan al ejército a la derrota completa, aunque no resista al máximo.

Que bajo esta condición no hay que extenderse mucho, que en todo caso hay que haber reunido las fuerzas para la tarde del mismo día en que pasa el enemigo, ya se ha dicho bastante

y puede ocupar el lugar de todas las demás combinaciones de tiempo, fuerza y espacio, que aquí dependen de tantas localidades.

La batalla provocada en tales circunstancias debe tener un carácter peculiar, a saber, el de la mayor impetuosidad por parte del defensor. Las falsas transiciones mediante las cuales el atacante puede haberle mantenido en la incertidumbre durante un tiempo le harán aparecer, por regla general, sólo cuando sea el momento más elevado. Las ventajas peculiares de su posición consisten en la posición desventajosa del cuerpo enemigo que tiene justo delante de él; si otros cuerpos se acercan desde otros puntos de transición y le rodean, no puede contrarrestarlos como en una batalla defensiva con poderosos empujes desde la retaguardia, pues de lo contrario sacrificaría las ventajas de su posición. Es decir, debe atacar lo más rápida y enérgicamente posible lo que tiene delante y decidir todo el asunto derrotándolo.

La finalidad de *esta* defensa fluvial, sin embargo, no puede ser nunca la resistencia contra una potencia demasiado superior, como es a lo sumo concebible en la defensa inmediata de un gran río; pues por regla general se llega a tratar realmente con la mayor parte de la potencia hostil, e incluso si éste es el caso en circunstancias ventajosas, es fácil ver que la proporción de potencia ya entra en consideración.

Lo mismo ocurre con la defensa de ríos medios y valles profundos cuando se habla de las grandes masas del propio ejército, para quienes la considerable resistencia que se puede oponer en los bordes del propio valle no puede entrar en consideración frente a las desventajas de una posición dispersa, y para quienes es necesaria una victoria decisiva. Si, por el contrario, se trata simplemente de reforzar una línea de defensa subordinada, que debe resistir durante un tiempo, y que está calculada para dar apoyo, se puede, sin embargo, hacer una defensa directa de las laderas del valle, o incluso de las orillas, y aunque aquí no se pueden esperar ventajas similares a las de las posiciones de montaña, la resistencia durará siempre más que en un terreno ordinario. Sólo hay un caso en que este uso es muy peligroso o imposible: cuando el río discurre en líneas serpenteantes muy rizadas, lo que ocurre a menudo en valles profundamente excavados. Basta con observar el curso del Mosela en Alemania. En este caso, las partes adelantadas en las curvas de salida se perderían casi inevitablemente en la retirada.

Que un gran río ofrece los mismos medios de defensa que aquí hemos asignado a los ríos medios en relación con la masa del ejército, y en condiciones mucho más favorables, es evidente, y este caso se aplicará cada vez que el defensor esté ansioso por una victoria completa. (Aspern.)

324

El caso en el que un ejército toma un arroyo, un río o un valle profundo *cerca de* su frente para ganar un obstáculo táctico al acceso por él, un *refuerzo táctico del frente*, es otro muy distinto, cuya consideración más detallada pertenece a la táctica; pero diremos esto del resultado de esta medida, que es esencialmente un completo autoengaño. - Si la incisión es muy considerable, el frente de la posición se vuelve absolutamente inexpugnable; puesto que el paso de tal posición no es más inconveniente que el de cualquier otra, no es mucho más que si el propio defensor hubiera evitado al atacante, lo que difícilmente era la intención de la formación. Por lo tanto, tal posición sólo puede ser útil cuando la relación de las líneas de comunicación es tan desfavorable para el atacante que cualquier desvío del camino directo estaría relacionado con consecuencias demasiado desventajosas.

En este segundo tipo de defensa los falsos cruces son mucho más peligrosos, porque el atacante tiene más facilidad para hacerlos, y el defensor tiene la tarea de reunir a todo su ejército en el punto correcto. Pero, por una parte, el tiempo del defensor no es tan corto aquí, porque sus ventajas no cesan hasta que el atacante ha reunido toda su fuerza y tomado varios cruces detrás de él; por otra parte, la eficacia de los ataques simulados no es todavía tan grande aquí como en la defensa de un cordón, donde hay que mantenerlo todo, y así, al usar la reserva,

no depende, como en nuestra tarea, de la mera cuestión de dónde tiene el enemigo su fuerza principal, sino de la mucho más difícil de qué punto será abrumado primero.

De ambos tipos de defensa, grandes y pequeños ríos, hay que añadir en general que, dispuestos en la precipitación y confusión de una retirada, sin preparativos, sin eliminación de los medios de paso, sin conocimiento exacto de la zona, no pueden, sin embargo, cumplir lo que aquí hemos pensado de ellos; en la mayoría de los casos no hay que contar con ellos en absoluto, y por eso empantanarse en posiciones extensas es una gran locura.

En general, al igual que en la guerra fracasará todo lo que no se haga con clara conciencia, con entera y firme voluntad, también tendrá mal éxito una *defensa fluvial* que se elija porque se tiene el valor de enfrentarse al enemigo en batalla abierta y se espera que el ancho río, el profundo valle lo detengan. Se habla tan poco de verdadera confianza en la propia posición que, por lo general, el comandante y el ejército están llenos de los más ansiosos presentimientos, que luego tienden a hacerse realidad con bastante rapidez. Una batalla abierta en el campo no presupone, como un duelo, circunstancias completamente iguales, y un defensor que no sabe cómo obtener ventajas en ella mediante la peculiaridad de la defensa, ni mediante marchas rápidas, ni mediante el conocimiento de la zona, ni mediante la libertad de movimientos, no puede ser ayudado, y menos podrán hacerlo el río y su valle.

El tercer tipo de defensa, mediante una posición fija tomada en el lado del enemigo, basa su eficacia en el peligro que supone para el enemigo el hecho de que un río corte sus líneas de comunicación y las limite así a uno o unos pocos cruces de puentes. De ello se desprende que sólo podemos hablar aquí de ríos importantes con masas de agua considerables, ya que sólo éstas provocan este caso, mientras que un río meramente cortado en profundidad suele tener tal número de cruces que esta relación se omite por completo.

325

La posición debe ser muy firme, casi inexpugnable, de lo contrario podríamos encontrarnos con el enemigo a medio camino y renunciar a nuestras ventajas. Si, por el contrario, es de tal solidez que el enemigo no se decide a atacar, entonces, en determinadas circunstancias, él mismo se desterrará a la orilla en la que nos encontramos. Si cruzara, cedería sus conexiones, pero al mismo tiempo, por supuesto, amenazaría las nuestras. Aquí, como en todos los casos en que nos cruzamos, depende de qué conexiones son más seguras en términos de número, posición y otras circunstancias, además de quién tiene más que perder en otros aspectos y por lo tanto puede ser fácilmente superado por el enemigo, finalmente quién conserva más poder victorioso en su ejército para apoyarse en él en el caso extremo. El río no hace aquí más que aumentar los peligros mutuos de tal movimiento, porque uno está confinado a los puentes. En la medida en que se puede suponer que, en el orden ordinario de las cosas, los cruces del defensor, así como sus depósitos de todo tipo, estarán más asegurados por fortalezas que los del atacante, tal defensa es, sin embargo, concebible, y entonces, en los casos en que las otras circunstancias no son lo suficientemente favorables a una defensa fluvial directa, la reemplazaría. Es cierto que el río no está defendido por el ejército, ni el ejército por el río, pero el país está defendido por la conexión de ambos, que es lo que importa.

Hay que admitir, sin embargo, que este modo de defensa, sin golpe decisivo, que se asemeja a la tensión en que se encuentran las dos electricidades al mero contacto de sus atmósferas, sólo sirve para detener un impulso no muy poderoso. Contra un comandante cauteloso e irresoluto, a quien nada empuja violentamente hacia adelante, será aplicable, incluso con gran superioridad de sus fuerzas; asimismo, si ya se ha producido de antemano un equilibrio igual de fuerzas, y uno sólo pretende obtener pequeñas ventajas del otro. Pero si se trata de fuerzas superiores, dirigidas por un temerario, entonces es un camino peligroso que conduce cerca del abismo.

Este tipo de defensa, por cierto, parece tan audaz y a la vez tan científico que a uno le gustaría llamarlo el tipo elegante; pero como la elegancia raya fácilmente en la fatuidad, y esto

no se perdonaría tan fácilmente en la guerra como en la sociedad, hay pocos ejemplos de este tipo elegante. A partir de este tercer tipo se desarrolla un recurso especial para los dos primeros tipos, a saber, amenazar siempre con pasar manteniendo un puente y una cabeza de puente. -

Además de la finalidad de resistencia absoluta con la fuerza principal, cada uno de los tres tipos de defensa fluvial puede tener la de *pseudoresistencia*.

Este simulacro de una resistencia que no se quiere ofrecer realmente está relacionado, en efecto, con muchas otras medidas y, en el fondo, con toda posición que no sea un mero campamento de marcha, pero la falsa defensa de un gran río se convierte en un verdadero simulacro por el hecho de que para ello se toman una serie de medidas más o menos engorrosas, y de que el efecto tiende a ser mayor y más duradero que con todas las demás; Porque el acto de cruzar un río de este tipo frente a nuestro ejército es siempre un paso importante para el atacante, sobre el que a menudo piensa durante mucho tiempo, o que pospone para un momento más conveniente.

326

Para tal defensa simulada, por lo tanto, es necesario que el ejército principal esté distribuido y posicionado a lo largo del río aproximadamente de la misma manera que lo estaría en una defensa seria; Pero como la intención de un mero simulacro de defensa demuestra que las circunstancias no son lo bastante favorables para una defensa real, esa formación, que necesariamente ha de ser siempre más o menos extendida y dispersa, daría lugar muy fácilmente al peligro de grandes pérdidas si el cuerpo quisiera realmente entablar una resistencia, aunque sólo fuera moderada; eso sería una medida a medias en el verdadero sentido de la palabra. En un simulacro de defensa, por lo tanto, todo debe calcularse para una unificación infalible del ejército en un punto considerablemente más distante, a menudo varios días de marcha atrás; y sólo puede ofrecerse tanta resistencia como sea compatible con esto.

Para dejar clara nuestra opinión y al mismo tiempo mostrar la importancia que puede tener una defensa tan falsa, recordemos el final de la campaña de 1813. Bonaparte hizo retroceder a unos 40-50000 hombres a través del Rin. Intentar defender esta corriente en la zona en la que los aliados podían pasar cómodamente según la dirección de sus fuerzas, es decir, de Mannheim a Nymwegen, habría sido una imposibilidad. Por tanto, Bonaparte sólo podía pensar en oponer la primera resistencia seria en el Mosa francés, donde podía reforzar en cierta medida su posición. Si hubiera retirado inmediatamente sus fuerzas a ese punto, los aliados le habrían seguido los talones; si las hubiera trasladado a cuarteles de descanso detrás del Rin, no podía dejar de ocurrir lo mismo un momento después; pues incluso con la más pusilánime cautela, se habría permitido el paso de enjambres de cosacos y otras tropas ligeras, y cuando se hubiera visto que esto tenía tanto éxito, habrían seguido con otros cuerpos. Por lo tanto, era necesario que los cuerpos franceses se esforzaran por defender el Rin en serio. Como era previsible que esta defensa no serviría de nada en cuanto los aliados emprendieran realmente la travesía, debía considerarse como una mera demostración, en la que los cuerpos franceses no corrían ningún peligro, ya que su punto de unificación se encontraba en el alto Mosela. Sólo Macdonald, que, como es bien sabido, se encontraba con 20.000 hombres en Nymwegen, cometió el error de esperar a ser realmente expulsado, lo que, al no ocurrir hasta mediados de enero, debido a la llegada más tardía del cuerpo de Wintzingerode, le impidió unirse a Bonaparte antes de la batalla de Brienne. Esta farsa de defensa del Rin fue suficiente para que los aliados detuvieran su avance y decidieran aplazar el cruce hasta la llegada de sus refuerzos, es decir, durante seis semanas. Estas seis semanas debieron de tener un valor infinito para Bonaparte. Sin la falsa defensa del Rin, la victoria de Leipzig habría conducido directamente a París, y una batalla a este lado de esta capital habría sido completamente imposible para los franceses.

Tal fingimiento también puede tener lugar en la defensa fluvial del segundo tipo, es decir, en ríos medianos, sólo que generalmente será mucho menos eficaz, porque aquí los meros intentos de transición son más fáciles, por lo que el hechizo se romperá pronto.

327

En el tercer tipo de defensa fluvial, la demostración sería probablemente aún más ineficaz y no iría más lejos que la de cualquier otra posición tomada provisionalmente.

Por último, los dos primeros tipos de defensa son muy adecuados para dar una resistencia mucho mayor y más segura a un puesto avanzado o a otra línea defensiva establecida con algún fin subordinado (cordón), o incluso a un cuerpo secundario establecido para mera observación, de la que tendría sin el río. En todos estos casos sólo podemos hablar de resistencia relativa, y ésta se ve naturalmente considerablemente incrementada por tal corte en el terreno. Aquí, sin embargo, no sólo hay que pensar en el tiempo comparativamente considerable que dura la resistencia en la batalla misma, sino en los muchos recelos que preceden a toda empresa contra ella, y a consecuencia de los cuales, en el caso de causas no urgentes, se omite noventa y nueve de cada cien veces.

6.19 CAPÍTULO DIECINUEVE: CONTINUACIÓN

Ahora tenemos algo que decir sobre la eficacia que tienen los ríos y arroyos en la defensa nacional, aunque ellos mismos no se defiendan.

Todo río importante, con su valle principal y sus valles afluentes, forma un obstáculo muy considerable en el terreno, y se convierte así generalmente en ventajoso para la defensa; su influencia peculiar, sin embargo, puede indicarse más de cerca en sus relaciones principales.

En primer lugar debemos distinguir si discurre paralelo a la frontera, es decir, al frente estratégico general, o en ángulo o perpendicular a ella. En el caso del curso paralelo debemos distinguir el caso en el que lo tiene nuestro propio ejército del que lo tiene detrás el ejército atacante, y en ambos casos de nuevo la distancia a la que se encuentra el ejército.

Un ejército defensivo que tiene un río importante cerca detrás de él, pero no bajo una marcha ordinaria, y que tiene un número suficiente de puntos de cruce seguros en este río, está indudablemente en una posición mucho más fuerte que la que tendría sin el río; porque si pierde algo de libertad en todos sus movimientos por la consideración de los puntos de cruce, gana mucho más por la seguridad de su retaguardia estratégica, es decir, principalmente de sus líneas de comunicación. Se entiende bien que pensemos aquí en la defensa en nuestro propio país, pues en el del enemigo, aunque el ejército enemigo estuviera delante de nosotros, siempre tendríamos que temer más o menos al enemigo que está detrás de nosotros al otro lado del río, y entonces el río tendría más un efecto desventajoso que ventajoso sobre nuestra posición por la presión de las carreteras que provoca. Cuanto más lejos esté el río detrás del ejército, menos útil le será, y a ciertas distancias su influencia será prácticamente nula.

Si el ejército atacante tiene que llevar un río detrás en su avance, sólo podrá tener un efecto perjudicial en sus movimientos, ya que restringe sus líneas de comunicación a puntos de cruce individuales. El príncipe Heinrich en 1760, cuando se enfrentó a los rusos cerca de Breslau en la orilla derecha del Oder, evidentemente tenía una base de apoyo a través del Oder que fluía detrás de él en una marcha; por otra parte, los rusos bajo Chernichev, que más tarde cruzaron el Oder, estaban en una posición muy incómoda, precisamente por el peligro de perder su retirada en el único puente.

328

Sin embargo, si un río atraviesa más o menos perpendicularmente el teatro de la guerra, la ventaja vuelve a estar del lado del defensor, ya que, en primer lugar, suele haber una serie de buenos despliegues apoyándose en el río y utilizando los valles transversales entrantes como refuerzos frontales (como hizo el Elba para los prusianos en la Guerra de los Siete Años); en segundo lugar, el atacante tendrá que dejar uno de los dos lados intacto o dividirse; y en esta división no puede faltar que el defensor vuelva a tener ventaja, porque poseerá cruces más seguros que el atacante. Basta echar un vistazo general a la Guerra de los Siete Años para convencerse de que el Oder y el Elba fueron muy útiles a Federico el Grande en la defensa de su Kricgstheatre, es decir, Silesia, Sajonia y el Marco, y en consecuencia muy obstructivos para los austriacos y los rusos en la conquista de estas provincias, aunque una defensa real de estos ríos ni siquiera se produce en toda la Guerra de los Siete Años y su curso es en la mayoría de las relaciones con el enemigo más oblicuo o perpendicular al frente que paralelo a él.

Sólo la relación que el río puede tener como vía de transporte en el caso de su curso más o menos perpendicular es generalmente ventajosa para el atacante, por la razón de que este último tiene la línea de comunicación más larga y por lo tanto la mayor dificultad para transportar todas las necesidades, un alivio sustancial, por lo tanto, como el flete de agua, debe ser principalmente a su favor. También aquí el defensor tendrá la ventaja de poder bloquear el río desde el punto de la frontera por medio de lugares fijos; pero esto no anula las

ventajas que el río ofrece al atacante por su curso anterior. Sin embargo, si se tiene en cuenta que muchos ríos aún no son navegables, incluso cuando tienen una anchura que no es despreciable para otras relaciones militares, que otros no son navegables en todas las épocas del año, que la navegación río arriba es muy lenta y a menudo difícil, que los numerosos serpenteos de algunos ríos más que duplican la distancia, que las principales vías de comunicación entre dos países son ahora en su mayoría carreteras, en fin, que la masa principal de las necesidades se cría ahora, más que de costumbre, en las provincias más cercanas y no se trae tan mercantilmente de lejos, se ve que el transporte por agua no desempeña un papel tan grande en el mantenimiento de los ejércitos como se suele imaginar en los libros, y que esta influencia en el curso de los acontecimientos es, por tanto, muy lejana e incierta.

6.20 CAPÍTULO VEINTE: A. DEFENSA DE LAS CIÉNAGAS

Los grandes y extensos pantanos, como el de Bourtanger, en el norte de Alemania, son tan raros que no merece la pena detenerse en ellos; pero no hay que olvidar que ciertas extensiones de tierras bajas y las riberas pantanosas de pequeños ríos son más frecuentes, y entonces forman extensiones muy considerables en los alrededores que pueden servir para la defensa, y que se ven con frecuencia utilizadas con ese fin.

329

Las medidas para su defensa son las mismas que para los ríos, pero hay que señalar algunas peculiaridades. La primera y más importante es que un pantano, que aparte de las presas es bastante infranqueable para los soldados de a pie, tiene muchas más dificultades para cruzarlo que cualquier río; porque en primer lugar una presa no se construye tan rápidamente como un puente, y en segundo lugar no hay medios temporales de cruce por los que las tropas que cubren la construcción puedan ser llevadas al otro lado. Nadie empezará a construir un puente sin necesitar una parte de los barcos para cruzar la vanguardia: pero en el caso del pantano no existe la ayuda correspondiente; el medio más fácil para que unos simples hombres de a pie puedan pasar por encima de un pantano serían simples tablones, pero si el pantano es de cierta anchura, este trabajo demora desproporcionadamente más que el cruce de los primeros barcos. Si en medio del pantano hay un río que no se puede cruzar sin un puente, la tarea de hacer pasar a las primeras tropas se hace aún más difícil, ya que sobre simples tablones es posible cruzar hombres solos, pero no transportar cargas pesadas como las necesarias para la construcción del puente. Esta dificultad puede llegar a ser insuperable en algunas circunstancias.

Una segunda peculiaridad del pantano es que no se pueden abandonar completamente sus pasos como los de los ríos; los puentes se pueden demoler o destruir de tal manera que no se puedan utilizar en absoluto; las presas, sin embargo, a lo sumo se pueden perforar, lo que no es decir mucho. Si un río pequeño fluye por el centro, su puente puede ser eliminado, pero con ello no se anula todo el paso en la misma medida que en el caso de un río considerable por la destrucción de su puente. La consecuencia natural de esto es que las presas existentes deben estar siempre muy ocupadas y seriamente defendidas si se quiere obtener alguna ventaja de la morrena.

Así, por un lado uno se ve obligado a defenderse localmente, por el otro dicha defensa se ve facilitada por la dificultad de cruzar a otro lugar, y son pues estas dos peculiaridades las que hacen que la defensa de los pantanos sea más local y pasiva que la de los ríos.

Una consecuencia de ello es que hay que ser relativamente más fuerte que en el caso de la defensa de corriente directa o, dicho de otro modo, no se puede formar una línea de defensa tan larga, especialmente en la Europa cultivada, donde el número de cruces tiende a ser todavía muy grande incluso en las circunstancias más favorables.

En este sentido, pues, son inferiores a los grandes ríos, y esta consideración es muy importante, ya que toda defensa local tiene algo de altamente capcioso y peligroso. Pero si se tiene en cuenta que tales marismas y tierras bajas son de una anchura que no puede compararse con la de los mayores ríos europeos, que, por consiguiente, un puesto establecido para defender un cruce nunca corre el peligro de verse desbordado por el fuego de la otra orilla, que el efecto de su propio fuego se ve infinitamente aumentado por una presa muy estrecha y muy larga, y que, en general, el fuego de la otra orilla del río es de una intensidad mucho mayor que el del otro lado, Por consiguiente, si un centinela destinado a defender un cruce no corre nunca el peligro de verse abrumado por el fuego de la otra orilla, si el efecto de su propio fuego se ve infinitamente aumentado por un dique muy estrecho y muy largo, y si,

en general, el paso por una calle tan estrecha de un cuarto o media milla de longitud disuade mucho más que el paso por un puente, hay que admitir que tales bajos y marismas, si sus cruces no son demasiado numerosos, se cuentan entre las líneas de defensa más fuertes que puede haber.

330

La defensa indirecta, como hemos visto en el caso de ríos y arroyos, aprovechando la incisión del terreno para iniciar con ventaja una batalla principal, sigue siendo igualmente aplicable a las ciénagas.

El tercer método de defensa fluvial mediante una posición en el lado enemigo sería, sin embargo, demasiado atrevido debido a la larga travesía.

Sin embargo, es extremadamente peligroso empeñarse en la defensa de tales marismas, praderas, fracturas, etc., que, aparte de las presas, no son absolutamente infranqueables. Un solo punto de paso descubierto por el enemigo basta entonces para volar la línea de defensa, lo que en caso de resistencia sería va siempre asociado a grandes pérdidas.

B. Inundaciones

Ahora tenemos que considerar las inundaciones. Como medio de defensa y fenómeno natural, son indiscutiblemente lo más parecido a las grandes marismas.

Es cierto que ocurren raramente; tal vez Holanda sea el único país de Europa en el que constituyen un fenómeno digno de nuestra consideración; pero es precisamente este país el que nos obliga a dedicarle algunas observaciones por las extrañas campañas de 1672 y 1787 y por su situación, significativa para Alemania y Francia.

El carácter de estas inundaciones holandesas difiere del de una tierra baja pantanosa e inaccesible ordinaria en lo siguiente:

1. la tierra en sí es seca y consiste en prados secos o también en campos de cultivo;
2. una serie de pequeñas acequias de riego y drenaje de mayor o menor profundidad y anchura cortadas a través de ella de tal manera que se encuentran en direcciones paralelas línea por línea;
3. los grandes canales destinados a la irrigación, el drenaje y la navegación, rodeados de diques, atraviesan el país en todas las direcciones posibles y son de tal naturaleza que no pueden atravesarse sin puentes;
4. la superficie del suelo de toda la zona inundada está notablemente por debajo del nivel del mar y, en consecuencia, también por debajo del nivel de los canales; 5. de ello se deduce que, mediante el corte de las presas, el bloqueo y la elevación de las compuertas, se consigue sumergir el propio terreno, de modo que sólo los caminos situados sobre las presas más altas permanecen secos, los demás quedan completamente sumergidos o, al menos, reblandecidos por el agua hasta el punto de que ya no se pueden utilizar. Incluso si la inundación es de sólo 3 o 4 pies de altura, de modo que uno podría a lo sumo vadear a través de ella por una corta distancia, esto es impedido por las pequeñas zanjias mencionadas en 2, que no son visibles. Sólo cuando las zanjias tienen una dirección correspondiente, de modo que se puede pasar entre dos sin cruzar una u otra, la inundación deja de ser un obstáculo absoluto para el acceso. Es comprensible que esto sólo ocurra en distancias muy cortas, por lo que sólo puede utilizarse para necesidades tácticas muy concretas.

331

La consecuencia de todo esto es:

1. que el atacante se limita a un número más o menos reducido de entradas, que se encuentran en terraplenes más bien estrechos y que suelen tener todavía un foso a la

derecha y a la izquierda, formando así una temible estrechez de calle infinitamente larga:

2. que cualquier establecimiento defensivo en un dique de este tipo puede ser reforzado con extraordinaria facilidad hasta el punto de resultar infranqueable;
3. sino que el defensor, precisamente por estar tan limitado, incluso en lo que se refiere al punto individual, se detiene en la defensa más pasiva y, en consecuencia, debe esperar toda su salvación de la resistencia pasiva;
4. que no se trata de una única línea de defensa que cierra el país como una simple barrera, sino que, como en todas partes se tiene el mismo obstáculo de acceso para proteger los flancos, también se pueden crear incesantemente nuevos puestos y sustituir así una pieza perdida de la primera línea de defensa por otra nueva. Se podría decir que el número de combinaciones es aquí inagotable, como en el tablero de ajedrez.
5. Pero como toda esta condición de un país sólo es concebible bajo la condición de una cultura y una población muy grandes, se deduce por sí misma que el número de pasos, y en consecuencia el número de puestos que los cierran, será muy grande en proporción a otras formaciones estratégicas; de lo que se deduce de nuevo que tal línea de defensa no debe ser larga.

La principal línea holandesa va desde Naarden en el Zuidersee, mayormente detrás del Vecht, hasta Gorkum en el Waal, es decir, en realidad hasta el Biesbosch y tiene una extensión de unas 8 millas. Una fuerza de 25 a 30000 hombres se ha utilizado para defender esta línea en 1672 y 1787. Si se pudiera contar con certeza con una resistencia insuperable, el resultado sería, sin embargo, muy grande, al menos para la provincia de Holanda detrás de ella. En 1672, la línea resistió realmente a una fuerza considerablemente superior bajo grandes comandantes, a saber, Condé primero y después Luxemburgo, que podrían haber dirigido de 40 a 50.000 contra ella y que, sin embargo, no quisieron emprender nada por la fuerza, sino esperar al invierno, que, sin embargo, no fue lo suficientemente severo. En 1787, por el contrario, la resistencia en esta primera línea fue completamente nula, e incluso la de una línea mucho más corta entre el Zuidersee y el mar de Haarlem, aunque algo más grave, fue vencida en un solo día por el mero efecto de una disposición táctica muy artificial del duque de Brunswick, calculada precisamente para el lugar, aunque la fuerza prusiana que avanzó realmente contra estas líneas era poco o nada superior a la de los defensores.

332

La diferencia de éxito en las dos defensas residía en la diferencia del mando supremo. En 1672, los holandeses fueron invadidos por Luis XIV en sus establecimientos en tiempos de paz, en los que, por lo que respecta al poder terrestre, no se conocía un espíritu muy belicoso. En consecuencia, la mayor parte de las fortalezas estaban mal provistas de todo el equipo, tripuladas por débiles cuadrillas de tropas contratadas, defendidas bien por extranjeros infieles, bien por nativos incompetentes como comandantes. De ahí que las fortalezas de Brandemburgo ocupadas por los holandeses a orillas del Rin, así como todas las plazas propias al este de la citada línea defensiva, con excepción de Groninga, cayeran en manos de los franceses muy pronto y en su mayor parte sin defensa real. Y en la conquista de este gran número de fortalezas consistió entonces la principal actividad del ejército francés de 150.000 hombres.

Pero cuando, por el asesinato de los hermanos De Witt en agosto de 1672, el Príncipe de Orange se puso a la cabeza de la fuerza y aportó unidad a las medidas defensivas, aún hubo tiempo de cerrar la citada línea de defensa, y todas las medidas se entrelazaron tan bien que ni Condé ni Luxemburgo, que tras la partida de los dos ejércitos bajo Turenne y bajo Luis XIV dirigían el que había quedado en Holanda, se atrevieron a hacer nada contra los puestos individuales.

En 1787, las circunstancias eran muy diferentes. No era la república de las siete provincias unidas, sino en realidad sólo la provincia de Holanda, la que constituía el enemigo real del atacante y debía oponer la principal resistencia. No se trataba de conquistar todas las fortalezas, que era la tarea principal en 1672; la defensa se limitaba inmediatamente a la línea mencionada. El atacante, sin embargo, no tenía 150 sino sólo 25.000 hombres y no era un poderoso rey de un gran imperio vecino, sino sólo el segundo comandante de un príncipe muy lejano que estaba atado en muchos aspectos. El pueblo estaba dividido en dos partidos en todas partes, incluso en Holanda, pero el partido republicano predominaba decididamente en Holanda y estaba en una tensión verdaderamente entusiasta. En estas circunstancias, sin embargo, la resistencia de 1787 debería haber dado por lo menos tan buen resultado como la de 1672. Pero había una diferencia importante en perjuicio de 1787: faltaba la unidad de mando. Lo que en 1672 se había confiado a la dirección sabia, inteligente y fuerte de Guillermo de Orange, en 1787 se confió a una llamada Comisión Defens, que, aunque constaba de cuatro hombres fuertes, no fue capaz de aportar tal unidad de medida al conjunto de la obra y tal confianza en los hombres individuales que el conjunto del instrumento no se hubiera mostrado imperfecto e inepto en su uso.

Nos hemos detenido aquí un momento para dar un poco más de definición a la idea de esta regla de defensa, y al mismo tiempo para mostrar cuán diferentes son los efectos, según haya más o menos unidad y consecuencia en la gestión del conjunto.

Aunque el establecimiento y el modo de resistencia de tal línea de defensa es un tema de táctica, no podemos abstenernos de hacer una observación con respecto a esta última, ya más cercana a la estrategia, que nos ha proporcionado la campaña de 1787. Porque creemos que, por muy pasiva que sea la defensa de los puestos individuales en la naturaleza de las cosas, un contraataque ofensivo desde cualquier punto de toda la línea no será imposible y no carecerá de buen éxito si el enemigo, como fue el caso en 1787, no es marcadamente superior. Pues aunque tal ataque sólo pueda tener lugar en terraplenes, y puesto que, sin embargo, no tendrá gran libertad de movimientos ni un empuje especial, el atacante no podrá ocupar todos los terraplenes y caminos por los que no avance él mismo, y aún deberá haber medios para que el defensor, que conoce el país y está en posesión de los puntos fijos, pueda llevar a cabo un verdadero ataque lateral de esta manera contra las columnas atacantes que avanzan o cortar su conexión con sus suministros. Pero cuando consideramos en qué posición infinitamente forzada se encuentra el propio hombre que avanza, y que depende más de sus conexiones que en todos los demás casos, comprenderemos bien que todo fracaso por parte del defensor, que sólo tiene para sí una remota posibilidad de éxito, debe ser de gran eficacia incluso como demostración. Dudamos mucho que el cauteloso y receloso duque de Brunswick, si los holandeses hubieran hecho una sola demostración de este tipo, por ejemplo desde Utrecht, se hubiera atrevido a acercarse a Amsterdam.

6.21 CAPÍTULO XXI: DEFENSA DE LOS BOSQUES

Sobre todo, hay que distinguir los bosques densos, intransitables y salvajemente cubiertos de maleza de los bosques cultivados y extendidos, algunos de los cuales son completamente claros y otros están surcados por una miríada de senderos.

Este último, en cuanto se habla de una línea defensiva, debe ser tomado por la retaguardia o evitado al máximo. El defensor, más que el atacante, tiene la necesidad de ver libremente a su alrededor, en parte porque por regla general es el más débil, en parte porque las ventajas naturales de su posición le inducen a desarrollar su plan más tarde que el atacante. Si quisiera tomar una zona boscosa frente a él, él, un ciego, lucharía con un vidente. Si se colocara en medio del bosque, ambos serían ciegos, por supuesto, pero esta igualdad va precisamente en contra de su necesidad natural.

Una región boscosa de este tipo, por lo tanto, no puede ponerse en relación ventajosa con las batallas del defensor, excepto si la toma en su retaguardia, y de este modo oculta al enemigo todo lo que ocurre detrás de él, y la utiliza para cubrirse y facilitar su retirada.

Aquí, sin embargo, estamos hablando sólo de bosques en zonas llanas, ya que donde entra el carácter decisivo de la montaña, su influencia en las medidas tácticas y estratégicas también se vuelve predominante, y ya hemos hablado de ello en otro lugar.

Los bosques infranqueables, sin embargo, es decir, aquellos que sólo pueden ser atravesados por ciertos caminos, ofrecen a una defensa indirecta ventajas similares a las que saca de las montañas para el inicio favorable de una batalla; el ejército puede esperar al enemigo detrás del bosque en una posición más o menos unida, para atacarle en el momento en que salga de las estrecheces del camino. Un bosque así se parece más a una cordillera que a un arroyo, pues tiene un paso muy largo y difícil, pero es más ventajoso que peligroso para la retirada.

334

Pero una defensa directa de los bosques, por intransitables que sean, es un trabajo atrevido incluso para la cadena más ligera de puestos avanzados; porque los atrincheramientos son sólo barreras imaginarias, y ningún bosque es tan intransitable que no se pueda atravesar en cien lugares con pequeños destacamentos, y éstos se asemejan en una cadena de defensa a las primeras gotas de agua que se hinchan a través de un dique, y que pronto son seguidas por una ruptura general.

La influencia de los grandes bosques de todo tipo en el armamento del pueblo es infinitamente más importante; son indiscutiblemente el elemento adecuado para ello; si, por lo tanto, el plan estratégico de defensa puede organizarse de tal manera que las líneas de comunicación del enemigo pasen por grandes bosques, se aplica así una poderosa palanca en la labor de defensa.

6.22 VIGÉSIMO SEGUNDO CAPÍTULO: EL CORDÓN

Se da el nombre de cordón a todo establecimiento defensivo que, por medio de una serie de puestos contiguos, trata de proteger directamente una extensión entera de país. Decimos directamente, porque varios cuerpos de un gran ejército, colocados uno al lado del otro, podrían proteger una extensión considerable de país de la invasión enemiga sin formar un cordón; pero entonces esta protección no tendría lugar directamente, sino por el efecto de combinaciones y movimientos.

Es obvio que una línea de defensa tan larga como la que ha de cubrir directamente una zona importante de terreno sólo puede tener un grado de resistencia muy bajo. Así ocurriría incluso con las mayores masas de tropas si masas similares de tropas actuaran contra ella. El objetivo de un cordón, por lo tanto, sólo puede ser proteger contra un empuje débil, tanto si la fuerza de voluntad es débil como si la fuerza con la que se puede realizar el empuje es pequeña.

La muralla china se construyó en este sentido, como protección contra las incursiones tártaras. Este es el sentido de todas las líneas y defensas fronterizas de los estados europeos en contacto con Asia y Turquía. En esta aplicación, un cordón no es ni absurdo ni inoportuno. Es cierto que no podrá impedir todas las incursiones, pero las dificultará y, en consecuencia, las hará menos frecuentes, y en circunstancias como las que se dan con los pueblos asiáticos, donde el estado de guerra casi nunca cesa, esto es muy importante.

Lo más parecido a este significado de cordón son las líneas que han surgido en las nuevas guerras entre estados europeos, como las líneas francesas en el Rin y en los Países Bajos. Básicamente, sólo se construyen para proteger al país contra este tipo de ataques, cuyo único objetivo es recaudar contribuciones y vivir a costa del enemigo. Por lo tanto, sólo deben mantener empresas subsidiarias y, en consecuencia, sólo con un poder subordinado. Pero, por supuesto, en los casos en que la fuerza principal del enemigo tome la dirección contra esta línea, el defensor, también, se verá obligado a ocuparla con su fuerza principal, de la que, entonces, no surgen los mejores establecimientos defensivos. En razón de esta desventaja, y porque la protección contra las escaramuzas en una guerra temporal es un fin de importancia muy secundaria, para el cual puede forzarse fácilmente un gasto demasiado grande de fuerzas por la existencia de tales líneas, se las ha considerado en nuestros días como una medida perniciosa. Cuanto más fuerte es la fuerza con que se desencadena la guerra, más inútil y peligroso es este medio.

335

Por último, todas las líneas avanzadas muy extensas, que cubren los cuarteles de un ejército y están destinadas a ofrecer cierta resistencia, deben considerarse verdaderos cordones.

Esta resistencia está destinada principalmente contra las patrullas y otras pequeñas empresas dirigidas contra la seguridad de los cuarteles individuales, y para este fin puede ganar suficiente fuerza si la zona ofrece la mano. Contra el avance de la fuerza principal del enemigo sólo puede ser una resistencia relativa, es decir, calculada para ganar tiempo; pero incluso esta ganancia de tiempo no será muy considerable en la mayoría de los casos y, por tanto, puede considerarse inferior al objetivo del cordón avanzado. La reunión y el avance del propio ejército enemigo nunca pueden tener lugar tan desapercibidos que el defensor sólo se entere de ellos a través de sus puestos avanzados, y en tal caso lo lamentaría mucho.

Así que también en este caso el cordón sólo está pensado contra el ataque de una fuerza débil, y en este sentido, como en los otros dos casos, no tiene nada de contradictorio.

Pero el hecho de que la fuerza principal destinada a la defensa de un país contra la fuerza principal enemiga se disuelva en una larga línea de puestos defensivos, es decir, en un cordón, parece tan absurdo que hay que buscar las circunstancias más cercanas que acompañan y motivan este hecho.

Toda posición en las montañas, incluso si se toma con la intención de una batalla con una fuerza completamente unida, puede y debe ser necesariamente más extensa que en las llanuras. Puede serlo, porque el apoyo del terreno aumenta mucho su resistencia; debe serlo, porque se necesita una base de retirada más amplia, como ya hemos demostrado en el capítulo sobre la defensa de la montaña. Sin embargo, si la perspectiva de la batalla no es cercana, si es probable que el enemigo permanezca frente a nosotros durante un tiempo considerable sin emprender nada más que aquello para lo que se presenta una oportunidad ventajosa en el momento, estado de cosas que ha sido el habitual en la mayoría de las guerras, es también natural no limitarse a las posesiones más necesarias en lo que respecta a la región, sino permanecer dueño de tanto terreno a la derecha y a la izquierda como nos permita la seguridad de nuestro ejército, de lo que, como indicaremos con más detalle, se derivan muchas ventajas para nosotros. En una región abierta y accesible esto puede lograrse por el principio del movimiento *en* mayor grado que en las montañas, por lo que la extensión y fragmentación de la fuerza allí es menos necesaria para este fin; pero sic también sería mucho más peligrosa, porque cada parte tiene menos resistencia.

En las montañas, sin embargo, donde toda la posesión del área depende más de su defensa local, donde uno no puede alcanzar un punto amenazado tan rápidamente, y donde, si el enemigo lo ha alcanzado antes, uno no puede alejarlo tan fácilmente de nuevo por alguna superioridad, - en las montañas, bajo tales circunstancias, uno siempre llegará a tal formación, que, incluso si no se convierte en un cordón real, sin embargo se acerca a él como una serie de puestos defensivos. De tal formación, dividida en varios puestos, a un cordón es, por supuesto, todavía un gran paso, pero los comandantes, sin embargo, a menudo lo dan sin saberlo ellos mismos, porque son arrastrados de un paso a otro. Al principio, el propósito de la división es cubrir y poseer el país; más tarde se convierte en la seguridad de la propia fuerza. Cada comandante de un puesto calcula la ventaja que le reportaría la ocupación de tal o cual punto de acceso situado a la derecha o a la izquierda de su puesto, y así el conjunto pasa imperceptiblemente de una etapa de división a otra.

336

Una guerra de cordón con la fuerza principal, por lo tanto, cuando se presenta, no debe ser considerada como una forma deliberadamente elegida para detener cada empuje de las fuerzas del enemigo, sino como una situación en la que se ha llegado por la persecución de un objetivo completamente diferente, a saber, por la afirmación y cobertura del país contra un enemigo que no pretende ninguna empresa principal. Tal situación sigue siendo siempre un error, y las razones que han ido apartando poco a poco un pequeño puesto tras otro del comandante deben calificarse de insignificantes en relación con el propósito de una fuerza principal; sólo este punto de vista muestra al menos la posibilidad de tal aberración. Que se trate de tal aberración, es decir, de una apreciación errónea del enemigo y de la propia situación, se *pasa por alto* y sólo se habla del *sistema* defectuoso. Pero este sistema se acepta tácitamente allí donde se ha seguido con ventaja o al menos sin daño. Todo el mundo alaba las *impecables* campañas del príncipe Enrique en la Guerra de los Siete Años porque el rey las llamó así, aunque estas campañas contienen los ejemplos más fuertes e incomprensibles de un posposicionamiento tan extenso que merecen el nombre de cordón tanto como cualquier otro. Estas posiciones pueden justificarse plenamente diciendo que el Príncipe conocía a sus enemigos, sabía que no tenía que temer ninguna empresa decisiva, y como, además, el objeto de su formación era mantener siempre una extensión de país tan grande como fuera posible, llegó tan lejos como las circunstancias se lo permitieron. Si alguna vez el príncipe se hubiera encontrado con un accidente en semejante tela de araña, y hubiera sufrido

una pérdida considerable, habría que decir, no que el príncipe había seguido un sistema de guerra defectuoso, sino que se había equivocado en su medida, y lo había aplicado a un caso inadecuado.

Si nos esforzamos de este modo en hacer comprensible cómo puede surgir en la fuerza principal del teatro de la guerra el llamado sistema de cordones, y cómo puede ser razonable y útil, no pareciendo entonces más que un absurdo, sólo queremos confesar al mismo tiempo que realmente parece haber habido casos en los que los generales o su estado mayor han pasado por alto el significado real de un sistema de cordones, han tomado su valor relativo por general, y lo han creído realmente adecuado para cubrirse contra cualquier ataque enemigo; donde, por tanto, no ha habido confusión de la medida, sino una completa incompreensión de la misma. Confesemos que este verdadero absurdo parece haber existido entre otros en la defensa de los Vosgos por los ejércitos prusiano y austriaco en 1793 y 1794.

6.23 VIGÉSIMO TERCER CAPÍTULO: LAS LLAVES DE LA TIERRA

No hay concepción teórica en el arte de la guerra que haya desempeñado un papel tan importante en la crítica como la que nos ocupa. Es el caballo de batalla de todas las descripciones de batallas y campañas, el punto de vista más frecuente de toda la retórica y uno de esos fragmentos de forma científica con los que la crítica sabe mucho. Y, sin embargo, el concepto asociado a él no es fijo ni se expresa nunca con claridad.

Intentemos desarrollarla con claridad y veamos qué valor conserva para la acción práctica.

Le damos este lugar porque debe haber sido precedida por las defensas montañosas y fluviales y las nociones de posiciones fijas y atrincheradas que sigue en primer lugar.

El concepto vago y confuso que se esconde tras esta antigua metáfora militar ha significado a veces la zona en la que un país es más abierto, a veces aquella en la que es más fuerte.

Si hay una región *sin cuya posesión uno no puede atreverse a invadir el país del enemigo, entonces* se llamará con razón la llave de la tierra. Pero esta idea simple, aunque ciertamente poco fructífera, no fue suficiente para los teóricos; la multiplicaron y pensaron en la llave de la tierra como *puntos que determinan la posesión del conjunto*.

Si los rusos querían penetrar en la península de Crimea, tenían que hacerse dueños de Perekop y sus líneas, no sólo para ganar la entrada en primer lugar, ya que Lacy las eludió dos veces en 1737 y 1738, sino para poder establecerse en Crimea con una seguridad razonable. Eso es muy sencillo, pero desde luego no se gana mucho con el concepto de punto clave. Pero si se pudiera decir: quien posee la región de Langres posee o controla toda Francia hasta París, es decir, que sólo depende de él tomar posesión de ella, entonces se trataría evidentemente de algo muy diferente, de algo de mucha mayor importancia. Según el primer tipo de concepción, la posesión del país no puede pensarse sin la posesión del punto que llamamos la llave, esto es comprensible con el mero sentido común; pero según el segundo tipo de concepción, la posesión del punto que se quiere llamar la llave no puede pensarse sin la posesión del país que le sigue, esto es evidentemente algo maravilloso; el sentido común ya no es suficiente para esto, es necesaria la magia de la ciencia secreta. Y esta Cábala surgió realmente en los libros hace unos 50 años, alcanzó su culminación a finales del siglo pasado, y a pesar de la fuerza abrumadora, la certeza y la claridad con que la historia de la guerra bajo el liderazgo de Bonaparte barrió las convicciones, - decimos, que la Cábala, sin embargo, ha logrado seguir hilando su tenaz vida judía en los libros por un delgado hilo.

Que, si queremos salir de *nuestro* concepto de punto clave, hay también puntos de importancia *predominante* en todo país, en los que se unen muchos caminos, en los que uno puede unir convenientemente sus medios de subsistencia, de los que uno puede desviarse convenientemente hacia aquí o hacia allá, en suma, mediante cuya posesión uno satisface muchas necesidades, obtiene muchas ventajas, es evidente por sí mismo. Si los comandantes quisieran describir la importancia de tal punto en una sola palabra y por ello lo llamaran la clave del país, sería pedantería ofenderse por ello; más bien, la expresión tiene entonces mucho de significativo y agradable. Pero si se quiere hacer de esta flor de mero estilo un núcleo a partir del cual se desarrolle como un árbol todo un sistema con múltiples ramas, entonces se desafía al sentido común para rastrear la expresión hasta su verdadero valor.

El significado práctico, aunque ciertamente muy vago, que el concepto de llave del país tiene en las narraciones de los comandantes cuando hablan de sus empresas bélicas, debía cambiarse por un significado más definido, es decir, más unilateral, si se quería desarrollar un sistema a partir de él. De todas las relaciones, se eligió la de la región alta.

Cuando un camino atraviesa la cresta de una montaña, uno da gracias al cielo cuando ha llegado al punto más alto y ya es hora de descender. Esto ya ocurre con el viajero individual, y aún más con un ejército. Todas las dificultades parecen superadas, y la mayoría lo están realmente; el descenso es fácil, uno siente su superioridad sobre cualquiera que nos la niegue, uno domina todo el país que tiene ante sí y lo domina con los ojos por adelantado. Así, el punto más alto que una carretera alcanza al atravesar una cadena montañosa se ha considerado siempre como el decisivo; realmente lo es en la mayoría de los casos, pero no lo es ni mucho menos en todos. Tales puntos, por lo tanto, han sido muy frecuentemente llamados por los generales en sus narraciones históricas con el nombre de puntos clave, es cierto que de nuevo en un sentido algo diferente y por lo general en una relación limitada. La falsa teoría, de la que quizás deba considerarse a Lloyd como el fundador, prefirió retomar esta idea y, por tanto, consideró esos puntos elevados desde los que descienden varias carreteras hacia el país en el que se va a entrar como los puntos clave de este país, como puntos que *dominan* el país. Era natural que esta concepción se fusionara con otra estrechamente relacionada con ella, a saber, la de una *defensa sistemática de la montaña*, y que con ello el asunto se adentrara aún más en lo ilusorio; pues ahora entraban en juego una serie de elementos tácticos, que son importantes en la defensa de la montaña, por lo que pronto se abandonó el concepto del punto más alto de *la carretera* y se consideró que el punto más alto de todo el sistema montañoso, es decir, el *punto divisorio de aguas*, era la clave del país.

Como en aquella época, a saber, en la última mitad del siglo pasado, se difundían ideas más definidas sobre la formación de la superficie terrestre por el proceso de lavado, la ciencia natural ofreció su mano a la historia de la guerra en este sistema geológico, y ahora todo dique de verdad práctica se rompió, y toda retórica nadó en el sistema ilusorio de una analogía geológica. De ahí que, a finales del siglo XVIII, no se oyera, o más bien no se leyera, otra cosa que el nacimiento del Rin y del Danubio. Es cierto que este disparate sólo ha prevalecido en su mayor parte en los libros, del mismo modo que sólo una pequeña parte de la sabiduría de los libros pasa alguna vez al mundo real, y tanto menos cuanto más insensata es la teoría; pero aquella de la que hablamos no ha permanecido sin influencia en la acción, en detrimento de Alemania, por lo que no estamos luchando contra molinos de viento, y para demostrarlo recordaremos dos incidentes: primero, las importantes pero muy doctas campañas del ejército prusiano en 1793 y 1794 en los Vosgos, a las que los libros de Grawert y Massenbach dan la clave teórica; segundo, la campaña de 1814, donde un ejército de 200.000 hombres se dejó llevar por la cuerda de tonto de esta teoría a través de Suiza hasta Langres.

339

Un punto alto en una región, del que fluyen todas las aguas, no suele ser más que un punto alto, y todo lo que se ha escrito sobre su influencia en los acontecimientos bélicos en exageración y aplicación errónea de ideas que eran ciertas en sí mismas a finales del siglo XVIII y principios del XIX es completamente fantástico. Si el Rin y el Danubio y los seis ríos de Alemania quisieran honrar a una montaña con su origen común, no le correspondería mayor distinción militar que erigir en ella una señal trigonométrica. Sería menos adecuada para un faro, menos aún para una vedette y en absoluto para un ejército.

Buscar la posición clave del país en la llamada *región clave*, es decir, donde los diversos brazos montañosos emanan de un punto común y donde se encuentran los manantiales más altos, es una mera idea de libro, a la que ya se opone la propia naturaleza, que no hace accesibles desde arriba las crestas y los valles del mismo modo que la anterior teoría llamada del terreno, sino que dispersa crestas e incisiones a su antojo, y que no pocas veces rodea el nivel más bajo del agua con las masas más altas. Si se examina la historia de la guerra, se verá cuán poca influencia regular tienen los puntos geológicos extremos de una región en el uso bélico que se hace de ella, y cuánto predominan otras localidades y otras necesidades, de modo

que las líneas de posición discurren a menudo enteramente a lo largo de ese punto y, sin embargo, no son atraídas por él.

Dejamos esta falsa idea, en la que sólo nos hemos detenido tanto tiempo porque todo un noble sistema se ha apegado a ella, y volvemos a nuestro punto de vista.

Por eso decimos: si la expresión posición clave en estrategia debe corresponder a un concepto independiente, sólo puede ser el de una región sin cuya posesión uno no se atreve a entrar en un país. Si, por el contrario, se quiere utilizar para designar toda entrada conveniente a un país o todo punto central conveniente en él, entonces la denominación pierde su concepto peculiar, es decir, su valor, y designa algo que debe encontrarse más o menos en todas partes: se convierte entonces en una mera figura retórica agradable.

Las posiciones que tenemos en mente, sin embargo, son bastante raras de encontrar. En la mayoría de los casos, la mejor llave del país se encuentra en el ejército enemigo, y para que el concepto de región prevalezca sobre el concepto de fuerza armada, deben darse unas condiciones especialmente favorables, que, en nuestra opinión, pueden reconocerse en dos efectos principales: en primer lugar, que la fuerza armada establecida en ella sea capaz de una fuerte resistencia táctica mediante el apoyo del terreno; en segundo lugar, que la posición amenace efectivamente la línea de comunicación del enemigo antes que la suya propia.

6.24 CAPÍTULO VEINTICUATRO: EFECTO DE FLANCO

No hace falta aclarar que estamos hablando del flanco estratégico, es decir, del flanco del teatro de la guerra, y que el ataque del flanco en batalla, es decir, el efecto del flanco táctico, no está en absoluto relacionado con él, e incluso en aquellos casos en los que el efecto del flanco estratégico en su terminación final coincidiría con uno táctico, puede separarse de él con bastante facilidad, porque el uno nunca se deriva necesariamente del otro.

stos efectos de flanqueo y las posiciones de flanqueo que les pertenecen pertenecen también a los caballos de desfile de la teoría, que sólo se ven raramente en la guerra. No es que el remedio en sí sea ineficaz o ilusorio, sino porque ambos bandos suelen tratar de protegerse contra sus efectos, y son raros los casos en que esto no es imposible. En estos raros casos, pues, este medio ha mostrado a menudo una gran eficacia, y por ello, así como precisamente por esa constante *consideración* que suscita en la guerra, es importante dar una idea clara de él en teoría. Aunque el efecto estratégico de flanqueo es, por supuesto, concebible no sólo en defensa sino también en ataque, es, sin embargo, mucho más análogo al primero y, por lo tanto, encuentra su lugar entre los medios de defensa.

uando entremos en materia, debemos establecer el simple principio y luego, al considerarlo, no perder nunca de vista el hecho de que las fuerzas que se supone que actúan en la retaguardia y en el flanco del enemigo no pueden actuar contra él en el frente; que, por tanto, es una concepción totalmente errónea si, tanto en táctica como en estrategia, se considera que la *retaguardia* es algo en sí misma. En sí misma no es nada, pero sólo se convierte en algo en relación con otras cosas, y en algo ventajoso o también en algo desventajoso, dependiendo de estas otras cosas, cuya investigación es ahora especialmente importante para nosotros.

En primer lugar, debemos distinguir dos objetos del efecto contra el bando estratégico, a saber, el efecto sobre la mera *línea de comunicación* y el efecto sobre la *línea de retirada*, con el que también puede relacionarse un efecto sobre la línea de comunicación.

Cuando Daun envió cuerpos de patrulla en 1758 para levantar los suministros que se dirigían al sitio de Olmütz, obviamente no quería posponer la retirada del rey a Silesia; más bien quería provocarla y con gusto le habría abierto el camino.

En la campaña de 1812, todos los cuerpos de patrulla que partieron del ejército principal ruso en el mes de septiembre y octubre sólo tenían la intención de interrumpir la comunicación, no de avanzar en la retirada; pero esta última era evidentemente la intención del ejército moldavo que avanzó bajo Chichagov contra el Berezina, así como del ataque que el general Wittgenstein recibió la orden de realizar contra el cuerpo francés que se encontraba en el Düna.

Estos ejemplos no hacen sino aclarar las ideas.

El efecto sobre las líneas de comunicación se dirige contra los suministros del enemigo, contra las pequeñas tropas que ascienden, contra los correos y viajeros, contra los pequeños depósitos enemigos, etc., es decir, contra todos los objetos necesarios para la existencia fuerte y sana del ejército enemigo; se pretende así debilitar la condición de este ejército e inducirlo a retirarse.

El efecto sobre la línea de retirada del enemigo consiste en cortar esta retirada del ejército enemigo; sólo puede lograr este propósito si el enemigo decide realmente retirarse; pero, por supuesto, también puede provocarlo amenazándolo, y así, actuando como demostración, tener el mismo éxito que el efecto sobre la línea de comunicación. Todos estos efectos, sin

embargo, como ya se ha dicho, no pueden esperarse de la mera elusión, ni de la mera forma geométrica en la formación de las fuerzas, sino sólo de las condiciones que le son propias.

Para ver más claramente estas condiciones, separemos completamente los dos efectos de flanco y consideremos primero el dirigido hacia las líneas de conexión.

Aquí debemos establecer primero dos condiciones principales, de las cuales una u otra deben estar presentes.

La primera es que fuerzas tan insignificantes que apenas se echan de menos en el frente son suficientes para producir este efecto en la línea de comunicación enemiga; la segunda es que el ejército enemigo se encuentra al final de su recorrido y, por tanto, ya no puede aprovechar una nueva victoria sobre el nuestro o, si se evade, ya no puede seguirlo.

Este último caso, que no es en absoluto tan raro como podría parecer, lo dejaremos por el momento y nos ocuparemos de las condiciones adicionales del primero.

La siguiente de estas condiciones es que la línea de comunicación del enemigo tenga cierta longitud y no pueda ser cubierta por unos pocos buenos puestos; la segunda, que esté expuesta a nuestra acción por su posición.

Esta exposición puede ser de dos tipos: por la dirección, si no es perpendicular al frente del ejército enemigo, o por el hecho de que las líneas de comunicación atraviesen nuestro país; si se combinan ambas condiciones, la exposición es tanto mayor. Ambas condiciones requieren un examen más detenido.

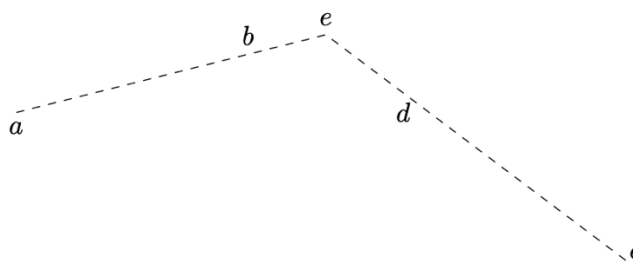
Uno pensaría que cuando se habla de cubrir una línea de comunicación de 40 o 50 millas de largo, poco importaría si el ejército que se encuentra al final de esa línea está inclinado o perpendicular a ella, ya que su extensión contra la línea aparece casi como un solo punto, y sin embargo es de otra manera. Incluso con una superioridad significativa, es difícil en tal caso interrumpir la línea de comunicación del enemigo por las líneas que emanan del ejército. Si sólo se piensa en la dificultad de cubrir absolutamente un espacio determinado, no hay que creerlo, sino pensar que, por el contrario, debe ser difícil para un ejército cubrir su retaguardia, es decir, la zona situada detrás de él, contra todos los montones que pueda enviar un enemigo superior. En efecto, ¡si en la guerra todo estuviera cubierto como sobre el papel! Entonces el hombre que cubre, en su ignorancia de los puntos en los que aparecerán las patrullas, estaría ciego, por así decirlo, y sólo verían los partisanos. Pero cuando se piensa en lo incierto e incompleto de todas las noticias que se tienen en la guerra, y se sabe que ambas partes andan a tientas incesantemente en la oscuridad, bien puede verse que la partida de vanguardia, que ha sido enviada alrededor de las alas de un ejército enemigo en su retaguardia, se encuentra en la trampa de un hombre que tiene que tratar con muchos en un cuarto oscuro. A la larga debe perecer; lo mismo ocurre con las tropas que rodean al ejército enemigo en posición perpendicular, es decir, que están cerca de él y bastante separadas de las suyas. No basta con que uno corra el peligro de perder muchas fuerzas de esta manera, sino que el propio instrumento se embotará al instante, el primer destino desgraciado de un solo montón de este tipo hará que todos los demás se desanimen, y en lugar de un ataque audaz y una burla audaz, sólo se tendrá el espectáculo de una huida constante.

342

Por esta dificultad, por lo tanto, la formación recta de un ejército cubre los puntos más cercanos de sus líneas de comunicación, y eso, según la fuerza del ejército, en dos o tres marchas; pero estos puntos más cercanos son los más amenazados, porque son también los más cercanos al ejército enemigo.

Por otra parte, si la alineación está notablemente torcida, ninguna parte de la línea de comunicación es segura; la menor presión, el intento más arriesgado por parte del adversario conduce inmediatamente a un punto sensible.

Pero, ¿qué determina el frente de una formación si es o no es la dirección perpendicular a la línea de comunicación? El frente del adversario; pero éste también puede pensarse como dependiente de nuestro frente. Aquí se produce una interacción cuyo punto de partida debemos buscar.



Si imaginamos que la línea de unión del atacante a b contra la del defensor c d está situada de tal manera que forma un ángulo considerable con ella, es evidente que si el defensor quisiera tomar su posición en a, donde las dos líneas se unen, el atacante de b podría obligarle por la mera relación geométrica a hacer un frente contra él y, en consecuencia, a exponer su línea de unión. Sería al revés si el defensor tomara su posición a este lado del punto de unión, por ejemplo en d; entonces el atacante tendría que hacer un frente contra él, siempre que no pudiera alterar arbitrariamente la posición de su línea de acción, que está más estrechamente determinada por objetos geográficos, y dibujarla, por ejemplo, como d. Esto demostraría que el defensor tendría ventaja en este sistema de interacción, porque sólo necesitaría tomar su posición a este lado del encuentro de las dos líneas. Pero lejos de conceder gran importancia a este elemento geométrico, reducimos la consideración simplemente a él, para ser perfectamente claros, y estamos mucho más convencidos de que las condiciones locales y en general individuales determinarán mucho más la posición del defensor, y que por lo tanto no es en absoluto posible afirmar en general cuál de las dos partes estará en el caso de exponer más su línea de conexión.

Si las líneas de conexión mutuas se encuentran en una misma dirección, la de las dos partes que adopte una posición oblicua contra ella obligará, sin embargo, a la otra a hacer lo mismo, pero entonces no se gana nada geoméricamente, y ambas partes entran en las mismas ventajas y desventajas.

343

Por lo tanto, para nuestro examen posterior, nos ceñiremos únicamente al hecho de una línea de conexión unilateralmente expuesta.

En cuanto a la segunda desventaja de una línea de comunicación, a saber, si atraviesa un país hostil, está claro por sí mismo hasta qué punto está expuesta si los habitantes de este país se han levantado en armas, y en consecuencia el asunto debe considerarse como si una potencia hostil hubiera marchado a lo largo de toda la línea; Este poder, es cierto, es en sí mismo muy débil, sin densidad y fuerza intensa, pero considere lo que, sin embargo, significa tal toque e influencia hostil por la multitud de puntos que, en una línea de comunicación considerable, están uno al lado del otro. Esto no necesita más argumento. Pero incluso si los súbditos hostiles *no* han tomado las armas, e incluso si no hay defensas terrestres y otras ventajas de las instituciones bélicas en el país, e incluso si el pueblo es de un espíritu muy poco belicoso, la mera relación de los súbditos con el gobierno hostil siempre sigue siendo una desventaja muy palpable para la línea de comunicación de la otra parte. La ayuda de que goza una banda itinerante por la mera comunicación fácil con los habitantes, por el conocimiento de la región y de la gente, por las noticias, por el apoyo de las autoridades, tiene un valor decisivo para su pequeña relación, y esta ayuda se presta a cada una de tales bandas sin ningún esfuerzo especial. Además, a cierta distancia nunca faltarán fortalezas, ríos,

montañas u otros lugares de refugio, que siempre pertenecen a su enemigo, mientras no nos hayamos apoderado formalmente de ellos y los hayamos dotado de guarniciones.

En tal caso, sobre todo si va acompañado de otras circunstancias favorables, el efecto sobre la línea de comunicación enemiga es posible aunque su dirección sea perpendicular a la formación enemiga, pues nuestras patrullas no necesitan entonces regresar siempre al ejército, sino que pueden encontrar suficiente protección en la mera evasión hacia su propio país.

Así que tenemos ahora:

1. una longitud considerable,
2. una posición inclinada y
3. Territorio enemigo

como las principales condiciones bajo las cuales las líneas de comunicación de un ejército pueden ser interrumpidas por fuerzas relativamente pequeñas del enemigo; que esta interrupción sea efectiva requiere aún una cuarta condición, a saber, una cierta duración. Sobre este punto nos remitimos a lo que dijimos al respecto en el capítulo decimoquinto del libro quinto.

Pero estas cuatro condiciones no son más que las principales que engloban el tema; a ellas se unen una multitud de circunstancias locales e individuales, que a menudo llegan a ser mucho más importantes y dominantes que las propias condiciones principales. Para recordar sólo las más importantes, mencionaremos: la naturaleza de los caminos, la naturaleza del país por el que pasan, los medios de cobertura de arroyos, montañas, marismas que puedan tener, la estación y el tiempo, la importancia de los suministros individuales como un tren de asedio, el número de tropas ligeras, etc., etc.

344

De todas estas circunstancias, pues, dependerá el éxito con que un general pueda actuar sobre la línea de comunicación de su adversario, y comparando el resultado de todas estas circunstancias en uno con el resultado de las mismas circunstancias en el otro, se llega a la relación de los dos sistemas de comunicación, y de esta relación dependerá cuál de los dos comandantes puede superar al otro en este punto.

Lo que aquí se desarrolla tan extensamente se decide a menudo a primera vista en el caso concreto: pero para ello es necesario el tacto de un juicio practicado, y hay que haber pensado una vez en todos los casos aquí desarrollados para darse cuenta de cómo se puede responder a la locura común de los escritores críticos cuando creen haber inventado algo con la mera palabra de evasión y efecto de flanco sin motivos más cercanos.

Pasemos ahora a la *segunda condición principal* bajo la cual puede producirse el efecto de flanco estratégico.

Si al ejército enemigo se le impide seguir avanzando por cualquier otra razón que no sea la resistencia de nuestro ejército, sea cual sea esa razón, entonces nuestro ejército ya no debe temer debilitarse mediante despliegues considerables; porque si el enemigo realmente quisiera castigarnos por ello con un ataque, sólo nos quedaría evadirnos. Este fue el caso del ejército principal ruso en 1812 en Moscú. Pero no se requieren dimensiones y circunstancias tan grandes como las que tuvieron lugar en esta campaña para que se produzca un caso así. Federico el Grande estuvo siempre en este caso en la frontera de Bohemia o Moravia en las primeras guerras de Silesia, y en la relación compuesta de los comandantes y sus ejércitos, se puede pensar en una gran cantidad de causas diferentes, especialmente políticas, que hacen imposible continuar.

Como en este caso las fuerzas empleadas en el efecto de flanco pueden ser más considerables, las demás condiciones tienen que ser menos favorables; incluso la relación de nuestro sistema de comunicación con el del enemigo no tiene por qué sernos ventajosa, ya

que el enemigo, que no puede hacer ningún uso particular de nuestra retirada ulterior, no ejercerá fácilmente el derecho de represalia, sino que estará más ansioso por la cobertura inmediata de los suyos.

Una situación así es, por tanto, muy adecuada para conseguir ese efecto que no se quiere buscar en una batalla porque se considera demasiado atrevido, por un medio menos brillante y exitoso que una victoria, pero también menos peligroso.

Como en tal caso es menos objetable una posición lateral, por la que quedan expuestas las propias conexiones, y por este medio puede obtenerse siempre una posición oblicua del enemigo contra sus líneas de conexión, no faltará fácilmente ésta de las condiciones antes establecidas. Cuanto más concurren las restantes y otras circunstancias favorables, tanto más probable será el éxito de los medios; pero cuanto menos concurren tales circunstancias favorables, tanto más dependerá todo de una habilidad superior en las combinaciones y de la rapidez y seguridad en la ejecución.

345

He aquí el campo real de las maniobras estratégicas, tal como se producen con tanta frecuencia en la Guerra de los Siete Años en Silesia y Sajonia, en las campañas de 1760 y 1762. Si tales maniobras estratégicas se producen con tanta frecuencia en las guerras de una fuerza elemental débil, no es, por supuesto, porque el caso de que un comandante se encuentre al final de su carrera sea igualmente frecuente, sino porque la falta de determinación, de valor y de empresa, el miedo a la responsabilidad ocupan a menudo el lugar de los verdaderos contrapesos, para lo cual basta recordar al mariscal de campo Daun.

Si queremos resumir un resultado principal de nuestras consideraciones, sería que el efecto flanco será el más eficaz:

1. en defensa;
2. hacia el final de la campaña;
3. preferiblemente al retirarse al interior del país; y
4. en relación con el armamento de un pueblo.

Sólo tenemos unas palabras que decir sobre la ejecución de este efecto en las líneas de conexión.

Las empresas deben ser llevadas a cabo por hábiles partisanos que, con bandas débiles y marchas y ataques audaces, caigan sobre las pequeñas guarniciones del enemigo, los trenes de suministros, las pequeñas bandas que se mueven de un lado a otro, animen al Landsturm y se unan a él en empresas individuales. Deben ser más numerosos que fuertes y estar organizados de tal modo que la unificación de varios en una empresa mayor sea posible y no encuentre un obstáculo demasiado grande en la vanidad y arbitrariedad de los jefes individuales.

Ahora nos queda hablar del efecto sobre la línea de retirada.

Es aquí donde debemos tener presente el principio establecido desde el principio, de que lo que ha de actuar en la retaguardia no puede emplearse en el frente, que por tanto la acción por detrás o por el costado no debe considerarse en sí misma como una multiplicación de fuerzas, sino sólo como un empleo potenciado de las mismas; potenciado por el jabón del éxito, pero también potenciado por el jabón del peligro. Toda resistencia por la espada, que no sea recta y simple, tiene tendencia a aumentar el efecto a expensas de la seguridad. Pertenece a esta categoría un efecto de lado, ya sea con poder unido o de varios lados con poder separado y amplio.

Ahora bien, para cortar la retirada, si no se trata de una mera demostración, sino de algo serio, una batalla decisiva, o al menos todas las condiciones para ello, es la solución real, y precisamente en esta solución se volverán a encontrar esos dos elementos de mayor decisión

y mayor peligro. Por lo tanto, para que un comandante se considere con derecho a este tipo de acción, las condiciones favorables deben motivarle a ello.

Debemos distinguir entre las dos formas de resistencia ya mencionadas. La primera es cuando el comandante quiere atacar al enemigo por la retaguardia con todo su ejército, ya sea desde una posición lateral que ha tomado al efecto o sorteándolo formalmente; la segunda es cuando divide sus fuerzas y amenaza la retaguardia del enemigo con una parte y el frente con la otra mediante una posición global.

346

El aumento del éxito es el mismo en ambos casos, a saber: o bien un corte real de la retirada y la consiguiente captura, o la dispersión de una gran parte de la fuerza enemiga, o un considerable retroceso del poder del enemigo para evitar tal peligro.

Sin embargo, el aumento del peligro es diferente en ambos casos.

Si eludimos al enemigo con toda la fuerza, el peligro radica en la exposición de nuestra propia retaguardia, y aquí también depende de la relación de las líneas mutuas de retirada, como dependía de su relación en un caso similar en el efecto sobre las líneas de comunicación.

Ahora bien, el defensor, cuando se encuentra en su propio país, está menos limitado en sus líneas de retirada así como de comunicación que el atacante, y en este sentido es más capaz de una evasión estratégica, pero esta relación general no es lo suficientemente eficaz como para permitir construir sobre ella un método eficaz; por lo tanto, sólo las condiciones generales de los casos individuales pueden decidir.

Sólo se puede decir esto: que las favorables se encontrarán naturalmente con más frecuencia en las zonas amplias que en las pequeñas; y en el caso de los Estados independientes con más frecuencia que en el caso de los débiles que esperan apoyo extranjero, cuyos ejércitos deben por tanto tener ante todo en vista el punto de unión con el ejército auxiliar; por último, que se vuelven más favorables al defensor al final de una campaña, cuando el empuje del atacante se ha agotado: aproximadamente de nuevo de la misma manera que ocurría con la relación de las líneas de comunicación.

Una posición de flanqueo como la que los rusos tomaron con tanta ventaja en el camino de Moscú a Kaluga en 1812, cuando el empuje de Bonaparte estaba agotado, les habría ido muy mal al comienzo de la campaña en el campo de Drissa, si no hubieran sido lo suficientemente sabios como para cambiar su plan justo antes de que se cerrara la puerta.

La otra forma de eludir y cortar por medio de una división del poder tiene el peligro de su propia separación, mientras que el enemigo permanece unido gracias a la ventaja de las líneas interiores y puede así atacar a la parte individual con gran superioridad. Sólo puede haber tres razones principales para exponerse a esta desventaja, que no puede ser anulada por nada:

1. la distribución original de las fuerzas, que hace necesario este modo de acción si no se quiere sufrir una gran pérdida de tiempo;
2. una gran superioridad física y moral que les da derecho a las formas decisivas;
3. la falta de empuje del adversario una vez que se encuentra al final de su recorrido.

La invasión concéntrica de Bohemia por Federico el Grande en 1757 no pretendía combinar el ataque en el frente con uno en la retaguardia estratégica, al menos esto no era en absoluto un asunto principal en ella, como desarrollaremos un poco más en otro lugar, pero en cualquier caso está claro que no podía plantearse ninguna unificación de poder en Silesia o Sajonia antes de la invasión, ya que con ello habría sacrificado todas las ventajas de la sorpresa.

347

Cuando los aliados ordenaron la segunda parte de la campaña de 1813, ya podían pensar, dada su gran superioridad física, en atacar a Bonaparte con la fuerza principal por el flanco derecho, es decir, por el Elba, y desplazar así el escenario de la guerra del Oder al Elba. El hecho de que les fuera tan mal en Dresde no debe atribuirse a estos generales, sino a las

disposiciones estratégicas y tácticas más estrechas, ya que el equilibrio de fuerzas con el que pudieron enfrentarse a Bonaparte en Dresde fue de 220000 contra 130000, lo que no dejaba nada que desear, al menos fue poco más favorable en Leipzig (285:157). Es cierto que Bonaparte había distribuido su poder demasiado uniformemente para el peculiar sistema de defensa en una línea (en Silesia 70.000 frente a 9.000, en la Marca 70.000 frente a 11.000), pero en cualquier caso, sin renunciar a Silesia por completo, le habría resultado difícil reunir una fuerza en el Elba que pudiera asestar el golpe decisivo contra las armas principales. Del mismo modo, los aliados podían fácilmente dejar que el ejército al mando de Wrede avanzara hacia el Meno y así intentar ver si se podía cortar el camino de Bonaparte hacia Maguncia.

Finalmente, en 1812, se permitió a los rusos dar a su ejército moldavo el destino de Volinia y Lituania, para proceder después en la retaguardia del ejército principal francés, porque nada era más cierto que Moscú debía convertirse en la culminación de la línea de operaciones francesa. No había nada que temer para Rusia más allá de Moscú en esta campaña, y el ejército principal ruso no tenía motivos para considerarse demasiado débil.

La misma forma en la formación de las fuerzas estaba en el primer plan de defensa, originado por el general Plmll, según el cual el ejército al mando de Barclay debía avanzar hacia el campo de Drissa y el de Bagration debía avanzar en la retaguardia del ejército enemigo principal. Pero ¡qué diferencia en estos dos momentos! En el primero, los franceses eran tres veces más fuertes que los rusos; en el segundo, los rusos eran notablemente más fuertes que los franceses. En el primero, hay en el ejército principal de Bonaparte un empuje que llega hasta Moscú, 80 millas más allá de Drissa; en el segundo, no puede haber una marcha más desde Moscú; en el primero, la línea de retirada hasta el Njemen no habría sido de más de 30 millas, en el segundo era de 112. La misma acción, por lo tanto, contra la retirada del enemigo, que se mostró tan exitosa en el segundo momento, habría sido la locura más impenetrable en el primero.

Puesto que el efecto sobre la línea de retirada, si es algo más que una demostración, consiste en un ataque formal por la retaguardia, habría mucho más que decir al respecto, lo que, sin embargo, encuentra un lugar más adecuado en el libro sobre el ataque; nos detenemos, pues, aquí y nos contentamos con haber indicado las condiciones en las que puede tener lugar este tipo de reacción.

Sin embargo, normalmente, al hablar de ella, se tiene en mente la demostración y no la realidad, con la intención de inducir así al enemigo a retirarse. Si toda demostración eficaz tuviera que basarse en la perfecta practicabilidad de la acción real, como parece evidente a primera vista, coincidiría con ella en todas las condiciones. Pero no es así; veremos en el capítulo sobre las demostraciones que, sin embargo, están ligadas a condiciones algo diferentes, y debemos remitirnos aquí a ese capítulo.

6.25 CAPÍTULO VEINTICINCO: RETIRADA AL INTERIOR DE LA TIERRA

Hemos considerado la retirada voluntaria al interior del país como una forma indirecta separada de resistencia, en la que el enemigo no debe perecer tanto por la espada como por sus propios esfuerzos. En este caso, por lo tanto, o bien no se supone ninguna batalla principal, o bien se supone que el momento de la misma es tan tardío que las fuerzas enemigas ya están considerablemente debilitadas.

Todo hombre que avanza en el ataque ve debilitadas sus fuerzas por este avance; consideraremos esto con más detalle en el séptimo libro; aquí debemos anticipar el resultado, lo que podemos hacer tanto antes cuanto que en la historia de la guerra todas las campañas con las que se ha relacionado un avance notable lo muestran claramente.

Este debilitamiento en la acción se acrecienta cuando el enemigo está invicto, se retira voluntariamente ante él con una fuerza fresca ininterrumpida, pero le hace comprar cada paso de país en sangre mediante una resistencia constante y mesurada, de modo que su avance sea un avance constante y no una mera persecución.

Por otra parte, las pérdidas sufridas por un defensor en retirada serán mucho mayores si se retira tras una batalla perdida que si lo hace voluntariamente. Porque si fuera capaz de ofrecer al ejército perseguidor la resistencia diaria que esperamos en una retirada voluntaria, sufriría *al menos* las mismas pérdidas, y así se añadiría la pérdida en la batalla. Pero ¡qué condición previa contra la naturaleza de la cosa sería esa! El mejor ejército del mundo, si se ve obligado después de una batalla perdida a retirarse profundamente hacia el interior del país, incurrirá por ello en pérdidas *desproporcionadas*, y si el enemigo es considerablemente superior, como suponemos en los casos de que hablamos, si penetra con gran energía, como casi siempre ha sucedido en las guerras recientes, entonces surgirá la mayor probabilidad de una huida real, por la que la fuerza suele quedar completamente destruida.

Una resistencia diaria *medida*, es decir, que dure sólo mientras pueda mantenerse el equilibrio de la batalla, y en la que nos aseguremos de la derrota cediendo el terreno en el momento oportuno, una batalla así costará al atacante al menos tantos hombres como al defensor, pues lo que éste pierde inevitablemente de vez en cuando en prisioneros durante la retirada, el otro lo perderá más en el fuego, ya que debe luchar constantemente contra las ventajas del terreno. Los heridos graves se pierden para el ejército en retirada, pero también se pierden para el ejército atacante, ya que suelen permanecer en los hospitales durante varios meses.

349

El resultado, entonces, será que ambos ejércitos se consumirán mutuamente más o menos en el mismo grado en esta fricción constante.

Es muy diferente en la persecución de un ejército derrotado. Aquí la fuerza perdida en la batalla, el orden destruido, el valor quebrantado, la preocupación por la retirada hacen que tal resistencia sea muy difícil, en algunos casos imposible; y el perseguidor, que en el primer caso avanza muy cautelosamente, incluso tímidamente, como un ciego, siempre a tientas a su alrededor, en el segundo sigue adelante con el paso firme de un vencedor, con la exuberancia de un hombre feliz, con la certeza de un semidiós, y cuanto más locamente avanza, más acelera las cosas en la dirección que una vez tomaron, porque aquí está el campo adecuado de las fuerzas morales, que aumentan y se multiplican sin estar atadas a los estrechos números y medidas del mundo físico.

Por lo tanto, está claro lo diferente que será la relación de los dos ejércitos, dependiendo de si alcanzan el punto que puede considerarse el final del recorrido del atacante.

Esto no es más que el resultado de la destrucción mutua; a este resultado se une ahora el debilitamiento que la parte que avanza sufre en otros aspectos, y sobre el cual, como ya se ha dicho, nos remitimos al libro séptimo, pero, por otra parte, el fortalecimiento que la parte que retrocede recibe en la gran mayoría de los casos de aquellas fuerzas que vienen después, ya sea por ayuda exterior o por un esfuerzo sostenido.

Por último, existe tal desproporción en los medios de subsistencia entre los retrasados y los avanzados que no es raro que los primeros vivan en la abundancia mientras los segundos perecen en la miseria.

El repatriado dispone de medios para acumular provisiones dondequiera que vaya, mientras que el perseguidor debe hacer seguir todo, lo que, mientras permanezca en movimiento, es difícil incluso con la línea de comunicación más corta, y por lo tanto crea escasez desde el principio.

Todo lo que ofrece la propia región es utilizado primero por los retornados y, por lo general, se agota. Sólo quedan aldeas y pueblos demacrados, campos segados y pisoteados, pozos agotados y arroyos turbios.

Por ello, el ejército que avanza a menudo lucha con las necesidades más urgentes desde el primer día. No pueden contar con los suministros del enemigo; sería mera casualidad o un error imperdonable por parte del enemigo si cayera alguno en sus manos de vez en cuando.

Así pues, no cabe duda de que con dimensiones considerables y un poder no demasiado desigual de los beligerantes, surgirá de este modo una relación de las fuerzas armadas que promete al defensor infinitamente más probabilidades de éxito que las que habría tenido si la decisión se hubiera tomado en la frontera. Pero no sólo la probabilidad de victoria será mayor debido al cambio en el equilibrio de poder, sino también el éxito de la victoria debido al cambio en la situación. ¡Qué diferencia hay entre una batalla perdida en la propia frontera y otra en pleno territorio enemigo! De hecho, la condición del atacante al final de su recorrido es a menudo tal que incluso una batalla *ganada* puede inducirle a retirarse, porque no tiene suficiente ímpetu para completar y utilizar su victoria, ni es capaz de reemplazar las fuerzas perdidas.

350

Así que hay una gran diferencia si la decisión se toma al principio o al final del ataque.

Las grandes ventajas de este método de defensa se ven contrarrestadas por dos factores; el primero es la pérdida que sufre el país como consecuencia del avance del enemigo, el otro es la impresión moral.

Preservar al país de la pérdida nunca puede considerarse como un fin de toda la defensa, sino que ese fin es una paz ventajosa. Preservar esto de la manera más segura posible es el empeño, y para ello ningún sacrificio momentáneo debe considerarse demasiado grande. Pero esa pérdida, aunque no sea decisiva, debe sin embargo sopesarse en la balanza, pues siempre es un objeto de nuestro interés.

Esta pérdida no afecta directamente a nuestra fuerza armada, sino que sólo tiene sobre ella un efecto más o menos de distracción, mientras que la retirada en sí refuerza directamente la fuerza armada. Es difícil, pues, medir entre sí esta ventaja y esta desventaja; son cosas de distinta índole que no tienen un punto de acción común cercano. Debemos, pues, atenernos a decir que esta pérdida es mayor cuando hay que sacrificar una provincia fértil y populosa y grandes ciudades comerciales, pero que ha de considerarse mayor cuando se pierden con ellas medios de guerra enteros o a medias.

El segundo contrapeso es la impresión moral. Hay casos en los que el comandante debe hacer caso omiso de ella, proseguir tranquilamente su plan y exponerse a las desventajas que produce una pusilanimidad miope; pero por esta razón esta impresión no es un fantasma que merezca desprecio. No debe compararse a una fuerza que actúa sobre un punto, sino a una

que recorre todas las fibras con la velocidad del rayo y paraliza todas las actividades que han de ser eficaces en el pueblo y en el ejército. Probablemente haya casos en los que la retirada al interior del país sea rápidamente comprendida por el pueblo y el ejército, y en los que incluso pueda aumentar la confianza y las expectativas, pero son muy raros. Por lo general, el pueblo y el ejército ni siquiera distinguen si se trata de un movimiento libre o de un retroceso a trompicones, y menos aún si el plan se sigue por prudencia ante la perspectiva de ciertas ventajas o por temor a la espada enemiga. El pueblo sentirá piedad y disgusto al ver el destino de las provincias sacrificadas, el ejército perderá fácilmente la confianza en su jefe o incluso en sí mismo, y las constantes batallas de la retaguardia durante la retirada se convertirán para él en una confirmación siempre renovada de sus temores. No hay que engañarse sobre estas *consecuencias* de la retirada. Y, sin embargo, considerado en sí mismo, es más natural, más simple, más noble, más acorde con la existencia moral del pueblo, entrar abiertamente en la refriega, de modo que el agresor no pueda cruzar las fronteras de un pueblo sin encontrarse con su genio, que le exige un sangriento ajuste de cuentas.

Estas son las ventajas e inconvenientes de dicha forma de defensa, ahora unas palabras sobre las condiciones y circunstancias favorecedoras de la misma.

Una amplia superficie o, al menos, una larga línea de retirada es la condición principal y básica; pues unas pocas marchas hacia delante no debilitarán, por supuesto, al enemigo de forma apreciable. El centro de Bonaparte en 1812 tenía en Witbsk 250.000 hombres, en Smolensk 18.000 hombres, y sólo en Borodino había bajado a 120.000 hombres, es decir, había entrado en equilibrio numérico con el centro ruso. Borodino está a 90 millas de la frontera; pero sólo en Moscú se había producido una decidida preponderancia de los rusos, lo que provocó el retroceso con tanta seguridad por sí mismo que la victoria francesa en Malojarslawetz no supuso ninguna diferencia esencial.

351

Ningún otro imperio europeo tiene tales dimensiones como Rusia, y una línea de retirada de 100 millas es concebible en muy pocos de ellos. Pero una potencia como la de Francia en 1812 no se encontrará fácilmente en otras circunstancias, y menos aún una preponderancia tal como la que existía entre las dos partes al principio de la campaña, donde los franceses tenían más del doble de efectivos y, además, una decidida preponderancia moral. Así pues, lo que aquí sólo se consiguió con 100 millas, en otros casos quizá pueda lograrse con 50 o 30.

Las circunstancias favorables incluyen:

1. una zona poco urbanizada,
2. un pueblo guerrero y leal,
3. la mala temporada.

Todas estas cosas hacen más difícil la conservación del ejército enemigo, necesitan grandes suministros, muchos envíos, un servicio arduo, causan enfermedades y facilitan la acción de flanco del defensor.

Por último, hay que hablar de la masa absoluta de las fuerzas armadas, que influye en esto.

En sí mismo, está en la naturaleza de las cosas que, aparte de la proporción de las fuerzas mutuas, una fuerza pequeña generalmente se agota antes que una más grande, y que por lo tanto su curso no puede ser tan largo, ni la extensión de su teatro de guerra tan grande. Así pues, existe, por así decirlo, una relación constante entre el tamaño absoluto de la potencia y los espacios que ésta puede ocupar. No se puede reducir esta relación a una cifra, ni será siempre modificada por otras circunstancias, pero nos basta decir que las cosas tienen esta relación en el fondo de su ser. Se puede marchar sobre Moscú con 500.000 hombres, pero no con 50.000, si la relación con la potencia enemiga fuera también mucho más favorable en el segundo caso que en el primero.

Si ahora suponemos que esta relación entre el poder absoluto y el espacio es la misma en dos casos diferentes, no cabe duda de que la eficacia de nuestra retirada en relación con el debilitamiento del enemigo aumentará con las masas.

1. el mantenimiento y la subsistencia del enemigo se hacen más difíciles; pues aunque los espacios que ocupan los ejércitos crezcan tanto como los ejércitos mismos, el mantenimiento nunca se satisface enteramente con este espacio, y todo lo que hay que suministrar está sujeto a mayores pérdidas; para la subsistencia, sin embargo, nunca se utiliza todo el espacio, sino sólo una parte muy pequeña de él, que no crece proporcionalmente con las masas.

2. el avance se hace más lento a medida que las masas aumentan de tamaño, por lo que el tiempo que se tarda en atravesar la línea de ataque se alarga y la suma de las pérdidas que se producen diariamente en ella se hace mayor.

352

Tres mil hombres, conduciendo a dos mil delante de ellos, no les permitirán en terreno ordinario retroceder en pequeñas marchas de 1, 2, a lo sumo 3 millas, y detenerse de vez en cuando durante unos días. Llegar hasta ellos, atacarlos y expulsarlos es trabajo de pocas horas. Pero si multiplicamos estas masas por el número de 100, la cosa cambia. Los efectos que llevaban unas horas en el primer caso pueden llevar ahora uno o dos días enteros. Ambas partes ya no pueden permanecer juntas en un mismo punto, por lo que aumenta la variedad de todos los movimientos y combinaciones y, en consecuencia, el tiempo que necesitan. La parte atacante, sin embargo, se encuentra en desventaja, ya que debe dispersarse aún más que la parte en retirada debido a la dificultad de abastecerse de víveres, por lo que siempre corre cierto peligro de caer sobre un punto con una fuerza superior, como querían hacer los rusos en Vitebsk.

Cuanto mayores son las masas, mayor es el esfuerzo requerido por cada individuo para el servicio estratégico y táctico diario. Cien mil hombres, que marchan una vez al día en abundancia, que ahora se detienen, luego se ponen de nuevo en marcha, ahora toman las armas, luego cocinan de nuevo o reciben alimentos, cien mil hombres, que no han de trasladarse al campamento hasta que se hayan recibido los informes necesarios de todas partes - por regla general, éstos necesitan para todos estos esfuerzos secundarios de la marcha propiamente dicha el doble de tiempo que necesitarían 50.000, pero el día sólo tiene 24 horas para ambos. Ya hemos dicho en el capítulo noveno del libro anterior cuán diferentes son el tiempo y el esfuerzo de una marcha según la masa de las tropas. Estos esfuerzos son, por supuesto, compartidos por los que se retiran y los que avanzan, pero son notablemente mayores en estos últimos:

1. porque sus masas son mayores, por la superioridad que suponemos.

Porque el defensor, puesto que siempre despeja el terreno, compra con este sacrificio el derecho a seguir siendo siempre el que decide, a dar siempre la ley al otro. Elabora su plan de antemano, y en la mayoría de los casos éste no se ve perturbado por nada; el hombre que avanza, sin embargo, sólo puede elaborar su plan después de la formación del enemigo, que siempre debe tratar de descubrir primero. Pero debemos recordar que estamos hablando aquí de la persecución de un enemigo que no ha sufrido derrota, que ni siquiera ha perdido una batalla, para que no se piense que estamos contradiciendo nuestro duodécimo capítulo del cuarto libro.

Pero este privilegio de dar la ley al enemigo marca la diferencia en la ganancia de tiempo y fuerza, y en muchas otras ventajas, que a la larga se vuelven muy esenciales.

(3) Porque el retornado, por un lado, hace todo lo posible para facilitar su camino de regreso, hace reparar caminos y puentes, elige los campamentos más convenientes, etc., y, por otro, hace otro tanto para dificultar la aproximación al que le sigue, destruyendo los

puentes, estropeando aún más los malos caminos con su mera marcha, privando al enemigo de los mejores campamentos y abrevaderos al tomarlos él mismo.

Por último, debemos mencionar la guerra popular como una circunstancia especialmente favorable. Esta circunstancia requiere menos atención aquí, ya que hablaremos de ella en un capítulo aparte.

353

Hasta ahora hemos hablado de las ventajas que ofrece tal retiro, de los sacrificios que exige, de las condiciones que deben darse; ahora queremos decir algo sobre la ejecución.

La primera cuestión que debemos plantearnos es la dirección de la retirada.

Debe tener lugar en el *interior* del país, es decir, posiblemente conducir a un punto en el que el enemigo esté rodeado por ambos lados por nuestras provincias; entonces quedará expuesto a su influencia y no correremos el peligro de *ser empujados lejos de la masa principal de nuestro país*, lo que podría suceder si eligiéramos una línea de retirada que discurriera demasiado cerca de la frontera, como hicieron los rusos en 1812 si hubieran querido retirarse hacia el sur en lugar de hacia el este. Esta es la condición que reside en el propósito de la medida en sí. Qué punto del país es el mejor, hasta qué punto puede combinarse con la intención de cubrir directamente la capital u otro punto importante, o de retirar al enemigo de la dirección hacia ella, depende de las circunstancias.

Si los rusos hubieran considerado de antemano su retirada en 1812, y por lo tanto la hubieran hecho completamente según el plan, podrían haber tomado fácilmente la dirección de Smolensk hacia Kaluga, que sólo tomaron desde Moscú; es muy posible que en estas circunstancias Moscú se hubiera salvado por completo.

Porque los franceses tenían alrededor de 130000 hombres en Borodino; no hay razón para que, si esta batalla hubiera sido tomada por los rusos a medio camino de Kaluga, hubieran sido más fuertes allí; pero ¿cuánta de esta fuerza podrían haber ahorrado para enviar sobre Moscú? Evidentemente muy poca; pero con pocas tropas no se puede hacer un envite contra un lugar como Moscú a 50 millas (esta es la distancia de Smolensk a Moscú).

Suponiendo que Bonaparte hubiera creído en Smolensk, donde tenía unos 160.000 hombres después de las batallas, que podía atreverse a enviar a Moscú *antes de que se hubiera librado* una batalla principal, y hubiera tomado 40.000 hombres para este propósito, mientras que 120.000 hombres habrían permanecido frente al ejército principal ruso, entonces estos 120.000 hombres habrían sido sólo 90.000 en la batalla, es decir, 40.000 más débiles que en Borodino; los rusos habrían tenido así una preponderancia de 30.000 hombres. Si se toma como referencia el transcurso de la batalla de Borodino, bien se puede creer que habrían salido victoriosos. En cualquier caso, el resultado de este cálculo habría sido mucho mejor que la proporción en Borodino. Pero la retirada de los rusos no fue obra de un plan meditado; retrocedieron tanto porque en cada momento en que quisieron tomar la batalla no se encontraron aún con fuerzas suficientes para hacerlo; todos los medios de mantenimiento y refuerzo estaban dirigidos hacia la carretera de Moscú a Smolensk, y a nadie en Smolensk se le ocurría abandonar esta carretera. Además, a los ojos de los rusos, una victoria entre Smolensk y Kaluga nunca habría compensado la injusticia de no cubrir Moscú y dejarla abierta a una posible toma.

Bonaparte podría haber protegido París de un ataque en 1813 de forma aún más eficaz si se hubiera posicionado notablemente a un lado, detrás del Canal de Borgoña, por ejemplo, y hubiera dejado sólo unos pocos miles de hombres en París con sus numerosos guardias nacionales. Los aliados nunca habrían tenido el valor de permitir que un cuerpo de 50 a 60.000 hombres marchara sobre París sabiendo que Bonaparte estaba en Auxerre con 100.000 hombres. A la inversa, nadie habría aconsejado a un ejército aliado en la posición de Bonaparte abandonar el camino hacia su propia capital cuando era el enemigo. Con semejante

superioridad, no se habría resistido ni un momento a ir a por la capital. Tan diferente será el resultado incluso bajo las mismas circunstancias, pero bajo diferentes condiciones morales.

354

Sólo queremos comentar que en esa dirección lateral la capital o el lugar que se quiere poner fuera de juego debe tener cierta resistencia para no ser ocupada y saqueada por cada asaltante, y dejar aquí este tema, porque volveremos a él en el plan de guerra,

Pero hay otra peculiaridad en la dirección de tal línea de retirada que debemos considerar, a saber, la de un *giro* repentino. Después de que los rusos hubieran mantenido la misma dirección en Moscú, abandonaron la que les habría conducido a Vladimir, continuaron primero en la de Ryazan y luego cambiaron a la de Kaluga. Si hubiesen tenido que continuar su retirada, esto podría haberse hecho fácilmente en esta nueva dirección, que les habría llevado a Kiev, por tanto mucho más cerca de nuevo de la frontera enemiga. Que los franceses, aunque hubieran sido notablemente superiores a los rusos en ese momento, no habrían podido mantener la enorme rodilla de su línea de comunicación sobre Moscú es evidente por sí mismo; no sólo habrían tenido que abandonar Moscú, sino con toda probabilidad también Smolensk, y abandonar así las conquistas que tan laboriosamente habían realizado y contentarse con el teatro de la guerra a este lado del Berezina.

Ahora, por supuesto, el ejército ruso se habría enfrentado a la misma desventaja a la que se habría enfrentado si hubiera querido tomar la dirección de Kiev desde el principio, a saber, estar separado de la masa principal de sus estados; pero esta desventaja ahora se volvía casi ilusoria, ipues en qué condiciones completamente diferentes habría llegado el ejército enemigo a Kiev si no hubiera hecho el viaje vía Moscú!

Es evidente que un giro tan brusco de la línea de retirada, muy factible en grandes dimensiones, confiere eminentes ventajas:

El giro hace imposible que el enemigo mantenga sus antiguas líneas de comunicación; pero el establecimiento de otras nuevas es siempre un asunto difícil, a lo que hay que añadir que sólo cambia de dirección gradualmente, por lo que probablemente deba buscar una nueva línea de comunicación más de una vez.

Ambas partes vuelven a acercarse así a la frontera; el atacante ya no cubre con su posición las conquistas que ha realizado y muy probablemente debe abandonarlas. Rusia, con sus enormes dimensiones, es un imperio en el que dos ejércitos pueden literalmente perseguirse de esta manera.

Pero incluso con superficies menores tal giro sigue siendo posible si las demás circunstancias lo favorecen, lo que sólo puede deducirse de todas las circunstancias del caso individual. Una vez determinada la dirección en la que el enemigo debe adentrarse en el país, se deduce de por sí que nuestra fuerza principal tenía esta dirección, pues de lo contrario el enemigo no dejaría avanzar allí, y si lo hiciera, no podríamos imponerle todas las condiciones que hemos supuesto más arriba. La única cuestión, entonces, es si mantener esta dirección con la fuerza indivisa, o desviarse hacia el lado con porciones considerables de ella, y así hacer su retirada excéntrica.

355

A esta pregunta debemos responder que esta forma es en sí misma censurable:

1. porque así las fuerzas están más repartidas, pero la concentración de las mismas en un punto es precisamente una gran dificultad para el atacante;
2. porque el enemigo tiene la ventaja de la línea interior, está más unido que nosotros y, en consecuencia, puede ser tanto más superior en los puntos individuales. Por supuesto, esta superioridad es menos de temer en un sistema que, por el momento, consiste siempre en la evasión, pero la condición de esta evasión es seguir siendo siempre formidable para el enemigo, no dejarse llevar por él a pares; pero esto podría suceder. Además, la condición de esta retirada es ganar poco a poco una superioridad

sobre la fuerza principal para poder dar la decisión, que, sin embargo, seguiría siendo incierta si las fuerzas estuvieran divididas.

3. Porque la acción concéntrica sobre el enemigo no conviene a la parte más débil;
4. porque tal posición de fuerzas elimina por completo parte de la debilidad del enemigo.

Los principales puntos débiles de un ataque a distancia son: las largas líneas de comunicación, los flancos estratégicos abiertos. A través de la forma excéntrica de la retirada, el atacante se ve obligado a dejar que una parte de su fuerza haga un frente a un lado, y esta parte, que en realidad sólo debería estar destinada a neutralizar nuestra fuerza contraria, hace, por así decirlo, algo más, a saber, proteger una parte de la línea de comunicación.

Para el mero efecto estratégico de la retirada, pues, la forma excéntrica no es ventajosa; pero si se trata de preparar un efecto posterior sobre la línea de retirada del enemigo, debemos recordar lo dicho en el capítulo anterior.

Sólo *un* propósito puede impulsar una retirada excéntrica: a saber, si nos permite asegurar provincias que el enemigo habría ocupado de otro modo.

Qué regiones de la derecha y de la izquierda ocupará el atacante puede preverse normalmente con bastante probabilidad a partir de la reunión y dirección de sus fuerzas, de la posición de sus provincias, fortalezas, etc., en relación con las nuestras; dotar de fuerzas armadas a aquellas regiones que probablemente dejará intactas sería un peligroso despilfarro de fuerzas. Sin embargo, es más difícil prever si, en aquellas regiones que el atacante probablemente ocupará, se *podrá impedir que lo haga con una fuerza establecida*, y depende mucho del tacto del juicio.

Cuando los rusos se retiraron en 1812, dejaron 30.000 hombres en Volinia bajo el mando de Tormassov contra la fuerza austriaca que iba a irrumpir en esta provincia. El tamaño de la provincia, las diversas dificultades del terreno que presenta, la fuerza no superior con la que iba a ser atacada, justifican la esperanza de que los rusos conservarían la ventaja en este lado de su frontera, o al menos mantendrían su terreno cerca de la frontera. De esta afirmación pudieron derivarse posteriormente ventajas muy importantes, en las que no deseamos detenernos aquí; además, era casi imposible reunir estas tropas con el ejército principal en el momento oportuno, aunque se hubiera deseado hacerlo. Todas estas cosas deben haber determinado de la manera más suficiente para dejar el ejército en Volhynia para librar su propia guerra allí. Si, por otra parte, en el plan que el general Phull había trazado para la campaña, sólo el ejército de Barclay (80.000 hombres) debía retroceder hasta Drissa, y el ejército de Bagration (40.000 hombres) debía permanecer en el flanco derecho de los franceses, para caer después en su retaguardia, es evidente a primera vista que este ejército no podía pensar en mantenerse en el sur de Lituania, es decir, en conservar una extensión *más* de terreno, y *más cercana*, en la retaguardia de los franceses. Este ejército habría sido destruido por las masas aplastantes.

356

Que el defensor tiene en sí mismo el interés de dejar el menor número posible de provincias al atacante, no hace falta decirlo, pero éste sigue siendo siempre un propósito muy subordinado: Que cuanto más pequeño o más bien más estrecho es el teatro de guerra en el que podemos confinar al enemigo, más difícil se hace el ataque, es igualmente claro en sí mismo; pero todo esto está, sin embargo, sujeto a la condición de que en este comienzo uno tenga para sí mismo la probabilidad de éxito, y que por ello no se debilite demasiado en la fuerza principal; Porque es aquí donde debe buscarse preferentemente la decisión final, ya que los apuros que surgen en la fuerza principal del enemigo son los primeros que provocan la decisión de retirarse, y la pérdida de fuerza física y moral relacionada con ello es la mayor.

Por lo tanto, la retirada hacia el interior del país debe hacerse, por regla general, con una fuerza invicta e indivisa, e ir directamente delante de la fuerza principal del enemigo, tan

lentamente como sea posible, y mediante una resistencia constante obligar al enemigo a una preparación constante para la batalla, a un cierto lujo pernicioso de precauciones tácticas y estratégicas.

Cuando ambas partes hayan llegado así al final de la línea de ataque, el defensor, si es posible, tomará su posición oblicuamente contra la dirección de esta línea, y ahora, por todos los medios a su alcance, actuará sobre la retaguardia del enemigo.

La campaña de 1812 en Rusia muestra todos estos fenómenos, y en alto grado, y los efectos de ellos como en un espejo de aumento, y aunque no fue una retirada voluntaria, puede sin embargo considerarse justificadamente desde este punto de vista, y probablemente no hay duda de que si los rusos, con el conocimiento del éxito que ahora tienen de ella, tuvieran que llevarla a cabo de nuevo exactamente en las mismas circunstancias, harían voluntariamente y con plan lo que se hizo en su mayor parte involuntariamente en 1812. Pero se estaría muy equivocado si se creyera que no hay ningún otro ejemplo de tal eficacia, y que no puede haber ninguno donde falten las dimensiones rusas.

Siempre que un ataque estratégico sin decisión de batalla ha fracasado debido a las meras dificultades de la existencia y la parte avanzada se ha visto obligada a una retirada que ha sido más o menos destructiva, se ha producido la principal condición y efecto de este tipo de resistencia, cualesquiera que hayan sido otras circunstancias modificadoras que la hayan acompañado. La campaña de Federico el Grande de 1742 en Moravia, la de 1744 en Bohemia, la campaña francesa de 1743 en Austria y Bohemia, la campaña del duque de Brunswick de 1792 en Francia, la campaña de invierno de Masséna de 1810 a 1811 en Portugal son ejemplos que muestran casos similares, pero en dimensiones y circunstancias mucho menores; Además, sin embargo, hay un inmenso número de efectos fragmentarios del tipo en que no todo el éxito, pero ciertamente una parte de él, debe atribuirse al principio que estamos afirmando aquí, pero que no mencionamos porque sería necesario un desarrollo de las circunstancias, lo que nos llevaría demasiado lejos aquí.

357

En Rusia y en los demás casos citados, el vuelco se ha producido sin que una batalla afortunada en el punto culminante diera la decisión; pero cuando tampoco cabe esperar tal efecto, sigue siendo un objeto de suficiente importancia provocar, por este modo de resistencia, un equilibrio de fuerzas que haga posible la victoria, y por esta victoria, como por una primera estocada, provocar un movimiento que tienda luego a aumentar sus efectos perniciosos según las leyes del caso.

6.26 CAPÍTULO 26: ARMAR AL PUEBLO

La guerra popular es un fenómeno del siglo XIX en la Europa cultivada. Tiene sus partidarios y sus adversarios, estos últimos ya sea por razones políticas, porque la consideran un medio revolucionario, un estado de anarquía declarado legal, que es tan peligroso para el orden social interior como para el enemigo exterior, ya sea por razones militares, porque creen que el éxito no se corresponde con la fuerza empleada. El primer punto no nos concierne aquí en absoluto, pues consideramos la guerra popular meramente como un medio de lucha, es decir, en su relación con el enemigo; el último punto, sin embargo, nos lleva a la observación de que la guerra popular debe ser considerada, en general, como una consecuencia del avance que el elemento guerrero ha hecho en nuestro tiempo a través de su antiguo cerco artificial; como una extensión e intensificación de todo el proceso de fermentación que llamamos guerra. El sistema de requisición, el aumento de los ejércitos en masas inmensas por medio de este sistema y del servicio obligatorio general, el uso de ejércitos terrestres, son todas cosas que, si se parte del antiguo sistema militar estrechamente limitado, tienden en la misma dirección, y en esta dirección se encuentra ahora también la llamada de la Landsturm o armamento del pueblo. Si la primera de estas nuevas ayudas es una consecuencia natural y necesaria de las barreras que se han derribado, y si han aumentado tan enormemente el poder de quien primero se ha servido de ellas que el otro se ha dejado llevar por ellas y también ha tenido que apoderarse de ellas, ambas cosas ocurrirán también con la guerra popular. En la generalidad de los casos, el pueblo que se sirviera de ella con entendimiento obtendría una preponderancia proporcionada sobre el que la desdeñara. Si esto es así, la única pregunta que cabe hacerse es si este nuevo fortalecimiento del elemento bélico de la humanidad es en absoluto saludable o no; una pregunta que probablemente pueda responderse del mismo modo que la pregunta sobre la guerra misma -dejamos ambas a los filósofos-. Pero también podría pensarse que las fuerzas que cuesta la guerra popular podrían emplearse con más éxito en otros medios de lucha; sin embargo, no hace falta investigar mucho para convencerse de que estas fuerzas no son en su mayor parte desechables y no pueden utilizarse arbitrariamente. Una parte esencial de ellas, a saber, los elementos morales, sólo adquieren su existencia mediante este tipo de utilización.

358

Así que ya no preguntamos: ¿cuál es el coste para este pueblo de la resistencia ofrecida por toda una nación con las armas en la mano? Sino que preguntamos: ¿qué influencia puede tener esta resistencia, cuáles son sus condiciones y cómo se utiliza?

El hecho de que tal resistencia distribuida no sea adecuada para el efecto de grandes golpes concentrados en el tiempo y en el espacio es evidente por la naturaleza de la cosa. Su efecto, como en la naturaleza física el proceso de evaporación, depende de la superficie. Cuanto mayor es la superficie y el contacto en que se encuentra con el ejército enemigo, es decir, cuanto más se extiende, mayor es el efecto del armamento popular. Destruye los cimientos del ejército enemigo como una brasa que arde silenciosamente. Como tarda en alcanzar su éxito, se produce un estado de tensión mientras ambos elementos actúan uno sobre el otro, que o bien se disipa gradualmente cuando la guerra popular es sofocada en lugares individuales y se extingue lentamente en otros, o bien conduce a una crisis cuando las llamas de esta conflagración general estallan sobre el ejército enemigo y le obligan a evacuar el país antes de su propia destrucción completa. Que esta crisis se produzca por una mera guerra popular presupone o bien una superficie del imperio capturado como no tiene ningún Estado europeo, salvo Rusia, o bien una desproporción entre el ejército invasor y la superficie del país que no se da en la realidad. Por tanto, si no se quiere perseguir un fantasma, hay que concebir la

guerra popular en conexión con la guerra de un ejército permanente, y ambas unidas por un plan que abarque la totalidad.

Las condiciones en las que sólo la guerra popular puede llegar a ser efectiva son las siguientes:

1. que la guerra se libra dentro del país,
2. que no se decidiría por una sola catástrofe;
3. que el escenario de la guerra ocupe una extensión considerable de terreno;
4. que el carácter del pueblo apoye la medida;
5. que el terreno es muy recortado e inaccesible, bien por las montañas, bien por los bosques y pantanos, bien por la naturaleza del cultivo del suelo.

El hecho de que la población sea grande o pequeña no supone ninguna diferencia, ya que lo que menos falta es gente. Que los habitantes sean ricos o pobres tampoco es exactamente decisivo, o al menos no debería serlo, pero no se puede negar que una clase pobre de gente, acostumbrada al trabajo extenuante y a las privaciones, también tiende a ser más belicosa y vigorosa,

Una peculiaridad del país que favorece inmensamente el efecto de la guerra popular es el cultivo disperso de viviendas, como se encuentra en muchas provincias de Alemania. El país se hace así más diseminado y disimulado, los caminos se hacen peores, aunque más numerosos, el alojamiento de las tropas tiene infinitas dificultades, y sobre todo se repite a pequeña escala la peculiaridad que la guerra popular tiene a gran escala, a saber, que el principio resistente está presente en todas partes y en ninguna. Si los habitantes viven juntos en aldeas, las más revoltosas son ocupadas por las tropas o, como castigo, saqueadas, incendiadas, etc., pero esto no puede hacerse en una aldea westfaliana.

359

El empleo de la Landsturm y de las masas armadas del pueblo no puede ni debe dirigirse contra la fuerza principal del enemigo, ni siquiera contra cuerpos considerables; no debe aplastar el núcleo, sino sólo roer la superficie, los perímetros. Debe levantarse en aquellas provincias que se encuentran a un lado del teatro de la guerra y donde la fuerza atacante no puede llegar con poder para retirar estas provincias por completo de su influencia. Estas nubes meteorológicas, que se amontonan lateralmente, deben alejarse detrás de él en proporción a la medida en que avance. Donde aún no hay enemigo alguno, no falta valor para armarse contra él, y con este ejemplo se inflama poco a poco la masa de los habitantes vecinos. Así, el fuego se extiende como una llamarada en el brezal, y al final golpea el suelo sobre el que se asienta el atacante; se apodera de su línea de comunicación y corroe los hilos vitales de su existencia. Porque aunque no se tengan nociones exageradas de la omnipotencia de la guerra popular, aunque no se la considere un elemento inagotable e indomable, al que el mero poder del ejército no puede mandar a parar más de lo que el hombre puede mandar al viento o a la lluvia, en resumen, aunque no se base el juicio en panfletos oratorios, hay que admitir que los campesinos armados no pueden ser conducidos ante ellos como un destacamento de soldados, que se mantienen unidos como un rebaño y suelen seguir sus narices, mientras que éstos, destrozados, se dispersan en todas direcciones sin necesidad de un plan artificial. Esto confiere un carácter muy peligroso a la marcha de todo pequeño destacamento en una región montañosa, boscosa o muy cortada por otros motivos, pues en cualquier momento la marcha puede convertirse en una escaramuza, y si durante mucho tiempo no se ha vuelto a hablar de una fuerza enemiga, los mismos campesinos pueden aparecer en cualquier momento al final de una columna que la cabeza de la misma había alejado hacía tiempo. Si se habla de estropear los caminos y bloquear las calles estrechas, los medios empleados por las avanzadas o cuerpos del ejército se relacionan con los provocados por una masa enfurecida de campesinos tanto como los movimientos de un autómatas se relacionan con los de un hombre. El enemigo no

tiene otro medio de contrarrestar los efectos de la Landsturm que enviar muchas tropas para escoltar sus suministros, ocupar los puestos militares, los pasos, los puentes, etc. Las primeras tentativas de la Landsturm se hicieron de la misma manera que las de las masas campesinas. Así como los primeros intentos de la Landsturm serán pequeños, así también estas bandas enviadas serán débiles, porque se teme la gran fragmentación de las fuerzas; sobre estas bandas débiles tiende entonces a encenderse aún más el fuego de la guerra popular, se hace su amo en algunos lugares a través de la multitud, crecen el valor y el deseo, y aumenta la intensidad de esta lucha hasta que se acerca el punto culminante, que ha de decidir el desenlace.

360

Según nuestra concepción de la guerra popular, ésta debe, como una niebla y un nubarrón, confluir en ninguna parte en un cuerpo que resista; de lo contrario, el enemigo dirige una fuerza apropiada sobre este núcleo, lo destruye y hace un gran número de prisioneros; entonces el valor se hunde, todo cree que la cuestión principal está decidida, un nuevo esfuerzo es vano y las armas caen de las manos del pueblo. Desde el otro lado, sin embargo, todavía es necesario que esta niebla se reúna en masas más densas en ciertos puntos y forme nubes amenazadoras, de las que pueda salir una vez un poderoso rayo. Estos puntos se encuentran principalmente en las alas del teatro de guerra enemigo, como ya hemos dicho. Allí el armamento popular debe unirse en un conjunto mayor y más ordenado, con una pequeña adición de tropas permanentes, de modo que adquiera ya la apariencia de un ejército ordenado y pueda aventurarse en empresas de mayor envergadura. A partir de estos puntos, la intensidad del asalto terrestre debe disminuir hacia la retaguardia del enemigo, donde está expuesto a sus golpes más fuertes. Estas masas más densas están destinadas a caer sobre las guarniciones más considerables que el enemigo hace retroceder; además, infunden miedo y aprensión, aumentan la impresión moral del conjunto; sin ellas el efecto total no sería poderoso y el conjunto no llegaría a ser suficientemente alarmante para el enemigo.

La disposición arbitraria del armamento del pueblo es más fácil de realizar por el comandante a través de las pequeñas tropas del ejército permanente, con las que apoya la tormenta del país. Sin ese apoyo alentador de algunas tropas del ejército permanente, los habitantes carecerán por lo general de confianza y de impulso para tomar las armas. Ahora bien, cuanto más fuertes sean las tropas designadas para ello, más fuerte será la atracción, mayor será la avalancha que se producirá. Pero esto tiene su límite: porque en parte sería pernicioso dispersar todo el ejército para este propósito subordinado, disolverlo, por así decirlo, en el Landsturm, y formar así una línea de defensa extendida, débil en todas partes, por lo que se podría estar seguro de que el ejército y el Landsturm serían igualmente completamente destruidos; en parte, también, la experiencia parece enseñar que cuando demasiadas tropas regulares están presentes en la provincia, la guerra popular tiende a disminuir en energía y eficacia; la causa es, en primer lugar, que demasiadas tropas enemigas son así atraídas a la provincia, en segundo lugar, que los habitantes quieren ahora confiar en sus propias tropas permanentes, en tercer lugar, que la presencia de masas considerables de tropas exige demasiado de las fuerzas de los habitantes de otra manera: a saber, a través de acuartelamiento, transportes, entregas, etc.

El otro medio de impedir que el enemigo reaccione con demasiada eficacia contra la guerra popular constituye también un principio fundamental en su empleo; es el principio de no permitir nunca o casi nunca que se produzca una defensa táctica en este gran medio estratégico de defensa. El carácter de una *batalla de Landsturm* es el de todas las batallas con masas inferiores de tropas: gran violencia y calor en la preparación, pero poca sangre fría y poca sostenibilidad en la duración. Además, poco importa que una masa de Landsturm sea derrotada y expulsada, pues para eso está preparada, pero no debe arruinarse con un inmenso número de muertos, heridos y prisioneros; tales derrotas aplastarían pronto las brasas. Estas dos peculiaridades, sin embargo, son totalmente contrarias a la naturaleza de la defensa

táctica. La batalla de la defensa exige una acción sostenida, lenta, planificada y una audacia resuelta; un mero intento, que uno puede abandonar tan rápidamente como quiera, nunca puede conducir al éxito en la defensa. Por lo tanto, si el Landsturm debe asumir la defensa de un sector del terreno, nunca debe llegar a un enfrentamiento defensivo principal decisivo; entonces perecerá, por muy favorables que le sean las circunstancias. Puede y debe, por tanto, defender las entradas de una montaña, los terraplenes de un pantano, los cruces de un río, mientras le sea posible hacerlo, pero, una vez traspasados, debe preferir dispersarse y proseguir su defensa con ataques insospechados antes que agruparse y confinarse en un estrecho y último refugio, en una posición defensiva formal. - Por valiente que sea un pueblo, por belicosas que sean sus costumbres, por grande que sea su odio al enemigo, por favorable que sea su suelo: es innegable que la guerra popular no puede sostenerse en una atmósfera de peligro demasiado densa. Por lo tanto, si su combustible ha de acumularse en alguna parte hasta convertirse en una brasa significativa, debe ser en puntos más distantes donde tenga aire y no pueda ser aplastada de un gran golpe.

361

Después de estas consideraciones, que son más un presentimiento de la verdad que una disección objetiva, porque el tema ha existido muy poco y ha sido muy poco expuesto por quienes lo han observado largamente con sus propios ojos, sólo nos queda decir que el plan estratégico de defensa puede incorporar la participación del armamento popular de dos maneras diferentes, a saber: como último auxilio después de una batalla perdida o como auxilio natural antes de que se libere una batalla decisiva. Esta última presupone la retirada al interior del país y ese modo indirecto de reacción del que hemos hablado en los capítulos octavo y vigésimo cuarto de este libro. Aquí, pues, sólo tenemos unas palabras que decir sobre el despliegue de la Landsturm después de una batalla perdida.

Ningún Estado debe creer que su destino, es decir, toda su existencia, depende de una batalla, aunque sea la más decisiva. Si es derrotado, la reunión de nuevas fuerzas propias y el debilitamiento natural que sufre todo ataque con el paso del tiempo pueden provocar un vuelco, o puede recibir ayuda del exterior. Todavía hay tiempo para morir, y del mismo modo que es un instinto natural del que perece agarrarse a un clavo ardiendo, también está en el orden natural del mundo moral que un pueblo intente los últimos medios para su salvación cuando se ve arrojado al borde del abismo.

Por pequeño y débil que sea un Estado en relación con su enemigo, no debe ahorrarse estos últimos esfuerzos, o habría que decir que no queda alma en él. Esto no excluye la posibilidad de salvarse de la ruina total mediante una paz sacrificada, pero tal intención no excluye a su vez la utilidad de nuevas medidas defensivas; éstas no hacen la paz más difícil ni peor, sino más fácil y mejor. Son aún más necesarias cuando se espera la ayuda de quienes están interesados en nuestra preservación. Un gobierno, pues, que, después de haber perdido la batalla principal, sólo piensa en dejar que el pueblo suba rápidamente al lecho de la paz, y que, vencido por el sentimiento de una gran esperanza fallida, no siente ya en sí mismo el valor y el deseo de espolear todas sus fuerzas, comete en todo caso una gran inconsecuencia por debilidad, y demuestra que no era digno de la victoria, y que por eso mismo tal vez no era capaz de ella en absoluto.

362

Por decisiva que sea la derrota experimentada por un Estado, la retirada del ejército hacia el interior del país debe, no obstante, hacer efectivas las fortalezas y el armamento popular. A este respecto, es ventajoso que las alas del teatro principal de la guerra estén limitadas por montañas o regiones muy difíciles, que ahora destacan como bastiones, cuyo fuego estratégico de flanco debe soportar el ejército que avanza.

Cuando el vencedor está en medio de su trabajo de asedio, cuando ha dejado fuertes guarniciones por todas partes para formar su línea de comunicación, o incluso ha enviado cuerpos para despejar sus codos y mantener en orden las provincias vecinas, cuando ya está

CAPÍTULO 6. Libro Sexto: Defensa

6.26 Armar al pueblo

debilitado por las múltiples pérdidas de combatientes vivos y muertos, entonces es el momento en que el ejército defensor debe entrar una vez más en la refriega y mediante un empuje bien calculado hacer tambalearse al atacante en su posición coercitiva.

6.27 CAPÍTULO 27: DEFENSA DE UN TEATRO DE GUERRA

Tal vez podríamos contentarnos con haber hablado de los *medios de defensa más importantes*, y tocar la forma en que éstos están conectados con el plan de defensa en su conjunto sólo en el último libro, cuando hablamos del plan de guerra; porque no sólo cada plan subordinado de ataque y defensa procederá de éste y estará determinado en sus lineamientos principales, sino que en muchos casos el plan de guerra mismo no será otra cosa que el ataque o la defensa en el teatro principal de la guerra. Pero no hemos podido comenzar en absoluto con el todo de la guerra, aunque en la guerra más que en ninguna otra parte las partes están determinadas por el todo y están impregnadas y esencialmente cambiadas por el carácter de este último, sino que primero hemos tenido que tomar conciencia más claramente de los objetos individuales como de partes arrancadas. Sin este progreso de lo más simple a lo más compuesto, nos veríamos abrumados por una masa de ideas indeterminadas, y especialmente las interacciones que son tan múltiples en la guerra habrían confundido constantemente nuestras ideas. Así pues, acerquémonos primero al conjunto por un paso más, es decir, consideremos la defensa de un teatro de guerra en sí y por sí misma y busquemos el hilo en el que puedan engarzarse los objetos tratados.

Según nuestra concepción, la defensa no es más que la forma más fuerte de la lucha. La preservación de las propias fuerzas, la destrucción de las del enemigo, en una palabra, la victoria, es el objeto de esta lucha; pero hay que reconocer que no es el fin último. La preservación del propio estado y la derrota del enemigo es este fin, y de nuevo en una palabra: la pretendida paz, porque en ella este conflicto se equilibra y termina en un resultado común.

363

¿Qué significa el Estado enemigo en relación con la guerra? En primer lugar su fuerza armada, luego su superficie; pero, por supuesto, hay también muchas otras cosas que pueden adquirir una importancia predominante por circunstancias individuales; en particular, pertenecen a esto las condiciones políticas externas e internas, que a veces deciden más que todo lo demás. Pero aunque la fuerza armada y la superficie del Estado enemigo no sean el Estado mismo, y aunque esto no agote todas las relaciones que el Estado puede tener con la guerra, esos dos objetos siguen siendo, sin embargo, los siempre *predominantes*, por lo general *infinitamente superiores en importancia* a todas las demás relaciones. La fuerza armada está para proteger el propio territorio del Estado, para conquistar el del enemigo, pero el territorio nutre y regenera constantemente a la fuerza armada. Ambas, por tanto, dependen la una de la otra, se apoyan mutuamente, son igualmente importantes la una para la otra. Pero hay una diferencia en su relación recíproca. Si la fuerza armada es destruida, es decir, derribada, incapacitada para seguir resistiendo, entonces la pérdida de la tierra sigue eo ipso; pero no a la inversa, la destrucción de la fuerza armada sigue a la conquista de la tierra, ya que ésta puede desalojar voluntariamente la tierra para conquistarla después con mayor facilidad. Sí, no sólo la derrota completa de la fuerza armada decide el destino del país, sino que todo *debilitamiento considerable de ésta* conduce regularmente a una pérdida de tierras; por otra parte, no toda pérdida considerable de tierras conduce regularmente a un debilitamiento considerable de la fuerza armada; por la duración, sin duda, pero no siempre dentro del período en que recae la decisión de la guerra.

De esto se deduce que la preservación y destrucción de la fuerza armada debe tener siempre prioridad sobre la posesión del país, es decir, que el comandante debe luchar primero por ella, y que la posesión del país sólo se impone como fin allí donde *ese medio no lo cubre plenamente*.

Si todas las fuerzas enemigas estuvieran reunidas en *un solo* ejército, y si toda la guerra consistiera en *un solo* combate, la posesión del país dependería del resultado de ese combate; la destrucción de las fuerzas enemigas, la conquista del país enemigo y la seguridad del propio se derivarían de él y serían, por así decirlo, idénticas a él. Ahora surge la pregunta: ¿qué es lo primero que puede inducir al defensor a apartarse de esta forma más simple del acto bélico y distribuir su poder en el espacio? La respuesta es la insuficiencia de la victoria que podría obtener con un poder unido. Toda victoria tiene su esfera de acción. Si ésta se extiende sobre todo el Estado enemigo, es decir, sobre toda su fuerza armada y superficie del país, es decir, si todas las partes son arrastradas en el mismo movimiento que hemos dado al núcleo de su poder, entonces tal victoria es todo lo que necesitamos, y una división de nuestro poder carecería de razón suficiente. Pero si hay partes del poderío bélico del enemigo y de los países de cada uno sobre las cuales nuestra victoria ya no tendría ningún poder, entonces debemos tener en cuenta especialmente estas partes, y como no podemos reunir el área de los países en un punto como el poderío bélico, debemos dividirlos para la defensa de aquellos.

Sólo en el caso de estados pequeños y redondeados es posible y probable tal unidad de poder bélico que todo dependa de la victoria sobre *ellos*. En el caso de grandes masas de países que nos tocan en gran escala, o incluso en el caso de una alianza de tales estados contra nosotros, que nos rodean por varios lados, tal unidad es prácticamente imposible. Aquí, por lo tanto, surgirán necesariamente divisiones de poder y con ellas diversos escenarios de guerra.

La esfera de acción de una victoria dependerá naturalmente de la *magnitud de la* misma y ésta de la masa *de las tropas vencidas*. Así, contra *la* parte donde se concentra la mayor parte de las fuerzas enemigas, se puede hacer *aquel empuje* cuyos efectos afortunados llegarán más lejos; y estaremos más seguros de este éxito cuanto mayor sea la masa de nuestras propias fuerzas que utilicemos para este empuje. Esta serie natural de ideas nos conduce a un cuadro en el que podemos establecerlo más claramente; es la naturaleza y el efecto del centro de gravedad en mecánica.

364

Así como el centro de gravedad se encuentra siempre donde se reúne la mayor masa, y así como todo empuje es más eficaz contra el centro de gravedad de la carga, y así como, además, el empuje más fuerte se recibe con el centro de gravedad de la fuerza, así sucede también en la guerra. Las fuerzas armadas de todo beligerante, ya sea un Estado individual o una alianza de Estados, tienen una cierta unidad y a través de ésta cohesión; pero donde hay cohesión, allí se producen las analogías del centro de gravedad. Hay, pues, ciertos centros de gravedad en estas fuerzas cuyo movimiento y dirección determinan los demás puntos, y estos centros de gravedad se encuentran allí donde la mayoría de las fuerzas están juntas. Pero así como en el mundo muerto del cuerpo el efecto contra el centro de gravedad tiene su medida y su límite en la coherencia de las partes, lo mismo ocurre en la guerra, y aquí como allí un impacto puede fácilmente llegar a ser mayor de lo que la resistencia puede soportar, y así puede surgir una ráfaga de aire, un derroche de fuerza.

¿Qué diferente es la cohesión del ejército de *una bandera*, que es conducido a la batalla por el mando personal de *un* comandante, y la de una *fuerza de guerra aliada*, que se extiende a lo largo de 50 o 100 millas, o incluso tiene su base en bandos muy diferentes! Allí la conexión debe ser considerada como la más fuerte, la unidad como la más estrecha; aquí la unidad es muy remota, a menudo sólo está presente en la intención política común, y allí también sólo de manera pobre e imperfecta, y la conexión de las partes suele ser muy débil, a menudo bastante ilusoria.

Si, pues, por una parte, la fuerza que queremos dar al empuje exige la mayor unificación de potencia, por otra, debemos temer toda exageración como un verdadero inconveniente, porque conduce a un derroche de fuerza, y éste, a su vez, a una *falta de fuerza* en otros puntos.

Distinguir estos centra gravitatis en el poder bélico del enemigo, reconocer sus esferas de acción, es por tanto un acto principal de juicio estratégico. En efecto, hay que preguntarse siempre qué efectos producirán sobre los demás la acción y la retirada de una parte de las fuerzas mutuas.

No creemos haber inventado un método nuevo, sino que sólo hemos basado el método de todos los tiempos y generales en ideas que deberían hacer más clara su conexión con la naturaleza de las cosas.

Cómo esta idea del centro de gravedad del poder del enemigo se hace efectiva en todo el plan de guerra, lo consideraremos en el último libro, pues es allí donde el tema pertenece en primer lugar, y lo hemos tomado prestado de allí sólo para no dejar un vacío en la serie de introducciones. En esta consideración hemos visto lo que determina la distribución de las fuerzas armadas en general. Básicamente, hay dos intereses opuestos; uno, la *posesión del país*, se esfuerza por distribuir las fuerzas armadas; el otro, el *empuje contra el centro de gravedad de la potencia enemiga*, las vuelve a unir hasta cierto punto.

Así es como surgen los teatros de guerra o zonas individuales del ejército. Son, de hecho, tales demarcaciones de la superficie del país y de las fuerzas armadas distribuidas sobre él que cada decisión dada por la fuerza principal de esta zona se extiende directamente sobre el conjunto y lo arrastra en su dirección. Decimos *directamente*, porque la decisión de un teatro de guerra debe tener naturalmente una influencia más o menos remota sobre sus vecinos.

365

Que aquí, como en todas partes, en nuestras definiciones sólo tocamos los puntos medios de determinadas áreas de concepción, que no queremos ni podemos trazar líneas nítidas en torno a los límites, debemos recordarlo expresamente de nuevo, aunque ya está en la naturaleza de las cosas.

Creemos, por tanto, que un teatro de guerra, por grande o pequeño que sea, con su fuerza armada, sea cual sea su tamaño, representa una unidad de este tipo que puede remontarse a *un* centro de gravedad. Es en este centro de gravedad donde debe tomarse la decisión, y salir victorioso aquí significa, en el sentido más amplio, defender el teatro de guerra.

6.28 CAPÍTULO 28: CONTINUACIÓN

Pero la defensa consta de dos elementos diferentes, a saber, la *decisión* y la *espera*. La combinación de estos dos elementos será el tema de este capítulo.

En primer lugar, hay que decir que el estado de espera no es la defensa acabada, sino la zona de ésta en la que avanza hacia su objetivo. Mientras una fuerza no abandone la región que le ha sido confiada, continúa la tensión de fuerzas en que el ataque coloca a ambas partes; sólo la decisión trae la calma, y esta decisión, cualquiera que sea, sólo debe considerarse como dada cuando el atacante o el defensor han abandonado el teatro de la guerra.

Mientras una fuerza armada mantiene su terreno en su territorio, su defensa del mismo perdura, y en este sentido la defensa del teatro de la guerra es idéntica a la defensa en *él*. Que el enemigo haya tomado mucho o poco de su territorio por el momento es irrelevante, pues sólo se lo presta.

Pero este modo de concepción, por el cual queremos establecer el estado de espera en su relación adecuada con el todo, sólo es verdadero si realmente se va a dar una decisión y es considerada como inevitable por ambas partes. Porque sólo a través de esta decisión los centros de poder mutuo y los teatros de guerra que emanan de ellos se convierten en *cosas efectivas*. Tan pronto como se elimina la idea de una decisión, los centros de gravedad se neutralizan, de hecho, en cierto sentido, todas las fuerzas armadas se convierten en eso, y ahora, por lo tanto, la posesión de la zona terrestre, que constituye el segundo elemento principal de todo el teatro de la guerra, se impone inmediatamente como un fin. En otras palabras, cuanto menos en una guerra se buscan los golpes decisivos por ambas partes, cuanto más se trata de una mera observación mutua, tanto más importante se vuelve la posesión del terreno, tanto más se esfuerza el defensor por cubrirlo todo directamente, tanto más el atacante por extenderse en el avance.

366

Ahora bien, no se puede negar que la gran mayoría de las guerras y campañas están mucho más cerca de un estado puramente observacional que de una lucha a muerte, es decir, una lucha en la que al menos uno de los dos bandos busca desesperadamente una decisión. Sólo las guerras del siglo XIX han tenido este último carácter en un grado tan elevado que ha sido posible hacer uso de una teoría basada en él. Pero como todas las guerras futuras difícilmente tendrán este carácter, y como es más bien de esperar que la mayoría se incline de nuevo hacia el carácter de observación, una teoría que quiera ser adecuada para la vida real debe tener esto en cuenta. Trataremos, pues, en primer lugar, del caso en que el pensamiento de una decisión impregna y guía el conjunto, que es el caso de la guerra real, si podemos expresarlo así, absoluta, y luego, en otro capítulo, consideraremos las modificaciones que surgen por la aproximación más o menos grande al estado de observación.

En el primer caso, pues, en el que o bien debemos esperar una decisión del atacante, o bien la buscamos nosotros mismos, pues ambas cosas son lo mismo para nosotros aquí, la defensa de un teatro de guerra consistirá en mantener nuestro terreno en él de tal manera que podamos dar la decisión en cualquier momento con ventaja. Esta decisión puede consistir en una batalla, puede consistir en una serie de otros grandes enfrentamientos, pero también puede consistir en el resultado de meras proporciones derivadas de la disposición de las fuerzas mutuas, es decir, de *posibles enfrentamientos*.

Aunque la batalla no fuera el medio de decisión más noble, más habitual y más eficaz, como creemos haber demostrado ya en varias ocasiones, bastaría con que perteneciera a los medios de decisión en general, para exigir la *más fuerte unificación de fuerzas* que las circunstancias sólo permiten. Una batalla principal en el teatro de la guerra es el empuje del

centro de gravedad contra el centro de gravedad; cuantas más fuerzas podamos reunir en el nuestro, más seguro y mayor será el efecto. Por lo tanto, todo empleo parcial de fuerzas que no esté motivado por un propósito que, o bien no pueda alcanzarse por sí mismo en la feliz batalla, o bien condicione el feliz resultado de la batalla misma, es *censurable*.

Pero no sólo la mayor unidad de las fuerzas es la condición básica, sino también una posición y situación tales de ellas que puedan dar batalla en las circunstancias ventajosas apropiadas.

as diversas etapas de la defensa, que conocimos en el capítulo sobre los tipos de resistencia, son completamente homogéneas con estas condiciones básicas, por lo que no puede ser difícil vincularlas a ellas según las necesidades de cada caso. Pero hay un punto que a primera vista parece un contrasentido, y que necesita tanto más desarrollo cuanto que es uno de los más importantes en la defensa, y es el golpe al centro de gravedad del enemigo.

i el defensor aprende con suficiente antelación por qué caminos avanzará el enemigo y en cuáles, en particular, se encontrará infaliblemente el núcleo de su poder, podrá enfrentarse a él por este camino. Este será el caso habitual, pues aunque, en las medidas generales, en el establecimiento de plazas fijas, en las grandes derrotas de las armas y en el estado de paz de las fuerzas armadas, la defensa precede al ataque y se convierte así en su principio rector, sin embargo, en la apertura real del acto, con respecto a la potencia que avanza en el campo, la defensa se encuentra ya en la ventaja de la retaguardia, que le es propia en general.

367

Avanzar con una fuerza considerable en territorio enemigo requiere considerables preparativos previos en la acumulación de alimentos, reservas de equipo, etc., que requieren tiempo suficiente para dar tiempo al defensor a adaptarse a ellos, sin pasar por alto el hecho de que el defensor necesita menos tiempo en absoluto, porque en todos los Estados las cosas se preparan más para la defensa que para el ataque.

Pero aunque esto sea perfectamente cierto para la mayoría de los casos, siempre queda la posibilidad de que en un caso particular el defensor no esté seguro de la línea principal de avance del enemigo, y este caso es tanto más probable si la defensa se basa en medidas que en sí mismas cuestan mucho tiempo, por ejemplo, el establecimiento de una posición firme, etc. Además, si el defensor está realmente en su línea de avance, el atacante puede, en todos los casos en que éste no le dé una batalla ofensiva, salir del camino de la posición que ha tomado con sólo cambiar un poco su dirección original, pues en la Europa cultivada nunca estamos colocados en una posición tal que no haya caminos a derecha e izquierda que pasen por delante de nosotros. Obviamente, en este caso, el defensor no podía esperar a su oponente en una posición, al menos no con la intención de dar batalla allí.

Pero antes de hablar de los medios de que dispone el defensor en este caso, debemos examinar más detenidamente la naturaleza de un caso así y la probabilidad de que se produzca.

Por supuesto, en cada Estado y también en cada teatro de guerra, de los que por el momento sólo tenemos que hablar nosotros, hay objetos y puntos sobre los que un ataque será preferentemente eficaz. Nos parece más apropiado hablar de ellos de manera más específica y detallada en el caso de un ataque. Aquí nos limitaremos a sostener que si el objeto y el punto más ventajosos del ataque se convierten para el atacante en un factor determinante de la dirección de su empuje, este factor determinante debe tener también un efecto sobre el defensor y guiarle en los casos en que no conozca las intenciones del enemigo. Si el atacante no tomara esta mejor dirección, perdería parte de sus ventajas naturales. Vemos que si el defensor sigue esta dirección, el medio de eludirlo y pasar de largo no se obtiene gratuitamente, sino que cuesta un sacrificio. De esto se deduce, pues, que por un lado el peligro del defensor de *errar la dirección de su adversario*, y por otro la capacidad del atacante de pasar a *su adversario*, no son ambos tan grandes como parecen a primera vista, porque ya

existe una cierta razón, generalmente predominante, para una u otra dirección, y que en consecuencia el defensor, con sus facilidades atadas al lugar, no errará el núcleo del poder del enemigo en la mayoría de los casos. En otras palabras: si el defensor *se ha posicionado correctamente, normalmente puede estar seguro de que el enemigo le buscará*.

Pero esto no niega, ni puede negar, la posibilidad de que los esfuerzos del defensor no alcancen en algún momento al atacante, por lo que se plantea la cuestión de qué debe hacer y cuántas de las ventajas reales de su posición le quedarán.

Si nos preguntamos qué caminos le quedan a un defensor al que pasa el atacante, son los siguientes:

368

1. Dividir el propio poder de forma innata, para golpear al enemigo con una parte y luego acudir en su ayuda con el resto.
2. tomar una posición con la fuerza combinada y, si el enemigo pasa, avanzar rápidamente hacia un lado. En la mayoría de los casos, tal avance no puede hacerse exactamente de lado, sino que la nueva posición debe tomarse un poco más atrás.
3. Atacar al adversario por el costado con fuerza unida;
4. actuar sobre sus líneas de conexión:
5. contraatacando su teatro de guerra, para hacer exactamente lo que hace el enemigo pasándonos por encima.

Mencionamos aquí este último remedio porque se puede imaginar el caso en que sería eficaz; pero dado que contradice básicamente la intención de la defensa, es decir, las razones por las que se eligió, sólo puede considerarse como una anomalía que sólo grandes errores del oponente u otras peculiaridades del caso individual pueden provocar.

El efecto sobre la línea de comunicación del enemigo presupone una superioridad de la nuestra, y ésta, sin embargo, es una de las condiciones básicas de una buena posición defensiva. Pero aunque este efecto prometiera siempre cierta ventaja al defensor, rara vez es adecuado en la defensa de un mero teatro de guerra para dar la *decisión* que hemos supuesto como propósito de la campaña.

Las dimensiones en un mismo teatro de guerra no suelen ser tan grandes como para que las líneas de comunicación tuvieran una gran sensibilidad, y aunque la tuvieran, el tiempo que necesita el enemigo para ejecutar su golpe suele ser demasiado corto como para que se vea inhibido por la lenta eficacia de ese medio.

Así que este remedio será completamente ineficaz en la mayoría de los casos contra un oponente que está decidido a tomar una decisión, así como cuando nosotros mismos deseamos fuertemente esta decisión.

Los otros tres medios que le quedan al defensor están orientados hacia una decisión inmediata, hacia un encuentro del centro de gravedad con el centro de gravedad; son, por tanto, más apropiados para la tarea. Pero sólo queremos decir desde el principio que damos al tercero una gran ventaja sobre los otros dos y, sin rechazarlos completamente, consideramos que son el verdadero medio de resistencia en la mayoría de los casos.

Con una formación dividida, se corre el peligro de enredarse en una guerra de postas, en la que, en el mejor de los casos, no puede resultar más que una *resistencia relativa significativa* contra un adversario decidido, pero no una decisión como la que pretendemos; pero incluso si se ha sabido evitar esta desviación mediante un tacto correcto, nuestro empuje siempre se verá notablemente debilitado por la resistencia dividida preliminar, y nunca se puede estar seguro de si el cuerpo avanzado en primer lugar no sufrirá pérdidas desproporcionadas. Además, la resistencia de estos cuerpos, que suele terminar con una retirada hacia la fuerza

principal que se precipita, suele aparecer ante las tropas a la luz de las batallas perdidas y las medidas fracasadas, y de este modo debilita notablemente las fuerzas morales.

369

El segundo medio, presentarse al enemigo con la fuerza unida en una posición, donde éste quiere evadirse, pone a uno en peligro de llegar demasiado tarde y quedar así atrapado entre dos medidas. Además, una batalla defensiva requiere calma, deliberación, conocimiento, incluso familiaridad con la zona, y todo esto no puede esperarse de un avance precipitado. Por último, las posiciones que forman un buen campo de batalla defensivo son demasiado raras para poder asumirlas en todos los caminos y en todos los puntos.

En cambio, el tercer medio, es decir, atacar al atacante por el costado, es decir, darle batalla con un frente afín, va acompañado de grandes ventajas.

En primer lugar, como sabemos, siempre hay una exposición de las líneas de comunicación, aquí de las líneas de retirada, y es ya en las circunstancias generales del defensor, pero pronto especialmente en las cualidades estratégicas que hemos exigido de su formación, que el defensor estará en ventaja.

Además, y esto es lo principal, todo atacante que quiere pasar a su adversario está implicado en dos esfuerzos totalmente opuestos. Originalmente quiere avanzar para alcanzar el objeto del ataque; pero la posibilidad de ser atacado por el lado en cualquier momento crea la necesidad de dirigir un empuje hacia este lado en cualquier momento, y eso un empuje con poder unido. Estos dos esfuerzos se contradicen entre sí y producen tal enredo de condiciones internas, tal dificultad de medidas, si han de ajustarse a todos los casos, que estratégicamente difícilmente puede haber una situación más indeseable. Si el atacante supiera con certeza el punto y el momento en que va a ser atacado, podría prepararlo todo para ello con arte y habilidad, pero en la incertidumbre al respecto y en la necesidad de avanzar, difícilmente puede fallar que, cuando llegue la batalla, se encuentre en condiciones extremadamente mal montadas y, por tanto, ciertamente nada ventajosas.

Por lo tanto, si hay momentos favorables para que un defensor se lance a una batalla ofensiva, sin duda son los primeros que deben esperarse en tales circunstancias. Si a esto añadimos que el defensor tiene a su disposición el conocimiento de la elección de la zona, y que puede preparar e iniciar sus movimientos, no podemos dudar de que incluso en estas circunstancias sigue manteniendo una superioridad estratégica decisiva sobre su adversario.

Creemos, por tanto, que un defensor que se encuentre en una posición bien situada con una fuerza unida puede esperar tranquilamente el paso del enemigo, y que si éste no le busca en su posición, y si el efecto sobre su línea de comunicación no correspondiera a las circunstancias, le queda un excelente medio de decisión en el ataque lateral.

Si los casos de este tipo están casi totalmente ausentes de la historia, se debe en parte a que los defensores rara vez han tenido el valor de perseverar en tal posición, sino que se han dividido o se han adelantado apresuradamente al atacante mediante marchas cruzadas y diagonales, o precisamente porque ningún atacante se atreve a adelantar a un defensor en tales circunstancias, y que el movimiento del defensor suele quedar estancado como consecuencia de ello.

370

En este caso, por tanto, el defensor se ve obligado a librar una batalla de ataque; debe prescindir de las otras ventajas de la *espera*. La situación en la que encuentra al enemigo que avanza no puede, en la generalidad de los casos, reemplazar enteramente estas ventajas; pues es precisamente para evitarlas por lo que el atacante se ha expuesto a esta situación; pero siempre le ofrece un cierto sustituto, y la teoría no se encuentra aquí, por tanto, en el caso de ver desaparecer de golpe una magnitud del cálculo, de ver entrecruzarse el pro y el contra, como sucede tan a menudo cuando los historiadores críticos insertan un fragmento de teoría.

Pero no piensen que se trata aquí de argucias lógicas; al contrario, cuanto más se examina prácticamente, más parece este tema una idea que abarca todo el sistema de defensa, que está en todas partes y lo regula.

Sólo si el defensor está decidido a atacar a su adversario con todas sus fuerzas en cuanto se cruce con él, podrá evitar con seguridad los dos precipicios a los que tan estrechamente conduce la defensa, a saber, la formación dividida y el avance precipitado. En ambos acepta la ley del atacante; en ambos recurre a medidas de la mayor necesidad y de la más peligrosa precipitación, y allí donde un adversario decidido, sediento de victoria y decisión, se ha encontrado con tal sistema de defensa, lo ha hecho añicos. Pero si el defensor ha reunido su poder para golpear conjuntamente en el punto justo, si está decidido a atacar a su adversario por el lado con este poder en el peor de los casos, está y permanece en su *derecho* y apoyado por todas las ventajas que la defensa puede ofrecerle en su situación. *Buena preparación, calma, seguridad, unidad y sencillez* serán el carácter de su acción.

No podemos evitar recordar aquí un gran acontecimiento histórico que toca de cerca los conceptos aquí desarrollados, principalmente para evitar una referencia errónea al mismo.

En octubre de 1806, cuando el ejército prusiano esperaba al francés al mando de Bonaparte en Turingia, el primero se encontraba entre los dos caminos principales por los que el segundo podía avanzar, a saber, el que pasaba por Erfurt y el que pasaba por Hof hacia Leipzig y Berlín. La intención anterior de irrumpir en Franconia a través del bosque de Turingia y, más tarde, cuando se abandonó esta intención, la incertidumbre sobre cuál de los dos caminos tomarían los franceses, habían provocado esta posición intermedia. Como *tal*, debería haber conducido a la medida de avance precipitado.

Esta era también la idea si el enemigo venía por Erfurt, pues las carreteras de allí eran completamente accesibles; por otra parte, avanzar por la carretera de Hof estaba fuera de cuestión, en parte porque se estaba a dos o tres marchas de esta carretera, en parte porque el profundo tajo del Saale se interponía; tampoco había sido nunca ésta la intención del duque de Brunswick, y no se había hecho ningún tipo de preparación para ello. Por otra parte, siempre fue la intención del príncipe Hohenlohe, es decir, del coronel Massenbach, que quería forzar al duque a esta idea. Menos aún podía plantearse proceder desde la posición tomada en la orilla izquierda del Saale a una batalla de ataque sobre el Bonaparte que avanzaba, es decir, a un asalto lateral como el que hemos indicado más arriba; pues, si el Saale era una reserva para presentarse al enemigo en el último momento, debía serlo mucho mayor para proceder a un ataque en el momento en que éste debía estar ya en posesión, al menos en parte, de la orilla opuesta. El duque decidió, pues, esperar detrás del Saale lo que se avecinaba, si es que aún se puede dar el nombre de decisión individual a lo que ocurrió en este cuartel general de muchas cabezas y en este momento de verdadera confusión y suprema indecisión.

371

Sea como fuere con este esperar y ver, siguió que al hacerlo:

- a) podía atacar al enemigo cuando cruzara el Saale. para buscar al ejército prusiano, o
- b) si los dejó en pie, actuar en su línea de conexión, o
- c) si uno lo consideraba oportuno y aconsejable, aún podía avanzar sobre él mediante una rápida marcha de flanco en Leipzig.

En el primer caso, el ejército prusiano estaba en una gran superioridad estratégica y táctica a causa del enorme valle del Saale; en el segundo, estaba en una superioridad puramente estratégica igualmente grande porque el enemigo sólo tenía una base muy estrecha entre nosotros y la neutral Bohemia, mientras que la nuestra era extraordinariamente amplia; incluso en el tercero, cubierto por el Saale, todavía no estaba en una posición desventajosa. Todos estos casos también se plantearon realmente en el cuartel general, a pesar de la confusión y ambigüedad de los mismos, pero hay que reconocer que no es maravilloso que

mientras una *idea se* mantiene en la confusión y la indecisión, la *ejecución* tenga que perecer en esta vorágine.

En los dos primeros casos, pues, la posición en la orilla izquierda del Saale fue considerada como una verdadera posición de flanco, y como tal tenía sin duda muy grandes cualidades; pero, por supuesto, una posición de flanco con un ejército que no estaba muy seguro de su causa es *una medida muy audaz* contra un enemigo muy superior, *contra* un *Bonaparte*.

Tras un largo periodo de indecisión, el duque optó por la última de las tres medidas el día 13, pero ya era demasiado tarde. Bonaparte ya estaba cruzando el Saale, y había que librar las batallas de Jena y Auerstedt. El duque, en su indecisión, se había colocado entre dos aguas; dejó la región demasiado tarde para el *avance* y demasiado pronto para una *batalla expeditiva*. Sin embargo, la solidez de esta posición resultó tan eficaz que el duque pudo destruir el ala derecha de su enemigo en Auerstedt, mientras que el príncipe Hohenlohe pudo salir del atolladero con una sangrienta batalla de retirada; pero en Auerstedt no se osó insistir en una victoria *infalible*, y en Jena se creyó poder contar con una *del todo* imposible.

En cualquier caso, Bonaparte tenía tal sensación de la importancia estratégica de la posición en el Saale que no se atrevió a pasarla, sino que decidió un cruce sobre el Saale frente al enemigo. -

Con lo que hemos dicho, creemos haber indicado suficientemente las relaciones de la defensa con el ataque en el caso de una acción decisiva y haber mostrado los hilos a los que pueden unirse los objetos individuales de los planes de defensa, según su situación y su conexión. No es nuestra intención profundizar en las disposiciones individuales, pues ello nos llevaría a un campo inagotable de casos particulares. Una vez que el comandante se ha fijado un cierto punto de dirección, verá cómo encajan en él las circunstancias geográficas, estadísticas, políticas, las condiciones materiales y de personal de su ejército y las del enemigo, y cómo determinan a uno u otro en el curso de la acción.

372

Sin embargo, para vincular aquí más concretamente la intensificación de la defensa, de la que nos hemos familiarizado en el capítulo sobre los tipos de resistencia, y acercarla de nuevo a la vista, queremos exponer aquí lo que generalmente se nos impone en relación con ella.

1. Las razones para enfrentarse al enemigo con una batalla ofensiva pueden ser las siguientes:

- a) Cuando sabemos que el atacante procederá con una fuerza muy dividida, y que por lo tanto, aunque seamos muy débiles, aún tenemos perspectivas de victoria.

Pero tal curso de acción por parte del atacante es en sí mismo muy improbable, y en consecuencia ese plan sólo es bueno en el caso de que ya hayamos sido informados de él; porque contar con él y basar en él todas las esperanzas, en una mera *presuposición* sin motivo suficiente, suele conducir a una situación desventajosa. Entonces las circunstancias no quieren resultar como uno había esperado, uno debe renunciar a la batalla ofensiva, no está preparado para una defensiva, debe comenzar con una retirada involuntaria y dejarlo casi todo al azar.

Este fue más o menos el caso de la defensa que el ejército al mando de Dohna dirigió contra los rusos en la campaña de 1759, y que terminó bajo el mando del general Wedel con la desafortunada batalla de Züllichau.

A los planificadores les gusta demasiado este recurso porque resuelve la cuestión muy brevemente, sin cuestionar demasiado hasta qué punto están fundadas las premisas en las que se basa.

- b) Si somos lo suficientemente fuertes para la batalla, y

- c) si un adversario muy torpe e indeciso es especialmente atractivo.

En este caso, el efecto de lo inesperado puede valer más que toda la ayuda del vecindario en buena posición. Esta es la esencia misma de la buena guerra, poner en juego el poder de las fuerzas morales de esta manera: - pero la teoría no puede decirlo lo bastante alto, lo bastante a menudo: debe haber *razones objetivas para* estas condiciones previas; sin estas *razones individuales*, hablar siempre sólo de sorpresa, de la preponderancia de un ataque inusual, construir planes, consideraciones, críticas sobre ello, es un procedimiento totalmente inadmisibile, sin fundamento.

- d) Si la naturaleza de nuestro ejército es preferiblemente apta para el ataque.

373

No era ciertamente una idea vacía o falsa si Federico el Grande creía que con su ejército móvil, valeroso, confiado, acostumbrado a la obediencia, ejercitado en la precisión, animado y elevado por el orgullo, con su practicado modo oblicuo de ataque, poseía un instrumento que, en su mano firme y audaz, era mucho más adecuado para el ataque que para la defensa; Todas estas cualidades faltaban a sus adversarios, y era precisamente en este aspecto en el que tenía la superioridad más decidida; hacer uso de ella podía valerle en la mayoría de los casos más que llamar en su ayuda atrincheramientos y obstáculos del terreno. - Pero tal superioridad siempre será escasa; un ejército bien adiestrado, bien ejercitado en grandes movimientos, es sólo *una parte de* ella. Si Federico el Grande afirma que las tropas prusianas están excelentemente equipadas para atacar, y esto se le ha repetido incesantemente desde entonces, no hay que dar demasiada importancia a tal afirmación: en la mayoría de los casos uno se siente más fácil y valiente atacando en la guerra que defendiendo; pero éste es un sentimiento que tienen todas las tropas, y no hay apenas ejército del que sus generales y jefes no hayan hecho la misma afirmación. Por lo tanto, no hay que ceder por descuido a la apariencia de superioridad y desaprovechar así las ventajas reales.

Un aliciente muy natural y de mucho peso para una batalla de ataque puede ser la composición de las armas, a saber, mucha caballería y poca artillería.

Continuamos con la enumeración de los motivos:

- e) si no encuentra en absoluto un buen puesto;
- f) si tenemos que darnos prisa con la decisión;
- g) por último, el efecto total de varias o todas estas razones.

2. Esperar al enemigo en una zona donde luego uno mismo quiere atacarle (Minden 1759) tiene en ello su causa más natural:

- a) que no había una desproporción de poder tan grande en perjuicio nuestro como para buscar una posición fuerte y reforzada;
- b) que se encuentre una región excelentemente adecuada para ello. Las características que lo determinan pertenecen a la táctica; sólo mencionaremos que consistirán principalmente en un acceso fácil desde nuestro lado y en todo tipo de obstáculos desde el lado enemigo.

3 Se tomará una posición para esperar realmente el ataque enemigo:

- a) cuando la desproporción de fuerzas nos obliga a buscar refugio en los obstáculos del terreno y detrás de los atrincheramientos;
- b) si la zona presenta una posición excelente para la especie.

Los dos tipos de resistencia 2. y 3. merecerán más consideración en la medida en que no busquemos nosotros mismos la decisión, podamos contentarnos con un éxito negativo y esperar que nuestro adversario dude, se muestre indeciso y finalmente se atasque en sus planes.

4. un bando atrincherado e inexpugnable sólo sirve al propósito:

a) si está situado en un punto estratégico.

El carácter de una posición de este tipo es que es imposible ser dominado en ella; el enemigo se ve obligado, por tanto, a intentar cualquier otro medio, es decir, perseguir su propósito sin tener en cuenta la posición, o cercarla y matarla de hambre; si no puede hacer esto, las cualidades estratégicas de la posición deben ser muy grandes.

b) Si se está en el caso de esperar ayuda del exterior.

Este fue el caso del ejército sajón en su posición en Pirna. Independientemente de lo que se haya dicho en contra de esta medida en el mal resultado del asunto, sigue siendo cierto que 17000 sajones nunca podrían haber neutralizado a 40000 prusianos de ninguna otra manera. Si el ejército austriaco en Lobositz no hizo un mejor uso de la superioridad así obtenida, esto sólo prueba lo mala que fue toda la conducta y disposición de la guerra, y no cabe duda de que si los sajones, en lugar de ir al campamento de Pirna, hubieran ido a Bohemia, Federico el Grande habría llevado a austriacos y sajones en la misma campaña más allá de Praga, y tomado ese lugar. Quien no quiera aceptar esta ventaja y piense siempre sólo en la captura de todo el ejército, no sabe hacer cálculos de este tipo, y sin cálculos no hay resultado seguro.

Pero como los casos a) y b) son muy raros, la regla de los campamentos atrincherados es una regla que debe considerarse cuidadosamente y que rara vez se aplica bien. La esperanza de *impresionar* al enemigo mediante un campamento de este tipo, y paralizar así toda su actividad, está relacionada con un peligro demasiado grande; a saber, con el peligro de tener que luchar sin retirada. Si Federico el Grande logró su propósito en Bunzelwitz por este medio, uno debe admirar el correcto juicio de sus oponentes, pero al mismo tiempo, por supuesto, dar más crédito del permitido en otros casos a los medios que habría encontrado en el último momento para abrirse camino con las ruinas de su ejército, y a la *no responsabilidad de un rey*.

Si una o varias fortalezas están cerca de la frontera, se plantea la cuestión principal: si el defensor debe pronunciarse delante o detrás de ellas. Esto último está motivado:

a) por la superioridad del enemigo, que nos obliga a romper su poder antes de combatirlo;

b) por la proximidad de estas fortalezas, para que el sacrificio en tierra no sea mayor del que nos vemos obligados a hacer;

c) por la capacidad defensiva de las fortalezas.

Uno de los principales propósitos de las fortificaciones es, o debería ser, indiscutiblemente romper el poder del enemigo en su acción, y debilitar considerablemente aquella parte a la que exigimos la decisión. Si vemos este uso de las fortificaciones tan raramente, es porque el caso en que se busca una decisión por una de las dos partes ocurre tan raramente. Pero es sólo de este caso del que tratamos aquí. Por lo tanto, consideramos un principio, tan simple como importante, que en todos los casos en que el defensor tenga una o más fortalezas en las proximidades, debe tomarlas por delante y librar la batalla decisiva detrás de ellas. Admitamos que una batalla que perdemos de este lado de nuestras fortalezas nos lanza algo más atrás en nuestro país que si la hubiéramos perdido precisamente con los mismos resultados tácticos del otro lado, aunque las causas de esta diferencia tienen su origen más en la imaginación que

en las cosas materiales; recordemos también que una batalla más allá de las fortalezas puede librarse en una posición bien elegida, mientras que una batalla en este lado debe convertirse en muchos casos en una batalla de asalto, es decir, cuando el enemigo está asediando la fortaleza y, por tanto, ésta corre peligro de perderse; pero ¿qué son estos finos matices frente a la ventaja de que en la batalla decisiva encontraremos al enemigo debilitado por una cuarta o una tercera parte de su fuerza, o, si hay varias fortalezas, quizá incluso por la mitad?

Creemos, entonces, que en todos los casos de una *decisión inevitable*, ya sea que el enemigo o nuestro propio comandante la busque, y donde no estemos ya muy seguros de nuestra victoria sobre la fuerza enemiga, o donde la región no nos dé un aliciente urgente para dar la batalla más adelante, - en todos estos casos, decimos, una fortaleza cercana y resistente debe darnos el aliciente más urgente para retirarnos de casa detrás de ella y dar la decisión por este lado, es decir, con su cooperación. Si tomamos nuestra posición tan cerca de esta fortaleza que el atacante no pueda sitiaria ni cercarla sin habernos expulsado, le pondremos también en la necesidad de buscarnos en nuestra posición. Por lo tanto, de todas las medidas defensivas en situaciones peligrosas, ninguna nos parece tan sencilla y eficaz como la elección de una buena posición cerca de una fortaleza importante.

Pero, por supuesto, la cuestión sería diferente si la fortaleza estuviera significativamente lejos, porque entonces se estaría cediendo una parte importante del teatro de guerra propio; un sacrificio que, como sabemos, sólo se hace cuando las circunstancias lo exigen. En este caso, esta medida se acerca más a una retirada hacia el interior del país.

Otra condición es la resistencia del lugar. Como es bien sabido, hay lugares fortificados, sobre todo grandes, que no deben entrar en contacto con el ejército enemigo porque no son capaces de resistir un ataque violento con una masa importante de tropas. En este caso, al menos nuestra posición tendría que estar tan cerca que la guarnición pudiera recibir apoyo.

376

Por último, la retirada al interior del país es una medida natural sólo en las siguientes circunstancias:

- a) si nuestra relación física y moral con el enemigo no nos permite pensar en una resistencia feliz en la frontera o cerca de ella;
- b) cuando ganar tiempo es una cuestión principal;
- c) si las circunstancias del país ofrecen la mano para ello, de lo que ya hemos hablado en el capítulo vigésimo quinto.

Cerramos así el capítulo sobre la defensa de un teatro de guerra, cuando se busca una decisión de un lado o del otro, esto como inevitable. Pero, por supuesto, debemos recordar que en la guerra los casos no se presentan de forma tan pura y que, por lo tanto, si trasladamos nuestras proposiciones y desarrollos de pensamiento a la guerra real, también debemos tener ya presente el capítulo trigésimo y, en la mayoría de los casos, pensar en el comandante entre las dos direcciones, *más cerca de una u otra* según las circunstancias.

6.29 CAPÍTULO VEINTINUEVE: CONTINUACIÓN. RESISTENCIA SUCESIVA

Hemos demostrado en los capítulos duodécimo y decimotercero del tercer libro que en estrategia la resistencia sucesiva no está en la naturaleza de las cosas, y que todas las fuerzas disponibles deben utilizarse simultáneamente.

Para todas las fuerzas móviles, esto no requiere mayor definición; pero si consideramos la propia zona de guerra, con sus fortalezas, secciones terrestres e incluso con su mera superficie, como una fuerza armada, entonces es inmóvil, y por tanto sólo podemos ponerla en acción poco a poco, o debemos retroceder inmediatamente tanto que todas las partes que han de hacerse efectivas se encuentren ante nosotros. Entonces entran en acción todas las relaciones que una zona del ejército tiene con el debilitamiento del ejército enemigo. El enemigo debe cercar nuestras fortalezas, debe asegurar la superficie del país con guarniciones y otros puestos, debe cubrir largas distancias, atraerlo todo por largas rutas, etcétera. Todos estos efectos se producen para el atacante, puede avanzar *antes de la decisión o después de la decisión*, sólo que serán algo más fuertes en el primer caso que en el segundo. Se deduce, entonces, que si el defensor desea posponer su decisión de una vez, tiene un medio de poner en juego todas esas fuerzas inamovibles a la vez.

Por otra parte, es evidente que este aplazamiento de la decisión, en sentido estricto, no puede influir en la esfera de acción que da la victoria al atacante. Consideraremos esta esfera de acción más detenidamente en el ataque, pero ya observaremos aquí que se extiende hasta donde se agota la superioridad (a saber, el producto de la relación moral y física). Pero esta superioridad se agota primero por el consumo de las fuerzas que cuesta el teatro de la guerra, y luego por la pérdida en las batallas; ninguna de las dos partes puede ser esencialmente alterada, sean las batallas al principio o al final, delante o detrás. Creemos, por ejemplo, que una victoria de Bonaparte sobre los rusos en Wilna en 1812 le habría llevado tan lejos como la de Borodino, siempre que fuera de la misma fuerza, y que una en Moscú tampoco le habría llevado más lejos; Moscú era en cualquier caso el límite de esta esfera de victoria. Sí, no es dudoso ni por un momento que una batalla decisiva en la frontera (por otras razones) habría dado resultados victoriosos mucho mayores, y entonces quizás también otra esfera de victoria. Por lo tanto, retroceder la decisión para el defensor de este lado tampoco está *condicionado*.

377

En el capítulo sobre los modos de resistencia, nos hemos familiarizado con la *retirada de la decisión*, que puede considerarse como la más extrema, bajo el nombre de *retirada al interior del país*, y como un modo de resistencia por derecho propio, en el que se pretende más que el atacante se desgaste que ser destruido por la espada de la batalla. Pero sólo cuando tal intención se hace predominante, puede considerarse el aplazamiento de la decisión como un modo *de resistencia independiente*, pues de lo contrario es evidente que pueden pensarse infinitas gradaciones en esto, y que éstas pueden combinarse con todos los medios de defensa. Por lo tanto, no consideramos la participación más o menos fuerte del teatro de la guerra como un tipo separado de resistencia, sino sólo como una mezcla arbitraria de los medios inamovibles de resistencia según las necesidades de las circunstancias y las condiciones.

Sin embargo, si un defensor cree que no necesita ninguna de estas fuerzas inamovibles para su decisión, o si los otros sacrificios relacionados con ellas son demasiado grandes para él, entonces permanecen con él para la consecuencia y entonces forman, por así decirlo, refuerzos recién llegados, que no podría haber esperado; y así pueden convertirse en el medio de tener una segunda decisión seguida quizás de una tercera con la misma fuerza móvil, es decir, de esta manera se hace posible una aplicación *sucesiva* de la fuerza.

Si el defensor en la frontera ha perdido una batalla que no se ha convertido exactamente en una derrota, es muy posible imaginar que detrás de su próxima fortaleza ya está en condiciones de enfrentarse a una segunda; de hecho, si se enfrenta a un enemigo poco decidido, un corte considerable en el terreno puede bastar para detenerlo.

Así que la estrategia en el consumo del teatro de guerra, como en todo lo demás, es *una economía de fuerzas*; *cuanto* menos se consiga, mejor; pero hay que conseguirlo, y aquí, por supuesto, como en el comercio, depende de algo más que de la mera tacañería.

Sin embargo, para evitar un gran malentendido, debemos señalar que la resistencia que aún puede ofrecerse e intentarse después de una batalla perdida no es en absoluto el objeto de nuestra consideración aquí, sino sólo cuánto éxito esperamos de *antemano* de esta segunda resistencia, a qué altura podemos situarla en nuestro plan. Aquí hay casi un solo punto en el que el defensor tiene que fijarse, es su oponente, y eso según su carácter y sus circunstancias. Un adversario de carácter débil, sin certezas, sin grandes ambiciones, o en circunstancias muy apuradas, se contentará, si tiene suerte, con una ventaja moderada, y se detendrá tímidamente ante cada nueva decisión que el defensor se atreva a ofrecerle. En este caso, el defensor puede contar con afirmar poco a poco los medios de resistencia de su teatro de guerra en actos de decisión siempre nuevos, aunque en sí débiles, en los que la perspectiva de volver esta decisión a su favor se renueva siempre.

378

Pero quién no siente que estamos ya en el camino de las campañas sin decisión, y que éstas son mucho más el campo de los usos sucesivos de la fuerza, de los que hablaremos más en el capítulo siguiente.

6.30 TRIGÉSIMO CAPÍTULO: CONTINUACIÓN. DEFENSA DE UN TEATRO DE GUERRA CUANDO NO SE BUSCA UNA DECISIÓN

Si y de qué manera puede haber guerras en las que ninguna de las dos partes sea la agresora, es decir, que ninguna quiera nada positivo, es algo que consideraremos con más detalle en el último libro; aquí no tenemos necesidad de ocuparnos de esta contradicción, ya que para un único teatro de guerra podemos suponer fácilmente las razones de tal defensa bifronte en las relaciones que estas partes tienen con el conjunto.

Pero no sólo tales campañas carecerán del foco de una decisión necesaria, sino que también hay, si nos fijamos en la historia, muchísimas campañas en las que no falta un atacante, por tanto, no falta una voluntad positiva por una parte, sino que esta voluntad es tan débil que ya no persigue su objetivo a cualquier precio y provoca *necesariamente* una decisión, pero en las que el atacante no busca más ventajas que las que quieren surgir de las circunstancias. O bien no persigue un objetivo propio concreto y sólo recoge los frutos que se le presentan con el paso del tiempo, o bien tiene un objetivo pero lo hace depender de circunstancias favorables.

Aunque tal ataque, que se desprende de la estricta necesidad lógica de avanzar hacia la meta y se pasea por la campaña casi como un holgazán, para mirar alrededor a derecha e izquierda en busca de un buen fruto de oportunidad, se diferencia muy poco de la propia defensa, que también permite a su comandante romper tales frutos. Pospongamos, sin embargo, la consideración filosófica más detenida de esta guerra hasta el libro del ataque, y atengámonos aquí sólo a la conclusión de que en tal campaña ni por parte del atacante ni por parte del defensor puede relacionarse todo con la decisión, que ésta por tanto ya no constituye la clave de bóveda según la cual pueden ejecutarse todas las líneas de superación estratégica.

Si se considera la historia de la guerra en todos los tiempos y países, las campañas de este tipo no sólo son la mayoría en general, sino una mayoría tal que las demás parecen excepciones a la regla. Aunque esta proporción cambie posteriormente, lo cierto es que siempre habrá un gran número de campañas de este tipo y que, por lo tanto, debemos tener en cuenta este aspecto de la guerra a la hora de enseñar sobre la defensa de un teatro de guerra.

379

Trataremos de indicar las peculiaridades que aparecen en los límites extremos de este lado. El caso real de la guerra se situará generalmente entre las dos direcciones diferentes, a veces más cerca de una, a veces de la otra, y por lo tanto podemos ver la eficacia práctica de estas peculiaridades sólo en la modificación producida por su contrapartida *en la forma absoluta, de la guerra*. Ya hemos dicho en el tercer capítulo de este libro que la espera es una de las mayores ventajas que tiene la defensa sobre el ataque; rara vez sucede en la vida, pero menos aún en la guerra todo lo que debería suceder según las circunstancias. La imperfección del entendimiento humano, el miedo a un mal desenlace, las coincidencias que afectan al desarrollo de la acción, hacen que de todas las acciones dictadas por las circunstancias, un gran número siempre no se lleven a cabo. En la guerra, donde la imperfección del conocimiento, el peligro de catástrofe, el número de coincidencias son incomparablemente mayores que en cualquier otra actividad humana, el número de omisiones, si queremos llamarlo así, debe por tanto ser también necesariamente mucho mayor. Este es ahora el rico campo en el que la defensa recoge frutos que le crecen por sí mismos. Si combinamos con esta experiencia la importancia independiente que el terreno tiene en la guerra, llegamos a la máxima que también es sagrada en la lucha de la paz, es decir, en las disputas legales: *beati sunt possidentes*; y es esta máxima la que aquí ocupa el lugar de la *decisión* que constituye el foco de todo el curso en todas las guerras dirigidas hacia la *derrota mutua*. Es de

extraordinaria fecundidad, no en las acciones que produce, por supuesto, sino en la información y los motivos para la no acción y para toda aquella acción que tiene lugar en interés de la no acción. Cuando no se puede buscar y esperar una decisión, no hay razón para renunciar a nada, ya que esto sólo podría ocurrir para comprar ventajas en la decisión. La consecuencia es que el defensor quiere quedarse con todo, o al menos con todo lo posible, es decir, cubrirse, pero el atacante quiere llevarse todo lo que pueda pasar sin decisión, es decir, repartirse todo lo posible. Aquí sólo nos ocupamos del primer caso.

Dondequiera que el defensor no esté con sus fuerzas, el atacante puede apoderarse de ellas, y entonces la ventaja de la espera es para él; así surge el empeño de cubrir el país por todas partes indirectamente y dejar que dependa de si el enemigo atacará a las fuerzas puestas a cubierto.

Antes de precisar ahora las particularidades de la defensa, debemos tomar prestados del libro del ataque aquellos objetos que este último suele perseguir en caso de decisión no solicitada. Son los siguientes:

1. La captura de una superficie considerable de terreno, en la medida en que pueda lograrse sin una acción decisiva;
2. la conquista de una revista importante bajo la misma condición;
3. la conquista de una fortaleza descubierta. Es cierto que un asedio es una obra más o menos grande, que a menudo cuesta un gran esfuerzo, pero es una empresa que no tiene nada de catastrófica. Se puede, en el peor de los casos, desistir de ella sin incurrir en ninguna pérdida positiva importante.
4. Por último, un enfrentamiento afortunado de cierta importancia, en el que, sin embargo, no se puede aventurar mucho y, en consecuencia, no se puede ganar nada grande; un enfrentamiento que no está ahí como nudo concluyente de toda una unidad estratégica, sino por sí mismo, por los trofeos, por el honor de las armas. Para tal fin, naturalmente no se libra la batalla a cualquier precio, sino que o bien se espera la oportunidad del azar o bien se busca propiciarla mediante la habilidad.

Estos cuatro objetos de ataque producen ahora las siguientes aspiraciones en el defensor:

1. Cubrir las fortalezas tomándolas detrás de él;
2. Cubrir la tierra expandiéndose;
3. cuando la extensión no sea suficiente, avanzar rápidamente mediante marchas laterales;
4. tener cuidado con los compromisos desventajosos en el proceso.

Que estos tres primeros esfuerzos tienen la intención de empujar la iniciativa sobre el adversario y de obtener el máximo beneficio de la espera es evidente, y esta intención está tan profundamente fundada en la naturaleza de la cosa que sería una gran locura desaprobala desde el principio. Debe afianzarse necesariamente en la medida en que la decisión es menos esperable, y constituye siempre la esencia de los fundamentos más profundos en todas las campañas de este tipo, aunque en la superficie de la acción, en los pequeños actos no decisivos, pueda haber a menudo un juego bastante vivo de actividad.

Tanto Aníbal como Fabio y Federico el Grande como Daun rindieron homenaje a este principio tantas veces como no buscaron ni esperaron una decisión. El cuarto esfuerzo sirve de correctivo a los otros tres, es la *conditio sine qua non* de ellos.

Veamos ahora estos objetos más de cerca.

A primera vista, parece absurdo colocar un ejército frente a una fortaleza para protegerla del ataque enemigo; parece una especie de pleonismo, pues las fortificaciones se construyen para resistir el ataque del enemigo. Sin embargo, vemos esta regla mil y mil veces. Pero así es con la guerra, que las cosas más ordinarias a menudo parecen las más incomprensibles. Pero,

¿quién podría tener el valor, partiendo de esta aparente contradicción, de declarar que esos miles y miles de casos son otros tantos errores? La forma eternamente recurrente demuestra que debe haber una razón profunda para ello. Esta razón, sin embargo, no es otra que la expuesta anteriormente, que reside en la inercia moral.

Si nos colocamos frente a nuestra fortaleza, el enemigo no puede atacarla a menos que primero golpee a nuestro ejército; pero una batalla es una decisión; si no la busca, no dará la batalla, y nosotros permaneceremos en posesión de nuestra fortaleza sin un golpe de espada. Por lo tanto, en todos los casos en que no confiemos en la intención del enemigo de tomar una decisión, debemos dejar a su discreción si decide hacerlo, pues lo más probable es que no lo haga. Si tenemos en cuenta que en la mayoría de los casos aún disponemos de los medios de retirarnos detrás de la fortaleza en el momento en que el enemigo se mueve contra nuestras sospechas para atacar, hay aún menos peligro en esta formación delante de la fortaleza, y la *casí* probabilidad de mantener el statu quo sin sacrificios no va acompañada entonces ni siquiera de un peligro remoto.

381

Si nos colocamos detrás de la fortaleza, damos al atacante un objeto hecho a la medida de sus circunstancias. Si la fortaleza no es muy importante y él está muy poco preparado, tomará el asedio a su antojo; para que esto no termine con la toma, debemos proceder al relevo. Por tanto, la acción positiva, la iniciativa, es ahora nuestra, y el enemigo, que en su asedio debe considerarse que avanza hacia su objetivo, está en la posse. Que las cosas siempre toman este giro lo enseña la experiencia, y también está en su naturaleza. Un asedio, como ya hemos dicho, no implica desastre. El comandante más débil, más irresoluto, más perezoso, que nunca se hubiera decidido por una batalla, procederá sin vacilar al asedio en cuanto pueda llegar a la fortaleza, aunque sólo sea con el cañón de campaña. En el peor de los casos puede abandonar la causa sin sufrir ninguna pérdida positiva. Además de este giro de los acontecimientos, la mayoría de las fortalezas están más o menos en peligro de ser tomadas por asalto o de alguna otra manera irregular, y esta circunstancia no debe ser ciertamente pasada por alto por el defensor en su cálculo de probabilidades.

Es natural, entonces, sopesando estos dos momentos entre sí, que el defensor subordine la ventaja de batirse en mejores circunstancias a la de, muy probablemente, *no* necesitar batirse en absoluto. De este modo, la costumbre de alinearse con las tropas en el campo frente a la propia fortaleza nos parece muy natural y sencilla. Federico el Grande la observó casi siempre con Glogau contra los rusos, con Schweidnitz, Neisse y Dresde contra los austriacos. Al duque de Bevern le sentó mal esta medida en Breslau; detrás de Breslau no podía haber sido atacado; pero la superioridad del ejército austriaco durante la ausencia del Rey, y la circunstancia de que la aproximación de éste amenazaba con privar pronto a los austriacos de esta superioridad, también hizo evidente que el momento de la batalla de Breslau *no era en absoluto tal que no se pudiera esperar una decisión*, de ahí que la posición de Breslau pareciera menos apropiada. El duque de Bevern habría preferido sin duda tomar una posición detrás de Breslau, si la ciudad y sus suministros no hubieran estado expuestos entonces a un bombardeo, que el Rey, que en tales casos no piensa menos que con justicia, habría resentido mucho. Que el Duque *hiciera un intento de asegurar Breslau* mediante una posición atrincherada tomada frente a ella no puede ser desaprobado en el fondo, pues era muy posible que el Príncipe Carlos de Lorena, satisfecho por la toma de Schweidnitz y amenazado por la aproximación del Rey, se hubiera dejado disuadir de nuevos progresos por esto. Lo mejor habría sido no tomarse en serio la batalla en sí, sino retirarse a través de Breslau en el momento en que los austriacos avanzaran al ataque; entonces el duque de Bevern habría obtenido todas las ventajas de la espera sin pagar por ellas con un gran peligro.

382

Si aquí hemos deducido y justificado el posicionamiento del defensor *frente a las fortalezas* a partir de una razón superior y de mayor alcance, también debemos señalar que hay que

añadir una razón subordinada, que es cierto que está más cerca, pero que no podría ser válida en sí misma porque no es de largo alcance. Pues se trata del uso que el ejército acostumbra a hacer de la fortaleza más cercana como lugar de aprovisionamiento; esto es tan conveniente y tiene tantas ventajas que un general no decidirá fácilmente obtener sus necesidades de fortalezas más lejanas o establecerlas en lugares abiertos. Si, por el contrario, la fortaleza es el lugar de aprovisionamiento del ejército, entonces en muchos casos es muy necesario y en la mayoría de los casos muy natural situarlos frente a ella. Pero es fácil ver que esta razón obvia, que fácilmente puede ser sobrevalorada por quienes no preguntan mucho sobre las más distantes, ni es suficiente para explicar todos los casos que se han dado, ni es lo bastante importante en sus relaciones como para darle la más alta decisión.

La conquista de una o varias fortalezas, sin arriesgarse a una batalla, es tanto el objetivo natural de todos los ataques que no tienen por objeto una gran decisión, que el defensor hace de la prevención de esta intención un objeto principal de toda su industria. De ahí que veamos que en los teatros de guerra, donde hay muchas fortalezas, casi todos los movimientos giran en torno al hecho de que el atacante trata de unirse a una de ellas inesperadamente y, por lo tanto, emplea diversas fintas, mientras que el defensor siempre trata de presentarse lo más rápidamente posible mediante movimientos bien preparados. Este es el carácter constante de casi todas las campañas holandesas desde Luis XIV hasta el Mariscal de Sajonia.

Tanto sobre cubrir los fuertes.

La cobertura del país mediante un amplio despliegue de las fuerzas armadas sólo puede concebirse en relación con obstáculos considerables sobre el terreno. A los puestos grandes y pequeños que hay que formar sólo se les puede oponer cierta resistencia mediante posiciones fuertes, y como los obstáculos naturales rara vez son adecuados, hay que añadir el arte del atrincheramiento. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la resistencia así obtenida en un punto cualquiera sólo puede considerarse siempre como *relativa* (véase el capítulo sobre la importancia de la batalla) y no como *absoluta*. Puede muy bien suceder que tal puesto permanezca invicto y se obtenga así un resultado absoluto en el caso individual, pero como el gran número de puestos hace que cada uno sólo parezca débil en relación con el conjunto y expuesto al posible ataque de una gran fuerza superior, no sería razonable basar toda la salvación en la resistencia de cada puesto individual. Así, con un despliegue tan extenso, sólo cabe esperar una resistencia relativamente larga, pero no la victoria real. Pero este valor de los puestos individuales también es suficiente para el propósito y el cálculo del conjunto. En las campañas en las que no hay que temer ninguna gran decisión, ningún avance inquieto que arrolle al conjunto, las batallas de puestos, aunque acaben con la pérdida del puesto, son menos peligrosas. Rara vez se relaciona con ello algo más que la pérdida del puesto y de algunos trofeos: la victoria no interfiere más en las circunstancias, no derriba unos cimientos a los que siguen un montón de escombros. En el peor de los casos, cuando todo el sistema de defensa ha sido desbaratado por la pérdida de un solo puesto, aún habrá tiempo para que el defensor una su cuerpo y *ofrezca* la decisión con el todo, que, según nuestra premisa, el atacante no busca. Suele ocurrir, por lo tanto, que con esta unificación de la fuerza se concluye el acto y se ofrece un alto al avance ulterior del atacante. Algunas tierras, algunos hombres y cañones son las pérdidas del defensor y los éxitos suficientes del atacante.

383

Digamos que el defensor puede exponerse a tal peligro en caso de desgracia si, por otra parte, obtiene la posibilidad o más bien la probabilidad de que todo esto no llegue a suceder, y el atacante permanece tímido o cauteloso, según el caso, frente a sus puestos sin ensangrentarse la cabeza con ellos. En esta consideración no debemos perder de vista el hecho de que estamos presuponiendo un atacante que no quiere atreverse a nada grande; a un hombre así, una guardia moderada pero fuerte puede justificadamente ordenarle un alto: pues aunque sin duda pueda dominarle, la cuestión es a qué precio sucederá esto, y si este precio no es demasiado alto para lo que puede hacer con la victoria en su posición.

De este modo se demuestra cómo la fuerte resistencia relativa que una formación extendida en muchos puestos adyacentes puede otorgar al defensor puede ser un resultado suficiente en el cálculo de toda su campaña. Para guiar la visión del lector de la historia de la guerra hacia el punto correcto, observaremos que estas posiciones extendidas ocurren con mayor frecuencia en la última mitad de la campaña, porque entonces el defensor se ha familiarizado con el atacante así como con sus intenciones y circunstancias para ese año, y el atacante ha perdido el poco espíritu de empresa que había traído consigo.

n esta defensa en vasto despliegue, que abarca el *terreno, los abastecimientos, las fortalezas*, todos los grandes obstáculos del terreno, como arroyos, ríos, montañas, bosques, ciénagas, deben naturalmente desempeñar un gran papel, adquirir una importancia preponderante. Nos remitimos a lo dicho anteriormente sobre su uso.

Debido a este predominio del elemento topográfico, se recurre especialmente a los conocimientos y la actividad del estado mayor, que tienden a considerarse como lo más peculiar del estado mayor. Como el estado mayor tiende a ser la parte del ejército que más escribe e imprime, se deduce que estas partes de las campañas están más fijadas históricamente, y al mismo tiempo surge una inclinación bastante natural a sistematizarlas y a tomar resoluciones generales para los casos siguientes a partir de la resolución histórica de un caso. Pero éste es un esfuerzo inútil y, por lo tanto, erróneo. Incluso en este tipo de guerra más pasiva, más ligada a la localidad, cada caso es diferente y debe tratarse de forma distinta. Por ello, las memorias más exquisitas sobre estos temas sólo sirven para que el lector se familiarice con ellos, pero no para que sirvan de reglas; en realidad, vuelven a ser *historia de la guerra*, sólo que de una parte peculiar de ella.

384

Por necesaria y respetable que sea la actividad del estado mayor, que aquí hemos descrito como la más peculiar según la opinión común, debemos, sin embargo, prevenir contra las usurpaciones que a menudo se derivan de ella en perjuicio del conjunto. La importancia que adquieren en el proceso aquellos jefes de estado mayor que son los más fuertes en esta rama del servicio militar, les da a menudo un cierto dominio general sobre los espíritus, y en primer lugar sobre el propio comandante, y de ahí surge un hábito de ideas que conduce a la unilateralidad; al final el comandante no ve más que montañas y pasos, y lo que debería ser una medida libremente elegida y determinada por las circunstancias se convierte en manera, se convierte en segunda naturaleza.

Así, en 1793 y 1794, en el ejército prusiano, el coronel Grawert, que era el alma del estado mayor de la época y, como es bien sabido, un verdadero hombre de las montañas y los puertos, mantuvo a dos comandantes de la mayor diversidad peculiar, el duque de Brunswick y el general Möllendorf, exactamente en las mismas formas de guerra.

Que una línea defensiva formada a lo largo de una sección fuerte de terreno es la forma que puede conducir a la guerra de cordones es obvio. En la mayoría de los casos conduciría necesariamente a ello si toda la extensión del teatro de guerra se cubriera directamente de este modo, pues la mayoría de los teatros de guerra tienen una extensión frente a la cual la extensión táctica natural de las fuerzas destinadas a la defensa es muy pequeña. Pero como el atacante está obligado por las circunstancias, así como por sus propias disposiciones, a ciertas direcciones y caminos principales, y las desviaciones demasiado fuertes de ellos causarían demasiados inconvenientes y desventajas incluso al defensor más pasivo, por lo general sólo depende para el defensor cubrir el área de estas direcciones principales a la derecha y a la izquierda durante un cierto número de millas o marchas. Sin embargo, esta cobertura en sí se efectúa contentándose con dotar a las carreteras y entradas principales de puestos defensivos y a la zona intermedia simplemente de puestos de observación. La consecuencia es, por supuesto, que el atacante puede pasar entre dos puestos con una columna y atacar así uno de estos puestos desde varios lados. Estos puestos están hasta cierto punto equipados para ello,

en el sentido de que en parte tienen flancos inclinados, en parte forman defensas de flanco (los llamados ganchos), en parte reciben ayuda de una reserva situada detrás o de algunas tropas del puesto vecino. De este modo, el número de puestos se reduce aún más, y el resultado habitual es que un ejército en tal defensa se disuelve en 4 ó 5 puestos principales.

Para los accesos principales que están demasiado alejados pero siguen estando amenazados en cierta medida, se designan entonces puntos centrales especiales, que hasta cierto punto forman pequeños teatros de guerra dentro del grande. Así, durante la Guerra de los Siete Años, los austriacos solían tomar 4 o 5 puestos en las montañas de la Baja Silesia con su ejército principal, mientras que en la Alta Silesia un cuerpo pequeño y algo independiente tenía un sistema de defensa similar para sí mismo.

Cuanto más se aleja un sistema defensivo de este tipo de la cobertura inmediata, más se debe recurrir al movimiento, a la defensa activa e incluso a los medios ofensivos. Algunos cuerpos se consideran reservas; además, un puesto acude en ayuda del otro con sus tropas prescindibles. Esta ayuda se presta bien corriendo realmente desde la retaguardia para reforzar y renovar la resistencia pasiva, bien atacando al enemigo en el costado, o incluso amenazándole en su retirada. Si el atacante no amenaza el flanco de un puesto con un ataque, sino simplemente con una posición, intentando actuar sobre las conexiones de este puesto, entonces o bien se ataca realmente al cuerpo avanzado con este fin, o bien se toma el camino de las represalias, intentando actuar sobre las conexiones del enemigo.

385

Se ve, pues, que esta defensa, por pasiva que sea su base principal, debe sin embargo incorporar un gran número de medios activos, y puede dotarse de ellos de muy diversas maneras según las circunstancias compuestas. Aquellos que hacen el mayor uso de medios activos o incluso ofensivos suelen ser considerados como los mejores; pero esto depende en parte de la naturaleza de la región, de la composición de las fuerzas, e incluso del talento del comandante, y en parte del hecho de que fácilmente se puede esperar demasiado del movimiento y de otras ayudas activas, y fácilmente renunciar a demasiado en la defensa local de un fuerte obstáculo terrestre. Creemos haber explicado aquí suficientemente lo que entendemos por una línea de defensa extendida, y pasemos ahora a su tercera ayuda: el avance mediante un movimiento lateral rápido.

Este medio pertenece necesariamente al aparato de la defensa nacional del que hablamos aquí. En parte, el defensor es a menudo incapaz de ocupar todas las entradas amenazadas a su país a pesar de las posiciones más extensas; en parte, debe en muchos casos estar preparado con el núcleo de su fuerza para moverse hacia aquellos puestos contra los que el núcleo de la fuerza enemiga quiere lanzarse, porque de otro modo estos puestos serían demasiado fácilmente arrollados; Por último, el comandante a quien no le guste tener sus fuerzas inmovilizadas en una posición prolongada de resistencia pasiva debe lograr su propósito de cubrir el país tanto más mediante movimientos rápidos, bien meditados y bien dirigidos. Cuanto mayores sean los lugares que deje abiertos, mayor debe ser su virtuosismo en los movimientos para avanzar por todas partes en el momento oportuno.

La consecuencia natural de este empeño es que en todas partes se eligen posiciones que, en tal caso, ofrecen ventajas suficientes para alejar la idea de un ataque del enemigo tan pronto como nuestro ejército o incluso sólo una parte de él ha alcanzado la posición. Puesto que estas posiciones siempre se repiten, y todo gira en torno a su consecución, se convierten, por así decirlo, en los elementos autoevidentes de toda esta guerra, y de ahí que se la haya llamado *posguerra*.

Del mismo modo que la formación extendida y la resistencia relativa en una guerra *sin una gran decisión* no tienen los peligros que originalmente se encuentran en ellas, así también este avance por marchas laterales no tiene la preocupación que estaría relacionada con él en el momento de las grandes decisiones. Para un enemigo decidido, que es capaz y está

dispuesto a hacer grandes cosas, y que por lo tanto no rehúye un considerable gasto de fuerzas, avanzar apresuradamente hacia una posición en el último momento sería la mitad del camino hacia la derrota más decisiva, ya que frente a un temerario empuje con toda la fuerza, tales prisas y tropiezos hacia una posición no resistirían. Pero para un adversario que no ataca la obra con todo el puño, sino sólo con las yemas de los dedos, que ni siquiera puede hacer uso de un gran resultado, o más bien de la introducción a él, que busca sólo una ventaja moderada, pero a un precio pequeño, a tal puede, sin embargo, oponérsele con éxito este tipo de resistencia.

Una consecuencia natural es que este medio también suele darse más en la segunda mitad de las campañas que en la apertura.

386

También en este caso, el Estado Mayor tiene la oportunidad de desarrollar sus conocimientos topográficos en un sistema de medidas coherentes relacionadas con la elección y preparación de las posiciones y las rutas que conducen a ellas.

Cuando, al final, todo se dirige a alcanzar un punto determinado por un lado y a impedirlo por el otro, ambas partes se encuentran a menudo en el caso de tener que llevar a cabo sus movimientos bajo los ojos del enemigo, de ahí que estos movimientos deban organizarse con una cautela y una precisión que de otro modo no serían necesarias. En épocas anteriores, cuando el ejército principal no estaba dividido en divisiones independientes y se consideraba siempre como un todo indivisible, incluso sobre la marcha, esta cautela y precisión estaban relacionadas con mucha más dificultad y, por lo tanto, con un gran gasto de arte táctico. Es cierto que, en estas ocasiones, las brigadas individuales de una reunión a menudo tenían que apresurarse, asegurar ciertos puntos y asumir así un papel independiente, listas para enlazar con el enemigo incluso si el resto no estaba cerca; pero éstas eran y seguían siendo *anomalías*, y el orden de marcha generalmente siempre permanecía dirigido a conducir al conjunto en su orden imperturbable y evitar en lo posible tales sustituciones. Ahora que las partes del ejército principal están de nuevo divididas en eslabones independientes, y que estos eslabones pueden atreverse a comenzar la batalla incluso con el enemigo entero, si sólo los otros están lo suficientemente cerca para continuarla y terminarla, tal marcha lateral, incluso bajo los ojos del enemigo, tiene menos dificultad. Lo que de otro modo debía lograrse mediante el mecanismo real del orden de marcha, se logra ahora mediante el envío más temprano de divisiones individuales, la marcha acelerada de otras y la mayor libertad en el uso del conjunto.

Por los medios del defensor aquí considerados, se negará al atacante la conquista de una fortaleza, la toma de una extensión considerable de terreno o de un polvorín. Se le negará si, por estas vías, se le ofrecen en todas partes tales compromisos que encuentre en ellos o bien muy pocas probabilidades de éxito, o bien un peligro demasiado grande de repercusión en caso de fracaso, o en general un gasto de fuerza demasiado grande para el propósito y para sus circunstancias.

Ahora bien, cuando el defensor experimenta este triunfo de su arte y facilidades, y el atacante, dondequiera que dirija su mirada, se ve privado por sabias precauciones de toda perspectiva de alcanzar cualquiera de sus moderados deseos, el principio ofensivo busca a menudo una salida en la satisfacción del mero honor de las armas. La victoria en algún combate importante da a las armas la apariencia de superioridad, satisface la vanidad del comandante, de la corte, del ejército y del pueblo, y así, en cierta medida, las expectativas que naturalmente van unidas a todo ataque. Un compromiso ventajoso de cierta importancia sólo por la victoria, por los trofeos, es por tanto la última esperanza del atacante. No penséis que estamos en una contradicción, porque aquí estamos todavía bajo nuestra *propia presuposición*: que las buenas medidas del defensor han privado al atacante de toda perspectiva de alcanzar uno de esos otros objetos por medio de un *feliz compromiso*. Dos

condiciones pertenecerían a esta perspectiva, a saber, *condiciones ventajosas en la batalla* y, luego, que *el éxito condujera realmente a uno de esos objetos*.

387

Lo primero puede muy bien tener lugar sin lo segundo, y los cuerpos y puestos individuales del defensor se encontrarán, por lo tanto, mucho más frecuentemente en peligro de entrar en compromisos desventajosos si el atacante está meramente preocupado por el *honor del campo de batalla* que si también le atribuye la condición de mayores ventajas.

Sin embargo, si nos ponemos totalmente en la posición y forma de pensar de Daun, estaba claro que una victoria trascendental que hubiera obligado al rey a abandonar Dresde y Neisse a su suerte era una tarea totalmente distinta, en la que no quería verse involucrado.

No penséis que se trata de distinciones insignificantes o incluso ociosas; por el contrario, estamos tratando aquí uno de los rasgos fundamentales más profundos de la guerra. El sentido de una batalla es para la estrategia el alma de la misma, y nunca repetiremos bastante que en ella todo lo principal surge siempre de la intención final de ambas partes como de la conclusión de todo el sistema de pensamiento. De ahí que pueda haber entonces tal diferencia estratégica entre batalla y combate que ya no puedan considerarse en absoluto como el mismo instrumento.

Puesto que el defensor, aunque tal victoria del atacante difícilmente puede considerarse como un menoscabo esencial de la defensa, no concederá de buen grado ni siquiera *esta* ventaja a su adversario, sobre todo porque nunca se sabe qué más se le puede unir por azar, la atención constante a las relaciones de todos sus cuerpos y puestos importantes sigue siendo un objeto especial de su industria. Es cierto que la mayor parte depende de la sabia conducta de los jefes de estos cuerpos, pero también pueden verse envueltos en desastres inevitables por decisiones poco oportunas del comandante. ¿Quién no piensa en los cuerpos de Fouqué en Landeshut y de Finck en Maxell?

En ambos casos, Federico el Grande había contado demasiado con el efecto de las ideas tradicionales. No podía creer que en la posición de Landeshut con 10.000 hombres se pudiera vencer realmente a 10.000 con suerte, o que Finck pudiera resistir a una fuerza superior que llegaba arrolladora desde todos los flancos; pero creyó que la fuerza de la posición de Landeshut sería aceptada como un cambio válido como antes, y que Daun encontraría en la demostración del flanco causa suficiente para cambiar la incómoda posición en Sajonia por la más cómoda en Bohemia. Juzgó mal a Laudon allí y a Daun aquí esta vez, y ahí radica el error de esas medidas.

Pero aparte de tales errores, que también pueden ocurrir a los comandantes que no son demasiado orgullosos, audaces y obstinados, como se puede acusar a Federico el Grande en el caso de las medidas individuales, en relación con nuestro tema siempre hay una gran dificultad en el hecho de que el comandante no siempre puede esperar lo deseable de la perspicacia, la buena voluntad, el coraje y la fuerza de carácter de los líderes de su cuerpo. No puede, por tanto, dejarlo todo a su discreción, sino que debe prescribirles ciertas cosas, por las que sus acciones están obligadas y pueden entonces fácilmente llegar a ser desproporcionadas a las circunstancias del momento. Sin una voluntad imperiosa e imperiosa que llegue hasta el último eslabón, no es posible una buena dirección del ejército, y quien quisiera seguir el hábito de creer y esperar siempre lo mejor de las personas ya sería, por tanto, bastante incapaz de una buena dirección del ejército.

388

Por lo tanto, hay que tener siempre presentes las circunstancias de cada cuerpo y puesto para no verlos envueltos inesperadamente en una catástrofe.

Todos estos cuatro esfuerzos están dirigidos al mantenimiento del statu quo. Cuanto más felices y exitosos sean, más tiempo permanecerá la guerra en el mismo punto; pero cuanto

más tiempo permanezca la guerra en un punto, más importante se vuelve la preocupación por el mantenimiento.

En lugar de las exacciones y entregas, desde casa o al menos muy pronto, habrá raciones de los polvorines; en lugar de las exacciones de los transportes terrestres, habrá más o menos la formación de un sistema de transporte permanente, ya sea de transportes terrestres o de los pertenecientes al propio ejército; en resumen, habrá esa aproximación a las raciones de los polvorines estrechamente reguladas de las que ya hemos hablado en el capítulo sobre la subsistencia.

Este aspecto de la cuestión, sin embargo, no ejerce una gran influencia sobre esta guerra; porque como ya está ligada por su finalidad y carácter a espacios muy estrechos, el avituallamiento puede muy bien hacer provisiones para ella, e incluso hará la mayor parte de ellas, pero estas provisiones no cambiarán el carácter del conjunto. Por otra parte, las influencias mutuas sobre las líneas de comunicación serán mucho más importantes por dos razones. En primer lugar, porque en tales campañas faltan medios más amplios y completos, y la industria de los generales debe dirigirse, por tanto, hacia esos medios más débiles; en segundo lugar, porque aquí no falta el tiempo necesario para esperar la eficacia de los medios. El aseguramiento de la propia línea de comunicación seguirá apareciendo, pues, como un objeto de especial importancia. Su interrupción no puede ser un objetivo del ataque enemigo, pero puede convertirse en un medio muy eficaz para obligar al defensor a retirarse y exponer así otros objetos.

Todas las medidas de protección del espacio del teatro de guerra propiamente dicho deben, por supuesto, tener también el efecto de cubrir las líneas de comunicación; su protección está, por tanto, parcialmente incluida en él, y sólo tenemos que señalar que la consideración de esta protección será una disposición principal en el despliegue.

Un medio *especial* de protección, sin embargo, consiste en las agrupaciones de ejércitos, pequeñas o incluso bastante considerables, que acompañan a las líneas de abastecimiento individuales. En parte, las posiciones más extensas no siempre son suficientes para asegurar las líneas de comunicación; en parte, tal cobertura es especialmente necesaria cuando el comandante ha querido evitar un despliegue prolongado. Así, en la Historia de la Guerra de los Siete Años de Tempelhoff encontramos innumerables ejemplos de Federico el Grande haciendo acompañar sus carros de pan y harina por regimientos individuales de infantería o caballería, pero a veces también por brigadas enteras. Nunca encontramos mención alguna de esto por parte de los austriacos, lo que en parte se debe a que no cuentan con un historiador tan detallado de su parte, pero en parte también al hecho de que siempre ocuparon posiciones mucho más extensas.

389

Después de haber repasado los cuatro esfuerzos que, en lo esencial, están bastante libres de todo elemento de ataque y que constituyen la base de una defensa que no se orienta hacia ninguna decisión, aún debemos decir algo sobre los medios ofensivos con los que pueden estar más o menos mezclados, sazonados, por así decirlo. Estos medios ofensivos son ahora principalmente:

1. la acción sobre la línea de comunicación enemiga, a la que queremos añadir también las operaciones contra los puntos de aprovisionamiento del enemigo;
2. desviaciones e incursiones en territorio enemigo;
3. Ataques de cuerpos y puestos enemigos e incluso del ejército principal enemigo en circunstancias favorables o incluso la amenaza de las mismas.

El primer medio es incesantemente eficaz en todas las campañas de este tipo, pero, por así decirlo, enteramente en silencio, sin una apariencia de hecho. Toda posición efectiva del defensor deriva la mayor parte de su eficacia de la aprensión que proporciona al atacante en

relación con su línea de comunicación, y puesto que en tal guerra, como hemos dicho más arriba en el caso de la defensa, adquiere una importancia predominante el aprovisionamiento de víveres, que se produce igualmente para el atacante, una gran parte de la trama estratégica viene determinada por esta consideración de los posibles efectos ofensivos derivados de las posiciones del enemigo, como volveremos a tocar en el caso del ataque.

Pero no sólo esta influencia general a través de la elección de las posiciones, que, como en la mecánica de la presión, tiene un efecto *invisible*, sino también un verdadero avance ofensivo contra la línea de comunicación del enemigo con una parte de las fuerzas armadas entra en el ámbito de dicha defensa. Pero si se quiere hacer con ventaja, la *posición de las líneas de comunicación, la naturaleza de la zona o las peculiaridades de las fuerzas armadas* deben dar siempre una razón más estrecha para ello.

Las incursiones en el territorio enemigo, que tienen por objeto la represalia o el saqueo con fines de lucro, no pueden considerarse realmente como medios de defensa, son más bien verdaderos medios de ataque; sin embargo, suelen combinarse con el propósito de la distracción real; ésta, sin embargo, tiene por objeto debilitar a la potencia enemiga que se enfrenta a nosotros y, por lo tanto, puede considerarse como un verdadero medio de defensa. Pero como también puede emplearse en un ataque y constituye en sí misma un verdadero ataque, nos parece más apropiado hablar de ella con más detalle en el libro siguiente. Por lo tanto, sólo enumeraremos aquí este medio para dar cuenta completa del arsenal de pequeñas armas ofensivas de que dispone el defensor de un teatro de guerra, y sólo señalaremos provisionalmente lo único que puede aumentar en extensión e importancia hasta el punto de dar a toda la guerra una *apariencia* y, por lo tanto, tal el honor de la ofensiva. Tales son las incursiones de Federico el Grande en Polonia, Bohemia, Franconia, antes de la apertura de la campaña de 1759. Su campaña en sí es evidentemente una pura defensa, pero estas incursiones en territorio enemigo le han dado un carácter de ofensiva que tal vez tenga un valor especial por su peso moral.

390

El ataque de los cuerpos de ejército enemigos o del ejército principal enemigo debe considerarse como un complemento necesario de toda la defensa para todos aquellos casos en los que el atacante quiere ponerse las cosas demasiado fáciles y, por lo tanto, da grandes ofensas en puntos individuales. Toda la acción se desarrolla bajo esta condición tácita. Pero aquí, también, el defensor puede dar un paso más en el campo ofensivo, como lo hace al influir en las líneas de comunicación del enemigo, y puede hacer del acecho *de un golpe ventajoso* un objeto de su especial industria tanto como su adversario. Para prometerse algún éxito en este campo, o bien debe ser notablemente superior en fuerza a su adversario, lo que generalmente va contra la naturaleza de la defensa, pero que sin embargo puede ocurrir, o bien debe tener el sistema y el talento para mantener sus fuerzas más unidas, y reemplazar por la actividad y el movimiento lo que por ello debe sacrificar en el otro bando.

El primero fue el caso de Daun en la Guerra de los Siete Años, el segundo el de Federico el Grande. La ofensiva de Daun, sin embargo, casi siempre sólo la vemos salir a la luz cuando Federico el Grande, con exagerada audacia y desdén, le invitó a ella. Hochkirch, Maxen, Landeshut. Por otro lado, vemos a Federico el Grande en movimiento casi constante para hacer algo a uno u otro cuerpo de Daun con su ejército principal. Rara vez tiene éxito, al menos los resultados nunca son grandes, porque Daun combinó su gran superioridad con una rara cautela y precaución; pero no hay que creer que por esta razón los esfuerzos del rey quedaron totalmente sin efecto. Por el contrario, en este esfuerzo residía una resistencia muy eficaz, pues en el cuidado y el esfuerzo a que se vio obligado su adversario para evitar golpes desventajosos residía la neutralización de aquella fuerza que, de otro modo, habría contribuido al avance del ataque. Basta pensar en la campaña de 1760 en Silesia, donde Daun y los rusos no podían dar un paso adelante por miedo a ser atacados y dominados por el rey ahora aquí, después allá.

Creemos que ya hemos pasado revista a todos los objetos que, en la defensa de un teatro de guerra, si no se ha tomado ninguna decisión, constituirán las ideas dominantes, los esfuerzos más destacados y, por tanto, la base de toda acción. Principalmente, sólo hemos querido colocarlos uno al lado del otro para dejar clara la conexión de la acción estratégica; las medidas individuales con las que entran en juego, posiciones, marchas, etc., ya han sido consideradas anteriormente con mayor detalle.

Si ahora volvemos nuestra mirada una vez más al conjunto, debe surgir la observación de que con un principio de ataque tan débil, con tan poca urgencia de decisión por ambas partes, con impulsos positivos tan débiles, con tantos contrapesos internos que detienen y frenan, como pensamos aquí, - que allí la diferencia esencial entre ataque y defensa debe desaparecer cada vez más. Al comienzo de la campaña, por supuesto, uno avanzará hacia el teatro de guerra del otro y, por así decirlo, asumirá la forma de ataque; pero puede muy bien suceder, y sucede con mucha frecuencia, que pronto dedique todas sus fuerzas a defender su propio país en terreno enemigo. De este modo, ambos se encuentran uno frente al otro, básicamente en observación mutua; ambos ansiosos por no perder nada, quizás también ambos ansiosos en la misma medida por obtener una ganancia positiva para sí mismos. Sí, puede ocurrir, como con Federico el Grande, que el defensor real incluso supere en esto a su oponente.

391

Cuanto más ceda el atacante la posición de adelantado, cuanto menos se vea amenazado por él el defensor, cuanto más se vea obligado por la imperiosa necesidad de seguridad a defenderse estrictamente, tanto más se produce una igualdad de condiciones, en la que la actividad de ambos se dirigirá entonces a obtener una ventaja sobre el enemigo y a protegerse contra cualquier desventaja, es decir, a una verdadera *maniobra estratégica*, y éste es el carácter de todas las campañas en mayor o menor medida, cuando las condiciones o las intenciones políticas no permiten una gran decisión. Hemos dedicado un capítulo aparte a la maniobra estratégica en el libro siguiente, pero nos sentimos obligados, porque este juego equilibrado de fuerzas ha adquirido con frecuencia una falsa importancia en la teoría, a entrar en una discusión más detallada sobre él aquí, en la defensa, donde está preferentemente unido a ella.

Lo llamamos equilibrio de fuerzas. Donde no hay movimiento del todo, hay equilibrio; donde ningún gran propósito impulsa, no hay movimiento del todo; en tal caso, por lo tanto, ambas partes, por desiguales que sean, deben considerarse en equilibrio. De este equilibrio del todo, surgen ahora los motivos individuales para acciones más pequeñas y propósitos menores. Pueden desarrollarse aquí porque ya no están bajo la presión de una gran decisión y un gran peligro. Así que lo que se puede ganar y perder se convierte en fichas más pequeñas y toda la actividad se divide en acciones más pequeñas. Con estas acciones más pequeñas por estos premios más pequeños, surge ahora una lucha de habilidad entre los dos comandantes; pero como el azar, y en consecuencia la suerte, nunca pueden ser totalmente privados de acceso en la guerra, esta lucha tampoco dejará nunca de ser un juego. Sin embargo, se plantean aquí otras dos cuestiones, a saber, si en esta maniobra el azar no tendrá una parte menor y el intelecto superior una parte mayor en la decisión que donde todo se comprime en un solo gran acto. Debemos responder afirmativamente a la última de estas preguntas. Cuanto más complejo se hace el conjunto, cuanto más a menudo entran en consideración el tiempo y el espacio, el primero con los momentos individuales, el segundo con los puntos individuales, tanto más grande se hace evidentemente el campo del cálculo, es decir, el dominio del intelecto superior; lo que el intelecto superior gana se sustrae en parte al azar, pero no necesariamente del todo, y por eso no estamos obligados a responder también afirmativamente a la primera pregunta. Pues no debemos olvidar que el intelecto superior no es el único poder intelectual del comandante. El valor, la fuerza, la determinación, la prudencia, etc., son las cualidades que volverán a ser más válidas allí donde dependa de una sola gran decisión; serán, por tanto, algo menos válidas en un juego de fuerzas equilibrado, y

la importancia predominante del cálculo inteligente crecerá no sólo a expensas del azar, sino también a expensas de estas cualidades. Por otra parte, en el momento de una gran decisión, estas cualidades brillantes pueden robar al azar una gran parte de su dominio, y atar así, por así decirlo, lo que la prudencia calculadora debía liberar en este caso. Vemos, pues, que aquí hay un conflicto de varias fuerzas, y que no se puede afirmar exactamente que en una gran decisión se dé al azar un campo más amplio que en el éxito sumario en ese juego de fuerzas igualmente ponderado. - Si, por lo tanto, vemos en este juego de fuerzas preferentemente una lucha de habilidad mutua, esto debe referirse sólo a la habilidad del cálculo inteligente y no a todo el virtuosismo marcial.

392

Esta vertiente de la maniobra estratégica ha dado lugar a la falsa importancia de la que hemos hablado anteriormente. Antaño se confundía esta habilidad con todo el valor intelectual del comandante; pero esto es un gran error, pues, como ya hemos dicho, no hay que negar que en momentos de grandes decisiones pueden prevalecer otras cualidades morales del comandante sobre la fuerza de las circunstancias. Si este dominio es más bien el impulso de grandes sensaciones y de esos destellos de la mente que surgen casi inconscientemente y que, por tanto, no discurren a lo largo de una larga cadena de pensamiento, no es por ello menos verdadero ciudadano del arte de la guerra, pues el arte de la guerra ni es un mero acto del intelecto, ni las actividades del intelecto en él son las más elevadas. En segundo lugar, se ha pensado que toda acción infructuosa de una campaña debe deberse a tal habilidad por parte de uno de los comandantes, o incluso de ambos, mientras que siempre ha tenido su grandeza general y principal en las condiciones generales que la guerra ha aportado al juego.

Como la mayor parte de las guerras entre los Estados formados tenían por objeto más la observación mutua que la derrota, la mayor parte de las campañas debían naturalmente llevar el carácter de maniobras estratégicas. De éstas, las que no contaban con un comandante famoso eran ignoradas; pero cuando había un gran comandante que llamaba la atención, o incluso dos opuestos entre sí, como en el caso de Turenne y Montecuccoli, el nombre de estos comandantes ponía el último sello de excelencia a todo el arte de maniobrar. La consecuencia ulterior fue que este juego fue considerado como la cumbre del arte, como el efecto de su alto entrenamiento y, por consiguiente, también como la fuente por la que preferentemente debía estudiarse el arte de la guerra.

Esta opinión era bastante general en el mundo teórico antes de las guerras revolucionarias francesas. Cuando estas guerras abrieron repentinamente un mundo completamente diferente de fenómenos bélicos, que, al principio algo toscos y naturalistas, y más tarde bajo Bonaparte combinados en un método grandioso, produjeron éxitos que asombraron a jóvenes y mayores, la gente se desprendió de los viejos patrones y ahora creía que todo esto era el resultado de nuevos descubrimientos, grandes ideas, etc., pero también del cambio de estado de la sociedad. La gente ahora creía que ya no necesitaba lo antiguo y que nunca volvería a experimentarlo. Pero como siempre surgen partidos en tales convulsiones de opinión, también aquí el viejo ha encontrado sus caballeros, que consideran los fenómenos más nuevos como golpes brutos de violencia, como una decadencia general del arte, y que tienen la creencia de que el objetivo de la educación debe ser precisamente el juego igual, infructuoso e inútil de la guerra. Esta última opinión se basa en tal falta de lógica y filosofía que sólo cabe calificarla de lúgubre confusión de conceptos. Pero la opinión contraria, como si tales cosas no siguieran ocurriendo, es también muy poco meditada. De los fenómenos más recientes en el campo del arte de la guerra, muy pocos deben atribuirse a nuevos inventos o nuevas escuelas de pensamiento, y la mayoría a nuevas condiciones y circunstancias sociales. Pero ni siquiera éstas han de tomarse como norma en la crisis de un proceso en fermentación, y por ello no cabe dudar de que reaparecerán gran parte de las antiguas condiciones bélicas. No es el lugar aquí de profundizar en estas cosas, pero nos basta con haber demostrado por la

relación que este juego equilibrado de fuerzas ocupa en el conjunto de la conducción de la guerra, por su significación y su conexión interna con los demás objetos, que es siempre el producto de las mutuas relaciones constreñidas y del elemento bélico muy reducido. En este juego un general puede mostrarse más hábil que el otro, y por tanto, si le iguala en fuerza, puede también obtener algunas ventajas sobre él, o, si es más débil, puede, en virtud de esta superioridad de talento, mantenerle en equilibrio; pero es una fuerte contradicción de la naturaleza de la cosa buscar aquí el mayor honor y grandeza del general; Por el contrario, una campaña así es siempre señal inequívoca de que, o bien ninguno de los dos comandantes es un gran talento marcial, o bien que al talentoso le impiden sus circunstancias atreverse a tomar una gran decisión; pero cuando éste es el caso, nunca se vuelve a encontrar el campo de la más alta gloria marcial.

393

Hemos hablado aquí del carácter general de las maniobras estratégicas; ahora debemos considerar una influencia especial que ejercen sobre la guerra, a saber, que con frecuencia alejan a las fuerzas de los caminos y lugares principales hacia regiones remotas o, por lo menos, insignificantes. Allí donde los pequeños intereses, que surgen y desaparecen en un instante, toman las decisiones, la influencia de los grandes lineamientos del país en la conducción de la guerra se debilita. Encontramos, por lo tanto, que las fuerzas se mueven a menudo a puntos donde, según las grandes necesidades simples de la guerra, nunca deberían ser buscadas, y que por consiguiente también el cambio y la variabilidad en los detalles del curso bélico son aquí todavía mucho mayores que en las guerras de gran decisión. No hay más que ver cómo, en las cinco últimas campañas de la Guerra de los Siete Años, a pesar de que las circunstancias eran siempre las mismas, cada campaña era diferente y, en rigor, ninguna medida se producía dos veces, y sin embargo en estas campañas el principio de ataque por parte de los ejércitos aliados seguía siendo mucho más fuerte que en la mayoría de las otras guerras anteriores.

En este capítulo sobre la defensa de un teatro de guerra, a falta de una decisión importante, sólo hemos mostrado los esfuerzos que tendrá la acción, la conexión, la relación, el carácter de éstos; ya nos hemos familiarizado con las medidas individuales que hay en él. Ahora se plantea la cuestión de si no deben darse principios, reglas y métodos para estos diversos esfuerzos que abarcan el todo. A esto respondemos que, si nos atenemos a la historia, de ningún modo nos vemos conducidos a ella por formas que se repiten constantemente, y sin embargo, para un todo de naturaleza tan múltiple y variable, difícilmente podría permitirse que se aplicara otra ley teórica que la que tuviera su origen en la experiencia. La guerra con grandes decisiones no sólo es mucho más simple, sino también mucho más natural, libre de contradicciones internas, más objetiva, ligada a una ley de necesidad interna: por eso la razón puede prescribirle formas y leyes; pero en esta guerra nos parece mucho más difícil. Incluso los dos principios fundamentales de la teoría de la gran guerra, que sólo ha surgido en nuestros tiempos, la amplitud de la base en Bülow y la posición en la línea interior en Jomini, cuando se aplican a la defensa de un teatro de guerra, no se han mostrado en ninguna parte en la experiencia como principios exhaustivos y eficaces. Pero es precisamente aquí donde deberían mostrarse más eficaces como meras formas, porque las formas deben ser cada vez más eficaces, cada vez más predominantes sobre los demás factores del producto, cuanto más se amplía la acción en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, nos encontramos con que no son más que lados individuales del objeto, pero sobre todo nada menos que ventajas completas. Que la peculiaridad de los medios y de las condiciones debe tener ya una gran influencia, que atravesase todos los principios generales, es muy evidente. Lo que la expansión y la elección cautelosa de la formación fue para Daun, la fuerza principal siempre unida, siempre cerca del enemigo, siempre lista para extemporizar, fue para el rey. Ambas cosas resultaron no sólo de la naturaleza de sus ejércitos, sino también de sus circunstancias; extemporizar es mucho más fácil para un rey que para cualquier comandante al mando. Una

vez más, queremos llamar expresamente la atención sobre el hecho de que la crítica no tiene derecho a considerar las diversas maneras y métodos que pueden surgir como etapas de diferente perfección, y a subordinar unas a otras, sino que pertenecen una al lado de la otra, y que en el caso individual debe dejarse al juicio apreciar el uso que se hace de ellas.

394

Estas diferentes maneras, que pueden surgir de las peculiaridades del ejército, del país, de las circunstancias, no pueden ser enumeradas aquí; ya hemos indicado la influencia de estas cosas en general.

Confesamos, pues, que no sabemos dar en este capítulo ningún principio, regla o método, porque la historia no nos ofrece nada de eso y, por el contrario, uno encuentra en casi todos los momentos peculiaridades muy a menudo incomprensibles, a menudo incluso sorprendentes por su maravilla. Pero por eso no es inútil estudiar la historia también en este sentido. Donde no hay sistema, donde no hay aparato de la verdad, hay, sin embargo, una verdad, y ésta sólo se encuentra, por lo general, mediante el juicio práctico y el tacto de una larga experiencia. Así pues, si la historia no da aquí ninguna fórmula, sí da aquí, como en todas partes, *la práctica del juicio*.

Sólo queremos establecer un principio que lo abarque todo, o más bien queremos renovar la presuposición natural bajo la cual todo lo que se ha dicho aquí se encuentra en forma de un principio propio y presentarlo más vívidamente a la vista.

Todos los medios aquí expuestos sólo tienen un valor *relativo*. Todos ellos están bajo el hechizo de una cierta incapacidad de ambas partes; una ley superior *rige sobre* esta región, y hay todo un otro mundo de fenómenos. El comandante nunca debe olvidar esto, nunca debe moverse con certeza imaginaria en el círculo estrecho como en algo *absoluto*; nunca debe considerar que los medios que utiliza aquí son *los necesarios, los únicos, y luego tomarlos incluso cuando él mismo ya está temblando ante su insuficiencia*.

395

Desde el punto de vista en el que nos hemos situado aquí, tal error puede parecer casi imposible; pero no es así en el mundo real, porque allí las cosas no aparecen en contrastes tan marcados.

Pues debemos volver a llamar la atención sobre el hecho de que, para dar claridad, definición y fuerza a nuestras ideas, sólo hemos hecho objeto de nuestra consideración los opuestos perfectos, es decir, lo más exterior de cada vía, pero que el caso concreto de la guerra se sitúa sobre todo en el medio y sólo está dominado por este exterior en la medida en que se aproxima a él.

En general, por tanto, es importante que el comandante se cerciore primero por sí mismo de si el enemigo no tiene el deseo y la capacidad de superarle con una medida mayor y más decisiva. Tan pronto como tenga esta aprensión, debe renunciar a las pequeñas medidas para la prevención de pequeñas desventajas, y entonces le queda el medio de ponerse en mejor posición mediante sacrificios voluntarios y estar a la altura de una decisión mayor. En otras palabras, el primer requisito es que el comandante adopte el criterio correcto para juzgar su trabajo.

Para dar aún más definición a estas ideas a través de la vida real, nos referiremos brevemente a una serie de casos en los que, en nuestra opinión, se utilizó un rasero falso, es decir, en los que uno de los generales había calculado sus medidas sobre una acción mucho menos decisiva por parte de su oponente. Comenzaremos con el inicio de la campaña de 1757, en la que los austriacos demostraron, por la posición de sus fuerzas, que no habían contado con una ofensiva tan arrolladora por parte de Federico el Grande; incluso la demora del cuerpo de Piccolomini en la frontera de Silesia, mientras el duque Carlos de Lorena corría el peligro de deponer las armas con su ejército, es un completo malentendido de las circunstancias.

En 1758, los franceses no sólo fueron completamente engañados sobre los efectos de la Convención del Monasterio de Zeven, hecho que no corresponde aquí, sino que dos meses más tarde también se equivocaron completamente en su apreciación de lo que podría emprender su adversario, lo que les costaría el territorio desde el Weser hasta el Rin. Ya hemos dicho que Federico el Grande juzgó completamente mal a sus adversarios en Maxcn en 1759 y en Landeshut en 1760, en el sentido de que no confiaba en que tomaran medidas tan decisivas.

Pero difícilmente podemos encontrar en la historia un error mayor en esta escala que el de 1792. Se creyó que un poder auxiliar moderado podía inclinar la balanza a favor de una guerra civil, y se cargó sobre su cuerpo la enorme carga de un pueblo francés desquiciado por el fanatismo político. Sólo llamamos grande a este error porque se demostró que lo era después, no porque hubiera podido evitarse fácilmente. En la conducción de la guerra misma, no hay duda de que la razón principal de todos los años infelices subsiguientes estuvo en la campaña de 1794. No sólo muchos de los aliados juzgaron completamente mal la poderosa naturaleza del ataque enemigo en esta misma campaña, oponiéndose a él con un mezquino sistema de posiciones extendidas y maniobras estratégicas, sino que también se vio en los desacuerdos políticos entre Prusia y Austria y en el insensato abandono de Bélgica y los Países Bajos lo poco que los gabinetes tenían una idea de la fuerza de la marea que se desbordaba. En 1796, los actos individuales de resistencia de Montenotte, Lodi, etc., demuestran suficientemente lo poco que entendían los austriacos lo que era importante contra este Bonaparte.

396

En 1800, no fue el efecto inmediato de la incursión, sino la visión equivocada que Melas tenía de las posibles consecuencias de esta incursión, lo que provocó su catástrofe.

Ulm, en 1805, era el último nudo de un tejido suelto de relaciones estratégicas eruditas pero extremadamente débiles, lo bastante bueno como para sostener en él a un Daun o a un Lacy, pero no a un Bonaparte y emperador revolucionario.

En el caso de los prusianos en 1806, la indecisión y la confusión fueron consecuencia de opiniones y medidas anticuadas, mezquinas e inútiles, mezcladas con algunas miradas brillantes y un sentimiento correcto de la gran importancia del momento. ¡Cómo se podía, con una clara conciencia y una perfecta apreciación de la propia situación, haber dejado 30.000 hombres en Prusia y pensar en erigir un teatro de guerra especial en Westfalia, en obtener algún éxito mediante pequeñas ofensivas como aquellas a las que estaban destinados los cuerpos de Rüchel y Weimar, y cómo se podía haber hablado todavía en los últimos momentos de deliberación del peligro para los polvorines, de la pérdida de tal o cual extensión de país!

Incluso en 1812, en la más magnífica de las campañas, no faltaron al principio falsas aspiraciones derivadas de una norma incorrecta. En el cuartel general de Vilna había un grupo de hombres distinguidos que insistían en una batalla en la frontera, para que no se pudiera entrar impunemente en suelo ruso. Que esta batalla en la frontera podía perderse, es más, se perdería, estos hombres eran muy conscientes; pues aunque no sabían que 300.000 franceses se enfrentarían a 800.000 rusos, sí sabían que debía suponerse una considerable superioridad del enemigo. El principal error estaba en el valor que concedían a esta batalla; la creían una batalla perdida como cualquier otra, mientras que puede afirmarse casi con certeza que esta decisión principal en la frontera habría producido una serie de fenómenos muy diferentes. Incluso el campamento de Drissa era una medida que seguía basándose en una norma totalmente falsa en relación con el enemigo. Si hubieran querido permanecer en él, habrían tenido que dejarse cortar por todos lados y quedar completamente aislados, y entonces a vuestro ejército francés no le habrían faltado medios para obligar al ejército ruso a deponer las armas. El inventor de este campo no había pensado en semejante medida de fuerza y voluntad.

Pero incluso Bonaparte utilizó a veces un rasero falso. Después del armisticio de 1813, creyó que podía apaciguar a los ejércitos subordinados de los aliados, Blücher y el príncipe heredero de Suecia, mediante cuerpos que, aunque no bastasen para una resistencia real, podían sin embargo ser motivo suficiente de prudencia para no aventurarse a nada, como se había visto tantas veces en las guerras anteriores. No pensó lo suficiente en la reacción de odio arraigado y peligro apremiante que actuaba en Blücher y Bülow.

En general, nunca alabó lo suficiente el espíritu de empresa del viejo Blücher. En Leipzig, sólo Blücher le privó de la victoria; en Laon, Blücher podía haberle arruinado, y que esto no sucediera se debió a circunstancias que estaban completamente fuera del cálculo de Bonaparte; en Belle-Alliance, finalmente, el castigo de este error le alcanzó como un rayo destructor.

PARTE III

TERCERA PARTE

6.31 PREFACIO DEL EDITOR A LA TERCERA PARTE

Habiéndome atrevido ya a dirigirme a los lectores de la presente obra, y habiendo sido recibida esta osadía, por lo que sé, con indulgencia, debo pedir permiso para acompañar esta tercera parte con unas líneas, en primer lugar para explicar y excusar su tardía aparición.

Esta parte contiene los libros séptimo y octavo de la obra sobre la guerra, ambos desgraciadamente inacabados y sólo disponibles en esbozos fugaces y trabajos preliminares. No debían ocultarse a los lectores, pues incluso en esta forma inacabada tenían interés, ya que al menos indicaban el camino que el autor pretendía seguir. Sin embargo, requerían una lectura atenta, y como el comandante O'Etzel, que tuvo la amabilidad de encargarse de este trabajo, se vio perturbado por asuntos oficiales durante mucho tiempo, pareció tanto más oportuno dejar que esta tercera parte fuera precedida por la cuarta, completamente terminada, ya que ésta contenía la campaña de 1796, es decir, el comienzo de la historia real de la guerra, y ya se había expresado el deseo de varias partes de conocer esta sección de la presente obra lo antes posible.

Se esperaba publicar esta tercera parte al mismo tiempo que la quinta, pero tampoco ha sido posible, por lo que hay que pedir indulgencia a los lectores por esta doble interrupción del orden natural.

Se han añadido algunos ensayos a los dos libros inacabados de la obra sobre la guerra, que en realidad no pertenecen a ella, pero están tan estrechamente relacionados con ella que es de esperar que no sean mal recibidos.

El primero de estos ensayos fue motivado por las lecciones que el autor tuvo el honor de dar a Su Alteza Real el Príncipe Heredero en los años 1810, 11 y 12. Contiene, en primer lugar, el borrador que el autor presentó al General von Gaudi, Gobernador del Príncipe Heredero, y, en segundo lugar, la visión de conjunto con la que concluyó esta lección. Ya se ha dicho en el prefacio del primer volumen que esta obra contiene, por así decirlo, el *germen* de toda la obra sobre la guerra, y sólo en este aspecto será probablemente de especial interés para la mayoría de los lectores. Su Alteza Real el Príncipe Heredero ha tenido la bondad de permitir la impresión de este ensayo, por lo que, una vez más, le expreso mi más humilde agradecimiento.

Berlín, 5 de diciembre de 1833.

Marie von Clausewitz

CAPÍTULO 7

BOCETOS PARA EL SÉPTIMO LIBRO: EL ATAQUE

7.1 PRIMER CAPÍTULO: EL ATAQUE EN RELACIÓN CON LA DEFENSA

Cuando dos conceptos forman verdaderos opuestos lógicos, y el uno se convierte así en el complemento del otro, entonces el otro ya surge básicamente del uno; pero donde la limitación de nuestra mente no nos permite pasar por alto ambos con una sola mirada y encontrar en la totalidad del uno la totalidad del otro a través de la mera oposición, en cualquier caso siempre caerá del uno una luz significativa y para muchas partes suficiente sobre el otro. Así, creemos que los primeros capítulos de la defensa arrojan suficiente luz sobre el ataque en todos los puntos que tocan. Pero no será así en todos los objetos; el sistema de pensamiento nunca se ha agotado por completo, por lo que es natural que allí donde la oposición no radica tan directamente en la raíz del concepto, como en los primeros capítulos, no se siga directamente de lo que se dice en la defensa lo que puede decirse del ataque. Un cambio de punto de vista nos acerca al objeto y, por tanto, es natural considerar desde este punto de vista más cercano lo que se ha estudiado desde el punto de vista más lejano. Será, pues, un añadido al sistema de pensamiento, por el que no pocas veces lo que se dice del ataque arroja aún una nueva luz sobre la defensa. Así, tendremos ante nosotros en el ataque la mayoría de los mismos objetos que había en la defensa. Pero no nos parece, ni está en la naturaleza de las cosas, a la manera de la mayoría de los manuales de ingeniería, eludir o destruir en el ataque todos los valores positivos que hemos encontrado en la defensa, y demostrar que contra cada medio de defensa hay algún medio infalible de ataque. La defensa tiene sus puntos fuertes y sus puntos débiles; si los primeros no son insuperables, cuestan sin embargo un precio desproporcionado, y esto debe seguir siendo cierto desde todos los puntos de vista o uno se contradice. Además, no es nuestra intención examinar exhaustivamente la contradicción de los medios; todo medio de defensa conduce a un medio de ataque, pero a menudo esto es tan evidente que no es necesario pasar primero del punto de vista de la defensa al del ataque para darse cuenta de ello; el uno se desprende del otro por sí mismo. Nuestra intención es indicar las relaciones peculiares del ataque para cada objeto, en la medida en que no surgen directamente de la defensa, y este tipo de tratamiento debe entonces llevarnos necesariamente a algunos capítulos que no tienen correspondencia en la defensa.

7.2 CAPÍTULO SEGUNDO: NATURALEZA DEL ATAQUE ESTRATÉGICO

Hemos visto que la defensa en la guerra en general, por lo tanto también la defensa estratégica, no es una espera y una defensa absolutas, por lo tanto no es un sufrimiento perfecto, sino relativo, por consiguiente impregnado de principios más o menos ofensivos. Del mismo modo, el ataque no es un todo homogéneo, sino que se entremezcla incesantemente con la defensa. La diferencia, sin embargo, es que la defensa no puede pensarse en absoluto sin el retroceso, que éste es un componente necesario de aquélla. Pero no es así con el ataque; el empuje o el acto de ataque es en sí mismo un concepto completo, la defensa no le es necesaria en sí misma, pero el tiempo y el espacio, a los que está ligada, conducen a la defensa a ella como un mal necesario. Porque, *en primer lugar*, no puede llevarse a cabo en una sucesión constante hasta su finalización, sino que requiere puntos de descanso, y en este tiempo de descanso, donde ella misma se neutraliza, el estado de defensa se produce por sí mismo. En *segundo lugar*, el espacio que la fuerza que avanza deja tras de sí, y que necesita para su existencia, no siempre está cubierto por el propio ataque, sino que debe ser especialmente protegido.

Así, el acto de ataque en la guerra, pero preferentemente en la estrategia, es una constante alternancia y combinación de ataque y defensa, por lo que esta última, sin embargo, no debe ser considerada como una preparación efectiva para el ataque, como un aumento del mismo, por lo tanto no como un principio activo, sino como un mero mal necesario, como el peso retardante que la mera gravedad de la masa produce; es su pecado original, su principio de muerte. Decimos peso *retardador* porque, si la defensa no hace nada por el ataque, debe disminuir su efecto por la mera pérdida de tiempo que representa. Pero este componente de defensa, contenido en todo ataque, ¿no puede tener también un efecto perjudicial positivo sobre él? Si se dice que el *ataque es la forma más débil y la defensa la más fuerte de la guerra*, parece deducirse de ello que la segunda no puede tener un efecto positivamente desfavorable sobre la primera, ya que mientras se disponga de fuerzas suficientes para la forma más débil, éstas deben ser tanto más suficientes para la más fuerte. Esto es en general, es decir Pero no debemos olvidar que la superioridad de la *defensa estratégica se debe en parte al hecho de que el propio ataque no puede prescindir de una mezcla de defensa*, y de una defensa de un tipo mucho más débil; Lo que debe arrastrar consigo de la defensa son los peores elementos de ésta; de éstos ya no se puede afirmar lo que es cierto del conjunto, y así se comprende cómo estos elementos de la defensa pueden convertirse también positivamente en un principio debilitador del ataque. Son precisamente estos momentos de debilidad de la defensa en el ataque en los que debe intervenir la actividad positiva del principio ofensivo en la *defensa*. Qué diferente es la situación en la que se encuentra el defensor durante las 12 horas de descanso que suelen seguir a una jornada de trabajo, en su posición elegida y preparada, bien conocida por él, y el atacante en su campamento de marcha, en el que ha metido la pata como un ciego, o durante el descanso más largo, que puede requerir una nueva disposición de las provisiones, la espera de refuerzos, etc., en el que el defensor está cerca de sus fortificaciones y suministros y el atacante es como un pájaro en una rama. Pero todo ataque debe terminar con una defensa; cuál será ésta depende de las circunstancias; éstas pueden ser muy favorables si las fuerzas enemigas son destruidas, pero también muy difíciles si no es el caso. Aunque esta defensa ya no forme parte del propio ataque, su naturaleza debe sin embargo tener un efecto sobre él y contribuir a determinar su valor.

El resultado de esta consideración es: que en todo ataque hay que tener en cuenta la defensa que necesariamente lo acompaña, para ver claramente las desventajas a las que está sometido y poder prepararse para ellas.

Por otra parte, el ataque en otro aspecto es siempre completamente uno y el mismo. La defensa, sin embargo, tiene sus etapas, a saber, cuanto más se ha de agotar el principio de la espera. Esto da formas que difieren esencialmente unas de otras, como hemos desarrollado en el capítulo sobre los tipos de resistencia.

Puesto que el ataque sólo tiene *un* principio activo y la defensa en él es sólo un peso muerto que pende de él, no hay tal diferencia en él. Es cierto que hay una enorme diferencia en la energía del ataque, en la velocidad y la fuerza del empuje, pero se trata sólo de una diferencia de grado, no de especie -podría imaginarse perfectamente que el atacante eligiera alguna vez la forma defensiva para alcanzar mejor su objetivo, que, por ejemplo, se colocara en una buena posición para ser atacado en ella; pero estos casos son tan raros que no necesitamos tenerlos en cuenta en nuestra agrupación de conceptos y cosas, en la que siempre partimos de lo práctico. En el ataque, por tanto, no hay tal incremento como el que presentan los modos de resistencia.

Por último, la extensión de los medios de ataque consiste, por regla general, sólo en las fuerzas armadas; a esto hay que añadir, por supuesto, las fortalezas, que, situadas cerca del teatro de guerra enemigo, tienen una influencia perceptible en el ataque. Pero esta influencia se hace cada vez más débil con el avance, y es comprensible que en el ataque las fortalezas propias nunca puedan desempeñar un papel tan esencial como en la defensa, donde a menudo se convierten en algo principal. Se puede pensar que el apoyo del pueblo está relacionado con el ataque en los casos en que los habitantes están más apegados al atacante que a su propio ejército; por último, el atacante también puede tener confederados, pero entonces son meramente el resultado de circunstancias especiales o accidentales, no una ayuda derivada de la naturaleza del ataque. Por lo tanto, si en la defensa hemos incluido las fortalezas, la insurrección popular y los confederados en el ámbito de los medios de resistencia, no podemos hacer lo mismo en el ataque; allí pertenecen a la naturaleza de la cosa, aquí se encuentran raramente y entonces son sobre todo accidentales.

7.3 CAPÍTULO TERCERO: LOS OBJETIVOS DEL ATAQUE ESTRATÉGICO

La derrota del enemigo es el objetivo de la guerra, la destrucción de las fuerzas enemigas el medio. El ataque sigue siendo lo mismo que la defensa. Esta última, mediante la destrucción de las fuerzas del enemigo, conduce al ataque, éste a la conquista del país; éste, pues, es su objeto, pero no tiene por qué ser todo el país, sino que puede limitarse a una parte, una provincia, una extensión de país, una fortaleza, etc. Todas estas cosas pueden tener suficiente valor como pesos políticos en la paz, ya sea para conservarlas o para intercambiarlas.

El objetivo del ataque estratégico puede considerarse, por tanto, desde la conquista de todo el país en innumerables gradaciones hasta el lugar más insignificante. En cuanto se alcanza este objetivo y cesa el ataque, se produce la defensa. - Así que se podría pensar en un ataque estratégico como una unidad limitada definida. Pero no es así si tomamos el asunto prácticamente, es decir, según los fenómenos reales. Aquí, los momentos del ataque, es decir, las intenciones y las medidas, a menudo se prolongan en la defensa de forma tan indefinida como los planes de defensa se prolongan en el ataque. Rara vez, o al menos no siempre, el comandante prescribe exactamente lo que quiere conquistar, sino que lo deja depender de los acontecimientos. Su ataque le lleva a menudo más lejos de lo que había pensado, obtiene a menudo un nuevo poder después de un descanso más o menos corto, sin que uno se vea inducido a hacer de ello dos actos muy diferentes; otras veces se detiene antes de lo que había pensado, sin por ello abandonar su plan y pasar a una verdadera defensa. Vemos, pues, que si la defensa con éxito puede pasar imperceptiblemente al ataque, lo contrario ocurre también con el ataque. Estas gradaciones deben tenerse en cuenta si no queremos hacer una falsa aplicación de lo que decimos sobre el ataque en general.

7.4 CAPÍTULO CUATRO: PODER DECRECIENTE DEL ATAQUE

Se trata de un objeto principal de la estrategia; de su correcta apreciación en cada caso depende el juicio acertado de lo que se puede hacer.

Surge el debilitamiento del poder absoluto:

1. por el propósito del ataque de ocupar el propio país enemigo; esto suele ocurrir sólo después de la primera decisión, pero con la primera decisión el ataque así no cesa;
2. por la necesidad de los ejércitos atacantes de ocupar el terreno que queda a sus espaldas para asegurar las líneas de comunicación y poder vivir;
3. por las pérdidas en las batallas y por la enfermedad;
4. eliminación de las fuentes suplementarias;
5. asedios. Cerramientos de fortalezas:
6. disminución de los esfuerzos:
7. cesión de aliados.

Pero frente a estas dificultades también hay algunas que pueden reforzar el ataque. Está claro, sin embargo, que es el equilibrio de estos diferentes factores lo que determina el resultado general; por ejemplo, el debilitamiento del ataque puede ser parcial o totalmente compensado o contrarrestado por el debilitamiento de la defensa. Esto último rara vez ocurre; sólo hay que comparar no siempre todas las fuerzas en el campo de batalla entre sí, sino las que están a la cabeza o las que se enfrentan en los puntos decisivos. - Ejemplos de varios tipos: los franceses en Austria y Prusia, en Rusia; los aliados en Francia, los franceses en España.

7.5 CAPÍTULO CINCO: CULMINACIÓN DEL ATAQUE

El éxito en el ataque es el resultado de una superioridad existente, de fuerzas físicas y morales bien entendidas en su conjunto. Hemos demostrado en el capítulo anterior que el poder del ataque se agota gradualmente; posiblemente la superioridad aumente en el proceso, pero en la gran mayoría de los casos disminuirá. El atacante compra ventajas de paz, que se supone que cuentan algo en las negociaciones, pero que debe pagar in situ al contado con sus fuerzas. Si esta preponderancia, que disminuye cada día en la ventaja del ataque, conduce a la paz, el propósito está logrado. - Hay ataques estratégicos que han conducido directamente a la paz, pero muy pocos son de este tipo, y la mayoría sólo conducen a un punto en el que las fuerzas son suficientes para mantener la defensa y esperar la paz. - Más allá de este punto se encuentra la inversión, el retroceso; la fuerza de dicho retroceso suele ser mucho mayor de lo que fue la fuerza del empuje. Es lo que llamamos el punto culminante del ataque. - Dado que el objetivo del ataque es la posesión del país enemigo, se deduce que el avance debe continuar hasta que se agote la superioridad; por tanto, esto conduce al objetivo y también puede llevar fácilmente más allá de él. - Si se considera de cuántos elementos se compone la ecuación de fuerzas, se comprende lo difícil que es en algunos casos determinar cuál de los dos tiene la superioridad de su lado. A menudo todo pende del hilo de la imaginación.

Así que todo se reduce a tantear el punto de culminación con un fino golpe de juicio. - Aquí nos encontramos con una aparente contradicción. - La defensa es más fuerte que el ataque, por lo que uno debe creer que este último nunca puede ir demasiado lejos, ya que mientras la forma más débil siga siendo lo suficientemente fuerte, uno es tanto más fuerte cuanto más fuerte.¹

¹ Aquí sigue el pasaje del manuscrito: "Desarrollo de este tema después de B.1II, en el ensayo sobre la culminación de la victoria". Bajo este título, en un sobre con la inscripción: *ensayos individuales como materiales*, hay un ensayo que parece ser una adaptación del capítulo sólo esbozado aquí y que está impreso al final del libro séptimo. Nota del editor.

7.6 CAPÍTULO 6: DESTRUCCIÓN DE LAS FUERZAS ENEMIGAS

La destrucción de las fuerzas enemigas es el medio para alcanzar el fin. - Qué se entiende por ello. - El precio que cuesta. - Diferentes puntos de vista posibles:

1. Destruir sólo lo que requiera el objeto del ataque;
2. o tanto como sea posible;
3. cuando la protección de los propios se convierte en la principal consideración;
4. esto puede ir de nuevo tan lejos que el ataque *sólo* emprende algo para destruir las fuerzas del enemigo *cuando la oportunidad es favorable*; como también puede ocurrir con el objeto del ataque y ya ha ocurrido en el tercer capítulo.

El único medio de destruir las fuerzas enemigas es la batalla, pero hay que reconocer que de dos maneras: 1. directamente; 2. indirectamente, combinando batallas. - Así pues, si la batalla es el medio principal, no es el único. La toma de una fortaleza, de un trozo de tierra, es en sí misma una destrucción de las fuerzas del enemigo, pero también puede dar lugar a otra mayor, convirtiéndose así en indirecta.

La ocupación de una franja de terreno no defendida puede, por tanto, aparte del valor que tiene como cumplimiento inmediato de un propósito, considerarse también como la destrucción de las fuerzas del enemigo. La maniobra de expulsión del enemigo de una zona ocupada por él no es muy diferente y, por tanto, sólo puede considerarse desde el mismo punto de vista, no como un verdadero éxito de las armas. - Estos medios suelen sobrevalorarse: rara vez tienen el valor de una batalla; y en esto aún es de temer que se pase por alto la situación desventajosa a la que conducen; por el pequeño precio que cuestan, son seductores.

En todas partes deben considerarse apuestas menores, que sólo conducen a pequeñas ganancias y se adaptan a circunstancias más limitadas y motivos más débiles. Entonces son obviamente mejores que las batallas sin propósito. - Victorias cuyos éxitos no pueden agotarse.

7.7 CAPÍTULO SIETE: LA BATALLA OFENSIVA

Lo que hemos dicho sobre la batalla defensiva ya arroja mucha luz sobre la batalla ofensiva.

Hemos pensado en la batalla en la que la defensa es más pronunciada, para hacer palpable su esencia - pero muy pocas batallas son así, la mayoría son medio rencontres, en las que el carácter defensivo se pierde mucho. Pero no es el caso de la batalla ofensiva, que conserva su carácter en cualquier circunstancia y puede afirmarlo con mayor audacia porque el defensor no está en su propia esencia. Por lo tanto, incluso en la batalla defensiva, que no se pronuncia propiamente, y en los verdaderos rencontres, siempre queda algo de la diferencia en el carácter de la batalla del lado de uno y otro. La característica principal de la batalla ofensiva es el englobamiento o la circunvalación, es decir, al mismo tiempo la entrega de la batalla.

407

La batalla con líneas completas tiene obviamente grandes ventajas en sí misma; esto es una cuestión de táctica. El ataque no puede renunciar a estas ventajas porque la defensa tenga un remedio para ellas, ya que ella misma no puede utilizar este remedio en la medida en que está demasiado estrechamente ligada a las demás condiciones de la defensa. Para poder abarcar de nuevo con ventaja al enemigo que todo lo abarca, hay que estar en una posición selecta y bien dispuesta. Pero lo que es mucho más importante es que no se aprovechan realmente todas las ventajas que ofrece la defensa; la mayoría de las defensas son un pobre parche, y los defensores suelen encontrarse en una posición muy presionada y amenazada, en la que, esperando lo peor, se encuentran con el ataque a medio camino. La consecuencia es que las batallas con líneas extensas o incluso con frentes relacionados, que en realidad deberían ser el resultado de una relación ventajosa de las líneas de conexión, suelen ser el resultado de la superioridad moral y física. Marengo, Austerlitz, Jena. - En la primera batalla, por cierto, la base del atacante, si no superior a la de la defensa, suele ser muy grande debido a la proximidad de la frontera, por lo que ya puede atreverse a hacer algo. - El ataque lateral, es decir, la batalla con un frente relacionado, es por cierto más eficaz que el integral. - Es falsa la idea de que debe ir asociado a un avance estratégico integral, como en Praga. Esto rara vez tiene algo en común, y es algo muy malo, sobre lo que en el ataque de un teatro de guerra lo más detallado. - Así como en una batalla defensiva el comandante tiene la necesidad de retrasar la decisión lo más posible, para ganar tiempo, porque una batalla defensiva indecisa al atardecer suele ser una batalla ganada, así en una batalla ofensiva el comandante tiene la necesidad de apresurar la decisión; pero desde el otro lado hay un gran peligro en la precipitación, porque conduce a un derroche de fuerzas. Una peculiaridad de la batalla ofensiva es en la mayoría de los casos la incertidumbre sobre la posición del enemigo; es una verdadera zambullida en circunstancias desconocidas. Austerlitz, Wagram, Hohenlinden, Jena, Katzbach. Cuanto más lo es, más se trata de una unificación de fuerzas, más es una evasión que un abrazo. El capítulo duodécimo del cuarto libro ya enseña que los principales frutos de la victoria sólo se obtienen en la persecución. En la naturaleza de las cosas, la persecución es más una parte integrante de toda la acción en una batalla ofensiva que en una batalla defensiva.

7.8 CAPÍTULO 8: CRUCES DE RÍOS

1. Un río considerable que corta la línea de ataque es siempre algo muy inconveniente para el atacante, pues cuando lo ha cruzado suele estar confinado a un puente, y a menos que desee permanecer cerca de él estará muy limitado en todas sus acciones. Si siquiera piensa en dar al enemigo una batalla decisiva al otro lado, o si puede esperar que el enemigo se encuentre con él, se está poniendo en gran peligro; un comandante no se pondrá en esta posición sin una superioridad moral y física significativa.

408

2. De esta dificultad de limitarse a tomar el río por detrás surge la posibilidad de defenderlo realmente, mucho más a menudo de lo que sería el caso en otras circunstancias. Si se supone que esta defensa no se considera la única salvación, sino que está dispuesta de tal manera que, si ella misma es infructuosa, la resistencia en las proximidades del río sigue siendo posible, entonces, además de la resistencia que el atacante puede sufrir por la defensa del río, se añaden también a su cálculo todas las ventajas de las que hemos hablado en el n° 1, y ambas juntas hacen ver a los generales que tienen tanto respeto cuando atacan un río defendido.

3. Pero hemos visto en el libro anterior que bajo ciertas condiciones la defensa real del río promete éxitos bastante buenos, y cuando observamos la experiencia, debemos admitir que estos éxitos ocurren realmente con mucha más frecuencia de lo que promete la teoría, porque en esta última sólo se cuenta con las condiciones reales tal y como se encuentran, mientras que en la ejecución normalmente todas parecen algo más difíciles para el atacante de lo que realmente son, y por lo tanto se convierten en un fuerte obstáculo para su acción.

Si hablamos de un ataque que no se basa en una gran decisión y no se lleva a cabo con vigor, podemos decir que en su ejecución una serie de pequeños obstáculos y coincidencias, que no se pueden calcular en teoría, irán en detrimento del atacante, porque él es el ejecutor y, por lo tanto, entra en conflicto con ellos en primer lugar. Basta pensar en cuántas veces los ríos de Lombardía, insignificantes en sí mismos, han sido defendidos con éxito. - Si, por el contrario, hay defensas fluviales en la historia de la guerra que no han logrado lo que se esperaba de ellas, es porque a veces se han exigido efectos bastante exagerados a este medio, que no se basaban en absoluto en su naturaleza táctica, sino simplemente en su eficacia, conocida por la experiencia, que luego se ha querido extender más allá de toda medida.

4. sólo si el defensor comete el error de construir toda su salvación sobre la defensa de su río y se pone en el caso de caer en grandes aprietos y en una especie de catástrofe volándolo, sólo entonces la defensa fluvial puede considerarse como una forma de resistencia favorable al ataque, ya que, sin embargo, es más fácil volar una defensa fluvial que ganar una batalla ordinaria.

5. De lo anterior se deduce que las defensas fluviales son de gran valor cuando no se busca una gran decisión, pero que cuando ésta debe esperarse de la superioridad o energía del enemigo, este medio, si se aplica mal, puede ser de valor positivo para el atacante.

409

6. Muy pocas defensas fluviales son tales que no puedan ser eludidas, ya sea en general de toda la línea de defensa o en particular de un solo punto. Por consiguiente, al atacante superior, que se propone dar grandes golpes, siempre le queda el medio de manifestarse en un punto y pasar por encima en otro, y luego subsanar las primeras condiciones desventajosas del enfrentamiento que puedan afectarle mediante la superioridad

numérica y un avance despiadado, pues esto último también es posible gracias a la superioridad. Por lo tanto, rara vez o nunca se produce un forzamiento táctico real de un río defendido, mediante la expulsión de un puesto principal enemigo por fuego superior y valentía superior, y la expresión de un paso forzoso siempre debe tomarse sólo estratégicamente, en la medida en que la parte atacante, por su paso en un lugar poco o nada defendido dentro de la línea ordenada, evita todas las desventajas que, de acuerdo con la intención del defensor, deberían derivarse de su paso. - Lo peor que puede hacer el atacante, sin embargo, es hacer una verdadera transición en varios puntos, si no están muy cerca unos de otros y permiten un ataque conjunto; porque como el defensor debe necesariamente estar dividido, el atacante pierde su ventaja natural al dividir sus fuerzas. De este modo perdió Bellegarde la batalla del Mincio en 1814, en la que por casualidad ambos ejércitos se cruzaron en diferentes puntos al mismo tiempo, y los austriacos estaban más divididos que los franceses.

7. Si el defensor permanece a este lado del río, huelga decir que hay dos maneras de derrotarlo estratégicamente: o bien pasando por algún punto, no obstante, y superando así al defensor en los mismos medios, o bien mediante una batalla. En el caso del primero, las condiciones de la base y de las líneas de comunicación deberían ser decisivas, pero, por supuesto, a menudo se ve que las disposiciones especiales deciden más que las condiciones generales; quien sabe elegir mejores puestos, quien está mejor equipado, quien es mejor obedecido, quien marcha más rápido, etc., puede luchar con ventaja contra las circunstancias generales. En cuanto al segundo medio, presupone que el atacante tiene los medios, las condiciones y la resolución de luchar; pero cuando éstos deben presuponerse, el defensor no se atreverá fácilmente a este tipo de defensa fluvial.
8. Como resultado final, debemos decir que, aunque el cruce de un río en sí mismo presenta pocas dificultades, sin embargo, en todos los casos que no implican una gran decisión, se le concede tanta importancia por las consecuencias y las relaciones más distantes, que el atacante puede, sin embargo, ser fácilmente detenido por ello: de modo que o bien deja al defensor en este lado del río, o a lo sumo lo cruza, pero entonces permanece cerca del río. Que ambas partes permanezcan enfrentadas durante mucho tiempo a distintos lados del río ocurre sólo en unos pocos casos.

410

Pero incluso en casos de gran decisión un río es un objeto importante; siempre debilita y perturba la ofensiva, y lo más favorable en este caso es cuando el defensor es inducido por ello a considerarlo como una barrera táctica, y a hacer de su defensa real el acto principal de su resistencia, de modo que el atacante tiene en sus manos la ventaja de asestar el golpe decisivo de manera fácil. - Ciertamente, este golpe nunca será una derrota completa del enemigo en el primer momento, sino que consistirá en enfrentamientos individuales ventajosos, y éstos provocarán entonces muy malas condiciones generales por parte del enemigo, como en 1796 con los austriacos en el Bajo Rin.

7.9 CAPÍTULO NUEVE: ATACAR POSICIONES DEFENSIVAS

En el libro sobre la defensa se ha explicado suficientemente hasta qué punto las posiciones defensivas obligarán a atacar o a abandonar el avance. Sólo las que lo hacen son convenientes y adecuadas para consumir o neutralizar total o parcialmente la fuerza ofensiva, y en este sentido el ataque no puede hacer nada contra ella, es decir, no hay medios en su campo para contrarrestar esta ventaja. Pero no todas las posiciones defensivas que se producen son realmente así. Si el atacante ve que puede perseguir su objetivo sin atacarlas, el ataque sería un error; si no puede perseguir su objetivo, se trata de saber si puede maniobrar al enemigo amenazándole por el flanco. Sólo si estos medios son ineficaces se decide atacar una buena posición, y entonces el ataque por el flanco siempre tiende a presentar algo menos de dificultad; pero la elección entre los dos bandos decide la posición y la dirección de las líneas de retirada mutuas, por tanto la amenaza a la retirada del enemigo y la salvaguarda de la propia. Puede entonces surgir una competencia entre las dos, y en esto la primera consideración tiene derecho a una preferencia natural, ya que ella misma es de naturaleza ofensiva, es decir, homogénea con el ataque, mientras que la otra es de naturaleza defensiva. Pero es cierto, y debe considerarse aquí como una verdad fundamental, que *atacar a un oponente capaz en una buena posición es algo miserable*. No faltan, por supuesto, ejemplos de tales batallas, y además felices, como Torgau, Wagram (no mencionamos Dresde, porque no nos gusta llamar capaz al adversario en ella); pero en conjunto el peligro es muy leve y desaparece en comparación con los innumerables casos en que hemos visto a los comandantes más resueltos saludar ante buenas posiciones.

Pero no hay que confundir el objeto que nos ocupa con las batallas ordinarias. La mayoría de las batallas son verdaderos rencontres, en los que uno se encuentra, pero en una posición no preparada.

7.10 CAPÍTULO DIEZ: ATACAR CAMPAMENTOS ATRINCHERADOS

Durante un tiempo estuvo de moda hablar muy despectivamente de los atrincheramientos y de sus efectos. Las líneas en cordón de las fronteras francesas, que a menudo habían sido voladas, el campamento atrincherado de Breslau, en el que el duque de Bevern perdió la batalla, la batalla de Torgau, y varios otros casos habían provocado este juicio, y las victorias de Federico el Grande, ganadas por el movimiento y los medios ofensivos, habían arrojado sobre toda defensa, todo combate en pie, y especialmente sobre todos los atrincheramientos, un reflejo que aumentaba este desprecio. Ciertamente, si unos miles de hombres deben defender varias millas de terreno, o si los atrincheramientos no son más que trincheras invertidas, no hay que contar con ellos para nada, y así se crea una peligrosa brecha por la confianza que se deposita en ellos. Pero, ¿no es una contradicción, o más bien un disparate, extender esto en el espíritu de un vulgar espadachín, como hace Tempelhoff, al concepto mismo de atrincheramiento? ¿Para qué servirían entonces los atrincheramientos si no sirvieran para fortalecer a los defensores? No, no sólo la razón, sino también cientos de miles de experiencias demuestran que un atrincheramiento bien dispuesto, bien armado y bien defendido *debe considerarse como un punto que, por regla general, es inexpugnable*, y así lo consideran también los atacantes. Partiendo de este elemento de la eficacia de un simple reducto, no cabe duda de que el ataque de un campamento atrincherado es una tarea muy difícil, por lo general imposible, para el atacante.

411

Está en la naturaleza de los campamentos atrincherados que estén débilmente guarnecidos; pero con buenos obstáculos en el terreno y atrincheramientos eficientes uno puede defenderse incluso contra un gran número superior. Federico el Grande consideró impracticable el ataque al campamento de Pirna, aunque pudo utilizar contra él el doble de la guarnición, y si más tarde se afirmó de vez en cuando que bien podría haber sido tomado, la única prueba de esta afirmación se basa en la pésima condición de las tropas sajonas, lo que por supuesto no prueba nada en contra de la eficacia de los atrincheramientos. Pero la cuestión es si quienes después consideraron el ataque no sólo posible, sino incluso fácil, se habrían decidido a hacerlo en ese momento.

Creemos, pues, que el ataque de un campamento atrincherado pertenece a los medios bastante inusuales de la ofensiva. Sólo si los atrincheramientos se han levantado de prisa, no se han completado y menos aún reforzado con obstáculos para el acceso, o si, como ocurre a menudo, todo el campamento no es más que un esquema de lo que debería ser, una ruina a medio terminar, entonces un ataque contra él puede ser aconsejable e incluso convertirse en una forma de derrotar al enemigo con facilidad.

7.11 CAPÍTULO ONCE: EL ATAQUE DE UNA MONTAÑA

Lo que es una cordillera en términos estratégicos generales, tanto en defensa como incluso en ataque, queda suficientemente patente en los capítulos quinto y siguientes del sexto libro. También hemos tratado de desarrollar el papel que desempeña una cordillera como línea de defensa propiamente dicha, y de ello se desprende ya claramente cómo hay que considerarla en este sentido desde el punto de vista del ataque. Por lo tanto, poco nos queda por decir aquí sobre este importante tema. Nuestro principal resultado allí fue que la defensa debe adoptar el aspecto bastante diferente de un enfrentamiento subordinado o de una batalla principal, que en el primer caso el ataque de una montaña sólo puede considerarse como un mal necesario, porque tiene todas las circunstancias en contra, pero que en el segundo caso las ventajas están del lado del ataque.

412

Un ataque, por tanto, equipado con la fuerza y la determinación para la batalla, se encontrará con su adversario en las montañas y sin duda encontrará su ajuste de cuentas.

Pero también aquí debemos volver al hecho de que será difícil hacer oír este resultado, porque va en contra de todas las apariencias y, a primera vista, de toda experiencia de guerra. Pues en la mayoría de los casos se ha visto que un ejército que avanza al ataque, buscando o no una batalla principal, ha considerado una suerte inaudita que el enemigo no haya ocupado las montañas intermedias, y se ha apresurado entonces a adelantarse a él, y nadie encontrará en esta prisa una contradicción con los intereses del atacante. Esto también es muy permisible en nuestra opinión, sólo que aquí hay que distinguir con más precisión.

Un ejército que va al encuentro del enemigo para librar una batalla principal tendrá, si tiene que atravesar una cadena montañosa desocupada, la aprensión natural de que el enemigo no hará más que quemar en el último momento los mismos pasos que se propone utilizar para este fin; en este caso ya no habría para el atacante las mismas ventajas que le habría ofrecido una posición montañosa ordinaria del enemigo. Porque entonces éste ya no está extendido sobrenaturalmente, ya no está incierto en cuanto al camino que tomará el atacante, el atacante no ha podido elegir sus caminos con respecto a la formación del enemigo, y así esta batalla en las montañas ya no está dotada de todas las ventajas para el atacante de las que hemos hablado en el sexto libro; en tales circunstancias el defensor podría encontrarse en una posición inexpugnable. En tales circunstancias el defensor podría encontrarse en una posición inatacable, y así su defensor tendría los medios de hacer un uso ventajoso de las montañas para su batalla principal. - Esto, por supuesto, sería posible, pero si uno considera las dificultades que el defensor tendría para establecerse en una buena posición en las montañas en el último momento, especialmente si las hubiera dejado completamente desocupadas de antemano, entonces uno probablemente considerará que este medio de defensa es bastante poco fiable y por lo tanto también el caso que el atacante tiene que temer es muy *improbable*. Pero como este caso es muy improbable, sigue siendo natural temerlo. Porque en la guerra a menudo ocurre que una preocupación es muy natural y, sin embargo, bastante superflua.

Pero otro objeto que el atacante tiene que temer aquí es la defensa provisional de las montañas por una cadena de vanguardia o avanzada. Este medio, también, sólo en contados casos será de su interés, pero el atacante no es muy capaz de distinguir hasta qué punto esto será así o no, y por eso se teme lo peor.

Además, nuestra opinión sobre este punto no contradice en absoluto la posibilidad de que una posición se vuelva completamente inexpugnable por el carácter montañoso del terreno; hay posiciones de este tipo que, por tanto, aún no están en las montañas: Pirna,

Schmottseifen, Meissen, Feldkirch; y precisamente porque no están en las montañas, son más adecuadas. Pero uno puede imaginarse perfectamente que tales posiciones pueden encontrarse en las propias montañas, donde los defensores pueden liberarse de las desventajas habituales de las posiciones montañosas, por ejemplo, en altas *mesetas*, *pero* son extremadamente raras, y sólo podríamos tener en mente la mayoría.

413

Lo inadecuadas que son las montañas para las batallas defensivas decisivas se puede ver precisamente en la historia de la guerra, pues los grandes comandantes, si querían arriesgarse en una batalla de este tipo, preferían posicionarse en las llanuras, y no se pueden encontrar otros ejemplos de batallas decisivas en las montañas en toda la historia de la guerra que los de la Guerra de la Independencia, donde obviamente una aplicación y analogía equivocadas provocaron el uso de posiciones de montaña incluso donde había que esperar golpes decisivos, en 1793 y 1794 en los Vosgos y en 1795, 96 y 97 en Italia. Todo el mundo ha acusado a Melas de no haber ocupado los pasos alpinos en 1800; pero éstas son críticas a la primera incursión, a un mero, podríamos decir infantil, juicio por la vista. Bonaparte, en el lugar de Melas, tampoco los habría ocupado.

La disposición de un ataque de montaña es en su mayor parte de carácter táctico, pero creemos que debemos indicar aquí lo siguiente para los primeros esbozos, es decir, para las partes que se sitúan en primer lugar y coinciden con la estrategia:

1. Dado que en las montañas no es posible, como en otras regiones, abandonar el camino y hacer dos o tres de uno si la necesidad del momento exige dividir la masa de las tropas, sino que normalmente se detiene en largas dcilas, la acción debe desarrollarse generalmente en varios caminos o más bien en un frente algo más amplio.

2. Contra una extensa defensa de montaña, el ataque se hará naturalmente con fuerzas concentradas: un cerco de la totalidad está fuera de cuestión, y si se quiere conseguir una victoria significativa, debe lograrse más rompiendo la línea enemiga y alejando las secciones de ala que cortándolas por completo. Un avance rápido e imparable a lo largo de la línea principal de retirada del enemigo es el empeño natural del atacante.

3. Pero si el enemigo debe ser atacado en una formación menos recogida en las montañas, las evasiones son una parte muy esencial del ataque, pues los empujes en el frente encontrarán la mayor fuerza del defensor: Pero las evasiones deben apuntar más a un verdadero corte que a un ataque táctico lateral o de retaguardia, porque incluso en la retaguardia las posiciones de montaña, si no carecen de fuerza, son todavía capaces de una gran resistencia; y el éxito más rápido siempre se puede esperar sólo de la aprensión que se da al enemigo de que va a perder su retirada; y esta aprensión surge antes en las montañas y tiene un efecto más fuerte, porque en el peor de los casos no es tan fácil abrirse paso con el estoque en el puño. Pero una simple demostración no es un medio suficiente en este caso; en el mejor de los casos sacaría al enemigo de su posición, pero no le daría ningún éxito en particular; por lo tanto, debemos apuntar a un verdadero corte.

7.12 CAPÍTULO DOCE: ATAQUE DE CORDONES DE LÍNEA

Si hay que contener una decisión principal en su defensa y en su ataque, dan al atacante una ventaja real, pues su extensión sobrenatural contradice aún más que la defensa inmediata del río o de la montaña todos los requisitos de una batalla decisiva. Las líneas de Eugenio en Denain en 1712 deben contarse aquí, pues su pérdida se asemejó completamente a una batalla perdida, pero habría sido difícil para Villars en una posición concentrada contra Eugenio haber logrado esta victoria. Cuando los medios de una batalla decisiva no residen en el ataque, se respetan incluso las líneas, es decir, si están ocupadas por el ejército principal del enemigo, como las de Stollhofen bajo Luis de Baden en 1703, que fueron respetadas incluso por Villars. Si, por el contrario, están ocupadas sólo por una fuerza subordinada, todo depende, por supuesto, de la fuerza de los cuerpos que puedan emplearse para su ataque. Entonces la resistencia no suele ser grande, pero el resultado de la victoria rara vez vale gran cosa.

Las líneas de circunvalación de los sitiadores tienen un carácter propio, del que el capítulo hablará del ataque de un teatro de guerra.

Todas las formaciones en cordón, por ejemplo, las líneas avanzadas reforzadas, etc., tienen siempre la peculiaridad de que se vuelan fácilmente; pero si no se hace esto para penetrar más y tomar una decisión a partir de ellas, sólo dan un éxito débil, que no suele merecer el esfuerzo invertido en ello.

7.13 CAPÍTULO TRECE: MANIOBRAS

1. Ya se menciona en el capítulo trigésimo del sexto libro. Sin embargo, aunque es común al defensor y al atacante, siempre es más de naturaleza ofensiva que defensiva, razón por la cual queremos caracterizarla más de cerca aquí.

2. La maniobra no se opone a la ejecución violenta del ataque mediante grandes enfrentamientos, sino a cualquier ejecución del ataque que se derive directamente de los medios de éste, aunque se trate de un efecto sobre las líneas de comunicación del enemigo, sobre la retirada, la distracción, etc.

2. Si nos atenemos al uso del lenguaje, el concepto de maniobra implica un efecto que se *produce*, por así decirlo, de la nada, es decir, del *equilibrio*, sólo a través de los errores que uno atrae del enemigo. Son las primeras jugadas del ajedrez. Se trata, por tanto, de un juego de fuerzas equilibradas, con el fin de propiciar una oportunidad afortunada de éxito y utilizarla después como superioridad sobre el adversario.

4. Pero aquellos intereses que deben ser considerados en parte como la meta, en parte como las bases de la acción, son principalmente:

- a) las razones que se pretende cortar o restringir al enemigo;
- b) la asociación con otros cuerpos;
- c) la amenaza de otras conexiones con el interior del país o con otros ejércitos y cuerpos;
- d) la amenaza de retirada;
- e) el ataque de puntos individuales con fuerzas superiores.

415

Estos cinco intereses pueden arraigar en los detalles más pequeños de la situación de un individuo, convirtiéndolo en el objeto en torno al cual gira todo durante un tiempo. Un puente, una carretera, un reducto desempeñan entonces a menudo el papel principal. Es fácil demostrar en cada caso que sólo la relación que guardan con uno de los objetos que acabamos de mencionar les confiere su importancia.

f) El resultado de una maniobra afortunada es entonces para el atacante, o más bien para la parte activa, que sin embargo puede ser también el defensor, un terreno, un polvorín, etc.

g) En las maniobras estratégicas hay dos opuestos, que tienen la apariencia de maniobras diferentes y que también se han utilizado para derivar falsas máximas y reglas, cuatro de las cuales, pero básicamente todas, son componentes necesarios de la materia y deben considerarse como tales. El primer contraste es el abarcar y el trabajar en líneas interiores, el segundo el mantener juntas las fuerzas y la expansión en muchos puestos.

h) En cuanto al primer contraste, no se puede decir que uno de los dos miembros merezca una preferencia general sobre el otro; porque en parte es natural que el esfuerzo de un tipo produzca el otro como su contrapeso natural, como su verdadero remedio; en parte el abrazo es homogéneo al ataque, pero el permanecer en las líneas interiores es homogéneo a la defensa, y así el uno será generalmente más del agrado del atacante, el otro del defensor. La forma que mejor se maneje tendrá las de ganar.

i) Los miembros de la otra oposición no pueden subordinarse unos a otros. Al más fuerte se le permite extenderse en varias posiciones; de este modo obtendrá para sí una existencia y una acción estratégicas cómodas en muchos aspectos y conservará las fuerzas de sus tropas. El más débil debe mantenerse más unido y procurar mediante el movimiento aportar el daño que de otro modo le correspondería. Esta mayor movilidad presupone un mayor grado de destreza en la marcha. Por tanto, el más débil debe ejercer más sus fuerzas físicas y morales,

un resultado final al que naturalmente debemos enfrentarnos en todas partes, si siempre hemos sido coherentes, y que por tanto puede considerarse, por así decirlo, como la prueba lógica del razonamiento. Federico el Grande contra Daun en 1759 y 1760, y contra Laudon en 1761, y Montecuccoli contra Turenne en 1673 y 1675, siempre han contado como los acontecimientos más ingeniosos de este tipo, y de ellos hemos tomado principalmente nuestras opiniones.

k) Del mismo modo que no se debe abusar de los cuatro miembros de los dos opuestos imaginarios para establecer máximas y reglas falsas, también hay que advertir contra la atribución a otras relaciones generales, por ejemplo, la base, el terreno, etc., de una importancia y una influencia omnipresentes que no se encuentran en la realidad. Cuanto menores son los intereses en juego, más importantes se vuelven los detalles del lugar y del momento, más retrocede lo general y lo grande, que, por así decirlo, no tiene cabida en el pequeño cálculo. ¿Existe, en general, una situación más absurda que la de Turenne en 1675, cuando estaba de espaldas al Rin en una extensión de tres millas y tenía su puente de retirada en su extrema derecha? Sin embargo, sus medidas cumplieron su propósito, y no sin razón se les atribuye un alto grado de arte y comprensión. Pero sólo se comprende este éxito y este arte cuando se presta más atención a lo individual y se aprecia según el valor que debió tener en el caso concreto.

416

1) Estamos, pues, convencidos de que no hay ninguna regla de maniobra, que ninguna manera, ningún principio general puede determinar el valor de la acción, sino que la actividad superior, la precisión, el orden, la obediencia, la intrepidez pueden encontrar en las circunstancias más individuales y más pequeñas los medios de adquirir ventajas perceptibles, y que, por lo tanto, es de esas cualidades de las que dependerá principalmente la victoria en esta contienda.

7.14 CAPÍTULO CATORCE: ATAQUE DE MORES, INUNDACIONES Y BOSQUES

Las marismas, es decir, los prados infranqueables que sólo están atravesados por algunos terraplenes, presentan sus propias dificultades para el ataque táctico, como ya hemos dicho en el caso de la defensa. Su anchura no permite alejar al enemigo de la orilla más alejada mediante la artillería y construir sus propios medios de paso. La consecuencia estratégica es que se intenta evitar su ataque y sortearlos. Cuando el cultivo es tan grande, como en algunos tramos bajos, que los pasos se hacen innumerables, la resistencia del defensor sigue siendo bastante fuerte en términos relativos, pero también es tanto más débil para una decisión absoluta y, por tanto, bastante inadecuada. - Por otro lado, si el terreno bajo se incrementa por inundación, como en Holanda, la resistencia puede crecer hasta la fuerza absoluta, y entonces todo ataque será derrotado. Holanda lo demostró en 1672, cuando, después de conquistar y ocupar todas las fortalezas situadas fuera de la línea de inundación, aún quedaban 50.000 soldados franceses que, primero bajo Condé y luego bajo Luxemburgo, fueron incapaces de abrumar la línea de inundación, aunque quizás sólo 20.000 hombres defendían esta línea. Si la campaña prusiana de 1787 bajo el Duque de Brunswick contra los holandeses muestra un resultado completamente opuesto, en el sentido de que estas líneas fueron arrolladas casi sin superioridad numérica y con pérdidas muy insignificantes, entonces la causa hay que buscarla en el estado de los defensores, que estaba dividido por opiniones políticas, y en la falta de unidad en el mando, y sin embargo nada es más cierto que el éxito de la campaña, es decir, el avance a través de la línea de inundación, se debió a la falta de unidad. El éxito de la campaña, es decir, el avance a través de la última línea de inundación hasta las murallas de Amsterdam, se basó en un punto tan delicado que es imposible sacar ninguna conclusión de él. Este punto era el desguarnecido mar de Haarlem. A través de él, el duque burló la línea defensiva y llegó a la retaguardia del puesto de Amstelveen. Si los holandeses hubieran tenido algunos barcos en este mar, el duque nunca habría llegado tan lejos como Amsterdam; porque estaba au bout de son Latin. Qué influencia habría tenido esto en la conclusión de los Fricdens no nos concierne aquí, pero queda establecido por el hecho de que no se podía seguir hablando de superar la última línea de inundación.

417

El invierno es, por supuesto, el enemigo natural de este medio de defensa, como demostraron los franceses en 1794 y 1795, pero requiere un invierno *severo*.

También hemos contado los bosques poco accesibles entre los medios que ofrecen un fuerte apoyo a la defensa. Son de poca profundidad, de modo que el atacante puede penetrar por unos pocos senderos poco espaciados y alcanzar la mejor zona, pues la fuerza táctica de los puntos individuales no será grande, ya que un bosque nunca puede considerarse tan absolutamente impenetrable como un río o un pantano. - Pero si, como en Rusia y Polonia, una considerable extensión de terreno está casi por todas partes cubierta de bosque, y la fuerza del atacante no puede llevarle más allá de él, su posición será, sin embargo, muy ardua. Basta pensar en cuántas dificultades tendrá que afrontar en materia de provisiones, y en lo poco que podrá, en la oscuridad de los bosques, hacer sentir al enemigo, que está por todas partes, su superioridad numérica. Esta es sin duda una de las peores situaciones en las que puede encontrarse el ataque.

7.15 CAPÍTULO QUINCE: ATAQUE DE UN TEATRO DE GUERRA CON DECISIÓN

La mayoría de los objetos ya se tratan en el sexto libro y dan la luz adecuada para el ataque por mero reflejo.

El concepto de teatro de guerra cerrado tiene en cualquier caso una relación más estrecha con la defensa que con el ataque. Algunos de los puntos principales, el *objeto del ataque*, la *esfera de acción de la victoria*, ya han sido tratados en este libro, y los puntos más minuciosos y esenciales sobre la naturaleza del ataque sólo se presentarán en el plan de guerra; sin embargo, aún queda mucho por decir aquí, y queremos comenzar de nuevo con la campaña en la que está presente la intención de una gran decisión.

1. El siguiente objetivo del ataque es la victoria. Todas las ventajas que el defensor encuentra en la naturaleza de su posición, el atacante sólo puede compensarlas con la superioridad, y como mucho con la moderada ventaja que la sensación de ser el atacante y el adelantado da al ejército. Esta última suele estar muy sobrevalorada, pues no dura mucho y no se sostiene frente a dificultades más reales. Ni que decir tiene que aquí suponemos que el defensor procederá tan impecable y adecuadamente como el atacante. Con esta observación queremos eliminar las oscuras ideas de emboscada y sorpresa, que se suelen considerar fuentes abundantes de victoria en el ataque y que, sin embargo, no se dan sin circunstancias individuales especiales. Ya hemos dicho en otro lugar cómo es el asalto estratégico real. - Si, por lo tanto, el ataque carece de superioridad física, debe haber una superioridad moral para compensar las desventajas de la forma, y donde esto también falta, el ataque no está motivado y no será feliz.
2. Así como la prudencia es el verdadero genio de la defensa, también lo son la audacia y la confianza en el atacante; no es que las cualidades opuestas deban faltar en ninguno de los dos, sino que están a su lado en mayor afinidad con ellos. Al fin y al cabo, todas estas cualidades sólo son necesarias porque la acción no es una construcción matemática, sino una actividad en regiones oscuras o, a lo sumo, crepusculares, donde hay que confiar en aquel líder más adecuado para nuestro propósito. - Cuanto más débil moralmente se muestre el defensor, más audaz deberá ser el atacante.
3. La victoria requiere el encuentro de la fuerza principal del enemigo con la propia. Esto es menos dudoso en ataque que en defensa, pues el atacante busca al defensor, que normalmente ya está en pie, en su posición. Pero hemos mantenido (en la defensa) que si el defensor está en la posición *equivocada* no debe buscarlo, porque puede estar seguro de que el defensor lo buscará y entonces tendría la ventaja de encontrarse con él desprevenido. Todo depende del camino y la dirección más importantes, y hemos dejado este punto sin tratar en la defensa y remitido a este capítulo. Por lo tanto, diremos aquí lo necesario al respecto.
4. Ya hemos dicho cuáles pueden ser los objetos más cercanos del ataque y, por tanto, los *finés de la victoria*; ahora bien, si éstos se encuentran dentro del teatro de guerra atacado y dentro de la esfera probable de la victoria, entonces los caminos hacia ellos son las direcciones naturales del empuje. Pero no hay que olvidar que el objeto del ataque no adquiere normalmente su significación más que con la victoria, que la victoria debe, por tanto, pensarse siempre en relación con él; no es, pues, tan importante para el atacante alcanzar meramente el objeto, sino como vencedor, por lo que la dirección de su estocada no tendrá que encontrarse con el objeto mismo, sino con *el camino que* el ejército enemigo tiene que seguir para llegar a él. Este camino es el objeto más cercano a nosotros. Golpear al ejército enemigo antes de que llegue a ese objeto,

separarlo de él, y golpearlo en esta posición, da la victoria al potentado. - Si, por lo tanto, la capital del enemigo fuera el objeto principal del ataque, y el defensor no se hubiera colocado entre ella y el atacante, éste haría mal en dirigirse directamente hacia la capital, sino que haría mejor en tomar su dirección hacia la unión entre el ejército enemigo y la capital, y allí buscar la victoria que le ha de llevar hasta allí.

Si no hay ningún objeto grande en la esfera de victoria del ataque, la conexión del ejército enemigo con el objeto grande más cercano es el punto de importancia predominante. Así, todo atacante se preguntará: si soy feliz en la batalla, ¿qué hago con la victoria? El objeto de conquista, hacia el que esto le conduce, es entonces la dirección natural del empuje. Si el defensor se ha posicionado en esta dirección, está en lo cierto, y no queda más que buscarlo allí. Si su posición fuera demasiado fuerte, el atacante tendría que intentar pasar, es decir, hacer de la necesidad virtud. Si, por el contrario, el defensor no está en el lugar correcto, el atacante elige esta dirección y, en cuanto está a la altura del defensor y éste no ha avanzado entretanto lateralmente, gira en la dirección de su línea de comunicación con su objeto para buscar allí al ejército enemigo; si éste hubiera permanecido completamente inmóvil, el atacante tendría que retroceder contra él para atacarlo por la espalda.

419

De todos los caminos que debe elegir el atacante, las grandes rutas comerciales son siempre las mejores y más naturales. En los lugares en los que hacen curvas demasiado pronunciadas, deben elegirse para esos lugares los caminos más rectos, aunque más pequeños, pues un camino de retirada que se desvíe mucho de la línea recta siempre suscita gran inquietud.

5. El atacante, que tiene como objetivo una gran decisión, no tiene absolutamente ninguna razón para dividir el poder, y normalmente debe considerarse como un error de oscuridad si a pesar de todo ocurre. Por lo tanto, debe avanzar con sus columnas sólo en tal amplitud que todas puedan golpear al mismo tiempo. Si el propio enemigo ha dividido su poder, esto será tanto más ventajoso para el atacante; sólo que, por supuesto, pueden ocurrir pequeñas demostraciones que son, por así decirlo, fausses attaques estratégicas y tienen el propósito de retener esas ventajas; la división de poder así ocasionada estaría entonces justificada.

La división en varias columnas, necesaria de todos modos, debe utilizarse para la organización global del ataque táctico, pues esta forma es natural al ataque y no debe descuidarse sin necesidad. Pero debe seguir siendo de naturaleza táctica, pues un cerco estratégico mientras se asesta un gran golpe es un completo desperdicio de fuerzas. Por lo tanto, sólo sería excusable si el atacante fuera tan fuerte que el éxito ni siquiera pudiera considerarse dudoso.

6. Pero el ataque también tiene su cautela, pues el atacante también tiene espalda, tiene conexiones que deben ser aseguradas. Pero esta protección debe efectuarse posiblemente por la forma en que avanza, es decir, eo ipso por el propio ejército. Si para ello deben determinarse fuerzas especiales, es decir, si se produce una división de fuerzas, esto, naturalmente, sólo puede perjudicar a la fuerza del propio empuje. - Dado que un ejército considerable avanza siempre en la anchura de al menos una marcha, si las líneas de retirada no se desvían demasiado de la perpendicular, la cobertura de la misma suele estar ya lograda por el frente del ejército.

Los peligros de este tipo a los que se expone el atacante deben medirse principalmente según la situación y el carácter del enemigo. Cuando todo descansa bajo la presión atmosférica de una gran decisión, el defensor tiene poco margen para empresas de este tipo; el atacante, por tanto, no tendrá mucho que temer en los casos ordinarios. Pero cuando el avance ha terminado, cuando el atacante mismo pasa gradualmente más y más al estado de defensa,

CAPÍTULO 7. Esbozos del Séptimo Libro: El Ataque

7.15 Ataque de un teatro de guerra con decisión

entonces la cobertura de la retaguardia se hace más y más necesaria, más y más una cosa principal. Porque como la retaguardia de un atacante es por naturaleza más débil que la del defensor, este último puede haber empezado a actuar sobre las líneas de comunicación del atacante mucho antes de que éste proceda a un ataque real, e incluso mientras él mismo sigue cediendo terreno.

7.16 CAPÍTULO DIECISÉIS: ATAQUE DE UN TEATRO DE GUERRA SIN DECISIÓN

Incluso si la voluntad y la fuerza no son suficientes para una gran decisión, todavía puede existir la intención definida de un ataque estratégico dirigido a algún pequeño objeto. Si el ataque tiene éxito, el conjunto llega al reposo y al equilibrio con la consecución de este objeto. Si hay algunas dificultades, la paralización del progreso general se produce de antemano. Entonces se produce una mera ofensiva de oportunidad o maniobra estratégica. Este es el carácter de la mayoría de las campañas.

2. los objetos que constituyen el objetivo de dicha ofensiva son:

a) *Una franja de tierra.* Ventajas de raciones, posiblemente también contribuciones, protección de la tierra, equivalente en paz son las ventajas que de ella se derivan. A veces se le une también el concepto del honor de las armas, como ocurre incesantemente en las campañas de los generales franceses bajo Luis XIV. El hecho de que la tierra pueda ser reclamada o no supone una diferencia muy significativa. Lo primero suele ocurrir sólo si conecta con el propio teatro de guerra y constituye un complemento natural de éste. Sólo éste puede considerarse equivalente en la paz; los demás suelen tomarse sólo por la duración de una campaña y deben abandonarse en invierno.

b) *Un polvorín enemigo significativo.* Si no es significativo, no puede considerarse bien como el objeto de una ofensiva que determina toda la campaña. Es cierto que en sí mismo acarrea pérdidas para el defensor y ganancias para el atacante, pero la principal ventaja de este último es que obliga al defensor a retroceder un poco y a abandonar una extensión de terreno que de otro modo habría conservado. Por tanto, la conquista del polvorín es en realidad más bien un medio y sólo se menciona aquí como fin porque se convierte en el siguiente objetivo definido de la acción.

c) *La conquista de una fortaleza.* Nos hemos ocupado de la conquista de fortalezas en un capítulo aparte y nos remitimos a él. A partir de las razones allí desarrolladas, se comprende cómo las fortalezas constituyen siempre el objeto más destacado y más deseado de aquellas guerras de agresión y campañas que no pueden tener como objetivo la derrota completa del enemigo o la conquista de una parte significativa de su país; Y así es fácil explicar cómo en los Países Bajos ricos en fortalezas todo giraba siempre en torno a la ocupación de una u otra fortaleza, y de tal manera que en la mayoría de los casos la conquista sucesiva de toda la provincia *ni siquiera aparecía como el lineamiento principal*, sino que cada fortaleza era considerada como una cantidad discreta que valdría algo en sí misma, y en la que probablemente se prestaba más atención a la conveniencia y facilidad de la empresa que al valor del lugar.

Sin embargo, el asedio de un lugar no del todo insignificante es siempre una empresa importante, porque ocasiona grandes gastos de dinero, y en las guerras, donde no siempre está en juego el todo, éstos deben tenerse muy en cuenta. Por lo tanto, un asedio de este tipo pertenece a los objetos importantes de un ataque estratégico. Cuanto más insignificante es el lugar, o cuanto menos serio es el asedio, cuanto menos preparativos se han hecho para ello, cuanto más se quiere hacer todo en passant, cuanto más pequeño se hace este objetivo estratégico, cuanto más se apropian fuerzas e intenciones bastante débiles, y a menudo todo se hunde entonces en una mera esgrima de espejo, con el fin de llevar la campaña con honor, porque se quiere hacer algo como el atacante.

d) *Un compromiso ventajoso, un encuentro o incluso una batalla por el bien de los trofeos o incluso por el mero honor de las armas, y a veces también por la mera ambición del comandante; que esto ocurra sólo podría dudarlo alguien que no supiera nada de la historia*

de la guerra. En las campañas de los franceses en tiempos de Luis XIV, la mayoría de las batallas ofensivas son de este tipo. Pero es más necesario señalar que estas cosas no carecen de peso objetivo, no son meros juegos de vanidad; tienen una influencia muy definida en la paz, por lo que conducen directamente a la meta. El honor de las armas, la superioridad moral del ejército y del comandante son cosas que actúan de forma invisible, pero que impregnan incesantemente todo el acto de la guerra.

El objetivo de tal batalla presupone, por supuesto: a) que uno tiene una perspectiva razonable de victoria, b) que uno no se juega demasiado en perder la batalla. - Con una batalla de este tipo, librada en condiciones estrechas y con un objetivo limitado, no hay que confundir, por supuesto, las victorias que han quedado sin utilizar simplemente por debilidad moral.

3. A excepción del último de estos objetivos (d), todos pueden lograrse sin un enfrentamiento significativo, y normalmente son buscados por el atacante sin tal enfrentamiento. Los medios de que dispone el atacante sin un enfrentamiento decisivo residen en todos los intereses que el defensor tiene en su teatro de guerra: la amenaza de sus líneas de comunicación, ya sea con objetos de subsistencia como polvorines, provincias fértiles, vías fluviales, etc., o con otros cuerpos o con puntos poderosos como puentes, muelles, etc., o con otros cuerpos, o con otros cuerpos, o con puntos poderosos como puentes, pasos, etc.; la toma de posiciones fuertes de las que no pueda expulsarnos de nuevo, y que le resulten inconvenientes; la toma de ciudades importantes, tierras fértiles, regiones conflictivas que puedan verse tentadas a la rebelión; la amenaza de aliados débiles, etc. Al cortar realmente estas comunicaciones, y de tal manera que el defensor no pueda reabrir las sin un sacrificio considerable, el ataque, al prepararse para apoderarse de esos puntos, obliga al defensor a tomar otra posición más a retaguardia o lateral, para cubrir esos objetos, y más bien a abandonar otros menores. Así, se expone una extensión de terreno, un polvorín, una fortaleza; la primera se entrega a la conquista, la segunda al asedio. Pueden producirse enfrentamientos menores o mayores, pero no se buscan ni se tratan como un fin, sino como un mal necesario y que no puede exceder de cierto grado de magnitud e importancia.

4. La acción del defensor sobre la línea de comunicación del atacante es un tipo de reacción que sólo puede darse en guerras con una gran decisión si las líneas de operación llegan a ser muy grandes, mientras que este tipo de reacción está más en la naturaleza de las cosas en las guerras sin una gran decisión. Aquí las líneas de comunicación del enemigo rara vez son muy largas, pero aquí tampoco es importante infligir pérdidas tan grandes al enemigo; un mero hostigamiento y acortamiento de su apoyo a menudo ya surte efecto, y lo que a las líneas les falta en longitud se sustituye en cierta medida por el tiempo que se puede dedicar a esta lucha contra el enemigo; por tanto, la cobertura de sus flancos estratégicos se convierte en un objeto importante del atacante. Por lo tanto, si surge una lucha de este tipo entre el atacante y el defensor, una puja, el atacante debe compensar sus desventajas naturales con su superioridad. Si el primero tiene aún la suficiente capacidad y determinación para atreverse a asestar un golpe importante contra un cuerpo enemigo o contra el propio ejército principal del enemigo, aún podrá cubrirse mejor con este peligro, que dejará cerniéndose sobre su adversario.

422

5. Por último, hay que recordar que en este tipo de guerras el atacante tiene una importante ventaja sobre su adversario, a saber, que puede juzgar mejor su intención y su capacidad que a la inversa. Hasta qué punto un atacante será emprendedor y audaz es mucho más difícil de predecir que si el defensor tiene algo grande en mente. La elección de esta forma de guerra suele ser una garantía de que no se pretende nada positivo; además, los preparativos para una gran reacción son muy diferentes de los preparativos defensivos habituales que los preparativos para un ataque con mayores o menores intenciones; por último, el defensor se ve obligado a tomar sus medidas antes y el atacante en la ventaja de la retaguardia.

7.17 CAPÍTULO DIECISIETE: ATACAR FORTALEZAS

El ataque de las fortalezas no puede, por supuesto, preocuparnos aquí desde el punto de vista de las obras fortificadoras, sino en primer lugar en relación con el propósito estratégico relacionado con él, en segundo lugar con la elección entre varias fortalezas, en tercer lugar con la manera de cubrir el asedio.

Que la pérdida de una fortaleza debilita la defensa del enemigo, especialmente cuando ha constituido una parte esencial de ella, que la parte atacante obtiene grandes comodidades de su posesión, en el sentido de que puede utilizarla para polvorines y depósitos, cubrir con ella extensiones de terreno y cuarteles, etcétera, que, si su ataque pasa finalmente a la defensa, se convertirán en los soportes más fuertes de esta defensa: todas estas relaciones que las fortalezas tienen con los teatros de guerra en el progreso de la guerra pueden reconocerse suficientemente a partir de lo que hemos dicho sobre las fortalezas en el libro sobre la defensa, cuya reflexión arrojará la luz necesaria sobre el ataque.

También en relación con la conquista de lugares fijos, hay una gran diferencia entre las campañas con una gran decisión y las demás. Allí esta conquista debe considerarse siempre como un mal necesario. Sólo se asedia lo que no se puede dejar sin asediar, mientras quede algo por decidir. Sólo cuando la decisión está completamente tomada, la crisis, la tensión de fuerzas ha pasado durante algún tiempo, y por tanto se ha instaurado un estado de calma, la conquista de los lugares fijos sirve como consolidación de la conquista realizada, y entonces puede llevarse a cabo normalmente, aunque no sin esfuerzo y gasto de fuerzas, pero sin embargo sin peligro. En la crisis propiamente dicha, el asedio de una fortaleza es un gran incremento de la misma en perjuicio del atacante; es evidente que nada debilita tanto sus fuerzas, y por tanto nada se hace de tal modo que le arrebate su preponderancia durante un tiempo. Pero hay casos en los que la toma de una u otra fortaleza es totalmente indispensable para que el ataque progrese en absoluto, y en éstos el asedio debe considerarse como un progreso intensivo del ataque; la crisis se hace entonces tanto mayor cuanto menos está ya decidida de antemano. Lo que queda por considerar sobre este tema pertenece al libro sobre el plan de guerra.

433

En las campañas con un objetivo limitado, la fortaleza no suele ser el medio sino el fin en sí; se considera una pequeña conquista por derecho propio, y como tal tiene las siguientes ventajas sobre cualquier otra:

1. que la fortaleza es una pequeña conquista muy definida, que no requiere un gran esfuerzo y, por tanto, no suscita temor a un revés;
2. que tan bien puede reivindicarse como equivalente en caso de paz;
3. que el asedio es, o al menos lo parece, un avance intensivo del ataque, sin que el debilitamiento de las fuerzas aumente siempre en el proceso, como conlleva cualquier otro avance del ataque;
4. que el asedio es una empresa sin desastre.

Todo ello hace que la conquista de uno o varios lugares enemigos sea muy habitualmente objeto de aquellos ataques estratégicos que no pueden proponerse mayor objetivo.

Las razones que determinan la elección de la fortaleza a asediar, en caso de que esto pueda ser en absoluto dudoso, son:

- a) que es cómodo de guardar, por lo que se mantiene bastante alto como equivalente en la paz.

b) Los medios de conquista. Los medios pequeños sólo permiten fortalezas pequeñas, y es mejor que se tome una pequeña que fracasar ante una grande.

c) La fuerza de la fortificación. No siempre es proporcional a la importancia; nada sería más insensato que malgastar las fuerzas frente a un lugar muy fuerte y de poca importancia, cuando se puede hacer objeto del ataque a otro menos fuerte.

d) La fuerza del equipamiento y, por tanto, también de la guarnición. Si la fortaleza está débilmente guarnecida y equipada, su conquista es, por supuesto, más fácil; pero debe tenerse en cuenta aquí que la fuerza de la guarnición y el equipamiento deben contarse al mismo tiempo entre las cosas que ayudan a determinar la *importancia* del lugar, porque guarnición y equipamiento pertenecen directamente a las fuerzas del enemigo, lo que no ocurre en la misma medida con las fortificaciones. Por consiguiente, la conquista de una fortaleza con una guarnición fuerte puede valer mucho más los sacrificios que cuesta que la de una con obras particularmente fuertes.

424

e) La facilidad de transporte del asedio. La mayoría de los asedios fracasan por falta de medios, y éstos suelen faltar por la dificultad del transporte. El asedio de Landrecies por Eugenio en 1712 y el de Olmütz por Federico el Grande en 1758 son los ejemplos más llamativos.

f) Por último, la facilidad de cobertura es otro punto a considerar. Hay dos formas esencialmente diferentes de cubrir el asedio: mediante

La primera consiste en atrincherar al ejército de asedio, es decir, mediante una línea de circunvalación y mediante la llamada línea de observación. Las primeras han pasado completamente de moda, aunque obviamente hay una cosa principal a su favor: que de este modo la fuerza atacante no sufre realmente ese debilitamiento por división que es una gran desventaja del sitiador en general. Pero, por supuesto, el debilitamiento por otra vía se produce en un grado muy notable.

1. la posición alrededor de la fortaleza suele requerir una extensión demasiado grande para la fuerza del ejército.

La guarnición, que, si su fuerza se sumara al ejército enemigo de socorro, no daría más que la fuerza que originalmente se opuso a la nuestra, debe considerarse, en *estas circunstancias*, como un cuerpo enemigo en medio de nuestro campamento, que, sin embargo, protegido por sus murallas, es *invulnerable* o, al menos, no puede ser dominado, por lo que su eficacia aumenta considerablemente.

La defensa de una línea de circunvalación no admite más que la defensa más absoluta, porque la más desfavorable y débil de todas las formas posibles de formación en círculo con el frente hacia el exterior es totalmente repugnante a todo ataque ventajoso. Así que no queda más remedio que defenderse al máximo en sus atrincheramientos. Que estas circunstancias puedan provocar un debilitamiento mucho mayor de la defensa que la reducción del ejército en un tercio de sus combatientes, que tal vez tendría lugar en un ejército de observación, es fácilmente comprensible. Si consideramos ahora la predilección general que ha existido desde Federico el Grande por la llamada ofensiva (en realidad no siempre es tal), por el movimiento y la maniobra, y la aversión a los atrincheramientos, no nos sorprenderá que las líneas de circunvalación hayan pasado totalmente de moda. Pero este debilitamiento de la resistencia táctica no es en absoluto su único inconveniente, y sólo hemos enumerado los prejuicios que también se inmiscuyen, justo al lado de ese inconveniente, porque están relacionados con él en primer lugar. Una línea de circunvalación cubre básicamente sólo el espacio de todo el teatro de guerra que encierra; todo el resto queda más o menos abandonado al enemigo, a menos que se designen destacamentos especiales para la cobertura, lo que, sin embargo, daría lugar a una división de fuerzas que se quiere evitar. Así, el sitiador estará siempre preocupado

y en apuros por los suministros necesarios para el asedio, y en general, si el ejército y las necesidades del asedio son bastante considerables, y si el enemigo está en el campo con una fuerza considerable, no es concebible cubrirlos con líneas de circunvalación más que en circunstancias como las de los Países Bajos, donde todo un sistema de fortalezas situadas cerca unas de otras y líneas trazadas entre ellas cubre las partes restantes del teatro de guerra y acorta en gran medida las líneas de suministro. En la época anterior a Luis XIV, el concepto de teatro de guerra aún no estaba relacionado con la formación de una fuerza armada. En la Guerra de los Treinta Años, los ejércitos se desplazaban esporádicamente de un lado a otro frente a tal o cual fortaleza, en cuyas inmediaciones no había exactamente un cuerpo enemigo, y asediaban durante el tiempo que les bastaban los medios de asedio que habían traído consigo, y hasta que un ejército enemigo se acercaba para sustituirlos. Allí las líneas de circunvalación estaban en la naturaleza de las cosas.

425

Posteriormente, es probable que sólo puedan volver a utilizarse en unos pocos casos, a saber, si las circunstancias son de un tipo similar; si el enemigo en el campo es bastante débil, si el concepto de teatro de guerra desaparece en cierta medida frente al de asedio propiamente dicho, entonces será natural mantener las fuerzas unidas en el asedio propiamente dicho, porque éste sin duda gana en energía en un alto grado.

Las líneas de circunvalación bajo Luis XIV en Cambrai y Valenciennes lograron poco cuando las de Turenne contra Condé, y las de Condé contra Turenne, fueron asaltadas; pero no debe pasarse por alto en cuántos otros infinitos casos han sido respetadas, incluso cuando se presentaba la más urgente llamada de socorro y el comandante del defensor era un hombre muy emprendedor, como en 1708, cuando Villars no se atrevió a atacar a los aliados en sus líneas ante Lille. Federico el Grande en Olmütz en 1758 y en Dresde en 1760, aunque no era una línea de circunvalación propiamente dicha, tenía también un sistema que coincidía esencialmente con ella; asediaba y cubría con el mismo ejército. La retirada del ejército austriaco en Olmütz le tentó a hacerlo, pero las pérdidas de sus transportes en Domstadt le hicieron arrepentirse; en Dresde en 1760 este procedimiento estuvo motivado por el desprecio que sentía por el ejército imperial y por la prisa con la que quería tomar Dresde.

Por último, una desventaja de las líneas de circunvalación es que el cañón de asedio es más difícil de salvar en un caso desafortunado. Si se decide a uno o varios días de marcha del lugar sitiado, se puede levantar antes de que llegue el enemigo, y con un gran transporte se puede ganar la ventaja de una marcha.

En la formación del ejército de observación, la cuestión principal a considerar es: ¿a qué distancia del asedio? Esta pregunta será respondida en la mayoría de los casos por el terreno o por la posición de otros ejércitos y cuerpos con los que el ejército sitiador desee permanecer en contacto. Por lo demás, es fácil ver que la mayor distancia cubre mejor el asedio, pero la menor distancia, que no supera unas pocas millas, también permite más fácilmente que ambos ejércitos se apoyen mutuamente.

7.18 CAPÍTULO DIECIOCHO: ATACAR TRANSPORTES

El ataque y la defensa de un transporte es un objeto de la táctica; por tanto, no tendríamos nada que decir al respecto aquí, si antes no hubiera que demostrar que el objeto en sí es posible, por así decirlo, lo que sólo puede hacerse por razones y circunstancias estratégicas. Ya habríamos tenido que hablar de la defensa a este respecto si lo poco que se puede decir sobre ella no se pudiera resumir fácilmente para el ataque y la defensa, siendo el primero el que da al asunto la importancia principal.

426

Un transporte moderado de 3 a 400 carros, pueden haber cargado lo que quieran, tarda media milla, uno importante varias millas. ¿Cómo es posible recorrer semejante distancia con tan pocas tropas como las que suelen acompañarlos? Si añadimos a esta dificultad la inmovilidad de esta masa, que se arrastra a paso lento, y en la que siempre existe el peligro de confusión, y finalmente el hecho de que depende de una cobertura parcial de cada parte, porque todo se detiene inmediatamente y cae en la confusión tan pronto como una parte es alcanzada por el enemigo, entonces podemos preguntarnos justificadamente ¿cómo es posible en absoluto la cobertura y defensa de una cosa así? - o en otras palabras: ¿por qué no se toman todas las que son atacadas, y por qué no se atacan todas las que tienen que ser cubiertas en absoluto, es decir, que son accesibles al enemigo? Es obvio que todos los medios tácticos de información, como el muy poco práctico acortamiento marchando constantemente arriba y abajo, que propone Tempelhoff, o el mucho mejor dividiéndose en varias columnas, que aconseja Scharnhorst, son sólo una débil ayuda contra el mal básico.

La explicación reside en el hecho de que, con mucho, la mayoría de los transportes gozan ya de una protección general por su relación estratégica, que los sitúa por delante de cualquier otra parte expuesta al ataque enemigo, y que confiere a sus pequeños medios de defensa una eficacia mucho mayor. En efecto, siempre se sitúan más o menos en la retaguardia del propio ejército o, al menos, a gran distancia del enemigo. La consecuencia es que sólo se pueden enviar tropas débiles a atacarlos, y que estas tropas débiles se ven obligadas a cubrirse con fuertes reservas para no perder sus flancos y espaldas ante otro enemigo que se precipita. Si a esto se añade el hecho de que la propia inutilidad de tales carros hace muy difícil moverlos, que el atacante debe contentarse normalmente con cortar las cuerdas, llevar los caballos, volar los carros de pólvora, etc., con lo que el conjunto se retrasa y se desorganiza, pero no se pierde realmente, entonces se ve aún más claramente cómo la seguridad de tal transporte reside más en estas condiciones generales que en la resistencia de su cobertura. Si a esto se añade la resistencia de la fuerza de cobertura, que, aunque no puede proteger directamente a su transporte mediante una acción resuelta, puede perturbar el sistema de ataque del enemigo, entonces el ataque de los transportes, en lugar de ser fácil e infalible, parece más bien difícil e incierto en sus consecuencias.

Pero queda un punto principal: es el peligro de que el ejército enemigo o un cuerpo de él se venga del atacante y le castigue con la derrota por la empresa de después. Esta aprensión frena una gran cantidad de empresas, sin que la causa salga a la luz, de modo que uno busca la seguridad en la ocultación, y no puede maravillarse lo suficiente de cómo una condición tan lamentable como la de la ocultación puede inspirar tanto temor. Para sentir la verdad de esta observación, considérese la famosa retirada que Federico el Grande hizo a través de Bohemia en 1758 después del sitio de Olmütz, donde la mitad de su ejército se dividió en pelotones para cubrir un tren que consistía en 4000 carros. ¿Qué impidió a Daun atacar este absurdo? El miedo a que Federico el Grande se le echara encima con la otra mitad y le involucrara en una batalla que Daun no buscaba. ¿Qué impidió a Laudon atacar el transporte de Zischowitz, al que siempre estaba a su lado, antes y con más descaro de lo que lo hizo? El miedo a

mancharse las manos. A diez millas de su ejército principal y completamente separado de él por el ejército prusiano, se creía en peligro de una sonora derrota si el rey, que en nada ocupaba a Daun, dirigía la mayor parte de sus fuerzas contra él.

427

Sólo cuando la situación estratégica de un ejército le implica en la perversa necesidad de obtener sus transportes enteramente por el costado o incluso por el frente, estos transportes corren un peligro realmente grande y se convierten, por consiguiente, en un ventajoso objeto de ataque para el enemigo, si su situación le permite enviar fuerzas para ello. La misma campaña muestra el éxito más completo de tal empresa en el transporte anulado de Domstadt. El camino de Neisse se hallaba a la izquierda de la alineación prusiana, y las fuerzas del Rey estaban tan neutralizadas por el asedio y el cuerpo desplegado contra Daun, que los partisanos no tenían nada de qué preocuparse y podían proceder a su ataque con perfecta tranquilidad.

En 1712, cuando asedió Landrecies, Eugenio sacó sus necesidades de asedio de Bouchain a través de Denain, por lo tanto realmente delante del frente de la formación estratégica. Se conocen los medios que utilizó para efectuar la cobertura, tan difícil en estas circunstancias, y las dificultades en las que se vio envuelto, que terminaron con un revés formal de los asuntos.

Concluimos, pues, que el ataque de los transportes, por fácil que parezca desde el punto de vista táctico, no tiene tanto que ofrecer por razones estratégicas, sino que sólo promete un éxito significativo en los casos insólitos de líneas de comunicación muy expuestas.

7.19 CAPÍTULO DIECINUEVE: ATAQUE DE UN EJÉRCITO ENEMIGO EN CUARTELES

No hemos tratado este tema en la defensa, porque una línea de acuartelamiento no puede considerarse como un medio de defensa, sino como una mera condición del ejército, y que lleva consigo una muy ligera disposición para la batalla. Por lo tanto, nos hemos contentado con lo que teníamos que decir sobre este estado de un ejército en el capítulo decimotercero del libro quinto.

Aquí, sin embargo, en el ataque tenemos que pensar en un ejército enemigo en cuarteles como un objeto especial; porque tal ataque es en parte de un tipo muy peculiar, en parte puede ser considerado como un medio estratégico de especial eficacia. Aquí, pues, no hablamos del ataque de un solo cuartel enemigo o de un pequeño cuerpo distribuido en unas cuantas aldeas, pues las órdenes para ello son enteramente de carácter táctico, sino del ataque de una fuerza importante distribuida en cuarteles más o menos extensos, de modo que el objetivo ya no es el asalto del cuartel individual en sí, sino la prevención de la reunión.

El ataque de un ejército enemigo en cuartel es, por tanto, el asalto de un ejército que no se ha reunido. Para que el asalto se considere exitoso, el ejército enemigo ya no debe alcanzar el punto de reunión previamente determinado, por lo que debe verse obligado a elegir otro, más a retaguardia; dado que este retroceso en el momento de necesidad rara vez será inferior a un día de marcha, sino generalmente de varios, la pérdida de terreno que resulta de ello no es insignificante, y ésta es la primera ventaja que obtiene el atacante.

428

Ahora, sin embargo, esta incursión, que se refiere a las condiciones generales, puede ser al mismo tiempo la incursión de algunos cuarteles individuales al principio; pero ciertamente no de todos y no de muchos, porque esto último ya presupondría tal dispersión y dispersión del ejército atacante que en ningún caso sería aconsejable. Así, sólo los cuarteles enemigos más frontales, que se encuentran en la dirección de las columnas que avanzan, pueden ser atacados, e incluso esto rara vez tendrá éxito con muchos y en un grado perfecto, porque la aproximación de una fuerza importante no puede pasar tan desapercibida. Pero este elemento del ataque no debe pasarse por alto de ninguna manera, y contamos los éxitos que resultan de él como la segunda ventaja de tal incursión.

Una tercera ventaja son los enfrentamientos parciales a los que se ve abocado el enemigo y en los que puede sufrir grandes pérdidas. Porque una masa considerable de tropas no se reúne en batallones individuales en el punto de reunión principal, sino que normalmente se une primero en brigadas o divisiones, o incluso en cuerpos, y estas masas no pueden entonces apresurarse en una huida precipitada hacia el punto de reunión, sino que se ven obligadas, cuando una columna enemiga se les echa encima, a aceptar el enfrentamiento; Ahora bien, pueden considerarse victoriosos en esto, si la columna atacante no era suficientemente fuerte, pero incluso ganando pierden tiempo, y en general es fácil comprender que en tales circunstancias y con la tendencia general a ganar un punto en la retaguardia, un cuerpo no puede hacer mucho uso de su victoria. Pero también pueden ser derrotados, y esto es en sí mismo más probable, porque no tienen tiempo de organizarse para una buena resistencia. Se puede pensar, por lo tanto, que en una incursión bien diseñada y bien ejecutada, el atacante obtendrá, a través de estos enfrentamientos parciales, trofeos considerables, que serán entonces un factor principal en el éxito general.

Por último, la cuarta ventaja y la piedra angular del conjunto es una cierta desorganización momentánea del ejército enemigo y un desaliento del mismo, que rara vez permiten utilizar las fuerzas finalmente reunidas, sino que suelen obligar al invadido a desalojar aún más terreno y, en general, a dar un paso muy distinto en sus operaciones.

Estos son los éxitos peculiares de una incursión con éxito en los cuarteles del enemigo, es decir, de una incursión en la que el enemigo no ha podido reunir a su ejército sin pérdidas donde estaba en su plan. Pero el éxito, en la naturaleza de las cosas, tendrá muchas gradaciones, y así en un caso los éxitos serán muy considerables, en otro apenas dignos de mención. Pero incluso cuando son significativos, porque la empresa ha tenido mucho éxito, rara vez darán el éxito de una batalla principal ganada, en parte porque los trofeos rara vez serán tan grandes, en parte porque la impresión moral no puede ser tan alta.

Hay que tener presente este resultado global para no esperar de tal empresa más de lo que puede lograr. Algunos lo consideran el non plus ultra de la eficacia ofensiva; pero, como nos enseña este examen más detenido y también la historia de la guerra, no es en absoluto eso.

429

Una de las incursiones más brillantes fue la que el duque de Lorena emprendió en 1643 en Tuttlingen contra los cuarteles franceses al mando del general Rantzau. El cuerpo contaba con 16.000 hombres, pero perdió al general al mando y a 7.000 hombres. Fue una derrota completa. La falta de todos los puestos avanzados permitió este éxito.

El ataque que Turenne sufrió en 1645 en Mergentheim (Marienthal, como lo llaman los franceses) fue en sus efectos, sin embargo, también debe considerarse como una derrota, ya que perdió 3.000 de 8.000 hombres, lo que se debió principalmente al hecho de que se dejó tentar para hacer una resistencia inoportuna con las tropas reunidas. Fue más el éxito de una reunión mal meditada que del ataque en sí, pues Turenne podría haber evitado fácilmente la batalla y haberse unido con sus tropas enviadas a cuarteles más alejados en otros lugares.

Una tercera incursión famosa es la que Turenne emprendió contra los aliados en Alsacia bajo el Gran Elector, el general imperial Bournonville y el duque de Lorena en 1674. Los trofeos fueron muy pequeños, la pérdida de los aliados no excedió de 2.000 a 3.000 hombres, lo que no podía ser decisivo con una fuerza de 50.000 hombres; pero creyeron que no podían atreverse a más resistencia en Alsacia y se retiraron al otro lado del Rin. Este éxito estratégico era todo lo que Turenne necesitaba, pero no hay que buscar las causas en la incursión real. Turenne se vio más sorprendido por los planes del enemigo que por sus tropas; la desunión de los jefes del ejército aliado y la proximidad del Rin hicieron el resto. Este incidente merece ser analizado con más detenimiento porque suele ser malinterpretado.

En 1741 Neipperg ataca al rey en sus aposentos, pero el único éxito que tiene es que el rey tiene que entregarle la batalla de Mollwitz con sus fuerzas no del todo unidas y en el frente equivocado.

En 1745, Federico el Grande asalta al duque de Lorena en sus cuarteles de Lusacia; el éxito principal proviene del asalto real a uno de los cuarteles más importantes, concretamente Hennersdorf, por el que los austriacos sufren una pérdida de 2.000 hombres; el éxito general es que el duque de Lorena regresa a Bohemia a través de la Alta Lusacia, pero es cierto que no se le impide regresar a Sajonia por la orilla izquierda del Elba, por lo que sin la batalla de Kesselsdorf no se habría producido ningún éxito significativo.

En 1758, el duque Fernando atacó los cuarteles franceses; el siguiente éxito fue la pérdida de varios miles de hombres y que los franceses tuvieron que tomar su posición detrás del Aller. Es muy posible que la impresión moral llegara un poco más lejos e influyera en la posterior evacuación de toda Westfalia.

Si queremos sacar una conclusión sobre la eficacia de un ataque de este tipo a partir de estos diferentes ejemplos, sólo las dos primeras batallas ganadas deben ser consideradas por igual. Aquí, sin embargo, los cuerpos eran sólo pequeños y la falta de puestos avanzados en la guerra de la época fue una circunstancia muy favorable. Los otros cuatro casos, aunque deben contarse entre las empresas completamente exitosas, obviamente no deben equipararse

en su éxito a una batalla ganada. El éxito general en este caso sólo podía darse con un enemigo de voluntad y carácter débiles, y por ello estuvo completamente ausente en el caso de 1741.

430

En 1806, el ejército prusiano tenía un plan para atacar de este modo a los franceses en Franconia. El caso podía producir un resultado suficiente. Bonaparte no estaba presente, los cuerpos franceses en cuarteles muy extensos; en estas circunstancias, el ejército prusiano, con gran determinación y rapidez, bien podía esperar conducirlos a través del Rin con más o menos pérdidas. Pero esto era todo; si hubiera contado con algo más, por ejemplo, una persecución de sus ventajas a través del Rin o una superioridad moral tal que los franceses no se hubieran atrevido a reaparecer en la orilla derecha del Rin en la misma campaña, este cálculo habría carecido de razón suficiente.

En 1812, a principios de agosto, los rusos quisieron atacar los cuarteles franceses desde Smolensk, cuando Napoleón hizo que su ejército se detuviera en la zona de Vitebsk. Sin embargo, perdieron el valor de hacerlo, y esto fue una suerte para ellos, ya que el comandante francés y su centro no sólo eran más del doble de fuertes que los suyos, sino también el comandante más decidido que jamás había existido, ya que la pérdida de unas pocas millas de espacio no podía decidir nada, y ningún tramo de terreno estaba lo suficientemente cerca como para conducir sus éxitos hasta él y así asegurarlos hasta cierto punto; puesto que no se trataba de una campaña que se arrastra lánguidamente hasta su final, sino del primer plan de un atacante que quiere aplastar completamente a su enemigo. - Así pues, las pequeñas ventajas que puede otorgar un asalto a los cuarteles no pueden sino parecer en extremo desproporcionadas con respecto a la tarea: sic no podría compensar tanta desigualdad de fuerzas y condiciones. - Este intento muestra, sin embargo, cómo una concepción oscura de este medio puede conducir a una aplicación completamente errónea del mismo.

Lo dicho hasta ahora arroja luz sobre el objeto como medio estratégico. Pero por su propia naturaleza, su ejecución no es meramente táctica, sino que pertenece en parte a la estrategia misma, en la medida en que un ataque de este tipo suele tener lugar en una amplitud considerable y el ejército que lo ejecuta puede y suele llegar a las manos antes de unirse, de modo que el conjunto se convierte en una aglomeración de enfrentamientos individuales. Debemos decir ahora unas palabras sobre la disposición más natural de un ataque de este tipo.

La primera condición, pues, es: atacar el frente de cuarteles del enemigo en una cierta amplitud, pues sólo así se podrá realmente asaltar varios cuarteles, cortar otros y, en general, llevar al ejército enemigo la desorganización que uno mismo ha establecido. - El número y la distancia de las columnas dependerán entonces de las circunstancias individuales.

En segundo lugar. La dirección de las diversas columnas debe ser concéntrica hacia un punto en el que unirse; pues el enemigo termina más o menos en una unión, y nosotros también debemos hacerlo. Este punto de unificación será posiblemente el punto de unión del enemigo o se situará en la línea de retirada del ejército enemigo, por supuesto preferiblemente donde ésta corte alguna sección del terreno.

Tercero. Las columnas individuales, allí donde se encuentran con fuerzas hostiles, deben atacarlas con gran determinación, con audacia y osadía, pues tienen las condiciones generales para ellas solas, y allí el carro está siempre en el lugar correcto. La consecuencia es que los comandantes de las columnas individuales deben tener gran libertad y autoridad a este respecto.

431

En cuarto lugar. Los planes tácticos de ataque contra los cuerpos enemigos que se encuentran en la primera posición deben dirigirse siempre a rodear, porque el éxito principal se espera de separar y cortar.

Quinto. Las columnas individuales deben constar de todas las armas y no deben ser demasiado débiles en caballería; incluso puede ser bueno que toda la caballería de reserva se distribuya entre ellas; pues sería un gran error pensar que ésta, como tal, podría desempeñar un papel principal en esta empresa. La primera mejor aldea, el puente más pequeño, el arbusto más insignificante los detendrá.

Sexto. Aunque por la naturaleza de un asalto el atacante no debe tener su vanguardia muy adelantada, esto sólo es cierto en la aproximación. Si la batalla ha comenzado realmente en la línea de acuartelamiento del enemigo, es decir, si ya se ha ganado lo que se esperaba del asalto propiamente dicho, entonces las columnas de vanguardia deben avanzar lo más lejos posible de todos los brazos, pues éstas, por sus movimientos más rápidos, pueden aumentar enormemente la confusión del enemigo. Sólo así será posible arrebatarse aquí y allá los bagajes, la artillería, los comandos y los traineurs que tienden a seguir a un acantonamiento que se aleja precipitadamente, y estas vanguardias deben convertirse en el principal medio de sortearlas y cortarles el paso.

Séptimo. Por último, debe indicarse la retirada y reunión del ejército en caso de desgracia.

7.20 CAPÍTULO XX: DESVÍO

La desviación, en el lenguaje común, es un ataque al país enemigo mediante el cual se desvían fuerzas del punto principal. Sólo si ésta es la intención principal y no el objeto que se ataca y conquista en la ocasión, se trata de una empresa de tipo peculiar, de lo contrario sigue siendo un ataque ordinario.

Naturalmente, por tanto, la distracción debe tener siempre un objeto de ataque, pues sólo el valor de este objeto puede inducir al enemigo a enviar tropas a ella; además, en caso de que la empresa no funcione como distracción, estos objetos son una compensación por las fuerzas volcadas en ella.

Estos objetos de ataque pueden ser fortalezas o polvorines importantes o ciudades ricas y grandes, especialmente capitales, tributos de todo tipo, finalmente ayuda de súbditos descontentos del enemigo.

Que las distracciones pueden ser útiles es fácil de comprender, pero desde luego no siempre lo son, y a menudo son incluso perjudiciales. La condición principal es que alejen del escenario principal de la guerra más fuerzas del enemigo de las que dedicamos a la distracción, pues si sólo alejan la misma cantidad, la eficacia como verdadera distracción cesa y la empresa se convierte en un ataque secundario. Incluso cuando se ordena un ataque secundario porque las circunstancias ofrecen la perspectiva de lograr un efecto desproporcionadamente grande con pocas fuerzas, por ejemplo, tomar fácilmente una fortaleza importante, ya no es necesario llamarlo distracción. Por supuesto, también se llama distracción cuando un estado, mientras se defiende de otro, es atacado por un tercero - pero tal ataque no difiere de un ataque ordinario más que en la dirección, por lo que no hay razón para darle un nombre especial, ya que en teoría uno debería designar sólo las cosas peculiares con nombres propios.

432

Sin embargo, para que las fuerzas débiles atraigan a las más fuertes, es obvio que deben darse circunstancias peculiares, por lo que no basta con enviar una fuerza a un punto hasta ahora desconocido.

Si el atacante hace que alguna provincia enemiga, que no pertenece al teatro principal de la guerra, sea asaltada por un pequeño destacamento de 1.000 hombres, con el fin de recaudar tributos, etc., es de esperar que el enemigo no pueda impedirlo enviando allí 1.000 hombres, pero si quiere asegurar la provincia contra los asaltos, tendrá que enviar allí más. Pero, debemos preguntar, ¿no puede el defensor, en lugar de asegurar su provincia, establecer el equilibrio haciendo que la provincia correspondiente de nuestro país sea atacada por un destacamento similar? Por lo tanto, para que el atacante obtenga una ventaja, primero hay que establecer que hay más que ganar o que amenazar en la provincia del defensor que en la nuestra. Si este es el caso, entonces es inevitable que una distracción muy débil emplee más fuerzas enemigas que propias. Por otra parte, se deduce de la naturaleza de las cosas que cuanto más aumentan las masas, menor es esta ventaja, pues 50.000 hombres pueden defender con éxito una provincia moderada no sólo contra 50.000 hombres, sino incluso contra un número algo mayor. Por lo tanto, con distracciones más fuertes, la ventaja se vuelve muy dudosa, y cuanto más grandes se vuelven, más decisivamente las otras condiciones deben estar a favor de la distracción, si algo bueno va a salir de ella en absoluto.

Estas condiciones ventajosas pueden ser ahora:

a) Fuerzas que el atacante puede poner a su disposición para desviarlas sin debilitar el ataque principal;

b) Puntos del defensor que son de gran importancia y pueden verse amenazados por el desvío;

- c) sujetos descontentos de la misma;
- d) una provincia rica, que puede proporcionar considerables recursos bélicos.

Si hay que emprender una distracción de este tipo que, examinada a la luz de estas diversas consideraciones, promete éxito, se comprobará que la oportunidad para ello no es frecuente.

Pero ahora viene otro punto principal. Toda distracción lleva la guerra a una región a la que no habría llegado sin ella; así, despertará más o menos siempre fuerzas enemigas que de otro modo habrían permanecido inactivas, pero lo hará de la manera más palpable si el enemigo está equipado para la guerra con milicias y armamentos nacionales. Está en la naturaleza de las cosas, y la experiencia lo enseña suficientemente, que cuando una región se ve repentinamente amenazada por un destacamento enemigo y no se ha hecho nada para defenderla, todos los funcionarios capaces que se encuentren en dicha región se reunirán y pondrán en marcha todos los medios extraordinarios posibles para conjurar el mal. Aquí, por lo tanto, están surgiendo nuevas fuerzas de resistencia, fuerzas que están cerca de la guerra popular y que pueden despertarla fácilmente.

433

Este punto debe tenerse en cuenta en cualquier desviación, para no cavar la propia fosa.

Las empresas sobre Holanda Septentrional en 1799 y sobre Walcheren en 1809, consideradas como diversiones, sólo pueden justificarse en la medida en que las tropas inglesas no podían ser utilizadas de otra manera, pero no cabe duda de que la suma de los medios de resistencia entre los franceses se ha incrementado de este modo, y esto es precisamente lo que haría cualquier desembarco en la propia Francia. El hecho de que la costa francesa esté amenazada tiene, sin embargo, grandes ventajas, porque neutraliza un número considerable de tropas que guardan la costa, pero el desembarco de una fuerza considerable sólo puede justificarse si se puede contar con el apoyo de una provincia contra su gobierno.

Cuanto menos se decida en la guerra, más diversiones son permisibles, pero, por supuesto, menor es el beneficio que se puede sacar de ellas. Son sólo un medio para poner en movimiento a las masas demasiado estancadas.

Versión

1. una distracción puede implicar un ataque real, en cuyo caso la ejecución no va acompañada de ningún carácter especial, salvo el de la audacia y la precipitación.
2. Pero también puede tener la intención de parecer más de lo que es, en el sentido de que es al mismo tiempo una demostración. Qué medios concretos deben emplearse en este caso sólo puede indicarlo una mente inteligente que conozca bien las circunstancias y a las personas. Está en la naturaleza de las cosas que siempre sea necesaria una gran dispersión de fuerzas.
3. si las fuerzas no son del todo insignificantes, y si la retirada se limita a ciertos puntos, una reserva a la que todo se conecte es una condición esencial.

7.21 CAPÍTULO VEINTIUNO: INVASIÓN

Lo que tenemos que decir al respecto consiste casi únicamente en la explicación de la palabra. Encontramos la expresión empleada con mucha frecuencia en los escritores más recientes, e incluso con la pretensión de denotar con ella algo peculiar -guerre d'invasion se da incesantemente entre los franceses-. La utilizan para denotar cualquier ataque que se adentre en el país enemigo, y les gustaría contraponerlo a uno metódico, es decir, uno que sólo roe la frontera. Pero esto es una confusión poco filosófica del lenguaje. Si un ataque debe permanecer en la frontera, penetrar profundamente en el país enemigo, si debe ocuparse sobre todo de la captura de los lugares fijos o buscar el núcleo del poder enemigo y perseguirlo sin cesar, no depende de una manera, sino que es consecuencia de las circunstancias, al menos la teoría no puede admitirlo de otro modo. En ciertos casos el avance amplio puede ser más metódico e incluso más cauteloso que la permanencia en la frontera, pero en la mayoría de los casos no es más que el éxito afortunado de un *ataque* emprendido con fuerza, y en consecuencia no difiere de este último.

434

Sobre la culminación de la victoria ¹

No en todas las guerras el vencedor es capaz de aplastar completamente al enemigo. A menudo y por lo general hay una culminación de la victoria. La masa de la experiencia lo demuestra suficientemente; pero como el objeto es particularmente importante para la teoría de la guerra y la base de casi todos los planes de campaña, porque en su superficie se cierne como colores tornasolados un juego de aparentes contradicciones, queremos examinarlo más de cerca y ocuparnos de las razones internas.

Por regla general, la victoria surge de una preponderancia de la suma de todas las fuerzas físicas y morales, y aumenta indiscutiblemente esta preponderancia, pues de otro modo no se buscaría y se compraría cara. La victoria *misma* lo hace sin vacilar, sus consecuencias también lo hacen, pero éstas no hasta el extremo, sino generalmente sólo hasta cierto punto. Este punto puede estar muy cerca, y a veces lo está tanto que todas las consecuencias de la batalla victoriosa pueden limitarse al aumento de la superioridad moral. Tenemos que examinar cómo se relaciona esto.

En el progreso del acto de guerra, la fuerza encuentra constantemente elementos que la aumentan y otros que la disminuyen. Lo que importa, pues, es la preponderancia. Puesto que toda disminución de fuerza debe considerarse como un aumento de la del enemigo, se deduce por sí misma que este doble flujo de entrada y salida tiene lugar tanto en el avance como en la retirada.

Es importante examinar la causa principal de este cambio en un caso para ayudar a decidir sobre el otro.

Al proceder, las principales causas de refuerzo son:

1. La pérdida sufrida por la fuerza enemiga, porque suele ser mayor que la nuestra;
2. la pérdida que sufre el enemigo en fuerzas muertas como polvorines, depósitos, puentes, etc., y que no compartimos con él en absoluto;
3. desde el momento en que entramos en territorio enemigo, la pérdida de provincias, en consecuencia de fuentes de nuevas fuerzas;

¹ Véanse los capítulos cuarto y quinto.

4. para nosotros, la ganancia de una parte de estas fuentes; en otras palabras, la ventaja de vivir a costa del enemigo;
5. la pérdida de cohesión interna y el movimiento regular de todas las partes con el enemigo;
6. Los aliados del enemigo lo abandonan y otros se vuelven hacia nosotros;
7. finalmente, desánimo por parte del enemigo, con algunas armas que se le caen de las manos.

Las causas del debilitamiento son:

1. Que nos veamos obligados a sitiar, amurallar o vigilar fortalezas enemigas; o que el enemigo hiciera lo mismo antes de la victoria, y al retirarse atraiga estos cuerpos para sí;
2. desde el momento en que entramos en territorio enemigo, la naturaleza del teatro de la guerra cambia, se vuelve hostil; debemos ocuparlo, pues sólo es nuestro en la medida en que lo hemos ocupado, y sin embargo presenta dificultades a toda la máquina en todas partes, lo que debe conducir necesariamente al debilitamiento de sus efectos;
3. Nos alejamos de nuestras fuentes mientras el adversario se acerca a las suyas; esto provoca un estancamiento en el reemplazo de las fuerzas gastadas;
4. el peligro que corre el Estado amenazado exige que otras potencias lo protejan;
5. por último, un mayor esfuerzo por parte del adversario debido a la magnitud del peligro, por otra parte, una disminución del esfuerzo por parte del Estado vencedor.

Todas estas ventajas y desventajas pueden existir juntas, encontrarse en cierto modo y continuar su camino en direcciones opuestas. Sólo estas últimas se encuentran como verdaderos opuestos, no pueden pasar de largo, por lo que se excluyen mutuamente. Esto demuestra por sí solo lo infinitamente diferentes que pueden ser los efectos de la victoria, según aturdan al adversario o le inciten a ejercer una fuerza mayor.

Intentaremos caracterizar cada uno de los puntos individuales con algunas observaciones.

1. La pérdida de la fuerza enemiga tras una derrota puede ser mayor en el primer momento y luego disminuir diariamente hasta alcanzar un punto de equilibrio con la nuestra, pero también puede aumentar cada día que pasa. La diferencia de situaciones y condiciones es decisiva. En general, sólo se puede decir que en un buen ejército será más frecuente lo primero, en uno malo lo segundo; junto al espíritu del ejército, el espíritu del gobierno es el factor más importante. En la guerra es muy importante distinguir entre ambos casos, para no detenerse donde realmente se debería empezar y viceversa.
2. La pérdida del enemigo en fuerzas muertas también puede aumentar abundantemente, y esto depende de la posición fortuita y de la naturaleza de sus almacenes. Por lo demás, este tema ya no puede competir con los demás en importancia.
3. La tercera ventaja debe aumentar necesariamente con el avance; de hecho, puede decirse que sólo entra en consideración cuando ya se ha penetrado profundamente en el Estado enemigo, es decir, cuando se tiene entre un cuarto y un tercio de sus tierras detrás. Por cierto, también se tiene en cuenta el valor intrínseco de las provincias en relación con la guerra.
4. Del mismo modo, la 4ª ventaja debe crecer a medida que se avanza.

Pero de estos dos últimos hay que señalar que su influencia sobre las fuerzas que participan en la batalla rara vez se deja sentir con rapidez, sino que sólo actúan más lentamente de forma indirecta, y que, por lo tanto, por su causa no hay que tensar el

arco con demasiada brusquedad, es decir, no hay que colocarse en una posición demasiado peligrosa.

5. La quinta ventaja sólo se tiene en cuenta cuando ya se ha avanzado considerablemente y la forma del país enemigo da la oportunidad de separar algunas provincias de la masa principal, que entonces tienden a morir pronto como miembros atados.
6. De la 6ª y la 7ª es al menos probable que crezcan a medida que avancemos; de ambas hablaremos, por cierto, más adelante.

Pasemos ahora a las causas del debilitamiento.

1. El asedio, el asedio y el cerco de las fortalezas aumentarán, en la mayoría de los casos, a medida que se avance. Este debilitamiento por sí solo tiene un efecto tan poderoso sobre el *estado actual de las fuerzas* que puede fácilmente superar todas las ventajas a este respecto. Por supuesto, en tiempos más recientes, las fortalezas han empezado a fortificarse con muy pocos hombres, o incluso con menos; el enemigo también debe dotar a estas fortalezas de guarniciones. No obstante, sigue siendo un importante principio de seguridad. La mitad de las guarniciones suelen estar formadas por gente que antes no desempeñaba ningún papel; ante las que se encuentran en el camino de enlace, hay que dejar, no obstante, el doble de guarnición, y si se quiere asediar formalmente o matar de hambre sólo a una importante, cuesta un pequeño ejército.
2. La segunda causa, el establecimiento de un teatro de guerra en el país enemigo, crece necesariamente con el avance y es, si no por el estado actual de las fuerzas armadas, sí más eficaz que la segunda por su situación permanente.

Sólo podemos considerar como nuestro teatro de guerra la parte del país enemigo que hemos ocupado, es decir, donde hemos dejado pequeños cuerpos en campo abierto o de vez en cuando guarniciones en las ciudades más considerables, en los puestos de escala, etc.; por pequeñas que sean las guarniciones que dejemos atrás, ello debilita considerablemente la fuerza. Pero esto es lo de menos.

Todo ejército tiene flancos estratégicos, es decir, la zona que se extiende a ambos lados de sus líneas de comunicación; pero como el ejército enemigo también los tiene, la debilidad de estas partes no es perceptible. Pero esto sólo ocurre en el propio país; en cuanto se está en el del enemigo, la debilidad de estas partes se hace perceptible, porque en el caso de una línea muy larga con poca o ninguna cobertura, la empresa más insignificante promete algún éxito, y éste puede surgir en cualquier parte de una zona hostil.

Cuanto más se avanza, más largos se hacen estos flancos, y el peligro que se deriva de ellos crece en progresión creciente; porque no sólo son difíciles de cubrir, sino que el espíritu de empresa del enemigo se debe también principalmente a las largas líneas de comunicación no aseguradas, y las consecuencias que su pérdida puede tener en caso de retirada son altamente alarmantes.

Todo esto contribuye a añadir un nuevo peso al ejército que avanza a cada paso que da, de modo que, si no ha comenzado con una superioridad inusual, gradualmente se siente más y más estrecho en sus planes, más y más debilitado en su empuje, y finalmente incierto y ansioso en su posición.

3. La tercera causa, la distancia de la fuente, de la que también debe reponerse constantemente la fuerza que se debilita, aumenta con la distancia. A este respecto, un ejército conquistador es como la luz de una lámpara; cuanto más se hunde y se aleja del foco el aceite nutritivo, más se empequeñece hasta extinguirse por completo.

Es cierto que la riqueza de las provincias conquistadas puede reducir en gran medida este mal, pero nunca puede eliminarlo por completo, porque siempre hay muchos

objetos que tienen que ser enviados desde casa, especialmente personas, porque los servicios del país enemigo no son generalmente tan rápidos y seguros como los del propio país, porque no se puede prestar ayuda tan rápidamente para una necesidad que surge inesperadamente, porque los malentendidos y errores de todo tipo no pueden ser descubiertos y corregidos con la misma rapidez.

Si el príncipe no dirige él mismo su ejército, como se ha hecho costumbre en las últimas guerras, si ya no está cerca de él, surge una nueva y muy grande desventaja por la pérdida de tiempo que supone el ir y venir de preguntas, pues la mayor autoridad de un comandante de ejército no puede llenar la amplia zona de su esfera de acción.

4. el cambio en las conexiones políticas. Si los cambios producidos por la victoria son del tipo que resultarán desventajosos para el vencedor, probablemente serán en proporción pareja a su progreso, como es el caso si le son favorables. Aquí todo depende de las conexiones políticas existentes, intereses, hábitos, direcciones, príncipes, ministros, favoritos y amantes, etc. En general, sólo puede decirse que cuando es derrotado un Estado grande que cuenta con aliados más pequeños, éstos no tardan en echarse sobre sus talones, y que entonces el vencedor se hace más fuerte en este sentido con cada golpe; pero si el Estado derrotado es más pequeño, es mucho más probable que los protectores se levanten cuando su existencia se ve amenazada, y que otros que han contribuido a sacudirlo se echen atrás cuando crean que está llegando demasiado lejos.
5. la mayor resistencia que se despierta en el enemigo. En un momento las armas del enemigo caen de sus manos por el espanto y la estupefacción, en otro se apodera de él un paroxismo entusiasta, todos se precipitan a las armas, y la resistencia es mucho mayor después de la primera derrota que antes de ella. El carácter del pueblo y del gobierno, la naturaleza del país, las conexiones políticas del mismo son los datos a partir de los cuales debe adivinarse lo probable.

¡Cuán infinitamente diferentes son estos dos últimos puntos, por sí solos, los planes que uno puede y debe hacer en la guerra en un caso y en el otro! Mientras que uno, por timidez y por un procedimiento supuestamente metódico, arruina su mejor suerte, el otro se mete hasta las orejas y luego parece alguien que acaba de ser sacado del agua, completamente consternado y asombrado.

Tampoco hay que olvidar aquí el relajamiento que no pocas veces se produce en el vencedor en casa cuando se aleja el peligro, mientras que a la inversa serían necesarios nuevos esfuerzos para sostener la victoria. Si echamos un vistazo general a estos diversos principios opuestos, vemos sin duda que el uso de la victoria, el avance en la guerra de agresión, en la generalidad de los casos unifica la superioridad con la que se ha comenzado o que se ha adquirido a través de la victoria.

Aquí se nos debe ocurrir necesariamente la pregunta, si esto es así, ¿qué impulsa al vencedor a proseguir su camino de victoria, a avanzar en la ofensiva? ¿Y puede realmente seguir llamándose a esto el uso de la victoria? ¿No sería mejor detenerse allí donde todavía no se ha producido ninguna reducción del peso sobrante?

A esto, por supuesto, hay que responder: la preponderancia de las fuerzas armadas no es el fin, sino el medio. El fin es aplastar al enemigo o arrebatárle al menos una parte de sus tierras, para obtener así una ventaja, *no para el estado actual de las fuerzas armadas*, sino para el estado de la guerra y de la paz. Incluso si queremos aplastar completamente al enemigo, debemos aceptar que cada paso adelante puede debilitar nuestra superioridad, de lo que, sin embargo, no se deduce necesariamente que deba llegar a ser nula antes de la caída del enemigo; la caída del enemigo puede producirse antes, y si esto pudiera lograrse con el último mínimo de superioridad, sería un error no haberla utilizado.

La preponderancia, por tanto, que se tiene o se adquiere en la guerra es sólo el medio, no el fin, y debe utilizarse para ello. Pero hay que conocer el punto hasta el que llega para no sobrepasarlo y, en lugar de cosechar nuevas ventajas, cosechar desgracias.

Que la superioridad estratégica se agota así en el ataque estratégico, no necesitamos citar casos especiales de la experiencia; la masa de los fenómenos nos ha impulsado más bien a buscar las razones internas de ello. Sólo desde la aparición de Bonaparte hemos conocido campañas entre pueblos cultos en las que la preponderancia condujera ininterrumpidamente a la caída del enemigo; antes de él, toda campaña terminaba con el ejército vencedor tratando de ganar un punto en el que pudiera mantenerse con mero equilibrio, y que en éste cesara el movimiento de la victoria o incluso que se hiciera necesaria una retirada. Este punto culminante de la victoria se dará también en todas las guerras en las que la derrota del enemigo no pueda ser el objetivo bélico, y así será siempre en la mayoría de las guerras. Así pues, el objetivo natural de todos los planes de campaña individuales es el punto de inflexión del ataque en defensa.

439

Pero la transgresión de esta meta no es simplemente un esfuerzo *inútil* que ya no da éxito, sino *ruinoso*, que provoca retrocesos, y estos retrocesos, según una experiencia bastante general, son siempre de efecto desproporcionado. Este último fenómeno es tan general, parece tan natural y comprensible para el hombre interior, que podemos abstenernos de hacer un relato circunstanciado de sus causas. La falta de facilidades en el país recién conquistado, y la fuerte oposición que una pérdida considerable forma en la mente contra el nuevo éxito esperado, son en todos los casos las más importantes. Las fuerzas morales, el ánimo por un lado, que a menudo se eleva hasta el punto del exceso de confianza, y el abatimiento por el otro, por lo general obtienen un juego inusualmente vivo aquí. Las pérdidas en la retirada son, por tanto, mayores y, por regla general, uno da gracias al cielo si consigue recuperar lo conquistado sin sufrir ninguna pérdida en su propio país.

Aquí tenemos que eliminar una aparente contradicción que parece surgir.

Porque uno pensaría que mientras continúe el avance en el ataque, sigue habiendo superioridad, y puesto que la defensa, que ocurre al final del curso victorioso, es una forma más fuerte de guerra que el ataque, hay tanto menos peligro de que uno se convierta repentinamente en el más débil. Y sin embargo es así, y debemos [confesar], si tenemos en cuenta la historia, que a menudo el mayor peligro de un retroceso se produce sólo en el momento en que el ataque afloja y pasa a la defensa. Busquemos la razón.

La superioridad que hemos atribuido a la forma defensiva de la guerra miente:

1. en el uso de la zona;
2. en posesión de un teatro de guerra establecido;
3. en el apoyo del pueblo;
4. en la ventaja de esperar.

Es evidente que estos principios no siempre estarán presentes y serán eficaces en la misma medida, y que, por consiguiente, una defensa no siempre será igual a otra, que, en consecuencia, dicha defensa no siempre tendrá la misma superioridad sobre el ataque. Este debe ser especialmente el caso de una defensa que viene después de un ataque agotado, y cuyo teatro de guerra suele venir a situarse en el vértice de un triángulo ofensivo muy avanzado. De los cuatro principios mencionados, éste sólo conserva inalterado el primero, la utilización del área; el segundo suele abandonarse por completo, el tercero se convierte en negativo y el cuarto se debilita mucho. Sólo sobre el último unas palabras de explicación.

440

Porque si el equilibrio imaginario, en el que a menudo transcurren campañas enteras sin éxito, porque aquel en quien está la acción no posee la determinación necesaria, y en el que

encontramos la ventaja de esperar, - si este equilibrio es perturbado por un acto ofensivo, el interés del enemigo es herido, su voluntad es urgida a la acción, entonces la probabilidad de que permanezca en una indecisión ociosa disminuye considerablemente. Una defensa establecida en terreno conquistado tiene un carácter mucho más desafiante que una en casa; el principio ofensivo es, por así decirlo, inculcado en ella, y su naturaleza se debilita por ello. La paz que Daun concedió a Federico II en Silesia y Sajonia no se la habría permitido en Bohemia.

Es evidente, por tanto, que la defensa, que se entrelaza con una empresa ofensiva, se debilitará en todos sus principios fundamentales y, por consiguiente, dejará de tener sobre ellos la superioridad que originalmente le pertenece.

Del mismo modo que ninguna campaña defensiva se compone de meros elementos defensivos, ninguna campaña ofensiva se compone enteramente de elementos ofensivos, porque, aparte de los breves períodos intermedios de cada campaña en los que ambos ejércitos están a la defensiva, todo ataque que no llegue a la paz debe terminar necesariamente con una defensa.

De este modo, es la propia defensa la que contribuye a debilitar el ataque. Se trata más bien de una desventaja principal del ataque que de una defensa bastante desventajosa.

Y esto explica cómo la diferencia que existe originalmente en la fuerza de las formas ofensiva y defensiva de la guerra disminuye gradualmente. Ahora mostraremos cómo puede desaparecer por completo y durante un corto tiempo cambiar a la magnitud opuesta.

Si se nos permite invocar un concepto auxiliar de la naturaleza, podremos ser más breves.

Es el tiempo lo que, en el mundo del cuerpo, necesita toda fuerza para mostrarse eficaz. Una fuerza que bastaría para detener un cuerpo en movimiento si se aplicara lenta y gradualmente, se verá desbordada por él si falta tiempo. Esta ley del mundo físico ilustra muy bien muchos fenómenos de nuestra vida interior. Una vez que somos estimulados a una determinada dirección del tren del pensamiento, no toda razón suficiente en sí misma es capaz de producir un cambio o una pausa. Son necesarios el tiempo, el descanso, una impresión duradera de la conciencia. Lo mismo ocurre en la guerra. Cuando una vez que el alma ha tomado una determinada dirección se aleja del objetivo o se vuelve hacia un puerto de refugio, sucede fácilmente que las razones que obligan a uno a hacer una pausa y justifican a otro a emprender la empresa no se dejan sentir fácilmente con toda su fuerza, y a medida que la acción progresa entretanto, se llega en la corriente del movimiento más allá del límite del equilibrio, más allá de la línea de culminación, sin tener conciencia de ello; En efecto, puede suceder que el atacante, apoyado en las fuerzas morales que residen principalmente en el ataque, encuentre menos gravoso seguir adelante, a pesar de sus fuerzas agotadas, que detenerse, como los caballos que suben una carga por una montaña. Aquí creemos haber mostrado, sin contradicción interna, cómo el atacante puede superar ese punto que le promete el éxito, es decir, el equilibrio, en el momento de la pausa y la defensa. Es importante, por tanto, tener correctamente presente este punto al planificar la campaña, tanto para el atacante, para que no emprenda más allá de su capacidad, incurriendo en cierto sentido en deudas, como para el defensor, para que reconozca y aproveche esta desventaja en la que se ha colocado el atacante.

Echemos ahora una mirada retrospectiva a todos los objetos que el comandante debe tener en mente al tomar esta determinación, y recordemos que de los más importantes debe primero estimar, por así decirlo *adivinar*, la dirección y el valor mediante la vigilancia de muchas otras condiciones cercanas y distantes: adivinar si el ejército enemigo, después del primer empuje, mostrará un núcleo más firme, una firmeza cada vez mayor, o si, como las botellas boloñesas, se desmoronará en polvo tan pronto como su superficie sea herida; - adivinen cuán grande será el debilitamiento y la parálisis producidos por el agotamiento de

fuentes individuales, la ruptura de eslabones individuales en el estado de guerra del enemigo: - adivinar si el enemigo se desmayará por el dolor ardiente de la herida que le ha infligido, o se levantará a la furia como un toro herido; - adivinar si las otras potencias se asustarán o se indignarán, si y qué conexiones políticas se romperán o se formarán - decirnos a nosotros mismos que debe acertar en todo esto y mucho más con el tacto de su juicio como el tirador acierta en su blanco, debemos admitir que tal acto de la mente humana no es nada insignificante. Mil caminos se ofrecen al juicio, que se desvían aquí y allá; y lo que no hacen la multitud, la complejidad y la versatilidad de los objetos, lo hacen el peligro y la responsabilidad.

Y así sucede que la gran mayoría de los comandantes prefieren quedarse muy lejos de la meta que acercarse demasiado a ella, y que un hermoso coraje y un alto espíritu de empresa a menudo van más allá y pierden así su propósito. Sólo quienes hacen grandes cosas con pocos medios han triunfado felizmente.

CAPÍTULO 8

LIBRO OCTAVO: PLAN DE GUERRA

8.1 PRIMER CAPÍTULO: INTRODUCCIÓN

En el capítulo sobre la naturaleza y la finalidad de la guerra, hemos esbozado hasta cierto punto su concepto general e indicado sus relaciones con las cosas que la rodean, a fin de partir de una concepción básica correcta. Hemos indicado las múltiples dificultades que la mente encuentra en ello, reservándonos un examen más exacto de las mismas, y hemos llegado a la conclusión de que la derrota del enemigo, por consiguiente la destrucción de sus fuerzas, es el objetivo principal de todo acto bélico. Esto nos ha permitido demostrar en el capítulo siguiente que el medio utilizado en el acto de guerra es únicamente la batalla. De este modo, creemos haber llegado por el momento a un punto de vista correcto.

Ahora que hemos repasado las relaciones y formas más notables que se dan en la acción guerrera fuera de la batalla, para precisar su valor, en parte según la naturaleza de la materia, en parte según la experiencia que presenta la historia de la guerra, para purificarlas de las ideas vagas y ambiguas que tienden a relacionarse con ellas, y para que el objetivo real del acto guerrero, la destrucción del enemigo, aparezca en todas partes como lo principal, volvemos ahora al conjunto de la guerra, y para que el objetivo real del acto bélico, la destrucción del enemigo, aparezca en todas partes como lo principal, volvemos ahora al conjunto de la guerra, ya que nos comprometemos a hablar del plan de guerra y de campaña, y nos vemos así obligados a retomar las ideas de nuestro primer libro.

Estos capítulos, destinados a tratar la cuestión de conjunto, contienen la estrategia más actual, la parte más completa e importante de la misma. No entramos sin timidez en esta parte más recóndita de su territorio, en la que convergen todos los demás hilos.

De hecho, esta timidez no es más que barata.

Cuando, por una parte, se ve cómo la acción guerrera aparece tan sumamente simple, cuando se oye y se lee cómo los más grandes generales se expresan de la manera más simple y llana al respecto, cómo el gobierno y el movimiento de la pesada máquina compuesta de cien mil eslabones en sus bocas no aparece de otra manera que como si se hablara de su solo individuo, de modo que todo el inmenso acto de la guerra se individualiza en una especie de duelo, cuando se encuentran los motivos de su acción indicados a veces con unas pocas ideas simples, Y ahora, desde el otro lado, la cantidad de relaciones que pasan a primer plano para la mente investigadora, las grandes distancias, a menudo indefinidas, a las que se agotan los hilos individuales, y la miríada de combinaciones que tenemos ante nosotros, cuando se piensa en la obligación que tiene la teoría de comprender sistemáticamente, es decir, con claridad y plenitud, estas cosas. Si pensamos en la obligación que tiene la teoría de retomar estas cosas sistemáticamente, es decir, con claridad y plenitud, y de remontar siempre la acción a la necesidad de la razón suficiente, entonces nos invade con fuerza irresistible el temor de ser arrastrados hasta un pedante maestro de escuela, de arrastrarnos por las salas inferiores de los conceptos pesados, y de no encontrarnos nunca así con el gran general en su fácil visión de conjunto. Si tal fuera el resultado de los esfuerzos teóricos, sería igual o mejor no haberlos hecho; atraen a la teoría el desprecio del talento y pronto caen en el olvido. Y por

otra parte, esta fácil visión de conjunto del general, esta sencilla manera de imaginar, esta personificación de toda la acción bélica, es tan completamente el alma de toda buena guerra que sólo de esta magnífica manera puede concebirse la libertad del alma, necesaria si se quiere dominar los acontecimientos y no ser arrollada por ellos.

443

Continuamos nuestro paso con cierta timidez; sólo podemos hacerlo si seguimos el camino que nos hemos trazado desde el principio. La teoría debe iluminar la masa de los objetos con una mirada clara, para que el intelecto encuentre más fácilmente su camino a través de ellos; debe arrancar las malas hierbas que el error ha hecho brotar por todas partes; debe mostrar las relaciones de las cosas entre sí, lo importante de lo intrascendente pero. Allí donde las ideas se reúnen por sí mismas para formar un núcleo de verdad tal que llamamos principio, allí donde mantienen por sí mismas una línea tal que forman una regla, allí está la teoría para indicarlo.

Lo que el espíritu se lleva de este subterráneo vagar entre las concepciones fundamentales de la materia, los rayos de luz que se despiertan en él, es el beneficio que le concede la teoría. No puede darle fórmulas para resolver las tareas, no puede confinar su camino a una estrecha línea de necesidad por principios que marcha a uno y otro lado. Le permite asomarse a la masa de los objetos y a sus relaciones y luego le libera de nuevo en las regiones superiores de la acción, para que actúe según la medida de las fuerzas naturales que han llegado a ser él con la actividad unida de todos y tome conciencia de lo que *es verdadero y justo* como de un solo pensamiento claro que, impulsado por la impresión de conjunto de todas esas fuerzas, parece más un producto del peligro que del pensamiento.

8.2 SEGUNDO CAPÍTULO: GUERRA ABSOLUTA Y GUERRA REAL

El plan de guerra resume todo el acto bélico, a través de él se convierte en una acción única que debe tener un fin último en el que se equilibren todos los fines particulares. Uno no comienza una guerra, o no debería razonablemente comenzarla, sin decirse a sí mismo lo que quiere conseguir con ella y lo que quiere conseguir en ella; lo primero es el fin, lo segundo el objetivo. Mediante este pensamiento principal se dan todas las direcciones, se determina la extensión de los medios, la medida de la energía, y expresa su influencia hasta en los más pequeños eslabones de la acción.

445

Hemos dicho en el primer capítulo que la derrota del enemigo es el objetivo natural del acto de guerra y que, si se quiere permanecer en el rigor filosófico del concepto, no puede haber otro.

Puesto que esta idea debe ser concebida por ambas partes beligerantes, se seguiría que no podría haber un estancamiento en el acto de guerra y que no podría haber paz hasta que una de las dos partes hubiera sido realmente derribada.

En el capítulo sobre la paralización en el acto bélico hemos mostrado cómo el mero principio de enemistad, aplicado al portador del mismo, el hombre, y a todas las circunstancias de que se compone la guerra, sufre una paralización y una reducción por razones internas de la máquina.

Pero esta modificación dista mucho de ser suficiente para llevarnos del concepto original de guerra a la forma concreta en que la encontramos en casi todas partes. La mayoría de las guerras aparecen sólo como una indignación mutua, en la que cada uno toma las armas para protegerse y para infundir miedo al otro y - ocasionalmente - para jugarle una mala pasada. No se trata, pues, de dos elementos que se destruyen mutuamente, sino de tensiones de elementos aún separados que se descargan en pequeños golpes individuales.

Pero, ¿cuál es la partición no conductora que impide la descarga total? ¿Por qué no se satisface la concepción filosófica? Esa partición radica en el gran número de cosas, fuerzas, relaciones, que la guerra toca en la vida del Estado, y a través de cuyos innumerables devaneos la consistencia lógica no puede llevarse adelante como sobre el simple hilo de unas pocas conclusiones; en estos devaneos se atasca, y el hombre, que está acostumbrado a actuar en asuntos grandes y pequeños más según las ideas y sentimientos individuales prevalecientes que según una estricta secuencia lógica, apenas se da cuenta aquí de su oscuridad, medias tintas e inconsistencia.

Sin embargo, si la inteligencia de la que procede la guerra hubiera sido realmente capaz de atravesar todas estas condiciones sin perder ni un momento su objetivo, todas las demás inteligencias del estado que entran en consideración en el proceso no serían capaces de hacerlo, por lo que surgiría una resistencia y, en consecuencia, sería necesaria una fuerza para vencer la inercia de toda la masa, y esta fuerza será generalmente insuficiente.

Esta incoherencia tiene lugar en una de las dos partes, o en la otra, o en ambas, y se convierte así en la causa de que la guerra se convierta en algo muy distinto de lo que debería ser según el concepto, una cosa a medias, un ser sin coherencia interior.

Así la encontramos casi en todas partes, y se podría dudar de que nuestra concepción del ser absoluto a ella tuviera alguna realidad si no hubiéramos visto justamente en nuestros días aparecer la guerra real en esta perfección absoluta. Después de una breve introducción hecha por la Revolución Francesa, el despiadado Bonaparte la llevó rápidamente a este punto. Bajo su mando ha avanzado sin descanso hasta que el enemigo ha caído; y casi tan sin descanso

han sido los reveses. ¿No es natural y necesario que este fenómeno nos lleve de nuevo al concepto original de la guerra, con todas sus estrictas consecuencias?

446

¿Debemos ahora detenernos ahí y juzgar todas las guerras, por mucho que se alejen de ella, por esto? ¿Derivar de ella todas las exigencias de la teoría?

Ahora debemos decidarnos, porque no podemos decir una palabra sensata sobre el plan de guerra sin haber averiguado por nosotros mismos si la guerra sólo va a ser así o si puede ser de otra manera.

Si nos decidimos por lo primero, nuestra teoría se acercará en todas partes a lo necesario, será una cuestión más clara y asentada. Pero, ¿qué diremos entonces de todas las guerras que se han librado desde Alejandro y algunas de las campañas romanas hasta Bonaparte? Hemos tenido que rechazarlas al por mayor y, sin embargo, tal vez no podríamos hacerlo sin avergonzarnos de nuestra presunción. Pero lo que es peor, hemos tenido que decirnos a nosotros mismos que en la próxima década podría haber otra guerra de este tipo, a pesar de nuestra teoría, y que esta teoría, con una fuerte lógica, sigue siendo sin embargo muy impotente contra la violencia de las circunstancias. Tendremos, pues, que ver la manera de construir la guerra, como debe ser, no a partir de su mero concepto, sino dejando su lugar a todo lo que le es ajeno y le interfiere, a toda la pesadez y fricción natural de las partes, a toda la inconsistencia, oscuridad y abatimiento del espíritu humano; Tendremos que adoptar el punto de vista de que la guerra y la forma que adopta son el resultado de ideas, sentimientos y circunstancias que la han precedido; de hecho, si queremos ser totalmente veraces, debemos admitir que éste fue el caso incluso allí donde asumió su forma absoluta, es decir, bajo Bonaparte.

Si debemos hacer esto, si debemos admitir que la guerra no surge y toma forma a partir de un ajuste finito de todas las innumerables condiciones que toca, sino a partir de las individuales entre ellas que prevalecen en el momento, entonces se deduce por sí misma que se basa en un juego de posibilidades, probabilidades, suerte y desgracia, en el que la deducción lógica estricta a menudo se pierde por completo, y en el que en general es un instrumento muy poco útil e incómodo de la cabeza; También se deduce que la guerra puede ser una cosa, que pronto es más, pronto es menos guerra.

La teoría debe admitir todo esto, pero es su deber anteponer la figura absoluta de la guerra y utilizarla como punto de referencia general, para que quien quiera aprender algo de la teoría adquiera el hábito de no perderla nunca de vista, de considerarla como la medida original de todas sus esperanzas y temores, para acercarse a ella donde *pueda* o donde *deba*.

Que una idea principal, que subyace a nuestro pensamiento y acción, le da un cierto tono y carácter incluso cuando las siguientes razones para la decisión provienen de regiones muy diferentes, es tan cierto como que el pintor puede dar a su cuadro tal o cual tono por los colores con los que lo subpinta.

Que la teoría pueda ahora hacer esto con eficacia, se lo debe a las últimas guerras. Sin estos ejemplos de advertencia del poder destructivo del elemento liberado, lloraría en vano; nadie creería posible lo que ahora todos experimentan.

447

¿Se habría atrevido Prusia a invadir Francia en 1798 con 70.000 hombres si hubiera sabido que, de fracasar, el contragolpe sería tan fuerte como para alterar el antiguo equilibrio europeo?

¿Habría empezado Prusia la guerra contra Francia en 1806 con 100.000 hombres si hubiera considerado que el primer disparo de pistola sería una chispa en el corazón de la mina que la haría estallar?

8.3 CAPÍTULO TERCERO: A. CONTEXTO INTERNO DE LA GUERRA

Según se tenga en mente la forma absoluta de la guerra o una de las reales más o menos lejanas, surgen dos concepciones diferentes del éxito de la misma.

En la forma absoluta de la guerra, en la que todo sucede por razones necesarias, todo se entrelaza rápidamente, no surge, si se me permite decirlo, ningún intersticio neutral insustancial, hay, a causa de las múltiples interacciones que implica la guerra,¹ a causa de la interrelación en la que, estrictamente hablando, se encuentra toda la serie de enfrentamientos sucesivos, estrictamente hablando, toda la serie de enfrentamientos sucesivos,² por el punto culminante que tiene toda victoria, más allá del cual se encuentra el área de pérdidas y derrotas,³ por todas estas condiciones naturales de la guerra, digo, sólo hay un éxito, a saber, el éxito *final*. Hasta entonces, nada está decidido, nada está ganado, nada está perdido. Es aquí donde uno debe decirse constantemente: el final corona la obra. En esta concepción, pues, la guerra es un todo indivisible cuyos eslabones (los éxitos individuales) sólo tienen valor en relación con este todo. La conquista de Moscú y de la mitad de Rusia en 1812 sólo tenía valor para Bonaparte si le traía la pretendida paz. Pero era sólo una pieza de su plan de campaña, y en él aún faltaba una parte, a saber, la destrucción del ejército ruso; si uno piensa en esto además de los otros éxitos, entonces la paz era tan segura como pueden llegar a serlo las cosas de este tipo. Esta segunda parte Bonaparte ya no podía ganarla, porque la había perdido antes, y así toda la primera parte no sólo le resultó inútil, sino ruinosa. -

Esta concepción de la interrelación de los éxitos en la guerra, que puede considerarse extrema, se contrapone a otra extrema, según la cual ésta se compone de éxitos individuales, cada uno de los cuales, como en el juego de las cerillas, no influye en los sucesivos. Aquí, pues, sólo importa la suma de los éxitos, y se puede volver a poner cada uno como una ficha.

Así como el primer tipo de concepción extrae su verdad de la naturaleza de la cosa, encontramos la del segundo en la historia. Hay innumerables casos en los que se ha obtenido una pequeña ventaja moderada sin que se le haya unido ninguna condición agravante. Cuanto más se reduce el elemento de la guerra, más frecuentes se hacen estos casos, pero así como no hay guerras en las que la primera de las ideas sea completamente verdadera, tampoco hay guerras en las que la segunda sea verdadera en todas partes y la primera sea superflua.

448

Si nos atenemos al primero de estos dos tipos de concepción, debemos reconocer la necesidad de que toda "guerra" sea concebida como un todo desde el principio, y que en el primer paso adelante el comandante ya tenga en mente el objetivo, hacia el que discurren todas las líneas.

Si permitimos el segundo tipo de concepción, las ventajas subordinadas pueden perseguirse por sí mismas y dejar el resto a resultados posteriores.

Puesto que ninguno de estos dos tipos de concepción carece de resultado, la teoría no puede prescindir de ninguno de ellos. La diferencia que establece en el uso de ambas consiste en que exige que la primera se tome como base de la idea básica en todas partes y que la segunda sólo se utilice como modificación justificada por las circunstancias.

Si Federico el Grande, en los años 1742, 1744, 1757 y 1758, dirigió una nueva ofensiva contra el Estado austriaco desde Silesia y Sajonia, de la que sabía muy bien que no podía conducir a una nueva conquista duradera, como lo había sido la de Silesia y Sajonia, era porque

¹ Primer capítulo del primer libro

² Segundo capítulo del primer libro

³ capítulos cuarto y quinto del libro séptimo (de la culminación de la victoria)

no pretendía la derrota del estado austriaco, sino un propósito subordinado, a saber, ganar tiempo y fuerza, y se le permitió perseguir este propósito subordinado sin temer que con ello estuviera poniendo en juego toda su existencia.⁴ Pero si Prusia en 1806 y Austria en 1805 y 1809 se fijaron un objetivo mucho más modesto, a saber, expulsar a los franceses a través del Rin, no podían razonablemente hacerlo sin repasar en sus mentes toda la serie de acontecimientos que, tanto en caso de éxito bueno como malo, probablemente seguirían al primer paso y conducirían a la paz. Esto era absolutamente indispensable, tanto para determinar hasta dónde podrían continuar su victoria sin peligro, como para saber cómo y dónde podrían detener la victoria del enemigo.

En qué consiste la diferencia entre las dos condiciones, lo demuestra una cuidadosa consideración de la historia. En el siglo XVIII, en la época de las guerras de Silesia, la guerra era todavía un mero asunto de gabinete, en el que el pueblo participaba sólo como instrumento ciego: a principios del siglo XIX, los pueblos de ambos bandos se subieron al carro. Los generales que se enfrentaron a Federico el Grande eran hombres que actuaban por encargo, y por eso mismo hombres en los que la cautela era un rasgo predominante; el adversario de austriacos y prusianos era, por decirlo brevemente, el propio dios de la guerra.

449

¿No deberían estas diferentes circunstancias llevar a consideraciones muy distintas? En 1805, 1806 y 1809, ¿no tenían que dirigir nuestra mirada a la posibilidad extrema de una desgracia, incluso a una gran probabilidad, y conducir así a esfuerzos y planes muy diferentes de aquellos cuyo objeto podían ser unas cuantas fortalezas y una provincia moderada?

No lo hicieron en grado suficiente, aunque las potencias de Prusia y Austria sintieron suficientemente la tormenta del ambiente político en sus armamentos. No pudieron hacerlo porque aún no estaban tan claramente desarrolladas por la historia. Fueron precisamente esas campañas de 1805, 1806 y 1809, así como las posteriores, las que nos facilitaron tanto abstraer de ellas el concepto de la guerra más nueva, absoluta, en su energía demoledora.

La teoría exige, por lo tanto, que en cada guerra se comprenda primero su carácter y sus grandes contornos según la probabilidad que producen las magnitudes y condiciones políticas. Cuanto más se aproxime su carácter a la guerra absoluta según esta probabilidad, cuanto más abarquen sus contornos a la masa de los Estados beligerantes y los atraigan al vórtice, más fácil se hará la conexión de sus acontecimientos, más necesario se hace no dar el primer paso sin pensar en el último.

⁴ Si Federico el Grande hubiera ganado la batalla de Kolin y capturado así al ejército principal austriaco con sus dos comandantes supremos en Praga, habría sido un golpe tan terrible que podría haber pensado en marchar sobre Viena, sacudir la monarquía austriaca y ganar así la paz inmediatamente. Este éxito, inaudito en aquellos días, que habría sido muy similar a los éxitos de las guerras más recientes, sólo que mucho más maravilloso y brillante a causa del pequeño David y el gran Goliath, se habría producido muy probablemente tras la victoria de esta única batalla, lo que, sin embargo, no contradice la afirmación hecha más arriba; porque esto sólo habla de lo que el rey pretendía originalmente con su ofensiva; pero el cerco y la captura del ejército principal del enemigo era un acontecimiento más allá de todo cálculo, y en el que el rey no había pensado, al menos no hasta que los austriacos, con su torpe despliegue en Praga, dieron ocasión para ello.

8.4 CAPÍTULO TERCERO: B. DE LA GRANDEZA DEL PROPÓSITO Y DEL ESFUERZO BÉLICOS

La coacción que debemos imponer a nuestro adversario dependerá de la magnitud de nuestras exigencias políticas y de las suyas. En la medida en que éstas se conozcan mutuamente, habrá la misma medida de esfuerzo; pero no siempre son tan abiertamente aparentes, y ésta puede ser una primera razón de la diferencia en los medios que ambos ofrecen.

La situación y las circunstancias de los estados no son iguales entre sí, esto puede convertirse en una segunda razón.

La fuerza de voluntad, el carácter, las capacidades de los gobiernos tampoco son las mismas, esta es una tercera razón.

Estas tres consideraciones aportan incertidumbre al cálculo de la resistencia que uno encontrará, en consecuencia, de los medios que debe utilizar y del objetivo que puede fijarse.

Dado que en la guerra los esfuerzos insuficientes pueden resultar no sólo en un fracaso sino también en un daño positivo, esto impulsa a ambas partes a superarse mutuamente, lo que crea una interacción.

Esto podría conducir al objetivo último de los esfuerzos, si tal objetivo pudiera determinarse. Pero entonces se perdería la consideración de la magnitud de las exigencias políticas, los medios perderían toda relación con el fin y en la mayoría de los casos esta intención de un esfuerzo extremo fracasaría por el contrapeso de las propias circunstancias internas.

De este modo, el empresario de la guerra es reconducido a una vía intermedia, en la que actúa, por así decirlo, según el principio directo, para gastar aquellas fuerzas y fijarse aquel objetivo en la guerra que sea justo y suficiente para alcanzar su propósito político. Para hacer posible este principio, debe renunciar a toda necesidad absoluta de éxito, dejar fuera de la ecuación las posibilidades remotas.

450

Aquí, pues, la actividad del intelecto sale del dominio de la ciencia estricta, de la lógica y de las matemáticas, y se convierte, en el sentido amplio de la palabra, en un arte, es decir, en la habilidad de encontrar los más importantes y decisivos entre una inmensa cantidad de objetos y relaciones por el tacto del juicio. Este ritmo de juicio consiste, sin duda, más o menos en una oscura comparación de todas las magnitudes y relaciones, mediante la cual se eliminan más rápidamente las lejanas y sin importancia y se averiguan más rápidamente las más próximas e importantes que si se hiciera por la vía de la estricta sucesión de conclusiones.

Para conocer, pues, la medida de los medios que hemos de ofrecer para la guerra, debemos considerar el propósito político de la misma por nuestra parte y por parte del enemigo: debemos considerar las fuerzas y condiciones del Estado enemigo y del nuestro, debemos considerar el carácter de su gobierno, de su pueblo, las capacidades de ambos, y todo esto de nuevo por nuestra parte, debemos considerar las conexiones políticas de otros Estados y los efectos que la guerra puede producir en ellos. Es fácil comprender que la ponderación de estos múltiples y multiformes objetos entremezclados es una gran tarea, que es un verdadero rayo de genio averiguar rápidamente lo que es correcto en esto, mientras que sería del todo imposible dominar la multiplicidad mediante una mera consideración escolar.

En este sentido, Bonaparte dijo muy acertadamente: se convertiría en una tarea algebraica ante la que incluso un Newton podría encogerse.

Si la variedad y magnitud de las circunstancias y la incertidumbre de la medida justa hacen muy difícil el resultado favorable, no debemos pasar por alto que la inmensa *importancia* sin par *del* asunto, si no la complejidad y dificultad de la tarea, aumenta, sin embargo, el mérito de la solución. La libertad y la actividad de la mente no aumentan en el hombre ordinario por el peligro y la responsabilidad, sino que se deprimen; pero donde estas cosas inspiran y fortalecen el juicio, no debemos dudar de la rara grandeza de alma.

Por tanto, debemos admitir en primer lugar que el juicio sobre una guerra inminente, sobre el objetivo que puede tener, sobre los medios que son necesarios, sólo puede surgir de la visión de conjunto de todas las circunstancias, en las que se entremezclan por tanto los rasgos más individuales del momento, y que este juicio, como todos en la vida bélica, nunca puede ser puramente objetivo, sino que está determinado según las características mentales y emocionales de los príncipes, estadistas, generales, estén o no unidos en una sola persona.

El tema se vuelve más general y más susceptible de tratamiento abstracto cuando observamos las condiciones generales de los estados, que han recibido de su tiempo y circunstancias. Aquí debemos permitirnos un somero vistazo a la historia.

Los tártaros semianalfabetos, las repúblicas del viejo mundo, los señores feudales y las ciudades comerciales de la Edad Media, los reyes del siglo XVIII y, por último, los príncipes y los pueblos del siglo XIX: todos hacen la guerra a su manera, la hacen de forma diferente, con medios diferentes y con un fin diferente.

451

Los enjambres tártaros buscan nuevos hogares. Salen con todo el pueblo, con mujer e hijo, son así más numerosos que relativamente cualquier otro ejército, y su objetivo es el sometimiento o la expulsión del enemigo. Con estos medios, pronto derribarían todo lo que se les pusiera por delante, si se pudiera unir a ellos un elevado estado de cultura.

Las antiguas repúblicas, con excepción de Roma, son pequeñas en extensión; aún menor es la extensión de su ejército, pues excluyen a la gran masa, la plebe; son demasiado numerosas y están demasiado juntas para no encontrar obstáculos a las grandes empresas en el equilibrio natural en que, según una ley muy general de la naturaleza, se colocan siempre las pequeñas partes separadas; de ahí que sus guerras se limiten a devastaciones del país llano y a la toma de ciudades individuales, a fin de asegurarse en el futuro una influencia moderada en ellas.

Sólo Roma hizo una excepción, pero sólo en sus últimos tiempos. Durante mucho tiempo libró la batalla habitual con pequeñas bandas por el botín y la alianza con sus vecinos. Se hizo grande más por las alianzas que estableció, en las que los pueblos vecinos se fundieron gradualmente con ella en un todo, que por una verdadera subyugación. Sólo después de haberse extendido por toda la baja Italia comenzó a realizar verdaderos avances conquistadores. Cartago cae, España y la Galia son conquistadas, Grecia es sometida, y en Asia y Egipto su dominio se extiende. En este momento sus fuerzas son inmensas, sin que sus esfuerzos lo sean: se disputan con sus riquezas; ya no se parece a las antiguas repúblicas y ya no se parece a sí misma. Se encuentra sola.

Las guerras de Alejandro son igualmente únicas. Con un ejército pequeño, pero que se distinguía por su perfección interior, derrocó los derruidos edificios de los estados asiáticos. Sin descanso y sin piedad, barrió la inmensidad de Asia y penetró hasta la India. Las repúblicas no podían hacer esto; sólo un rey, que en cierto sentido era su propio condottiere, podía lograrlo tan rápidamente.

Las grandes y pequeñas monarquías de la Edad Media llevaban a cabo sus guerras con ejércitos feudales. Todo se limitaba a un tiempo breve; lo que no podía conseguirse en ese tiempo debía considerarse impracticable. El propio ejército feudal consistía en un nido de vasallaje; el vínculo que lo mantenía unido era mitad obligación legal, mitad alianza

voluntaria, el conjunto una verdadera confederación. El armamento y la táctica se basaban en la ley del puño, en la lucha del individuo, por lo que no eran muy adecuados para una masa mayor. En general, nunca hubo una época en que la confederación fuera tan laxa y el ciudadano individual tan independiente. Todo esto condicionó las guerras de esta época de la manera más definida. Se luchaba en ellas con relativa rapidez, el tiempo muerto en el campo de batalla era raro, pero el propósito era por lo general sólo castigar, no derrotar al enemigo; se ahuyentaban los rebaños, se quemaban los castillos y se volvía a casa.

Las grandes ciudades comerciales y las pequeñas repúblicas reclutaron a los kondottieri. Se trataba de una fuerza de guerra preciosa y, por tanto, muy limitada. Debía valorarse aún menos en cuanto a su poder intensivo; se podía hablar tan poco de la mayor energía y esfuerzo que en la mayoría de los casos sólo se trataba de una esgrima de espejos. En una palabra: el odio y la enemistad ya no estimulaban al Estado a la actividad personal, sino que se convertían en objeto de su comercio; la guerra perdía gran parte de su peligrosidad, cambiaba totalmente de naturaleza, y nada de lo que podía determinarse para ella a partir de esta naturaleza le encajaba.

452

El sistema feudal se contrajo gradualmente en un dominio territorial definido, la federación de estados se hizo más estrecha, las obligaciones personales se transformaron en materiales, el dinero ocupó gradualmente el lugar de la mayoría, y los ejércitos feudales se convirtieron en mercenarios. Los condottieri pasaron a serlo y, por lo tanto, durante un tiempo también fueron instrumento de los estados más grandes; pero no pasó mucho tiempo antes de que el soldado contratado por poco tiempo se convirtiera en *mercenario permanente*, y el poder bélico de los estados pasó a ser el ejército permanente basado en el tesoro del estado.

Es natural que el lento avance hacia este objetivo provocara una múltiple imbricación de los tres tipos de poder bélico. Bajo Enrique IV encontramos juntos feudatarios, condottieri y ejército permanente. Los condottieri continuaron en la Guerra de los Treinta Años, e incluso en el siglo XVIII, con algunos vestigios más débiles.

Tan peculiar como era el poder bélico de estas diferentes épocas, también lo eran las demás condiciones de los estados de Europa. Básicamente, esta parte del mundo se había desintegrado en una masa de pequeños estados, algunos de los cuales eran repúblicas inestables, otros pequeñas monarquías cuyo poder gubernamental era muy limitado e inseguro. Un Estado así no debía considerarse en absoluto una verdadera unidad, sino una aglomeración de fuerzas vagamente conectadas. Por lo tanto, no debe considerarse como una inteligencia que actúa según leyes lógicas simples.

Desde este punto de vista, hay que observar la política exterior y las guerras de la Edad Media. Basta pensar en los constantes movimientos de los emperadores germanos hacia Italia durante medio milenio, sin que nunca siguiera o siquiera fuera la intención una conquista a fondo de este país. Es fácil considerar esto como un error siempre renovado, como una visión errónea fundada en el tiempo, pero es más razonable considerarlo como una consecuencia de cien grandes causas, en las que a lo sumo podemos pensar nosotros mismos, pero que por tanto no captamos con la viveza del agente en conflicto con ellas. Mientras los grandes Estados surgidos de este caos han necesitado tiempo para unirse y formarse, sus fuerzas y esfuerzos se han dirigido principalmente a *este fin*; hay menos guerras contra un enemigo exterior, y las que existen llevan la marca de una asociación inmadura de Estados.

Las guerras de los ingleses contra Francia aparecen en primer lugar, y sin embargo Francia en ese momento todavía no debe ser considerada como una verdadera monarquía, sino como una aglomeración de ducados y condados; Inglaterra, aunque aparece más como una unidad en esto, está sin embargo luchando con ejércitos feudales y bajo muchos disturbios internos.

Bajo Luis XI, Francia dio el paso más fuerte hacia su unidad interna; bajo Carlos VIII, apareció como una potencia conquistadora en Italia; y bajo Luis XIV, había desarrollado su Estado y su ejército permanente hasta el más alto grado.

453

España comenzó su unidad bajo Fernando el Católico; a través de conexiones matrimoniales accidentales, la gran monarquía española, compuesta por España, Borgoña, Alemania e Italia, surgió de repente bajo Carlos V. Lo que a este coloso le falta de unidad y de cohesión interna del Estado lo suple con dinero, y su poder bélico permanente entra por primera vez en contacto con el poder bélico permanente de Francia. Tras la abdicación de Carlos V, el gran coloso español se desintegra en dos partes, España y Austria. Esta última, reforzada por Bohemia y Hungría, emerge ahora como gran potencia, arrastrando tras de sí como un balandro a la confederación alemana.

El final del siglo XVII, la época de Luis XIV, puede considerarse como el momento histórico en el que el poder bélico permanente, tal como lo encontramos en el siglo XVIII, había alcanzado su apogeo. Este poder bélico se basaba en la publicidad y el dinero. Los Estados se habían constituido en perfecta unidad, y los gobiernos, convirtiendo los servicios de sus súbditos en cuotas monetarias, habían concentrado todo su poder en sus huchas. Gracias al rápido avance de la cultura y a una administración cada vez más evolucionada, este poder se había hecho muy grande en comparación con el anterior. Francia entró en el campo de batalla con algunos centenares de miles de tropas permanentes, y después de proporción las otras potencias.

Las demás relaciones de los Estados también habían cambiado. Europa estaba dividida entre una docena de reinos y unas pocas repúblicas; era concebible que dos de ellos libraran una gran batalla entre sí sin que diez veces más otros se vieran afectados por ella, como debió ocurrir en tiempos pasados. Las combinaciones posibles de las condiciones políticas eran todavía muy múltiples, pero, no obstante, debían pasarse por alto y determinarse de vez en cuando según las probabilidades.

Las condiciones internas se habían simplificado casi en todas partes en una simple monarquía, los derechos e influencias de los estamentos habían cesado gradualmente, y el gabinete era una unidad perfecta que representaba al Estado ante el mundo exterior. Se había llegado así al punto en que un instrumento eficaz y una voluntad independiente podían dar a la guerra una forma correspondiente a su concepción.

Tres nuevos Alejandro aparecieron también en esta época: Gustavo Adolfo, Carlos XII y Federico el Grande, que intentaron crear grandes monarquías a partir de pequeños estados mediante un ejército moderado y muy perfeccionado, y que lo echaron todo abajo ante ellos. Si sólo hubieran tenido que enfrentarse a imperios asiáticos, se habrían parecido más a Alejandro en su papel. En cualquier caso, pueden considerarse los precursores de Bonaparte en cuanto a lo que uno puede atreverse a hacer en la guerra.

Pero lo que la guerra ganó en fuerza y consistencia por un lado, lo volvió a perder por el otro.

Los ejércitos se mantenían con cargo al tesoro, que el príncipe consideraba mitad y mitad como su tesoro privado, o al menos como un objeto perteneciente al gobierno y no al pueblo. Las relaciones con los demás Estados, a excepción de unos pocos objetos comerciales, en su mayoría sólo afectaban a los intereses del tesoro o del gobierno y no del pueblo; al menos los términos se expresaban así en todas partes. De este modo, el Gabinete se consideraba propietario y administrador de grandes propiedades, que siempre trataba de aumentar, sin que los súbditos de las propiedades pudieran tener ningún interés especial en este aumento. El pueblo, pues, que en las campañas de los tártaros estaba todo en guerra, y que había sido muy numeroso en las antiguas repúblicas y en la Edad Media, si el concepto de pueblo se restringe propiamente a los ciudadanos reales del Estado, no llegó a ser nada directamente en

este estado del siglo XVIII, sino que sólo tuvo una influencia indirecta en la guerra a través de sus virtudes o defectos generales.

454

De este modo, en la medida en que el gobierno se separaba del pueblo y se consideraba a sí mismo como el Estado, la guerra se convertía en un mero negocio de los gobiernos, que éstos propiciaban por medio de los táleros de sus maletas y de los merodeadores ociosos de sus propias provincias y de las vecinas. La consecuencia fue que los medios que podían ofrecer tenían una medida bastante definida que los unos podían pasar por alto de los otros, una medida tanto de su extensión como de su duración; esto privó a la guerra del más peligroso de sus lados: a saber, la aspiración al extremo y la oscura serie de posibilidades que conlleva.

Uno conocía aproximadamente los medios financieros, el tesoro, el crédito del adversario; conocía el tamaño de su ejército. En el momento de la guerra no eran posibles aumentos significativos. Ignorando así los límites de las fuerzas enemigas, uno se sabía a salvo de la ruina total, y sintiendo las limitaciones de las propias, se veía reducido a un objetivo moderado. Protegido de lo extremo, uno ya no necesitaba atreverse a lo extremo. La necesidad ya no les empujaba a ello, así que sólo el valor y la ambición podían impulsarles a ello. Pero éstos encontraron un poderoso contrapeso en las relaciones estatales. Incluso los comandantes reales debían tener cuidado con los instrumentos de guerra. Si se destruía el ejército, no se podía conseguir otro nuevo, y aparte del ejército no había nada. Esto exigía una gran cautela en todas las empresas. Sólo cuando parecía surgir una ventaja decisiva se hacía uso de lo precioso: propiciarla era un arte del comandante; pero mientras no se propiciaba, se estaba, como si dijéramos, suspendido en la nada absoluta, no había razón para la acción, y todas las fuerzas, es decir, todos los motivos, parecían descansar. El motivo original del agresor se extinguía en la cautela y la aprensión.

Así, la guerra se convirtió en su esencia en un verdadero juego, en el que el tiempo y el azar barajaban las cartas; pero en su significado no era más que una diplomacia algo intensificada, una forma más vigorosa de negociar, en la que las batallas y los asedios eran las notas principales. Ponerse en una ventaja moderada, para hacer uso de ella cuando se concluyera la paz, era el objetivo incluso de los más ambiciosos.

Esta forma limitada y encogida de la guerra se debió, como hemos dicho, a la estrecha base sobre la que se sustentaba. Pero el hecho de que excelentes generales y reyes como Gustavo Adolfo, Carlos XII y Federico el Grande, con ejércitos igualmente excelentes, no pudieran sobresalir con más fuerza de la masa de fenómenos totales, de que ellos también tuvieran que conformarse con permanecer en el nivel general de éxitos mediocres, se debió al equilibrio político de Europa. Lo que en tiempos pasados, con la multitud de pequeños estados, el interés inmediato, bastante natural, la proximidad, el contacto, la conexión de parentesco, el conocimiento personal había hecho para impedir que el individuo se hiciera grande rápidamente, ahora, donde los estados eran más grandes y sus centros más distantes unos de otros, lo hacía la mayor formación de los negocios. Los intereses políticos, las atracciones y las repulsiones se habían convertido en un sistema muy refinado, de modo que no podía dispararse un cañonazo en Europa sin que todos los gabinetes tuvieran su parte en él.

455

Así que un nuevo Alejandro tuvo que conservar una buena pluma además de una buena espada, y aun así llegó lejos con sus conquistas.

Pero incluso Luis XIV, aunque pretendía alterar el equilibrio europeo, y a finales del siglo XVII estaba ya a punto de importarle poco la enemistad general, hizo la guerra a la manera tradicional, pues su poder bélico, aunque el del monarca más grande y rico, era por su naturaleza como el de los demás.

El saqueo y la devastación del territorio enemigo, que desempeñaron un papel tan importante entre los tártaros, los pueblos antiguos e incluso en la Edad Media, ya no

correspondían al espíritu de la época. Se la consideraba, con razón, una crueldad inútil que se podía devolver fácilmente y que afectaba más a los súbditos del enemigo que a su gobierno, por lo que seguía siendo ineficaz y sólo servía para retener para siempre a los pueblos en su estado de cultura. De este modo, la guerra se limitaba cada vez más, no sólo en sus medios, sino también en sus objetivos, al propio ejército. El ejército, con sus fortalezas y algunas posiciones establecidas, constituía un Estado dentro del Estado, en cuyo seno se consumía lentamente el elemento bélico. Toda Europa se alegró en este sentido y lo consideró una consecuencia necesaria del espíritu de avance. Aunque esto era un error, porque el progreso del espíritu nunca puede llevar a una contradicción, nunca puede hacer que dos se conviertan en cinco, como ya hemos dicho y debemos decir más adelante, este cambio tuvo un efecto beneficioso para los pueblos; sólo que no se puede negar que también hizo de la guerra aún más un mero negocio del gobierno y lo alejó aún más del interés del pueblo. El plan de guerra de un Estado en esta época, si era el agresor, consistía sobre todo en apoderarse de una u otra provincia del enemigo; si era el defensor, en impedirlo; el plan de campaña individual: conquistar una u otra fortaleza del enemigo o impedir la conquista de una propia; sólo si una batalla era inevitable para este fin se buscaba y se libraba. Quien buscaba una batalla por el mero impulso interior de ganar sin esta inevitabilidad era considerado un comandante audaz. Por lo general, la campaña transcurría a lo largo de un asedio o, si se daba el caso, de dos, y los cuarteles de invierno, que se consideraban una necesidad neutral, en la que el mal estado de uno nunca podía convertirse en una ventaja para el otro, en la que las relaciones mutuas de ambos cesaban casi por completo, digo los cuarteles de invierno formaban una delimitación definitiva de la actividad que debía tener lugar en una campaña.

Si las fuerzas estaban demasiado equilibradas, o si una empresa era decididamente la más débil de las dos, no había batalla ni asedio, y entonces toda la actividad de una campaña giraba en torno a la conservación de ciertas posiciones y polvorines y al agotamiento regular de ciertas zonas.

456

Mientras la guerra se condujo en general de esta manera, y las limitaciones naturales de su poder estuvieron siempre tan cerca y visibles, nadie encontró en ella nada contradictorio, sino todo en el más bello orden, y la crítica que comenzó a visitar el campo del arte de la guerra en el siglo XVIII se dirigió al individuo, sin preocuparse mucho por el principio y el fin. Así, había grandeza y perfección de todo tipo, e incluso el mariscal de campo Daun, que contribuyó principalmente a que Federico el Grande lograra perfectamente su propósito y María Teresa fracasara por completo en el suyo, debió de ser considerado un gran comandante. Sólo de vez en cuando irrumpía un juicio cabal, a saber, el sentido común, que pensaba que uno debía lograr algo positivo con su fuerza superior o conducir mal la guerra con todo su arte.

Así estaban las cosas cuando estalló la Revolución Francesa. Austria y Prusia probaron su arte diplomático de la guerra; pronto resultó insuficiente. Mientras que lo habitual era esperar una potencia bélica muy debilitada, en 1793 apareció una potencia de la que nadie había tenido idea. De repente, la guerra se había convertido de nuevo en un asunto del pueblo, un pueblo de 30 millones de personas que se consideraban todos ciudadanos. Sin entrar en los detalles de las circunstancias que acompañaron a este gran fenómeno, nos limitaremos a señalar los resultados que son importantes aquí. Con esta participación del pueblo en la guerra, en lugar de un gabinete y un ejército, entró en la balanza todo el pueblo con su peso natural. Ahora los medios que podían emplearse, los esfuerzos que podían ejercerse, ya no tenían un límite definido; la energía con que podía librarse la guerra misma ya no tenía contrapeso y, en consecuencia, el peligro para el enemigo era máximo.

Si toda la guerra revolucionaria pasó por encima de esto antes de que su fuerza se hiciera perceptible y quedara completamente clara, si los generales revolucionarios no hubiesen avanzado ya inexorablemente hacia su objetivo final y destrozado las monarquías europeas,

si los ejércitos alemanes tuvieron aún la oportunidad de vez en cuando de resistir con suerte y frenar la marea de la victoria, entonces esto se debió realmente sólo a la imperfección técnica con la que los franceses tuvieron que lidiar, y que al principio se hizo evidente en los soldados comunes y luego en los soldados de los franceses. Si los ejércitos alemanes seguían teniendo oportunidades ocasionales de resistir con suerte y frenar la marea de la victoria, en realidad esto sólo se debía a la imperfección técnica con la que tenían que lidiar los franceses, y que se hizo evidente al principio en los soldados rasos, luego en los generales y después, en la época del Directorio, en la propia gobernación.

Como en manos de Bonaparte todo esto se había perfeccionado, este poder bélico, basado en toda la fuerza del pueblo, recorrió Europa con tal certeza y fiabilidad que, allí donde sólo se le oponía el viejo poder del ejército, ni siquiera surgió un momento de duda. La reacción despertó a su debido tiempo. En España, la guerra se convirtió por sí misma en un asunto de interés nacional. En Austria, en 1809, el gobierno realizó por primera vez esfuerzos inusuales con reservas y defensas terrestres, que se acercaron a la meta y superaron todo lo que este estado había creído factible hasta entonces. En Rusia, el ejemplo de España y Austria se tomó como modelo en 1812; las inmensas dimensiones de este imperio permitieron que los esfuerzos tardíos se hicieran efectivos y aumentaron esta efectividad desde el otro lado. El éxito fue brillante. En Alemania, Prusia se levantó primero, hizo de la guerra un asunto del pueblo, y se levantó con fuerzas que, con la mitad de habitantes, sin dinero y sin crédito, eran dos veces mayores que las de 1806. El resto de Alemania siguió tarde o temprano el ejemplo de Prusia, y Austria, aunque menos esforzada que en 1809, se levantó sin embargo con una fuerza inusitada. Así sucedió que en los años 1813 y 1814 Alemania y Rusia, contando todo lo que estuvo en acción y se gastó en estas dos campañas, se enfrentaron a Francia con cerca de un millón de hombres.

457

En estas circunstancias, la energía de la guerra fue también diferente, y si sólo igualó parcialmente a la de Francia, y la timidez prevaleció en otros puntos, el curso de las campañas no fue en general al viejo estilo, sino al nuevo. En ocho meses el escenario de la guerra se trasladó del Oder al Sena, el orgulloso París tuvo que inclinar la cabeza por primera vez, y el temible Bonaparte yacía atado en el suelo.

Desde Bonaparte, pues, la guerra, al convertirse primero por un lado y luego por otro en un asunto de todo el pueblo, ha asumido una naturaleza totalmente distinta, o mejor dicho, se ha acercado mucho a su verdadera naturaleza, a su perfección absoluta. Los medios que se desplegaron no tenían límite visible, pero éste se perdió en la energía y el entusiasmo de los gobiernos y sus súbditos. La energía de la guerra aumentaba inmensamente por la extensión de los medios y el amplio campo de posibles éxitos, así como por la fuerte excitación de la mente; el objetivo del acto bélico era la derrota del enemigo; sólo cuando éste yacía impotente sobre el terreno se creía que era posible detenerse y llegar a un entendimiento sobre los fines mutuos.

Así, el elemento guerrero, liberado de todas las barreras convencionales, se había desatado con toda su fuerza natural. La causa era la participación que los pueblos tomaban en este gran asunto de Estado; y esta participación surgía en parte de las condiciones que la Revolución Francesa había creado en el interior de los países, en parte del peligro con que todos los pueblos se veían amenazados por los franceses.

Si seguirá siendo siempre así, si todas las guerras futuras en Europa se librarán siempre con todo el peso de los estados y, en consecuencia, sólo por grandes intereses cercanos al pueblo, o si volverá a producirse una separación gradual del gobierno y el pueblo, será difícil de decidir, y nosotros menos que nadie queremos presumir de tomar tal decisión. Pero tendremos razón al decir que las barreras que, por así decirlo, sólo se debían a la falta de conciencia de lo que era posible, una vez derribadas, no podrán reconstruirse fácilmente, y

que, al menos cada vez que surja un gran interés, la hostilidad mutua se dirimirá de la manera en que se ha hecho en nuestros días.

Concluimos aquí nuestro estudio histórico, que no hemos emprendido para dar algunos principios de la guerra para cada época, sino sólo para mostrar cómo cada época tuvo sus propias guerras, sus propias condiciones limitantes, su propio sesgo. Cada una, por tanto, conservaría también su propia teoría de la guerra, aunque se hubiera estado dispuesto en todas partes, al principio y al final, a elaborarla según principios filosóficos. Los acontecimientos de cada época deben juzgarse, pues, en función de sus peculiaridades, y sólo quien no se sitúa en cada época tanto por un estudio temeroso de todas las pequeñas circunstancias como por una visión apta de las grandes es capaz de comprender y apreciar a los generales de esa época.

458

Pero esta guerra, condicionada por las condiciones peculiares de los Estados y del poder bélico, debe sin embargo conllevar algo aún más general, o más bien algo bastante general, con lo que sobre todo la teoría tendrá que lidiar.

El último período, cuando la guerra había alcanzado su poder absoluto, es el más válido y necesario en general. Pero es tan improbable que en lo sucesivo las guerras tengan todas este gran carácter, como que las amplias barreras que se les han abierto puedan volver a cerrarse por completo. Así, con una teoría que sólo se detuviera en esta guerra absoluta, se excluirían o condenarían como errores todos los casos en que las influencias extranjeras alterasen su naturaleza. Este no puede ser el propósito de la teoría, que ha de ser la enseñanza de una guerra no en condiciones ideales sino reales. La teoría, por lo tanto, al lanzar su mirada escrutadora, discriminadora y ordenadora sobre los objetos, tendrá siempre presente la diversidad de condiciones de las que puede proceder la guerra, y así indicará los grandes lineamientos de la misma para que la necesidad del tiempo y del momento pueda encontrar su lugar en ella.

En consecuencia, debemos decir que el objetivo que se fije el guerrero, los medios que emplee, dependerán de las características bastante individuales de su situación, pero que tendrán el carácter de la época y de las condiciones generales y, por último, que *seguirán sujetos a las conclusiones generales que deben extraerse de la naturaleza de la guerra.*

8.5 CAPÍTULO CUARTO: DISPOSICIONES MÁS DETALLADAS DEL OBJETIVO BÉLICO. DERROTA DEL ENEMIGO

El objetivo de la guerra, según su concepto, debe ser siempre la derrota del enemigo; ésta es la idea básica de la que partimos.

¿En qué consiste esta derrota? No siempre es necesaria la conquista total del Estado enemigo. Si se hubiera alcanzado París en 1792, entonces, según toda probabilidad humana, la guerra con el partido revolucionario habría terminado por el momento; ni siquiera era necesario derrotar de antemano a sus ejércitos, pues estos ejércitos no debían ser considerados todavía como el único poder. En 1814, por el contrario, no todo se habría conseguido ni siquiera con París, en cuanto Bonaparte hubiera permanecido al frente de un ejército considerable; pero como su ejército estaba en gran parte agotado, la toma de París también lo decidió todo en 1814 y 1815. Si en 1812 Bonaparte hubiera sido capaz de aplastar adecuadamente al ejército ruso de 120.000 hombres, que se encontraba en la carretera de Kaluga, antes o después de la toma de Moscú, como había aplastado al ejército austriaco en 1805 y al prusiano en 1806, la posesión de esa capital habría traído muy probablemente la paz, aunque aún quedaba por adquirir una inmensa extensión de terreno. En 1805 la batalla de Austerlitz fue decisiva; así, la posesión de Viena y de dos tercios de los estados austriacos no fue suficiente para conseguir la paz; pero, por otra parte, incluso después de esa batalla, la integridad de toda Hungría no fue suficiente para impedirla. La derrota del ejército ruso era el último golpe necesario; el emperador Alejandro no tenía ningún otro a mano, por lo que la paz era una consecuencia indudable de la victoria. Si el ejército ruso hubiera estado ya en el Danubio con los austriacos y hubiera compartido su derrota, probablemente la conquista de Viena no habría sido necesaria en absoluto y la paz ya se habría concluido en Linz.

459

En otros casos la conquista completa del estado no es suficiente, como en Prusia en 1807, donde el empuje contra el poder auxiliar ruso en la dudosa victoria de Eylau no había sido lo suficientemente decisivo, y la indudable victoria en Friedland tuvo que convertirse en lo que la victoria en Austerlitz había sido un año antes.

Vemos que tampoco aquí puede determinarse el éxito a partir de causas generales; las individuales, que nadie que no esté en el lugar pasa por alto, y muchas morales, que nunca aparecen, incluso los rasgos y coincidencias más pequeños, que aparecen en la historia sólo como anécdotas, son a menudo decisivos. Lo que la teoría puede decirse a sí misma aquí es lo siguiente: Lo que importa es tener en cuenta las condiciones imperantes en ambos estados. De ellas surgirá un determinado centro de gravedad, un centro de fuerza y movimiento, del que depende el conjunto, y es a este centro de gravedad del adversario al que debe dirigirse el empuje conjunto de todas las fuerzas.

Lo pequeño siempre depende de lo grande, lo sin importancia de lo importante, lo accidental de lo esencial. Esto debe guiar nuestra mirada.

Alejandro, Gustavo Adolfo, Carlos XII, Federico el Grande tenían su centro de gravedad en su ejército; si éste hubiera sido destruido, habrían desempeñado mal su papel; en el caso de Estados desgarrados por facciones internas, suele estar en la capital; en el caso de Estados pequeños que se apoyan en otros poderosos, está en el ejército de estos confederados; en el caso de alianzas, está en la unidad de intereses; en el caso del armamento popular, está en la persona de los principales dirigentes y en la opinión pública. Contra estas cosas debe dirigirse el empuje. Si el enemigo ha perdido el equilibrio, no hay que darle tiempo para que lo recupere; el empuje debe continuar siempre en esta dirección o, en otras palabras, el vencedor debe dirigirlo siempre en su totalidad y no en su totalidad contra una parte del enemigo. No

es conquistando una provincia enemiga con cómoda calma y fuerza superior, prefiriendo la posesión más segura de esta pequeña conquista a los grandes éxitos, sino buscando siempre el núcleo del poder del enemigo, poniéndole el todo para ganar el todo, como se tirará realmente al enemigo por tierra.

Pero cualquiera que sea la relación principal del enemigo, contra la que debe dirigirse nuestra eficacia, la derrota y destrucción de su fuerza sigue siendo el comienzo más seguro y en todos los casos una pieza muy esencial.

Por lo tanto, creemos que, según la experiencia acumulada, las siguientes circunstancias explican principalmente la derrota del enemigo:

1. aplastar a su ejército cuando forme algún tipo de potencia.
2. captura de la capital del enemigo si no sólo es el centro del poder estatal sino también la sede de órganos y facciones políticas.
3. una ofensiva eficaz contra el aliado principal, si éste es en sí mismo más importante que el enemigo.

460

Hasta ahora siempre hemos pensado en el enemigo en la guerra como una unidad, lo que era admisible para las relaciones más generales. Pero como hemos dicho que la derrota del enemigo reside en la superación de su resistencia unida en el centro de gravedad, debemos dejar esta presuposición y distinguir el caso en que tenemos que ver con más de un enemigo.

Cuando dos o más Estados se unen contra un tercero, esto constituye, políticamente hablando, *una sola* guerra; pero incluso esta unidad política tiene sus grados.

La cuestión es: si cada Estado posee un interés independiente y un poder independiente para perseguirlo, o si los intereses y los poderes de los demás sólo se apoyan en el interés y el poder de uno de ellos. Cuanto más se dé este último caso, más fácil nos resultará considerar a los diversos adversarios como uno solo, más fácil nos resultará simplificar nuestra empresa principal en un solo impulso principal; y mientras esto sea posible, seguirá siendo el medio más eficaz para el éxito.

Por lo tanto, estableceríamos el principio de que, mientras seamos capaces de derrotar a los demás enemigos en uno, la derrota de éste debe ser el objetivo de la guerra, porque en éste nos encontramos con el centro de gravedad común de toda la guerra.

Hay muy pocos casos en los que este tipo de concepción no sea admisible, en los que esta reducción de varios centros de gravedad a uno solo carezca de realidad. Pero cuando no es así, no queda más remedio que considerar la guerra como dos o más, cada uno de los cuales tiene su propio objetivo. Como este caso presupone la independencia de varios enemigos y, en consecuencia, la gran superioridad de todos, no puede hablarse de derrota del enemigo.

A continuación nos centraremos más concretamente en la cuestión de por qué es posible y aconsejable un objetivo de este tipo.

En primer lugar, nuestras fuerzas armadas deben ser suficientes:

1. Obtener una victoria decisiva sobre el enemigo;
2. realizar el esfuerzo necesario cuando perseguimos la victoria hasta el punto en que el establecimiento del equilibrio ya no es concebible.

Luego, habida cuenta de nuestra situación política, debemos estar seguros de que tal éxito no suscitará enemigos que podrían obligarnos a abandonar de inmediato a nuestro primer adversario.

Francia pudo aplastar completamente a Prusia en 1806, aunque con ello atrajo sobre su cuello todo el poderío bélico ruso, pues pudo defenderse de Rusia en Prusia.

Francia pudo hacerlo en España en 1808 frente a Inglaterra, pero no frente a Austria. En 1809 tuvo que debilitarse considerablemente en España y habría tenido que abandonarla por completo si no hubiera tenido ya una superioridad física y moral demasiado grande frente a Austria.

461

Por lo tanto, esas tres instancias deben ser consideradas cuidadosamente, para no perder el caso antes de la última, que ganó antes de las anteriores, y luego ser condenado en costas.

En esta consideración de las fuerzas y de lo que se puede conseguir con ellas, surge a menudo el pensamiento de que, según una analogía dinámica, hay que considerar el tiempo como un factor de las fuerzas y pensar: la mitad del esfuerzo, la mitad de la suma de fuerzas bastaría para conseguir en dos años lo que sólo se podría conseguir con el conjunto en uno. Este punto de vista, que a veces claramente, a veces oscuramente subyace en los designios bélicos, es absolutamente erróneo.

El acto de la guerra lleva su tiempo, como todo en la tierra; no se puede ir andando de Vilna a Moscú en ocho días, no hace falta decirlo; pero aquí no hay rastro de la interacción entre tiempo y fuerza que tiene lugar en la dinámica.

El tiempo es necesario para ambos beligerantes, y la única cuestión es cuál de ellos, según su posición, tendrá las primeras *ventajas especiales que* esperar de él; pero éste, la peculiaridad de un caso sopesada frente al otro, es evidentemente el desvalido: no, por supuesto, según las leyes dinámicas, sino según las psicológicas. La envidia, los celos, la aprensión, incluso ocasionalmente la nobleza, son los abogados naturales del desgraciado; despertarán amigos para él por un lado, y debilitarán y separarán la alianza de sus enemigos por otro. Con el tiempo, pues, resultará algo ventajoso para el vencido más que para el vencido. Además, hay que tener en cuenta que el aprovechamiento de una victoria inicial, como hemos demostrado en otra parte, exige un gran gasto de fuerzas; no sólo hay que hacerlo, sino que hay que mantenerlo como un gran hogar; las fuerzas del Estado, que nos proporcionaron la posesión de las provincias enemigas, no siempre bastan para compensar este gasto adicional; poco a poco el esfuerzo se hace más difícil, y al final puede llegar a ser insuficiente, de modo que el tiempo por sí mismo produzca un retroceso.

Lo que Bonaparte sacó en dinero y otros recursos de rusos y polacos en 1812, ¿podría haberle proporcionado cientos de miles de personas que habría tenido que enviar a Moscú para aguantar?

Sin embargo, si las provincias conquistadas son lo bastante importantes, si hay en ellas puntos esenciales para las que no han sido conquistadas, de modo que el mal carcome por sí mismo como un cáncer, entonces es ciertamente posible que en este estado, aunque no ocurra nada más, el conquistador gane más de lo que pierde. Si no llega ninguna ayuda del exterior, el tiempo puede completar la obra iniciada; lo que aún no ha sido conquistado caerá quizás por sí mismo. Así, el tiempo también puede convertirse en un factor de sus fuerzas, pero éste es el caso en el que no hay retroceso posible para el vencido, en el que ya no es concebible un vuelco, y en el que este factor de sus fuerzas ya no tiene ningún valor para el conquistador; pues ha hecho lo principal, el peligro de culminación había pasado, en una palabra, el adversario ya estaba derribado.

Con este argumento hemos intentado dejar claro que ninguna conquista puede llevarse a cabo con suficiente rapidez; que extenderla durante un período de tiempo *más largo* del absolutamente necesario para realizar el acto *no lo hace más fácil, sino más difícil*. Si esta afirmación es correcta, también lo es que si uno es lo suficientemente fuerte para llevar a cabo una determinada conquista, debe serlo para realizarla de una sola vez, sin ninguna estación intermedia. Es evidente que no se trata aquí de lugares de descanso insignificantes, para reponer fuerzas, para tomar una u otra medida.

462

Con este punto de vista, que atribuye a la guerra agresiva un carácter de decisión rápida e inexorable como esencial, creemos haber eludido en sus fuentes aquella opinión que contrapone la conquista sin vacilaciones y progresiva a la lenta, llamada metódica, como más segura y prudente. Pero nuestra afirmación, incluso para quienes nos han seguido de buen grado hasta ella, puede tener después tanta apariencia de paradoja, es tan contraria a las primeras apariencias y ataca una opinión que, como viejo prejuicio, ha sido tan arraigada y repetida mil veces en los libros, que creemos conveniente examinar más de cerca las espurias razones que se nos oponen.

Ciertamente, es más fácil alcanzar una meta cercana que una lejana; pero si la cercana no corresponde a nuestra intención, de ello no se sigue que un tramo, un punto de descanso, nos permita recorrer más fácilmente la segunda mitad del camino. Un pequeño salto es más fácil que uno grande, pero nadie que quiera cruzar una zanja ancha dará primero medio salto.

Si examinamos más de cerca lo que subyace en el concepto de la llamada guerra metódica de agresión, suelen ser los siguientes elementos:

1. Conquistar las fortalezas enemigas encontradas;
2. Acumulación de los suministros necesarios;
3. fijación de puntos más importantes que: *Derrotas. Puentes, posiciones, etc;*
4. fuerzas de descanso en invierno y cuarteles de recreo;
5. esperar los refuerzos del año siguiente.

Si, para lograr todos estos propósitos, se fija una etapa formal en el curso del ataque, un punto de descanso en el movimiento, se cree que se está ganando una nueva base y nuevas fuerzas, como si el propio Estado avanzara detrás del ejército, y como si cobrara un nuevo impulso con cada nueva campaña.

Todos estos propósitos de precio pueden hacer más conveniente la guerra de agresión, pero no la hacen más segura en sus consecuencias y en su mayoría son sólo nombres ficticios para ciertos contrapesos en la mente del comandante o en la indecisión del gabinete. Intentaremos desentrañarlos desde el ala izquierda.

1. La espera de nuevas fuerzas es tanto o más importante en el caso del adversario. Además, está en la naturaleza de las cosas que un Estado pueda reunir en un año más o menos las mismas fuerzas que reúne en dos; pues lo que realmente gana en fuerzas estatales en este segundo año es sólo muy insignificante en proporción al conjunto.
2. Del mismo modo, el adversario descansa con nosotros al mismo tiempo.
3. la fortificación de ciudades y posiciones no es labor del ejército y, por tanto, no es motivo para quedarse.
4. Tal como se alimentan ahora los ejércitos, los cargadores son más necesarios cuando están parados que cuando avanzan. Mientras esto se haga alegremente, uno siempre entra en posesión de suministros enemigos, que ayudan donde la zona es pobre.
5. La conquista de las fortalezas del enemigo no puede considerarse como una pausa en el ataque; es un avance intensivo, y por lo tanto la paralización externa ocasionada por él, que no es realmente el caso del que hablamos, no una detención y reducción de la fuerza. Pero si el asedio real o un mero cerco, o incluso una mera observación de uno u otro, es lo más conveniente, sigue siendo una cuestión que sólo puede decidirse según las circunstancias particulares. Sólo esto podemos decir en términos generales, que en la respuesta a esta pregunta sólo la otra debe decidir: si uno entraría en un peligro demasiado grande por el mero cerco y el avance posterior. Cuando éste no sea el caso, cuando todavía haya espacio para que las fuerzas se extiendan, es mejor guardar el cerco formal hasta el final de todo el movimiento ofensivo. No hay que dejarse seducir por la

idea de poner rápidamente a salvo lo conquistado, de dejarlo de lado y descuidar así cosas más importantes.

Es cierto que tiene el aspecto de volver a poner en peligro lo conseguido a medida que se avanza. - Creemos, pues, que en la guerra ofensiva ninguna etapa, ningún punto de descanso, ninguna estación intermedia es natural, sino que, cuando son inevitables, deben considerarse como males que hacen que el éxito no sea más seguro, sino más incierto, es más, que, si hemos de atenernos estrictamente a la verdad general, no hay, por regla general, un segundo intento de alcanzar la meta desde un punto de estación que hemos tenido que buscar a causa de la debilidad, que si este segundo intento es posible, la estación no era necesaria, y que donde una meta está demasiado lejos para las fuerzas de casa, siempre seguirá estando demasiado lejos.

Decimos que ésta es la verdad general, y con ello sólo queremos eliminar la idea de que el tiempo en sí mismo puede hacer algo por el bien de los agresores. Pero como las condiciones políticas pueden cambiar de un año a otro, a menudo habrá casos que escapen a esta verdad general.

Puede parecer como si hubiéramos perdido nuestro punto de vista general y sólo tuviéramos en mente la guerra de agresión; pero ésta no es en absoluto nuestra opinión. Es cierto que quien puede fijarse como objetivo la derrota completa de su adversario no se encontrará fácilmente en la trampa de recurrir a la defensa, cuyo objetivo próximo es sólo la conservación de la posesión; pero como debemos por todos los medios persistir en declarar que una defensa sin todo principio positivo tanto en la estrategia como en la táctica es una contradicción interna, y así volver una y otra vez al hecho de que toda defensa tratará de pasar al ataque tan pronto como haya disfrutado de las ventajas de la defensa, así debemos subordinar al objetivo que este ataque pueda tener, y que debe ser considerado como el verdadero objetivo de la defensa, por grande o pequeño que sea, debemos incluir también posiblemente la derrota del enemigo, y decir que puede haber casos en los que el beligerante, a pesar de que tenía tan gran objetivo en mente, prefirió sin embargo utilizar la forma defensiva al principio. Que esta idea no carece de realidad lo demuestra fácilmente la campaña de 1812. Puede que el emperador Alejandro no tuviera en mente, con la guerra en la que entró, arruinar completamente a su enemigo, como sucedió después; pero ¿habría sido imposible tal pensamiento? ¿Y no habría sido siempre muy natural que los rusos comenzaran la guerra defendiéndose?

8.6 CAPÍTULO 5: CONTINUACIÓN. OBJETIVO LIMITADO

Hemos dicho en el capítulo anterior cómo entendemos por derrotar al enemigo el objetivo real absoluto del acto de guerra, si lo consideramos permisible; ahora consideremos qué queda si no se cumplen las condiciones de permisibilidad.

Estas condiciones presuponen una gran superioridad física o moral o un gran espíritu de empresa, una propensión a las grandes empresas. Ahora bien, cuando falta todo esto, el objetivo del acto bélico sólo puede ser de dos clases, o bien la conquista de alguna porción pequeña o moderada de las tierras del enemigo, o bien la conservación de las propias hasta mejores momentos; este último es el caso habitual de la guerra defensiva.

Cuando lo uno o lo otro es del tipo adecuado, ya nos lo recuerda la expresión que utilizamos en la última. La *espera de momentos mejores presupone que* podemos esperar tales cosas del futuro, y por eso esta espera, es decir, la guerra defensiva, siempre está motivada por esta perspectiva; por otra parte, la guerra ofensiva, es decir, el aprovechamiento del momento presente, siempre es necesaria cuando el futuro no nos ofrece mejores perspectivas a nosotros, sino al enemigo.

El tercer caso, que quizá sea el más común, sería aquel en el que ninguna de las partes tiene nada definido que esperar del futuro, del que por tanto no se puede extraer ninguna razón para la determinación. En este caso, la guerra de agresión es evidentemente imperativa para quien es políticamente el agresor, es decir, quien tiene el motivo positivo; para ello se ha armado, y todo el tiempo que se pierde sin motivo suficiente se pierde para él.

Nos hemos pronunciado aquí a favor de la guerra ofensiva o defensiva por razones que nada tienen que ver con el equilibrio de fuerzas, y podría parecer mucho más natural dejar que esto dependiera principalmente del equilibrio de fuerzas; pero creemos que precisamente entonces se iría por mal camino. Nadie discutirá la corrección lógica de nuestra conclusión, que es tan simple; veamos ahora si conduce ad absurdum en el caso concreto.

Pensemos en un pequeño Estado que ha entrado en conflicto con fuerzas muy superiores, pero que prevé que su situación empeorará con el paso de los años; ¿no debe, si no puede evitar la guerra, aprovechar el momento en que su situación sea aún menos mala? Debe, pues, atacar; pero no porque el ataque en *sí mismo le* dé ventajas, más bien aumentaría la desigualdad de fuerzas, sino porque tiene la necesidad, o bien de deshacerse del asunto por completo antes de que sobrevengan los períodos malos, o bien, al menos, de obtener ventajas por el momento, de las que pueda vivir después. Esta doctrina no puede parecer absurda. Si este pequeño Estado estuviera completamente seguro de que los adversarios avanzarían contra él, entonces podría y podría usar la defensa contra ellos para obtener su primer éxito; entonces no estaría en peligro de perder tiempo.

Además, si imaginamos un Estado pequeño en guerra con otro mayor, y el futuro sin ninguna influencia en sus decisiones, entonces, si el Estado pequeño es políticamente el agresor, debemos exigirle que avance hacia su objetivo.

Si ha tenido la audacia de proponerse el propósito positivo contra otro más poderoso, debe actuar de tal modo, es decir, atacar al enemigo, si éste no le ahorra la molestia. Esperar sería un absurdo; tendría que haber cambiado su decisión política en el momento de la ejecución, caso que se da con frecuencia y que contribuye no poco a dar a las guerras un cierto carácter del que el filósofo no sabe qué hacer.

CAPÍTULO 8. Libro octavo: Plan de guerra

8.6 Continuación. Objetivo restringido

Nuestra consideración del objetivo limitado nos lleva a la guerra de agresión con tal guerra y a la guerra de defensa; consideraremos ambas en capítulos especiales. Pero primero debemos pasar a otro aspecto.

Hasta ahora hemos derivado la modificación del objetivo bélico sólo de las razones internas. Sólo hemos considerado la naturaleza de la intención política en la medida en que quiere algo positivo o no. Todo lo demás en la intención política es básicamente algo ajeno a la guerra misma, pero ya hemos concedido en el segundo capítulo del primer libro (Finalidad y medios en la guerra) que la naturaleza de la finalidad política, la magnitud de nuestra exigencia o la del enemigo y toda nuestra relación política ejercen de hecho la influencia más decisiva en la conducción de la guerra, por lo que trataremos esto en particular en el capítulo siguiente.

8.7 CAPÍTULO SEIS: A. INFLUENCIA DE LA FINALIDAD POLÍTICA EN EL OBJETIVO MARCIAL

Nunca se verá que un Estado que se presenta en la causa de otro la tome tan en serio como la suya propia. Se envía un ejército auxiliar moderado; si no es feliz, el asunto se considera prácticamente zanjado, y se intenta salir de él lo más barato posible.

En la política europea es habitual que los Estados se comprometan a ayudarse mutuamente en alianzas de protección y defensa, pero no como si la enemistad y el interés de uno se convirtieran por ello en los del otro, sino comprometiéndose mutuamente por adelantado un cierto poder bélico, por lo general muy moderado, sin tener en cuenta el objeto de la guerra y los esfuerzos del adversario. En tal acto de alianza, el pactante no se considera en guerra real con su adversario, que necesariamente tendría que comenzar con una declaración de guerra y terminar con una conclusión de paz. Pero tal concepto no existe en ninguna parte con nitidez, y su uso fluctúa de un lado a otro.

466

El asunto tendría una especie de coherencia interna y la teoría de la guerra sería menos embarazosa si esta ayuda prometida de 10, 20 o 30.000 hombres se dejara enteramente en manos del Estado comprometido en la guerra, para que pudiera utilizarla según sus necesidades; entonces se la consideraría como una fuerza contratada. Pero su uso dista mucho de ser ese. Por lo general, los auxiliares tienen su propio comandante, que sólo depende de su corte, y al que ésta fija el objetivo que mejor se adapta a las medias tintas de sus intenciones.

Pero incluso cuando dos estados están realmente en guerra con un tercero, no siempre se dice que debemos considerar a este tercero como nuestro enemigo, al que debemos destruir para que no nos destruya, sino que el asunto se resuelve a menudo como una transacción comercial; cada uno pone una parte de 30 a 40.000 hombres en proporción al peligro que tiene que afrontar y las ventajas que tiene que esperar, y actúa como si no pudiera perder nada más que esto en el proceso.

Este punto de vista no sólo se da cuando un Estado asiste al otro en un asunto que le es totalmente ajeno, sino que incluso cuando ambos tienen un gran interés común, éste no puede proceder sin apoyo diplomático, y los negociadores suelen entenderse sólo con una pequeña ayuda de tracto, para utilizar el resto de sus poderes marciales según las consideraciones particulares a que pueda conducir la política.

Esta forma de ver la guerra de alianzas era bastante general y sólo ha tenido que ceder el paso a la natural en tiempos recientes, cuando el peligro extremo empujó a las mentes hacia los caminos naturales, como *contra* Bonaparte, y cuando la fuerza desenfrenada las obligó a entrar, como *con* Bonaparte. Es una medida a medias, una anomalía, pues la guerra y la paz son básicamente conceptos que no admiten gradación alguna; pero no es, sin embargo, una mera convención diplomática que la razón pueda anular, sino que está profundamente arraigada en las limitaciones y debilidades naturales del hombre.

En el caso de la guerra propia, la causa política de la guerra influye poderosamente en su desarrollo.

Si sólo queremos un pequeño sacrificio del enemigo, nos conformamos con ganar sólo un pequeño equivalente mediante la guerra, y creemos que podemos conseguirlo con esfuerzos moderados. El enemigo concluye más o menos de la misma manera. Si ahora uno u otro descubre que se ha engañado un poco en su cálculo, que no es superior al enemigo en algo, como hubiera deseado, sino que él mismo es más débil, entonces en ese momento suele faltar

dinero y todos los demás medios, falta el suficiente ímpetu moral para una mayor energía; por tanto, uno se ayuda como puede, espera acontecimientos favorables del futuro, cuando no tiene derecho a hacerlo, y mientras tanto la guerra se arrastra impotente como un cuerpo débil.

Así ocurre que la interacción, la puja, lo violento e imparable de la guerra se pierden en el estancamiento de los motivos débiles, y que ambas partes se mueven en círculos muy disminuidos con una especie de seguridad.

467

Si se admite, como debe admitirse, esta "influencia de la finalidad política en la guerra", entonces ya no hay límite, y hay que permitirse descender a guerras como las que consisten en una *mera amenaza al enemigo* y en una *subvención de la negociación*.

Es evidente que la teoría de la guerra, si quiere ser y seguir siendo una consideración filosófica, se encuentra aquí en un callejón sin salida. Todo lo que es necesario en el concepto de guerra parece huir de ella, y corre el peligro de perder todo apoyo. Pero pronto se hace evidente la salida natural. Cuanto más entra un principio moderador en el acto bélico, o mejor dicho, cuanto más débiles se vuelven los motivos de la acción, más pasa la acción al sufrimiento, menos se soporta a sí misma, menos necesita principios rectores. Todo el arte de la guerra se transforma en mera prudencia, y ésta se dirigirá principalmente a que el equilibrio fluctuante no cambie repentinamente en nuestra desventaja y a que la mitad de la guerra se convierta en un todo.

8.8 CAPÍTULO SEXTO: B. LA GUERRA ES UN INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA

Ahora que hemos tenido que considerar el conflicto entre la naturaleza de la guerra y los demás intereses del individuo y de la asociación social, unas veces a un lado y otras al otro, para no descuidar ninguno de estos elementos opuestos, conflicto que se funda en el hombre mismo y que la mente filosófica no puede resolver, busquemos esa unidad a la que estos elementos contradictorios se unen en la vida práctica, en que se neutralizan parcialmente entre sí. Habríamos establecido esta unidad desde el principio si no hubiera sido necesario subrayar precisamente esas contradicciones con toda claridad y también considerar los diversos elementos por separado. Esta unidad es el *concepto de que la guerra es sólo una parte del discurso político, es decir, nada independiente*.

Sabemos, por supuesto, que la guerra es causada sólo por la relación política de los gobiernos y los pueblos; pero solemos pensar en el asunto de tal manera que con ella cesa esa relación y surge un estado de cosas muy diferente, que está sujeto sólo a sus propias leyes.

Sostenemos, por otra parte, que la guerra no es más que una continuación de la relación política con la interferencia de otros medios. Decimos con la interferencia de otros medios, con el fin de afirmar al mismo tiempo que esta relación política no cesa a través de la guerra en sí, no se transforma en algo muy diferente, sino que continúa en su esencia, sin embargo los medios de los que hace uso pueden ser moldeados, y que las líneas principales a lo largo de la cual los acontecimientos bélicos continúan y están vinculados son sólo sus lineamientos, que continúan entre la guerra a través de la paz. ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿Acaso las relaciones políticas de los diferentes pueblos y gobiernos terminan alguna vez con notas diplomáticas? ¿No es la guerra simplemente otro tipo de escritura y lenguaje de su pensamiento? Tiene su propia gramática, por supuesto, pero no su propia lógica.

Según esto, la guerra nunca puede separarse de la relación política, y si esto ocurre en cualquier parte de la consideración, los hilos de la relación se desgarran, por así decirlo, y surge una cosa sin sentido y sin propósito.

468

Este tipo de concepción sería indispensable incluso si la guerra fuera enteramente la guerra, enteramente el elemento desatado de la enemistad, pues todos los objetos sobre los que descansa y que determinan sus direcciones principales: el poder propio, el poder del adversario, los confederados mutuos, el carácter popular y gubernamental mutuo, etc., tal como los hemos enumerado en el primer capítulo del primer libro, ¿no son de naturaleza política, y no están tan estrechamente ligados a todo el trato político que es imposible separarlos de él? - Pero este modo de concepción se hace doblemente indispensable cuando consideramos que la guerra real no es un esfuerzo tan consistente, dirigido al máximo, como debería ser según su concepción, sino una cosa a medias, una contradicción en los términos; que como tal no puede seguir sus propias leyes, sino que debe ser considerada como una parte de otro todo, - y este todo es la política.

La política, al hacer uso de la guerra, evita todas las consecuencias estrictas que se derivan de su naturaleza, se preocupa poco por las posibilidades finitas, y se adhiere sólo a las probabilidades más cercanas. Si, como resultado, una gran cantidad de incertidumbre entra en todo el asunto, y por lo tanto se convierte en una especie de juego, la política de cada gabinete confía en sí misma para superar a su adversario en habilidad y perspicacia en este juego.

Así, la política convierte el elemento todopoderoso de la guerra en un mero instrumento; de la terrible espada de combate, que hay que empuñar con las dos manos y toda la fuerza del

cuerpo para golpear con ella una vez y no más, en un estoque ligero y manejable, que a veces se convierte en estoque él mismo, y con el que alterna estocadas, fintas y paradas.

Así es como se resuelven las contradicciones en las que la guerra enreda al ser humano, temeroso por naturaleza, si se quiere aceptar esto como solución.

Si la guerra pertenece a la política, adquirirá su carácter. Tan pronto como ésta se haga más grandiosa y poderosa, también lo hará la guerra, y esto puede llegar al colmo de que la guerra alcance su forma absoluta.

Con este tipo de imaginación, por tanto, no hay que perder de vista la guerra en esta forma, sino que su imagen debe rondar constantemente en el fondo.

Sólo mediante este tipo de concepción la guerra vuelve a ser una unidad, sólo con ella pueden considerarse todas las guerras como cosas de *una misma* clase, y sólo mediante ella se da al juicio la posición y el punto de vista correctos y exactos, desde los cuales han de hacerse y juzgarse los grandes designios.

Es cierto que el elemento político no penetra profundamente en los detalles de la guerra, no se hacen vedettes ni se dirigen patrullas en función de consideraciones políticas: pero la influencia de este elemento es tanto más decisiva en el diseño de toda la guerra, de la campaña y, a menudo, incluso de la batalla.

Por eso no nos hemos apresurado a introducir este punto de vista desde el principio. Nos habría sido de poca utilidad en el caso de los objetos individuales y habría dispersado en cierta medida nuestra atención; en el caso del plan de guerra y campaña es indispensable.

Nada es más importante en la vida que determinar exactamente el punto de vista desde el que deben comprenderse y juzgarse las cosas, y aferrarse a él; porque sólo desde *un* punto de vista podemos captar la masa de fenómenos con unidad, y sólo la unidad de punto de vista puede protegernos de las contradicciones.

469

Si, entonces, incluso en el caso de los designios bélicos, no son admisibles los dos o más puntos de vista según los cuales podrían verse las cosas, ahora con el ojo del soldado, ahora con el del administrador, ahora con el del político, etc., la cuestión ahora es si es necesariamente *la política* a la que debe subordinarse todo lo demás.

Que la política reúne y equilibra todos los intereses de la administración interna, también los de la humanidad, y todo lo demás que la mente filosófica pueda inventar, se presupone; porque la política no es nada en sí misma, sino una mera administradora de todos estos intereses contra otros estados. Que pueda tener una dirección equivocada, que pueda servir a la ambición, al interés privado, a la vanidad de los gobernantes, no pertenece aquí; porque en ningún caso es el arte de la guerra el que puede ser considerado como su preceptor, y podemos considerar aquí a la política sólo como la representante de todos los intereses de la sociedad entera.

La cuestión sigue siendo, entonces, si en los diseños de guerra el punto de vista político debe ceder el paso al puramente militar (si tal punto de vista fuera concebible en absoluto), es decir, desaparecer por completo o estar subordinado a él, o si debe seguir siendo el dominante y el militar estar subordinado a él.

Que el punto de vista político cese por completo con la guerra sólo sería concebible si las guerras fueran luchas a muerte por mera enemistad; tal como son, no son más que expresiones de la política misma, como hemos demostrado anteriormente. La subordinación del punto de vista político al militar sería absurda, pues la política ha producido la guerra; ella es la inteligencia, pero la guerra no es más que el instrumento, y no a la inversa. Por lo tanto, sólo la subordinación del punto de vista militar al político sigue siendo posible.

Si pensamos en la naturaleza de la guerra real, recordemos lo que se dijo en el tercer capítulo de este libro, que *toda guerra debe concebirse ante todo según la probabilidad de su carácter y sus líneas maestras, tal como resultan de las magnitudes y circunstancias políticas*, y que a menudo, en efecto, bien podemos afirmar en nuestros días, la guerra debe ser considerada como un todo orgánico, del cual los miembros individuales no pueden separarse, donde cada actividad individual debe fluir junto con el todo y surgir de la idea de este todo, entonces se vuelve absolutamente cierto y claro para nosotros que el punto de vista supremo para la conducción de la guerra, del cual proceden las líneas principales, no puede ser otro que el de la política.

Desde este punto de vista, los borradores surgían como de un molde único, la comprensión y el juicio se hacían más fáciles, más naturales, la convicción más fuerte, los motivos más satisfactorios y la historia más comprensible.

Desde este punto de vista, una disputa entre los intereses políticos y bélicos ya no pertenece, al menos, a la naturaleza de las cosas y, por lo tanto, cuando se produce, sólo debe considerarse como una imperfección de la perspicacia. Que la política plantee a la guerra exigencias a las que no puede responder sería contrario al presupuesto de que conoce el instrumento que quiere utilizar, es decir, contrario a un presupuesto natural, del todo indispensable. Pero si juzga correctamente el curso de los acontecimientos bélicos, le incumbe y sólo puede incumbirle determinar qué acontecimientos y qué dirección de los acontecimientos corresponden al objetivo de la guerra.

470

En una palabra, el arte de la guerra en su nivel más alto se convierte en política, pero por supuesto una política que reparte batallas en lugar de escribir notas.

Desde este punto de vista, es una distinción inadmisibles e incluso perjudicial que un gran acontecimiento bélico o el plan para tal acontecimiento admita un *juicio puramente militar*; en efecto, es un procedimiento perverso consultar a los militares en los diseños de guerra para que juzguen *puramente militar*, como bien hacen los gabinetes; pero aún más perversa es la exigencia de los teóricos de que los medios de guerra existentes se remitan al general para que éste pueda hacer después un diseño puramente militar de la guerra o de las campañas. Además, la experiencia general nos enseña que, a pesar de la gran variedad y entrenamiento de la guerra moderna, los principales lineamientos de la guerra siempre han sido determinados por los gabinetes, es decir, por una autoridad que es, si se quiere hablar técnicamente, sólo política, no militar.

Así son las cosas. Ninguno de los principales designios necesarios para una guerra puede hacerse sin un conocimiento de las condiciones políticas, y en realidad se está diciendo algo muy distinto de lo que se quiere decir cuando se habla, como ocurre a menudo, de la influencia nociva de la política en la conducción de la guerra. No es esta influencia, sino la propia política, lo que debe censurarse. Si la política es correcta, es decir, si cumple su objetivo, sólo puede tener un efecto beneficioso sobre la guerra en su sentido; y si esta influencia se aleja del objetivo, el origen sólo puede buscarse en la política equivocada.

Sólo cuando la política espera que ciertos medios y medidas bélicos tengan un efecto equivocado que no corresponde a su naturaleza, pueden tener una influencia perjudicial en la guerra. Del mismo modo que alguien que no domina del todo un idioma dice a veces algo erróneo con un pensamiento correcto, así la política ordenará entonces a menudo cosas que no corresponden a su propia intención.

Esto ha sucedido infinidad de veces, lo que hace palpable que una cierta perspicacia en la guerra no debe separarse de la conducción de las relaciones políticas.

Pero antes de decir una palabra más, debemos prevenirnos contra una mala interpretación que está muy cerca. Estamos lejos de creer que un ministro de la guerra enterrado en los

archivos, o un ingeniero erudito, o incluso un soldado capaz en el campo, sería el mejor ministro de Estado donde el príncipe mismo no lo es; o, en otras palabras, ciertamente no queremos que esta perspicacia en la guerra sea la principal característica de este último: una gran y excelente cabeza, un carácter fuerte, estas son las principales características; la perspicacia en la guerra puede muy bien ser complementada de una manera u otra. Francia nunca ha estado peor aconsejada en sus tratos bélicos y políticos que bajo los hermanos Belle-Isle y el duque de Choiseul, aunque los tres eran buenos soldados.

Si una guerra ha de corresponder enteramente a las intenciones de la política, y si la política ha de ser enteramente apropiada a los medios de la guerra, entonces, donde el estadista y el soldado no están unidos en una sola persona, sólo queda un buen medio, a saber, hacer del comandante supremo un miembro del gabinete, para que éste pueda tomar parte en los momentos principales de su acción. Esto, sin embargo, sólo es posible si el gabinete, es decir, el propio gobierno, está cerca de la escena, de modo que las cosas puedan resolverse sin pérdida de tiempo apreciable.

471

Así lo hizo el Emperador de Austria en 1809, y así lo hicieron los monarcas aliados en 1813, 1814 y 1815, y este arreglo ha demostrado ser perfectamente exitoso.

La influencia de un jefe militar que no sea el comandante supremo en el gabinete es extremadamente peligrosa; rara vez conducirá a una acción sensata y eficaz. El ejemplo de Francia, donde Carnot dirigió los asuntos de la guerra desde París en 1793, 1794 y 1795, es totalmente censurable, porque el terrorismo sólo está al alcance de los gobiernos revolucionarios.

Concluiremos ahora con una reflexión histórica.

Cuando, en los años noventa del siglo pasado, se produjo una extraña conmoción en el arte de la guerra europea, por la cual los mejores ejércitos vieron cómo una parte de su arte se volvía ineficaz, y se produjeron éxitos marciales de cuya grandeza no se había tenido hasta entonces la menor idea, pareció ciertamente que todo falso cálculo era un lastre para el arte de la guerra. Era evidente que, confinado por la costumbre a estrechos círculos de conceptos, había sido invadido por posibilidades que se encontraban fuera de estos círculos, pero ciertamente no fuera de la naturaleza de las cosas.

Los observadores que tenían una visión más completa atribuyeron el fenómeno a la influencia general que la política había ejercido durante siglos sobre el arte de la guerra, en su mayor detrimento, y a consecuencia de la cual se había hundido hasta convertirse en una semicosa, a menudo en una verdadera esgrima de espejo. El hecho era correcto, pero sólo era erróneo considerarlo como una relación accidental y evitable. Otros creían que todo podía explicarse por la influencia momentánea de la política individual de Austria, Prusia, Inglaterra, etc.

¿Es cierto, sin embargo, que el verdadero asalto por el que la intelectualidad se sintió golpeada recae en la conducción de la guerra y no en la política misma? Es decir, para hablar en nuestro idioma: ¿la desgracia surgió de la influencia de la política en la guerra o de la propia política equivocada?

Los enormes efectos externos de la Revolución Francesa, sin embargo, hay que buscarlos evidentemente mucho menos en los nuevos medios y puntos de vista de su guerra que en el arte completamente cambiado del Estado y de la administración, en el carácter del gobierno, en la condición del pueblo, etc. Que otros gobiernos vieran todas estas cosas incorrectamente, que quisieran mantener el equilibrio con medios ordinarios, era nuevo y abrumador: todos éstos son errores de política. Que los otros gobiernos vieran todas estas cosas incorrectamente, que quisieran equilibrar las fuerzas con medios ordinarios, era nuevo y abrumador: todo esto son errores de política. ¿Podrían haberse visto y corregido estos errores

desde el punto de vista de una concepción puramente militar de la guerra? Imposible. Pues aunque hubiera existido realmente un estratega filosófico que se hubiera limitado a querer deducir todas las consecuencias de la naturaleza del elemento enemigo y a establecer así una profecía de posibilidades lejanas, habría seguido siendo puramente imposible dar la menor consecuencia a tales fantasías.

Sólo cuando la política se elevó a una correcta apreciación de las fuerzas despertadas en Francia y de las nuevas condiciones que surgían en la política de Europa, pudo prever el resultado que sobrevendría para los grandes lineamientos de la guerra, y sólo así ser guiada a la necesaria amplitud de medios y a la elección de los mejores caminos.

472

Así que podemos decir: las victorias de veinte años de la revolución son principalmente el resultado de las políticas erróneas de los gobiernos que se enfrentaron a ella.

Es cierto que estos errores sólo se revelaron en el transcurso de la guerra, y sus manifestaciones contradijeron por completo las expectativas que tenía la política. Pero esto no ocurrió porque la política no se hubiera recuperado del arte de la guerra del Consejo. Ese arte de la guerra en el que un político podía creer, es decir, el del mundo real que pertenecía a la política de la época, el instrumento bien conocido por ella, que había utilizado hasta entonces, *este arte de la guerra*, digo, estaba naturalmente atrapado en el error de la política y, por lo tanto, no podía enseñarle mejor. Es cierto que la guerra misma ha experimentado cambios importantes en su naturaleza y en sus formas, que la han acercado a su forma absoluta; pero estos cambios no han surgido porque el gobierno francés se haya, por así decirlo, emancipado, se haya desprendido de la gangrena de la política, sino que han surgido del cambio de política que ha surgido de la Revolución Francesa, tanto para Francia como para toda Europa. Esta política ha movilizado otros medios, otras fuerzas, y ha hecho posible así una energía bélica impensable en cualquier otro caso.

Así también los cambios reales en el arte de la guerra son consecuencia del cambio en la política, y lejos de probar la posible separación de ambas, son más bien una prueba fehaciente de su íntima unión.

Así pues, una vez más: la guerra es un instrumento de la política; debe necesariamente llevar su carácter, debe medir por su rasero; la conducción de la guerra en sus líneas maestras es, por tanto, la política misma, que ha cambiado la pluma por la espada, pero no por ello ha dejado de pensar según sus propias leyes.

8.9 CAPÍTULO SIETE: OBJETIVO LIMITADO. GUERRA DE AGRESIÓN

Incluso entonces, si el objetivo no puede ser la derrota del enemigo, sí puede ser un objetivo positivo inmediato, y este objetivo positivo sólo puede consistir, por tanto, en la conquista de una parte de las tierras del enemigo.

El beneficio de tal conquista consiste en el hecho de que debilitamos las fuerzas estatales del enemigo, por consiguiente también sus fuerzas armadas, y aumentamos las nuestras; que así libramos la guerra en parte a sus expensas. Además, al concluir la paz, la posesión de provincias enemigas debe considerarse como una ganancia en efectivo, porque podemos conservarlas o intercambiar otras ventajas por ellas.

Esta visión de la conquista del Estado enemigo es muy natural y no tendría nada en contra si el estado de defensa que debe seguir al ataque no suscitara con frecuencia recelos.

En el capítulo sobre la culminación de la victoria hemos explicado suficientemente la forma en que una ofensiva de este tipo debilita a las fuerzas armadas, y que puede ir seguida de un estado de cosas que haga temer consecuencias peligrosas.

473

Este debilitamiento de nuestra fuerza por la conquista de una franja de tierra enemiga tiene sus grados, y éstos dependen sobre todo de la posición geográfica de tal franja de tierra. Cuanto más sea un suplemento de nuestros propios países, se encuentre dentro de ellos o se extienda a lo largo de ellos, cuanto más se encuentre en la dirección de las fuerzas principales, menos debilitará nuestra fuerza. Sajonia, en la Guerra de los Siete Años, fue un suplemento natural del teatro militar prusiano, y la fuerza de Federico el Grande no sólo no se vio disminuida sino reforzada por la ocupación de la misma, porque se encuentra más cerca de Silesia que del Marco y, sin embargo, al mismo tiempo lo cubre.

Incluso Silesia, después de que Federico el Grande la conquistara una vez en 1740 y 1741, no debilitó sus fuerzas, pues según su forma y posición, así como la naturaleza de su frontera, ofrecía a los austriacos sólo un estrecho punto mientras no fueran dueños de Sajonia, y este estrecho punto de contacto estaba en cualquier caso todavía en la dirección que debían tomar los empujes principales mutuos.

Si, por el contrario, el territorio conquistado se extiende en medio de las otras provincias enemigas, tiene una posición excéntrica y una forma del suelo desfavorable, el debilitamiento se hace tan visible que no sólo una batalla victoriosa se hace más fácil para el enemigo, sino que se vuelve innecesaria para él.

Los austriacos han tenido que desalojar Provenza sin una batalla cada vez que han atentado contra ella desde Italia. Los franceses en 1744 dieron gracias a Dios por escapar de Bohemia incluso sin haber perdido una batalla. Federico el Grande no pudo mantenerse en Bohemia y Moravia en 1758 con la misma fuerza que le había dado tan brillantes éxitos en Silesia y Sajonia en 1757. En general, los ejemplos de ejércitos que no pudieron mantenerse en el territorio conquistado simplemente porque sus fuerzas estaban debilitadas por ello son frecuentes, por lo que no merece la pena destacar otros.

La cuestión, pues, de si debemos fijarnos tal meta depende de si podemos prometernos permanecer en posesión de la conquista, o si una posesión temporal (invasión, distracción) compensa suficientemente las fuerzas gastadas en ella, sobre todo si no hay que temer un fuerte revés que nos desequilibre por completo. En el capítulo sobre el punto culminante hablamos de lo mucho que hay que tener en cuenta en cada caso concreto.

Sólo hay que añadir una cosa.

Una ofensiva de este tipo no siempre es adecuada para recuperar lo que perdemos en otros puntos. Mientras estamos comprometidos en una conquista parcial, el enemigo puede hacer lo mismo en otros puntos, y si nuestra empresa no es de importancia primordial, el enemigo no se verá obligado por ella a abandonar la suya. Por lo tanto, es cuestión de considerar cuidadosamente si no perdemos más en un lado de lo que ganamos en el otro.

De por sí, siempre se pierde más con la conquista del enemigo que lo que se gana con la propia, aunque el valor de ambas provincias debiera ser exactamente el mismo, porque muchas fuerzas, por así decirlo, se vuelven ineficaces como feux froids. Pero como esto también ocurre con el adversario, no debería ser realmente una razón para preocuparse más por la conservación que por la conquista. Y, sin embargo, es así. La preservación de lo propio está siempre más cerca, y el dolor propio, que sufre nuestro estado, sólo se ve compensado y neutralizado, por así decirlo, por la represalia si ésta promete porcentajes notables, es decir, es mucho mayor.

474

La consecuencia de todo esto es que tal ataque estratégico, que sólo tiene un objetivo moderado, puede separarse mucho menos de la defensa de los otros puntos no directamente cubiertos por él que uno dirigido contra el centro de gravedad del Estado enemigo; en él, por lo tanto, la unificación de fuerzas en tiempo y lugar nunca puede llevarse tan lejos. Para que pueda tener lugar al menos en el tiempo, surge la necesidad de proceder por ataque desde todos los puntos que son hasta cierto punto adecuados para este propósito, y de hecho simultáneamente, y este ataque escapa así a la otra ventaja de que podría ayudarse defendiéndose en puntos individuales con fuerzas mucho más pequeñas. De este modo, con un objetivo tan mediocre, todo está más nivelado; todo el acto de la guerra ya no puede comprimirse en una acción principal y dirigirse según puntos de vista principales; se extiende más, la fricción es mayor en todas partes y se da más espacio al azar en todas partes.

Esta es la tendencia natural de la cosa. El comandante se ve arrastrado por ella, cada vez más neutralizado. Cuanto más sienta, cuanta más ayudas interiores y poder exterior tenga, más tratará de romper con esta tendencia para dar a un solo punto una importancia predominante, si ello fuera posible incluso a través de un carro más grande.

8.10 CAPÍTULO OCTAVO: OBJETIVO LIMITADO. DEFENSA

El objetivo último de las guerras defensivas no puede ser nunca una negación absoluta, como hemos dicho antes. Debe haber algo, incluso para el más débil, con lo que pueda sensibilizarse ante su adversario, amenazarle.

Es cierto que se podría decir que esta meta podría consistir en cansar al adversario, pues como éste quiere lo positivo, en el fondo toda empresa fallida, aunque no tenga más consecuencias que la pérdida de las fuerzas empleadas en ella, es ya un paso atrás, mientras que la pérdida sufrida por el atacado no ha sido en vano, porque la preservación era su meta y ésta ha sido alcanzada. Así, se diría que, para el defensor, su objetivo positivo reside en la mera preservación. Este tipo de concepción podría aplicarse si se pudiera decir: el atacante debe cansarse y aflojar después de un cierto número de intentos inútiles. Pero falta esta necesidad. Si consideramos el agotamiento real de las fuerzas, el defensor está en *desventaja en la* comparación total. El ataque se debilita, pero sólo en el sentido de que puede haber un punto de inflexión; donde esto ya no se piensa en absoluto, el debilitamiento es, sin embargo, mayor en el defensor que en el atacante: porque en parte él es el más débil, y con la misma pérdida pierde por tanto más que el otro, en parte éste suele arrebatarse una parte de sus tierras y fuentes de ayuda.

Por lo tanto, de esto no se deduce ninguna razón para que el adversario afloje el paso, y siempre queda sólo la idea de que si el atacante repite sus golpes mientras el defensor no hace más que rechazarlos, éste no puede compensar el peligro de que uno tenga éxito tarde o temprano con ninguna contrapartida.

475

Si, por tanto, el agotamiento, o más bien la fatiga del más fuerte, ha provocado a menudo la paz, ello se debe a esa tibieza que suele tener la guerra, y no puede concebirse filosóficamente como el objetivo general y último de ninguna defensa, y nada queda sino que ésta encuentre su objetivo en el concepto de espera, que es su característica real. Este concepto implica un cambio de circunstancias, una mejora de la situación, que, por lo tanto, cuando no puede lograrse por medios internos, es decir, por la propia resistencia, sólo puede esperarse del exterior. Esta mejora desde el exterior no puede ser otra que otras condiciones políticas; o surgen nuevas alianzas para el defensor, o las antiguas, que estaban dirigidas contra él, se deshacen.

Este es, pues, el objetivo del defensor, en caso de que su debilidad no le permita pensar en un retroceso significativo. Pero no toda defensa es así según el concepto que hemos dado de ella. Según éste, es la forma más fuerte de la guerra y, por tanto, puede emplearse en aras de esta fuerza aunque tenga como objetivo un retroceso más o menos fuerte.

Estos dos casos deben separarse desde el principio porque influyen en la defensa.

En el primer caso, el defensor busca poseer su país el mayor tiempo posible y mantenerlo intacto, porque al hacerlo gana la mayor cantidad de tiempo, y ganar tiempo es el único camino hacia la meta. El objetivo positivo, que normalmente puede alcanzar, que es darle la oportunidad de imponer su intención en la paz, todavía no puede incluirlo en su plan de guerra. En esta pasividad estratégica, las ventajas que puede obtener en puntos individuales son meros golpes evitados; la preponderancia que gana en estos puntos la traslada a otros puntos, pues suele haber necesidad en todos los rincones y lugares; si no tiene oportunidad para ello, a menudo sólo le queda la pequeña ganancia de que el enemigo le deje en paz durante un tiempo.

Las pequeñas empresas ofensivas, en las que el objetivo no es tanto una posesión permanente como una ventaja temporal como margen para una confiscación posterior, las invasiones, las distracciones, las empresas contra una sola fortaleza pueden, si el defensor no es demasiado débil, encontrar un lugar en este sistema de defensa sin cambiar su objetivo ni su naturaleza.

En el segundo caso, sin embargo, en el que ya se ha implantado una intención positiva en la defensa, ésta adquiere también un carácter más positivo, y tanto mayor es el retroceso que permiten las circunstancias. En otras palabras, cuanto más la defensa haya surgido de la libre elección, con el fin de conducir con seguridad la primera estocada, más audaces trampas podrá tender el defensor al adversario. La más audaz y, si tiene éxito, la más eficaz, es la retirada hacia el interior del país; y este medio es entonces al mismo tiempo el más alejado de su otro sistema.

Basta pensar en la diferencia de situación entre Federico el Grande en la Guerra de los Siete Años y Rusia en 1812.

Cuando comenzó la guerra, Federico tenía una especie de superioridad gracias a su rapidez mental; esto le dio la ventaja de apoderarse de Sajonia, que, por cierto, era un complemento tan natural de su teatro de guerra que la posesión de la misma no disminuyó sino que aumentó sus fuerzas.

476

Al comienzo de la campaña de 1757, intentó continuar su ataque estratégico, que no era imposible mientras los rusos y los franceses no hubieran llegado aún al teatro de la guerra en Silesia, la Marca y Sajonia. El ataque fracasó, se vio abocado a la defensa durante el resto de la campaña, tuvo que despejar de nuevo Bohemia y liberar su propio teatro de guerra del enemigo, lo que sólo consiguió volviéndose primero contra los austriacos con un mismo ejército, y esta ventaja sólo se la debió a la defensa.

En 1758, cuando sus enemigos ya habían estrechado el cerco en torno a él y sus fuerzas empezaban a entrar en una relación muy desigual, quiso intentar otra pequeña ofensiva en Moravia; pretendía tomar Olmütz antes de que sus adversarios estuvieran completamente bajo las armas; no con la esperanza de conservarla o incluso de avanzar más desde allí, sino para utilizarla como una avanzadilla, un contraataque contra los austriacos, que luego tendrían que dedicar el resto de la campaña, quizá una segunda, a tomarla de nuevo. Este ataque también fracasó. Federico renunció entonces a la idea de una ofensiva real, porque consideraba que sólo aumentaría el desequilibrio de las fuerzas. Un despliegue consolidado en el centro de sus tierras, en Sajonia y Silesia, un uso de las líneas cortas para aumentar repentinamente las fuerzas en el punto amenazado, una batalla donde fuera inevitable, pequeñas invasiones donde se presentara la oportunidad, y pronto una tranquila espera, un ahorro de sus medios para tiempos mejores, era ahora su plan de guerra en general. Poco a poco la ejecución se hizo cada vez más pasiva. Viendo que incluso las victorias le costaban demasiado, trató de arreglárselas con menos; todo lo que le importaba era ganar tiempo, sólo la preservación de lo que aún poseía; se volvió cada vez más económico con el terreno, y no tuvo miedo de pasar a un verdadero sistema de cordones. Tanto las posiciones del príncipe Enrique en Sajonia como las del rey en las montañas de Silesia merecen este nombre. En sus cartas al marqués d'Argens se puede ver la impaciencia con que espera los cuarteles de invierno y lo contento que está cuando puede trasladarse de nuevo a ellos sin haber perdido nada notablemente.

Quien culpaba a Federico de esto y sólo viera en ello su escaso coraje estaría, según nos parece, emitiendo un juicio muy precipitado.

Si el atrincherado campamento de Bunzelwitz, las posiciones del príncipe Heinrich en Sajonia y del rey en las montañas de Silesia ya no nos parecen medidas en las que se pueda depositar la última esperanza, porque un Bonaparte no tardaría en perforar estas telarañas

tácticas, no debemos olvidar que los tiempos han cambiado, que la guerra se ha convertido en otra completamente distinta, animada por otras fuerzas, y que por tanto podían ser eficaces entonces posiciones que ya no lo son, pero que también merece consideración el carácter del enemigo. Contra el Ejército Imperial, contra Daun y Buturlin, el empleo de medios que el propio Federico habría considerado nulos podía ser la más alta sabiduría.

El éxito ha justificado esta opinión. Al esperar con calma, Federico ha logrado el objetivo y sorteado dificultades contra las que su fuerza se habría hecho añicos. -

477

La proporción de las fuerzas que los rusos tenían que oponer a los franceses en 1812 al comienzo de la campaña era aún más desfavorable de lo que había sido para Federico el Grande en la Guerra de los Siete Años. Sólo los rusos tenían la perspectiva de fortalecerse considerablemente en el transcurso de la campaña. Bonaparte tenía toda Europa para enemigos secretos, su poder estaba elevado al máximo, una guerra consumidora le ocupaba en España, y la inmensidad de Rusia permitía, mediante una retirada de cien millas, llevar al máximo el debilitamiento de las fuerzas enemigas. En estas grandes circunstancias, no sólo cabía esperar un fuerte revés si la empresa francesa no tenía éxito (¿y cómo iba a tenerlo si el emperador Alejandro no firmaba la paz o sus súbditos no se rebelaban?), sino que este revés también podía provocar la caída del enemigo. La más alta sabiduría, por lo tanto, no podría haber indicado un plan de guerra mejor que el que los rusos siguieron sin darse cuenta.

El hecho de que la gente no pensara así en aquel momento y hubiera considerado tal opinión como una extravagancia no es razón para que ahora no la presentemos como la correcta. Si hemos de aprender de la historia, debemos, no obstante, considerar posibles las cosas que realmente sucedieron a posteriori, y que la serie de grandes acontecimientos que siguieron a la marcha sobre Moscú no es una serie de coincidencias lo reconocerá cualquiera que pueda pretender tener criterio en tales asuntos. Si a los rusos les hubiera sido posible defender sus fronteras de forma improvisada, el declive del poderío francés y un vuelco de la fortuna siempre habrían seguido siendo probables, pero sin duda no se habrían producido de forma tan violenta y decisiva. Rusia compró esta inmensa ventaja con sacrificios y peligros (que, por supuesto, habrían sido mucho mayores para cualquier otro país, e imposibles para la mayoría).

Así pues, sólo se obtendrá un gran éxito positivo mediante medidas positivas orientadas a la *decisión* y no a la mera espera; en resumen, sólo se obtendrá la gran ganancia en la defensa mediante una apuesta elevada.

8.11 CAPÍTULO NUEVE: PLAN DE GUERRA, CUANDO EL OBJETIVO ES LA DERROTA DEL ENEMIGO

Una vez caracterizados con más detalle los diversos objetivos que puede tener la guerra, repasemos la disposición de toda la guerra para las tres gradaciones individuales que han surgido en función de esos objetivos.

Después de todo lo que ya hemos dicho sobre el tema, dos principios fundamentales englobarán todo el plan de guerra y servirán de orientación para todo lo demás.

El primero es: reducir el peso del poder del enemigo a tan pocos centros de gravedad como sea posible, si es posible a uno; de nuevo, reducir el empuje contra estos centros de gravedad a tan pocas acciones principales como sea posible, si es posible a una; finalmente, mantener todas las acciones subordinadas tan subordinadas como sea posible. En una palabra, el primer principio es: actuar lo más concentrado posible.

478

El segundo principio: actuar lo más rápidamente posible, es decir, no quedarse ni desviarse sin motivo suficiente.

La reducción del poder del enemigo a un centro de gravedad depende: En primer lugar, del contexto político del mismo. ¿Son ejércitos de un

Si son ejércitos aliados, uno de los cuales actúa como mero confederado sin ningún interés propio, la dificultad no es mucho mayor; si son aliados para fines comunes, depende del grado de amistad; ya hemos hablado de ello.

En segundo lugar, la localización del teatro de guerra en el que aparecen los distintos ejércitos enemigos.

Si las fuerzas enemigas están juntas en un ejército en un teatro de guerra, forman una unidad de hecho, y no necesitamos preguntarnos por el resto; si están en ejércitos separados en un teatro de guerra, pertenecientes a diferentes potencias, la unidad ya no es absoluta, pero todavía hay una conexión suficiente entre las partes para arrastrar a la otra mediante un empuje decisivo contra *una* parte. Si los ejércitos están situados en escenarios de guerra vecinos, no separados por ningún gran objeto natural, todavía existe una influencia decisiva de uno sobre el otro; si los escenarios de guerra están muy alejados, si entre ellos hay extensiones neutrales, grandes montañas, etc., la influencia es muy dudosa, es decir, improbable; si incluso están situados en lados muy diferentes del estado en guerra, de modo que los efectos contra ellos divergen en líneas excéntricas, entonces casi ha desaparecido el rastro de cualquier cohesión.

Si Prusia se viera enfrentada a Rusia y Francia al mismo tiempo, sería tanto como si se tratara de dos guerras diferentes en términos bélicos; como mucho, surgiría la unidad en las negociaciones.

En la Guerra de los Siete Años, por el contrario, las potencias bélicas sajona y austriaca debían considerarse como una sola; lo que una sufría, la otra tenía que compadecerlo, en parte porque los teatros de guerra estaban en la misma dirección para Federico el Grande, en parte porque Sajonia carecía por completo de independencia política.

Por muchos enemigos que Bonaparte tuviera que combatir en 1813, todos ellos se encontraban más o menos en la misma dirección, y los teatros de guerra de sus ejércitos estaban estrechamente conectados y en fuerte interacción. Si hubiera sido capaz de aplastar a la fuerza principal en cualquier parte uniendo sus fuerzas, habría decidido sobre todas las partes. Si hubiera derrotado al ejército principal de Bohemia y hubiera avanzado vía Praga

hacia Viena, Blücher no habría podido permanecer en Sajonia con la mejor voluntad del mundo, porque habría sido llamado a Bohemia en busca de ayuda, y el príncipe heredero de Suecia incluso habría carecido de la buena voluntad para permanecer en la Marca.

Por otra parte, será siempre difícil para Austria, cuando hace la guerra contra Francia en el Rin y en Italia al mismo tiempo, ayudar a decidir la otra por un empuje acertado en uno de estos teatros de la guerra. Suiza, con sus montañas, separa en parte demasiado fuertemente los dos teatros de la guerra, y en parte la dirección de los caminos en ambos es excéntrica. Francia, en cambio, puede ayudar más fácilmente a decidir sobre el otro mediante un éxito decisivo en uno de ellos, porque la dirección de sus fuerzas en ambos es concéntricamente hacia Viena y el centro de gravedad de la Monarquía austriaca; además, puede decirse que puede ayudar más fácilmente a decidir sobre el teatro de guerra renano desde Italia que al revés, porque el empuje desde Italia golpea más en el centro y el del Rin más en el ala del poder austriaco.

479

De ello se deduce que el concepto de potencia hostil separada y coherente atraviesa también todas las relaciones de escenario y que, por lo tanto, en el caso individual, primero se puede pasar por alto qué influencia tendrán los acontecimientos de un teatro de la guerra sobre el otro, tras lo cual sólo entonces se puede averiguar hasta qué punto los diversos centros de gravedad de la potencia hostil pueden remontarse a uno solo.

Sólo hay una excepción al principio de dirigir toda la fuerza contra el centro de gravedad del poder del enemigo: a saber, cuando las empresas secundarias prometen *ventajas inusuales*, y sin embargo suponemos que la superioridad decisiva nos permite hacerlo sin aventurarnos demasiado en el punto principal.

Cuando el general Bülow marchó a Holanda en 1814, se podía prever que los 30.000 hombres de su cuerpo no sólo neutralizarían a otros tantos franceses, sino que también darían a holandeses e ingleses la oportunidad de aparecer con fuerzas que de otro modo no habrían sido eficaces.

Así, el primer punto de vista en el diseño de la guerra será: determinar el centro de gravedad del poder enemigo y, posiblemente, reconducirlo a uno solo. El segundo será: unir las fuerzas que deben emplearse contra este centro de gravedad en una acción principal.

Aquí se nos pueden plantear las siguientes razones para dividir y separar a las fuerzas armadas:

1. la formación original de las fuerzas armadas, es decir, también los campamentos de los estados atacados.

Si la unión de las fuerzas causa desvíos y pérdidas de tiempo, y el peligro de avanzar por separado no es demasiado grande, esto puede estar justificado: porque efectuar una unión de fuerzas, que no es necesaria, con gran pérdida de tiempo, y privar así al primer empuje de su frescura y rapidez, sería contrario al segundo principio fundamental que hemos establecido. En todos los casos en que exista la posibilidad de sorprender al enemigo en cierta medida, esto merecerá una consideración especial.

Pero aún más importante es el caso cuando el ataque es emprendido por estados aliados que no están en una sola línea contra el estado atacado, sino no detrás, sino uno al lado del otro. Si Prusia y Austria emprenden la guerra contra Francia, sería una medida muy forzada, una pérdida de tiempo y de fuerzas, si los ejércitos de ambas potencias quisieran partir de un mismo punto, ya que la línea natural de dirección de los prusianos desde el Bajo Rin y de los austriacos desde el Alto Rin llega hasta el corazón de Francia. Por lo tanto, la unificación no podría lograrse aquí sin sacrificios, y la cuestión es, por lo tanto, en el caso individual, si es tan necesario tener que hacer estos sacrificios.

2. el enfoque separado puede ofrecer un mayor éxito.

Puesto que aquí hablamos de acciones separadas contra *un* centro de gravedad, esto presupone una acción *concéntrica*. La acción separada sobre líneas paralelas o excéntricas pertenece a la categoría de *las acciones secundarias*, de las que ya hemos hablado.

480

Ahora bien, tanto en la estrategia como en la táctica, todo ataque concéntrico tiene tendencia a *un mayor* éxito; pues si tiene éxito, el resultado no es un simple lanzamiento, sino más o menos un corte de los ejércitos enemigos. Por lo tanto, el ataque concéntrico es siempre el más exitoso, pero debido a las partes separadas y al teatro de guerra ampliado también es el más audaz; es lo mismo con el ataque y la defensa, la forma más débil tiene el mayor éxito para sí misma.

Así que depende de si el atacante se siente con fuerzas para luchar por este gran objetivo.

Cuando Federico el Grande quiso avanzar hacia Bohemia en 1757, lo hizo con fuerzas separadas de Sajonia y Silesia. Las dos razones principales para ello fueron: que su fuerza se encontraba tan posicionada en invierno, y que una contracción de la misma a un solo punto habría tomado el empuje por sorpresa; junto a ello, sin embargo, que por este avance concéntrico cada uno de los dos teatros de guerra austriacos estaba amenazado en su flanco y en su retaguardia. El peligro al que se exponía Federico el Grande era que uno de sus dos ejércitos de fuerza superior fuera destruido; si los austriacos *no* comprendían esto, podían aceptar la batalla sólo en el centro, o corrían el peligro de ser arrojados completamente fuera de su línea de retirada por un lado o por el otro y experimentar una catástrofe; y éste era el mayor éxito que este avance prometía al rey. Los austriacos prefirieron la batalla en el centro, pero Praga, donde se desplegaron, estaba aún demasiado bajo la influencia del ataque total, que, como todos sufrían curaciones, tuvo tiempo de agotarse en su eficacia final. El resultado, cuando perdieron la batalla, fue una verdadera catástrofe; pues el hecho de que dos tercios del ejército con el general al mando tuvieran que dejarse encerrar en Praga bien puede considerarse una señal de ello.

Este brillante éxito en la apertura de la campaña residió en la audacia del ataque concéntrico. Si Federico consideraba que la precisión de sus propios movimientos, la energía de sus generales, la superioridad moral de sus tropas, por un lado, y la torpeza de los austriacos, por otro, eran suficientes para augurar el éxito a su plan, ¡quién podía culparle! Pero estas magnitudes morales no deben dejarse fuera del cálculo, y la simple forma geométrica del ataque atribuye mal la causa. No hay más que pensar en la no menos brillante campaña de Bonaparte en 1796, en la que los demasiado ricos fueron tan llamativamente castigados por un avance concéntrico en Italia. Los medios de que disponía aquí el general francés, a excepción de los morales, también los habría tenido a su disposición el comandante austriaco en 1757, y más que eso, pues no era, como Bonaparte, más débil que su adversario. Por lo tanto, cuando hay que temer que un avance concéntrico separado daría al enemigo la posibilidad de eliminar la desigualdad de las fuerzas por medio de las líneas interiores, no es aconsejable, y si debe tener lugar debido a la situación de las fuerzas, debe considerarse como un mal necesario.

Desde este punto de vista, si nos fijamos en el plan elaborado en 1814 para la invasión de Francia, no es posible aprobarlo. Los ejércitos ruso, austriaco y prusiano se encontraban en un punto cercano a Frankfort, en el Main, en la dirección más natural y recta contra el centro de gravedad de la monarquía francesa. Se separaron para entrar en Francia con un ejército desde Maguncia y con el otro a través de Suiza. Como el enemigo era tan débil en fuerza que no se podía pensar en una defensa de la frontera, toda la ventaja que se podía esperar de este avance concéntrico era, si tenía éxito, que al conquistar Lorena y Alsacia con un ejército, se tomaba Franco Condado con el otro. ¿Valía esta pequeña ventaja la pena de marchar a Suiza?

- Sabemos muy bien que había otras razones para esta marcha que eran igual de malas; pero nos detendremos aquí en este elemento, que es el que nos ocupa.

481

Del otro lado, Bonaparte era el hombre que comprendía muy bien la defensa contra un ataque concéntrico, como lo había demostrado su magistral campaña de 1796, y si se le superaba ampliamente en número, sin embargo se admitía en cada ocasión cuánto lo era moralmente. Llegó demasiado tarde a su ejército después de Châlons, y pensó demasiado despectivamente de sus adversarios en general, y sin embargo poco le faltó para encontrarse con los dos ejércitos unidos; y sin embargo, ¿cómo los encontró debilitados en Brienne? Blücher tenía aún en sus manos 27000 de sus 65000 hombres, y los brazos principales de 200000 hombres aún 100000. Era imposible dar mejor juego al enemigo. Tampoco nadie sintió mayor necesidad que la reunificación desde el momento en que entraron en acción.

Creemos, después de todas estas consideraciones, que incluso si el ataque concéntrico es en sí mismo el medio para mayores éxitos, debe sin embargo surgir principalmente sólo de la distribución original de las fuerzas, y que habrá pocos casos en los que uno tenga razón en abandonar por su causa la dirección más corta y simple de las fuerzas.

3. la extensión de un escenario bélico puede ser motivo de acción separada.

Si un ejército atacante avanza desde un punto y logra penetrar más en el país enemigo, el espacio que domine no se limitará exactamente a las rutas que tome, sino que se ampliará un poco, pero esto dependerá de la densidad y cohesión del Estado enemigo, si se nos permite utilizar esta imagen. Si el Estado enemigo está poco cohesionado, si su pueblo es blando y no está acostumbrado a la guerra, entonces, sin que hagamos mucho al respecto, se abrirá una amplia franja de terreno detrás de nuestro ejército victorioso; pero si nos enfrentamos a un pueblo valiente y leal, entonces el espacio detrás de nuestro ejército será más o menos un triángulo estrecho.

Ahora bien, para evitar este mal, el hombre que avanza siente la necesidad de organizar su avance en una cierta amplitud. Si la fuerza hostil está unida en un punto, esta amplitud sólo puede mantenerse mientras no estemos en contacto con ella, y debe estrecharse hacia su punto de despliegue; esto en sí mismo es comprensible.

Pero si el enemigo se ha establecido en una cierta amplitud, no habría nada en sí mismo absurdo en una distribución uniforme de nuestras fuerzas. Hablamos aquí de un teatro de guerra, o de varios, pero próximos entre sí. Es evidente, pues, que éste es el caso en que, a nuestro juicio, la empresa principal debe tener la palabra sobre los puntos secundarios.

482

¿Podemos dejarlo siempre así, y exponernos al peligro que surge cuando la influencia del punto principal sobre los puntos secundarios no es suficientemente grande? ¿No merece una consideración especial la necesidad de cierta amplitud en el teatro de la guerra?

Aquí, como en todas partes, es imposible agotar el número de combinaciones que pueden tener lugar; pero sostenemos que, con pocas excepciones, la decisión sobre el punto principal afectará también a los puntos secundarios. Según este principio, pues, la acción debe organizarse en todos los casos en que lo contrario no sea evidente.

Cuando Bonaparte invadió Rusia, tenía motivos para creer que podría barrer a las fuerzas rusas del alto Dña arrollando a la fuerza principal. Al principio sólo dejó contra ellos al cuerpo de Oudinot, pero Wittgenstein pasó al ataque y Bonaparte se vio obligado a enviar allí también al sexto cuerpo.

Por otra parte, en un principio había dirigido parte de sus fuerzas contra Bagration; pero éste fue arrastrado por el movimiento retrógrado del centro, y Bonaparte pudo atraer de nuevo esas fuerzas hacia sí. Si Wittgenstein no hubiera tenido que cubrir la segunda capital, él también habría seguido a Barclay.

En 1805 y 1809 Bonaparte había contribuido a decidir sobre Italia y el Tirol en Ulm y Ratisbona, aunque la primera era un teatro de guerra bastante remoto por derecho propio. En 1806, en Jena y Auerstedt, decidió todo lo que podía suceder en su contra en Westfalia, Hesse y en el camino de Frankfurt.

Entre la multitud de circunstancias que pueden influir en la resistencia de los paneles laterales, destacan dos en particular.

La primera es: si, como en Rusia, un país de grandes dimensiones y fuerzas relativamente grandes, se puede retrasar durante mucho tiempo el golpe decisivo en el punto principal y no se está obligado a reunir allí todo a toda prisa.

La segunda: cuando, como en Silesia en 1806, un punto lateral adquiere una independencia inusitada gracias a una masa de fortalezas. Sin embargo, Bonaparte trató este punto con gran desprecio, ya que, aunque tuvo que dejarlo atrás en su marcha sobre Varsovia, sólo permitió que llegaran allí 20.000 hombres a las órdenes de su hermano Jérôme.

Si, en un caso dado, resulta que el golpe sobre el punto principal muy probablemente no sacudirá los puntos laterales, o realmente no los ha sacudido, es sin embargo evidente que el enemigo ha establecido realmente fuerzas en estos puntos, y a éstas habrá que oponer entonces otras más apropiadas como un mal necesario, porque no se puede abandonar absolutamente la propia línea de comunicación desde el principio.

La prudencia, sin embargo, puede ir un paso más allá; puede exigir que el avance contra el punto principal siga exactamente el ritmo del avance sobre los puntos secundarios y que, en consecuencia, la empresa principal se detenga cada vez que los puntos secundarios del enemigo no quieran ceder.

Este principio no contradeciría exactamente el nuestro, que consiste en unirlo todo en una acción principal en la medida de lo posible, pero el espíritu del que brota es completamente contrario al espíritu con el que se concibe el nuestro. De este principio surgiría tal medición del movimiento, tal parálisis del empuje, tal juego de azar, tal pérdida de tiempo, que sería totalmente incompatible en la práctica con una ofensiva dirigida a la derrota del enemigo.

483

La dificultad es aún mayor si las fuerzas de estos puntos secundarios pueden retirarse excéntricamente: ¿qué sería de la unidad de nuestro impacto?

Por lo tanto, debemos declararnos absolutamente opuestos a la dependencia del ataque principal de los puntos secundarios como principio, y afirmar: que un ataque dirigido a la derrota del enemigo, que no tenga la audacia de disparar como una punta de flecha al corazón del Estado enemigo, no puede lograr su objetivo.

Por último, una cuarta razón para proceder por separado es la facilitación de la manutención.

Es, por supuesto, mucho más agradable atravesar una provincia próspera con un ejército pequeño que atravesar una pobre con uno grande; pero con las medidas adecuadas y un ejército acostumbrado a las privaciones, esto último no es imposible, y lo primero, por lo tanto, nunca debería influir tanto en nuestras resoluciones como para exponernos a un gran peligro.

Hemos admitido aquí las razones de la separación de poderes, por las que una acción principal se divide en varias, y no nos atreveremos a reprocharlas si la separación según una de estas razones se produce con clara conciencia del propósito y cuidadosa consideración de las ventajas e inconvenientes.

Pero cuando, como suele suceder, el plan es elaborado por un erudito estado mayor por mera costumbre, cuando los diversos teatros de la guerra, como las casillas en una partida de ajedrez, cada una con su parte, deben ser ocupadas antes de que comiencen las jugadas,

cuando estas jugadas se acercan a la meta con una imaginada sabiduría combinatoria en intrincadas líneas y relaciones, cuando los ejércitos deben separarse hoy para hacer consistir todo su arte en reunirse dentro de quince días con el mayor peligro - entonces tenemos una abominación en este abandono del camino recto, simple y llano para lanzarse deliberadamente a la pura confusión. Esta locura se produce tanto más fácilmente cuanto menos es el comandante supremo quien dirige la guerra y la conduce en el sentido que hemos indicado en el primer capítulo, como un simple acto de su individuo dotado de fuerzas inmensas, tanto más, por tanto, cuanto más todo el plan se ha originado en la fábrica de un estado mayor poco práctico y ha surgido de las ideas de una docena de medio pelo. -

Ahora tenemos que considerar la tercera parte de nuestro primer principio: mantener las partes subordinadas lo más subordinadas posible.

Al esforzarse por reducir todo el acto bélico a un simple objetivo y conseguirlo en la medida de lo posible mediante *una sola* gran acción, los demás puntos de contacto de los estados mutuamente beligerantes se ven privados de parte de su independencia; se convierten en acciones subordinadas. Si todo pudiera comprimirse absolutamente en uno, esos puntos de contacto quedarían completamente neutralizados; pero esto rara vez es posible, y por ello es importante mantenerlos bajo control de tal manera que no resten demasiada fuerza a lo principal.

484

Comenzamos diciendo que el plan de guerra debe tener esta tendencia incluso cuando no es posible reducir toda la resistencia del enemigo a un solo centro de gravedad, cuando se está en el caso, como ya nos hemos expresado, de librar dos guerras casi totalmente diferentes al mismo tiempo. Una de ellas debe considerarse siempre como *lo principal sobre lo* que se dirigen preferentemente las fuerzas y las actividades.

Desde este punto de vista, es razonable *atacar* sólo por este lado principal, pero permanecer a la defensiva por el otro. Sólo estaría justificado un ataque en circunstancias excepcionales.

Además, esta defensa, que tiene lugar en los puntos subordinados, se llevará a cabo con el menor número de fuerzas posible y tratará de aprovechar todas las ventajas que esta forma de resistencia puede conceder.

Esta opinión será aún más válida en todos los teatros de guerra, en los que aparecen ejércitos de diferentes potencias, pero que se encuentran en el centro de gravedad general.

Sin embargo, contra *el enemigo, al que se dirige el empuje principal*, no puede haber defensa en los escenarios secundarios de la guerra. El propio ataque principal y los ataques subordinados provocados por otras consideraciones constituyen este empuje y hacen superflua cualquier defensa de puntos que no estén directamente cubiertos por ellos. Lo que cuenta es la decisión principal; en ella se produce toda pérdida. Si las fuerzas son suficientes para buscar razonablemente esa decisión principal, entonces la *posibilidad de fracaso* ya no puede utilizarse como razón para protegerse en cualquier caso de los daños en otros puntos; pues este fracaso se hace mucho más probable *precisamente por ello*, y así ha surgido una contradicción en nuestra acción.

Pero este predominio de la acción principal sobre las subordinadas también debe tener lugar incluso en los miembros individuales de todo el ataque. Pero como normalmente se determina por otras razones qué fuerzas de un teatro de guerra y cuáles del otro deben avanzar contra el centro de gravedad común, aquí sólo puede significarse que debe haber un *esfuerzo para que prevalezca la acción principal*, y que todo será más simple y menos sujeto al azar cuanto más pueda lograrse este predominio.

El segundo principio se refiere a la utilización rápida de las fuerzas armadas. Todo gasto inútil de tiempo, toda diversión inútil es un despilfarro

de fuerzas y, por tanto, de estrategia una abominación.

Pero es más importante recordar que el ataque tiene casi su única ventaja en la sorpresa con la que puede abrir la escena. Lo repentino y lo imparable son sus alas más fuertes, y cuando depende de la derrota del adversario, rara vez puede prescindir de ellas.

De este modo, la teoría exige los caminos más cortos hacia la meta y excluye por completo las innumerables discusiones sobre derecha e izquierda, aquí o allá.

Si recordamos lo que hemos dicho en el capítulo sobre el objeto del ataque estratégico al corazón de los Estados, y lo que hemos dicho en el cuarto capítulo de este libro sobre la influencia del tiempo, creemos que no es necesario ningún otro desarrollo para demostrar que el principio merece realmente la influencia que reclamamos para él.

485

Bonaparte nunca actuó de otro modo. El camino principal más cercano de ejército a ejército o de capital a capital era siempre su favorito.

¿Y en qué consistirá la acción principal, a la que hemos remontado todo y para la que hemos exigido una ejecución rápida y sin excusas?

Lo que es la derrota del enemigo lo hemos dicho, en la medida en que puede hacerse en general, en el cuarto capítulo, y sería inútil repetirlo. Cualquiera que sea el fin en cada caso particular, el principio es siempre el mismo: la destrucción de la fuerza enemiga, es decir, una gran victoria sobre ella y su represión. Cuanto más pronto, es decir, cuanto más cerca de nuestras fronteras se busque esta victoria, *más fácil será*; cuanto más tarde, es decir, cuanto más adentro del país enemigo se luche, *más decisiva será*. Aquí, como en todas partes, la facilidad del éxito y su magnitud se equilibran mutuamente. Si, pues, no somos tan superiores a la fuerza enemiga que la victoria sea indudable, posiblemente tengamos que buscarla, es decir, a su fuerza principal. Decimos posiblemente, porque si esta búsqueda nos condujera a grandes rodeos, direcciones equivocadas y pérdidas de tiempo, podría convertirse fácilmente en un error. Si la fuerza principal del enemigo no se encuentra en nuestro camino, y si no podemos buscarla porque de otro modo va en contra de nuestros intereses, podemos estar seguros de encontrarla más tarde, pues no dejará de lanzarse hacia nosotros. Entonces, como acabamos de decir, seremos vencidos en circunstancias menos ventajosas: un mal al que debemos someternos. Si a pesar de todo ganamos la batalla, será tanto más decisiva.

De esto se deduce que, en el supuesto caso, un adelantamiento deliberado de la fuerza principal del enemigo cuando ya está en nuestro camino sería un error, al menos en la medida en que se pretendiera facilitar la victoria.

Por otra parte, de lo anterior se deduce que si la fuerza principal del enemigo es muy decididamente superior, es posible pasar de largo deliberadamente para librar una batalla más decisiva más adelante.

Hemos hablado de una victoria completa, es decir, de una derrota del enemigo, y no de una mera batalla ganada. A tal victoria, sin embargo, pertenece un ataque global o una batalla con un frente relacionado, pues ambos dan un carácter decisivo al resultado en cada caso. Es, pues, esencial para el plan de guerra que nos preparemos para ello, tanto en lo que se refiere a la masa de las fuerzas necesarias como a las orientaciones que hay que darles, de lo cual se dirá el resto en el capítulo sobre el plan de campaña.

No es imposible que las batallas con un frente rectilíneo conduzcan a derrotas completas, y no faltan ejemplos en la historia de la guerra, pero el caso es cada vez más raro cuanto más se asemejan los ejércitos en entrenamiento y destreza. Ya no se capturan veintiún batallones en una aldea como en Blenheim.

Una vez obtenida la gran victoria, no se debe hablar de descanso, de recuperar el aliento, de reflexionar, de fijar, etc., sino sólo de la persecución, de nuevos golpes donde sean

necesarios, de la captura de la capital enemiga, del ataque de los ejércitos auxiliares enemigos, o de cualquier otra cosa que parezca ser el punto de apoyo del Estado enemigo.

486

Si la corriente de la victoria nos lleva más allá de las fortalezas enemigas, depende de nuestra fuerza si deben ser sitiadas o no. Si tenemos una gran superioridad, sería una pérdida de tiempo no tomarlas lo antes posible: pero si no estamos seguros de un éxito lejano en el frente, debemos conformarnos con lo menos posible ante las fortalezas, y esto excluye el asedio completo de las mismas. Desde el momento en que el asedio de las fortalezas nos obliga a hacer una pausa en el avance del ataque, éste ha alcanzado, por *regla general*, su culminación. Ya hemos rechazado la idea de que este avance sobre el punto principal dependa del éxito sobre los puntos secundarios; la consecuencia será, por tanto, que en todos los casos ordinarios nuestro ejército principal conservará sólo una estrecha franja de terreno a sus espaldas, que puede llamar suya, y que constituye así su teatro de guerra. La forma en que esto debilita el empuje en el frente, los peligros que de ello se derivan para el atacante, ya los hemos mostrado anteriormente. ¿Esta dificultad, este contrapeso interior, no podrá llegar a un punto que impida seguir avanzando? En efecto, puede. Pero del mismo modo que antes afirmábamos que sería un error querer evitar desde el principio este estrecho teatro de la guerra y privar al ataque de su rapidez en aras de este fin, también lo afirmamos ahora: mientras el comandante no haya derribado todavía a su adversario, mientras crea que tiene fuerza suficiente para ganar el objetivo, debe perseguirlo. Lo hace quizás con peligro creciente, pero también con creciente magnitud de éxito. Si llega un punto en el que no se atreve a seguir, en el que cree que debe cuidarse la espalda, separarse a derecha e izquierda... bueno, lo más probable es que sea su punto culminante. La potencia del vuelo llega entonces a su fin, y si no se derriba al adversario, lo más probable es que no se consiga nada.

Todo lo que hace para intensificar su ataque conquistando fortalezas, pasos, provincias, sigue siendo un avance lento, pero sólo relativo, ya no absoluto. El enemigo ya no huye, quizás ya se está armando para una resistencia renovada, y por tanto ya es posible que, aunque el atacante siga avanzando intensamente, el defensor, al hacerlo también, ya esté ganando diariamente algo sobre él. En resumen, volvemos a lo mismo: por regla general, no hay un segundo intento tras una parada necesaria.

La teoría, pues, sólo exige que, mientras exista la idea de derribar al enemigo, se avance sin descanso contra él; si el comandante renuncia a este objetivo porque considera que el peligro de hacerlo es demasiado grande, hace bien en detenerse y dispersarse. La teoría censura esto sólo si lo hace para volverse más hábil en derribar al enemigo.

No somos tan necios como para afirmar que no existe ningún ejemplo de Estados que hayan sido llevados gradualmente al extremo. En primer lugar, la proposición que hemos establecido no es una verdad absoluta, de la que sería imposible una excepción, sino que se basa sólo en un éxito probable y ordinario; en segundo lugar, debemos distinguir si la caída de un Estado se ha producido gradualmente a lo largo de la historia, o si fue el objeto mismo de la primera campaña. Sólo de este caso hablamos aquí, pues sólo en él se produce esa tensión de fuerzas que, o bien desborda el centro de gravedad de la carga, o bien corre el peligro de ser desbordado por ella. Si se obtiene una ventaja moderada en el primer año, se le añade otra en el siguiente, y así se avanza poco a poco hacia la meta, no hay en ninguna parte un peligro eminente, sino que se distribuye en muchos puntos. Cada intervalo de un éxito a otro da al enemigo nuevas perspectivas; los efectos del éxito anterior influyen muy poco en el posterior, a menudo nada, a menudo negativamente, porque el enemigo se recupera o incluso se enardece para oponer mayor resistencia o recibe nueva ayuda del exterior, mientras que allí donde todo sucede de golpe, el éxito de ayer se lleva el de hoy, el fuego se enciende en la conflagración. Si hay Estados que han sido arrollados por golpes sucesivos, y en los que el tiempo se ha mostrado así pernicioso para el defensor que lo patrocina, -cuán infinitamente

más numerosos son los ejemplos en los que la intención del agresor ha sido totalmente derrotada por él. Basta pensar en el éxito de la Guerra de los Siete Años, en la que los austriacos intentaron llegar a la meta con tanta despreocupación, cautela y prudencia que la perdieron por completo.

487

Desde este punto de vista, por tanto, no podemos ser en absoluto de la opinión de que el cuidado de un teatro de guerra debidamente organizado deba estar siempre al lado del impulso y, por así decirlo, mantenerlo en equilibrio, sino que consideramos las desventajas que de ello se derivan como un mal inevitable, que sólo merece consideración cuando no nos queda ninguna esperanza en primer lugar.

El ejemplo de Bonaparte en 1812, lejos de disuadirnos de nuestra afirmación, más bien la ha reforzado.

Su campaña no fracasó porque avanzara demasiado rápido y demasiado lejos, como dice la opinión común, sino porque fallaron los medios individuales para alcanzar el éxito. El Imperio ruso no es un país que pueda ser formalmente conquistado, es decir, ocupado, al menos no con las fuerzas de los actuales estados europeos, ni con los 500.000 hombres que Bonaparte condujo a tal fin. Un país así sólo puede ser conquistado por su propia debilidad y por los efectos de la discordia interna. Para golpear estos puntos débiles de la existencia política, es necesario sacudir el corazón mismo del Estado. Sólo si Bonaparte llegaba hasta Moscú con su poderoso empuje podía esperar sacudir el coraje del gobierno y la lealtad y firmeza del pueblo. En Moscú esperaba encontrar la paz, y éste era el único objetivo razonable que podía fijarse en esta guerra.

Así que dirigió su fuerza principal contra la fuerza principal de los rusos, que retrocedió a trompicones ante él a través del campo de Drissa y sólo se detuvo cerca de Smolensk. Arrastró consigo a Bagration, venció a ambos y tomó Moscú. Actuó aquí como siempre había actuado; sólo así se había convertido en el amo de Europa, y sólo así había podido llegar a serlo.

Así pues, que aquellos que admiran a Bonaparte como el mejor general en todas sus campañas anteriores no se eleven por encima de él en ésta.

Es lícito juzgar un acontecimiento por su éxito, porque ésta es la mejor crítica del mismo (véase el capítulo quinto del libro segundo), pero este juicio, extraído meramente del éxito, no tiene por qué intentarse probar entonces con sabiduría humana. Buscar las causas de una campaña fracasada no es todavía hacer una crítica de ella; sólo cuando se demuestra que esas causas no deberían haber sido pasadas por alto o ignoradas se hace la crítica y se está por encima del líder.

488

Ahora bien, se afirmará que quien encuentra un absurdo en la campaña de 1812 por el mero hecho de su tremendo revés, mientras que habría visto en ella las más sublimes combinaciones si hubiera sido un feliz éxito, demuestra una completa incapacidad de juicio.

Si Bonaparte se hubiera detenido en Lituania, como querían la mayoría de los críticos, para asegurarse primero las fortalezas, de las que, por cierto, apenas había ninguna, excepto Riga, que estaba situada completamente al lado, porque Bobruisk es un nido pequeño e insignificante, se habría envuelto en un triste sistema de defensa para el invierno: entonces la misma gente habría sido la primera en exclamar: ¡éste ya no es el viejo Bonaparte! ¿Cómo, ni siquiera a una primera batalla principal lo llevó, él que solía sellar sus conquistas con las victorias de Austerlitz y Friedland sobre los últimos muros de los estados enemigos? ¿Olvidó tímidamente tomar la capital enemiga, Moscú, que estaba desnuda y lista para caer, dejando así el núcleo en torno al cual podría reunirse una nueva resistencia? ¿Tiene la inaudita suerte de atacar este coloso distante y enorme, como se ataca una ciudad vecina, o como Federico el Grande atacaba la pequeña y cercana Silesia, y no aprovecha esta ventaja, deteniéndose en medio de su carrera victoriosa como si un espíritu maligno se hubiera apoderado de sus

talones? - Eso es lo que la gente habría juzgado, pues esa es la naturaleza de los juicios de la mayoría de los críticos.

Nosotros decimos: la campaña de 1812 no tuvo éxito porque el gobierno enemigo se mantuvo firme, el pueblo leal y firme, porque no podía tener éxito. Puede ser un error por parte de Bonaparte haberla emprendido; al menos el éxito ha demostrado que se engañó en sus cálculos, pero sostenemos que si se buscaba ese objetivo, no podía lograrse de otra manera.

En lugar de emprender una interminable y costosa guerra defensiva en Oriente, como ya había tenido que hacer en Occidente, Bonaparte intentó el único medio para alcanzar un fin: ganar la paz al consternado enemigo con un golpe audaz. Que su ejército pereciera en el proceso fue el peligro al que se sometió; era la apuesta en el juego, el precio de una gran esperanza. Si esta destrucción de sus fuerzas ha sido mayor de lo necesario por su culpa, entonces esta culpa no debe ser colocada en el amplio avance, ya que esto fue intencional e inevitable, sino en la tardía apertura de la campaña, en el desperdicio de hombres en sus tácticas, en la falta de cuidado para el mantenimiento del ejército y para el establecimiento del camino de retirada, finalmente en la algo retrasada salida de Moscú.

El hecho de que los ejércitos rusos hayan podido presentarse ante él en el Beresina para impedir formalmente su retirada no es un argumento de peso contra nosotros. Porque, en primer lugar, esto ha demostrado lo difícil que es efectuar un corte real, ya que el cortado, en las circunstancias más desfavorables imaginables, al final todavía ha despejado su camino, y todo este acto ha contribuido, en efecto, a aumentar su catástrofe, pero todavía no la ha explicado esencialmente. En segundo lugar, sólo la rara naturaleza de la región ofrecía los medios para empujarlo tan lejos, y sin los pantanos de la Berezina, con sus bordes boscosos e inaccesibles, que se extienden al otro lado de la gran carretera, cortarla habría sido aún menos posible. En tercer lugar, no hay otro medio de protegerse contra tal posibilidad que presentando la fuerza en cierta amplitud, lo que ya hemos rechazado; pues una vez que uno se ha comprometido a avanzar por el centro y a cubrir los flancos con ejércitos que deja atrás a la derecha y a la izquierda, tendría que apresurarse a retroceder con la cabeza en caso de cualquier posible accidente de tal ejército, y entonces no podría salir gran cosa del ataque.

489

No puede decirse que Bonaparte descuidara sus flancos. Contra Wittgenstein quedaba una fuerza superior: frente a Riga había un cuerpo de asedio adecuado, que incluso era superfluo allí, y en el sur Schwarzenberg tenía 50.000 hombres, con los que era superior a Tormassov y casi rival incluso para Chichagov; a esto se añadían 30.000 hombres al mando de Victor en el centro de la retaguardia. - Incluso en el mes de noviembre, es decir, en el momento decisivo, cuando las fuerzas rusas se habían fortalecido y las francesas estaban ya muy debilitadas, la superioridad de los rusos en la retaguardia del ejército moscovita no era aún tan extraordinaria. Wittgenstein, Chichagov y Sacken formaban juntos una fuerza de 110.000 hombres. Schwarzenberg, Reynier, Victor, Oudinot y St.-Cyr seguían siendo efectivamente 80.000 hombres. El general más cauto difícilmente dedicaría una fuerza mayor a sus flancos a medida que avanzaba.

Si Bonaparte hubiera traído de vuelta a 250.000 de los 60.000 hombres que cruzaron el Njemen en 1812, en lugar de los 50.000 que volvieron a cruzarlo con Schwarzenberg, Reynier y Macdonald, lo que era posible si hubiera evitado los errores garrafales de los que le hemos acusado, habría seguido siendo una campaña desafortunada, pero la teoría no podría haberse opuesto a ella, ya que perder más de la mitad de su ejército en un caso así no es nada inusual y sólo nos lo parece debido a la gran escala.

Hasta aquí la acción principal, su tendencia necesaria y sus peligros inevitables. En cuanto a las acciones subordinadas, decimos ante todo: debe haber un objetivo común para todas,

pero este objetivo debe fijarse de tal modo que no paralice las actividades de las partes individuales. Si se avanza desde el Alto y Medio Rin y desde Holanda contra Francia para reunirse en París, y cada ejército no debe atreverse a nada, sino que debe mantenerse intacto en la medida de lo posible hasta alcanzar esta unión, lo llamamos un plan *pernicioso*. Necesariamente surge una ponderación del triple movimiento, que trae vacilación, indecisión y timidez en el avance de cada parte. Es mejor dar a cada parte su propio ejército y sólo situar la unidad allí donde estas diferentes actividades se convierten en unidad por sí mismas.

Esto de separarse para reunirse unas marchas más tarde ocurre en casi todas las guerras y, sin embargo, en el fondo carece de sentido. Si uno está separado, debe saber por qué lo está, y este *por qué debe* cumplirse y no puede consistir en la unificación posterior como en una gira de cuadrillas.

Cuando, por lo tanto, las potencias bélicas procedan a atacar en teatros de guerra separados, a cada ejército debe asignársele su propia tarea, en cuyo objeto pueda agotar su empuje. Que *esto se haga* desde todos los flancos es *lo que importa*, y no que todos obtengan ventajas proporcionales.

490

Si uno de los ejércitos encuentra su papel demasiado difícil, porque el enemigo ha hecho una defensa diferente de la que creíamos, si experimenta desgracias, esto debe y no debe tener ninguna influencia sobre la actividad de los otros, o uno volvería innatamente la probabilidad de éxito general contra sí mismo. Sólo cuando la mayoría es desafortunada, o lo son las partes principales, esto puede y debe tener influencia sobre los demás: pues entonces se ha dado el caso de un plan fallido.

Esta misma regla se aplica a los ejércitos y divisiones destinados originalmente a la defensa y que, por un éxito favorable de la misma, pueden pasar al ataque, a menos que sea preferible transferir sus fuerzas superfluas al punto principal de la ofensiva, lo que depende principalmente de la situación geográfica del teatro de la guerra.

Pero en estas circunstancias, ¿qué ocurre con la forma geométrica y la unidad de todo el ataque, qué ocurre con los flancos y las espaldas de las divisiones adyacentes a una parte derrotada?

Eso es precisamente contra lo que queremos luchar principalmente. Este encolamiento de un gran ataque en un cuadrado geométrico es una aberración en un falso sistema de pensamiento.

Hemos mostrado en el capítulo decimoquinto del tercer libro que el elemento geométrico no es tan eficaz en la estrategia como en la táctica, y sólo repetiremos aquí el resultado de que, especialmente en el ataque, los éxitos reales en los puntos individuales merecen ciertamente más consideración que la figura que puede surgir gradualmente del ataque a través de la diversidad de éxitos.

En cualquier caso, sin embargo, es una conclusión inevitable que en los grandes espacios de la estrategia, las consideraciones y decisiones que determinan la posición geométrica de las partes pueden dejarse en manos del comandante en jefe; que ninguno de los comandantes subordinados tiene derecho a preguntar lo que hace o deja de hacer su vecino, sino que se le puede ordenar que persiga su objetivo sin falta. Si de ello se deriva realmente un grave desequilibrio, el remedio aún puede darse desde arriba en el momento oportuno. Y así se elimina el principal mal de este modo de acción separado: que en el lugar de las cosas reales se mezclan en el curso de los acontecimientos una multitud de temores y presuposiciones, que cada coincidencia no sólo afecta a la parte a la que golpea, sino consensualmente al conjunto, y que se abre un amplio campo a las debilidades personales y a las enemistades personales de los gobernantes subordinados.

Creemos que sólo se encontrará paradójica esta opinión si aún no se ha echado un vistazo suficientemente largo y serio a la historia de la guerra, separado lo importante de lo intrascendente y apreciado toda la influencia de las debilidades humanas.

Si ya es difícil en táctica obtener el feliz éxito de un ataque en varias columnas separadas mediante la coordinación exacta de todas las partes, como admite el juicio de todos los hombres experimentados, cuánto más difícil, o más bien cuánto más absolutamente imposible, será esto en estrategia, donde la separación es mucho mayor. Si, por lo tanto, el unísono constante de todas las partes fuera una condición necesaria para el éxito, tal ataque estratégico tendría que ser rechazado de plano. Pero, por una parte, no depende de nuestra arbitrariedad el rechazarlo de plano, porque pueden determinarlo circunstancias sobre las que no tenemos ningún poder; por otra parte, incluso en la táctica este unísono constante de todas las partes ni siquiera es necesario para todos los momentos del curso, y mucho menos lo es, como he dicho, en la estrategia. En esta última, por lo tanto, debemos abstenernos de ella e insistir en que a cada parte se le asigne un trabajo independiente.

491

Tenemos otra observación importante que añadir, se refiere al buen reparto de papeles.

En 1793 y 1794 la principal fuerza austriaca se encontraba en los Países Bajos, la fuerza prusiana en el Alto Rin. Las tropas austriacas fueron conducidas desde Viena hasta Condé y Valenciennes y se cruzaron con las prusianas, que tuvieron que viajar desde Berlín hasta Landau. Es cierto que los austriacos tenían allí sus provincias belgas que defender, y si hacían conquistas en el Flandes francés les era muy conveniente, pero este interés no era lo suficientemente fuerte. Tras la muerte del príncipe Kaunitz, el ministro austriaco Thugut impuso la medida de abandonar totalmente los Países Bajos para concentrar más sus fuerzas. De hecho, los austriacos tenían casi tan lejos a Flandes como a Alsacia, y en un momento en que las fuerzas armadas estaban dentro de unos límites muy medidos y había que mantenerlo todo a duras penas, esto no era poca cosa. Pero la intención del ministro Thugut era evidentemente aún otra: deseaba poner a las potencias interesadas en la defensa de los Países Bajos y del Bajo Rin, Holanda, Inglaterra y Prusia, en el caso de hacer esfuerzos más fuertes por la urgencia del peligro. Fue engañado en sus cálculos, porque el Gabinete prusiano no podía ser ayudado de ninguna manera en ese momento. Pero este incidente muestra siempre la influencia del interés político en el curso de la guerra.

Prusia no tenía nada que defender o conquistar en Alsacia. En 1792, había emprendido la marcha a través de Lorena hacia Champaña con un espíritu caballeresco. Cuando ésta no resistió el empuje de las circunstancias, continuó la guerra con un interés a medias. Si las tropas prusianas hubieran estado en los Países Bajos, estarían en comunicación inmediata con Holanda, a la que podían considerar mitad y mitad como su propio país, habiéndola sometido en 1787, cubrían el Bajo Rin y, por consiguiente, la parte de la monarquía prusiana más cercana al escenario de la guerra. Prusia también estaba en una alianza más fuerte con Inglaterra debido a los subsidios, que en estas circunstancias no podían degenerar tan fácilmente en el engaño del que el gabinete prusiano era entonces culpable.

Por lo tanto, se podría haber esperado un efecto mucho mejor si los austriacos hubieran aparecido con su fuerza principal en el Alto Rin, los prusianos con toda su fuerza en los Países Bajos, y los austriacos hubieran dejado allí sólo un cuerpo proporcional.

Si en 1814, en lugar del emprendedor Blücher, se hubiera puesto al general Barclay al frente del ejército de Silesia y se hubiera mantenido a Blücher con el ejército principal al mando de Schwarzenberg, la campaña podría haber sido un completo fracaso.

Si el emprendedor Laudon, en lugar de tener su teatro de guerra en el punto más fuerte de la monarquía prusiana, es decir, en Silesia, hubiera estado en el lugar del ejército imperial,

toda la Guerra de los Siete Años habría tomado quizás un rumbo diferente. Para acercarnos a este tema, debemos considerar los casos según sus principales diferencias.

492

- La primera es cuando hacemos la guerra conjuntamente con otras potencias que no son meros aliados nuestros, sino que tienen un interés independiente.
- La segunda: cuando un ejército federal ha acudido en nuestra ayuda.
- La tercera: cuando sólo se habla de la peculiaridad personal de los generales.

En los dos primeros casos, se puede plantear la cuestión de si es mejor mezclar completamente las tropas de las distintas potencias, de modo que los ejércitos individuales estén compuestos por cuerpos de distintas potencias, como ocurrió en 1813 y 1814, o si deben separarse lo más posible, de modo que cada uno actúe de forma más independiente.

Obviamente, la primera es la más saludable, pero presupone un grado de amistad e interés común que rara vez tendrá lugar. Con esta estrecha unión de las fuerzas armadas, se hace mucho más difícil para los gabinetes separar sus intereses, y en cuanto a la influencia nociva de las opiniones egoístas entre los mandos del ejército, en estas circunstancias sólo puede manifestarse entre los mandos subordinados, es decir, sólo en el campo de la táctica, e incluso aquí no tan libre e impunemente como en el caso de una separación completa. En este último, pasa a la estrategia y, por tanto, actúa en las jugadas decisivas. Pero, como he dicho, requiere una rara devoción por parte del gobierno. En 1813, la necesidad urgió a todos en esta dirección, y sin embargo no basta con alabar el hecho de que el Emperador de Rusia, que apareció con la fuerza más fuerte y tuvo el mayor mérito en el giro de la fortuna, subordinara sus tropas a los comandantes prusianos y austriacos sin tener la ambición de aparecer con un ejército ruso independiente.

Si tal unión de las fuerzas no puede mantenerse, entonces es mejor una separación completa de las fuerzas que una separación a medias, y lo peor es siempre cuando dos comandantes independientes de diferentes potencias se encuentran en un mismo teatro de guerra, como ocurrió a menudo en la Guerra de los Siete Años con los rusos, los austriacos y el Ejército Imperial. En el caso de una separación completa de las fuerzas, las cargas que hay que superar están también más separadas, y entonces cada uno se ve presionado por las suyas, por lo que se ve más urgido a la acción por la fuerza de las circunstancias; pero si están en estrecho contacto o incluso en un mismo teatro de guerra, no ocurre lo mismo, y además la mala voluntad de uno paraliza también las fuerzas del otro.

En el primero de los tres casos indicados, la separación completa no tendrá ninguna dificultad, porque el interés natural de cada potencia suele asignarle ya una dirección diferente de sus fuerzas; en el segundo caso, puede faltar, y entonces, por regla general, no queda más que subordinarse enteramente al ejército auxiliar, si su fuerza se adapta razonablemente a él, como hicieron los austriacos al final de la campaña de 1815 y los prusianos en la campaña de 1807.

493

En cuanto a las características personales de los generales, aquí todo pasa a lo individual, pero no debemos pasar por alto la única observación general de que no se debe poner al frente de los ejércitos subordinados a los más cautelosos y cuidadosos, como probablemente sea habitual, sino a los *más emprendedores*, pues volveremos sobre esto: en la actividad estratégica separada, nada es tan importante como que cada parte trabaje eficientemente, exprese la plena eficacia de sus fuerzas, por lo que los errores que se puedan cometer en un punto se compensan con la habilidad en otros. Pero esta plena actividad de todas las partes sólo es segura si los líderes son personas rápidas, emprendedoras, llevadas hacia adelante por el impulso interior, por su propio corazón, porque una mera consideración objetiva y fría de la necesidad de la acción rara vez es suficiente.

Por último, queda la observación de que, si las circunstancias lo permiten, las tropas y los mandos deben utilizarse en relación con su finalidad y la naturaleza de la región según sus peculiaridades.

Ejércitos permanentes, buenas tropas, numerosa caballería, mandos viejos, prudentes y comprensivos en regiones abiertas; milicia terrestre, armamento popular, chusma reunida, jefes jóvenes y emprendedores en bosques, montañas y puertos, ejércitos auxiliares en provincias ricas donde les plazca.

Lo que hemos dicho hasta ahora sobre el plan de guerra en general, y en este capítulo sobre aquel plan en particular que se dirige a la derrota del enemigo, tenía la intención de destacar el objetivo de la misma por encima de todo lo demás, y pronto indicar principios que debían guiar en la disposición de los medios. De este modo, queríamos lograr una conciencia clara de lo que se quiere y de lo que se debe hacer en una guerra de este tipo. Hemos querido hacer hincapié en lo necesario y en lo general, dejar lugar a lo individual y a lo accidental, pero hemos querido eliminar lo *arbitrario*, lo *infundado*, lo *lúdico*, lo *fantástico* o lo *sofístico*. Una vez logrado este propósito, consideramos que nuestra tarea está resuelta.

Quienquiera que ahora esté muy consternado por no encontrar aquí nada de sortear los ríos, de dominar las montañas por sus puntos de mando, de evitar las posiciones fijas y las llaves del país, no nos ha comprendido, y confesamos que creemos que tal persona tampoco ha comprendido aún la guerra en sus grandes relaciones.

Hemos caracterizado estos objetos en general en los libros anteriores y hemos comprobado que en su mayoría son de naturaleza mucho más débil de lo que su reputación haría creer. Sin embargo, pueden y deben desempeñar un papel importante en una guerra cuyo objetivo es la derrota del enemigo, es decir, un papel que influya en el diseño global de la guerra.

Dedicaremos un capítulo aparte a la creación del Mando Supremo al final de este libro. -

Concluamos este capítulo con un ejemplo.

Si Austria, Prusia, la Confederación Germánica, los Países Bajos e Inglaterra deciden una guerra contra Francia, pero Rusia permanece neutral, un caso que se ha renovado tantas veces durante ciento cincuenta años, son capaces de librar una guerra de agresión dirigida a la derrota del enemigo. Por grande y poderosa que sea Francia, puede caer en el caso de ver la mayor parte de su imperio anegada por ejércitos hostiles, la capital en su poder, y ella misma reducida a insuficientes fuentes de ayuda, sin otra potencia que Rusia para apoyarla con gran eficacia. España está demasiado lejos y demasiado mal situada; los Estados italianos están por el momento demasiado podridos y son impotentes.

494

Los países mencionados tienen, sin contar sus posesiones no europeas, una población de más de 75.000.000 de habitantes, mientras que Francia sólo tiene 30.000.000, y el ejército que tendrían que reunir para una guerra seria contra Francia podría ser, sin exagerar, el siguiente:

Austria	250.000 hombres
Prusia	200.000 hombres
El resto de Alemania	150.000 hombres
Países Bajos	75.000 hombres
Inglaterra	50000 hombres
Summa	725000 hombres.

Si estos aparecen efectivamente, es muy probable que sean muy superiores a la fuerza que Francia puede oponer, porque este país no ha tenido en ningún momento bajo Bonaparte una masa combatiente de fuerza similar. Ahora bien, si consideramos lo que se ha hecho en forma de guarniciones de fortalezas y depósitos para vigilar la costa, etc., no dudaremos de la

probabilidad de una superioridad considerable en el teatro principal de la guerra, y en esto se funda principalmente el propósito de derribar al enemigo.

El centro de gravedad del Imperio francés reside en su poderío bélico y en París. Derrotar a este último en una o varias batallas importantes, conquistar París, hacer retroceder a los restos del ejército enemigo a través del Loira, debe ser el objetivo de los aliados. El corazón de la monarquía francesa se encuentra entre París y Bruselas, allí la frontera está a sólo 30 millas de la capital. Una parte de los aliados, los ingleses, los holandeses, los prusianos y los estados alemanes del norte, tienen allí su punto natural de despliegue, sus países se encuentran en parte cerca, en parte justo detrás. Austria y Alemania del Sur sólo pueden dirigir su guerra con comodidad desde el Alto Rin. La dirección más natural es hacia Troyes y París, o incluso hacia Orleans. Ambas ofensivas, tanto la de los Países Bajos como la del Alto Rin, son por tanto directas y sin restricciones, cortas y poderosas, y ambas conducen al centro de gravedad del poder enemigo. Por lo tanto, todo el poder del enemigo debe distribuirse en estos dos puntos.

Sólo dos consideraciones desvirtúan esta simplicidad del plan.

Los austriacos no desnudarán Italia, querrán en cualquier caso seguir siendo dueños de los acontecimientos allí. No se propondrán, pues, cubrir indirectamente a Italia atacando el corazón de Francia. En la condición política del país, esta intención secundaria no es rechazable; pero sería un error muy decidido si se relacionara con ella la vieja idea de un ataque del sur de Francia desde Italia, que tantas veces se ha intentado, y por ello se diera a la potencia italiana una grandeza que no necesitaba como mera salvaguardia contra las extremas desgracias de la primera campaña. Sólo hasta cierto punto debe permanecer Italia, sólo hasta cierto punto puede retirarse de la empresa principal, si no se quiere ser infiel a la idea principal, a la unidad *de plan, a la unión de poder*. Si se quiere conquistar Francia por el Ródano, es como intentar coger un mosquete por la punta de la bayoneta; pero incluso como empresa secundaria, un ataque al sur de Francia es censurable, pues sólo despierta nuevas fuerzas contra nosotros. Cada vez que se ataca una provincia lejana, se despiertan intereses y actividades que de otro modo habrían permanecido latentes. Sólo cuando se hace evidente que las fuerzas que quedan en Italia serían demasiado grandes para la mera protección del país y, por lo tanto, tendrían que permanecer inactivas, se justifica un ataque al sur de Francia desde allí.

495

Por lo tanto, repetimos: el poder italiano debe mantenerse tan débil como las circunstancias lo permitan, y es suficiente si los austriacos no pueden perder todo el país en una sola campaña. Supongamos que este poder en nuestro ejemplo se compone de 50.000 hombres.

La otra consideración es la relación de Francia como país costero. Puesto que Inglaterra tiene la ventaja en el mar, se deduce que Francia será muy irritable a lo largo de toda su costa atlántica y, en consecuencia, que estará más o menos fuertemente ocupada. Por muy débilmente que se arregle esto, la frontera francesa queda así triplicada, y no puede dejar de privar a los ejércitos franceses de un gran número de fuerzas en los teatros de guerra. 20 ó 30.000 tropas listas para desembarcar, con las que los ingleses amenazan a Francia, absorberían tal vez el doble o el triple de las fuerzas francesas, con lo que hay que pensar no sólo en tropas, sino también en dinero, cañones, etc., que requieren flota y baterías de playa. Supongamos que los ingleses emplean 25.000 hombres para este fin.

Así que nuestro plan de guerra sería simplemente esto:

En primer lugar, que en los Países Bajos

200.000 hombres prusianos,

75.000 holandeses,

25.000 ingleses,

50.000 hombres de las tropas federales de Alemania del Norte,

Finalmente se reunieron 350.000 hombres, de los cuales unos 50.000 eran para la ocupación de los fuertes fronterizos, dejando 300.000 para avanzar contra París y librar una batalla principal a los ejércitos franceses.

En segundo lugar, que 200.000 austriacos y 100.000 hombres de las tropas de Alemania del Sur se reunieran en el Alto Rin y avanzaran simultáneamente con el ejército holandés, es decir, hacia el alto Sena y desde allí hacia el Loira, con el fin de librar igualmente una batalla principal contra el ejército enemigo. En el Loira, tal vez estas dos ofensivas se combinarían en una sola.

Aquí está determinado lo principal; lo que tenemos que decir más adelante se refiere principalmente a la eliminación de las ideas falsas y consiste en lo siguiente:

En primer lugar, buscar la batalla principal prescrita y librarla con un equilibrio de fuerzas y en circunstancias que prometan una "victoria decisiva" debe ser la tendencia de los comandantes; para ello deben sacrificarlo todo y, de paso, conformarse con lo menos posible en asedios, cercados, guarniciones, etcétera. Si, como hizo Schwarzenberg en 1814, se dispersan en radios excéntricos en cuanto entran en territorio enemigo, todo está perdido, y en 1814 los aliados sólo debieron a la impotencia de Francia que no todo estuviera realmente perdido en la primera quincena. El ataque debe parecerse a una flecha impulsada con fuerza y no a una pompa de jabón que se expande hasta reventar.

496

En segundo lugar, hay que dejar a Suiza a su aire. Si permanece neutral, tiene un buen punto de referencia en el Alto Rin; si es atacada por Francia, puede defenderse, para lo cual está muy bien preparada en más de un sentido. Nada sería más insensato que conceder a Suiza, por ser el país más alto de Europa, una influencia geográficamente dominante en los asuntos de la guerra. Tal influencia sólo existe bajo ciertas condiciones muy limitadas, que no existen aquí en absoluto. Mientras los franceses son atacados en el corazón de su país, no pueden emprender una poderosa ofensiva desde Suiza, ni hacia Italia ni hacia Suabia, y menos aún puede considerarse la elevada posición de este país como una circunstancia decisiva. La ventaja del dominio estratégico es en primer lugar importante sobre todo en la defensa, y lo que queda de esta importancia para el ataque puede mostrarse en una sola estocada. Quien no sepa esto no ha pensado el asunto hasta el punto de la claridad, y si en el futuro consejo del gobernante y comandante hubiera un erudito oficial de estado mayor que, con el ceño preocupado, desenterrara tal sabiduría, declaramos de antemano que es una vana locura y deseamos que en este mismo consejo se encuentre algún espadachín capaz, hijo del sentido común, que le corte la palabra en la boca.

En tercer lugar, dejamos el espacio entre los dos ataques como si no lo tuviéramos en cuenta. Mientras 600.000 hombres se concentran a 30 y 40 millas de París para avanzar contra el corazón del Estado francés, ¿debemos seguir pensando en cubrir el Rin Medio, es decir, Berlín, Dresde, Viena y Munich? No habría sentido común en ello. ¿Debería cubrirse la conexión? Eso no carecería de importancia; pero entonces uno podría lógicamente pronto ser llevado a dar a esta cobertura la fuerza y la importancia de un ataque, y así, en lugar de proceder en dos líneas, lo que la situación de los Estados absolutamente necesita, proceder en tres, lo que no hace, y estas tres se convertirían entonces quizás en cinco o incluso siete, y así toda la vieja letanía volvería de nuevo al orden del día.

Nuestros dos ataques tienen cada uno su objetivo; las fuerzas empleadas en ellos son muy probablemente muy superiores a las del enemigo; si cada uno avanza su curso vigoroso, no puede ser de otro modo que tendrán un efecto mutuamente ventajoso. Si uno de los dos ataques fuera desafortunado porque el enemigo hubiera distribuido su poder de manera

demasiado desigual, es justificable esperar que el éxito del otro compense por sí mismo este infortunio, y ésta es la verdadera conexión de los dos. No pueden tener una conexión que se extienda a los acontecimientos de los días individuales; no la necesitan, y por lo tanto la conexión inmediata o más bien directa no tiene gran valor.

El enemigo, que es atacado en lo más íntimo de su ser, no podrá en ningún caso emplear fuerzas considerables para interrumpir esta conexión; todo lo que hay que temer es más bien que esta interrupción se efectúe por la cooperación de los habitantes apoyados por partidas en la franja sola, de modo que este propósito no le cueste nada al enemigo en términos de fuerza armada real. Para contrarrestar esto, será suficiente si un cuerpo de 10 a 15.000 hombres, especialmente fuerte en caballería, parte de Tréveris y mantiene la dirección de Reims; será suficiente para marchar sobre el cuerpo de cada partisano y para mantener la altura del gran ejército. No debe cercar ni vigilar fortalezas, sino marchar entre ellas, no mantener ninguna base firme y eludir una fuerza superior en cualquier dirección. No se encontrará con ninguna gran desgracia, y si lo hiciera, no sería una gran desgracia para el conjunto. En estas circunstancias, tal cuerpo probablemente bastará para formar un punto intermedio para los dos ataques.

497

Cuarto: Las dos empresas subsidiarias, a saber, el ejército austriaco en Italia y el ejército inglés de desembarco, pueden cumplir su propósito de la mejor manera. Si no permanecen ociosos, ya está cumplido en lo principal, y bajo ningún concepto debe hacerse depender de él en modo alguno uno de los dos grandes ataques.

Estamos firmemente convencidos de que de este modo Francia puede ser derribada y castigada cada vez que se permita adoptar de nuevo la arrogancia con la que ha oprimido a Europa durante 150 años. Sólo más allá de París, en el Loira, podrán obtenerse de ella las condiciones necesarias para la tranquilidad de Europa. Sólo de este modo se hará patente rápidamente la proporción natural de 30.000.000 a 50.000.000, pero no si, como ha sucedido durante 150 años, se quiere atar a ese país desde Dunkerque a Génova con un cinturón de ejércitos, poniendo ante sí cincuenta pequeños propósitos diferentes, ninguno de los cuales es lo bastante fuerte para vencer la inercia, la fricción, las influencias ajenas que se generan y regeneran eternamente en todas partes, pero especialmente en los ejércitos aliados.

Al lector se le ocurrirá por sí mismo lo poco que corresponden a tal disposición las disposiciones provisionales del Ejército Federal Alemán. En estas disposiciones, la parte federal de Alemania forma el núcleo del poder alemán, y Prusia y Austria, debilitadas por ello, pierden su peso natural. Pero un estado federal en guerra es un núcleo muy podrido; no hay unidad, ni energía, ni elección razonable de comandante, ni autoridad, ni responsabilidad concebible.

Austria y Prusia son los dos centros naturales del empuje para el Reich alemán, forman el punto de oscilación, la fuerza de la hoja, son estados monárquicos, acostumbrados a la guerra, tienen sus intereses determinados, independencia de poder, son predominantes sobre los demás. La institución debe seguir estas líneas naturales y no una falsa idea de unidad; esto aquí es del todo imposible, y el que no ve lo posible por encima de lo imposible es un necio.

CRONOLOGÍA

1780

Austria y Rusia aproximan sus posiciones.

Muere la emperatriz María Teresa de Austria y le sucede su hijo José II, 29.XI.

Franz Joseph Haydn estrena su *Sinfonía de los juguetes*.

El día 1 de junio, nace Cari Phlipp Gottlieb von Clausewitz, en la localidad de Burg, cerca de Magdeburgo, en Prusia.

1785

Los Hohenzollern de Prusia tratan de sustituir a los Habsburgo a la cabeza del imperio.

1786

Muere Federico II el Grande, el artífice del poderío del reino de Prusia. Le sucede Federico Guillermo II.

1792

Austria y Prusia se alían contra Francia. Gustavo III de Suecia es asesinado y Rusia invade Polonia, 7.II.

Francisco II de Austria sucede a su hermano Leopoldo II como cabeza del sacro imperio romano germánico, 1. III.

Asesinato de Gustavo III de Suecia, 29.III.

Las masas revolucionarias de París invaden Las Tullerías, 20.VI.

Francia declara la guerra a Prusia, 8.VII. Los ejércitos prusiano y austríaco penetran en territorio francés.

Prisión de la familia de Luis XVI, 13.VIII.

Los prusianos toman Verdón, 2. IX.

La Batalla de Valmy detiene la ofensiva prusiana, 20.IX.

Proclamación de la República francesa y entrada en vigor del Calendario Revolucionario, 22. IX.

Thomas Paine es juzgado por la publicación de *Los derechos del hombre* y Rouget de Lisie compone *La marsellesa*.

Nace el poeta Percy Bysshe Shelley.

Se enrola en el Ejército prusiano.

1793

Ejecución de Luis XVI, 21.1.

Prusia y Rusia se reparten Polonia, 23.I.

Gran Bretaña, Austria, Prusia, Holanda, España y

Cerdeña forman la Primera Coalición contra Francia, 13.II.

El sacro imperio romano declara la guerra a Francia, 26.III.

Se efectúa la Segunda Partición de Polonia, 7.V.

Asesinato de Jean-Paul Marat, 23.VII.

Ejecución de María Antonieta, 16.X.

Napoleón Bonaparte desembarca en Tolón, 19.XII.

Paganini debuta como virtuoso del violín. El Louvre de

París se convierte en Galería Nacional.

Abanderado en el asedio de Maguncia, durante la Campaña del Rin.

CRONOLOGIA

1794

Prusia retira sus tropas de la guerra, 25.X.
Prusia y España realizan conversaciones de paz por separado, 8.XII.
Con *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe, nace la novela gótica.
Muere el gran historiador de la Antigüedad, Edward Gibbon.
Durante su vida cuartelaria, inicia un periodo de reflexión y estudio

1797

Federico Guillermo III, rey de Prusia.

1801

La Paz de Luneville entre Austria y Francia sentencia al sacro imperio romano germánico, 9.II.
Prusia se adhiere a la neutralidad armada del Norte, 29.III.
Concluye la guerra de las naranjas, entre España y Portugal, 6.VI.
Hegel y Schelling crean el *Diario crítico de Filosofía*.
Pestalozzi publica sus tratados pedagógicos.
Schiller estrena *La doncella de Orleans*.
Ingresa en la Escuela General de Guerra de Berlín, dirigida por Scharnhorst, que sería su mejor amigo.
Estudia Filosofía y Literatura y establece las bases de su concepción de la estrategia.
En la corte, conoce a la condesa Marie von Brühl, con la que contrae matrimonio.

1806

Tratado franco-prusiano contra Inglaterra, 15.II.
Inglaterra declara la guerra a Prusia, 1.IV.
Establecimiento de la Confederación del Rin, bajo protección de Francia, 12.VII.
Desaparece el sacro imperio romano germánico, 6.VIII.
Tras lanzar un ultimátum a Francia, 1.X, Prusia le declara la guerra, 9.X.
Victorias francesas sobre Prusia, en Jena, y sobre Sajonia, en Auerstadt, 14.X.
Napoleón hace su entrada en Berlín, 27.X.
Por los Decretos de Berlín, Napoleón establece el Sistema Continental y el bloqueo naval de Gran Bretaña, 21.XI.
Nace el futuro economista John Stuart Mili.
Participa en la Campaña de Jena, es hecho prisionero en Prenzlau e internado en Francia.

1807

El Tratado de Tilsit hace perder a Prusia la mitad de su territorio.
Imposición de medidas renovadoras en todos los órdenes y abolición de la servidumbre.

1808-1809

Los franceses ocupan Roma, 2.II, e inician su penetración en España, 16.II.
Levantamiento del pueblo de Madrid contra la ocupación francesa, 2.V.
Napoleón impone a Prusia la limitación de sus fuerzas armadas, 8.IX.
En el Congreso de Erfurt, Napoleón reúne a Alejandro I de Rusia y a los reyes de Baviera, Sajonia, Westfalia y Wiirttemberg.
Entrevista en Erfurt entre Goethe y Bonaparte.
Fichte publica sus *Discursos a la nación alemana* y Goethe, la primera parte de *Fausto*.
Beethoven estrena su sinfonía *Pastoral*.
Liberado de su internamiento, regresa a Prusia.

1810

Prosigue la imposición de profundas reformas en todas las estructuras del Estado prusiano.

CRONOLOGIA

Por impulso del filósofo Fichte, la Universidad de Berlín se convierte en el centro del nacionalismo alemán.

Es nombrado profesor en la Escuela de Guerra.

Es uno de los mayores promotores de la reforma del Ejército prusiano y le es confiada la educación militar del *konprinz*, el príncipe heredero Federico Guillermo II.

1812

Prusia permite el paso del ejército francés, aporta tropas en la guerra contra Rusia y se adhiere al Sistema Continental, 24.II.

El Emperador cruza el río Niemen y entra en territorio ruso, 24.VI.

Derrotas rusas en las batallas de Esmolensko, 18.VIII, y Borodino, 7.IX.

Napoleón entra en la incendiada Moscú, 14.IX, que los franceses abandonan el 19.X.

En la Convención de Tauroggen, el general prusiano Von York rompe con Francia e impone la neutralidad, 30.XII.

Nacen el novelista Charles Dickens y Alfred Krupp, el padre de la saga de los grandes fabricantes alemanes de armas.

Emancipación de los judíos de Prusia.

Escribe sus patrióticas *Confesiones*, dimite de su cargo y se integra como «prusiano libre» en el Ejército ruso.

Agregado al Estado Mayor del Zar, tiene un destacado papel en Tauroggen.

1813

Por la Alianza de Kalisch, Prusia y Rusia acuerdan una acción conjunta contra Francia y la Confederación del Rin, 28.II.

Tras la sublevación de la Prusia Oriental,

Federico Guillermo III proclama la movilización en masa y declara la guerra a Francia, 17.III.

Prusianos y rusos ocupan Dresde, 27.III.

Victoria napoleónica en Lützen sobre prusianos y rusos, 2.V.

Metternich consigue el armisticio de Poischwitz entre Prusia y Francia, 4.VI.

Tratado de Reichenbach entre Prusia y Rusia, 27.VI.

Congreso de Praga entre Prusia, Francia y Austria, 28.VII. En la Batalla de Dresde, Napoleón derrota al ejército aliado, 27. VIII.

El Tratado de Teplitz une a Prusia, Rusia y Austria contra Francia, 9.IX.

Gran derrota de los franceses en la Batalla de las Naciones, junto a Leipzig, 19.X.

En la Declaración de Fráncfort, los aliados anuncian la invasión de Francia, 1.XII.

Nacen Soren Kierkegaard, Richard Wagner y Giuseppe Verdi.

Oficial de enlace ruso y jefe de Estado Mayor de la Legión Alemana del Ejército del Norte.

1814

Tras la Batalla de Laon, los ejércitos aliados entran en París, 31. III.

Por la Primera Paz de París, Francia reconoce la independencia de los estados alemanes, 30.V.

Inauguración del Congreso de Viena, 1.XI.

El Reino de Prusia es dividido en provincias.

Pío VII restaura la Inquisición y amplía el índice.

Goya pinta *La carga de los mamelucos* y *Los fusilamientos del 3 de mayo* y Beethoven estrena *Fidelio*.

Nace Mijail Bakunin.

Tras el armisticio, se reintegra como coronel prusiano.

1815

Austria, Inglaterra y Francia se enfrentan a Prusia y Rusia acerca de Polonia, 3.I.

Napoleón regresa a París y comienzan Los Cien Días, 20.III.

Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia se alían contra Francia.

CRONOLOGIA

Federico Guillermo III promete una Constitución para Prusia, 25.V.
El Congreso de Viena restaura la integridad territorial de Prusia, 9.VI. El Reino se perfila como futuro motor de la unidad de los pueblos alemanes.
Definitiva derrota de Napoleón en Waterloo, 18.VI, y segunda abdicación, 22.VI.
Prusia, Rusia y Austria crean la antiliberal Santa Alianza. Renovación de la Cuádruple Alianza, 20.XI.
Obra económica de Malthus y literaria de Hoffmann y Wordsworth.
Nace Otto von Bismarck.
Es jefe de cuerpo durante la Campaña de Waterloo.
Participa en los combates de Wavre y Coblenza.

1818

Prusia suprime las aduanas internas, 28.V.
La Conferencia de Aquisgrán, 21.IX, discute las indemnizaciones francesas, previas a la evacuación de su territorio, 30.XI.
Renovación de la Cuádruple Alianza, 15.XI.
Hegel sustituye a Fichte como profesor de Filosofía en Berlín.
Creación del Museo del Prado.
Byron publica *Don Juan* y Mary Shelley, *Frankenstein*.
Nace Karl Marx.
Alcanza el grado de general y es director administrativo de la Escuela General de Guerra de Berlín.
Elaboración de los grandes trabajos de teoría estratégica, que configuran *De la guerra*.

1830

En París, la revolución destrona a Carlos X e impone a Luis Felipe de Orleans, 27.VII-7.VIII.
Insurrección de Polonia contra el dominio ruso, 29.XI.
Primera epidemia de cólera en Europa.
Comte presenta su filosofía positivista.
Stendhal publica *Rojo y negro* y Víctor Hugo estrena *Hernani*.
Inspector regional de Artillería en Breslau, Silesia.
En Poznan, como jefe de Estado Mayor, observa el alzamiento de los patriotas polacos.

1831

Los rusos aplastan la insurrección polaca, 8.IX.
Viajes científicos de Darwin.
Balzac continúa *La comedia humana*.
Muere Clausewitz de cólera en Breslau, el 16 de noviembre.

1832

Su viuda inicia la publicación póstuma de sus obras.

PRINCIPALES BATALLAS CITADAS EN ESTE LIBRO

Arcis sur aube, 20 y 21 de marzo de 1814. Es la última batalla de Napoleón durante la campaña de Francia y se desarrolló cerca de la ciudad de Arcis sur Aube, en la Champaña francesa. Napoleón, acosado por varios ejércitos austríacos y prusianos, decidió atacar con 28.000 hombres el ejército al mando del mariscal de campo Schwazemberg, que contaba con 80.000 soldados. El mariscal Ney consiguió expulsar a los austríacos, al mando del general Wrede, de la ciudad. Un duro combate de caballería cerró las operaciones del día 20. Schwazemberg, de noche, llegó al frente con el grueso de sus fuerzas, pero temiéndose una trampa del Emperador no sacó partido a su superioridad numérica, dando tiempo a los franceses a retirarse en orden al otro lado del río, cubiertos por los hombres del mariscal Oudinot. Las bajas francesas fueron de 3.000 hombres y las austríacas de 4.000.

Aspern. 21-22 de mayo de 1809. Se puede considerar como un serio revés para Napoleón, aunque no una verdadera derrota. Después de tomar Viena el 13 de mayo, el Emperador necesitaba encontrar al archiduque Carlos y destruir su ejército; para ello, tuvo que buscar un paso para cruzar el Danubio, ya que el ejército austríaco en retirada había realizado una eficiente destrucción de todos los puentes que cruzaban el gran río. El paso se situó en la isla de Lobau, que los franceses ocuparon para construir un puente. El 20 de mayo, el mariscal Massena, al frente del IV cuerpo de ejército, cruzó el río ocupando las poblaciones de Aspern y Essling, donde, con 24.000 hombres y 60 cañones, se creó una cabeza de puente. El 21 de mayo por la mañana se vieron sorprendidos con la llegada de más de 95.000 austríacos con 200 cañones, mientras que los refuerzos franceses se retrasaron por los continuos ataques austríacos al puente. Fortificados entre las dos ciudades, el IV cuerpo de Massena contuvo el ataque austríaco. El 22, gran parte del ejército de Bonaparte había cruzado ya, pero el III cuerpo de ejército del mariscal Davout no pudo hacerlo, al ser destruido el puente antes de que ellos tuvieran tiempo de cruzar, de modo que el Emperador no pudo pasar al contraataque, por lo que los austríacos consiguieron finalmente empujar a las tropas napoleónicas a la isla de Lobau. Esta retirada se hizo en perfecto orden, lo que minimizó las bajas, pero supuso un revés para el siempre victorioso Napoleón, que perdió más de 18.000 hombres. Los ejércitos austríacos perdieron 27.000.

Auerstedt, 14 de octubre de 1806. Mientras Napoleón se enfrentaba al grueso del ejército prusiano en Jena, el mariscal Davout, cuyas órdenes eran las de rodear el campo para coger al enemigo en una tenaza, se encontró en Auerstedt con un ejército prusiano de 55.000 hombres. Al tiempo que Napoleón, con un ejército el doble de grande, destruía el grueso del ejército de los Hohenlohe, Davout entraba en combate contra las mejores tropas prusianas, a cuya cabeza se encontraban el mismo rey y el duque de Brunswick. El mariscal francés sólo contaba con 30.000 hombres, pero los prusianos no aprovecharon su superioridad, perdiendo el tiempo en infructuosas maniobras. Dos cargas de caballería se estrellaron contra las fuertes líneas francesas, mientras que el mariscal francés, que ignoraba su clara inferioridad, atacaba por las alas para rodear al ejército real que, desmoralizado, fue destruido. Los prusianos perdieron 13.000 hombres —3.000 prisioneros y 10.000 muertos—, entre ellos el propio duque de Brunswick, que cayó a las 17 horas. Los franceses sufrieron 7.000 bajas.

Austerlitz, 2 de diciembre de 1805. Esta batalla es el punto culminante de la campaña de 1805 en Alemania. Tuvo lugar en Moldarfa y en ella participaron tres emperadores: Napoleón, Alejandro I, zar de Rusia, y Francisco I de Austria. En la batalla se enfrentaron 75.000 hombres por la *Grande Armée* y unos 100.000 hombres por el ejército coaligado contra Napoleón. Éste dejó que los austro-rusos tomaran la iniciativa, y alineó sólo 50.000 hombres frente a Koutouzof, evidentemente preparándose para la retirada. Pero ahí estaba la trampa. En realidad, el Emperador francés estaba preparando varias líneas de frente para la batalla, por lo que se dejó rodear por los aliados el 1 de diciembre. El 2, a las 7 horas, los aliados, concentrados en las zonas bajas del campo de batalla, emprenden la ofensiva contra los franceses, quienes, siguiendo las órdenes de Bonaparte, se limitan a responder al fuego en el valle, mientras el centro del ejército francés, al mando del general Soult, ocupa entre las 8.30 y las 11 horas, la meseta que domina el campo de batalla. Con ello empiezan a cortar la comunicación del ala izquierda aliada del resto del ejército, mientras que más al norte el ala derecha francesa, al mando de Lannes (infantería) y Murat (caballería), ataca este mismo ala izquierda aliado, cortando con una carga de caballería el último y reducido contacto que los rusos mantenían con el grueso del ejército, en el pequeño pueblo de Austerlitz. La dispersión del ala izquierda rusa lleva a la ruptura del centro del ejército aliado, que termina desastrosamente derrotado. Los franceses perdieron, pese a todo, 9.000 hombres, mientras que las bajas de los aliados ascendieron a 27.000, de los que 12.000 fueron hechos prisioneros (entre ellos 20 generales); también fueron confiscados 180 cañones, pérdidas catastróficas que llevarán a los rusos y a los austríacos a concluir un armisticio dos días después.

Blenheim. 13 de agosto de 1704. Esta batalla supone la gran victoria de John Churchill, primer duque de Malborough, y del príncipe Eugenio de Saboya, durante la Guerra de Sucesión española, y la primera gran derrota de los ejércitos de Luis XIV en cincuenta años. Los combates se desarrollaron cerca de la ciudad de Blenheim, en las orillas del Danubio. Enfrentó a 52.000 ingleses y austríacos contra 60.000 franceses y bávaros a las órdenes del mariscal conde de Tallard, quien amenazaba la misma Viena, por lo que Malborough y Eugenio de Saboya juntaron sus respectivos ejércitos, tomando por sorpresa a los franceses, apoyados a su derecha en Blenheim y a la izquierda en la ciudad de Lützingen. Mientras Eugenio realizaba ataques de distracción, Malborough intentó infructuosamente dos veces el asalto de Blenheim. Pero aunque no consiguiera conquistar la ciudad, sí consiguió que Tallard moviese sus reservas para fortalecer su defensa, por lo que el siguiente y sangriento ataque al centro francés, culminado con una irrefrenable carga de caballería, terminó con la ruptura del frente y con la captura del mismo Tallard. El combate se saldó con 12.000 bajas por parte de los aliados y 18.000 franco-bávaras, a lo que se unieron 13.000 prisioneros. La batalla salvó a Viena, mostró que los ejércitos de Luis XIV ya no eran invencibles y creó la fructífera colaboración entre Malborough y Eugenio.

Borodino, 7 septiembre de 1812. A menos de 150 km de Moscú tuvo lugar la batalla de Borodino, la más importante de la campaña rusa de Napoleón, cuyas fuerzas ascendían a 130.000 hombres, con 28.000 jinetes y 587 cañones, enfrentados a los ejércitos rusos, a las órdenes de Kutuzov, que contaban con 135.000 hombres, 25.000 jinetes y 624 cañones. Kutuzov planteó la batalla para impedir la entrada de los franceses en Moscú. El combate se desarrolló fundamentalmente en el centro de los ejércitos, con continuas cargas del ejército francés, aunque el infructuoso contraataque de caballería rusa se hizo contra el ala izquierda del ejército de Napoleón. Tras casi catorce horas de batalla, ésta se terminó con la retirada rusa. Los rusos perdieron 15.000 hombres, entre ellos tres generales, y tuvieron más de 25.000 heridos. Por su parte, el ejército francés perdió 10.000

hombres, también varios generales, y hubo más de 20.000 heridos. Esta batalla está considerada una victoria táctica francesa, pero una derrota estratégica ya que, un mes después, Napoleón tendría que emprender la penosa retirada de Rusia.

Breslau, 22 de noviembre de 1757. Derrota de los ejércitos prusianos de Federico II el Grande durante la Guerra de los Siete Años delante de la ciudad de Breslau, frente a las tropas imperiales austríacas. El ejército prusiano contaba sólo con 28.000 hombres al mando del general Bevern frente a un gran ejército imperial de 84.000 soldados. Los prusianos mantuvieron el campo cierto tiempo, pero hubieron de retirarse dejando en Breslau una guarnición de 6.000 hombres, que se rendiría el 24 de noviembre. En esta batalla los prusianos sufrieron 5.000 bajas, y el mismo Bevern fue hecho prisionero. Por su parte, los austríacos perdieron 4.000 hombres.

Brienne, 29 de enero de 1814. Durante la campaña aliada de Francia, mientras los aliados avanzaban en tres direcciones diferentes, los planes de Napoleón eran derrotarlos individualmente por turno. El primero era el ejército prusiano de Blucher, que contaba con 25.000 hombres. Contra éstos enfrentó a más de 30.000, en su mayoría nuevos reclutas sin experiencia de guerra. El plan francés consistió en un ataque principal por el flanco, gracias al cual se consiguió conquistar el castillo de Brienne, donde estuvieron a punto de hacer prisionero al mariscal prusiano. Por su parte, una carga de jinetes cosacos estuvo a punto de capturar al Emperador. El combate se saldó con la pérdida de 4.000 prusianos y 3.000 franceses. Una pequeña victoria francesa.

Czaslau, 17 de mayo de 1742. Durante la Guerra de Sucesión austríaca, en esta batalla se enfrentaron los ejércitos prusianos de Federico II, con 28.000 hombres, y los austríacos al mando del príncipe Carlos de Lorena, con 30.000. Los austríacos iban ganando, pero mientras la caballería estaba ocupada saqueando un campamento prusiano capturado, apareció Federico II con la reserva prusiana, y su caballería decantó la victoria en favor de los prusianos, a costa de perder a casi todos sus jinetes, lo que a su vez impidió al rey de Prusia perseguir a los ejércitos imperiales, y así aprovechar estratégicamente la victoria.

Denain, batalla de, Y Landrecies, asedio de, 24 de julio de 1712. Inesperada victoria de las tropas francesas, cuyo comandante era el mariscal-duque de Villars, sobre los ejércitos austro-holandeses a las órdenes del príncipe Eugenio. Estas fuerzas coaligadas amenazaban, desde la ciudad de Denain, la plaza fuerte de Landrecies, último bastión francés antes de París. En una atrevida maniobra, el duque de Villars rodeó por el oeste la ciudad, cargando a bayoneta por sorpresa, con 52 batallones, contra las tropas enemigas. Los austro-holandeses tuvieron que huir abandonando Denain y dejando 10.000 hombres muertos. Esta victoria en el último momento permitió a Luis XIV alcanzar unas condiciones más favorables y honorables en el tratado de Utrecht, iniciado el 29 de enero de 1712, que ponía fin a la Guerra de Sucesión española.

Dennewitz, 6 de septiembre de 1813, antecedente de la decisiva batalla de Leipzig. En Dennewitz se enfrentaron un ejército francés de 58.000 hombres, al mando del mariscal Ney, con la orden de volver a ocupar Berlín, contra un ejército prusiano al mando de Von Bülow, que contaba con unos 50.000 hombres. La batalla se produjo por el deficiente reconocimiento de los franceses, que se encontraron con un ejército prusiano desplegado en orden de batalla frente a Dennewitz. Mientras la victoria se decantaba del lado francés, Ney cometió un grave error al entrar personalmente en combate, ya que perdió la visión táctica del campo, permitiendo un contraataque de los prusianos, que además se vieron

reforzados por un ejército sueco, al mando del antiguo mariscal de Napoleón, Bernadotte. Los franceses perdieron 10.000 hombres por unos 7.000 soldados aliados. La derrota de Dennewitz forzó al Emperador francés a concentrar todas sus tropas alrededor de Leipzig.

Dresde, 26 y 27 de agosto de 1813. Mientras que el Emperador persigue a las tropas en retirada de Blücher, un ejército austro-ruso al mando de Schwarzenberg y de Alejandro I en persona, se dirige hacia Dresde para tomarla al asalto; por ello Napoleón tiene que dar la vuelta. Los soldados aliados (unos 90.000) empiezan el asalto de Dresde con las primeras luces del 26, pero a las 10 de la mañana llega Napoleón, que desbarata el asalto y provoca la retirada de los austro-rusos a sus posiciones iniciales. El 27 por la mañana el Emperador francés cuenta, gracias a los refuerzos, con 95.000 hombres que prepara para atacar a las 10. El ataque principal se realiza sobre el ala derecha de los aliados, separada del grueso del ejército por un desnivel. A las 15 horas los aliados aceptan su derrota y tienen que huir por las montañas de Bohemia perseguidos por los franceses, que habían perdido 8.000 hombres frente a 27.000 bajas aliadas.

Drissa, 25-26 de julio de 1812. Más que una batalla, podemos considerarlo una escaramuza entre las tropas de Napoleón y el ejército ruso, previa a la más importante batalla de Smolensko. El plan de Napoleón era mantener separados a los ejércitos de Barclay y de Bagration, pero estos últimos evacuaron el campamento de Drissa antes de la llegada de los franceses, por lo que pudieron unirse al grueso de las fuerzas de Barclay, y, a pesar de que Napoleón consiguió derrotar a la retaguardia del ejército ruso cerca de Ostrowno, los rusos no plantearon batalla, por lo que la maniobra del Emperador fracasó, aunque tendría una nueva oportunidad en Smolensko.

Eylau, 8 de febrero de 1807. Tras la victoria sobre los prusianos, Napoleón necesita derrotar a los rusos, aliados de éstos, para confirmar su victoria en la campaña de Prusia. Para ello persigue a las tropas del Zar por toda Polonia, después de conquistar Varsovia, pero los rusos no quieren plantear una batalla decisiva, hasta que, por un error del Zar, el mariscal Ney da con ellos cerca de Kónisberg, por lo que avisa a Bonaparte, que prepara la batalla al sudeste de Kónisberg, cerca de la pequeña localidad de Eylau. Los rusos cuentan con 80.000 hombres y una muy fuerte artillería, mientras que las tropas napoleónicas sólo cuentan con 50.000. Al principio de la batalla, la derecha del ejército francés empieza masacrando el ala izquierda rusa pero durante el avance se produce una tormenta de nieve que los separa del Emperador. Éste se encuentra en peligro ante el avance de los granaderos rusos, por lo que recurrirá a la caballería de Murat y la Guardia Imperial, que estaba en reserva, que tras un duro combate aniquilarán a estos granaderos. Por otro lado, el mariscal Davout, que quería rodear el ala izquierda rusa, se ve en peligro ante la llegada de 8.000 granaderos prusianos a los que a duras penas consigue mantener a raya hasta la llegada de ayuda por parte del mariscal Ney. Con la llegada de Ney, el ala izquierda rusa cae definitivamente, por lo que los rusos deciden retirarse. Eylau es una victoria según Napoleón, ya que los rusos se retiraron, pero el ejército francés había perdido 25.000 hombres, entre ellos 20 importantes generales, mientras que las pérdidas rusas se elevaban a 20.000. Una enorme carnicería que demostraba que las tropas imperiales no eran invencibles.

Fleurus, 1 de julio de 1690. Tuvo lugar durante la Guerra de la Liga de los Augsburgo, entre los ejércitos franceses del duque de Luxemburgo y las tropas coaligadas holandesas y alemanas, al mando del príncipe Waldeck. Ambos ejércitos contaban con unos 40.000 soldados, pero el genio militar de Luxemburgo era superior, y así mientras los aliados esperaban quietos en sus posiciones a los franceses, éstos los envolvían para atacarlos por

detrás. Al darse cuenta Waleck, demasiado tarde, de la estratagema francesa, hizo girar el ala izquierda germano-holandesa para enfrentarse a la carga enemiga, desguarneciendo con ello sus defensas. Mientras el ala izquierda aliada se rompía y se dispersaba ante la carga de caballería del ala derecha del ejército francés, la izquierda y el centro de éste lo tenían más difícil. Waleck derrotó a las tropas francesas en el centro, pero no fue capaz de aprovechar esta victoria parcial al ver el desastre de su ala izquierda, permitiendo así a las tropas de Luxemburgo reagruparse y reiniciar el ataque. Entonces recurrió a sus reservas, pero no pudo hacer nada más que ver cómo era derrotado el ejército coaligado ante el duque de Luxemburgo que, a raíz de esta batalla, sería considerado como invencible. Los aliados perdieron 9.000 hombres y 5.000 fueron hechos prisioneros. Los franceses tuvieron 3.000 bajas.

Fleurus, 26 de junio de 1794. Un ejército coaligado de ingleses, austríacos y hannoverianos —con 50.000 hombres— mandados por el príncipe de Sajonia-Coburgo, contra el ejército republicano francés —con 90.000— comandados por el general Jourdan. Los coaligados entraron en batalla cuando fueron a intentar levantar el sitio de Charleroi, sin saber aún que esta ciudad se había rendido a los ejércitos revolucionarios franceses. Durante la batalla, fue derrotada el ala derecha francesa, pero el centro y la izquierda resistieron tenazmente, por lo que, al enterarse de la rendición de Charleroi, el príncipe de Sajonia-Coburgo decidió retirarse de Bélgica. Ambos bandos perdieron unos 5.000 hombres. Una de las particularidades de esta batalla es que fue la primera vez que se utilizó un globo aerostático de observación, algo que no se hará corriente hasta la Guerra de Secesión estadounidense.

Friedland, 14 de junio de 1807. Tuvo lugar entre las tropas imperiales de Napoleón, que contaban con 97.000 hombres, y las tropas rusas al mando del general Levin Bennigsen, que contaba con 58.000. La batalla se produjo por voluntad de Napoleón, para terminar con el ejército ruso que se le había escapado en Eylau unos meses antes. Aún en retirada, el ejército ruso estaba siendo acosado por 17.000 franceses al mando del general Lannes, por lo que decidieron enfrentarse a ellos. A su clara inferioridad, los franceses consiguieron mantener un frente defensivo hasta la llegada de Napoleón con 80.000 hombres más. A las dos horas de su llegada, el ala izquierda rusa había sido destruida, replegándose el resto de las tropas hacia Friedland, cerca de Königsberg, y una hora más tarde el ejército ruso se batía en una desordenada retirada. Los rusos perdieron 25.000 hombres mientras que las bajas francesas sólo se elevaron a unas 10.000.

Lutzen (O BATALLA de Górschen), 2 de mayo de 1813. Napoleón decidió interceptar una importante fuerza ruso-prusiana de más de 100.000 hombres comandados por el conde Wittgenstein y el general Blücher, que se dirigía contra la pequeña guarnición de Leipzig. Para atraer su atención, Napoleón decidió dejar en la ciudad de Lutzen el III cuerpo de ejército al mando de Ney como cebo para los generales aliados, que rápidamente atacaron al pequeño ejército, muy bien fortificado en los pueblos de alrededor de la ciudad. La batalla se hizo muy intensa, por lo que el mariscal francés se vio obligado a mandar sus reservas al frente mientras Bonaparte también tuvo que mandar refuerzos. Cuando el Emperador llegó, había más de 110.000 soldados franceses presionando a los aliados por los flancos; por la tarde los aliados tuvieron que emprender la retirada. Hubo unos 20.000 muertos en cada campo, pero las bajas aliadas podrían haber sido mucho mayores si no hubiera intervenido su caballería, que paralizó a las tropas francesas.

Grossbeeren. 23 de agosto de 1813, en Grossbeeren, a 15 km al sur de Berlín. El mariscal Oudinot, comandante de las fuerzas francesas destacadas para Berlín, tenía orden de

ocupar de nuevo la ciudad, desarmar a la milicia ciudadana e incluso, si había resistencia, destruir la ciudad. Para ello contaba con unos 70.000 hombres y una fuerte artillería. Por su parte, la fuerza prusiana que tenía que defender sus hogares ascendía a 98.000 soldados, entre cuyos mandos se encontraba el mariscal Bernadotte, antiguo general de Napoleón y ahora aliado como rey de Suecia. Los franceses, subestimando las fuerzas de Prusia, atacaron los primeros; para añadir dificultad a la labor, se desató una fuerte tormenta que aumentó el caos en las líneas francesas, de modo que los prusianos pudieron pasar a la ofensiva con ataques frontales. La batalla acabó con la retirada nocturna del ejército de Ney, mientras las caballerías de ambos ejércitos se enfrentaban en una caótica lucha. Los franceses perdieron 3.000 soldados y parte de su artillería; los prusianos perdieron 1.000. Aunque como batalla no tuvo mucha importancia, sí fue importante para elevar la moral de la tropa, al ser la primera que ganaban los prusianos desde que habían entrado en guerra con Napoleón.

Hanau, 30 de octubre de 1813. En retirada después del desastre de la batalla de Leipzig, los bávaros decidieron cambiar de bando pasándose al de los aliados. Mientras la mayor parte de las fuerzas aliadas perseguían a Napoleón a bastante distancia, un pequeño ejército austro-bávaro era el único obstáculo del Emperador para llegar a Frankfurt y luego a Francia. Este pequeño ejército, al mando del general bávaro Wrede, estaba formado por 30.000 hombres, la mitad austríacos y la mitad bávaros. Por su parte, Napoleón contaba con 100.000 hombres. Varios errores de Wrede permitieron una fácil victoria del Emperador. Por un lado, las fuerzas aliadas estaban divididas por un río, unidas sólo por un pequeño puente; por otro, tenían poca munición para su artillería y, además, Wrede había desplegado sus tropas cerca de un pequeño bosque que daría una excelente cobertura a los franceses. Atrapados por el río, los aliados fueron derrotados. Perdieron 9.000 hombres y la mayor parte de su artillería, mientras que las bajas de Napoleón ascendieron 6.000.

Hochkirch, 14 de octubre. Derrota de los ejércitos prusianos al mando de Federico II durante la Guerra de los Siete Años ante los ejércitos austríacos de Von Daun. El general austríaco, que tenía fama de precavido, en este caso no lo fue, y utilizó bien su superioridad numérica ante el rey Federico II, quien confiaba en que, una vez más, Daun sería demasiado lento. Por suerte para los prusianos, su rey y el general Ziethen encontraron una vía de escape, a pesar de lo cual perdieron la mayor parte de la artillería y unos 10.000 hombres; las bajas austríacas también fueron grandes, con 8.000 muertos. Daun volvió enseguida a ser excesivamente precavido y no supo aprovechar la oportunidad de la debilidad prusiana para penetrar en sus líneas.

Hohenlinden, 3 de diciembre de 1800. El general Moreau, al mando de 100.000 franceses, se enfrentó cerca de la ciudad de Munich a las tropas austríacas del archiduque Juan, formadas por 130.000 hombres. Para desgracia de los austríacos, la carrera hacia Munich la ganaron los franceses, por lo que se pudieron fortificar cerca de Hohenlinden en la carretera hacia la capital bávara. Además, una espesa nieve y el terreno pantanoso obstaculizaban los movimientos austríacos, que se vieron flanqueados por el enemigo, recibiendo fuego por los dos lados; perdieron en la batalla más de 18.000 hombres, mientras que los franceses perdieron sólo 5.000. Este triunfo le permitió a Moreau llegar hasta la misma ciudad de Salzburgo, hecho que, unido a la reciente victoria francesa de Marengo, acabó con la resistencia de los austríacos, que firmaron el armisticio de Steyr el 25 de diciembre.

Jena, 14 de octubre de 1806. Batalla decisiva, junto con la de Auerstedt que se desarrolló a la vez, a 20 km de distancia. En Jena se enfrentaron un ejército prusiano de 55.000 hombres, al mando del príncipe Federico de Hohenlohe, con Napoleón y el mariscal Massena, que contaban en un principio con 46.000 hombres (54.000, sumando los refuerzos que llegaron durante la batalla). El ataque de Napoleón estuvo apoyado por una fuerte batería de artillería colocada, con grandes esfuerzos, en lo alto de Landgrafenberg, que domina todo el campo de batalla. Mientras que los ejércitos prusianos se deshacían ante el fuerte ataque francés, la artillería a caballo del general Lannes precipitó la caótica retirada prusiana, colocando sus cañones incluso por delante de la infantería francesa para disparar a bocajarro contra las tropas de Prusia. Casi sin haber entrado en combate realmente, Napoleón consiguió una gran victoria, perdiendo 5.000 hombres, mientras las bajas prusianas fueron de más de 25.000. Jena, junto con la batalla de Auerstedt, supuso la aniquilación en un solo día de los ejércitos prusianos.

Katzbach, 26 de agosto de 1813. Mientras Napoleón empezaba su exitosa batalla de Dresde, el mariscal Macdonald, con una fuerza de 100.000 hombres, se enfrentaba con un ejército aliado, ligeramente superior, al mando del mariscal Blucher. Se encontraron por sorpresa en medio de una fuerte tormenta que aumentó la confusión y el caos en ambos ejércitos. El primero que se reorganizó fue el mariscal francés, que empezó el ataque mandando dos tercios de su ejército a flanquear al enemigo por el ala derecha; para ello, el ejército francés se dividió excesivamente y quedaron demasiado alejadas unas columnas de otras, de modo que el centro del ejército, con 30.000 hombres, se vio solo ante el ataque aliado, por lo que Macdonald hubo de empezar la retirada, perdiendo 15.000 soldados mientras que las bajas aliadas sólo fueron de 4.000. Con esta batalla, Macdonald dejaba en una mala posición estratégica al Emperador francés.

Kesselsdorf, 15 de diciembre de 1745. Federico II no quería que los ejércitos austríacos y sajones se uniesen (como habían hecho durante la Guerra de Sucesión austríaca), pero la lentitud de los prusianos, comandados por Leopoldo de Anhalt-Dassau, permitió que acabaran juntándose, por lo que el general tuvo que enfrentarse a un gran ejército aliado en Kesselsdorf. La batalla empezó con una carga de la infantería prusiana del ala derecha contra los granaderos sajones; la infantería prusiana sufrió enormemente con el castigo de la artillería sajona, pero al fin alcanzaron las líneas aliadas y pusieron en fuga a los granaderos sajones. El centro del ejército prusiano, también bajo un pesado fuego de artillería, alcanzó las líneas sajonas. La batalla acabó a las dos horas de empezar. Los prusianos habían sufrido 5.000 bajas, mientras que las de los aliados ascendían a 10.000. Esta batalla hizo creer a Federico II que la infantería prusiana podía resistir y vencer a la artillería en ataque frontal, algo que le costaría enormes bajas en los años siguientes.

Kulm, 29-30 de agosto de 1813. Se produce en el contexto previo a la batalla de Leipzig. Vandamme, al frente de las tropas francesas, tenía órdenes de interceptar a los ejércitos pruso-rusos, en retirada después de la victoria de Dresde, para lo que contaba con 32.000 hombres. Pero se encontró con una fuerte y organizada retaguardia al mando del general ruso Iván Ostermann-Tolstoy, que contaba con 44.000 hombres. Sobrepasado por las fuerzas aliadas, Vandamme consiguió resistir en una feroz defensa, hasta la llegada de 10.000 prusianos por la retaguardia. Atrapado entre dos fuegos, el general francés no pudo mantener la defensa, pero consiguió retirarse con la mitad de sus hombres. Cayeron muertos o prisioneros 13.000 franceses; los aliados, a su vez, perdieron 11.000 soldados.

Kunersdorf, 23 de agosto de 1759. Durante la Guerra de los Siete Años, al este del Oder, tuvo lugar esta importante batalla, entre un ejército prusiano, al mando de Federico II, con 51.000 soldados, contra un ejército austro-ruso de 59.000 hombres. La batalla

empezó bien para los prusianos, que habían atacado el flanco ruso con éxito. Si hubiera acabado aquí, como quería el hermano del rey, el príncipe Enrique, hubiera sido una victoria prusiana; pero el rey de Prusia quería penetrar más en las líneas austro-rusas para aprovechar su triunfo inicial y así derrotar definitivamente a los aliados. En ese punto, mientras el ataque prusiano se hacía menos intenso, intervino la caballería austríaca, hasta ese momento en reserva. La intervención de la fuerte caballería austríaca causó el desastre en las líneas prusianas. Mientras que los aliados sufrieron, entre muertos y heridos, 15.000 bajas, los prusianos, entre muertos y heridos, tuvieron 19.000, a lo que hay que añadir la pérdida de todos los cañones y la dispersión en una huida caótica de 26.000 hombres. Sólo 3.000 soldados, con el rey, consiguieron cruzar el Oder de nuevo.

Laon, 9-10 de marzo de 1814. En plena campaña de Francia, Napoleón intentó, con 47.000 soldados, realizar una maniobra para flanquear a los 85.000 hombres del mariscal Blücher. El Emperador envió a 10.000 hombres, al mando de Marmont, a un pesado asalto contra el ala izquierda aliada, pero la falta de velocidad del mariscal francés lo impidió, cayendo en un ataque aliado. Las tropas de Francia hubieran quedado completamente diezmadas sin la intervención de los veteranos, cuya defensa salvó la situación. Napoleón se retiró el 10 de marzo dejando 6.000 muertos en el campo de batalla, mientras que los aliados sólo perdieron 4.000 hombres.

Leipzig, 16-19 de octubre de 1813. Es conocida como la batalla de las naciones, dado que en ella se enfrentaron la mayor parte de las naciones europeas con o contra Napoleón. Las principales fuerzas aliadas eran las austríacas, prusianas, suecas y rusas, divididas en tres ejércitos, el de Bohemia —con 150.000 hombres—, al mando del general austríaco Schwarzenberg; el del Norte —con 66.000 hombres— al mando del príncipe heredero de Suecia, y el de Silesia —con 55.000 hombres—, comandado por el prusiano Blücher. Unos 300.000 hombres que se enfrentarían a los 185.000 con los que contaba Napoleón en Leipzig. El Emperador francés estaba concentrado en esta ciudad sajona debido a las recientes derrotas de sus subordinados y a la defección de ciertos aliados, como Baviera y Sajonia, cuando los tres ejércitos aliados convergieron sobre él para aprovechar su clara superioridad numérica.

La batalla empezó el día 16 en el pueblo de Wachau, donde rusos y prusianos atacaron a la concentración de fuerzas que estaba montando Napoleón contra ellos; los diferentes pueblos pasaban de unas manos a otras según los ataques y los contraataques. Napoleón decidió pasar al contraataque firme, por lo que mandó a su caballería y luego a su Guardia Imperial, su única reserva, para vencer a las tropas pruso-rusas, reforzadas por parte de su propia reserva. Pero cuando parecía que los franceses podían conseguirlo, un ataque de los austríacos por la retaguardia en el frente sur frenó cualquier posibilidad de ataque francés. Los tres ejércitos aliados consiguieron tomar contacto entre ellos, empujando poco a poco a los franceses hacia la ciudad de Leipzig. El día 19 Napoleón comprendió que debía retirarse mientras su ejército aún mantuviera cierta unidad; por desgracia para los franceses, la prematura destrucción del puente sobre el Elster perjudicó esta retirada, aumentando sus bajas, hasta ahora claramente menores que las aliadas, y obligándoles, además, a abandonar un gran número de cañones, que no se pueden trasladar. Los franceses perdieron 60.000 hombres, mientras que las bajas aliadas llegaron a la escalofriante cifra de 185.000. Pero fue la peor derrota de Napoleón, que tuvo que retirarse de Alemania para preparar la campaña de Francia. La batalla de las naciones fue la batalla con más hombres enfrentados, y con más bajas, hasta que se produjeron las de los grandes conflictos mundiales del siglo xx.

Leuthen, 5 de diciembre de 1757. Esta batalla decidió quién se quedaba con Silesia durante la Guerra de los Siete Años. Después de varias victorias, los austríacos estaban a una batalla de conseguirlo, pero Federico II el Grande no podía permitirlo, por lo que reunió un homogéneo ejército de 40.000 hombres para enfrentarse al multinacional ejército del príncipe Carlos, con 60.000 hombres. La batalla empezó con los austríacos ganando al ala derecha prusiana, aunque la intervención rápida de la caballería de reserva prusiana cambió la situación; los austríacos tuvieron que darse la vuelta para cruzar el Oder, pero los puentes estaban destruidos, por lo que 21.000 hombres cayeron muertos o prisioneros de los prusianos, mientras que éstos sólo sufrieron 1.200 bajas. Una decisiva victoria de Prusia que conseguía retener Sajonia en sus manos.

Liegnitz, 5 de abril de 1241. Un ejército polaco aristocrático, de unos 20.000 hombres, se enfrentó a un ejército mongol que le superaba en, al menos, cinco a uno. El ejército polaco luchó con valor infligiendo grandes daños a los asiáticos, pero éstos finalmente los desbordaron, derrotándolos. Con ello se abrió la puerta de Silesia para los mongoles, que saquearon todo el territorio, aunque no fueron capaces de capturar las fortificaciones. Con esta batalla, los antes ignorados mongoles pasaron a ser una preocupación para la Europa occidental.

Ligny, 16 de junio de 1815. Fue la última victoria de Napoleón durante la campaña de los cien días. El ejército de Napoleón contaba con 77.000 hombres que se enfrentaron a los 84.000 prusianos de Blücher, soldados bisoños en su mayoría. El centro prusiano se hundió, pese a una feroz resistencia inicial, por lo que tuvieron que retirarse al mando de Gneisenau, dado que Blücher había caído herido. Entre los franceses, el mariscal Ney, al mando de 33.000 hombres, tenía la misión de hacerse con un nudo de carreteras y luego atacar el flanco derecho de los prusianos; consiguió sólo la primera parte de su cometido y no pudo, por ciertas desertiones, afirmar la victoria de Napoleón. Incluso sus 33.000 hombres llegaron demasiado tarde a la batalla de Waterloo el 18 de junio. Las bajas en Ligny fueron de 20.000 para los prusianos y de 11.000 para los franceses.

Lobositz, 1 de octubre de 1756. Fue la primera batalla de la Guerra de los Siete Años, en la que se enfrentaron el ejército prusiano de Federico II —con 29.000 hombres— contra el austríaco al mando del mariscal von Browne —con 34.000. Los austríacos se aprestaron a una batalla defensiva, rechazando por dos veces a la caballería prusiana, aunque finalmente el general prusiano Bevern, al mando del ala izquierda, consiguió flanquear al ala derecha de los austríacos, por lo que éstos se retiraron. Ambos bandos perdieron unos 3.000 hombres.

Moljarslawetz, 24 de octubre de 1812. Una pequeña batalla cuyas consecuencias serán de inmensa importancia para la *Grande Armée* en Rusia. En su retirada de Moscú, la vanguardia del ejército francés, con 15.000 hombres bajo el mando del príncipe Eugenio, se encuentra con 20.000 rusos, mandados por Doctorov. El pueblo de Moljarslawetz era esencial, a causa de su puente sobre el Loucha, para los planes de retirada de Napoleón por una ruta meridional. Durante la batalla, el puente cambia de manos al menos siete veces, aunque al final Eugenio consigue controlar la ciudad a costa de 5.000 bajas, frente a las 6.000 rusas, pero, al no contar con hombres suficientes no puede hacer una cabeza de puente en la otra orilla. A su llegada, Napoleón quiso hacer un reconocimiento al otro lado del río, pero casi cae en una emboscada de los cosacos, por lo que decide volver hacia atrás y tomar la misma ruta por la que habían llegado a Moscú, mucho más al norte. Las consecuencias de esta decisión serán catastróficas para el ejército napoleónico.

Marengo, 14 de junio de 1800. Esta batalla empezó como una casi segura derrota del primer cónsul de Francia ante las tropas austríacas del general Melas, durante la campaña de Italia. Napoleón, que contaba originalmente con 50.000 hombres, toma la decisión arriesgada de dividir su ejército mandando a al general Desaix a Novi para poder interceptar al general austríaco, que se estaba retirando. Es en ese momento cuando Melas, con la mayor parte de su ejército, se decide a atacar al cónsul con su mermado ejército de 24.000 soldados en Marengo. Al principio Napoleón cree que es una treta del austríaco, pero al ver cómo su ejército retrocede ante el empuje austríaco comprende que se enfrenta al cuerpo principal de Melas. A mediodía, éste cree la victoria segura, y se retira, para curarse de ciertas heridas, dejando el mando a Kaim, lo que priva a los austríacos de una verdadera autoridad y permite a los franceses reagruparse en una retirada ordenada, ayudados por Desaix, que al oír los cañonazos de la batalla se había dado la vuelta. El contraataque francés culminó en una inesperada victoria. Los austríacos perdieron 9.500 hombres, mientras que las bajas francesas ascendieron a 6.000. Tras esta victoria, Francia consiguió que lo esencial de la Italia del norte pasara a su esfera de influencia.

Maxen, 20 de noviembre de 1759. Durante la Guerra de los Siete Años, un ejército prusiano de 14.000 hombres, comandado por Finck, fue enviado por Federico II a cortar las líneas de comunicación de los austríacos con Bohemia. Federico esperaba que Daun, el general austríaco, se retirara viendo sus líneas amenazadas, pero en lugar de ello aprovechó el aislamiento de Finck para atacarlo en Maxen con un ejército de 40.000 hombres. Finck, pese a que intentó resistir, tuvo que rendirse con todo el ejército prusiano a su mando. Daun no supo aprovechar la oportunidad para atacar a su vez a Federico.

Mincio, 8 de febrero de 1814. Esta batalla se produjo en Italia tras la traición de Murat, rey de Nápoles, y la amenaza que esto significaba para los intereses franceses en Italia. La razón por la que se planteó fue expulsar a los austríacos al otro lado del río Adile, eliminando así una amenaza de doble frente en Italia. El general francés encargado de ello era el príncipe Eugenio, mientras que el general austríaco era Bellegarde. La batalla fue rápida y en ella los austríacos perdieron 7.000 hombres, entre muertos y prisioneros, mientras que los franceses perdieron 3.000.

Mergentheim/Marienthal. 2 de mayo de 1645. Gran derrota francesa durante la Guerra de los Treinta Años. Los ejércitos franceses estaban invadiendo Alemania central al mando de un conde Turenne que dispersó sus tropas en el área de Mergentheim, lo que permitió a los ejércitos imperiales y bávaros, comandados por Mercy y Wreth, atacar por sorpresa a los franceses. En poco tiempo, un conde ejército de 10.000 hombres quedó reducido a una columna de caballería con apenas 1.500 hombres.

Mollwitz, 10 de abril de 1741, durante la Guerra de Sucesión austríaca. Un ejército austríaco de 19.000 soldados, conducido por el mariscal Neipperg, se enfrentó a un ejército prusiano de 22.000, comandados por el mismo rey de Prusia, Federico II, y por el mariscal de campo Schwerin. Los austríacos pretendían expulsar a los prusianos de Silesia. La superioridad numérica prusiana, sobre todo en la infantería, consiguió que finalmente Neipperg abandonará el campo de batalla, pese a que las bajas de ambos ejércitos eran parecidas, unos 4.500 muertos en cada bando. Los austríacos, al perder esta batalla, tuvieron que ceder Silesia a Prusia.

Montereau, 18 de febrero de 1814. Tras una extenuante marcha de más de 100 km, Napoleón consiguió alcanzar al ejército del mariscal de campo Schwarzenberg, que se dirigía

directamente a París. Pese al cansancio de las tropas francesas, el defender su propio país les dio ánimos. Tras un feroz bombardeo de artillería, seguido por un asalto en toda regla, los franceses liberaron la ciudad de Montereau y los austríacos se retiraron. Schwarzenberg perdió 8.000 hombres contra los 2.500 que perdió Napoleón.

Montmirail, 11 de febrero de 1814. Una arriesgada batalla en plena campaña de Francia, en la que el emperador Napoleón se enfrentó, con un pequeño ejército de 10.000 hombres, a un ejército ruso-prusiano de 18.000, cuyos comandantes eran el general ruso Sacken y el prusiano Yorck. Pero las tropas de Napoleón eran de veteranos de la vieja Guardia Imperial, y además el Emperador esperaba recibir refuerzos de inmediato, a lo que hay que añadir que el cuerpo prusiano estaba alejado del ruso, por lo que no podrían acudir a ayudar a los rusos antes de la llegada de los refuerzos franceses. Con esto Napoleón se lanzó contra los rusos infligiéndoles 4.000 bajas, mientras que él sólo perdía 2.000 hombres. La llegada a paso ligero del mariscal Mortiers con los refuerzos provocó la retirada de las tropas de Sacken, y de Yorck, que llegaba en ayuda del ruso.

Mormant, 17 de febrero de 1814. Tras la victoria de Montmirail, una parte del ejército francés asaltó la ciudad de Mormant, ocupada por 4.300 hombres al mando del conde de Pahlen. El combate fue corto y sólo 1.800 hombres de la caballería aliada consiguieron huir tras la victoria francesa.

Narwa, 20 de noviembre de 1700. Un ejército sueco de 10.500 hombres comandados por el rey Carlos XII se enfrentó a un ejército ruso de 37.000, dirigidos por el mariscal de campo Carlos Eugenio de Croy, durante la gran Guerra del Norte. El ejército sueco, en realidad de 8.000 soldados pero ayudado por la guarnición de Narwa que contaba con otros 2.500, se enfrentó a un ejército ruso muy superior que asediaba la ciudad sueca de Narwa, en la actual Estonia. En medio de la niebla del amanecer, las tropas suecas rompieron las líneas rusas provocando el pánico entre los soldados del Zar. Las pérdidas suecas sólo fueron de 650 hombres, mientras que los rusos sufrieron al menos 15.000 bajas.

Neerwinden (o batalla de Landen), 29 de julio de 1693. En plena Guerra de la Liga de los Augsburgo, tiene lugar esta batalla en la ciudad belga de Neerwinden entre un ejército francés de 75.000 hombres, al mando del duque de Luxemburgo, y un ejército aliado de 50.000 hombres, comandado por el rey Guillermo III. El rey británico plantea una batalla defensiva, al estar en una buena posición estratégica, mientras que el comandante francés ataca en primer lugar el centro de las líneas aliadas, forzándoles a desguarnecer sus flancos; una vez llevado a cabo su plan, el duque de Luxemburgo ordena a sus tropas flanquear al ejército del rey Guillermo, al que derrota. Los aliados perdieron 18.000 hombres en esta batalla mientras que los franceses perdieron 9.000.

Rivoli, 14 de enero de 1797. Esta batalla se produjo cuando el general austríaco Alvintzy, con 28.000 soldados, quiso levantar el sitio de Mantua, donde tropas francesas cercaban un ejército austríaco de 30.000 hombres al mando del general Wurmser; para ello se decidió plantear pequeños ataques al ejército de Bonaparte. Napoleón tenía únicamente 10.000 hombres y comprendió que estos ataques eran sólo fintas, por lo que esperó refuerzos, dejando que los austríacos atacaran el contingente del general Joubert, concentrado en una meseta. El 14 de enero, Napoleón contaba con 17.000 hombres, por lo que se unió a Joubert, al que Alvintzy creía ya derrotado. Los austríacos tenían una clara superioridad numérica, pero fueron sorprendidos por los franceses, que de todas formas tenían que esforzarse por no ser flanqueados. El ejército de Napoleón fue capaz de rechazar todos los ataques austríacos, y al final los derrotó con una victoriosa carga. El

general Alvinzky perdió 17.000 hombres mientras que las bajas francesas sólo fueron 5.000.

Rosbach, 5 de noviembre de 1757. Durante la Guerra de los Siete Años un ejército aliado de franceses y austríacos, con 42.000 hombres, comandado por Charles de Rohan y el duque de Sajonia-Hildburghausen, se encontró con un ejército prusiano con la mitad de hombres directamente a las órdenes del rey Federico II y de Von Seydlitz. Los aliados se dirigían a Leipzig y fueron interceptados en el camino, cerca del pueblo de Rosbach. Federico II fingió una retirada y sus enemigos cayeron en la trampa, lanzándose al ataque. El rey de Prusia mandó a su caballería contra la infantería aliada, a la que desbandó, y luego hizo una carga con la infantería que teóricamente estaba en retirada. Los aliados perdieron 7.500 hombres, entre muertos y prisioneros, en la escasa hora que duró el combate. Los prusianos sólo perdieron 550. A causa de esta derrota, los aliados tuvieron que retirarse de vuelta a Baviera.

Smolensko, 17 de agosto de 1812. Después de varios intentos infructuosos, como el de la batalla de Vilna, en Smolensko se produce la primera batalla real de la campaña de Rusia entre los ejércitos de Napoleón y los rusos de Barclay de Tolly. El ejército imperial francés que se lanzó a la conquista de Smolensko contaba con 50.000 hombres mientras que las tropas rusas que la defendían estaban formadas por 60.000. Enseguida los franceses ocuparon los suburbios de la ciudad, donde se produjo un feroz combate, pero los rusos, antes de verse sitiados, evacuaron la ciudad de noche, dejándola pasto de las llamas. Los rusos perdieron 14.000 soldados mientras que los franceses perdieron 10.000.

Torgau, 3 de noviembre de 1760. Durante la Guerra de los Siete Años, un ejército prusiano de 50.000 hombres, comandado por Federico II se enfrentó en Torgau a un ejército austríaco, cuyo comandante era el general Daun y que contaba con 54.000 soldados. Tras un muy duro enfrentamiento, los austríacos dejaron el campo de batalla perdiendo 15-500 hombres mientras que los prusianos se hacían con la victoria a costa de más de 16.500 bajas.

Tuttlingen, 18 al 25 de noviembre de 1643. Aniquilación de los ejércitos unidos de Francia y Weimar de Guébriant, que muere el 18 mismo en el asedio de Rottweil, dejando al mando al general Rantzau, que verá cómo el 25, delante de Tuttlingen, son derrotados sus ejércitos por los imperiales. El ejército aliado sufrirá 2.000 bajas y serán hechos prisioneros 7.000 soldados, entre los que se encontrará el mismo Rantzau. El resto del ejército se dispersará por Alemania.

Ulm, 20 de octubre de 1805. Más que una batalla se puede hablar de una victoria de movimiento. Napoleón rodeó la ciudad de Ulm con el ejército austríaco del general Mack en su interior. Casi sin combates y sin la posibilidad de llegada de refuerzos rusos, Mack tuvo que rendirse a Napoleón con sus 30.000 hombres, dejando el camino libre al Emperador, con apenas bajas, para ir hacia la batalla de Austerlitz.

Valmy, 20 de septiembre de 1792. Victoria de los ejércitos revolucionarios franceses contra los prusianos, comandados por el duque de Brunswick. La importancia de esta «cañonada», en la que se intercambiaron más de 20.000 cañonazos y que hizo más ruido que daño —300 muertos franceses y 184 prusianos—, radica en que significó la primera resistencia con éxito de los ejércitos revolucionarios franceses frente a los ejércitos invasores. Después de la cañonada, las tropas invasoras empezaron a retirarse fuera de las fronteras francesas.

Wagram, 5-6 de julio de 1809. Después del fracaso anterior para cruzar el Danubio y atacar a las tropas austríacas del archiduque Carlos en Aspern en el mes de mayo, Napoleón vuelve a cruzar el Danubio. Las tropas imperiales francesas contaban con 154.000 hombres mientras que las austríacas llegaban a 158.000. Entre los días 4 y 5 Napoleón cruzó el Danubio, dejando la isla de Lobau como apoyo de artillería, y se acercó al pueblo de Wagram donde, por la mañana, se produjeron los primeros combates, conducidos por un Napoleón ansioso que no esperó a sus refuerzos del otro lado del río. Ambos comandantes concentraron ese día sus ataques sobre el ala izquierda del enemigo, pero al caer la noche la batalla seguía en tablas. Al día siguiente, Carlos atacó primero a los franceses, siguiendo el mismo plan de atacar el ala izquierda, pero la indecisión de los austríacos, sumada a la fuerte concentración de artillería francesa, terminó acabando con el ataque de Carlos. En el otro ala, el ataque de Davout contra el ala izquierda de los austríacos progresaba con mucha dificultad, pero al rechazarlos en su ataque anterior, Napoleón desvió el fuego de su artillería hacia el centro de la línea austríaca, lanzando un ataque que decide el combate. El papel de la artillería en esta batalla fue fundamental, pese a lo cual el Emperador perdió 35.000 hombres, mientras que las bajas de los austríacos se elevaron a 45.000 entre muertos, heridos y prisioneros. Pese a las pérdidas, el archiduque Carlos pudo retirarse en orden.

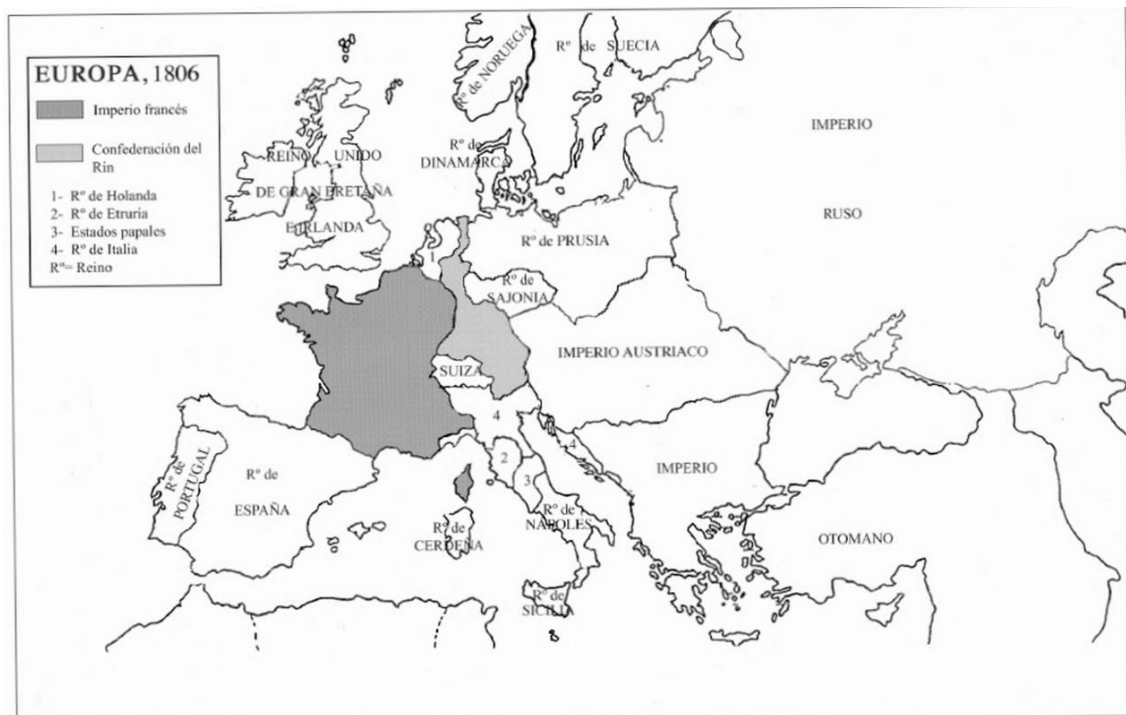
Waterloo, 18 de junio de 1815. A 20 km al sur de Bruselas tiene lugar la última batalla de Napoleón. En ella se enfrentaron un ejército francés, con 72.000 hombres al mando del Emperador, y un ejército aliado de 68.000 ingleses y holandeses a los que habrá que añadir más tarde 53.000 prusianos. El ejército aliado estaba comandado por el duque de Wellington.

Tras la victoria sobre los prusianos en Ligny, el Emperador francés se decide a atacar a Wellington, que se estaba retirando hacia Bruselas. Napoleón empezó el ataque bien entrada la mañana, concentrando sus esfuerzos en el flanco derecho inglés, como una diversión para despistar a los ingleses con la intención de que Wellington mandase allí sus reservas y luego atacar el centro; los contraataques ingleses en este ala son infructuosos, pero la llegada de los prusianos hace que Napoleón tenga que desviar parte de sus fuerzas para contenerlos. Además, Ney creyó que los ingleses se retiraban y cargó hasta doce veces contra las tropas inglesas, pero éstas lo rechazaron y terminaron destruyendo la caballería francesa. La presión prusiana se acrecentaba por lo que Napoleón mandó la vieja guardia imperial para restablecer la situación; además, no pudo aprovechar un error del príncipe de Orange, que dejó una brecha en las líneas aliadas, por carecer de caballería. Finalmente, la llegada de todo el contingente prusiano acaba con el ejército francés. Sólo gracias a la cohesión de la guardia imperial francesa, el Emperador y una pequeña fracción del ejército pudieron retirarse en cierto orden. Napoleón perdió 33.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y además perdió definitivamente el imperio. Los aliados tuvieron 22.000 bajas.

MAPAS



Mapa de Europa en 1789



Mapa de Europa en 1806

MAPAS



Mapa de Europa en 1812



Mapa de Europa en 1815